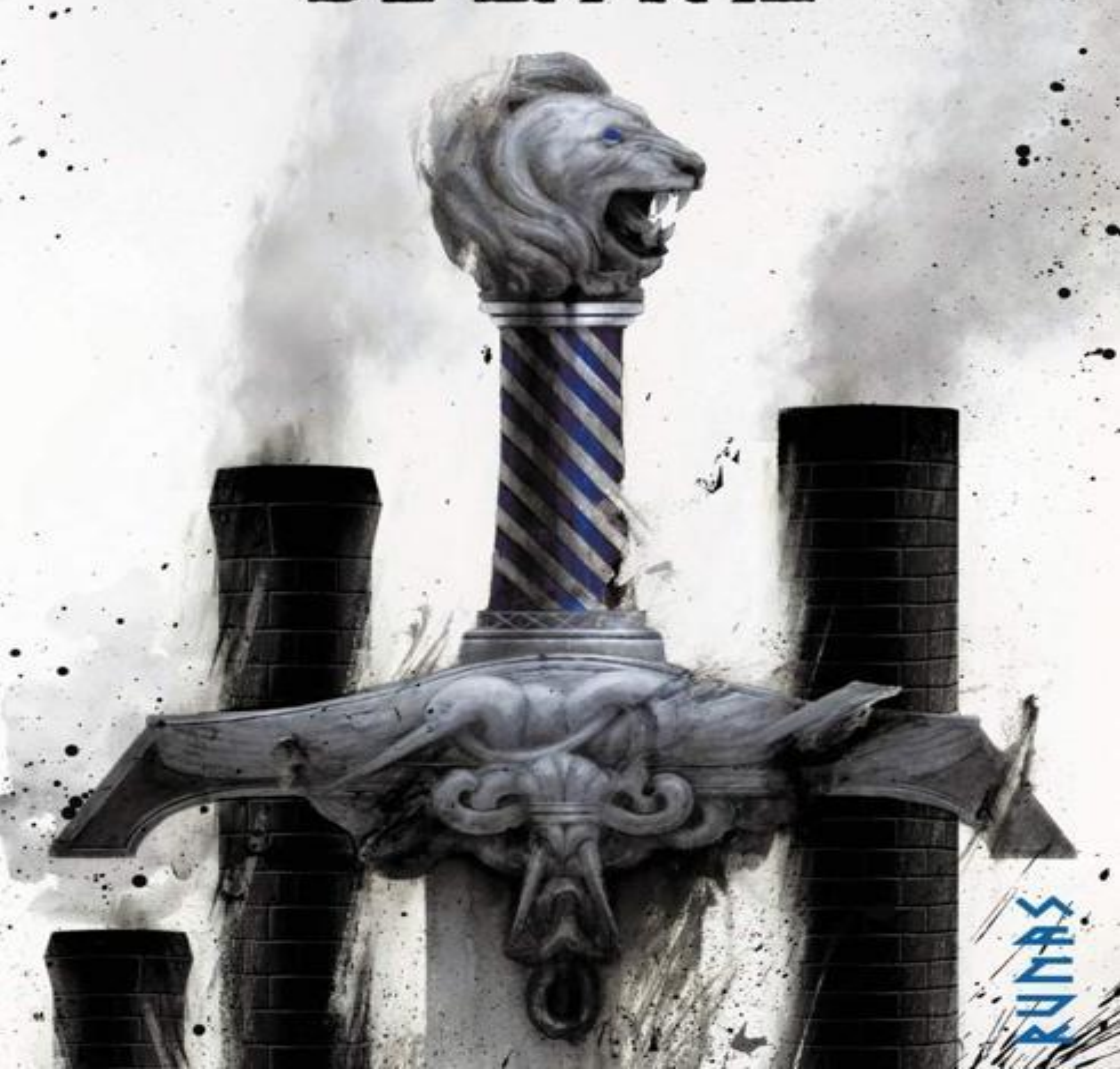
JOE ABERCROMBIE

EL PROBLEMA DE LA PAZ



EL PROBLEMA DE LA PAZ

JOE **ABERCROMBIE**

Alianza editorial

Traducción de Manu Viciano

Para Lou,
con abrazos
lúgubres y oscuros

Cuarta parte

«En tiempos de paz, el hombre belicoso se ataca a sí mismo.»

Friedrich Nietzsche

Los males del mundo

—Espero que no moleste a nadie que prescindamos de esto por ahora. —Orso dejó caer su diadema y el oro centelleó en una polvorienta franja de sol de primavera mientras daba vueltas y vueltas—. Este dichoso trasto me roza bastante.

Se frotó la piel irritada que le había dejado la diadema por encima de las sienes. En aquello tenía que haber alguna metáfora. La carga del poder, el peso de una corona. Pero sin duda su Consejo Cerrado ya había oído antes todo eso.

En el momento en que Orso se sentó, empezaron todos a arrastrar sus propias sillas, a estremecerse al agachar viejas espaldas, a gruñir al aposentar viejos culos en la dura madera, a refunfuñar al meter viejas rodillas bajo las tambaleantes pilas de papel que había en la mesa.

—¿Dónde está el supervisor general? —preguntó alguien, señalando con la barbilla una silla vacía.

—Fuera, con su vejiga.

Hubo un coro de gemidos.

—Pueden ganarse mil batallas. —El lord mariscal Brint jugueteó con el anillo de mujer que llevaba en el meñique, escrutando la media distancia como si hubiera allí un ejército enemigo—. Pero al final, ningún hombre puede derrotar a su propia vejiga.

Como la persona más joven de la sala por unos treinta años de diferencia, Orso categorizaba la vejiga entre sus órganos menos interesantes.

—Un asunto antes de que empecemos —dijo.

Todos los ojos se volvieron hacia él. Excepto los de Bayaz, sentado en el extremo opuesto a la cabecera de la mesa. El legendario mago siguió mirando por la ventana, hacia los jardines de palacio que apenas empezaban a florecer.

—Estoy decidido a hacer una gran gira por la Unión. —Orso procuró sonar con autoridad. Regio, incluso—. Visitaré cada provincia, cada ciudad importante. ¿Cuándo fue la última vez que un monarca estuvo en Starikland? ¿Mi padre fue allí alguna vez?

El archilector Glokta torció el gesto. Incluso más de lo habitual.

—Starikland no se consideraba segura, majestad.

—Starikland siempre ha padecido de un temperamento inquieto. —El lord canciller Gorodets se dedicaba a alisarse distraído la barba hasta dejarla en punta, revolvérsela y alisarla de nuevo—. Y ahora más que nunca.

—Pero tengo que conectar con el pueblo. —Orso dio un puñetazo en la mesa para enfatizar la última palabra. Allí dentro hacía falta un poco de sentimiento. En la Cámara Blanca todo era frío, seco y mero cálculo—. Mostrarles que todos formamos parte de un mismo gran empeño. Que somos una familia. Se supone que esto es una Unión, ¿verdad? Pues habrá que unirse, joder.

Orso nunca había querido ser rey. Le gustaba incluso menos que ser príncipe heredero, si es que era posible. Pero ya que era el rey, estaba decidido a hacer algún bien con su posición.

El lord chambelán Hoff dio unos golpecitos en la mesa, en blando aplauso.

—Una idea maravillosa, majestad.

—Maravillosa —repitió el juez supremo Bruckel, que hablaba al estilo de un pájaro carpintero y tenía un pico no muy distinto—. Idea.

—Nobles sentimientos, y bien expresados —convino Gorodets, aunque el aprecio no acabó de reflejarse en sus ojos.

Un anciano removió unos papeles. Otro frunció el ceño mirando su copa de vino como si algo hubiera muerto en su interior. Gorodets seguía alisándose la barba, pero había puesto cara de tener un regusto a orina en la boca.

—¿Pero? —Orso estaba aprendiendo que en el Consejo Cerrado siempre había al menos un «pero».

—Pero… —Hoff lanzó una mirada a Bayaz, que le concedió permiso con un levísimo asentimiento—. Quizá sería mejor esperar a un momento más propicio. A tiempos más estables. Aquí hay muchos desafíos que requieren la atención de su majestad.

El juez supremo dio un pesado bufido.

—Muchos. Desafíos.

Orso dejó escapar algo a medio camino entre un gruñido y un suspiro. Su padre siempre había despreciado la Cámara Blanca y sus sillas duras y austeras. Despreciaba a los hombres duros y austeros que las ocupaban. Había advertido a Orso que jamás salía nada bueno del Consejo Cerrado. Pero si no salía de allí, ¿de dónde? Aquella sala pequeña, sofocante e insulsa era la que albergaba el poder.

—¿Estáis insinuando que la maquinaria del gobierno se atascaría sin mí? —preguntó—. Creo que echáis demasiado azúcar al pastel.

—Hay asuntos en los que debe verse puesta la atención del monarca —dijo Glokta—. Los Rompedores recibieron un golpe devastador en Valbeck.

—Una tarea difícil bien ejecutada, majestad —babeó Hoff con empalagosa zalamería.

—Pero ni por asomo están erradicados. Y los que escaparon se han vuelto… más extremos si cabe en sus ideas.

—Alborotos entre los trabajadores. —El juez supremo Bruckel meneó deprisa su huesuda cabeza—. Huelgas. Organización. Ataques a empleados y propiedades.

—Y los dichosos panfletos —dijo Brint, provocando un gemido colectivo.

—Dichosos. Panfletos.

—Yo antes pensaba que la educación era solo un desperdicio en la plebe. Ahora digo que además es un peligro.

—Ese puto Tejedor sabe hacer frases pegadizas.

—Por no mencionar los grabados obscenos.

—¡Incitan al populacho a la desobediencia!

—¡A la deslealtad!

—Hablan de que llega un «Gran Cambio».

Una oleada de espasmos ascendió por el lado izquierdo de la maltrecha cara de Glokta.

—Culpan al Consejo Abierto. —Y publicaban caricaturas de ellos como cerdos peleándose en el comedero—. Culpan al Consejo Cerrado. —Y publicaban caricaturas de ellos follándose unos a otros—. Culpan a Su Majestad. —Y publicaban caricaturas de él follándose cualquier cosa—. Culpan a los bancos.

—Difunden el absurdo rumor de que la deuda… a la Banca Valint y Balk… está esquilmando al estado… —Gorodets dejó de hablar y dejó la sala sumida en un nervioso silencio.

Bayaz por fin apartó sus ojos verdes y duros de la ventana para mirar furibundo mesa arriba.

—Hay que poner coto a toda esta desinformación.

—Hemos destruido una docena de imprentas —graznó Glokta—, pero construyen más, y cada vez más pequeñas. Ahora cualquier necio puede escribir, e imprimir, y airear sus ideas.

—Es el progreso —lamentó Bruckel poniendo los ojos en blanco.

—Los Rompedores son como putos topos en un jardín —gruñó el lord mariscal Ruckšted, que había girado un poco su silla para aparentar un intrépido arrojo—. Matas a cinco, te sirves una copita para celebrarlo y por la mañana tienes el césped lleno de putas toperas nuevas.

—Son más irritantes que mi vejiga —dijo Brint, lo que provocó las risitas generalizadas de los demás.

Glokta se lamió las encías desnudas haciendo un ruidito húmedo.

—Y luego están los Quemadores.

—¡Lunáticos! —exclamó Hoff—. Y esa tal Jueza…

Estremecimientos de disgusto por toda la mesa. Si eran por la idea de que existiera algo como una mujer o por la idea de esa mujer en concreto, costaba saberlo.

—Dicen que encontraron al propietario de una fábrica asesinado en el camino de Keln. —Gorodets dio un tirón particularmente violento a su barba—. Con un panfleto clavado a la cara, nada menos.

Rucksted entrelazó los dedos de sus grandes manos sobre la mesa.

—Y está aquel tipo al que ahogaron con mil copias de la hoja de normas que distribuía entre sus empleados.

—Casi cabría pensar que nuestra forma de abordar el problema ha empeorado la situación —observó Orso. Afloró en su mente un recuerdo de Malmer, con las piernas colgando de la jaula que se mecía al viento—. Quizá podríamos hacer algún gesto de buena voluntad. ¿Un salario mínimo? ¿Mejorar las condiciones laborales? He oído que un incendio reciente en una planta provocó la muerte de quince niños que trabajaban allí y…

—Sería un sinsentido —dijo Bayaz, que ya había devuelto su atención a los jardines— obstruir el libre funcionamiento del mercado.

—El mercado sirve a los intereses de todos —aportó el lord canciller.

—Prosperidad —concurrió el juez supremo—. Inaudita.

—Sin duda, esos niños trabajadores lo aplaudirían —dijo Orso.

—Sin duda —asintió lord Hoff.

—De no haber ardido hasta morir.

—Una escalera no sirve de nada si todos los peldaños están arriba —dijo Bayaz.

Orso abrió la boca para replicar, pero el cónsul general Matstringer se le adelantó.

—Y nos enfrentamos a una verdadera cornucopia de adversarios extranjeros. —El coordinador de la política exterior de la Unión jamás cejaba en su empeño de confundir complejidad con perspicacia—. Quizá los gurkos sigan enredados en sus propios y abrumadores atolladeros, pero…

Bayaz profirió un infrecuente gruñido de satisfacción al oírlo.

—… en nuestra frontera occidental no cesa el ruido de sables de los imperiales, exhortando a la población de Starikland a reafirmarse en su deslealtad, y los estirios se envalentonan en el este.

—Están reforzando su armada. —El lord almirante logró despertar para intervenir con ojos somnolientos—. Barcos nuevos. Armados con cañones. Mientras los nuestros se pudren en sus muelles por falta de inversión.

Bayaz profirió un habitual gruñido de insatisfacción al oírlo.

—Y actúan en la sombra —continuó Matstringer—, sembrando la discordia en Westport, tentando a los regidores a la sedición. ¡Vaya, si hasta han logrado convocar una votación este mismo mes por la que la ciudad podría independizarse de la Unión!

Los ancianos compitieron por dar muestras de la indignación más patriótica. Fue suficiente para que Orso quisiera independizarse también de la Unión.

—Deslealtad —rezongó el juez supremo—. Discordia.

—¡Putos estirios! —rugió Rucksted—. Cómo les gusta actuar en la sombra.

—Nosotros también podemos actuar ahí —intervino Glokta sin levantar la voz, en un tono que erizó el vello de Orso bajo su uniforme lleno de galones—. Tengo a varios de mis mejores efectivos trabajando en estos momentos para asegurar la lealtad de Westport.

—Por lo menos, nuestra frontera septentrional es segura —dijo Orso, desesperado por inyectar una pizca de optimismo.

—Bueno… —El cónsul general aplastó sus esperanzas con un remilgado mohín—. La política del Norte siempre está algo revuelta. El Sabueso empieza a estar entrado en años. Débil. Nadie puede predecir el destino de su Protectorado en caso de que muera. El lord gobernador Brock parece haber forjado un fuerte vínculo con el nuevo rey de los norteños, Stour Ocaso.

—Eso es bueno por fuerza —dijo Orso.

Hubo cruces de miradas dudosas por toda la mesa.

—A menos que su vínculo se haga… demasiado fuerte —murmuró Glokta.

—El joven lord gobernador goza de gran popularidad —convino Gorodets.

—Condenada —picoteó el juez supremo—. Popularidad.

—Es un chaval apuesto —dijo Brint—, y se ha labrado una reputación como guerrero.

—Angland apoyándolo. Stour como aliado. Podría ser una amenaza.

Ruckted alzó mucho sus pobladas cejas.

—¡Y no olvidemos que su abuelo fue un traidor infame de mierda!

—¡No permitiré que se condene a un hombre por los actos de su abuelo! —restalló Orso, cuyos propios abuelos habían tenido reputaciones diversas, por decirlo con suavidad—. ¡Leo dan Brock arriesgó la vida librando un duelo en mi nombre!

—La misión de vuestro Consejo Cerrado —dijo Glokta— es anticipar las amenazas a Su Majestad antes de que se conviertan en amenazas.

—Después podría ser demasiado tarde —aportó Bayaz.

—El pueblo está… perturbado por la muerte de vuestro padre —dijo Gorodets—. Tan joven. Tan inesperada.

—Joven. Inesperada.

—Y vos, majestad, sois…

—¿Despreciado? —aventuró Orso.

Gorodets le dedicó una sonrisa indulgente.

—Inexperto. En tiempos como el presente, la gente anhela estabilidad.

—En efecto. Sin duda sería muy beneficioso si vuestra majestad… —Lord Hoff carraspeó—. ¿Se casara?

Orso cerró los ojos y se los apretó con el índice y el pulgar.

—¿Es necesario?

De lo último que quería hablar era de matrimonio. Aún conservaba la nota de Savine en un cajón de la mesita de noche. Aún leía aquella pequeña línea brutal todas las noches, como quien se rasca una costra: «Mi respuesta debe ser un no. Te pido que no vuelvas a ponerte en contacto conmigo. Nunca».

Hoff carraspeó de nuevo.

—Un rey nuevo se halla siempre en una posición insegura.

—Y un rey sin heredero, el doble —dijo Glokta.

—La ausencia de una línea sucesoria clara transmite una preocupante impresión de transitoriedad —observó Matstringer.

—Quizá con la ayuda de Su Majestad, vuestra madre, podría preparar una lista de candidatas apropiadas, tanto nacionales como extranjeras. —Hoff carraspeó por tercera vez—. Una lista nueva, quiero decir.

—Cómo no —refunfuñó Orso, pronunciando cada palabra con cortante precisión.

—Y luego está Fedor dan Wetterlant —musitó el juez supremo.

La mueca permanente de Glokta se crispó todavía más.

—Confiaba en que pudiéramos resolver este asunto sin molestar a Su Majestad.

—Ya estoy molesto —replicó Orso—. Fedor dan Wetterlant… ¿No jugué a cartas una vez con él?

—Vivía en Adua antes de heredar la hacienda familiar. Su reputación aquí era…

—¿Casi tan mala como la mía?

Orso recordaba a aquel hombre. Cara blanda pero ojos duros. Sonreía demasiado. Igual que lord Hoff, que en ese preciso momento estaba ofreciendo un untuoso ejemplo.

—Iba a decir abominable, majestad. Está acusado de delitos graves.

—Violó a una lavandera —explicó Glokta—, con la ayuda de su jardinero. Cuando el marido de ella exigió justicia, Wetterlant lo asesinó, de nuevo con la ayuda del jardinero. En una taberna. Delante de diecisiete testigos. —La impavidez en la voz rasposa del archilector solo consiguió asquear aún más a Orso—. Luego se tomó una copa. Se la sirvió el jardinero, según tengo entendido.

—Me cago en la leche —susurró Orso.

—De momento son solo acusaciones —dijo Matstringer.

—El propio Wetterlant apenas las refuta —dijo Glokta.

—Su madre sí —observó Gorodets.

Hubo un coro de gemidos.

—Por los Hados, vaya arpía está hecha lady Wetterlant.

—Menuda. Bruja.

—En fin, no soy un gran admirador de los ahorcamientos —dijo Orso—, pero he visto colgar a hombres por mucho menos.

—El jardinero ya fue ajusticiado —informó Glokta.

—Lástima —gruñó Brint con la voz cargada de ironía—, porque parecía un tipo encantador.

—Pero Wetterlant ha pedido la justicia del rey —dijo Bruckel.

—¡Su madre la ha exigido!

—Y dado que tiene un asiento en el Consejo Abierto…

—Aunque su culo no lo haya tocado jamás.

—… tiene derecho a que se lo juzgue ante sus iguales. Con Su Majestad como juez. No podemos negarnos.

—Pero podemos demorarlo —dijo Glokta—. El Consejo Abierto no destacará en muchas cosas, pero demorando son los mejores del mundo.

—Posponer. Aplazar. Diferir. Puedo empaquetarlo. En forma y procedimiento. Hasta que muera en prisión. —Y el juez supremo sonrió como si aquella fuese la solución ideal.

—¿Vamos a negarle una vista? —A Orso lo repugnaba casi tanto esa opción como el delito en sí mismo.

—Por supuesto que no —respondió Bruckel.

—Qué va, qué va —dijo Gorodets—. No estaríamos negándole nada.

—Sencillamente, nunca le concederíamos nada —dijo Glokta.

Rucksted asintió.

—No deberíamos permitir que el puto Fedor dan Wetterlant ni su puta madre pongan una daga al cuello del estado solo porque el hombre no sabe controlarse.

—Por lo menos podría descontrolarse sin la presencia de diecisiete testigos —observó Gorodets, y hubo algunas risitas.

—Entonces, ¿no son la violación ni el asesinato a lo que nos oponemos, sino a que lo pillaran *in fraganti* ? —preguntó Orso.

Hoff miró a los demás consejeros, como preguntándose si alguno discreparía.

—Bueno…

—¿Por qué no dejo que me expongan el caso, lo juzgo según las pruebas y sentencio en un sentido u otro?

La mueca de Glokta se retorció aún más.

—Vuestra majestad no puede juzgar el caso sin que se interprete como que está eligiendo bando. —Los ancianos asintieron, gruñeron, se removieron disgustados en

sus sillas incómodas—. Si declaráis inocente a Wetterlant, será nepotismo y favoritismo, y reforzará la posición de traidores como esos Rompedores que pretenden volver al pueblo llano contra vos.

—Pero si declaráis culpable a Wetterlant… —Gorodets se tiró de la barba con gesto miserable y los ancianos siguieron refunfuñando consternados—. Los nobles lo verían como una afrenta, un ataque, una traición. Envalentonaría a quienes se oponen a vos en el Consejo Abierto, en un momento en que intentamos asegurar una transición sin contratiempos.

—A veces —levantó la voz Orso, frotándose las zonas irritadas sobre las sienes— parece que toda decisión que tomo en esta cámara es entre dos resultados igualmente malos, ¡y que la mejor opción es no decidir nada en absoluto!

Hoff volvió a pasear la mirada por la mesa.

—Bueno…

—Siempre es mala idea —dijo el Primero de los Magos— que un rey escoja bando.

Todos asintieron como si acabaran de ser receptores de la revelación más profunda de todos los tiempos. Lo raro fue que no se levantaran para dedicar una ovación cerrada a Bayaz. A Orso no le quedó ni la menor duda de en qué extremo de la mesa residía en verdad el poder en la Cámara Blanca. Recordó la expresión en el rostro de su padre cuando Bayaz hablaba. El miedo. Hizo un intento más de trepar con uñas y dientes hacia lo que alcanzaba a considerar correcto.

—Debería hacerse justicia, ¿me equivoco? Debe verse que se hace justicia. ¡Sin duda! De lo contrario… Bueno… no sería justicia, ¿verdad?

El juez supremo Bruckel enseñó los dientes como si sufriera un dolor físico.

—A este nivel. Majestad. Tales conceptos se hacen… fluidos. La justicia no puede ser rígida como el hierro, sino… más como la gelatina. Debe amoldarse. A asuntos mayores.

—Pero… seguro que en este nivel, el nivel más alto de todos, es donde la justicia debe ser más firme. ¡Tiene que haber unos cimientos morales! No puede ser todo… conveniencia, ¿verdad?

Hoff, exasperado, miró hacia el otro extremo de la mesa.

—Lord Bayaz, quizá podríais…

El Primero de los Magos dio un suspiro de agotamiento mientras se inclinaba sobre la mesa, entrelazaba las manos y contemplaba a Orso con ojos entornados. Fue el

suspiro de un maestro de escuela veterano que se veía obligado a explicar otra vez los conceptos básicos a una nueva cosecha de zopencos.

—Majestad, no estamos aquí para resolver todos los males del mundo.

Orso le devolvió la mirada.

—¿Para qué estamos aquí, pues?

Bayaz ni sonrió ni frunció el ceño.

—Para asegurarnos de que nos beneficien.

Muy lejos de Adua El superior Lorsen bajó la carta y miró ceñudo a Vick por encima de la montura de sus anteojos. Tenía aspecto de no haber sonreído en bastante tiempo. Quizá en su vida.

—Su eminencia el archilector cuenta maravillas sobre ti. Me dice que tuviste un papel fundamental en sofocar el alzamiento de Valbeck. Cree que tu ayuda podría serme necesaria.

Lorsen volvió su ceño hacia Sebo, que estaba en un rincón con gesto incómodo, como si la idea de que pudiera ayudar en algo contraviniese toda razón. Vick aún no estaba segura de por qué lo había llevado con ella. Tal vez porque no tenía nadie más a quien llevar.

—Necesaria no, superior —respondió. No había oso, tejón o avispa más territorial que un superior de la Inquisición, al fin y al cabo—. Pero no hará falta que os diga lo perjudicial que sería en términos financieros, políticos, diplomáticos… que Westport votara a favor de abandonar la Unión.

—No —dijo Lorsen con sequedad—. No hace falta.

Entre otras cosas, como superior de Westport, tendría que ponerse a buscar trabajo.

—Por ese motivo su eminencia ha pensado que quizá os *convendría* mi ayuda.

Lorsen dejó la carta, ajustó su posición sobre el escritorio y se levantó.

—Disculpa mi escepticismo, inquisidora, pero practicar una operación quirúrgica en la política de una de las ciudades más importantes del mundo no es lo mismo que aplastar una huelga.

El superior abrió la puerta que daba a la galería elevada.

—Las amenazas son peores y los sobornos, mejores —dijo Vick mientras lo seguía a través de la puerta y Sebo se movía a su espalda—, pero por lo demás supongo que alguna similitud habrá.

—Entonces, permíteme presentarte a nuestros trabajadores revoltosos, los regidores de Westport.

Lorsen se acercó a la balaustrada y señaló hacia abajo. Allí, en el suelo del cavernoso Salón de la Asamblea de Westport, revestido de piedras semipreciosas en diseños geométricos, los líderes de la ciudad debatían el importante asunto de abandonar la Unión. Algunos regidores estaban de pie, sacudiendo los puños o blandiendo papeles. Otros estaban sentados, mirando taciturnos o con las cabezas en las manos. Otros se gritaban entre ellos en al menos cinco idiomas y, si los ecos resonantes hacían imposible saber quién hablaba, no digamos ya lo que se decía. Y también los había que murmuraban a sus compañeros o bostezaban, se rascaban, se desperezaban, miraban al vacío. Un grupito de cinco o seis habían hecho un descanso para merendar apartados de los demás. Había hombres de todas las formas, tamaños, colores y culturas. Un muestrario de la más que diversa población de la ciudad a la que llamaban la Encrucijada del Mundo, metida con calzador en una estrecha franja de tierra sedienta entre Estiria y el Sur, entre la Unión y las Mil Islas.

—Son doscientos trece, según el último conteo, y todos ellos tienen derecho a *voto* . —Lorsen pronunció la última palabra con evidente desagrado—. Si se trata de discutir, los ciudadanos de Westport gozan de fama mundial, y aquí es donde sus más intrépidos discutidores escenifican sus argumentos más inextricables. —El superior echó un vistazo a un gran reloj que había al final de la galería—. Hoy llevan ya siete horas haciéndolo.

Vick no se sorprendió. El aire estaba pegajoso por todo el aliento que habían desperdiciado. Bien sabían los Hados que Vick ya encontraba Westport más que calurosa, y eso que solo era primavera, porque le habían dicho que en verano, después de las sesiones más intensas, a veces podía llover dentro de la cúpula. Una especie de llovizna salivosa que devolvía todo su lenguaje grandilocuente a los furiosos regidores.

—Parece que las opiniones están un poco enquistadas ahí abajo.

—Ojalá lo estuvieran más —dijo Lorsen—. Hace treinta años, cuando derrotamos a los gurkos, no rasparías ni cinco votos a favor de dejar la Unión. Pero la facción estiria ha ganado mucho terreno en los últimos tiempos. Las guerras. Las deudas. La revuelta

de Valbeck. La muerte del rey Jezal. Y dejémoslo en que a su hijo nadie se lo toma muy en serio en el ámbito internacional. En pocas palabras…

—Nuestro prestigio está en el orinal —terminó Vick la frase.

—¡Nos incorporamos a la Unión por su poderío militar! —retumbó una voz poderosa de verdad, imponiéndose por fin al barullo. El hablante era rechoncho, de piel oscura y cabeza afeitada, y sus gestos, inesperadamente suaves—. Porque el Imperio de Gurkhul nos amenazaba desde el sur y necesitábamos aliados fuertes para disuadirlos. ¡Pero esa integración nos ha salido cara! Millones de escamas de la tesorería, ¡y el precio no hace más que subir!

Las expresiones de acuerdo subieron flotando hasta la galería en un murmullo resonante.

—¿Quién es el del vozarrón? —preguntó Vick.

—Solumeo Shudra —dijo Lorsen con amargura—. Líder de la facción proestiria y un enorme grano en mi culo. Medio sipanés, medio kadirense. Un símbolo muy adecuado de este crisol cultural.

Vick sabía todo eso, por supuesto. Se esforzaba mucho en afrontar cada trabajo estando bien informada. Pero prefería guardarse sus conocimientos si era posible y dejar que los demás se considerasen grandes expertos.

—¡En estos cuarenta años desde que nos incorporamos a la Unión, el mundo ha cambiado hasta hacerse irreconocible! —vociferó Shudra—. El Imperio de Gurkhul se ha derrumbado mientras Estiria, antaño un revoltijo de ciudades-estado enemistadas, pasaba a ser una poderosa nación bajo un poderoso rey. ¡Han derrotado a la Unión no en una, ni en dos, sino en tres guerras! Guerras libradas por la vanidad y las ambiciones de la reina Terez. Guerras a las que nos vimos arrastrados con un alto coste en plata y sangre.

—Habla bien —dijo Sebo en voz baja.

—Muy bien —respondió Vick—. Casi me están entrando ganas de unirme a Estiria.

—¡La Unión es un poder en decadencia! —bramó Shudra—. Y Estiria, nuestra aliada natural. La mano de la gran duquesa Monzcarro Murcatto está tendida hacia nosotros en amistad. Deberíamos aferrarla mientras aún podamos. ¡Amigos míos, os insto a todos a votar conmigo para abandonar la Unión!

Hubo abucheos sonoros, pero los vítores lo fueron aún más. Lorsen negó con la cabeza, disgustado.

—Si esto fuese Adua, podríamos entrar ahí, llevárnoslo a rastras de su asiento, obligarlo a confesar y enviarlo a Angland con la siguiente marea.

—Pero estamos muy lejos de Adua —murmuró Vick.

—Ambos bandos temen que una exhibición abierta de fuerza vuelva a la mayoría en su contra, pero las cosas cambiarán a medida que se aproxime la votación. Las posturas se endurecen. El terreno intermedio se encoge. La ministra de los Susurros de Murcatto, Shylo Vitari, está organizando una amplia campaña de sobornos y amenazas, chantajes y extorsiones, mientras llueven hojas impresas de los tejados y aparecen consignas pintarrajeadas más rápido de lo que podemos limpiarlas.

—Tengo entendido que Casamir dan Shenkt está en Westport —dijo Vick—. Que Murcatto le ha pagado cien mil escamas para desnivelar la balanza. Por cualquier medio necesario.

—Me habían llegado… esos rumores.

Vick tuvo la sensación de que Lorsen había oído los mismos rumores que ella, transmitidos en susurros jadeantes con toda clase de detalles escabrosos. Que las habilidades de Shenkt superaban lo mortal y rayaban lo mágico. Que era un hechicero que se había condenado al comer carne humana. Allí, en Westport, donde las llamadas a la plegaria sonaban cada hora por toda la ciudad y los profetas de baratillo declamaban en cada esquina, de algún modo las ideas como aquellas resultaban más difíciles de ignorar.

—¿Querrás que te asigne a unos cuantos practicantes? —Lorsen miró a Sebo. Para ser sinceros, el chico no parecía capaz de resistir ni un viento fuerte, así que mucho menos a un mago comecarne—. Si de verdad anda suelto el asesino más famoso de toda Estiria, necesitaremos que estés bien protegida.

—Una escolta armada transmitiría el mensaje equivocado. —Y tampoco le serviría de nada, si los rumores eran ciertos—. Me han enviado aquí a persuadir, no a intimidar.

Lorsen no parecía nada convencido.

—¿De verdad?

—Es la apariencia que debemos dar.

—Pocas cosas tendrían peor apariencia que la muerte prematura de la representante de su eminencia.

—No tengo intención de correr a la tumba, creedme.

—Pocos la tienen. Pero la tumba se nos traga a todos igualmente.

—¿Qué planes tenéis, superior?

Lorsen inhaló con aire cansado.

—Estoy hasta arriba de trabajo solo con proteger a nuestros regidores. La cuestión se decidirá dentro de diecinueve días y no podemos permitirnos perder ni un solo voto.

—Eliminar a algunos de los suyos ayudaría.

—Siempre que se haga con sutileza. Si su gente empieza a aparecer muerta, seguro que enardecerá los sentimientos en nuestra contra. La situación está muy equilibrada. —Lorsen apretó los puños en torno a la barandilla mientras Solumeo Shudra daba otro estruendoso discurso para elogiar las ventajas del acogedor abrazo de Estiria—. Y Shudra ha demostrado ser persuasivo. Aquí le tienen aprecio. Te lo advierto, inquisidora, no vayas a por él.

—Con el debido respeto, el archilector me ha enviado para hacer las cosas que vos no podéis. Solo obedezco órdenes suyas.

Lorsen le dedicó una mirada larga y fría. Sin duda esa mirada helaría la sangre a quienes estuvieran acostumbrados al cálido clima de Westport, pero Vick había trabajado en una mina semiinundada en el invierno de Angland. Hacía falta mucho más para que tiritara.

—Entonces, te lo pido. —El superior pronunció cada palabra con precisión—. No vayas a por él.

Debajo de ellos, Shudra había concluido su última intervención atronadora provocando un ruidoso aplauso en los hombres que lo rodeaban y unos abucheos aún más ruidosos en el otro bando. Se sacudían puños, se arrojaban papeles, se farfullaban insultos. Diecinueve días más de aquella pantomima, con Shylo Vitari haciendo todo lo posible para alterar el resultado. ¿Quién sabía cómo iba a terminar aquello?

—Su eminencia quiere que mantenga Westport dentro de la Unión. —Vick echó a andar hacia la puerta, seguida de Sebo—. A cualquier precio.

Un mar de problemas —Sed todos bienvenidos al decimoquinto encuentro semestral de la Sociedad Solar de Adua.

Cursnbick, resplandeciente en un chaleco bordado con flores de plata, alzó al aire sus amplias manos para pedir silencio, aunque el aplauso era endeble. Antes el estruendo habría amenazado con derrumbar el teatro. Savine lo recordaba bien.

—Muchísimas gracias a nuestras distinguidas mecenas, lady Ardee y su hija, lady Savine dan Glokta.

Curnsbick hizo su habitual floritura exagerada hacia el palco donde estaba sentada Savine, pero los aplausos que despertó fueron incluso más apagados. ¿Alcanzó a oír unos bisbiseos chismosos abajo? «Esa mujer ya no es lo que era, ¿sabes? Ni la mitad de lo que era...».

—Cabrones desagradecidos —susurró sin perturbar su sonrisa fija. ¿Era posible que hubieran pasado solo unos meses desde que se cagaban encima con la mera mención de su nombre?

—Decir que este ha sido un año difícil… —Curnsbick bajó el ceño hacia sus notas, como si fuesen una lectura deprimente—. No hace justicia a los problemas que hemos afrontado.

—En eso tienes toda la puta razón. —Savine escondió la cabeza tras su abanico y esnifó un pellizco de polvo de perla. Solo para sacarla del lodazal. Solo para tener un poco de viento en las velas.

—Guerra en el Norte. Problemas en Estiria. Y la muerte de Su Augusta Majestad el rey Jezal I. Muy joven. Demasiado joven. —La voz de Curnsbick se quebró un poco—. La gran familia de nuestra nación ha perdido a su gran padre.

Savine se encogió al oír la palabra y tuvo que secarse un poco el ojo con la yema del meñique, aunque sin duda cualquier lágrima que hubiera allí era por sus propios problemas y no por un padre al que apenas había conocido y al que desde luego no había respetado. Toda lágrima es por quien la vierte, al final.

—Y luego los terribles acontecimientos de Valbeck. —Una especie de penoso lamento por todo el teatro, una ondulación abajo al menearse todas las cabezas—. Valores arruinados. Compañeros perdidos. Factorías que eran el asombro del mundo

convertidas en escombros. —Cursbick dio un golpe a su atril—. ¡Pero ya se alzan industrias nuevas de las cenizas! ¡Viviendas modernas de las ruinas de los suburbios! ¡Fábricas más grandes con maquinaria más eficiente y trabajadores más disciplinados!

Savine intentó no pensar en los niños de su fábrica de Valbeck, antes de su destrucción. Las literas embutidas entre las máquinas. El calor sofocante. El ruido ensordecedor. El polvo asfixiante. Pero todo espantosamente disciplinado. Todo terriblemente eficiente.

—La confianza ha sufrido un duro golpe —lamentó Curnsbick—. Los mercados están revueltos. Pero del caos puede surgir la oportunidad. —Dio otro golpe a su atril—. Debe hacerse que surja la oportunidad. Su Augusta Majestad el rey Orso nos guiará a una nueva era. ¡El progreso no puede detenerse! ¡No se le permitirá detenerse! ¡En beneficio de todos, aquí en la Sociedad Solar lucharemos sin descanso para arrastrar a la Unión desde el sepulcro de la ignorancia hasta las tierras altas de la iluminación!

Aplauso fuerte en esa ocasión, y en el público de abajo hombres poniéndose en pie.

—¡Eso, eso! —rebuznó alguien.

—¡Progreso! —exclamó otro.

—Es tan inspirador como un sermón en el Gran Templo de Shaffa —murmuró Zuri.

—Si no supiera que no, diría que Curnsbick también ha tomado algo que lo anime —dijo Savine, y se agachó tras su abanico y esnifó otro pellizco. Solo uno más, para prepararse para la pelea.

La batalla ya había comenzado bajo las grandes lámparas de araña del vestíbulo. Una trifulca más dispersa que en otras reuniones recientes. Menos animada. Más amarga. Perros más hambrientos tirándose mordiscos por botines más magros.

El bullicio le recordó a la multitud de Valbeck cuando los Rompedores repartían comida por el arrabal. En el teatro vestían con seda y no con harapos, apestaban a perfume y no a sudor rancio, el peligro constante era de bancarrota y no de violencia, pero los empujones y el hambre venían a ser los mismos. Hubo un tiempo en que Savine se había sentido tan cómoda en aquel ajetreo como una abeja reina en su colmena. Pero en esos momentos, su cuerpo entero cosquilleaba de gélido pánico. Tuvo que contener el impulso de liarse a codazos y correr chillando hacia la puerta.

—Cálmate —vocalizó para sí misma, intentando relajar los hombros para que le dejaran de temblar las manos pero perdiendo toda paciencia al instante y flexionando todos los músculos del cuerpo—. Cálmate, cálmate, *cálmate* .

Constriñó su cara en una sonrisa, abrió de golpe su abanico e hizo acopio de voluntad para internarse en el gentío seguida de Zuri. Los ojos se volvieron hacia ella, con expresiones más duras que las que estaba acostumbrada a encontrar. Calculadoras, más que admiradas. Despectivas, más que envidiosas. Antes solían rodearla en tropel como cerdos en torno al único comedero de la granja. Pero ese día los bocados más tentadores estaban en otro lugar. Savine apenas lograba vislumbrar a Selest dan Heugen entre el enjambre de caballeros que competían por su atención. Solo un destello de aquella chillona peluca roja. Un bocinazo de aquella horrible y ostentosa risa exagerada que otras mujeres ya empezaban a imitar.

—Por los Hados, cómo desprecio a esa mujer —musitó Savine.

—Es el mayor cumplido que podríais hacerle —dijo Zuri, alzando de su libro una mirada de advertencia—. No se puede despreciar algo sin reconocer su importancia.

Tenía razón, como siempre. Selest había cosechado un éxito tras otro después de invertir en aquel proyecto de Kaspar dan Arinhorm, el que Savine había rechazado con tanto énfasis. Sus propios intereses en las minas de Angland habían sufrido considerables pérdidas desde que Arinhorm empezara a instalar sus nuevas bombas por toda la provincia.

Y esas distaban mucho de ser las únicas inversiones decepcionantes que había hecho en tiempos recientes. Antes hacía florecer los negocios con solo sonreírles. Ahora toda manzana que mordía resultaba estar podrida. No se había quedado sola, desde luego. Pero su abanico estaba más atareado atrayendo pretendientes que espantándolos.

Se vio en la tesitura de hablar con el viejo Ricart dan Sleisholt, que acariciaba la demente fantasía de crear energía represando el Torrente Blanco. Saltaba a la vista que estaba en el equipo perdedor de la vida, con los hombros de la chaqueta bien espolvoreados de caspa, pero era crucial que Savine aparentara estar ocupada. Mientras el hombre parloteaba, ella se dedicó a tamizar el flujo de las conversaciones que la rodeaban a la caza de oportunidades como un buscador de oro tamizaría los helados arroyos de las Tierras Lejanas.

—… cubertería y cortinas y vajilla y relojes. La gente tiene dinero y quiere cosas…

—… oído que Valint y Balk le exigieron devolver los préstamos. Magnate por la mañana, mendigo a media tarde. Una saludable lección para todos nosotros…

—… propiedad en Valbeck. No te creerías el precio que obtuve por unos terrenos desocupados. Bueno, digo desocupados, pero esa escoria es fácil de trasladar…

—… imposible saber hacia dónde se decantará el Consejo Cerrado sobre los impuestos. Hay un agujero enorme en las finanzas. La tesorería entera es un agujero…

—… dije que si no querían trabajar, contrataría a un montón de hijos de puta marrones que sí quisieran, y no sabes lo poco que tardaron en volver a las máquinas…

—… nobles están furiosos, los plebeyos están furiosos, los mercaderes están furiosos y mi esposa no está furiosa aún, pero nunca hace falta mucho…

—De modo que ya veis, lady Savine. —Sleisholt estaba preparando el final culminante de su discurso—. El poder del Torrente Blanco languidece sin ser aprovechado, como un semental sin brida, y…

—¡Permitidme! —Curnsbick cogió a Savine por el codo y se la llevó con habilidad.

—¡Sin brida, lady Savine! —exclamó Sleisholt a su espalda—. ¡Estoy disponible para seguir hablando cuando queráis! —Y sus palabras se perdieron en un ataque de tos que se disolvió en la cháchara del vestíbulo.

—Gracias a los Hados que has venido —murmuró Savine—. Creía que no podría escapar nunca de ese viejo memo.

Curnsbick apartó la mirada mientras se rascaba la nariz con gesto significativo.

—Tienes un algo justo ahí.

—Joder.

Savine se hundió tras su abanico para limpiarse un resto de polvo del borde de su irritada fosa nasal.

Cuando emergió de nuevo, Curnsbick la miraba preocupado desde debajo de sus cejas canosas, en las que aún quedaba algún tozudo pelo rojizo.

—Savine, te considero una de mis mejores amigas.

—Qué encantador por tu parte.

—Sé que tu corazón es generoso…

—Entonces sabes más que yo.

—… y tengo en muy alta estima tus instintos, tu tenacidad, tu ingenio…

—No hace falta mucho ingenio para intuir que se avecina un «pero».

—Me preocupas. —Curnsbick bajó la voz—. Me llegan rumores, Savine. Estoy preocupado por… bueno, por tu juicio.

Savine empezó a notar un desagradable picor en toda la piel bajo el vestido.

—¿Mi juicio? —susurró, obligando a su sonrisa a ensancharse otro diente.

—Ese negocio en Keln que acaba de quebrar, ya te advertí que no era viable. Unas embarcaciones de ese tamaño…

—Debes de estar contentísimo de tener tanta razón.

—¿Qué? ¡No! No podría estar menos contento. Seguro que derrochaste miles y miles en financiar la División del Príncipe Heredero. —La cifra se acercaba más a los millones—. Y luego me entero de que el canal de Kort se ha complicado por problemas laborales. —Enfangado sin remedio estaba más próximo a la verdad—. Y no es ningún secreto que sufriste enormes pérdidas en Valbeck…

—¡No tienes ni puta idea de lo que perdí en Valbeck! —El exabrupto hizo retroceder sorprendido a Cursnbick, y Savine se dio cuenta de que tenía el puño tenso en torno al abanico plegado y lo estaba agitando ante la cara de él—. No… no tienes ni idea.

Se sorprendió al notar el dolor de las lágrimas al fondo de la nariz y tuvo que volver a abrir de golpe el abanico para poder secarse los párpados, cuidando de que no se le corriera el maquillaje. ¿Qué más daba su juicio? La cosa estaba llegando a un punto en que ya no podía fiarse ni de sus ojos.

Pero cuando alzó la vista, Cursnbick ni siquiera la estaba mirando. Su atención estaba al otro lado del ajetreado vestíbulo, cerca de la puerta.

La charla entusiasta se redujo al silencio y la gente abrió paso para que llegara por el centro un joven con un numeroso séquito de guardias, oficiales, ayudantes y parásitos, su pelo rubio arreglado con esmero para dar la impresión de no estar arreglado en absoluto, su uniforme blanco cargado de medallas.

—Me cago en la leche —susurró Cursnbick, cogiendo el codo de Savine—. ¡Es el puto rey!

Por muchas críticas que pudieran hacérsele —y había más que nunca, difundidas en panfletos que se deleitaban con los detalles sórdidos—, era innegable que el rey Orso tenía la actitud y el aspecto adecuados. A Savine le recordó a su padre. Al padre de *ambos* , se corrigió con un horrible retortijón de repugnancia. Orso reía, daba palmadas en brazos, estrechaba manos e intercambiaba bromas como el mismo dechado de buen humor un tanto ausente que el rey Jezal había sido en otro tiempo.

—Majestad —dijo Cursnbick, todo melaza—, la Sociedad Solar se ilumina con vuestra presencia. Me temo que hemos tenido que empezar las ponencias sin vos.

—No temáis, maese Cursnbick. —Orso le dio una palmadita en el hombro como a un viejo amigo—. Tampoco creo que hubiera podido ayudaros mucho con los detalles técnicos.

El gran maquinista reaccionó con la más mecánica de las risas.

—Seguro que ya conocéis a nuestra mecenas, lady Savine dan Glokta.

Sus ojos se cruzaron solo un instante. Pero un instante bastó.

Savine recordaba cómo solía mirarla Orso. Aquel chispeo travieso en los ojos, como si estuvieran jugando a un delicioso juego del que nadie más sabía en el mundo. Fue antes de que Savine descubriera que tenían el mismo padre, cuando él aún era príncipe heredero y el juicio de ella se consideraba impecable. La mirada que tenía en ese momento era inexpresiva, muerta, desapasionada. La de un doliente en el funeral de alguien a quien apenas conocía.

Orso le había pedido que se casara con él. Que fuera su reina. Y lo único que ella había querido era decirle que sí. Él la amaba y ella lo amaba a él.

Sus ojos se cruzaron solo un instante. Pero un instante fue todo lo que Savine pudo soportar.

Se hundió en la reverencia más profunda que pudo, deseando poder seguir hundiéndose hasta que se la tragaran los azulejos del suelo.

—Majestad…

—¡Lady Selest! —oyó que decía Orso, y a continuación el chasquido de un talón cuando el rey se volvió—. ¿Quizá podríais enseñarme todo esto?

—Sería un honor, majestad. —Y el burbujeo de la risotada victoriosa de Selest dan Heugen dolió tanto a Savine como agua hirviendo en los oídos.

Era un desprecio que no podía haber pasado inadvertido a nadie de todo el vestíbulo. Si Orso la hubiera derribado al suelo y le hubiera pisado el cuello, no le habría hecho más daño. Cuando Savine se irguió, todos susurraban. Ridiculizada, por el rey y en su propio terreno.

Anduvo hasta las puertas a través de rostros que flotaban, con una sonrisa clavada en sus mejillas ardientes, y bajó a trompicones los peldaños hasta la calle iluminada por el crepúsculo. Tenía el estómago revuelto. Se tiró del cuello del vestido, pero le habría sido más fácil atravesar un muro de prisión con las uñas que aflojar aquellas puntadas triples.

—¿Lady Savine? —dijo Zuri con voz preocupada.

Savine rodeó tambaleándose la esquina del teatro hacia la oscuridad de un callejón, se agachó sin poder evitarlo y echó los hígados contra la pared. Vomitar le recordó a Valbeck. Todo le recordaba a Valbeck.

Se enderezó y se quitó el moco ardiente de la nariz.

—Hasta mi propio estómago me traiciona.

Una franja de luz en un lado del oscuro rostro de Zuri hizo que le brillara un ojo.

—¿Cuándo os vino el último período? —preguntó Zuri con suavidad.

Savine se quedó quieta un momento, con la respiración entrecortada. Entonces levantó los hombros, impotente.

—Justo antes de que Leo dan Brock visitara Adua. ¿Quién iba a decir que terminaría echando de menos el suplicio mensual?

Probablemente su respiración entrecortada debería haberse convertido en un sollozo ahogado, y ella haber caído en brazos de Zuri para llorar por el colosal desastre que había hecho de su vida. Curnsbick hacía bien en preocuparse, el viejo tonto. El juicio de Savine se había ido a la mierda y aquel era el resultado.

Pero en vez de llorar, se echó a reír.

—Estoy vomitando en un callejón que huele a meado —dijo—, con un vestido que cuesta quinientos marcos y un bastardo en camino. Qué ridícula soy, joder.

La risa remitió y Savine se apoyó en la pared, raspándose la amarga lengua contra los dientes.

—Cuanto más asciendes, desde más alto puedes caer y mayor es el espectáculo que das al llegar al suelo. Qué drama tan maravilloso, ¿eh? Y ni siquiera tienen que pagar entrada. —Apretó los puños—. Todos creen que voy a hundirme. Pero si se piensan que me hundiré sin pelear, más les valdría…

Se agachó y soltó más vómito. Solo un chorrito acre en esa ocasión. Arcadas y risitas a la vez. Lo escupió y se limpió la cara con el dorso del guante. La mano volvía a temblarle.

—Cálmate —musitó para sus adentros, cerrando los puños—. Cálmate, gilipollas de mierda.

Zuri parecía preocupada. Y esa mujer nunca parecía preocupada.

—Pediré a Rabik que traiga el carruaje. Deberíamos llevaros a casa.

—Ah, venga, pero si la noche es joven. —Savine sacó la cajita para tomar otro pellizco de polvo de perla. Solo para superar los baches. Solo para que las cosas siguieran en marcha. Se encaminó hacia la calle—. Tengo ganas de ver trabajar a maese Broad.

Una rutina

—Entonces, ¿sois felices aquí?

Liddy se echó a reír. En el pasado habían transcurrido semanas enteras sin que Broad le viese apenas una sonrisa. Pero de un tiempo a esa parte, reía a todas horas.

—Gunnar, vivíamos en un sótano.

—Un sótano fétido —concretó May, sonriendo también. Costaba imaginar aquellos tiempos con el anochecer llegando a su comedor a través de tres ventanales.

—Comíamos mondas y bebíamos de charcos —dijo Liddy, sirviendo otro filete en el plato de Broad.

—Hacíamos cola para cagar en un agujero —añadió May.

Liddy hizo una mueca.

—No digas esas cosas.

—Pero lo hacíamos, ¿verdad? ¿Por qué te molesta que lo diga?

—Es tu manera de expresarlo a lo que me opongo. —Liddy por fin podía comportarse como una verdadera dama y lo disfrutaba a cada momento—. Pero sí, es verdad que lo hacíamos. ¿Por qué no íbamos a ser felices ahora?

Liddy le acercó la salsera. Broad nunca habría pensado que existiera un tipo de jarra especial para la salsa, ni mucho menos imaginado que algún día poseería una.

Sonrió él también. Se obligó a sonreír.

—Pues claro. ¿Por qué no íbamos a ser felices ahora?

Cargó el tenedor de guisantes y hasta logró meterse unos pocos en la boca antes de que cayeran todos los demás.

—No se te dan muy bien los tenedores —comentó May.

Broad removió con él la comida en el plato. Solo sostener aquel dichoso trasto ya le hacía daño en la mano. Lo notaba demasiado delicado para sus dedos doloridos.

—Cuando llegas a una edad, cuesta más aprender cosas nuevas, supongo.

—Eres demasiado joven para atascarte en el pasado.

—No sé yo. —Broad frunció el ceño mientras daba pinchazos al filete y salía un poco de sangre—. El pasado a veces no te suelta.

Hubo un silencio incómodo.

—Dinos que esta noche te quedas en casa —pidió Liddy.

—Ojalá pudiera. Tengo que acercarme a la excavación.

—¿A estas horas?

—Será cosa de un rato, espero. —Broad dejó el cubierto y se levantó—. Tengo que asegurarme de que la obra sigue adelante.

—Lady Savine no podría apañarse sin ti, ¿eh?

May infló el pecho, orgullosa.

—Me dijo el otro día que cada vez depende más de él.

—Bueno, pues dile que tendrá que compartirte con tu familia.

Broad dio un bufido mientras rodeaba la mesa.

—Eso díselo tú.

Liddy aún sonreía cuando levantó la cara y Broad le notó suaves los labios en los suyos. Había ganado peso. Todos lo habían ganado, después de la época de vacas flacas en Valbeck. Liddy tenía la figura curva y el brillo en las mejillas de cuando había empezado a hacerle la corte. El mismo olor de cuando se habían besado por primera vez. Con todo el tiempo que había pasado, Broad la amaba igual que entonces.

—Ha salido todo bien —dijo ella, acariciándole la mejilla con las yemas de los dedos—. ¿Verdad?

—No gracias a mí. —Broad tuvo que sortear un nudo en la garganta para decirlo—. Lo siento. Siento todos los problemas que traje.

—Eso quedó atrás —dijo Liddy con firmeza—. Ahora trabajamos para una gran dama. Aquí no hay problemas.

—No —repuso Broad—. No hay problemas.

Caminó con aire cansado hacia la puerta.

—¡No trabajes demasiado, papá! —exclamó May.

Cuando Broad miró atrás, May estaba sonriéndole, y esa sonrisa se enganchó en algo. Era como si tuviera un anzuelo en el pecho y todo lo que hacía su hija tirase de él. Le devolvió la sonrisa. Incómodo, levantó la mano para despedirse. Entonces vio el

tatuaje que tenía el dorso y la bajó de sopetón. La metió en el puño de su nueva y cara chaqueta.

Se aseguró de cerrar la puerta con firmeza al salir.

Broad recorrió a zancadas un bosque de columnas de hierro descascarilladas, por el oscurecido suelo del almacén hacia una isla de luz de lámpara, y sus pasos resonaron en aquel negro vacío.

Halder estaba de pie, con los brazos cruzados y la cara en la sombra. Era de esos hombres a los que les gustaba el silencio. Banderizo se había apoyado en una columna cerca de él, con ese ladeo chulesco en las caderas. Era de esos hombres que siempre tenían demasiado que decir.

Su invitado estaba sentado en una de las tres sillas desvencijadas, con las manos atadas a la espalda y los tobillos a las patas. Broad se detuvo delante de él y lo miró adusto.

—¿Eres Tirillas?

—Soy Tirillas.

No intentó negarlo, al menos. A veces lo hacían. Broad no se lo reprochaba.

—Es curioso que se llame así —dijo Banderizo, mirando a Tirillas como si no fuese más que un puñado de arcilla—. Porque en realidad es bastante robusto. No lo llamaría gordo. Pero tampoco lo llamaría tirillas.

—Tened un poco de respeto, ¿queréis? —pidió Broad mientras se quitaba la chaqueta—. Esto podemos hacerlo sin faltar al respeto.

—¿Qué diferencia hay?

Broad dejó la chaqueta doblada en el respaldo de una silla y alisó la cara tela con el canto de la mano.

—Yo le veo alguna.

—No estamos aquí para hacer amigos.

—Sé para qué estamos aquí.

Broad cruzó la mirada con Banderizo y se la sostuvo hasta que el otro hombre se lamió los labios y apartó los ojos. Entonces giró la silla para encararla hacia Tirillas y tomó asiento. Se subió los anteojos por la nariz y se cogió las manos. Venía bien tener una rutina. Como cuando barría el suelo de la cervecería en Valbeck. Era solo un trabajo que hacer, igual que cualquier otro.

Tirillas estuvo observándolo todo el tiempo. Con ojos temerosos, claro. Sudor en la frente. Pero decidido. Seguro que costaría quebrantarlo. Pero todo se quebrantaba si uno apretaba lo suficiente.

—Me llamo Broad. —Vio que Tirillas miraba hacia el tatuaje que Broad llevaba en el dorso de la mano. Lo dejó a la vista—. Antes estaba en el ejército.

—Como todos —dijo Banderizo.

—¿Sabes para quién trabajamos ahora?

Tirillas tragó saliva.

—¿Para Kort?

—No.

Tirillas tragó de nuevo, más fuerte.

—Para Savine dan Glokta.

—Exacto. Tenemos entendido que has estado organizando a los trabajadores, maese Tirillas. Tenemos entendido que los has convencido para que suelten las herramientas.

Banderizo hizo un reprobador «Ts, ts, ts» con la lengua.

—Con las condiciones que hay en la excavación —dijo Tirillas—, con las horas que trabajan y la paga que reciben, no hizo falta mucho para convencerlos.

Broad se bajó los anteojos para frotarse el irritado caballete de la nariz y luego volvió a subírselos.

—Escucha, pareces un hombre decente, así que voy a darte todas las oportunidades que pueda. Pero lady Savine quiere su canal terminado. Ha pagado por él. Y puedo decirte a ciencia cierta… que es mala idea interponerse entre ella y algo por lo que ha pagado. Muy muy mala idea.

Tirillas se inclinó hacia delante. Todo lo que pudo estando atado a la silla.

—El otro día murió un chico. Aplastado por una viga. Catorce años. —Se volvió con esfuerzo para clavar la mirada en Banderizo—. ¿Lo sabías?

—Lo había oído —respondió Banderizo y, por la forma en que se miraba las uñas, le importaba una mierda.

—Es una pena. —Broad hizo chasquear sus dedos doloridos para que los ojos de Tirillas volvieran hacia él—. La cuestión es: ¿en qué lo ayudará a él que te aplasten a ti?

Tirillas alzó el mentón, todavía desafiante. A Broad le caía bien. Podrían haber estado en el mismo bando. Supuso que debían de haberlo estado, no hacía tanto tiempo.

—Puedo ayudar a los demás. Los que sois como tú no podéis entenderlo.

—Igual te sorprenderías. Estuve en Valbeck, hermano, con los Rompedores. Allí luché por el bien. O eso creía, al menos. Antes de eso, estuve en Estiria. También allí creía luchar por el bien. Llevo toda la vida luchando por el bien. ¿Y sabes de qué me ha servido?

—De nada —dijo Banderizo.

Broad le frunció el ceño.

—Te encanta fastidiarme el remate, ¿verdad?

—Necesitas material nuevo.

—Puede que tengas razón. El problema de luchar por el bien, creo yo… es que cuando empieza la lucha, se acaba el bien.

Broad empezó a arremangarse mientras pensaba en qué decir. Despacio. Meticuloso. Venía bien tener una rutina. Se dijo a sí mismo que aquello lo hacía por May, y por Liddy. Se preguntó qué opinarían ellas si supieran los detalles y no le gustó la respuesta. Por eso no debían saberlo. Nunca.

—He matado… creo que… a unos quince hombres. Tal vez más. Algunos eran prisioneros. Solo obedecía órdenes, pero… lo hice, aun así. Al principio llevaba la cuenta, y luego intenté perderla, pero, en fin… —Broad bajó la mirada al pequeño trozo de suelo entre las botas de Tirillas—. Si te soy sincero, iba borracho casi todo el tiempo. Tan borracho como podía ponerme. Lo tengo todo un poco borroso. Pero sí que recuerdo a un tipo, en la guerra. Estirio, supongo, porque no dejaba de parlotear y yo no tenía ni idea de lo que estaba diciendo. Lo tiré desde la muralla. Aquello fue en el muro de Musselia, así que ¿cuánto tendría, treinta pasos de altura? —Alzó la mirada hacia Halder—. Tú estuviste en Musselia, ¿verdad?

Halder asintió.

—Serían más bien veinte.

—Era buena altura, en todo caso. Dio contra un carro. —Broad se clavó la mano en las costillas para mostrar dónde—. Y se dobló por la mitad, de lado. Se quedó en una postura que ningún hombre vivo debería tener nunca. Los pies apuntaban hacia atrás. Empezó a hacer como un ruido… —Broad negó despacio con la cabeza—. Te juro que era el ruido que debe de hacer el infierno. Y no paraba. Ahí fuera ves mucha mierda. Te cambia la forma de mirar las cosas.

—Así es —dijo Halder.

Tirillas tenía la mirada fija en Broad.

—¿Y crees que eso es algo de lo que presumir?

—¿Presumir? —Broad le devolvió la mirada por encima de los anteojos, así que Tirillas era solo un borrón centelleante a la luz de lámpara—. No, joder. Me despierto empapado en sudor. A veces lloro. En los tiempos tranquilos. No me importa reconocerlo.

—A mí también me pasa —dijo Halder.

—Solo estoy… intentando que lo comprendas. —Y Broad volvió a subirse los anteojos hasta el pequeño surco de la nariz—. Que veas hacia dónde va todo esto antes de que lleguemos y descubramos… que en realidad no queríamos llegar ahí.

Torció el gesto. Eso último le había quedado al revés de como quería. Deseó que se le dieran mejor las palabras, pero, siendo sinceros, solo con palabras rara vez podía hacerse ese tipo de trabajo. Malmer había sido buen orador y mira cómo había terminado.

—Lo que quiero decir…

—¿Maese Broad?

Se volvió, sorprendido. Había una luz ardiendo en la oficina, construida sobre columnas al fondo del almacén. En los peldaños que subían a ella había una figura. De mujer, alta y delgada y grácil.

Broad sintió un horrible retortijón de miedo en la boca del estómago. Desde hacía un tiempo las mujeres menudas lo inquietaban mucho más que los hombres enormes.

—A ver, espera —dijo mientras se levantaba.

—No va a ninguna parte. —Banderizo dio unas palmadas en la mejilla de Tirillas que lo hicieron encogerse.

—Respeto. —Broad cruzó el suelo del almacén con pasos resonantes—. No es que cueste dinero.

Era Zuri. Tenía cara de preocupación, y eso lo preocupó a él. Broad no había conocido a casi nadie tan difícil de alterar como Zuri.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

Ella señaló con la cabeza la escalera hacia la oficina.

—Lady Savine está aquí.

—¿Está aquí ahora?

—Quiere ver cómo trabajas. —La frase pendió allí un momento, entre ellos, en la oscuridad. Hacerlo era una cosa. Broad podía decirse a sí mismo que era necesario.

Elegir observarlo era otra muy distinta—. ¿Quizá podrías… convencerla de que no lo haga?

Broad contrajo el gesto.

—Si pudiera convencer a la gente solo hablando, no tendría que convencerlos de la otra manera.

—Mi maestro de escrituras solía decir que quienes se esfuerzan y fracasan son tan bienaventurados como quienes triunfan.

—Que yo haya visto, no es así.

—Intentarlo no puede hacer daño.

—Que yo haya visto, tampoco es así —murmuró Broad, siguiéndola escalera arriba.

Desde la puerta, Savine tenía su habitual aspecto controlado a la perfección. Pero más de cerca, a la luz de la lámpara, Broad notó que algo andaba mal. Había una irritación rosada en los bordes de sus fosas nasales, un brillo ansioso en los ojos, un mechón de pelo suelto de la peluca. Entonces vio las tenues manchas de la chaqueta, tan impactantes en Savine como si otra persona se hubiera presentado sin ninguna ropa.

—Lady Savine —dijo—, ¿seguro que queréis estar presente?

—Eres muy amable por preocuparte, pero tengo el estómago fuerte.

—No lo dudo. No lo decía por vos. —Bajó la voz—. La verdad es que sacáis lo peor de mí.

—Tu problema, maese Broad, es que confundes lo mejor con lo peor de ti. Necesito que se retome el trabajo en el canal a primera hora de mañana. A primerísima. Necesito ese canal abierto y aportándome *dinero* . —Ladró la última palabra, con los dientes a la vista, y la ira de aquella mujer aceleró el corazón a Broad. Era una cabeza más baja que él. Lo habría sorprendido que pesara la mitad que él. Pero aun así, le daba miedo. No por lo que ella pudiera hacer, sino por lo que pudiera obligarlo a hacer a él—. Y ahora, sé buen chico y consigue que eso ocurra.

Broad lanzó una mirada a Zuri, cuyos ojos negros relucían en la penumbra.

—Todos somos dedos en la mano de Dios —murmuró la mujer, encogiéndose de hombros como a modo de disculpa.

Broad se miró su propia mano y le dolieron los nudillos cuando la cerró despacio en un puño.

—Si tú lo dices…

Broad regresó a zancadas por el suelo del almacén, sus pasos resonando, hacia aquel charco de luz. Se dijo a sí mismo que intentaba parecer impaciente. Interpretar su papel. Pero nunca había sido muy buen actor. La verdad era que se moría de ganas de llegar.

Tirillas vio algo en los ojos de Broad, quizá. Se revolvió en su silla, como si pudiera zafarse de lo que estaba por venir. Pero ninguno de los dos podía.

—Espera un…

El puño tatuado de Broad dio contra sus costillas con un golpe seco. La silla se inclinó hacia atrás y Banderizo la cogió y la devolvió hacia delante. El otro puño de Broad se hundió en el otro costado de Tirillas y lo hizo retorcerse, con los ojos desorbitados. Se quedó así, temblando mientras la cara se le amorataba, durante un momento. Logró dar una bocanada sibilante antes de vomitar.

Le salpicó el regazo, salpicó el suelo del almacén y Banderizo dio un paso atrás, mirando ceñudo sus nuevas y relucientes botas.

—Vaya, tenemos un surtidor.

A Broad le costó no seguir dando puñetazos. Le costó controlarse aunque fuese un poco y hablar. Cuando lo hizo, se extrañó de lo calmada que sonaba su voz.

—Se acabó el intento civilizado. Tráelo.

Halder salió de la oscuridad llevando a alguien a rastras. Un chico joven, atado, gorgoteando en una mordaza.

—No —graznó Tirillas mientras Halder soltaba al chico de mala manera y Banderizo empezaba a atarlo a una silla—. No, no. —Aún le colgaba un hilo de baba de la comisura de la boca.

—Un hombre puede soportar mucho si cree que está luchando por el bien. Créeme que lo sé. —Broad se frotó los nudillos con suavidad—. Pero ¿ver cómo se lo hacen a su hijo? Eso ya es otra cosa.

El chico miró alrededor con el rostro surcado de lágrimas. Broad deseó poder tomarse una copa. Casi podía saborearla en la lengua. Una copa lo volvía todo más fácil. Más fácil en el momento, por lo menos. Más difícil después. Apartó el pensamiento.

—Dudo que vaya a presumir de esto tampoco. —Broad comprobó que estaba bien arremangado. Parecía importante, por algún motivo—. Pero si lo echas al montón de toda la otra mierda que he hecho, apenas hace que cambie el nivel.

Echó una mirada hacia la oficina. Quizá esperando encontrar a Savine indicándole que parara. Pero no vio a nadie. Solo la luz, para indicarle que Savine

seguía observando. Un hombre tiene que ser capaz de detenerse a sí mismo. A Broad nunca se le había dado bien en absoluto. Devolvió la atención a Tirillas.

—Me gustaría volver a casa.

Se quitó los anteojos, los guardó en el bolsillo de la camisa y todas las caras iluminadas por la lámpara se convirtieron en manchas.

—Pero tengo toda la noche si hace falta.

El miedo del chico y el horror de Tirillas y la indiferencia de Banderizo eran turbios borrones que Broad apenas lograba distinguir.

—Quiero que imagines… el estado en que os encontraréis los dos para entonces.

La silla del chico chirrió contra el suelo del almacén cuando Broad la movió al lugar preciso en que la quería.

—Me atrevo a decir que los dos estaréis haciendo pronto ese ruido.

Se ajustó las mangas una vez más. Rutina, rutina, rutina.

—El que hace el infierno.

Broad sabía cómo se habría sentido él, atado impotente en una silla y viendo a May en la otra. Por eso estaba bastante seguro de que funcionaría.

—¡No habrá huelga! —resolló Tirillas—. ¡No habrá huelga!

Broad se enderezó, parpadeando.

—Ah, pues es una buena noticia.

No le daba la sensación de que fuera una buena noticia. Muy en el fondo, era toda una decepción. A Broad le costó destensar los puños. Le costó sacar los anteojos del bolsillo de la camisa y volver a ponérselos sobre las orejas. Los notaba demasiado delicados para sus dedos doloridos.

—Tu hijo se quedará con nosotros, para asegurarnos de que no cambias de opinión.

El chico se retorció mientras Banderizo se lo llevaba de nuevo a la oscuridad por el suelo del almacén.

—¡Respeto! —exclamó Broad, desenrollándose las mangas con cuidado.

Era importante tener una rutina.

El arte de la flexibilidad

—¡Precisión, cazurros! —Filio bajó del banco dando un salto para gritar a los dos espadachines, que inclinaron sus aceros y lo miraron embobados—. La rapidez es solo una fanfarronada hueca sin precisión.

Tenía cincuenta y muchos años, pero seguía siendo rápido y guapo. Era posible que Vick tuviera más canas en el pelo que él. Filio volvió a sentarse a su lado y profirió entre dientes unos cuantos reniegos más en estirio antes de cambiar a la lengua común.

—Cómo son los jóvenes de hoy en día, ¿eh? ¡Esperan que les sirvan el mundo con cubiertos de oro!

Vick echó una mirada hacia Sebo. El chico tenía pinta de no haber visto cubiertos en la vida, no digamos que le sirvieran nada con unos de oro. Incluso vestido con el elegante negro de practicante, a Vick le recordaba a su hermano. Ese encorvamiento amedrentado en los hombros, como si estuviera siempre esperándose un bofetón.

—Algunos tienen que soportar adversidades —dijo.

—A mi sobrino le vendrían bien unas pocas adversidades. —Filio negó con la cabeza mientras observaba a los espadachines moverse en el círculo de entrenamiento, sobre unos tablones pulidos por generaciones de suaves zapatillas de esgrima—. Tiene manos rápidas y buen instinto, pero mucho que aprender. —Gimió al ver una acometida torpe—. Espero que algún día pueda representar a nuestra ciudad en el Certamen de Adua, pero el talento es inútil sin disciplina y... —Volvió a levantarse de un salto—. ¡Burro, piensa un poco!

—Vos también competisteis en el Certamen.

Filio compuso una sonrisa taimada mientras se sentaba de nuevo.

—¿Me has investigado?

—Perdisteis contra el futuro rey Jezal en las semifinales. Lo llevasteis hasta el último toque, si no recuerdo mal.

—¿Estabas allí? ¡Pero si no tendrías ni diez años!

—Ocho.

Para mentir bien hay que ceñirse a la verdad siempre que sea posible. Vick tenía ocho años cuando se libró aquel combate, pero había estado acurrucada en la negrura

de la apestosa bodega de un barco, esposada a una gran cadena con su familia y varias decenas más de reclusos. Todos de camino a los campos de prisioneros de Angland, de los que solo ella regresaría. Pero dudaba que ese recuerdo provocara el mismo deleite a Filio, cuyos ojos brillaban revisitando viejas glorias. La gente pocas veces era feliz con toda la verdad.

—El público vitoreando, el raspar del acero, el círculo extendido ante los edificios más majestuosos del Agriont. ¡Fue el día más glorioso de mi vida! —Era un hombre que admiraba la pompa y la estructura de la Unión. Un hombre que apreciaba la precisión y la disciplina. Por eso Vick se había puesto el uniforme de gala completo de inquisidora exenta, llevaba las botas lustradas hasta brillar como un espejo y tenía el pelo separado con regla y recogido sin piedad en un moño. Filio señaló las hojas centelleantes—. Entonces, ¿eres devota de la bella ciencia?

—¿Y quién no? —Aunque en realidad no lo era.

—Y supongo que has venido a recolectar votos.

—Su majestad arde en deseos de que Westport permanezca en el lugar que le corresponde, dentro de la Unión.

—¿Su majestad o su eminencia? —murmuró Filio, sin apartar la mirada de los espadachines que lanzaban y detenían estocadas—. ¿Y con quién más has hablado?

—Vos sois el primero. —Era el cuarto, pero Vick sabía que debía tener cuidado con el orgullo de los hombres de poder moderado. Se hería con mucha más facilidad que el de los verdaderamente poderosos—. El superior Lorsen me habló muy bien de vos. Un regidor experto, respetado en ambos bandos. Alguien que podría ser una voz unificadora.

—Me halagas, por supuesto, pero el superior exagera. Si la unidad fuese solo cuestión de una voz adecuada… quizá Westport no estaría tan desunida.

—Tal vez podamos ayudar a que vuestra ciudad se reconcilie. Sé que creéis en la Unión.

—¡Y mucho! He creído en ella toda la vida. Mi abuelo estuvo entre quienes nos incorporaron a ella. —La sonrisa de Filio se desvaneció—. Pero hay dificultades. El rey Jezal era un valor seguro, pero el rey Orso es joven… —Filio se crispó al ver que su sobrino hacía una vistosa floritura con sus aceros—. Y tiene reputación de padecer en exceso todos los defectos de los jóvenes. La chapuza que hicisteis en las guerras contra Estiria no ayudó en nada. ¡Y además tenemos a Solumeo Shudra! —Filio hizo chasquear la lengua—. ¿Lo has oído hablar?

—Solo un poco.

—Qué convincente. Qué cautivador. Qué… ¿Cuál es la palabra? Carismático. Apreciado como solo los políticos apartados del poder, y por tanto de la decepción, pueden estarlo jamás. Ha persuadido a mucha gente que ahora ve las cosas como él. El bando de la Unión no tiene a nadie de su calibre. Son todos más bien insulsos. Pero claro, siempre es difícil argumentar con pasión en pro de lo que ya se tiene, ¿verdad? Qué aburrido. Mientras que la deliciosa alternativa… ¡es un ramillete de promesas! ¡Un saco de sueños! Un glorioso barco de fantasías que todavía no ha sufrido ningún encontronazo haciendo cosas en la realidad.

—Entonces, ¿su majestad puede contar con que votaréis con responsabilidad?

—Ojalá pudiera darte un «sí» inflexible para la Unión. Pero me temo que de momento… —Filio arrugó la cara con desagrado—. Solo puedo llegar al tradicional «quizá» estirio. Aquí en Westport, en la Encrucijada del Mundo, suspendidos entre los gurkos, los estirios y la Unión, nos hemos visto obligados a hacer de la flexibilidad un arte. No he durado todo este tiempo en la política de la ciudad por ceñirme demasiado a un solo sistema de principios.

—Los principios son como la ropa —dijo Vick, alisándose la casaca—. Hay que cambiarlos según el público.

—Muy bien expresado. A su debido tiempo, quizá podamos negociar mi precio por vestir unos colores u otros. Pero sería una necedad alinearme tan temprano con un bando. ¡Podría terminar en el perdedor!

Vick supuso que comprendía la actitud de aquel hombre. Si algo había aprendido en los campos, a fin de cuentas, era que había que estar con los ganadores.

—En ese caso, hablaremos más adelante. Cuando el futuro vaya cobrando forma.

Vick se levantó, haciendo caso omiso a una repentina punzada en la cadera mala, hizo entrechocar los tacones y dedicó a Filio una envarada inclinación.

Filio pareció bastante satisfecho al verla. Pero no lo suficiente como para prometerle su voto.

—Eso espero. Pero no nos hagamos perder el tiempo mutuamente hasta estar seguros de la aritmética. ¡Eh! —Se levantó de golpe cuando el talón de su sobrino rozó el borde del círculo—. ¡Vigila el pie de atrás, idiota! ¡Precisión!

Un raro vientecillo acarició los jardines públicos de Westport, transportando el olor a resina, flores y especias del mercado que se celebraba al otro lado del muro. Hizo que un centenar de variedades de follaje aletearan, crujieran y susurraran. Levantó una nube de rocío de la fuente, en la que el brillante sol primaveral creó un efímero arcoíris. Y entonces una sombra cayó sobre Vick.

—¿Puedo sentarme?

Delante de ella había una mujer de anchos hombros, vestida con ropa suelta al estilo sureño. Piel oscura, rasgos marcados, pelusa entrecana rapada.

—Lo siento, no hablo estirio —dijo Vick en común. Era medio mentira. Podía hacerse entender, pero quizá no captar todos los matices, y en negociaciones tan delicadas como aquellas no podía arriesgarse a cometer un error. Eso y que prefería que la subestimaran.

La mujer suspiró.

—Típico de las autoridades de la Unión, enviar a una negociadora que ni siquiera domina nuestro idioma.

—Creía que esto era la Encrucijada del Mundo, donde se hablan todas las lenguas. Debes de ser Dayep Mozolia.

—Y tú debes de ser Victarine dan Teufel.

—Tal es mi desgracia.

Vick había supuesto que las resonancias aristocráticas de su apellido, por mal que le encajara ahora, serían lo mejor para aquella reunión. Se decía que Mozolia era una obstinada mujer de negocios, así que Vick había elegido presentarse como una práctica dama aduense de viaje en el extranjero. Llevaba el pelo recogido en pulcras trenzas, bien enroscadas y sujetas. El botón de arriba desabrochado, para insinuar una relajada accesibilidad. Hacía tiempo que no se ponía falda, y no estaba más cómoda con ella que con su nombre. Pero lo cierto era que la comodidad era un lujo sin el que los espías se desempeñaban mejor.

—¿Te gustan los jardines públicos? —preguntó Mozolia.

—Son bonitos. Aunque estén un poco sedientos.

—Fueron un regalo a la ciudad de la heredera sin hijos de una gran fortuna mercantil. —Mozolia se tomó un tiempo para aposentar su largo cuerpo en el banco—. Viajó por todo el Círculo del Mundo con el propósito de reunir un ejemplar de cada clase de árbol creada por Dios. —Señaló un abeto imponente con las ramas bajas desnudas del todo y solo unas pocas agujas secas en las de arriba—. Por desgracia, no todo florece en nuestro clima —añadió desviando la mirada hacia Sebo, marchito en sus ropajes de sirviente, su manchada cara perlada de sudor.

Había sido mala idea llevarlo. Vick sabía que le iría mejor sola. Era una lección que había aprendido pronto en los campos, con todos sus parientes enterrados en la tierra helada. Su padre, tiritando, sus labios azulados, sus dedos acortados ya ennegrecidos. Su madre, preguntando siempre qué había hecho para merecer aquello,

como si merecerlo o no tuviera algo que ver. Todo el sudor y el dolor que le había costado obtener aquella medicina para su hermana. Llegar con el frasquito aferrado solo para encontrarla rígida y fría bajo las andrajosas mantas, su hermano aún cogiéndola de la mano. Ya solo quedaban ellos dos. Vick y su hermano. Esos ojos grandes y tristes, como los de Sebo.

Nunca hay que sostener a alguien incapaz de nadar por sí mismo. Al final, te arrastrarán con ellos al fondo.

Mozolia suspiró y extendió un brazo sobre el respaldo del banco.

—Pero supongo que no has cruzado el mar Circular para hablar de árboles.

—No. Para hablar de la inminente votación.

—Aquí la gente casi no habla de otra cosa. Es una decisión trascendental. Pero en ella no podemos participar ni tú ni yo. Las mujeres no podemos ser regidores, al fin y al cabo.

Vick bufó.

—Las mujeres no podremos sentarnos en la Asamblea, pero sí controlar a los hombres que lo hacen. Tienes un mínimo de cinco votos en el bolsillo.

Mozolia levantó sus pesados hombros.

—Seis. Puede que siete.

—Me preguntaba si podría convencerte de ejercerlos en favor de la Unión.

—Sería posible. Pero no fácil. Yo tenía una abuela de Yashtavit, otro de Sikkur, una tercera de Ospria y el cuarto del Viejo Imperio. Soy bien recibida, o quizá igual de mal recibida, en cinco templos distintos de la ciudad. A veces me olvido de a qué versión de Dios se supone que estoy rezando. En otras naciones me llamarían mestiza. Pero en esta ciudad mestiza soy lo normal. —Sonrió al amarillento césped, donde personas de toda forma y color paseaban, se sentaban, charlaban a la sombra de todos los extraños y maravillosos árboles creados por Dios—. Una comerciante textil no puede ser estrecha de miras. Mi negocio se extiende por todo el Círculo del Mundo. Sedas de Suljuk y linos gurkos, algodones imperiales y lanas del Norte.

—Por no mencionar todos esos bonitos tejidos nuevos que producen los telares de la Unión.

—Por no mencionarlos.

—Sería una pena que una comerciante textil se quedara aislada del mayor mercado del mundo.

—Por supuesto que sería frustrante, pero el comercio, como el agua, siempre acaba colándose por las grietas. Y formar parte de Estiria conllevaría sus propias oportunidades.

—Tengo entendido que la Serpiente de Talins puede ser una señora dominante.

Le llegó el turno a Mozolia de bufar.

—Como varios generales de la Unión han descubierto por las malas. Pero cuando la gente está dispuesta a ser flexible, ella puede mostrarse razonable. ¡Mira cómo han prosperado los ciudadanos de Talins bajo su gobierno! Y me atrae bastante la idea de una mujer en el poder, ¿a ti no? Por dominante que sea. Las mujeres deberíamos hacer todo lo posible para colaborar.

—¿No deberíamos hacer justo lo mismo que los hombres y dejar a un lado los sentimientos en pos del máximo beneficio?

Mozolia se permitió una levísima sonrisa.

—Vaya, qué cosas. Resulta que sí que hablabas estirio. Confío en que su eminencia haya enviado contigo una suma de dinero nada sentimental.

—Algo mejor. —Vick desplegó la carta con un gesto y la sostuvo entre dos dedos. Al final de ella acechaba la firma del archilector Glokta como letal remate—. Derechos comerciales que una vez pertenecieron al Gremio de Merceros, controlados por la Inquisición de Su Majestad desde hace treinta años. Su eminencia está dispuesto a concederte una tajada bastante atractiva.

Mozolia cogió la carta y la sopesó palabra por palabra. Vick no le metió prisa. Cerró los ojos, alzó la cara hacia el sol e inhaló el aire perfumado. Los momentos en los que podía quedarse sentada sin más eran muy infrecuentes.

—Un soborno bien aseado. —Mozolia bajó la carta—. Con muy buen juicio.

—Que yo sepa, aquí en Westport os gusta ser sinceros con vuestra corrupción.

—Retiro todo lo dicho: hablas el idioma con mucha fluidez. — Mozolia balanceó su peso hacia delante y se levantó, sumiendo de nuevo a Vick en la sombra—. Consideraré tu oferta.

—No tardes demasiado. Las mujeres deberíamos hacer todo lo posible para colaborar.

Vick apartó los pesados cortinajes para escrutar la calle. El sol se estaba poniendo tras un día bastante infructuoso, un resplandor enlodado sobre el laberinto de tejados dispares, copas de árboles sedientas, chimeneas humeantes y las agujas de cien templos consagrados a una docena de versiones del todopoderoso. Vick se preguntó si creer en

Dios ayudaría en algo. Si resultaría tranquilizador o terrorífico ver toda aquella mierda y tener la certeza de que formaba parte de algún plan grandioso.

Se apretó el pulgar contra la cadera dolorida mientras veía las velas encendiéndose en algún santuario thondiense, las luces titilando en las ventanas, las oscilantes antorchas de los guías que llevaban a los extranjeros por toda Westport a sus mejores mesones, sus mejores fondas, sus mejores atracos en callejones. Un grave murmullo de voces pasó junto a la puerta, una risita coqueta tintineó pasillo abajo.

Sebo contempló muy serio la habitación en la que estaban. Era la idea de algún idiota de cómo podría estar decorado un palacio, todo terciopelo y baños de oro descascarillados.

—¿Qué clase de capullo concierta una reunión en un burdel?

—Uno al que le gustan las putas y poner incómoda a la gente —respondió Vick.

A Sanders Rosimiche, por lo que se decía, le encantaban ambas cosas. Era un bocazas fanfarrón, pero que había expresado su apoyo a la Unión en algunas ocasiones, y un voto era un voto. La gente siempre decía que había que plantar cara a los bravucones, pero Vick solía encontrar más productivo permitir que la bravuconearan. Por eso había hecho una desacostumbrada visita a una modista, con la esperanza de parecer tan femenina y complaciente como pudiera. Pelo suelto y peinado con aceite al estilo de Westport. Hasta se había puesto perfume, que los Hados la asistieran. A lo único que se había negado era a llevar tacones altos. En su sector laboral, nunca se sabía cuándo habría que correr para salvar la vida. O patear la cara de alguien.

—Joder con este puto cacharro —gruñó, metiendo un dedo en el corsé e intentando en vano culebrear para estar más cómoda. Aunque estaba hecho a medida, le encajaba fatal. O quizá estaba hecho para encajarle a la mujer que la gente querría que fuese, no a la que era.

Se preguntó qué habría dicho Sibalt si la hubiera visto vestida así. «Ojalá nos hubiéramos conocido antes —tal vez—. Esto podría haber sido distinto.» Y ella habría dicho: «No lo hicimos y no lo es». Y él habría puesto aquella sonrisa cansada que tenía y replicado: «Qué dura eres, Vick», y habría tenido razón. Vick se descubría echándolo de menos en los momentos más raros. Añorando su calidez, su peso en los brazos de ella, el peso de sus brazos en torno a ella. Echaba de menos tener a alguien a quien tocar.

Pero Sibalt se había apuñalado su propio cuello cuando ella lo traicionó. Pensar en lo que podría haber hecho era una pérdida de tiempo.

Dejó caer las cortinas, se volvió hacia el interior de la habitación y pilló a Sebo mirándola ceñudo, como si Vick fuese un acertijo al que no acababa de encontrar la solución.

—¿Hace falta que me mires así? —le espetó.

—Perdona. —Y se encogió como un cachorro al que hubieran dado un puntapié—. Es que pareces…

—¿Absurda?

—Distinta, supongo.

—No olvides que debajo está la misma mujer. La que tiene a tu hermana de rehén.

—Es difícil olvidar algo así, ¿no crees? —restalló él, con un atisbo de ira taciturna e inútil. Hasta en eso le recordaba a su hermano. Era la mirada que ponía al decirle que debían ayudar a los demás, cuando ella respondía que tenían que ayudarse a sí mismos. Esa rectitud herida—. ¿Para qué has venido aquí?

—Ya sabes para qué. La Unión es débil. Enemigos por todas partes. Si no podemos conservar lo que ya tenemos…

—Te estoy preguntando por qué te importa una mierda. Te enviaron a los campos de prisioneros, ¿no? Yo en tu lugar me reiría mientras la Unión se hunde en el puto mar. ¿Para qué has tenido que venir *tú* aquí?

La boca de Vick se retorció para escupir la respuesta. Porque estaba en deuda con su eminencia. Porque el chantaje y la traición eran el único oficio en el que había destacado en la vida. Porque había que estar con los ganadores. Tenía media docena de respuestas preparadas. El problema era que ninguna de ellas era buena. En realidad podría haber hecho cualquier cosa. Huir a las Tierras Lejanas como bromeaba siempre con Sibalt. Pero en el momento en que su eminencia había dicho «Westport», Vick se había puesto a hacer el equipaje. Seguía allí de pie, con la boca entreabierta pero sin que saliera nada, cuando la puerta giró en sus goznes y Rosimiche entró con paso firme.

El hombre no se había tomado tantas molestias como ella con su apariencia. Llevaba un batín descuidadamente abierto hasta la cintura y al parecer nada más, dejando a la vista una franja de barriga y pecho peludos.

—Lamento haberte hecho esperar —soltó, aunque no sonaba a que lamentara nada.

Vick se obligó a sonreír.

—No hace falta que te disculpes. Sé que eres un hombre ocupado.

—Tienes razón. Estaba ocupado follando.

Le costó esfuerzo mantener la sonrisa.

—Enhorabuena.

—Me gustaría volver a ello, así que vayamos al grano. Westport se unirá a Estiria. Compartimos costa y cultura. No se puede discutir a la vez con la geografía y la historia. Sin ánimo de faltar al respeto. —Frase que la gente decía solo cuando tenía todo el ánimo posible.

—A mí la falta de respeto no me molesta —dijo ella, con un levísimo filo en la voz—. Pero podría molestar al archilector.

—Hubo una época en que los hombres se cagaban encima ante la mera mención del tullido. —Rosimiche le lanzó una sonrisa burlona mientras se servía una copa de vino—. Pero la Serpiente de Talins es ahora el poder en Estiria. Murcatto ha unificado Estiria mientras a la Unión se le abren las costuras. La nobleza y el gobierno andan a la greña. Y esos Rompedores…

A Vick no le molestaba la falta de respeto. Pero ¿que se la restregara en la cara con su burdel y su batín, sabiendo para quién trabajaba? Eso era preocupante. Parecía convencido de que la facción estiria saldría triunfante. Intentaba ganarse su favor humillando a la representante de la Unión.

—No se puede crecer mucho sin un poco de dolor —afirmó Vick—. La industria de la Unión es la envidia del mundo. Westport estaría disociándose del lugar que le corresponde en el futuro. Ya he hablado con varias personas de opinión…

—¿Con esa zorra de Mozolia? ¡Ja! He oído que Shudra ya ha vuelto a comprarla para su bando. Mejores sobornos que los vuestros, diría yo. Es lo que tenéis las mujeres, que pensáis con los coños. Sobre cualquier cosa que no esté relacionada con el coño no deberíais poder opinar. Follar y bebés, nada más.

—No olvides el sangrado mensual —dijo Vick—. Es un órgano más versátil de lo que creéis los hombres.

Pocas veces se permitía el lujo de aborrecer a una persona, tan pocas como de que le gustara. Ambas cosas podían ser debilidades. Pero aquel hijo de puta estaba acabando con su paciencia.

Rosimiche se encrespó, molesto al comprobar que su burda grosería no había desequilibrado a Vick. Se acercó pavoneándose, inflado de desprecio.

—Dicen que Murcatto va a enviar a Casamir dan Shenkt a la ciudad.

—Las sombras no me hacen saltar. Me reservo el pánico para cuando llegue.

—Puede que ya haya llegado. —Se inclinó hacia ella hasta que Vick pudo ver las diminutas gotitas de sudor en el caballete de su nariz—. Dicen que no solo mata a sus objetivos, sino que se los come. —Mierda, Vick ya estaba lamentando el vestido. Empezaba a desear haberse puesto una coraza completa—. Me pregunto qué se comería

primero. ¿Tu hígado, tal vez? —Lanzó una mirada maliciosa a Sebo—. ¿O quizá empezaría desmembrando a tu chico de los recados?

Y de pronto, lo único en lo que pudo pensar Vick era en la expresión de su hermano, dolida y sorprendida, cuando los practicantes salieron de entre las sombras.

Rosimiche dio un pequeño aullido de sorpresa cuando el puño de Vick se le empotró en la cara. Había llevado la nudillera escondida detrás de ella, pero ya la tenía en el puño. El hombre se aferró a las cortinas y trastabilló hacia atrás, su nariz rota sangrando. Vick le dio un puñetazo en un lado de la mandíbula y oyó un crujido repulsivo mientras él soltaba la copa y los salpicaba a ambos de vino. La nudillera volvió a alcanzarlo en la coronilla mientras caía, arrancando las cortinas tras él.

Se quedó hecho un ovillo, balbuceando entre boqueadas, y Vick le puso la rodilla en el hombro y empezó a atizarle puñetazos en cada parte de su cuerpo a la que llegaba. Perdió la cuenta de los golpes.

Alguien le agarró el brazo y casi la apartó a rastras. Sebo, intentando contenerla.

—¡Vas a matarlo, joder!

Vick se liberó de él, jadeando. Tenía el vestido manchado de vino. El brazo salpicado de sangre. El pelo revuelto en la cara y los dedos aceitosos cuando se lo apartó. No vestía con el estilo adecuado para dar una paliza a un hombre. Rosimiche gimoteó, todavía acurrucado.

Sebo se lo quedó mirando con aquellos ojos grandes y tristes.

—¿Se puede saber por qué lo has hecho?

Vick ni siquiera lo había pensado. No había sopesado riesgos ni consecuencias. Ni se había planteado dónde golpearlo, o cómo asegurarse de que no pudiera devolverle los golpes. Si hubiera sido un hombre más duro, las cosas podrían haberse torcido mucho.

—Antes de ningunear a su eminencia, maese Rosimiche, deberías tener en cuenta lo que debes. —Su voz había ganado aspereza. Cobradora de morosos en los bajos fondos, más que dama de ciudad. Tiró el papel que le había dado Glokta al suelo, junto a las rodillas del hombre—. Siete mil escamas y pico a la Banca Valint y Balk. Ellos no se toman su amistad con la Unión tan a la ligera como tú. —Movió el papel hacia él con una bota sin adornos y Rosimiche se encogió al rozarle la pierna desnuda—. Su eminencia lo ha organizado para que exijan la devolución del préstamo. Te quitarán tus casas. Te quitarán a tus putas. No tendrás que preocuparte por Shenkt, porque *ellos* te quitarán el hígado antes de terminar contigo. —Quizá a algunos bravucones sí que había que bravuconearlos, a fin de cuentas. Vick se agachó sobre él y siseó—: Votarás

como nosotros queremos, ¿entendido? Vota como queremos o te aplastamos como a una garrapata.

—Vodaré cobo quedéis —farfulló él, levantando una mano temblorosa sobre la cabeza. Tenía el meñique partido hacia un lado—. Vodaré cobo quedéis...

Vick caminaba deprisa por la calle tenebrosa, con unos andares nada adecuados para su vestido manchado de vino. El dolor de su puño apretado se había reducido a una fría palpitación, pero el de su cadera agarrotada empeoraba a cada paso que daba. Viejas heridas. Toda una vida de ellas.

Sebo se apresuró para alcanzarla.

—Supongo que estaba pidiéndolo a gritos.

Silencio.

—Si hubieras esperado un rato más, igual le habría dado un puñetazo yo mismo.

Silencio.

—O sea, igual no se habría dado ni cuenta, pero el puñetazo se lo habría dado de todos modos.

—Ha sido un error —refunfuñó Vick—. No puedes cambiar el hecho de que el mundo está lleno de mamones. Solo puedes cambiar tu forma de tratarlos.

Sebo le dedicó una débil sonrisa.

—Así que al final resulta que no estás tallada en madera.

Vick hizo una mueca al mover los dedos irritados.

—Ya te digo yo que mi mano no lo está.

—Podría ser peor. Ahora la gente de aquí sabrá lo que yo no he dudado nunca. —Su sonrisa ganó fuerza—. Que no eres una mujer a la que convenga tocar las narices.

Vick mantuvo la expresión rígida. La gente a la que sonreía nunca terminaba bien.

—La verdad es que no estamos progresando. Faltan dos semanas y hemos perdido más votos de los que hemos ganado. Al cabrón de Solumeo Shudra se le dan demasiado bien estas cosas. —Se frotó distraída los nudillos magullados—. Hay que retirarlo del tablero.

—Sí, pero… —Sebo se acercó para susurrar—. Si lo matas, todos se volverán en nuestra contra. Es lo que dijo Lorsen.

—Cueste lo que cueste —dijo Vick—. Es lo que me encargó su eminencia.

Sebo puso de nuevo aquella expresión preocupada.

—Es fácil decirlo para quien no tendrá que pagar.

Hay cosas que nunca sanan

—Voy a aplastarte como a una pulga —rugió Leo, lanzando una estocada y obligando a Jurand a bloquear.

Solo el tintineo de las hojas ya hacía que se sintiera mejor. Por los muertos, cómo había echado de menos el tacto de una espada en la mano.

—¿Igual que aplastaste a Stour Ocaso? —Jurand le devolvió la estocada y el acero volvió a raspar.

—Exacto.

Leo se abalanzó hacia su adversario, casi se le escapó un grito con la horrible y familiar punzada en el muslo herido y tuvo que controlarse y hacerlo pasar por una finta, aunque la decepción fue casi más intensa que el dolor.

Jurand avanzó sonriendo de oreja a oreja.

—¿Así que sangrarás hasta quedar medio muerto, dejarás claro que luchas peor y solo ganarás porque yo soy un necio arrogante?

Antaup, Glaward y Jin soltaron risitas, por supuesto. Leo no. Cuanto más tiempo pasaba, menos le gustaba la forma en que sus amigos contaban la historia. Prefería el relato más adulador que había leído hacía poco en un panfleto impreso, donde el inigualable Joven León había derrotado con todas las de la ley a Stour Ocaso, había hecho un par de chistes y lo había obligado a morder el polvo delante de su tío, todo ello por el honor de una hermosa hechicera. Esa versión no mencionaba que no había podido volver a andar bien desde entonces.

Después de la lucha real, los combates de entrenamiento siempre habían sido lo que más le gustaba a Leo en el mundo. Trató de encontrar la sonrisa ansiosa que solía lucir durante ellos. La de un gato que juega con un ratón. Quizá no fuese tan bueno con la espada como Stour Ocaso, pero siempre había sido bastante mejor que Jurand. Y pretendía demostrarlo, por mucho que le doliera.

—¡Ja!

Zarandeó la hoja de Jurand a un lado y luego al otro con un par de feroces tajos. ¡Eso ya estaba mejor! Preparó una acometida que dolería incluso con una hoja roma, y entonces ahogó un grito al cargar peso en su pierna mala y notar que flaqueaba hasta casi ceder.

A Jurand le resultó vergonzosamente fácil soslayar su débil ataque y darle un tajo en el costado desprotegido. Leo se retorció para detener el golpe, desequilibrado por completo, y chilló como una niña cuando un dolor atroz le recorrió el muslo. Entonces le falló la rodilla y cayó despatarrado en la estera de junco, agarrándose la pierna.

—¡Me cago en la puta! ¿Estás bien?

—¡No! —ladró Leo, apartando el brazo de Jurand de un manotazo—. ¡Tengo la pierna peor que nunca, joder! —Estaba harto del dolor. Estaba harto de la comprensión. Estaba harto de estar enfadado. Estaba harto de pedir perdón por estar enfadado. Entonces vio el rostro dolido de Jurand y procuró recobrar el control—. Perdón. Es que siempre pensé que podría reírme del dolor. Pero lo tengo a todas horas. Me despierto con él. Me voy a dormir con él. Solo cruzar una sala me cuesta horrores. Olvidarme algo en el piso de arriba es una puta catástrofe.

—Déjame ayudarte. —Glaward extendió los brazos hacia él como un padre hacia un bebé llorando.

—¡Quítame las zarpas de encima! —gritó Leo—. ¡No soy un puto tullido!

Jin y Antaup cruzaron una mirada inquieta. Nada decía «estoy tullido» como la furiosa insistencia en negarlo, al fin y al cabo.

Leo cogió la enorme mano de Glaward antes de que la apartara y se levantó dando saltitos sobre la pierna buena. Se quedó quieto un momento, respirando hondo, y luego apretó los dientes y aceptó lo inevitable.

—Tráeme el bastón —dijo a Jurand con brusquedad.

—¿Sabes cómo te sentirías mejor? —Glaward dio a Leo un apretón en los hombros que lo hizo sentir considerablemente peor—. Volviendo a la silla de montar.

—Ese es tu lugar. —Antaup sacudió un puño—. ¡Liderando a los hombres!

—Hace falta una batalla a la que liderarlos —rezongó Leo—. ¿O queréis que los lidere dando vueltas y vueltas a la residencia del lord gobernador?

—Siempre hay pelea en Starikland —dijo Glaward—. He oído que ya hace tiempo que los rebeldes están haciéndoselo pasar fatal al lord gobernador Skald. Seguro que agradecería una ayudita.

—Y la gente odia a los estirios más que nunca —afirmó Antaup—. Dicen que Westport es un polvorín. Una chispa y… ¡puf! —Sonrió mientras gesticulaba imitando una explosión—. Y las mujeres de por allí… —Su sonrisa se ensanchó mientras imitaba otra más grande.

Jin Aguablanca se afanaba en cepillarse la barba cada vez más tupida.

—No es que me apetezca mucho pelear contra la Serpiente de Talins. Derrotó al rey Jezal tres veces y la muy zorra es más fuerte que nunca.

—El mismo Stolicus ya casi se bastó para derrotar al rey Jezal —replicó Leo. Pero Jin tenía razón. La historia de cargas temerarias en Estiria no era nada halagüeña.

Glaward sacó el labio inferior.

—Si buscas un enemigo débil, dicen que los gurkos te lo ponen todo en bandeja. El imperio está partido en pedacitos. No hay Profeta. Sacerdotes, príncipes, caudillos y gobernadores luchan unos contra otros por el dominio.

—Como el Norte en los viejos y malos tiempos —dijo Jin.

Todas las emocionantes historias que contaba el Sabueso habían sucedido en el Norte en los viejos y malos tiempos. Era cuando se habían forjado nombres como el de Bethod, o el de Dow el Negro, o el de Nueve el Sanguinario. Nombres que hacían hervir la sangre.

—¿Ah, sí? —murmuró Leo, apretando los puños.

Las cejas de Antaup estaban muy altas.

—La Unión tiene toda la legitimidad del mundo sobre Dagoska.

Leo alzó las suyas a la misma altura.

—La ciudad debería ser nuestra.

Los otros cuatro se miraron unos a otros, en precario equilibrio entre la broma y la seriedad.

—No puede negarse que ahí abajo hace buen tiempo. —Jin dio una palmada en la cara de Leo con su enorme garra—. ¡Te volverá el color a esos mofletes!

Leo apartó la mano del norteño, pero la idea había calado en él. Solo pensar en volver a la campaña ya hacía que le doliera menos la pierna. ¿Reconquistar Dagoska para la Unión? ¡No podía ni imaginarse los panfletos que imprimirían sobre esa historia! Tendrían que organizarle otro desfile triunfal, y con mejor recompensa que una espada chabacana en esa ocasión.

—Jurand, ¿cómo crees que podríamos llevar soldados hasta allá abajo?

Lo decepcionó un poco ver que su amigo más antiguo lo miraba horrorizado.

—Dime que estás de broma.

—¿Qué?

Jurand clavó la mirada en los demás y ellos, como colegiales traviesos pillados por el director, fueron poniendo cara de avergonzada sumisión uno tras otro.

—¿Ni siquiera está curado del último duelo a muerte y ya estáis desviviéndoos para convencerlo de que se meta en otro?

—Suenas como mi condenada madre —restalló Leo.

—Alguien tiene que hacerlo. Ya era bastante malo cuando solo eras el Joven León. ¡Ahora eres el lord gobernador de Angland! Tienes una provincia llena de gente que cuenta contigo. ¡No puedes lanzarte a la carga hacia la primera pelea que encuentres solo porque te aburres, cojones!

Leo se quedó un momento más enseñando los dientes, dispuesto a luchar. Entonces se deshinchó. No podía seguir enfadado con Jurand más de una respiración o dos.

—Tienes razón, cabronazo.

—Siempre tiene razón —dijo Glaward con tristeza.

—Es el listo del grupo —dijo Antaup, echándose hacia atrás su oscuro mechón.

—La cordura prevalece. —Jurand puso el bastón en la mano de Leo y se marchó meneando la cabeza a los lados.

—Pero es una pena —murmuró Jin.

—Sí —dijo Leo—. Una pena.

—Hemos recibido carta de Su Majestad y…

—De su Consejo Cerrado, querréis decir —refunfuñó lord Mustred.

—O del Viejo Palos y sus compinches —refunfuñó lord Clensher. Eran todo un par de viejos refunfuñadores, aquellos dos. Podrían haber ganado campeonatos de refunfuñar. Que venía a ser a lo que se reducían aquellas reuniones.

La madre de Leo carraspeó.

—Nos piden que recaudemos cien mil marcos adicionales en impuestos para…

—¿Otra vez? —La voz de Leo salió chillona por la desazón, mientras los nobles negaban con sus cabezas canosas en torno a la mesa. Los que no estaban calvos del todo, por lo menos. Esos negaron con sus cabezas calvas.

—Dicen que, al haber paz en el Norte, los ingresos deberían aumentar, y que Angland no necesitará un ejército tan grande porque…

—¡Si hay paz es porque tenemos un ejército! —Leo intentó levantarse de un salto, hizo una mueca al notar una punzada en la pierna y tuvo que dejarse caer de nuevo,

haciendo rechinar los dientes, tensando los puños, tensándolo todo—. ¿Y qué hay del coste de la guerra? ¿Eso pretenden pagarlo, por lo menos?

La madre de Leo carraspeó otra vez.

—Eso… no lo mencionan.

—¿Somos súbditos del rey o su puto ganado? —atronó Mustred—. ¡Esto es inaceptable!

—¡Escandaloso! —exclamó Clensher.

—¡Indignante!

—¿Qué mierda es esta? —Leo dio un puñetazo en la mesa que hizo saltar los papeles y a casi todos los ancianos—. ¡Qué puta arrogancia tienen esos cabrones! ¡En la guerra no enviaban más que buenos deseos y en la paz no envían más que exigencias! ¡Seguro que pedirían mis pelotas en un saquito si creyeran que iban a sacarles un buen precio!

—Señores. —La madre de Leo se volvió sonriente hacia la sala—. ¿Podríais dejarnos a solas un momento?

Con voces cansadas y piernas cansadas, los ancianos lores de Angland fueron yendo hacia la puerta. No podrían haber tenido un aspecto más cansado que como se sentía Leo. Como lord gobernador, estaba enterrado en responsabilidades. Si no pasaba cuatro horas al día ante aquella mesa, lo ahogaría el papeleo. No tenía ni idea de cómo lo había hecho su madre. Una parte nada insignificante de él desearía que aún siguiera haciéndolo.

—Os apoyamos, lord Brock. —El bigote de Mustred vibró de lealtad cuando se detuvo en la puerta.

—Os apoyamos pase lo que pase. —Los carrillos de Clensher temblaron cuando asintió para mostrar su acuerdo—. ¡Malditos sean esos cabrones del Consejo Cerrado!

Y tiró de las puertas para cerrarlas.

La oscura sala quedó un momento en silencio mientras Leo sofocaba su ira y hacía acopio de coraje para mirar a su madre. Para ver aquella cara un poco decepcionada, un poco exasperada, un poco resignada que llevaba perfeccionando desde que Leo recordaba.

—¿Otro puto sermón?

—Solo una súplica, Leo. —Su madre le cogió la mano y la apretó entre las suyas—. Comparto tu enfado, de verdad que sí, pero ahora eres lord gobernador. Tienes que ser paciente.

—¿Cómo puedo serlo? —No soportaba seguir sentado ni un momento más. Liberó la mano, se levantó con esfuerzo, fue medio a saltitos hasta las estrechas ventanas y forcejeó con una hasta abrirla, desesperado por sentir el aire fresco en la cara. Contempló los tejados de Ostenhorm, brillantes por la lluvia y extendiéndose hacia el mar gris, mientras se frotaba la pierna dolorida—. ¿De verdad crees que estoy hecho para esto? ¿Para ocuparme de quejas de poca monta? Soy más feliz en la guerra que en la paz.

—A tu padre le pasaba lo mismo. Pero ser lord gobernador consiste en gestionar la paz. El Consejo Cerrado sabe que Ocaso te respeta…

—¡El Gran Lobo solo respeta la bota que le pisa el cuello! ¿Quieren que nos desarmemos? ¿Cómo pueden estar tan ciegos? ¡No ha pasado ni medio año desde que luchábamos por nuestras vidas, sin la menor ayuda de esa panda de hijos de puta!

—Lo sé. Pero si te pones furioso cada vez que el Consejo Cerrado hace algo irritante, te pasarás furioso todo el día. La ira infrecuente puede ser inspiradora. La ira frecuente se vuelve despreciable.

Leo respiró hondo. Se obligó a bajar los hombros. Por los muertos, últimamente estaba siempre enfadado.

—Tienes razón. Sé que la tienes.

El viento llegaba frío. Leo cerró la ventana, se agarró el muslo y dio unos pasos renqueantes de vuelta a su silla, su prisión, para dejarse caer en ella.

—Quizá deberías dejar de entrenar —dijo ella con voz suave—. Dejar que la pierna descanse y…

—Ya dejé que descansara y me dolía más. Así que me puse a entrenar y empeoró. Así que la descansé otra vez y no sirvió de nada. ¡Nada sirve de nada, joder! ¡Estoy atrapado por esa puta pierna!

—Cambiar de aires te vendría bien. Estamos invitados a la boda de lord Isher. Un viaje a Adua nos ofrecería muchas oportunidades.

—¿De besarle el culo al rey?

—De exponerle tus razones. Dijiste que es un hombre razonable.

Leo arrugó la frente. Aborrecía cuando su madre decía cosas con sentido. Le ponía muy difícil discutir con ella sin decir cosas que no lo tuvieran. Jurand y ella lo tenían preso en una implacable maniobra de pinza del puto raciocinio.

—Supongo que sí —gruñó.

—Pues razona con él. Lábrate unas pocas amistades en el Consejo Abierto. Busca unos pocos aliados en el Cerrado. Utiliza sus rivalidades en beneficio propio. Puedes ser encantador, Leo, cuando te lo propones. Encántalos.

Leo no pudo contener una sonrisa.

—¿No podrías equivocarte aunque sea una vez, madre?

—Ya probé en un par de ocasiones. La verdad es que no era lo mío.

—Por los muertos, qué peste —dijo Leo, contrayendo la cara de dolor y asco mientras los pegajosos vendajes se separaban de su muslo.

—Es natural que haya un cierto hedor, excelencia. —El cirujano se subió los anteojos por la nariz con la muñeca. Habría cabido pensar que un hombre que necesitaba anteojos y el uso de las manos por lo menos buscaría unos que no se le resbalaran nariz abajo todo el tiempo, pero en eso, como en tantas otras cosas, parecía que Leo se iba a llevar una decepción—. Ha entrado un poco de corrupción en la herida.

—¿Corrupción? ¿Cómo?

—Algunas heridas se corrompen sin más.

—Como todo lo puto demás —siseó Leo mientras el hombre apretaba la herida con los pulgares y hacía que derramara una densa lágrima amarilla. Parecía un ojo rojo, con los párpados apretados en tozudo rechazo a ver la verdad.

—He visto a hombres recuperarse por completo de las heridas más terribles —musitó el cirujano, como si hablaran de una curiosidad científica y no de la vida de Leo—. Pero también he visto a hombres morir por el pinchazo de un espino.

—Qué tranquilizador.

—¿Hace cuanto os la infligieron?

—¿Hará cinco meses? —refunfuñó Leo entre dientes apretados—. No, seis… ¡Ah!

—¿Con una espada?

—Fue el mismo día y con la misma espada que estas otras. —Leo se señaló la cicatriz de la cara, que ya era solo una línea pálida. La del costado. La del hombro—. Pero todas sanaron. Esta, en cambio… parece que empeora.

—Tendremos que drenarla. Eso debería aliviaros el dolor.

—Lo que haga falta —susurró Leo, secándose las lágrimas de la mejilla con el dorso del antebrazo.

—¿Seguro que no queréis cáscaras para…?

—¡No! —Leo recordaba a su padre hacia el final, delirando y babeando—. No. Necesito… estar lúcido.

Pero ¿para qué? ¿Para poder ver cómo entrenaban sus amigos desde una silla? ¿Para mantener inacabables reuniones sobre impuestos? Debería tomar cáscaras para el dolor que le daba toda esa porquería.

El cirujano le ofreció una tira de cuero para morder.

—Quizá queráis mirar hacia otro lado, excelencia.

—Creo que lo haré.

El destello del acero solía embelesarlo. Ese día, el sol reluciendo en aquella hoja diminuta lo tenía a punto de desmayarse.

¡Era el Joven León! ¡No había hombre más valiente! Cabalgar hacia una hilera de lanzas no había sido nada. Y sin embargo, la mera idea de mover la pierna, tocar la pierna, usar la pierna, lo hacía encogerse. Era lo primero que pensaba antes de hacer nada: ¿cuánto iba a dolerle? Lo normal sería que, cuanto más dolor se sufriera, más se acostumbrara uno a él, pero era al revés. Hora tras hora, día tras día, iba socavando su paciencia hasta hacerlo todo insoportable.

Así que, en vez de sufrir en heroico silencio, tembló y gimió durante todo el proceso, sollozando con cada toque de la cuchilla. Incluso con cada premonición de un toque. Cuando el cirujano terminó, Leo se quitó de entre los dientes el tarugo de cuero, del que pendían hilillos de saliva.

—Juraría que duele más ahora que cuando me hicieron la herida.

—El dolor se amortigua con la emoción del combate. —El cirujano limpió el muslo de Leo con un paño y luego arrugó la nariz al olerlo—. Al final, lo crónico resulta mucho más difícil de soportar que lo agudo.

Leo se reclinó, flácido como un trapo escurrido.

—¿Cuándo sanará?

—Quizá en semanas. Quizá en meses.

—¿Meses? —Cerró la mano como para darse un puñetazo en la pierna, pero enseguida se lo pensó mejor.

—Pero deberíais ser consciente… —El cirujano frunció el ceño mientras se secaba las manos—. De que hay cosas que nunca sanan.

—¿Podría estar así para siempre?

—Es una posibilidad.

Leo giró la cara hacia la ventana. Observó los tejados grises y el mar gris a través de los pequeños y deformadores cristales salpicados de lluvia. ¿Iba a ser un tullido? ¿Como ese hijo de puta de Glokta, prisionero tras su escritorio, hurgando entre sus papeles como una larva entre la mugre?

Las lágrimas le empañaron la visión. Deseó que Rikke estuviera con él. Ella lo habría convertido en un chiste, se habría burlado, lo habría hecho… sentir bien. Llevaba mucho tiempo sin sentirse bien.

—Todo listo por ahora.

El cirujano empezó a envolver el muslo de Leo con un vendaje limpio, ocultando aquel arrugado ojo rojo.

Había soñado con liderar ejércitos y obtener grandes victorias, como en los relatos. Había soñado con luchar en el círculo y que se lo tuviera por un gran guerrero, como en las canciones. Había soñado con emerger de la sombra de su madre a la luz del renombre y ser vitoreado como lord gobernador de Angland. Había conseguido todo eso.

Y mira dónde lo había llevado.

Era el problema que tenían las canciones. Solían terminar antes de que todo se fuese a la mierda.

Con el viento

Contratiempo observaba ceñudo los armazones calcinados de chozas y casas. Unos pocos tiros de chimenea aún en pie, unas pocas vigas quemadas apuntando al rosado cielo matutino. Carraspeó, movió el resultado por la boca como si degustara cerveza y lo escupió. Contratiempo siempre disfrutaba de una buena flema. Quizá fuesen su pasatiempo favorito. Después de matar a gente.

—Se parece al pueblo del que vengo —dijo.

—Ya, bueno —respondió Trébol—. Todos los pueblos tienen la misma pinta cuando están quemados.

—Lo dices como si hubieras visto unos cuantos.

—Hubo una época, cuando las guerras… —Trébol pensó en ello y dio un triste gruñido—. Antes de que nacierais todos, diría yo. Por aquel entonces, ver pueblos quemados era más normal en el Norte que verlos sin quemar. Esperaba que hubiéramos dejado atrás esos tiempos, pero en fin. Muchas veces desear algo parece la mejor forma de provocar lo contrario. —Se oyó una nueva arcada gorgoteante por detrás y Trébol se volvió para mirar—. ¿Cómo puede ser que aún te quede vómito?

—Ya solo… —Zas se enderezó, secándose la boca—. Solo sale como una especie de moco.

Y contempló el espectáculo por el rabillo del ojo, como si mirarlo de soslayo pudiera hacerlo más bonito.

Se distinguía que antes habían sido personas. Una mano aquí, una cara allá… Pero sobre todo eran pedazos de carne, clavados en alto o colgando de árboles quemados en el centro del pueblo, donde la lluvia había diluido la ceniza formando un lodo negruzco. Había algo que daba vueltas y vueltas a un tronco, como una serpiente, y Trébol tuvo la desagradable intuición de que podían ser los intestinos de alguien. Una escena de pesadilla, sin la menor duda.

—Putos cabezas planas —murmuró Zas, y se agachó para toser otro hilito de baba.

—¿Jefe?

—¡Por los muertos! —gritó Trébol, casi dando un salto por el susto. Sholla había salido de entre los arbustos, silenciosa como el remordimiento, y se había acuclillado a

menos de un paso de él, con un ojo grande y blanco en su cara tiznada y el otro un mero brillo tras el pelo enredado—. ¡Acéchalos a ellos, chica, no a mí! ¡Casi me cago encima!

Temía haberlo hecho, solo una manchita.

—Lo siento.

La chica no ponía cara lamentarlo en absoluto. Nunca ponía mucha cara de nada. De verdad tenía la cara como un palo, aquella chica.

—Tendría que ponerte un cascabel —musitó Trébol, agachándose e intentando calmar su corazón acelerado—. ¿Qué pasa?

—Los cabezas planas dejaron un rastro. Se llevaron ovejas. Hay mechones de lana en los árboles. Huellas por todas partes. No habrían dejado más si llevaran un carro. Puedo rastrearlos sin problemas. ¿Quieres que los rastree? Los rastreo, ¿verdad? —Quizá la chica pasara tanto tiempo a solas, sin más compañía que los árboles, que luego juzgara mal la cantidad adecuada de palabras. Decía o bien muy pocas en breves ráfagas o bien demasiadas en una ventolera—. ¿Quieres seguirlos, jefe?

A Trébol seguía sin gustarle demasiado que lo llamaran jefe. La flor más alta era la primera que solía cortarse, y nadie a quien él hubiera llamado jefe a lo largo de los años había sobrevivido para disfrutar de un retiro agradable.

—Pues no tengo muchas ganas de seguirlos, la verdad. —Señaló con la mano las vísceras clavadas—. Añadir mis propias entrañas a una exhibición como esta no me apetece nada.

Se hizo un silencio. El ojo visible de Sholla, y el brillo del que tenía oculto, se deslizaron hacia Contratiempo, que levantó sus enormes hombros. Pasaron a Zas, que gimió, se enderezó y volvió a limpiarse la boca. Pasaron a la exhibición, que seguía colgando de los árboles, claro. Y regresaron a Trébol.

—Pero ¿los seguiremos, de todas formas?

Trébol infló los carrillos. Llevaba inflándolos sin parar desde que Stour le asignara aquellos despojos y lo enviara a perseguir shankas. Pero cuando el jefe te encarga una tarea, hay que ponerse a ella, ¿verdad?, aunque ni se parezca a la que tú habrías escogido.

—Sí —gruñó—. Lo haremos.

—¿Jefe?

—¿Eh?

Zas estaba arrodillado entre la húmeda maleza, retorciendo nervioso la lanza en sus puños pálidos.

—¿En qué piensas?

Trébol se levantó, buscó un hueco entre las hojas para poder mirar el valle, protestó al estirar una pierna dolorida y luego la otra y volvió a agacharse.

—El pasado. Decisiones tomadas. Cosas hechas.

—Remordimientos, ¿eh? —Zas asintió con aire sabio, como si lo supiera todo sobre el arrepentimiento, aunque a Trébol lo sorprendería que hubiera visto dieciséis inviernos.

—Podría ser un desfile de triunfos y éxitos, ¿no?

—No tenía esa pinta.

—Ya, bueno. —Trébol hizo una larga inhalación por la nariz—. Tienes que soplar con el viento. Dejar atrás el pasado. Mortificarte por tus errores no hace ningún bien a nadie.

—¿De verdad lo crees?

Trébol abrió la boca para responder y entonces se encogió de hombros.

—Es la clase de mierda que digo siempre. Tú sigue dándome charla y ya verás como termino soltando lo de escoger tu momento.

—Costumbres, ¿eh?

—Soy como esa esposa que lleva años sirviendo el mismo estofado todas las noches, y lo odia más cada vez, pero no sabe cocinar otra cosa.

Contratiempo, que estaba revisando su hacha, alzó la mirada y gruñó.

—¿Quién querría casarse con esa zorra?

Trébol volvió a inflar los carrillos.

—En efecto, ¿quién?

Fue entonces cuando Sholla llegó brincando hondonada arriba, saltando de piedra en piedra, en esa ocasión sin importarle nada el sigilo. Se arrojó a los arbustos y resbaló hasta detenerse en el sotobosque al lado de Trébol, resollando y con la cara brillante de sudor pero, por lo demás, poco molesta en apariencia por una persecución mortífera en el bosque.

—¿Ya vienen? —preguntó Zas con la voz chillona de miedo.

—Sí.

—¿Todos? —preguntó Contratiempo con la voz rugiente de entusiasmo.

—Casi todos.

—¿Seguro? —preguntó Trébol.

Ella le lanzó una mirada a través del pelo, que tenía unos trocitos de rama enredados.

—Soy irresistible.

—No lo dudo —dijo él, con el espectro de una sonrisa. Era el tipo de réplica que le habría dado Wonderful.

Entonces Trébol los oyó y la sonrisa se le desdibujó a toda prisa. Primero aullidos, como una manada de lobos en la lejanía, que le erizaron los pelos de la nuca. Luego un estrépito de tañidos, como una horda de hombres con armadura a la carga, que le secó la boca. Luego un batiburrillo de resoplidos y berridos y ululatos, a medio camino entre una piara de jabalíes hambrientos y una bandada de gansos furiosos, que le dio picores en las palmas de las manos.

—¡Preparaos! —susurró, y los hombres se removieron entre la maleza a su alrededor, aferrando sus armas—. Y como solía decir Rudd Tresárboles, ¡que mueran ellos y no nosotros ! —Dio un empujoncito a Sholla con el brocal de su escudo—. Tú atrás, ya.

—Sé luchar —dijo ella. Trébol vio que había sacado una hachuela y un cuchillo de aspecto aterrador, con la hoja larga y fina—. Sé luchar mejor que el campeón de vomitonas aquí presente.

Zas pareció un poco ofendido, pero también parecía un poco pálido.

—Tengo a mucha gente que sabe luchar —dijo Trébol—, pero solo a una que sabe pillar por sorpresa a una ardilla. Ponte atrás.

Captó un atisbo de movimiento en los árboles, luego otro y entonces brotaron de entre las ramas a campo abierto, en tropel hondonada arriba, encajonados entre escarpadas pendientes de piedra y derechos hacia Trébol. Tal y como él lo había planeado. Aunque el plan tampoco le pareció tan inteligente en esos momentos.

Eran un amasijo vil, que gritaba y gorjeaba, que resbalaba y corría, cojeando sobre piernas de distintas longitudes, todos dientes y garras y furia demencial. Todos retorcidos y deformes, burlas de hombres, creados por unos unos niños manoseando arcilla sin gran habilidad escultórica.

—Joder —gimoteó Zas.

Trébol le cogió el hombro y apretó fuerte.

—Aguanta.

En momentos como ese todo el mundo pensaba en correr, al menos un poco, y bastaba con que lo hiciera uno para convencerlos a todos de que era la mejor idea. Antes de darte cuenta, podías olvidarte de celebrar una victoria porque te estaban dando caza por el bosque. Y las rodillas de Trébol empezaban a agarrotarse demasiado para hacer de cazador, no digamos ya de presa.

—Aguanta —susurró otra vez mientras los shankas se acercaban a la carrera y el sol destellaba en los bordes serrados de sus bastas armas y en las placas y remaches que se habían clavado en sus abultados cuerpos.

—Aguanta —vocalizó, observando, esperando, tanteando el momento. Ya les veía las caras, si es que podían llamarse así. Uno de la primera fila llevaba un ensangrentado tocado de mujer, otro blandía una herrumbrosa espada de hombre, un tercero llevaba un cráneo de caballo sobre su propia cara y un cuarto un yelmo hecho de cucharas dobladas al fuego, o quizá las tuviera clavadas a la cabeza, porque la rugosa carne estaba hinchada alrededor de las tiras de metal.

Aferra el momento, antes de que se te escurra entre los dedos.

—¡Lanzas! —rugió Trébol, y se alzaron hombres de la maleza que apuntaron largas lanzas barranco abajo para que los cabezas planas no tuvieran hacia donde correr.

Los seres frenaron y arañaron el suelo y resbalaron por él, sorprendidos por aquel matorral de brillantes filos. Uno no pudo detenerse y cayó trastabillando contra las lanzas, se clavó una punta en toda la garganta y se quedó allí, escupiendo sangre oscura, intentando volverse y pareciendo un poco sorprendido de no poder hacerlo.

A Trébol casi le dio lástima. Pero tener lástima siempre es una pérdida de tiempo, y mucho más en una batalla.

—¡Flechas! —rugió, y asomaron hombres de las rocas a ambos lados de la hondonada.

Los arcos cantaron y las varas cayeron entre los shankas, rebotaron, repiquetearon, se clavaron en la carne. Trébol vio a un cabeza plana haciendo aspavientos, intentando llegar con un brazo retorcido a una flecha que tenía en el cuello. Los arqueros cargaron y tensaron y tiraron, tan fácil como disparar a ovejas en un redil. Subió una lanza volando en sentido opuesto, pero rebotó inofensiva en una roca.

Los cabezas planas estaban conmocionados. Al parecer, los shankas y los hombres no tenían un comportamiento tan distinto cuando se encontraban atrapados en un barranco con flechas lloviéndoles encima. Uno trató de escalar por la roca, se llevó tres flechazos y cayó encima de otro. Un tercero cargó contra las lanzas y se quedó

clavado por las tripas, se desgarró todo el costado y se arrancó una placa del hombro que dejó a la vista unos clavos sanguinolentos.

Trébol vio a un cabeza plana arrastrando a otro que tenía una flecha clavada en el pecho, intentando llevarlo hacia atrás. Casi como podría hacerlo una persona. Una persona mejor que él, por lo menos. Hizo que se preguntara si los cabezas planas tenían sentimientos como la gente, además de una sangre y unos chillidos que se parecían mucho. Entonces un proyectil perforó la cabeza del que tiraba y cayó al suelo con el otro encima y ahí terminó la exhibición de sentimientos humanos. Por parte de ambos bandos.

A Trébol le dio la impresión de que estaban a punto de derrumbarse.

—¡Hachas! —bramó, y los lanceros se echaron a los lados con bastante orden. No muy distinto de como lo habían practicado, lo cual era toda una maravilla dadas las circunstancias.

Los mejores luchadores que Stour había concedido a Trébol llegaron corriendo por el hueco, y la malla y los escudos y las buenas hachas se estrellaron contra los cabezas planas desde terreno elevado con un sonido como el del granizo en un tejado de estaño.

Contratiempo estaba en primera línea, cómo no. Era un cabrón de los malos. Un cabrón de los locos. Combatía con esa ausencia total de preocupación por su propia seguridad que los hombres aprenden a abandonar deprisa o de la que mueren aún más deprisa. Era un guerrero de primera, pero nadie lo quería porque solía dejarse llevar y le traía bastante sin cuidado a quién daba con el revés del arma. O incluso con el derecho.

Aun así, cuando te enviaban a luchar contra monstruos, convenía llevar a uno o dos también en tu bando. Por eso, y por la impresión de que nunca era más feliz que embistiendo hacia la Gran Niveladora, Contratiempo le recordaba a Trébol cómo era él veinte años antes, cuando aún lo llamaban Jonas el Escarpado y las desgracias no lo habían enseñado a andarse con pies de plomo. Precisamente estaba felicitándose por mantenerse bien lejos de la acción cuando un lancero soltó un chillido y cayó agarrándose el hombro, y un gigantesco cabeza plana salió rugiendo de la manada con un enorme garrote tachonado en los puños.

Trébol nunca había visto a un shanka tan grande ni tan cubierto de hierro. Les gustaba remacharse en la piel tanto metal como pudieran hallar, pero es que aquel estaba cubierto por completo de placas martilleadas. Le salió una neblina de la boca al bramar y lanzó a un hombre dando tumbos hacia atrás con su garrote. Los demás retrocedieron a toda prisa y Trébol no se avergonzó de contarse entre ellos, con la mandíbula bien baja y el escudo bien alto.

El gran shanka dio un paso adelante, alzó el garrote y entonces soltó un gañido y cayó tambaleándose sobre una rodilla. Sholla había llegado sigilosa por su espalda y, después de derribarlo, le puso el cuchillo entre dos placas de la cabeza y golpeó el pomo con la contera de su hachuela con la misma tranquilidad que si diera a un clavo con un martillo. Se oyó un «poc» hueco y el cuchillo se hundió hasta el puño en el cráneo del shanka y le hizo saltar un ojo de la cabeza envuelta en metal.

—Joder —dijo Trébol mientras el cabeza plana caía a sus pies con el estruendo de un cofre lleno de cacerolas.

—Te he dicho que sé pelear —dijo Sholla.

Parecía que todo había acabado. Los últimos cabezas planas estaban huyendo. Trébol vio que derribaban a uno con un manantial de sangre, a otro que caía de un flechazo en la espalda y otro par corriendo barranco abajo incluso más deprisa de lo que habían llegado.

—¡Que se vayan! —rugió Trébol a los arqueros—. Y que lleven el mensaje de vuelta. Si se quedan al norte de las montañas, no habrá pelea. Si vienen al sur, la Gran Niveladora los espera.

Contratiempo los vio correr con los ojos muy abiertos y salvajes, saliva en la barba y sangre manchándole la cara. Nadie quería decirle que parara y, la verdad, a Trébol tampoco le apetecía demasiado. Pero era lo que tenía ser jefe. No podía echarse a un lado ante todo lo que viera y decir que era problema de otros.

Así que Trébol fue hacia él con una palma levantada y la otra apenas acariciando la empuñadura del cuchillo que llevaba en la parte de atrás del cinturón. Nunca es mal momento para tener una mano en un cuchillo, al fin y al cabo.

—Venga, tranquilo —dijo, como si intentara calmar a un perro agresivo—. Tranquilo.

Contratiempo se lo quedó mirando concierta afabilidad, si acaso.

—Estoy tranquilo, jefe —dijo, y se limpió sangre de los ojos—. Sangrando, eso sí.

—Bueno, es que tu propia cara es muy mala elección de arma.

Trébol apartó la mano del cuchillo y contempló los cadáveres hacheados, lanceados y flechados que atestaban la hondonada. Una pelea ganada, y ni siquiera había tenido que empuñar su arma.

—Por los muertos —murmuró Zas. Había un cabeza plana ensartado al final de su lanza, que aún se sacudía.

—Te has cargado a uno —dijo Contratiempo. Le puso la bota en el cuello y le abrió el cráneo.

—Por los muertos —murmuró Zas otra vez, y entonces soltó la lanza y vomitó.

—Algunas cosas nunca cambian —dijo Sholla, atareada intentando arrancar su daga de la cabeza del shanka enorme.

—Ha salido todo como tú decías, jefe. —Contratiempo dio la vuelta a un cabeza plana con la bota y lo dejó mirando al cielo con ojos desorbitados.

—No deberíais haber dudado de mí —repuso Trébol—. La primera arma que se lleva a cualquier pelea no es una lanza, ni una flecha, ni un hacha.

Zas lo miró parpadeando.

—¿Una espada?

—La sorpresa —dijo Trébol—. La sorpresa vuelve a los valientes cobardes, a los fuertes débiles, a los sabios necios.

—Qué feos son los muy cabrones, ¿eh? —comentó Sholla, tirando y tirando hasta que casi cayó de espaldas cuando la daga se soltó de repente.

—La verdad es que siempre me veo en terreno pantanoso a la hora de criticar el aspecto de los demás. ¿Tú de niño no trabajabas para un carnicero, Contratiempo?

—Sí.

—Pues enseña a los demás a descuartizar a estos hijos de puta, anda.

—¿Qué quieres hacer con ellos, salchichas?

Algunos otros rieron. Se reirían de cualquier cosa, con la pelea terminada y la perspectiva probable de una buena recompensa.

—El problema de las salchichas es que no sabes lo que llevan —dijo Trébol—. Y yo no quiero que nadie tenga ninguna duda. Haznos una exhibición como la que hicieron ellos con esa gente del pueblo. No hablaremos el mismo idioma que los shankas, pero las cabezas en árboles transmiten el mismo mensaje en todas las lenguas. Y mete unas pocas en ese saco para Stour, ya que estás.

—Si quieres impresionar a una chica, llévale un ramo de flores. —Zas dio un triste suspiro—. Si quieres impresionar a un rey de los norteños, llévale un saco de cabezas.

—Es una observación lamentable —respondió Trébol—, pero no por ello menos cierta.

—A mí no me gustan mucho las flores —dijo Sholla.

—¿No?

—Nunca les he visto el sentido.

—No tienen sentido. Ese es su sentido.

Ella ladeó la cabeza, dando vueltas a aquello.

Contratiempo miraba ceñudo los cadáveres de shankas, sopesando su hacha y preguntándose por dónde empezar.

—Nunca me había tenido por un hombre que llena sacos de cabezas.

—Nadie empieza en esa dirección —dijo Trébol, e infló los carrillos una vez más—. Pero cuando quieres darte cuenta, ahí es donde acabas.

Visiones

—Está volviendo.

—Gracias a los muertos —oyó Rikke decir a su padre en la bullente oscuridad, y gimió al expulsar de la boca el tarugo mojado de saliva—. Pero ya van cuatro veces esta semana.

—Los ataques están empeorando —graznó Rikke. Le dolían los dientes. Su cabeza amenazaba con partirse. Hizo acopio de fuerzas para abrir un ojo, luego el otro, y vio a Isern y a su padre mirándola desde arriba—. Por lo menos esta vez no me he cagado encima.

—Para cagar tendrías que comer —dijo Isern, su expresión tan dura como siempre—. ¿Qué has visto?

—He visto un río lleno de cadáveres. —Meciéndose y dando vueltas, cara arriba y cara abajo—. He visto a dos ancianos librar un duelo en el círculo, y a dos mujeres jóvenes cogidas de la mano bajo una cúpula dorada. —Aplausos resonando en el dorado espacio—. He visto una bandera con un ojo sobre ella, erigida tras una alta silla. —Y alguien en la silla… ¿Quién había sido?—. He visto a una anciana… —Rikke hizo una mueca y se apretó la mano contra el ojo izquierdo, que le ardía, y se estremeció con el recuerdo, aún tenue en el interior de sus párpados—. Y tenía la cara cosida con hilo dorado. Me habló…

Isern, que estaba en cuclillas, se dejó ir un poco hacia atrás.

—Sé quién es la mujer.

—¿Estás segura? —preguntó el padre de Rikke.

—Tiene un aspecto peculiar, ¿no te parece? Es una bruja. —Isern levantó el collar de runas y huesos de dedo que llevaba y sus nudillos tatuados perdieron el color al apretarlo fuerte—. Es una mujer muy apreciada por la luna, o puede que muy odiada. —Rikke nunca había visto a Isern-i-Phail con una expresión ni parecida al miedo, y eso le dio miedo a ella. Incluso más del habitual—. Es una hechicera que regresó de la tierra de los muertos.

—Nadie escapa de la Gran Niveladora —musitó el padre de Rikke.

—Nadie escapa. Pero dicen que unos pocos… —La voz de Isern se redujo a un susurro rasposo—. Son enviados de vuelta. —Se inclinó hacia Rikke y sus duras manos le aferraron los hombros—. ¿Qué te ha dicho?

—Que debía elegir —susurró Rikke, notando frío todo el cuerpo.

—¿Elegir qué?

—No lo sé.

Isern enseñó los dientes, con la punta de la lengua encajada en el hueco del que le faltaba.

—Entonces debemos buscar un camino hacia las Altiplanicies. Allí hay una cueva prohibida, junto a un lago prohibido. Es donde vive ella. Si puede usarse esa palabra para una mujer muerta.

El padre de Rikke clavó la mirada en Isern.

—¿De verdad queremos la ayuda de un cadáver cosido con hilo dorado?

—La ayuda para problemas raros viene de gente rara.

—Supongo que sí. —Su padre ayudó a levantarse a Rikke, tras cuyos ojos palpitó el horrible y familiar dolor—. Deberías comer algo.

Su garganta se rebeló ante la idea.

—No tengo hambre.

—Estás en los huesos, chica.

—Solo me hace falta un poco de aire. Necesito respirar.

Isern empujó la chirriante puerta y unas dagas brillantes refulgieron a lo largo del borde, apuñalando, apuñalando. Rikke cerró un ojo del todo y el otro hasta dejar solo una rendija, y gimió mientras la ayudaban a cruzar el umbral. Se sentía débil como un ternero recién nacido. Le dolía todo. Las plantas de los pies. Las yemas de los dedos. El interior del culo.

La llevaron al banco preferido de su padre en el descuidado jardín, con vistas a las empinadas calles de Uffrith, que descendían hasta el mar reluciente.

—Ah, el sol es un malnacido —murmuró, aunque logró sonreír mientras la salada brisa llegaba hasta ella y le besaba el rostro empapado—. Pero el viento es buen amigo.

—En el sitio al que vamos será al revés —dijo Isern, dejando caer una piel de oveja en los hombros de Rikke—. Allá en las montañas.

—Todo depende de donde estés. —El padre de Rikke le cogió las dos manos con las suyas—. Tengo que volver a ese dichoso cónclave. Si no estoy, discutirán.

—Discutirán más si estás. Son como putos niños.

—Todos somos como niños, Rikke. Cuanto más mayor te haces, más te das cuenta de que los mayores no van a entrar de repente para arreglar las cosas. Si quieres que las cosas se arreglen, tienes que arreglarlas tú.

—Con tus redaños y tu cerebro, ¿eh?

—Y tu corazón, Rikke. Y tu corazón.

Rikke apretó las manos de su padre, tan huesudas y nudosas.

—Me preocupa que te desgasten.

—¿A mí? —El Sabueso compuso una sonrisa que no convencía a nadie—. Nunca.

—Ya lo han hecho.

Otra sonrisa de su padre. Más auténtica esa vez.

—En eso consiste ser jefe. Tomas las decisiones difíciles para quitarle ese problema a tu gente. —Miró los parterres asfixiados de hierbajos mientras se levantaba y se sacudía las rodillas—. Algún día domaré este puto jardín, ya lo verás. Tú quédate sentada a la brisa, ¿quieres? Quédate y descansa.

Tampoco era que Rikke tuviera elección. No le quedaban fuerzas para hacer mucho más. Se quedó sentada y escuchó graznar a las gaviotas en los tejados y zumbar a las atareadas abejas en los primeros atisbos inciertos de flores en el jardín. Observó a los pescadores en los embarcaderos, a las mujeres en el pozo, a los carpinteros que aún remendaban los cortes que Stour Ocaso había hecho a Uffrith. Se preguntó si su padre viviría para ver la ciudad entera otra vez, y el pensamiento la puso triste. Triste y solitaria. ¿Quién sería ella cuando él no estuviera?

Cerró los ojos otra vez y notó el picor de las lágrimas. Casi ya no se atrevía a mirar por si veía algo que aún no estaba allí. Casi no se atrevía a respirar por si la asfixiaba un humo de años atrás. Isern siempre le había dicho que no se podía obligar al ojo largo a abrirse, pero ella lo había intentado cuando Leo luchaba en su duelo contra Stour Ocaso. Lo había intentado y había visto una hendidura en el cielo. Lo había intentado y había visto demasiado, y desde entonces no podía obligar al ojo largo a cerrarse de nuevo.

—Dicen que te ha dado un ataque.

Una figura desgreñada se cernía sobre ella, un brillo apagado donde debería haber estado un ojo.

—Eh, eh, Escalofríos —dijo ella.

El hombre se sentó a su lado, mirando hacia el mar.

—Eh, eh, flacucha.

—Serás grosero.

—Soy un asesino infame. ¿Qué esperabas?

—Se puede matar con educación.

Entonces Rikke se fijó en que un edificio no muy lejano estaba en llamas. Ardía como una antorcha, tal cual, con fuego saliendo por las ventanas y paja encendida arremolinándose sobre el techo.

Rikke carraspeó con cuidado. Hasta eso hizo que le palpitara la cabeza.

—Ese edificio de ahí…

Vio una silueta llameando salir trastabillando por la puerta y caer cerca del pozo, sin que nadie se fijara mucho en ella.

—¿Cuál, la posada?

—Sí. ¿Está…? ¿Tú dirías… que está ardiendo, aunque sea un poco?

Escalofríos lo miró enarcando las cejas. O enarcando la que funcionaba, al menos.

—A mí no me lo parece. ¿Tú lo ves ardiendo?

Rikke torció el gesto mientras la tambaleante chimenea se derrumbaba contra las vigas calcinadas con una explosión de chispas.

—Un poquito. Pero tengo costumbre de ver cosas que no están ahí.

—¿Está empeorando?

—Pese a mis esfuerzos de buscar el lado positivo, eso parece. —Rikke notó lágrimas en los ojos y tuvo que secárselas. El izquierdo volvía a estar caliente. Ya siempre lo tenía caliente—. Isern dice que hay alguien en las montañas que podría ayudar. Una bruja muerta que tiene la cara cosida con hilo dorado.

—¿Y esa es la ayuda que buscas?

—La ayuda para problemas raros viene de gente rara.

—Supongo que sí —dijo él.

—Tal y como van las cosas, estoy dispuesta a aceptar la que sea. ¿A qué te dedicas tú?

—Estaba en ese cónclave de tu padre. Hablan del futuro.

—¿Y qué hay en él?

—La del ojo largo eres tú.

Rikke siguió mirando aquel edificio en llamas que no estaba en llamas de verdad. El de al lado empezaba a incendiarse también, de momento solo unas volutas de humo sobre el techo de paja. Por los muertos, Rikke quería buscar un cubo, pero ¿cómo apagar un fuego que todavía no existe? ¿O que ya se extinguió hace mucho tiempo?

—Fuego y discordia —murmuró.

Escalofríos dio un gruñido.

—Para ver venir eso no hace falta magia. Sombrero Rojo cree que el Protectorado debería formar parte de la Unión, con asientos en su puto Consejo Abierto y todo eso, supongo.

—Cuesta imaginarlo.

—Oxel cree que deberíamos hincar la rodilla ante Stour Ocaso.

Rikke frunció el labio y escupió, pero, al estar tan débil, la mayor parte le cayó en la ropa.

—¿Entregárselo todo antes de que nos lo arrebate?

—O negociar para conseguir algo mientras aún tengamos con qué negociar.

—¿Y qué dice Hardbread?

—No se decide, así que acepta lo que diga quienquiera que esté hablando. Nadie cree que podamos seguir como estamos cuando muera tu padre. Y nadie cree que vaya a durar mucho más.

Rikke parpadeó.

—Serás insensible.

El ojo metálico de Escalofríos centelleó con los colores del fuego.

—Soy un asesino infame. ¿Qué esperabas?

Por los muertos que toda Uffrith estaba en llamas ya, iluminando las nubes de naranja y amarillo y llenando el aire de chillidos y tañidos de guerra, y Rikke dio un suspiro gimoteante que le salió de la tripa hueca y cerró los ojos irritados y se los tapó con las manos doloridas, pero aun así notaba el calor insistente en la cara, el humo acre en la nariz.

Le metieron algo entre las mandíbulas y tuvo una arcada, intentó revolverse presa de un repentino pánico pero no se podía mover, paralizada como el cadáver de un ahogado entre el hielo.

—Está volviendo.

—Gracias a los muertos —oyó Rikke decir a su padre en la bullente oscuridad, y gimió al expulsar de la boca el tarugo mojado de saliva—. Pero ya van cuatro veces esta semana.

Se incorporó de golpe, con punzadas de dolor tras los párpados, y escupió el tarugo.

—¡Los ataques están empeorando!

Estaba de nuevo en su habitación. Le dolían los dientes. Su cabeza amenazaba con partirse. Alzó la mirada al rostro preocupado de su padre, intentando encontrarle sentido.

—¿Qué has visto? —preguntó Isern. Otra vez.

—El río lleno de cadáveres y los ancianos luchando y las jóvenes cogidas de la mano y la bandera con el ojo y la anciana… —farfulló Rikke, apretándose la mano contra el ojo izquierdo, que ardía—. Que tenía la cara cosida con hilo dorado. —Las mismas palabras saliendo entre la baba. Las mismas palabras de antes—. Me ha dicho que debía elegir.

Isern se dejó ir un poco hacia atrás en cuclillas, igual que la vez anterior, y se le movió la mandíbula al hurgar con la lengua en el hueco de sus dientes.

—¿Qué significa eso?

—Tú sabes lo que significa —le espetó Rikke, y cada palabra fue otra puñalada en la cabeza—. Ya me lo has dicho.

—¿Qué te he dicho?

—Que es una bruja a la que enviaron de vuelta desde la tierra de los muertos. Que es o muy apreciada o muy odiada por la luna. Que vive en las Altiplanicies, en una cueva prohibida junto a un lago prohibido. Me has dicho que tenemos que ir a verla.

Isern parecía asustarse más con cada palabra que escuchaba. Rikke nunca la había visto con una expresión de miedo. Excepto justo antes, en la visión. Eso dio más miedo a Rikke incluso que en la ocasión anterior.

—Pues no voy a discutirme a mí misma, ¿verdad? —murmuró Isern.

—¿De verdad queremos la ayuda de un cadáver cosido con hilo dorado? —preguntó el padre de Rikke otra vez.

Isern se encogió de hombros.

—La ayuda para problemas raros…

—… viene de gente rara —terminó Rikke la frase por ella.

Hombre del pueblo

—¡Serpiente! —chilló una mujer, y Vick reculó de un salto antes de comprender que no era una advertencia, sino una oferta—. ¡La mejor carne de serpiente!

La mujer balanceó algo parecido a una cuerda roja en la cara horrorizada de Sebo, y Vick la dejó atrás apartando a la gente a codazos. La educación no servía de nada en Westport. Tampoco servía de mucho en ningún sitio.

—No había estado nunca en un sitio tan bullicioso —dijo Sebo casi sin aliento, esquivando a una fibrosa mujer de Suljuk que hacía malabares con calabazas.

En Westport siempre hacía demasiado calor, pero los hornos, los braseros y los fuegos abiertos con los que cocinaban miembros de una docena de culturas distintas a su alrededor lo volvían opresivo.

Un hombre barbudo fue hacia ellos con hojas en las manos y Vick echó mano al bolsillo, pero eran solo brochetas que atravesaban pedazos calcinados de carne.

—¡Nunca habrás probado un cordero tan tierno! —bramó en la cara de Sebo.

—Gracias, pero…

—No hables si basta con el silencio —gruñó Vick, tirando de él—. Para esta gente un «no» es el principio de una conversación. Ahí lo tenemos.

Vick entrevió a Solumeo Shudra entre la titilante neblina que coronaba una enorme sartén de arroz, con tres guardias que no se apartaban de él. Dos eran estirios, grandotes pero no demasiado diestros en opinión de Vick. El tercero era un sureño de ojos avispados que llevaba una espada con muescas al cinto. El más peligroso de los tres. El que supuso que se movería más rápido. Pero nadie puede estar preparado todo el tiempo. Y mucho menos en una multitud como aquella. Solo haría falta un momento para pasar rozando. Un movimiento raudo de la hoja. Y luego perderse entre el caos antes de que nadie cayera en la cuenta de que el hombre que podría haber sacado Westport de la Unión había muerto.

—¿Estás segura de esto? —Sebo la había cogido por el codo y le siseaba al oído para hacerse oír entre el estruendo de sartenes, cucharas, cuchillos y las llamadas de los cetreros—. Lorsen nos dijo que lo dejáramos en paz.

—Si siempre hiciera lo que me dicen, aún estaría en una mina de Angland. O muerta.

Sebo levantó las cejas.

—¿O ambas?

—Es probable.

Vick se zafó de Sebo y bregó para cruzar un arco atestado de gente tras Shudra y sus guardas, hacia un mercado de especias tan cegador, ensordecedor y asfixiante a su manera como una fábrica de Valbeck. Había cestas y toneles apilados en torres inestables, estantes repletos de brillantes frascos de aceite. Los colores eran vivos a la luz del sol, los polvos de brillantes rojos, naranjas y amarillos, las hojas de cada tono de verde y marrón. Pesos y monedas repiqueteaban y tintineaban, hombres y mujeres regateaban en una decena de idiomas, anunciando a voz en grito que tenían la mejor mercancía, los precios más económicos, las medidas más ajustadas.

Shudra estaba por delante, hablando en estirio con un mercader y luego en algún idioma kántico con otro, alternando entre los dos y haciendo reír a ambos, estrechándoles las manos, dándoles palmadas en los hombros. Vick fingió interesarse por un puesto atestado de palitos de incienso, casi incapaz de respirar por su hedor, con un ojo echado a Shudra entre la agitada muchedumbre. Él cogió un puñado de capullos rojos de una cesta, les dio un profundo olisqueo y sonrió de oreja a oreja al mercader como si nunca hubiera olido algo tan agradable.

—Es todo un hombre del pueblo, ¿eh? —musitó Sebo.

—Muy simpático —dijo Vick. Eso lo volvía una amenaza grave. Al volverse para seguirlo, notó el metal que llevaba en el bolsillo golpear contra la cadera dolorida—. Pero un cuchillo mata a los simpáticos con la misma facilidad que a los antipáticos.

—Con más, si acaso. —Sebo se encogió de hombros mientras miraba a su alrededor—. Los simpáticos no suelen esperárselo.

Un enorme palanquín les cortó el paso y Vick se arrojó debajo de él, casi tirando al suelo a un porteador y sacudiendo el trasto entero, y siguió avanzando entre una inundación de gente mientras el pasajero le gritaba improperios.

Hubo un rugido que helaba la sangre y Sebo dio un salto para apartarse de una jaula, y habría caído de culo si Vick no lo hubiera sostenido. Dentro de la jaula había un condenado tigre. Vick no había visto ninguno antes y no podía creerse su tamaño, su potencia, energía de brillante pelaje y músculo, removiéndose furioso con los enormes dientes al aire.

—Me cago en la leche —graznó Sebo mientras Vick lo ayudaba a enderezarse tirándole de la muñeca.

Estaban en un mercado de animales. En una casa de fieras llena de chillidos, aullidos y rugidos. Un chico acercó un triste monito a la cara de Vick, que lo apartó y siguió andando.

—¡Pues que te den por culo! —escupió el chaval con mucho acento antes de desaparecer entre el mar de caras.

Vick se agachó e intentó localizar a Shudra entre el bosque de piernas, y luego se puso de puntillas. Hizo un gesto hacia un tejado. Uno de los hombres que tenía contratados estaba allí en un andamio, fingiendo trabajar en una chimenea semiderruida. La vio y señaló con la barbilla hacia un callejón.

—Por aquí.

Vick giró hacia la boca del callejón, teniendo cuidado de no correr. De pronto se hizo oscuro entre los altos edificios, que tenían consignas embadurnadas en las paredes rematadas por puntas oxidadas. En los umbrales brillaban ojos observadores mientras pasaban deprisa. Un norteño quemado por el sol yacía en un montón de basura gritando algo, levantando una botella hacia ellos.

Bajaron los peldaños de tres en tres, salpicando agua fétida con cada pisada, por un callejón tan estrecho que Vick tuvo que pasar de lado. De delante llegaron los ecos de cánticos, y luego un galimatías de voces alzadas, y entonces salieron a una gran extensión de adoquines desgastados.

El Gran Templo de Westport se alzaba a un lado, con seis altas torretas como las chimeneas de Valbeck, pero coronadas con agujas doradas en vez de columnas de humo.

Vieron tarimas desperdigadas delante de ellos. Escenarios en los que hombres y mujeres se alzaban con túnicas, con harapos, adornados con talismanes y cuentas o blandiendo libros y cayados. Plañían con voces rotas a pequeños semicírculos de espectadores curiosos, hendían el aire con las manos, señalaban al cielo con dedos como garras, sus ojos desorbitados de pasión y certeza, prometiendo la salvación y amenazando con la condena. Todos insistían en que los demás eran fraudes y solo ellos eran quienes poseían todas las respuestas.

Vick los despreciaba y los compadecía pero en el fondo, en secreto, también los envidiaba. Se preguntaba cómo sería creer tanto en algo. Lo suficiente para morir por ello. Sibalt había creído. Igual que Malmer. Igual que su hermano. Qué sensación tan maravillosa debía de ser estar seguro. Saber que se luchaba en el bando correcto, en vez de solo en el ganador. Pero no se puede decidir creer sin más, ¿verdad?

—¿Qué diantres es este sitio? —preguntó Sebo en voz baja.

—Otro mercado —dijo Vick, mirando por toda la plaza en busca de Shudra y sus hombres.

—¿Qué venden aquí?

—A Dios.

Lo encontró asintiendo con calma mientras escuchaba a uno de los profetas más tranquilos, y vio a sus guardias distraídos, confiados.

—Este es el lugar —dijo Vick.

Tenía el gentío suficiente, pero no más. Muchas rutas de huida. Tanta confusión que un poco más apenas llamaría la atención. No hasta que fuese demasiado tarde.

Echó a andar hacia Shudra, no muy rápido, no muy lento, sin mirarlo directamente, nadie digno de mención, metiéndose poco a poco una mano en el bolsillo. Pasó junto a una mujer desnuda de cintura para arriba que estaba sobre un estrado, arrodillada ante un letrero garabateado, sus ojos brillantes de éxtasis mientras se fustigaba a sí misma, su descubierta espalda hecha un embrollo de nuevas heridas y viejas cicatrices.

—¡Arrepentíos! —chillaba con cada latigazo—. ¡Arrepentíos! —Se volvió hacia Vick y alzó un dedo tembloroso—. ¡Arrepiéntete, hermana!

—Más tarde —respondió Vick mientras la dejaba atrás.

Y entonces vio a la figura encapuchada. Justo donde había supuesto que estaría. Caminando hacia Shudra, no muy rápido, no muy lento, sin mirarlo directamente, nadie digno de mención.

—Ahí —susurró.

—No parece gran cosa —dijo Sebo.

—Sería muy mal asesino si destacara.

Viró hacia el lado entre la multitud y rodeó una tarima donde un anciano lleno de ampollas gritaba a los cielos.

Se situó detrás de la figura encapuchada y le mantuvo el paso mientras él se aproximaba a Shudra. Las capuchas sirven para ocultarte de los demás, pero también los ocultan a ellos de ti. Vick se puso la nudillera y sintió el tranquilizador cosquilleo del frío metal entre los dedos.

Vio el destello de acero cuando el encapuchado sacó algo del bolsillo y lo sostuvo a la altura de la pierna, medio oculto entre los pliegues de su túnica.

Apretó el paso, acercándose a él mientras él se acercaba a Shudra, con el corazón aporreando y la respiración acelerada mientras decidía cómo iba a hacerlo.

Shudra aplaudió al concluir el sermón del profeta y se volvió sonriente para decir algo a un guardia, reparó en el encapuchado que iba hacia él y la frente se le arrugó un poco.

El encapuchado siguió hacia él, alzando su arma.

Da igual lo hábil, lo duro o lo grande que sea un hombre si no te ve venir.

Vick le atrapó la muñeca mientras el puñal ascendía y tiró de ella hacia abajo y atrás, dando la vuelta al hombre mientras se agachaba para atizarle el mejor puñetazo que pudo en el lado de la rodilla.

El asesino dio un respingo conmocionado cuando la pierna le flaqueó. Vick le retorció el brazo y el puñal cayó a los adoquines, aprovechó que el hombre se derrumbaba para hacerlo rodar y le empujó la cara contra el empedrado mientras le ponía la rodilla en la parte baja de la espalda.

Lo golpeó rápido y fuerte, ladrando con cada puñetazo, en el riñón, en el sobaco, en el lado del cuello, y él se estremeció con la espalda arqueada, dio un soplido resollante y se quedó inerte.

—Es Casamir dan Shenkt, supongo —se obligó a decir entre dientes apretados. Alzó la vista hacia Shudra, que la miraba con los ojos como platos mientras sus guardias por fin desenvainaban a toda prisa—. No te preocupes. Estás a salvo.

Los mercenarios de Vick se abrieron paso entre el gentío y uno puso unos grilletes en las muñecas del asesino mientras el otro lo levantaba gimoteante por debajo de un brazo.

—Pero te interesa volver a casa y atrancar la puerta —dijo poniéndose en pie, y escrutó la multitud en busca de más amenazas—. Y quizá no pisar la calle hasta la votación.

—Me has salvado la vida —dijo Shudra con un hilo de voz—. ¿Te envían los estirios?

Vick bufó.

—Me envía la Unión. —La complació ver que Shudra parecía sorprenderse más que nunca y señaló con el mentón al asesino, que renegaba a viva voz mientras sus hombres se lo llevaban—. Los estirios lo envían *a él* .

Manos seguras

—¡Majestad! —Wetterlant se echó hacia delante y apretó la cara contra los barrotes. Era un hombre guapo, con juguetones rizos oscuros en la cabeza, pero le faltaba algo en los ojos—. Gracias a los Hados que estáis aquí. ¡Me estaban tratando como a un perro!

—Os estábamos tratando como a un prisionero, lord Wetterlant —graznó Glokta mientras el practicante detenía su silla con ruedas y se retiraba a las sombras. Si algo no escaseaba nunca allí abajo, eran las sombras—. Esto es el Pabellón de los Interrogatorios, no una posada. Y gozáis de uno de nuestros mejores aposentos.

—Tenéis ventana. —El juez supremo Bruckel la señaló a través de los barrotes. Era un minúsculo cuadradito de luz cerca del techo—. ¡Tiene ventana!

—Yo apenas tengo ventana —dijo Glokta.

—¿Cómo osas hablarme de ventanas, despojo tullido? —masculló Wetterlant—. Majestad, por favor, sé que sois un hombre razonable…

—Quiero creer que sí —respondió Orso, entrando en la luz—. Tengo entendido que habéis solicitado la justicia del rey. Mi justicia —se corrigió. A veces aún se olvidaba de que era el rey, a pesar de que le arrojaban encima la palabra «majestad» cinco mil veces al día.

—¡Así es, majestad! ¡Me entrego a vuestra piedad! ¡Se me ha maltratado! ¡Se me ha acusado en falso!

—¿De la violación o del asesinato?

Wetterlant parpadeó.

—Pues… ¡de todo! Soy inocente.

—El asesinato, según se me ha dado a entender, lo presenciaron… ¿cuántas personas, Glokta?

—Diecisiete testigos, majestad. Todos han hecho declaraciones juradas.

—¡Diecisiete campesinos de mierda! —Wetterlant asió los barrotes con repentina ira—. ¿Aceptaréis su palabra antes que la mía?

—Fijaos en cuántos son —dijo Orso—. Su testimonio ya le ha costado el cuello a vuestro jardinero.

—¡Fue todo idea de ese hijo de puta! Yo intenté disuadirlo. ¡Me amenazó!

Glokta sorbió aire con repugnancia entre sus encías vacías.

—Solo llevamos aquí un minuto y ya habéis pasado de inocente a coaccionado.

—Si esperamos un poco —murmuró el juez supremo—, será la víctima.

—¿Podemos hablar a solas? —La voz de Wetterlant sonaba cada vez más chillona—. De hombre a hombre, ya sabes. Orso, por favor…

—Nunca nos hemos tuteado —dio Orso con brusquedad—. No creo que vayamos a empezar ahora, ¿y vos?

Wetterlant pasó la mirada de Glokta a Bruckel y a Orso, y a todas luces halló poco que lo animara.

—Las cosas se han desmadrado sobremanera. Fue solo la euforia del momento.

—De inocencia a coacción y a euforia —resumió Glokta.

—Vos lo entendéis, majestad. Os habéis avergonzado también en numerosas ocasiones.

Orso lo miró fijamente.

—Avergonzarme, ya lo creo que sí. ¡Pero nunca he violado a nadie, joder!

Descubrió que había gritado las últimas palabras con todas sus fuerzas. El juez supremo dio un nervioso paso atrás. Glokta entrecerró los ojos un mero ápice. Wetterlant parpadeó y empezó a temblarle el labio inferior.

—¿Qué será de mí? —susurró, de pronto con los ojos inundados de lágrimas. Fue un giro extraño, de indignación enfurecida a melodramática autocompasión en un segundo.

—La pena tradicional —tamborileó el juez supremo—. Para tales crímenes. Es el ahorcamiento.

—¡Soy miembro del Consejo Abierto!

—Descubriréis que todo el mundo cuelga más o menos igual —dijo Glokta sin alzar la voz.

—¡No podéis colgar a un miembro del Consejo Abierto!

—De inocencia a coacción, a euforia y a inmunidad. —Orso se inclinó hacia los barrotes—. Habéis exigido la justicia del rey. Tengo intención de impartírosla.

Y dio media vuelta para marcharse.

—¡Majestad! —sollozó Wetterlant mientras el practicante forcejeaba con la silla de Glokta para girarla, haciendo chirriar una rueda—. ¡Orso, por favor!

La puerta se cerró tras ellos con un golpetazo como el hacha de un verdugo al caer. Orso tuvo un leve escalofrío mientras se alejaba de ella, agradecido hasta la médula de estar en su lado bueno.

—Ay, demonios —susurró Bruckel.

Una mujer de aspecto formidable, cabello negro con mechas de gris hierro y un vestido anguloso que insinuaba sin disimulo acero armado, avanzaba hacia ellos con la determinación de un buque de guerra a toda vela.

—¿Quién es? —murmuró Orso.

—La madre del cabronazo —musitó Glokta por la comisura de la boca.

—Ay, demonios.

—Majestad. —La rígida reverencia de lady Wetterlant denotaba una ira apenas contenida.

—Lady Wetterlant. —Orso no tenía ni la menor idea de qué tono era el adecuado, así que terminó atrapado entre el de asistente a funeral y el de chico sorprendido robando manzanas—. Esto… hum… Ojalá nos conociéramos en circunstancias más felices.

—Tenéis el poder de hacerlas más felices, majestad. ¿Vais a desestimar este caso tan ridículo?

Orso casi estuvo tentado de hacerlo solo para evitar aquella conversación.

—Yo… me temo que no puedo. Las pruebas son convincentes.

—¿La palabra de unos plebeyos envidiosos? ¡Mi hijo es víctima de una manipulación infame! Calumniado por enemigos sin escrúpulos. ¿Queréis poneros de su lado?

—No es cuestión de lados, mi señora, sino de justicia.

—¿A esto lo llamáis justicia? ¡Está encarcelado!

—Tiene —dijo Bruckel— una ventana.

La mirada que lanzó lady Wetterlant al juez supremo podría haber congelado la leche.

—Mi familia es de antiguo abolengo, majestad. Tenemos muchos amigos.

Orso contrajo el semblante como de cara a un vendaval.

—Eso os supondrá un gran consuelo, y sin duda también a ellos, pero carece de relevancia en la culpabilidad o inocencia de vuestro hijo.

—Tiene relevancia en las consecuencias del veredicto. Tiene una relevancia considerable en ellas. Vos tenéis una hija, eminencia.

El ojo izquierdo de Glokta hizo un feo espasmo.

—¿Es una amenaza?

—Una humilde súplica. —Aunque su tono era el que cualquiera habría usado para amenazar—. Os rogaría que miraseis en vuestro corazón.

—Ah, el mío es muy pequeño. Todo el que busca ahí dentro cualquier cosa de gran relevancia se lleva una inevitable decepción.

Lady Wetterlant arrugó el labio.

—No os quepa duda de que haré todo lo que esté en mi considerable poder para asegurarme de que mi hijo sale libre.

—Dentro de la ley —trinó Bruckel—, espero.

Lady Wetterlant se acercó un poco a él.

—El amor de una madre por su hijo trasciende la ley.

—No contéis con ello. —Glokta hizo un gesto con la cabeza al practicante que llevaba su silla, quien la empujó con la suficiente violencia para haber atropellado a lady Wetterlant si no se hubiera echado a un lado.

Orso aprovechó la ocasión para incorporarse deprisa a su estela.

—¡Haced lo correcto, majestad! —chilló lady Wetterlant mientras se marchaban, con una voz tan afilada que Orso encorvó los hombros—. Os lo ruego, por mi bien. Y por el vuestro. ¡Haced lo correcto!

—Eso pretendo —murmuró Orso.

Pero dudaba mucho que lady Wetterlant y él se refirieran a lo mismo con esa expresión en concreto. Nadie lo hacía nunca. Era el problema que tenía.

El Primero de los Magos estaba de pie en los jardines cuando volvió Orso, entre los bien cuidados parterres donde las primeras flores empezaban a asomar de sus capullos. Bayaz miraba con rostro grave la Casa del Creador, cuyo nítido contorno se distinguía sobre las almenas de la muralla de palacio cubierta de plantas trepadoras.

—Lord Bayaz. —El saludo de Orso salió con más de una pizca de animadversión—. ¿Seguís con nosotros?

—Majestad. —El Primero de los Magos sonrió mientras se inclinaba, pero sus ojos verdes conservaron la dureza—. De hecho, pretendo marcharme pronto.

—¿Ah? Ah.

Orso se había muerto de ganas de librarse del viejo entrometido, pero estando a punto de lograrlo descubrió que lamentaba que se marchara. Quizá quisiera a alguien a quien culpar. Tras su marcha, como de costumbre, no tendría más remedio que culparse a sí mismo.

—No tenía pensado quedarme tanto tiempo, pero, con la muerte de vuestro padre, quería asegurarme de que la corona… se transfiriera sin contratiempos.

—Caos en Westport, caos en Valbeck, caos entre los plebeyos, caos entre la nobleza. —Orso dio un gruñido apenado—. Podría haber menos contratiempos.

—Vuestro padre y yo navegamos juntos por mares más agitados. —Bayaz hizo una larga inhalación por la nariz, torció el gesto y carraspeó. El aire siempre era malo con viento del oeste, acre por el humo de las chimeneas que se alzaban incluso por encima de las Tres Granjas y los Arcos—. Los tiempos cambian. —Bayaz empezó a pasear por los jardines, obligando a Orso a caminar tras él por unos senderos demasiado estrechos para ir a la misma altura, con lo que se sintió más mayordomo que rey—. Me complace haber tenido mi papel en la llegada de esta nueva era, pero… confieso que en Adua me siento un poco como una reliquia. Y hay otros asuntos que exigen mi atención. Considero que la Unión está en manos seguras.

—¿Cómo? ¿Las mías?

Bayaz le concedió una mirada.

—Digamos que bastante seguras. ¿Qué os ha parecido Fedor dan Wetterlant?

Orso dio un explosivo bufido.

—Culpable como la peste y para colmo un mierda de mucho cuidado. No creo que haya tratado en la vida con un hombre más repugnante.

—Entonces vuestra majestad ha tenido suerte con su entorno, —dijo Bayaz—. Yo he conocido a muchos de su calaña.

—Es como el villano de una obra vulgar.

—Debo confesar que siempre he tenido cierta afinidad con los villanos. El heroísmo es un buen entretenimiento, pero tarde o temprano alguien tiene que arremangarse y ponerse manos a la obra.

—Tal vez con los villanos bien escritos. ¡Pero es que a Wetterlant no os lo creeríais ni en un libro! ¿Cómo leches puede acabar así un hombre?

—Recibiendo todo lo que ha querido a lo largo de su vida. Sin que se le pida nada a cambio.

Orso frunció el ceño. Se podría haber dicho casi lo mismo de él.

—Me irrita que debamos desperdiciar tanto esfuerzo en un hombre tan despreciable. Los Rompedores de Valbeck…

—Traidores, majestad.

—Pero al menos ellos tenían *motivos* . Al menos ellos creían estar haciendo lo correcto. ¿Qué clase de excusa puede poner Wetterlant? Ni siquiera se molesta en ponerlas. Ni siquiera ve la necesidad de ponerlas. Yo odio los putos ahorcamientos, pero alguien como él me plantea una dolorosa tentación. Ojalá pudiéramos llegar a algún tipo de acuerdo.

—Os animo a intentarlo, por supuesto.

—¿Ah, sí?

—Cada generación debe tomar sus propias decisiones. —Bayaz se detuvo y sonrió a una flor blanca y perfecta, la primera del jardín en mostrar su rostro completo al sol de primavera—. Si no hacemos más que limitarnos a lo que conocemos, ¿cómo vamos a progresar?

—¿No podríais resolverlo todo con…? —Orso hizo un débil gesto hacia la Casa del Creador—. No sé, ¿con un conjuro o algo?

—La magia se desvanece en el mundo. Yo destruí las indestructibles Cien Palabras del profeta. Los pocos de sus devoradores que quedan merodean por el Sur, intentando mantener unidos los jirones de su imperio hecho trizas. Un hombre se mide por sus enemigos. A los dignos se los puede echar más de menos que a los amigos. —Bayaz suspiró y luego se encogió de hombros—. La magia se desvanece en el mundo, pero, en realidad, la mayoría de los problemas siempre se han resuelto mejor con unas pocas palabras afiladas. O con un poco de acero afilado.

—Así que debo ser una roca, ¿eh?

—Como vuestro padre intentó ser siempre.

Orso sintió una punzada de tristeza.

—Antes pensaba que mi padre podía hacer lo que le viniera en gana, pero escogía no hacer nada por miedo, o por debilidad, o por incompetencia. Ahora comprendo que tiraban de él en tantas direcciones distintas a la vez que le costaba toda su energía mantenerse inmóvil.

—No es un papel fácil de desempeñar. —Bayaz extendió el brazo para llevar la punta del dedo a la flor y, con toda la delicadeza del mundo, le quitó unas gotitas de reluciente rocío de los pétalos—. Los reyes vivos siempre son objeto de escarnio. Pero la gente no puede esperar a adorar a los reyes muertos. Alguien debe liderar. Alguien debe tomar las decisiones difíciles. En beneficio de todos.

—No sé por qué, pero dudo que vayan a agradecérmelo — musitó Orso.

Bayaz enseñó los dientes un instante al arrancar esa flor con la uña del pulgar y pasarse el tallo por el ojal de la chaqueta.

—Un agradecimiento sería demasiado pedir.

—Lord Isher, gracias por venir.

—Cómo no, majestad, tan pronto como he recibido el mensaje.

Orso tuvo ganas de preguntar a Isher de qué ejército era su exagerado uniforme, ya que desde luego nunca había servido en el de la Unión. Pero, claro, el propio Orso llevaba puesto un uniforme más exagerado si cabe, y la única acción militar que había visto jamás consistió en rodear una de sus propias ciudades y ahorcar a doscientos de sus propios súbditos. En lo referente a impostores, debía de ser el peor de todo el Círculo del Mundo, así que puso una amplia sonrisa y resistió la tentación de añadir la hipocresía al montón. Estaba mejorando en resistir las tentaciones, teniéndolo todo en cuenta. O eso se decía a sí mismo.

—Qué sala tan extraordinaria —murmuró Isher, mirando anonadado el techo.

Y con buen motivo. El techo estaba tallado con todo detalle como un dosel boscoso, con pájaros de relojería repartidos entre las ramas. Habían cantado en una ocasión, después de darles cuerda, pero el mecanismo se había estropeado hacía mucho tiempo. Era sin duda impresionante, motivo por el que Orso había elegido aquel lugar para la entrevista. No pudo evitar que le viniera a la cabeza, sin embargo, que el monarca que hubiese construido aquella sala podría haber retozado en cualquiera de las docenas de bosques reales que poseía y dedicar varios centenares de miles de marcos a saldar sus deudas.

—La llaman la Cámara de las Hojas —dijo—. Por motivos evidentes.

—No tenía ni idea de que existiera.

—En el palacio debe de haber como una docena de salas igual de grandiosas de cuya existencia no tengo yo ni idea, y eso que en teoría soy su propietario. —Orso pensó en cómo había sonado eso mientras indicaba a Isher que tomara asiento—. O… por lo

menos su custodio, durante una generación. En el ala este hay un salón tan grande que mi madre montaba a caballo dentro. Hasta llegó a ponerle césped.

—Majestad, permitidme daros el pésame por la muerte de vuestro padre. No he tenido ocasión de hacerlo en persona y, aunque confieso que teníamos nuestras desavenencias, era un hombre al que siempre admiré mucho.

—Gracias, lord Isher. Y permitidme a mí daros la enhorabuena por vuestra inminente boda. Últimamente hemos tenido muy pocos acontecimientos felices que esperar ilusionados.

—Son tiempos difíciles, majestad. Yo nada, gracias —añadió cuando un lacayo bien empolvado se inclinó hacia él con una bandeja de plata equilibrada con pericia en las yemas de sus dedos.

—Yo tampoco. —Orso despidió al hombre y adelantó el trasero al borde de su silla—. De joven me encantaba bailar, pero desde que llevo la corona prefiero ir directo al grano. Quería hablar con vos, de hombre a hombre, sobre el asunto de Fedor dan Wetterlant.

—Un asunto terrible. —Isher meneó la cabeza con aire sombrío—. Y que amenaza con hacer mucho daño. Las desavenencias entre el Consejo Cerrado y el Abierto son como las desavenencias entre un hombre y su esposa.

—Así que lleva años ya sin ser el más feliz de los matrimonios —observó Orso, pensando en cómo rechinaban los dientes de su padre durante sus sesiones de esgrima.

Isher se limitó a sonreír.

—El Consejo Abierto puede ser una esposa con cierto mal genio, lo confieso.

—Y el Consejo Cerrado un marido autoritario y negligente. Eso no lo sabe nadie mejor que yo, creedme.

—Es posible que los hombres mayores de ambos lados tiendan a atrincherarse en sus posiciones. A veces son necesarios hombres más jóvenes para encontrar nuevas formas de avanzar.

Orso fue asintiendo mientras escuchaba.

—Si os digo la verdad, mis consejeros opinan que redundaría en el interés de la nación que jamás hubiera un juicio. Que Wetterlant se pudriera en el terreno vacío entre la inocencia y la culpabilidad.

—Es una solución que tiene sentido desde su perspectiva, pero si me permitís… —Isher esperó a que Orso le hiciera un gesto—. Eso no satisfaría a nadie. Wetterlant seguiría pidiendo justicia y lloriqueando en su celda, y sus amigos del Consejo Abierto

lloriquearían en su nombre, y su madre sería un incordio constante para todo el mundo…

—Sin duda.

—… mientras el pueblo llano vería que no se hace justicia y aumentaría su resentimiento. Y además… espero que no me consideréis ingenuo, pero está la cuestión ética. Sería una victoria de la conveniencia sobre los principios.

—Y ya hemos tenido demasiadas de esas. —Aquello iba mejor de lo que Orso había osado esperar—. ¡Me leéis la mente!

—Con vuestro permiso, majestad, ¿podría sugerir una solución intermedia?

—¿Creéis que podéis hallarla?

Orso había esperado tener que persuadir, amenazar o negociar hasta obtener una, y allí estaba Isher dispuesto a regalársela.

—Me he tomado la libertad de hablar con lord Heugen y lord Barezin. Son antiguos aliados míos, muy influyentes. Y mi amigo Leonault dan Brock llegará pronto a la ciudad. Es bisoño en política, pero tremendamente popular.

—Hum —murmuró Orso. La tremenda popularidad del Joven León era algo sobre lo que no necesitaba oír hablar constantemente.

—Creo que, ayudado por ellos… podría obtener un amplio apoyo en el Consejo Abierto para una prolongada condena a prisión.

—Wetterlant cometió violación y asesinato.

—Esas son las acusaciones.

—¡Pero si apenas se molesta en negarlo, coño!

—Cuando digo prolongada, me refiero a infinita.

Orso enarcó las cejas.

—¿El Consejo Abierto consentiría una cadena perpetua para uno de sus miembros?

—La mayoría están igual de asqueados por su comportamiento que nosotros, majestad. Desean que se haga justicia.

—Su madre os garantizo que no.

—Conozco bien a lady Wetterlant, y esta ventolera no es más que la tigresa defendiendo desesperada a su cachorro. Es feroz, pero no necia. Creo que cuando comprenda la alternativa… me ayudará a conseguir una admisión de culpabilidad.

—¿Una confesión?

—Una confesión plena y contrita, sin que el archilector tenga que… intervenir. El juicio podría ser una formalidad. Una exhibición de vuestra justicia, aplicada con firmeza pero también con sabiduría. De vuestro poder, ejercido sin demora ni disputa. De un nuevo espíritu de cooperación entre el Consejo Abierto y el Cerrado.

—Bueno, eso sería estupendo. —Era muy posible que fuese la primera vez que Orso disfrutaba tratando asuntos oficiales—. Se supone que es una condenada Unión, ¿verdad? Deberíamos esforzarnos por hallar un territorio común. Quizá pueda salir algún bien de esto, después de todo. —Orso se reclinó y sonrió a los pájaros bañados en oro y plata mientras lo meditaba—. Y de verdad que odio los ahorcamientos.

Isher sonrió.

—¿Qué clase de monstruo disfruta con ellos, majestad?

Una emboscada

Ñic, ñic, ñic, hizo la rueda de la silla de su padre. Savine la miró entornando los ojos. La oyó apretando los dientes. Estaba conteniéndose para no gritar a cada vuelta de esa rueda.

Desde niña había acompañado a su padre al trabajo, al final empujando su silla, una vez al mes. La misma ruta por la vía Regia, entre las estatuas de Harod y Bayaz que iniciaban el adusto desfile de los héroes de la Unión. La misma conversación, como un combate de práctica en el que nunca estaba segura de si los aceros estaban embotados o no. Las mismas risas por las desgracias ajenas. Savine no veía razón para cambiar de costumbres solo porque su vida estuviera haciéndose pedazos a su alrededor, así que reproducía las viejas rutinas. Seguía caminando, como un fantasma por las ruinas de la casa en que había muerto. Seguía culebreando, como una serpiente decapitada. No se reía tanto de las desgracias, eso sí. La mala suerte propia tiene muchísima menos gracia que la ajena.

—¿Te preocupa algo? —preguntó su padre. Solo que no era su padre, claro.

—No gran cosa —mintió Savine.

Solo una sucesión de inversiones fallidas, una red de contactos echándose a perder, un calamitoso romance con su propio hermano, la ruina de todas sus ambiciones más estimadas, una sensación continua de agobiante horror, un pecho que le dolía, ocasionales ataques de agotamiento, la casi constante necesidad de vomitar y el detallito de ser una bastarda embarazada de un bastardo que se había convertido en una aterrorizada impostora en su propia vida. Aparte de eso, todo bien.

Ñic, ñic, puto ñic. ¿Por qué narices había pedido a Cursbick que construyera aquel artilugio chirriante?

—¿Qué tal los negocios?

Más desastrosos todavía.

—Bien —mintió mientras empujaba la silla por la gigantesca sombra de Arnault el Justo—. Si continúan excavando a este ritmo, el canal estará terminado este mes.

—¿Dejaste suelto a Kort con una advertencia? Creía que lo desollarías para dar ejemplo a tus otros socios.

—Los hombres desollados no generan beneficios. Y Zuri dice que el perdón habita junto a la divinidad.

—¿Ya te tiene citando las escrituras? ¿Es ella tu dama de compañía o tú la suya?

—Es mi amiga —respondió Savine. La única en quien confiaba—. Presentarnos podría muy bien ser lo mejor que has hecho nunca por mí.

—Todos necesitamos a alguien en quien apoyarnos.

—¿Hasta tú?

—Venga, por favor. No puedo ni salir de la cama sin ayuda de tu madre.

Savine apretó la mandíbula. Lo que de verdad quería era empujar la silla de su padre desde un puente y pararse en algún sitio para esnifar otro poco de polvo de perla, aunque aún tenía la cara entumecida por el último. Pero los parapetos de los puentes eran demasiado altos y no había lugares discretos para esnifar en la vía Regia, así que de momento la tortura debería proseguir. Era por lo que su padre era conocido, al fin y al cabo. En verdad, como le encantaba decir a él, la vida no era más que las miserias que habíamos de soportar entre una decepción y otra. Savine siguió empujando la silla, entre las espléndidas esculturas de Casamir el Firme y su archilector, Zoller.

—No deberías reprochárselo a ella. —Su padre calló un momento y Savine miró cómo el aire le revolvía los pelos blancos de la coronilla con manchas de la edad—. O por lo menos, deberías reprochármelo a mí en la misma medida.

—Tengo reproches para dar y tomar, créeme.

—¿El perdón no era vecino de la divinidad?

—Zuri cree que sí, pero yo no sabría decirte. Ninguno de los dos vive cerca de mí.

Estaban quitando los andamios de la última estatua antes del reluciente verdor del parque. La del último rey fallecido. Jezal I, que había encarnado la indecisión vagamente bienintencionada, representado con severa actitud de mando por los escultores reales. Ver su cara dio más náuseas que nunca a Savine. Enfrente estaba su tío, el lord mariscal West, que recordaba a la madre de Savine en algo de su manera de fruncir el ceño hacia el mar, como si viese allí a la flota gurka y pretendiera enviarla a pique con la pura fuerza de su desagrado. A su lado se alzaba Bayaz de nuevo, en una estatua muy parecida a la del otro extremo de la vía Regia. Setecientos años de historia de la Unión encabezados y concluidos por el mismo hijoputa calvo.

—¡Una estampa encantadora!

Les cortaba el paso un hombre fornido con una casaca de soberbia factura. Savine cayó en la cuenta de que era Bayaz en persona, con el sol brillando en su cuero cabelludo y menos aspecto de mago legendario que de mercader muy próspero.

—Mis hermanos y hermanas están siempre a la gresca entre ellos. Me reconforta ver a un padre y una hija disfrutando de su compañía mutua.

O, más próximo a la verdad, a un torturador y una mujer sin parentesco que casi no se hablaban.

—Lord Bayaz. —La voz del padre de Savine denotó una clara incomodidad—. Creía que regresabais al Norte.

—Iba hacia el puerto cuando me han interrumpido estas nuevas estatuas. —Bayaz hizo un gesto hacia la del rey Jezal—. Conocía a todos estos hombres y quería asegurarme de que sus representaciones fuesen fieles a los hechos. Se supone que estoy retirado, pero en mi faceta de empresario, como estoy seguro de que sabrá lady Savine, es casi imposible encontrar a personas capaces de gestionarlo todo como debe ser cuando uno se ausenta.

—La clave es presupuestar bien —dijo Savine, envarada—. Cuando Angland necesitaba ayuda, el erario estaba vacío. Y aun así, podemos permitirnos estatuas.

—No necesitáis lecciones mías sobre la importancia de invertir con inteligencia. Un futuro brillante reposa en un adecuado respeto por el pasado. Las semillas del pasado fructifican en el presente, ¿a que sí, eminencia?

—Que yo sepa, nunca dejan de florecer. —El padre de Savine subió el brazo para poner su mano sobre la de ella—. No deberíamos entreteneros demasiado…

—Siempre tengo tiempo para conocer a las luces destacadas de la nueva generación. El futuro les pertenece a ellas, a fin de cuentas.

—Aunque tengamos que arrancarlo de las zarpas de la vieja —dijo Savine, retorciendo la muñeca para sacarla de la mano de su padre.

—Pocas cosas con algún valor se regalan en la vida. Seguro que vos también lo sabéis. —Bayaz sonrió al padre de Savine. Al padre de la silla, no al inmortalizado en piedra—. No me cabe duda de que vuestro padre estará ahí algún día. Después de todo, ¿quién ha sacrificado más que él por la Unión? Salvo tal vez vuestro tío. —Bayaz se volvió y alzó la mirada a la estatua del lord mariscal West—. Que sacrificó su vida defendiéndola.

—¿No estábamos siendo fieles a los hechos? —Savine no estaba de humor para adular a aquel viejo idiota—. Que yo sepa, sobrevivió al ataque gurko, pero murió de la plaga que desatasteis vos cuando destruisteis medio Agriont.

—Bueno. —El buen humor de Bayaz permaneció imperturbable—. Si esta hilera de estatuas nos dice algo, es que hay muchas maneras de contar la misma historia.

—Es evidente —replicó Savine, pasando la mirada del auténtico Primero de los Magos, más bajito que ella con las botas puestas, a su colosal estatua.

—Savine —musitó su padre con un tono de advertencia en la voz.

—Qué joven tan vivaz. —Bayaz la miró como ella podría haber mirado a los hombres de la Sociedad Solar, evaluando cuáles merecerían sus inversiones—. La Unión necesitará a una persona sensata y de estómago fuerte para ponerse al mando algún día. Algún día próximo, tal vez. Alguien que no vacile ante lo que debe decirse. Ante lo que debe hacerse. Debemos ocuparnos de los Rompedores y los Quemadores. —Ahí llegó el primer matiz de ira real en su voz, que por algún motivo hizo encogerse a Savine—. Vos estuvisteis en Valbeck. ¿Sabéis qué fue lo primero que rompieron y quemaron allí?

Savine tragó para contener una oleada de náuseas. «Cálmate, cálmate, cálmate.»

—Eh…

—¡La Banca Valint y Balk! Fue un ataque al emprendimiento. Al progreso. ¡Al futuro mismo! Si la administración actual no logra controlar la situación… deberemos encontrar a alguien que pueda.

—Confío en servir a la corona durante muchos años más —dijo su padre con voz áspera—. El rey Orso necesitará tanta orientación como necesitó su padre.

—La orientación no tiene por qué proceder de la Cámara Blanca. Puede darse en vestíbulos de teatros, o en cómodas salas de estar, o incluso, quién sabe, en despachos de escritores. —Las palabras que había elegido no podían ser casuales. Savine notó el calor extendiéndose hacia arriba desde el cuello del vestido. Bayaz le sonrió, pero sin que la expresión llegara a sus ojos—. Deberíamos hablar algún día vos y yo. Sobre lo que yo quiero. Y sobre lo que vos queréis. ¿Quién sabe? ¡Podríais ser la primera mujer inmortalizada en la vía Regia! Como la única persona con dos estatuas aquí, creedme esto que os digo: cuando es a uno a quien esculpen, de pronto empieza a parecerle un uso excelente de los fondos.

Savine no solía quedarse sin palabras, pero no supo cómo responder.

—No tenía ni idea de que vos eligierais a los líderes de la Unión.

La sonrisa de Bayaz se ensanchó.

—Reconocer la propia ignorancia es el primer paso hacia la iluminación. Lady Savine. Eminencia.

Les hizo un breve saludo con la cabeza y se marchó con paso alegre vía Regia abajo, la cola de su lujosa casaca aleteando tras él.

El corazón de Savine martilleaba viéndolo marchar. Como si hubiera detenido varias estocadas al corazón, en vez de replicar a unos pocos comentarios raros. Antes solía ser muy sensible a lo que se decía entre líneas, a los peligros que acechaban bajo la superficie de una conversación como rocas a un navío incauto. Pero ya casi no confiaba en su propio instinto.

—¿Qué estaba ofreciéndome exactamente? —preguntó.

Su padre dio un amargo bufido.

—El Primero de los Magos nunca da, solo toma. Eso no era una oferta dirigida a ti, sino una amenaza dirigida a mí.

—¿Amenazas, chantajes y bancos? —Fue uno de esos momentos en los que el mundo revelaba que quizá no fuese del todo como aparentaba. Savine había experimentado muchos de esos en tiempos recientes—. ¿Qué clase de mago es?

Su padre miró ceñudo la imponente estatua de Bayaz.

—La clase a la que se obedece.

—Me han hecho algunas propuestas extravagantes —dijo Savine a Zuri por encima del hombro mientras se quitaba los guantes—, pero esta debe de ser la primera vez que sale a colación una estatua en la vía Regia.

Llegó a sus oídos el parloteo amortiguado de una conversación al otro lado de la puerta del salón de su madre. Era raro que tuviera visita tan temprano. Solía hacer falta algo especial para sacarla de la alcoba antes de la hora de comer.

Zuri tenía sus cejas negras significativamente alzadas.

—Creo que lady Ardee podría tener su propia oferta extravagante que haceros.

—Mi madre y yo no tenemos muy buena relación ahora mismo.

—Me doy cuenta. Pero las escrituras afirman que quien está perdido en el desierto debe aceptar toda agua que le ofrezcan. —Abrió la puerta despacio—. Venga de quien venga.

La voz de su madre llegó a ella mientras Savine entraba con recelo en el salón.

—… mi marido bien podría estar muerto, en lo que respecta a *ese* tema, y además… ¡Savine, estás aquí! —Sonrió desde el aparador junto al que estaba, sobraba decirlo, sirviéndose una copa de vino. Tenemos visita. —Había otra mujer levantándose de una silla, con ropa de cierto corte militar y el dobladillo manchado de barro por haber cabalgado—. Te presento a lady Finree dan Brock.

Savine se enorgullecía de saber mantener la compostura, pero que la madre de Leo dan Brock estuviera en el salón de su propia madre era difícil de atribuir a la casualidad. Y más teniendo en cuenta que Savine estaba embarazada del nieto de aquella mujer.

—Savine. —Lady Finree le tomó la mano entre las suyas con una fuerza temible—. He oído hablar mucho de ti.

—Todo bueno, espero.

—Casi todo. —Finree dan Brock tenía una mirada grave que hasta Savine encontró un poco intimidante—. Pero una mujer de la que solo se hablara bien no estaría esforzándose lo suficiente. Soy una gran admiradora de tus logros como dama de los negocios.

Savine compuso su sonrisa más amable mientras intentaba deducir qué estaba ocurriendo.

—Y yo soy gran admiradora de los vuestros como señora gobernadora.

—Lo único que hice fue cuidar la tienda unos pocos años. —Finree dan Brock se sentó como para una reunión de negocios, más que para una visita social—. Ahora mi hijo Leo gobierna Angland.

Savine se negó a reaccionar.

—Eso había oído. ¿Qué os trae a Adua?

—Una invitación a la boda de lord Isher.

—Será el acontecimiento de la temporada —dijo la madre de Savine—, aunque si me preguntáis a mí, ese hombre es una puta víbora. Savine, ¿vino?

La conversación con Bayaz le había dado cierta sensación de peligro. Aquella se la daba incluso más. Savine intuyó que necesitaría intacto su ingenio.

—No, gracias.

—¿Lady Finree?

—No, pero no os privéis por mí.

—Para privar a mi madre de beber necesitaríais unas cuantas brazas de cadena.

La madre de Savine se desplomó en una silla, componiendo un triángulo perfecto con las otras dos mujeres, limpió un reguero de vino de su copa y se chupó el dedo.

—Estás peleona esta mañana.

—No me hace gracia sentirme emboscada —respondió Savine, mirando a una mujer y a la otra, ambas formidables cada una a su manera y más que intimidantes actuando juntas.

Las dos se miraron.

—Hablad vos —dijo su madre—. Yo intervendré si es necesario.

—Mi hijo ha heredado una ponderosa responsabilidad —dijo lady Finree—. Una para la que está bien dotado en ciertos aspectos, pero en otros… algo menos.

Savine se lo podía imaginar.

—¿Os referís a que es exaltado, ignorante y temerario?

—Exacto. —Savine no debería haberse sorprendido. Una mujer que se había enfrentado a un ejército de vociferantes norteños no iba a descolocarse por un poquito de franqueza brutal—. Tú, en cambio, tienes fama de prevenida, calculadora y paciente. Parece que os complementáis los dos.

—¡Fuego y hielo! —aportó la madre de Savine entre sorbo y sorbo.

—A mi hijo le gusta pensar que puede hacerlo todo, pero, al igual que su padre, siempre ha necesitado a alguien a su lado. Alguien que le dé buenos consejos y se asegure de que los sigue. Alguien que lo guíe hacia las decisiones correctas. Llega un momento en que una madre ya no puede hacer eso por su hijo. —Alzó las cejas, expectante.

A Savine no le gustaba nada el cariz que estaba tomando aquello.

—No sé muy bien a qué os…

Su madre dio un suspiro explosivo.

—No seas obtusa, Savine. Lady Finree y yo hemos estado hablando de un emparejamiento entre Leo y tú.

Savine parpadeó.

—¿Un matrimonio?

—No va a ser un puto emparejamiento de esgrima.

Savine pasó la mirada de su madre a su posible futura suegra. Sí que era una emboscada. Una maniobra de pinza tramada con destreza que la había dejado superada por ambos flancos.

Alzó el mentón y trató de ganar tiempo.

—No estoy segura de que hiciéramos buena pareja. Es bastante más joven que…

—Tengo entendido que no opinabas lo mismo en su última visita a Adua —dijo lady Finree, lanzándole una mirada significativa con el ceño fruncido.

Las implicaciones tardaron un momento en calar.

—¿Os lo dijo él?

La madre de Savine levantó una mano.

—Se lo dije yo.

—¿Y cómo leches lo averiguaste?

—No te pongas molesta y tampoco mojigata. Ninguna de las dos cosas te encaja. Zuri está preocupada por ti, como debería una buena sirviente. Como debería una buena amiga. Quiere lo mejor para ti. Igual que todas, lo creas o no. —Su madre se inclinó hacia delante, sin desviar la mirada de sus ojos, y le puso una mano tranquilizadora en la rodilla—. Nos ha hablado de tu… situación.

Savine notó que le ardía la cara. Descubrió que se había llevado una mano a la tripa y la apartó furiosa. Estaba acostumbrada a apuñalar a los demás con sus secretos. No le gustó nada que estuvieran empalándola con uno suyo.

—Disculpa si hablo claro —dijo lady Finree—. He pasado buena parte de mi vida rodeada de soldados y…

—Qué cosas —restalló Savine—. Mi madre también, en sus años mozos.

—Lástima que la juventud termine —gorjeó la madre de Savine, haciendo aletear las pestañas. Dio una palmadita de despedida a la rodilla de Savine y se reclinó mientras murmuraba por la comisura de la boca—: Como veis, hablar claro no será un problema.

—En ese caso, seamos sinceras —dijo lady Finree—. Tu estado no tardará mucho en hacerse difícil de ocultar. —Savine apretó la mandíbula con ira, pero no podía refutar los hechos. Los cordones de su corsé ya necesitaban un manejo más brutal que de costumbre—. Esto podría ser un desastre para ti. O podría ser una oportunidad. Convertir los desastres en oportunidades es a lo que se dedica una inversora, ¿verdad?

—Siempre que se puede —murmuró Savine.

—Mi hijo tiene título, fama, coraje y lealtad.

—Y es guapo con ganas —observó la madre de Savine.

—Tú tienes riqueza, contactos, astucia y crueldad.

—Y con buena luz también puedes tener bastante buen aspecto.

—Dudo que haya un mejor partido joven en toda la Unión —dijo lady Brock—. A no ser que fueses a casarte con el rey, supongo.

La madre de Savine se atragantó y se manchó el vestido de vino.

—Mierda. Seré tonta.

—Tu orgullo es bien merecido —dijo Finree—, pero ha llegado el momento de hacerlo a un lado.

Su madre estaba limpiándose con un pañuelo.

—Ya lo creo. ¡Podríais ser la pareja más envidiada de la Unión! Eres demasiado lista como para no verle el buen juicio.

—Y desde luego, demasiado lista para criar sola a un bastardo cuando tienes una alternativa tan ventajosa. Por supuesto, haz sufrir un poco a mi hijo si te apetece; ningún hombre valora lo que obtiene sin esfuerzo. Pero no encuentro ningún sentido a prolongar más esta farsa entre nosotras tres.

Savine se reclinó despacio. Había tenido un momento dorado en que sus dedos habían rozado la corona. Sus ambiciones más descabelladas, tan a su alcance. ¡Su Augusta Majestad la Gran Reina de la Unión, ante quien todos deben arrodillarse o sufrir! Pero tenía que reconocer que su excelencia la señora gobernadora de Angland tampoco era una mala segunda opción. Había intentado hacer caso a su corazón y la había llevado derecha a la mierda. Leo dan Brock y ella eran una combinación excelente en todo lo que contaba. Necesitaría que lo moldearan un poco, lo dirigieran un poco, lo disciplinaran un poco. Pero ¿quién podía negar la calidad de la materia prima? Y una boda con un héroe famoso podría ser precisamente lo que necesitaba para dar la vuelta a su suerte.

Savine había pasado la vida entera conspirando, planeando, procurando controlar los acontecimientos. Encontró un cierto alivio en rendirse a lo inevitable.

—No —dijo casi con un suspiro—, supongo que no lo hay.

Le habían hecho muchas proposiciones de matrimonio, pero aquella era la primera que aceptaba. Y la única que no la hacía el candidato a marido, sino su madre.

—Creo que ahora sí aceptaré esa copa —dijo.

—Yo también. —Lady Finree le dedicó una leve sonrisa—. Ya que tenemos algo que celebrar.

La madre de Savine sonrió de oreja a oreja mientras trotaba hacia el aparador.

Temperamentos dulces La Rotonda de los Lores era un espacio impresionante, toda mármol y dorados y frescos de nobles ancestros. El corazón de la Unión y tal y cual, luz que fluía desde las ventanas de cristal tintado y cruzaba la cavernosa amplitud para salpicar en el suelo enlosado sobre el que los grandes próceres del pasado marcaron una vez el rumbo del futuro.

Pero lo único que veía Leo eran los escalones que descendían entre las gradas vacías.

Antes del duelo y de la condenada herida en la pierna, no se habría dado cuenta de la cantidad de peldaños que había en el mundo. Se los habría saltado de tres en tres y habría seguido despreocupado su camino. Pero ya no. Estaban por todas partes. Y bajar era peor que subir, que era algo de lo que nadie se daba cuenta. Yendo hacia arriba no se podía caer tanta distancia. Se tomó su habitual momento para maldecir el círculo, las espadas y a Stour Ocaso, y luego echó a andar un poco de lado, gruñendo a cada trabajoso paso.

—¡Leo! —Isher hizo caso omiso a la mano tendida al pie de la escalera y lo envolvió en un abrazo—. ¡Qué alegría volver a verte!

Demasiadas confianzas para no haber hablado con Leo más de tres veces, pero mejor pasarse de amistoso que lo contrario.

—Enhorabuena por tu inminente boda. —Leo hizo una mueca por una punzada en la pierna al separarse—. No veía a mi madre tan emocionada desde hace años. —Dio una lenta vuelta sobre sí mismo, contemplando la cúpula bañada en oro muy, muy arriba—. No creo que pudieras celebrarla en un recinto más grandioso.

—Ni con una novia con mejor pedigrí. —Isher acarició el aire como si estuvieran hablando de un caballo de carreras—. Isold dan Kaspa, ¿la conoces?

—No creo que haya tenido el gusto.

—Excelente linaje. Buena y antigua estirpe de Midderland. Y un maravilloso temperamento dulce.

—Maravilloso —dijo Leo sin gran regocijo. Para él, una mujer de temperamento dulce era como una espada sin filo.

Isher miró con gesto grave el bastón de Leo.

—¿Cómo tienes la pierna?

—Bien. —Al constante dolor lo acompañaba la constante necesidad de fingir que no había ningún dolor, como si lo peor de aquel suplicio fuese que pudiera incomodar a los demás—. Las heridas de espada pueden tardar un tiempo en sanar.

—Ah, claro. Las heridas de espada. —Como si Isher supiera algo de espadas o de heridas. Se inclinó hacia Leo—. Las cosas no han ido bien desde tu última visita.

—¿No?

—No quiero ser antipatriota —susurró, como si no pudiera esperar a serlo—, pero el rey Orso ha resultado ser de todas todas el recipiente vacío que esperábamos.

—La verdad no tiene nada de antipatriota —murmuró Leo, preguntándose si podría tenerlo.

—No pone ni la menor traba al Viejo Palos y al resto de cabrones decrépitos del Consejo Cerrado. La Cámara Blanca está llena de embusteros y estafadores.

—Siempre lo ha estado —murmuró Leo, preguntándose si lo había estado.

—Están decididos a limitar los poderes del Consejo Abierto. A despojarnos de nuestros antiguos derechos. A arrebatarnos tierra para devolverla a la corona. A hundirnos a impuestos hasta los putos cojones.

—Vaya —gruñó Leo—. En eso ya somos dos. A quien más están exprimiendo es a Angland.

—¡Y si alguien se ha ganado un poco de clemencia, eres tú, que contuviste a los salvajes en solitario, sin ayuda de la corona!

—Libramos la guerra del rey. ¡Ganamos la guerra del rey! ¡Pagamos la puta…! —Leo volvió a bajar la voz, con alguna dificultad—. Pagamos la puta guerra del rey. ¿Y qué nos dieron a cambio? —Dio un iracundo manotazo al pomo con forma de cabeza de león de la espada conmemorativa que con tanto orgullo había aceptado de manos del rey Jezal el año anterior—. Una espada. ¡Y ni siquiera tiene un buen balance, joder!

—Me parece un escándalo.

—Es que es un escándalo. —Leo se preguntó si no estaría hablando demasiado, pero no podía contenerse—. Un incumplimiento del contrato entre la corona y las provincias. En casa tengo a gente preguntando si somos súbditos o ganado. —Jurand le había advertido que tuviera cuidado con lo que decía en Adua, pero por desgracia Jurand estaba muy lejos y la verdad era la verdad—. Hay gente al borde de la puta *rebelión* —susurró, haciendo raspar la punta del bastón contra las losas.

—Un puto escándalo —lamentó Isher—. Pero no es nada en comparación con lo que están haciéndole al pobre Fedor dan Wetterlant.

—¿Quién?

—¿No os conocéis?

—No creo que haya tenido el gusto…

—Es de los nuestros. Wetterlant. Tiene un puesto en el Consejo Abierto y tierras cerca de Keln. Buena y antigua estirpe de Midderland, ya sabes.

—¿Y un temperamento dulce?

—Un poco asilvestrado, a decir verdad, pero nos conocemos desde hace años. Creo que es primo cuarto o quinto mío, o algo por el estilo. ¿Primo sobrino, a lo mejor?

—Nunca he entendido muy bien cómo va todo eso de los primos sobrinos.

—¿Quién lo entiende? La acusación es exagerada, eso seguro. Es alguna treta del Viejo Palos. Dicen que ha confesado, pero seguro que porque lo torturaron.

—¿Han torturado a un miembro del Consejo Abierto? —A Leo le costaba creerlo—. No pensaba que Orso fuese capaz.

—¡Te estoy diciendo que no pinta nada! No tiene ni idea de lo que se hace en su nombre, y no movería un dedo aunque lo supiera. Tienen a Wetterlant encerrado en las entrañas del Pabellón de Interrogatorios, lejos de sus amigos, lejos de su familia. ¡Sin una ventana siquiera! Su pobre madre está fuera de sí. Es prima de un primo también, y esto la afecta mucho.

—Por los muertos —musitó Leo, y entonces recordó que era un dicho norteño y allí no significaba nada.

—Ha apelado a la justicia del rey. Todo miembro del Consejo Abierto tiene derecho a un juicio aquí con Su Majestad como juez, pero en fin… dudo que en la Unión quede algo de justicia ya.

—¡Por los muertos! O sea, ¡diantres!

—Ni los miembros de las antiguas familias, ni los integrantes del Consejo Abierto, ni los patriotas como tú y como yo estamos a salvo. Esto ya ni parece que sea nuestro país.

Leo se frotó el muslo y el dolor candente espoleó su rabia candente.

—Alguien debería hacer algo —refunfuñó.

—Alguien debería. —Isher asintió con tristeza—. Pero ¿quién tendrá el valor?

Leo intentó no renquear mientras recorría la vía Regia, entre las estatuas de los prohombres de la historia. A un lado se alzaban los reyes. Reyes de verdad. Harod el

Grande. Arnault el Justo. Casamir el Firme. Las grandes figuras de sus reinados se alzaban un poco menos altas en el otro.

Leo se preguntó si algún día pondrían allí una estatua suya. Sosteniendo espada y escudo en reconocimiento a sus grandes victorias, contemplando riguroso una estatua más alta e impresionante del rey Orso al otro lado de la avenida. No podía decirse que la idea lo inundara de gozo. Estaba pagando sus glorias con cada paso que daba y no le apetecía compartirlas con un hombre al que estaba perdiendo todo el respeto.

El príncipe heredero Orso le había parecido bastante buen tipo, pero el trono solo amplificaba las malas cualidades de un hombre, y su Consejo Cerrado estaba compuesto por los mismos gusanos viejos y corruptos que habían tirado por el retrete el reinado del rey Jezal. Lo que la Unión necesitaba eran hombres de coraje, hombres de pasión, hombres de acción.

Hombres como él.

Los alojamientos que les habían asignado a su madre y a él estaban en lo alto, afortunados en vistas pero desafortunados en escalones. Cuando por fin llegó, tenía la pierna en llamas. Tuvo que parar para recobrar el aliento, limpiarse el sudor y obligar a su rictus a convertirse en sonrisa desenfadada. Se dijo que no quería preocupar a su madre. Pero en realidad, lo que no quería era darle la razón.

—¿Cómo ha ido tu encuentro con lord Isher? —preguntó ella cuando Leo entró a zancadas.

—Bastante bien. Me ha contado una historia muy jodida sobre un pobre tipo llamado Wetterlant. El Agriont está podrido, pero nadie tiene la valentía de…

Había alguien a su espalda. Una mujer que tendría unos años más que su madre pero seguía bastante guapa, con una media sonrisa en los labios como si supiera secretos que él desconocía.

—Te presento a lady Ardee dan Glokta.

—Eh… —Por los muertos, ahora le veía el parecido con su hija. Tenían la misma actitud directa, observadora y un poco burlona. Leo se sonrojó hasta las raíces del pelo—. Es todo un placer conoceros, por supuesto…

—El placer es solo mío, excelencia. Un auténtico héroe, condecorado con las cicatrices de grandes gestas. ¿Me cogerás si me desmayo?

—Bueno… haré lo que pueda…

—Tengo entendido que conoces a mi hija, Savine.

En ese momento, parecía más probable que se desmayara él que ella.

—Hemos… hablado. Solo una vez. —La misma cantidad de veces que habían follado. Quizá fuese mejor no pensar en ello, pero ya no podía parar—. En mi anterior visita a Adua. Fue hace cuatro meses, ¿verdad? La encontré una mujer muy atractiva… —¡Palabra muy mal elegida!—. Quiero decir… una mujer *formidable* .

—Por favor, me avergüenzas. Y desde luego te avergüenzas a ti mismo. —Lady Ardee le apoyó una mano en el brazo. En Adua todo el mundo se tomaba demasiadas confianzas—. Siento tener que ponerte en un brete, pero sé que intimasteis. —Movió la cabeza hacia la madre de Leo—. Las dos lo sabemos.

—¿Lo… sabéis? Ah. Oh. —Mierda, qué flojo sonaba. Era lord gobernador, ¿verdad?, no un colegial tartamudeante—. Os aseguro que no… me aproveché de ella… en ningún sentido…

Lady Ardee se echó a reír.

—No existe hombre que pueda aprovecharse de mi hija. No me cabe la menor duda que fue más bien a la inversa.

—¿Cómo?

Leo no estaba seguro de si aquello era mejor o peor, solo de que quería que la conversación terminara, pero su madre le había bloqueado la puerta. No había escapatoria.

—Sabes lo mucho que te quiero, Leo —dijo ella—. Eres un líder extraordinario. Valiente, sincero, leal hasta decir basta. No podría estar más orgullosa. ¡Tengo al Joven León por hijo!

—Grrrr —dijo lady Ardee, sonriéndole de soslayo.

—Pero los leones no son aptos para administrar. Sé que quieres hacerlo tú todo, pero estos últimos meses nos han demostrado a los dos que no puedes gobernar Angland por tu cuenta.

—Eres el cabeza de una gran familia —añadió lady Ardee—, y las grandes familias deben perdurar. Tal vez quieras hacerlo tú todo, pero dudo mucho que vayas a parir herederos sin ayuda. Necesitas una esposa.

Se devanó los sesos para encajar las piezas de aquella conversación, pero solo encontró una forma de hacerlo.

—¿Queréis que… me case con… vuestra hija?

Todo aquello tenía un aire irreal.

—¿Y por qué no? Es hermosa, rica, refinada, inteligente, muy bien relacionada y ampliamente admirada como dama de buen gusto.

La madre de Leo fue asintiendo con cada golpe de voz.

—A mí me ha impresionado muchísimo.

—¿La has conocido? —preguntó Leo—. Me siento un poco… emboscado.

—¿Un renombrado guerrero? ¿Emboscado por dos madres?

—Dos abuelas —murmuró lady Ardee, por algún motivo—. Con sinceridad, ¿puedes negar algo de lo que hemos dicho?

Leo tragó saliva.

—Bueno, no negaré que no soy apto para administrar. No niego que necesito ayuda. Y no puedo negar que Savine es hermosa, tiene buen gusto, es refinada y todo lo demás. Vamos, que es… —Recordó aquella noche, no por primera vez—. Es una mujer de aúpa.

—Sería una necedad negar eso —dijo lady Ardee, echando atrás la cabeza.

—Y nadie puede negar que un nombre necesita esposa, sobre todo si es lord gobernador, pero el caso es… —Vio que las dos le sonreían con un poco de pena, como aguardando a que un imbécil comprendiera lo evidente—. ¡Se diría que ya habéis reservado la fecha y enviado las putas invitaciones! —Lady Ardee y lady Finree cruzaron una mirada llena de significado. Leo sintió que la gélida conmoción le subía más por la garganta—. ¿Habéis reservado la fecha y enviado las invitaciones?

—Lord Isher ha tenido la amabilidad de convertir su grandioso acontecimiento en una boda doble —dijo lady Ardee.

—Ha tenido la amabilidad de gozar del reflejo de tu gloria —murmuró la madre de Leo.

—Pero… —gimió Leo—. ¡Es la semana que viene!

—Ya no eres un joven sin preocupaciones. Eres un importante lord del reino. ¿Cuándo esperabas casarte?

—¡No la semana que viene, cojones!

—Comprendemos que es mucho que asumir de golpe —dijo lady Ardee—, pero retrasarlo no sirve a los intereses de nadie. Se aprovechara quien se aprovechara del otro, pusiste a mi hija en una posición complicada.

—Está embarazada —terció la madre de Leo—, de tu bastardo.

Leo abrió la boca pero solo salió un gorgoteo estrangulado.

—Pero… ¿cómo…?

Lady Ardee puso los ojos en blanco.

—Confiaba en que estuvieras versado en los conceptos básicos, pero vamos allá si es necesario. ¿Te habías fijado en que las niñas y los niños tienen cosas distintas entre las piernas?

—¡Sé de dónde vienen los bebés!

—Entonces comprenderás las responsabilidades que emergen con ellos. —Lady Ardee dio un sorbo a una petaca que había hecho aparecer como por arte de magia y la ofreció—. ¿Un traguito?

—Supongo que mejor será —respondió Leo aturdido, y dio un breve sorbo. Resultó ser un coñac muy bueno. Miró impotente hacia una esquina mientras la calidez del licor se extendía por su garganta. Ya había sabido que la verdadera madurez se cernía sobre él, pero suponía que aún quedaba un poco lejos. Acababa de caerle encima desde gran altura y aplastarlo—. Al menos, ¿puedo pedírselo yo en persona?

—Cómo no. —Su madre se hizo a un lado y señaló las altas ventanas.

—Un momento… —Leo tuvo otro ataque de nerviosismo—. ¿Está aquí mismo?

—En la terraza —respondió lady Ardee—, esperando tu proposición.

—Ni siquiera tengo…

Su madre le estaba tendiendo un anillo, cuya gema azul centelleó al sol.

—Es el que me dio tu padre.

Cogió la muñeca de Leo, le dio la vuelta a la mano y dejó caer el anillo en su palma mientras lady Ardee abría la ventana con el tacón de la bota y dejaba entrar una brisa fresca desde la terraza que meneó las cortinas.

Las únicas opciones de Leo eran un avance valeroso o huir chillando de la habitación, y dado el estado de su pierna dudaba mucho que pudiera dejar atrás a su madre. Cerró el puño con fuerza en torno al anillo, apuró la petaca y se la devolvió a lady Ardee.

—Todo un detalle.

—Todo un honor. —La mujer le quitó una mota de polvo de la casaca y le dio una palmadita aprobadora en el pecho—. Estamos aquí por si tienes problemas.

—Muy reconfortante —masculló Leo mientras salía a la luz del sol.

Savine estaba contra la balaustrada, contemplando el Agriont, que se extendía por debajo como si fuese de su propiedad. Leo no sabía por qué, pero esperaba que Savine se volviera hacia él toda maternal, ruborizada, preñadísima. Pero estaba tan delgada y digna como el día en que se habían conocido. No se veía que la inquietase la larga caída que se extendía tras el bajo parapeto a su espalda, ni el fugaz cortejo que

habían tenido, ni su delicada condición. Al parecer, era imposible inquietarla en absoluto. El primer pensamiento de Leo fue lo impresionante que sería su retrato juntos.

Savine descendió en una reverencia que hizo susurrar sus faldas. Muy formal. Muy pulcra. Salvo, quizá, por la casi imperceptible sonrisita juguetona en la comisura de sus labios.

—Excelencia.

Había pensado muchas veces en ella desde aquella noche en el despacho del escritor, pero por lo visto eso no lo había preparado para volver a verla en persona.

—Llámame Leo —acabó diciendo—. Creo que tenemos superadas las formalidades.

Ella se puso una mano en la tripa.

—Bueno, Leo, pues hicimos un niño juntos.

No tenía gracia, a todas luces, pero Leo tuvo que sonreír. Las formas de una emperatriz con la sinceridad de un sargento de armas.

—Eso me han dicho nuestras madres.

—Menuda pareja hacen, ¿no crees? Se complementan igual de bien que un acero largo y el corto.

—Y son igual de letales.

Leo apoyó los puños en la piedra moteada de liquen junto a Savine y el anillo se le clavó en la mano. ¿De verdad iba a hacerlo? ¿Sería capaz de hacerlo? Todo aquello le parecía un sueño. Pero ni de lejos una pesadilla.

—Debo disculparme por la emboscada —dijo ella, volviéndose de nuevo hacia las vistas. Las estatuas orgullosas a ambos lados de la vía Regia, la amplia extensión de la plaza de los Mariscales, la centelleante cúpula de la Rotonda de los Lores—. Si te sirve de consuelo, a mí me han hecho lo mismo. Al principio estaba un poco… sorprendida.

—Yo también, lo reconozco.

Los ojos de Savine pasaron a reposar en los de él y su mentón se alzó con un desafío que Leo encontró, por algún motivo, muy atractivo. Pensó en lo que dirían sus amigos cuando les presentara a aquella belleza de renombre como su esposa. Eso sí que borraría la sonrisa de la cara de Antaup.

—Disfruté mucho de nuestro momento juntos.

—Yo también. —Leo tuvo que carraspear para quitar rudeza a su voz—. Lo reconozco.

—Pero creía que no iba a ser más que eso. Un momento.

—Yo también. —Leo se descubrió sonriendo—. Lo reconozco.

Había esperado que sería un deber doloroso, pero empezaba a disfrutar. Daba la sensación de un baile. Un ritual. Un duelo.

—¿Mi padre te preocupa?

Los ojos de Leo se ensancharon. Ni se le había ocurrido que tendría como suegro al Viejo Palos. Se le ocurrió en ese momento, como el matarife se le ocurre al cerdo. El hombre más temido de toda la Unión, un maestro torturador con un ejército de practicantes, un enemigo de todo lo que defendía Leo.

—Tengo la sensación de que… no le caigo muy bien.

—No le cae bien nadie.

—Pero tengo la sensación de que a mí no me cae muy bien él.

—Eso sería un desastre. Si planearas casarte con él. —Savine enarcó una ceja—. ¿Planeas casarte con él?

—No creo que a tu madre le hiciera gracia.

—Mi padre no es mi dueño. Ni siquiera de un porcentaje. Si nos casamos, mi lealtad estará contigo. Pero debes saber que tengo iniciativa propia y hago las cosas a mi manera. No pretendo que eso cambie.

—Ni yo lo querría. —Leo admiraba su espíritu. Qué independiente era. Qué decidida. Qué feroz, incluso. A Isher le gustaría un temperamento dulce, pero a Leo no se le ocurría nada peor.

—Podría ayudar si lo ves como un acuerdo de negocios.

—¿Es como lo ves tú?

—Es la costumbre. Y lo cierto es que tiene todo el sentido del mundo. Una asociación, entre tu título y mi riqueza. Entre tu fama y mis contactos. Entre tu liderazgo y mi gestión.

Dicho así, era verdad que tenía todo el sentido del mundo. A Leo le gustaba oírla hablar. Qué dura era. Qué confiada. Qué imponente, incluso. Le gustaba que una mujer pudiera ponerse al mando. Imaginó la admiración que despertaría al hablar en nombre de él.

—Puedo compartir la carga —prosiguió ella—. Quitarte la política y el papeleo de encima. Tú puedes centrarte en los aspectos militares. Las cosas que te gustan. Se acabaron las reuniones polvorientas.

Pensó en aquella sala aburrida, aquellas tambaleantes pilas de papeles, aquellos inacabables gruñidos de Mustred y Clensher y los demás.

—No creo que las eche de menos.

Savine no parecía estar haciendo nada de tan mal gusto como avanzar, pero aun así se acercó a él. Leo disfrutaba viéndola moverse. Qué elegante era. Qué precisa. Qué majestuosa, incluso. Le gustaba que una mujer tuviera orgullo, y Savine rebosaba de él. Con ella del brazo, sería la envidia del mundo.

—Míralo como… una alianza política —dijo Savine—. Eres popular. Eres célebre. Eres querido. En Midderland, en Angland, hasta en el Norte. Pero no conoces Adua.

Savine estaba mirándole la boca mientras se acercaba. Mirándola de una forma que a Leo le gustaba mucho.

—Es verdad —musitó él—. Aquí estoy perdido como un corderito.

—Déjame ser tu pastora. Puedo ayudarte a que te salgas con la tuya. —Por los muertos, qué cerca estaba ya—. Con el Consejo Cerrado. Con mi padre. Con los grandes hombres del reino. —Leo ya alcanzaba a olerla. Ese aroma dulce, esa embriagadora acidez—. Conozco a todo el que merece la pena conocer. Y sé cómo utilizarlos.

Su aroma devolvió de golpe a Leo toda la excitación de aquella noche. Fue consciente de haber abierto la mano al ver la gema azul del anillo destellando al sol.

—Me lo ha dado mi madre.

—Es precioso —dijo Savine con suavidad.

—Es lo mejor que he encontrado desde la habitación hasta la terraza, al men… Oh.

Para sorpresa de Leo, pero ni mucho menos para su decepción, la mano de Savine estaba entre sus piernas. Ya iba medio duro, y a ella no le costó nada completar el proceso. Que estuvieran a plena vista de medio Agriont y con sus madres ni a diez pasos de distancia solo conseguía hacerlo más excitante.

—Míralo… —le susurró ella con ansia al oído, su aliento haciéndole cosquillas en la mejilla—. Como un acuerdo mercantil… y una alianza política… que no podría tener mejor sentido. —Lo besó, toda dulzura, mientras su mano se afanaba con bastante menos por debajo—. Y luego todo… lo que podamos sacar de ello… a nivel personal… —Le mordió el labio, tiró de él y lo soltó de golpe—. Llamémoslo un extra.

—Llamémoslo.

Asió la mano libre de Savine y le puso el anillo de su madre en el dedo. Resultó ser demasiado estrecho para superar todas las falanges, pero a Leo le importó una mierda.

La sostuvo entre sus brazos y la besó, con el Agriont extendiéndose por debajo de ellos.

Para cualquiera que estuviera mirando, debían de tener un aspecto verdaderamente espectacular.

Ministra de los Susurros

—¿Cómo ha ido la votación? —preguntó Vick mientras Lorsen entraba a su despacho y cerraba la puerta de la galería.

Al parecer, el superior había recordado cómo se sonreía. Sus finos labios tenían una curva perceptible.

—Esta votación ha sido lo más divertido que he hecho en bastante tiempo. Ahí abajo ya están discutiendo por detalles de procedimiento, pero es lo que hacen cuando saben que han perdido. Ciento cincuenta y nueve votos a favor de seguir en la Unión. Cincuenta y cuatro a favor de abandonarla.

Vick no pudo contener una leve curva de satisfacción en su propia boca.

—Ni reñido.

—Olvídate de Shenkt, quien debe de tener poderes sobrenaturales eres tú. —Lorsen descorchó una botella y sirvió una poco generosa medida de vino en dos copas—. Hacer callar a ese cabrón de Shudra ya habría sido más de lo que esperaría, pero ¿atraerlo a nuestro bando? ¡Eso tiene que haber sido hechicería!

Vick se encogió de hombros.

—No hay magia que haga cambiar tanto de opinión como vislumbrar el puñal que iba a matarte. Los estirios esperaban convertirlo en mártir de su causa. Vitari sabía que obtendría muchos más votos matándolo y culpándonos a nosotros que cargándose a un montón de regidores nuestros. Le recordé que Murcatto hizo más o menos lo mismo en Musselia. Mencioné las purgas que siguieron a eso, con la ayuda de un par de testigos oculares. Lo único que hice fue mostrarle lo hijos de puta sin piedad que pueden ser los estirios. Shudra cambió su voto de mil amores.

—¡Y eso provocó el alud! ¡Hay que reconocerte el mérito! —Y Lorsen meneó un dedo hacia ella—. Fuiste muy lista al decidir vigilarlo.

Vick levantó otra vez los hombros.

—Me pregunté qué habría intentado yo, si fuese Vitari. Podría haberlo hecho cualquiera.

—Cualquiera no podría haber capturado al famoso Casamir dan Shenkt.

Vick se encogió de hombros una vez más. Los encogimientos no costaban nada, a fin de cuentas.

—Los asesinos infames y la gente del montón caen igual con un buen puñetazo en la rodilla.

—Parece que los rumores más disparatados sobre él eran solo eso.

—Tal vez. El archilector quiere que lo enviemos a Adua. Su eminencia tiene preguntas que hacerle.

—Si hubiéramos perdido la votación, podría haber sido yo quien volviera para responder las preguntas del archilector. Confieso sin ningún apuro que lo prefiero con mucho de esta manera. —El superior Lorsen levantó su copa—. Tienes mi agradecimiento, inquisidora, si te sirve de algo.

Vick bebió. El vino de Lorsen era tan flojo y tan rancio como él. Pero era vino. Vick había llegado a considerar el agua limpia un lujo inalcanzable. Nunca se permitía olvidarlo.

Solumeo Shudra la esperaba en la galería, observando el ajetreo de la Asamblea por debajo con sus gruesos puños plantados en la barandilla.

—Parece que las discusiones son más intensas que nunca —comentó Vick mientras llegaba a su lado.

—Los pantanos se quedarán sin moscas antes de que los políticos se queden sin discusiones —dijo Shudra—. Ya están dividiéndose en nuevas facciones por el asunto más reciente.

—¿Que es…?

—El gasto en alcantarillado. Quería darte las gracias una vez más antes de que te marches. Nunca había… debido mi vida a nadie.

—Te vas acostumbrando. —Cuando Shudra la miró con las cejas en alto, Vick pensó que quizá había dicho demasiado. Pero tenía la impresión de deberle algo de sinceridad—. Su eminencia el archilector una vez me dio una oportunidad.

—No es un hombre famoso por conceder oportunidades.

—No. Pero sin ella… —Recordó el estruendo del agua, en la oscuridad, el día en que se inundó la mina. Pensó en la cara de su hermano mientras se lo llevaban a rastras, dejando sendas huellas serpenteantes con los talones en la nieve sucia—. He oído que los regidores han votado permanecer en la Unión.

—Así es. Nunca creí que me alegraría de decirlo. —Shudra respiró hondo por la nariz—. El deseo sincero de encontrar algo mejor puede llevarnos fácilmente a despreciar las virtudes de los aliados que tenemos y pasar por alto los defectos de las alternativas.

—La Unión dista mucho de ser perfecta. Tenemos nuestras rivalidades, nuestra codicia y nuestra ambición. Por eso necesitamos a personas honestas, rectas y apasionadas. Personas como tú.

Shudra rebufó.

—Casi te creería y todo, inquisidora. Pero no tengo tanto orgullo como para no admitir que juzgué mal la situación. Juzgué mal a la Unión. Te juzgué mal a ti.

Vick sonrió. No pudo evitar hacerlo un poco. La satisfacción de una sierva leal por un trabajo bien hecho.

—Hace falta ser un hombre fuerte para reconocer la propia debilidad, maese Shudra.

—¿Hacía falta pegarme tan fuerte, joder? —preguntó Murdine, frotándose el enorme cardenal que tenía en el lado del cuello.

—Te dije que acolcharas la rodilla.

—¡Tres capas de cuero de silla de montar! ¡Y aun así, casi no puedo andar!

—Tenía que quedar bien. Nadie se creería que el infame Casimir dan Shenkt cayera tan fácil.

—Soy el asesino más temible del mundo. —Murdine retorció la boca en un mohín desdeñoso, entrecerró los ojos y subió la voz—. ¡Encogeos de miedo, regidores de Westport, pues nadie está a salvo de mi mortífera hoja! La única lástima es que jamás podré atribuirme una de mis mayores gestas.

—Un poco sobreactuado, en mi opinión.

—Puf. Todo el puto mundo es crítico de arte.

—Bueno, a Shudra lo convenciste. —Vick se sacó el monedero del bolsillo y lo sopesó haciendo tintinear la plata—. Era el único público que contaba.

Murdine le sonrió enseñando los dientes.

—Si vuelves a necesitar a alguien que se lleve un puñetazo, ya sabes mis tarifas.

—Dudo que vaya a volver pronto por aquí —dijo Vick—. El clima no me sienta bien.

—Quién sabe, podríamos vernos en Adua. Tengo la sensación de que sería conveniente alejarme un poco de Westport durante una temporada. Seguro que el reciente cambio en el equilibrio de poder traerá recriminaciones. Deudas que saldar y cuentas que ajustar. —Murdine miró nervioso por toda la taberna y se bajó un poco más

la capucha—. No querría que me confundieran con Shenkt una segunda vez. —Tuvo un leve estremecimiento—. Ni tropezarme con el verdadero, ya puestos.

—Muy sabio.

—Dicen que Estiria es el hogar de la cultura, pero en lo referente al teatro, solo les interesa lo vistoso y lo brillante. —Murdine hizo un ostentoso gesto despectivo—. Yo quiero llegar a la verdad.

—La verdad está sobrevalorada. —Vick dejó caer el monedero en la mano de Murdine—. Un actor debería saberlo.

Era temprano. El sol, una furiosa uña cortada sobre las colinas orientales. Los aparejos de los barcos, una telaraña de largas sombras en el muelle. Era temprano, pero cuanto antes zarparan y Vick se alejase de aquella ciudad siempre atestada, supersticiosa y sofocante, más feliz estaría.

O menos infeliz, por lo menos.

Dos practicantes seguían a Vick y Sebo por la marina, cargando el baúl de ella entre los dos. Eran hombres grandes, pero estaban sudando. El baúl contenía casi tanto peso en ropas, polvos y utilería como los que podría haber llevado Savine dan Glokta para un viaje al extranjero. Contenía las muchas Victarine dan Teufel distintas en las que podría necesitar transformarse. Pensarlo hizo que se preguntara cuál era la real. Si es que aún existía tal cosa.

—¿Era un actor? —masculló Sebo, por quinta vez quizá, con su única y pequeña bolsa al hombro.

—Actor y acróbata. Se preocupa mucho de resaltarlo siempre.

—¿Y no se te ocurrió decírmelo?

—No se te puede escapar lo que no sabes.

—Pero ¿y si…? Bueno… —Imitó un apuñalamiento—. ¿Y si lo hubiera matado, o algo?

—Siempre hay más actores. —Dio un suspiro que le supo a sal y a podredumbre marina y al humo acre de las curtidurías que acababan de empezar su jornada costa abajo—. Todos los idiotas quieren serlo.

—¿El verdadero Shenkt estaba en la ciudad, al menos?

—¿Quién dice que exista siquiera un verdadero Shenkt? A la gente le gustan las cosas simples. Blanco y negro. Bien y mal. Quieren tomar una decisión y decirse a sí mismos que llevaban razón. Pero como suele decir su eminencia, el mundo real está

pintado de grises. La verdad es complicada, y está llena de emociones contradictorias y resultados borrosos y apuestas a ganador y colocado. La verdad… es difícil de vender.

Habían llegado al barco. Era un armatoste feúcho al que le faltaba un buen carenado, pero zarpaba en la dirección correcta. Los dos practicantes soltaron el baúl de Vick con estrépito. Uno le plantó el culo encima sin contemplaciones mientras estiraba la espalda y el otro se apartó la máscara para secarse el sudor de la cara.

—Conviene presentar a la gente una historia directa, con villanos que abuchear y héroes que apoyar. —Vick entornó los ojos mirando hacia el mar—. Pero por lo que he visto en mi vida, eso significa inventártela.

—Pero ¿quién…?

Da igual lo sagaz que se sea. Nadie puede estar preparado todo el tiempo.

Algo pasó como una exhalación. Uno de los dos practicantes. No hizo ningún ruido. No le dio tiempo. Solo voló una docena de pasos y se estrelló contra el casco de una barca, hundiendo el tablazón con una lluvia de astillas.

Sebo retrocedió encogido, cubriéndose la cabeza con las manos. Vick giró al instante y vio al otro practicante rodando por el muelle, sacudiendo unas extremidades que parecían deshuesadas. Entrevió una silueta negra contra el sol naciente, acercándose a una velocidad imposible. Estaba empezando a levantar el brazo, sin apenas saber qué hacer, cuando se lo aferraron con una fuerza irresistible. La barrieron del suelo, el mundo se desplomó y la madera del embarcadero le atizó un golpetazo en el pecho y le arrancó el aire de los pulmones con un resuello ahogado.

Vio botas entre la neblina. Botas de trabajo viejas y muy usadas. Y al instante tuvo algo encima de la cara. Oscuridad y su propia respiración atronadora. Las manos atadas a la espalda. Las puntas de los pies raspando mientras la arrastraban por las axilas. Un siseo sobre el empedrado. Un clac, clac, clac sobre los tablones de un muelle.

Vick intentó recuperarse, pensar aun con el latido de su cabeza, el dolor atroz en el hombro. Quizá solo tuviera una oportunidad. Quizá no tuviera ni una. Empujó una bota hacia bajo e intentó retorcerse, pero la tenían tan sujeta como los aros a un barril. Un dolor punzante brazo arriba, que le sacó un respingo entre dientes rechinantes.

—Mejor que no —le dijo una voz de hombre al oído. Una voz blanda, sosa, que sonaba aburrida.

Una puerta hizo ruido al abrirse y luego al cerrarse. El sonido hueco de botas en un suelo de tablas sueltas. Notó que la soltaban en una silla. Un crujido de madera y un frufrú de cuerda cuando le ataron las manos con fuerza al respaldo, los tobillos a las patas.

—Muy bien, quítasela.

Le levantaron el saco de la cabeza.

Estaba en un cobertizo sombrío que apestaba a brea y a pescado. Entraban rayos de luz por grietas en la madera de las paredes. A un lado había pilas de viscosas jaulas para langostas. Vick se preguntó si sería el lugar donde iba a morir. Supuso que los había visto peores.

Una mujer alta estaba sentada en una mesa con los brazos cruzados, mirando a Vick con dos rendijas de ojos. Llevaba corto y en punta el pelo canoso, y tenía profundas arrugas en el rostro afilado. Tendría cincuenta y muchos años. Tranquila y profesional. No intentaba parecer amenazadora. No le hacía falta.

—¿Qué, sabes quién soy? —preguntó. Acento estirio, pero hablaba bien la lengua común. Como si hubiera pasado mucho tiempo en la Unión.

A Vick le palpitaba la cabeza donde había dado contra el muelle. La sangre le hacía cosquillas en el cuero cabelludo. El hombro le ardía cada vez más. Pero se controló para revelar tan poco dolor como pudiera. Si te muestras herida, estás pidiendo que te hieran.

—Me lo imagino —dijo.

—Pues no nos tengas en ascuas.

—Eres Shylo Vitari, ministra de los Susurros de la Serpiente de Talins.

Si el Viejo Palos tenía una equivalente a ese lado del mar Circular, Vick la tenía sentada delante.

—Pero que muy bien. —Cuando Vitari sonrió, aparecieron marcadas arrugas en las comisuras de sus ojos—. A mí ya me gusta. ¿A ti te gusta?

El hombre aburrido hizo algo con la garganta que podría significar cualquier cosa. Como si en realidad no fuese asunto suyo que le gustara algo o no. Terminó de atar a Sebo a su silla igual que había atado a Vick. Movimientos rápidos y practicados, como si ya lo hubiera hecho muchas veces.

—¿Sabes quién es él? —Vitari lo señaló con el mentón mientras el hombre comprobaba los nudos en las cuerdas de Sebo.

Vick no tenía muchas ganas de responder.

—Me lo imagino.

—A ver si aciertas dos de dos.

—Es Casamir dan Shenkt.

—El de verdad —confirmó Vitari—. Qué cosas, ¿eh?

El asesino más infame de Estiria, si realmente era él, dedicó a Vick una sonrisa débil, con un leve matiz de disculpa. Pocos hombres habían tenido jamás un aspecto tan ordinario. Flaco y pálido, con marcadas ojeras. Pero claro, un aspecto impresionante ponía a la gente en guardia, y eso era lo último que interesaba a un asesino. Se apoyó en la pared y sacó algo de un bolsillo. Una tosca pieza de madera. Empezó a tallarla con un cuchillo pequeño y curvado, de hoja reluciente, y las virutas blancas se esparcieron en torno a sus botas desgastadas.

—¿Te haces llamar Victarine? —preguntó Vitari—. Demasiado largo. ¿Tus amigos te llaman Vick?

—Tal vez lo harían. Si los tuviera.

—Tienes por lo menos uno. —Miró sonriente a Sebo, que le devolvió la mirada con aquellos ojos grandes y tristes y farfulló algo en la mordaza que no comprendió nadie.

A Vick no le gustaba la idea de que Sebo hubiera acabado en esa silla por su culpa. «No tienes por qué hacerle daño», quiso decir, y también «La que os interesa soy yo», y todos los putos clichés, pero eso habría sido como revelarles que aquel idiota escuálido era un punto débil de Vick. Así que ni siquiera echó un vistazo en su dirección. Lo trató como si no fuese nada. Era todo lo que podía hacer por él.

—¿Sabes cuál es la ironía, Vick? —Vitari se echó hacia delante poco a poco, se puso las muñecas en las rodillas y dejó colgar sus largas manos—. Sí que estábamos allí. En la plaza del Templo, esperando a Shudra para matarlo y cargaros el muerto a vosotros.

Cuando no tienes nada que añadir, quédate en silencio.

—Entonces vimos que te acercabas y pensamos: si eres lo bastante idiota como para matarlo tú misma, ¿por qué no dejar que nos ahorres el trabajo?

Más silencio.

—Pero tú no estabas allí para matarlo. Estabas para aparentar que nosotros lo habíamos intentado y así poder fingir que lo salvabas. Lo vi todo con un creciente enfado, y luego una creciente admiración. Le quedó muy apañado, ¿no crees?

La única contribución de Shenkt fueron las discretas raspaduras de su cuchillo.

—¿Quién era? Tu asesino falso, digo. ¿Un actor?

—Y acróbata —respondió Vick—. Lo encontré en un circo.

Vitari sonrió.

—Buen detalle. Pues sabe encajar los puñetazos. Le propinaste una buena paliza.

—Se mosqueó un poco.

—Y yo también —dijo Vitari, haciendo desaparecer la sonrisa—. Y la gran duquesa Monzcarro va a irritarse bastante. Y créeme, no has visto a nadie irritado hasta que ves a la Serpiente de Talins irritada. ¿Crees que eres lista?

Vick intentó poner el hombro dolorido en una postura más cómoda, pero no la había.

—Me he sentido más lista otras veces.

—Yo sí que creo que eres lista. No suelo encontrar a gente que pueda derrotarme. Cuando lo hago, prefiero tenerlos trabajando para mí que en mi contra. O muertos, supongo. Pero muertos sería un desperdicio, ¿no crees?

Shenkt hizo otra vez ese gruñido, como si a él le trajera sin cuidado.

—Entonces, ¿qué me dices? —Vitari la miró de reojo—. ¿Buscas trabajo? Podrías contarme secretos. Qué planea la Unión, dónde son débiles, dónde son fuertes, cosas como esas.

Tum, tum, tum, hizo el pulso en la cabeza de Vick, y la sangre le cosquilleó en el cuero cabelludo, y se le ocurrió que aquel podía ser uno de esos puntos de inflexión. Como en la mina, cuando escogió correr. O en los campos, cuando escogió hablar. O en Valbeck, cuando escogió quedarse. De pronto notó la boca muy seca.

—Ya tengo trabajo —dijo.

Las cejas de Vitari se juntaron. Grises, con unas pocas salpicaduras de naranja.

—Yo antes trabajaba para el Viejo Palos, ¿sabes? Antes de que fuese el Viejo Palos. ¿El Joven Palos, dirías tú?

Shenkt se encogió de hombros como si no tuviera gran cosa que decir sobre nada, frunció los labios y sopló, levantando una nube de polvo de su talla.

—Estuvimos juntos en Dagoska, durante el asedio. —Vitari dio un suspiro distante—. Cuántos recuerdos felices. Es un cabrón bien listo. Intrépido. Y despiadado. Comprende el dolor como nadie más que haya conocido en la vida. Tiene muchas cosas admirables. Pero tampoco es que sea él quien mueve los hilos, ¿verdad?

Entornó un poco los ojos, como esperando a que Vick aportara algo. Vick tuvo la sensación de que le faltaba alguna pieza de aquella conversación. Pero cuando no tienes nada que añadir, quédate en silencio.

—Bayaz. —Shenkt pronunció las dos sílabas muy claras al oído de Vick, y su aliento estaba helado, como la corriente de una ventana en una tarde invernal, e hizo que se le erizaran los pelillos de la nuca hasta casi dolerle.

—¿El Primero de los Magos? —La idea de que aquel viejo cabrón presumido pudiera mover los hilos de nadie le resultaba difícil de creer.

—La Unión ha sido su herramienta desde que la fundó en los días de Harod el Grande.

—¿Hablábamos de gente despiadada? —Vitari dio un silbido en tono grave—. Pues tendrías que haber visto Adua después de que él acabara lo que se propuso. A ti ya te va manejando a su antojo, por lo que veo.

—Ni siquiera lo he conocido.

—Y aun así, viniste a Westport con algo más que un baúl lleno de ropa. —Vitari se acercó más y su voz se redujo a un murmullo sedoso—. Trajiste deudas de Valint y Balk. Derechos comerciales de Valint y Balk. *Dinero* de Valint y Balk.

—¿Qué tienen que ver Valint y Balk con Bayaz?

—Son tres nombres para una misma cosa —susurró Shenkt.

Vitari negó despacio con la cabeza.

—Andas con unas compañías funestas.

—¿Ah, sí? —Vick apuntó con el mentón hacia el asesino más infame de Estiria—. He oído que él come personas.

—Las mínimas posibles —repuso el hombre, sin el menor rastro de ironía—. El banco se zampa a docenas cada día.

—A ver qué te parece esto. —Vitari hizo un mohín con los labios—. Ven a trabajar para mí. Únete al bando de los justos. O lo más cerca que pueda llegar a serlo gente como nosotros.

Vick bajó la mirada al suelo notando más fragoroso que nunca el tum, tum, tum de la sangre en su cráneo.

—Estoy en deuda con Glokta. —La sorprendió haberlo dicho. La sorprendió lo segura que había sonado—. Supongo que seguiré con él. Hasta que salde la deuda.

Sebo profirió un gemido muy agudo contra su mordaza. Vitari dio un largo suspiro. Shenkt aportó su gruñido indiferente una vez más. Vick enseñó los dientes, con picores en la espalda, esperando el filo. Llegaría en cualquier momento. El quebradizo silencio se extendió, casi insoportable.

—Es interesante —dijo Vitari.

—Mmm —dijo Shenkt, guardando la talla pero quedándose con el cuchillo en la mano.

—Podrías haberme dicho que sí y luego, cuando te lleváramos a casa, no cumplir. O tratar de utilizarme de algún modo. Una persona tan lista como tú lo habría pensado al instante. Así que ¿por qué no decirme que sí y punto?

Vick alzó los ojos hacia ella.

—Porque quiero que me creas.

—Je. —Vitari sonrió de oreja a oreja. Tenía buenos dientes para una mujer de su edad—. Eso me gusta. ¿A ti te gusta?

—Me gusta —dijo Shenkt.

Vitari sacó un papelito, lo dobló, apretó el pliegue con la uña del pulgar y entonces abrió el bolsillo de la camisa de Vick, metió el papel dentro y le dio una palmadita.

—Cuando te des cuenta de cómo son las cosas de verdad, ve a esta dirección. El tabernero tendrá lo que necesitas.

—Tiene lo que necesita todo el mundo —dijo Shenkt.

—Hasta entonces, yo en tu lugar… —Vitari se levantó y echó a andar con paso tranquilo hacia la puerta, meneando un largo dedo—. No volvería a Estiria.

—Estamos en Westport —repuso Vick—. Esto es la Unión.

—Por ahora.

Vitari destrabó el pestillo y abrió la puerta. Shenkt hizo desaparecer su pequeño cuchillo curvado, se puso la capucha y salió, canturreando entre dientes, dejando atrás solo unas virutas pálidas esparcidas en los tablones.

Parecía que al final Vick iba a sobrevivir al día.

—¿Cómo nos soltamos? —gritó, aún atada a la silla.

Vitari se detuvo, una silueta larga y negra en la brillante entrada.

—Tú eres la lista. Resuélvelo.

Tarde

—Llegas tarde, Rikke.

Rikke abrió los ojos. Llamas de vela en la oscuridad. Centenares de velas, como estrellas pinchando un cielo nocturno. ¿O eran los fantasmas de velas encendidas hacía mucho tiempo?

—Puede que llegues demasiado tarde.

Un rostro borroso delante de ella. Pelo entrecano lacio, y sombras en las profundas arrugas, y luz de vela reflejada en el hilo dorado.

—No queda tiempo.

Unos dedos fuertes apretaron la cara de Rikke, apretaron la carne dolorida que rodeaba su ardiente ojo izquierdo y ella protestó y se retorció, pero estaba demasiado débil para moverse.

—Tiene que haber un precio.

Una mano le levantó la cabeza, el borde de una copa se apretó contra su boca. Rikke se atragantó con algo amargo, se estremeció al tragar.

—Debes elegir, Rikke.

Sintió miedo. Pavor. Intentó escabullirse, pero unas manos fuertes la retenían, la agarraban con firmeza.

—¿Cuál va a ser?

La mujer extendió el brazo hacia ella. Algo relució en su mano. Una fría aguja.

—No —susurró Rikke, cerrando los ojos—. Esto no ha pasado aún.

Escalofríos le cogía la mano. Se la cogía tan fuerte que hacía daño.

—No puedo perderte, Rikke. —La corta barba gris de su mejilla gris se movió cuando apretó la mandíbula—. No puedo.

—No tengo intención de perderme. —Notó la lengua tan hinchada y torpe que le costaba componer las palabras—. Pero si ocurre, seguirás adelante. Perdiste el ojo, ¿verdad?, y estuviste mucho más cerca de eso.

—Tengo otro ojo. De ti, solo hay una.

Creía que estaba amaneciendo. Agua golpeando y absorbiéndose en la grava. Fría luz en piedras manchadas de humedad. Una telaraña aleteando al viento, relucientes gotas de rocío bailando.

—No sabes lo que fui. —Escalofríos trasteó con el anillo de la gema roja que llevaba en el meñique—. No me importaba nada. Lo odiaba todo. Llegué para servir a tu padre porque, de todos los hombres a los que odiaba, él era a quien odiaba menos. Caminaba en una pesadilla.

Escalofríos cerró los ojos. O al menos el que veía. Del otro aún quedaba una rendija de brillante metal.

—Qué enferma estabas entonces. Nadie pensaba que fueses a durar otro invierno. Tu madre muerta y tu padre en duelo. Qué enferma, pero qué llena de esperanza. Confiaste en mí. En mí, vacío de nada en lo que confiar. Mamaste leche de cabra de un paño, en mis brazos. Tu padre dijo que era la niñera más imposible que había visto nunca. Dijo que yo te hice volver del precipicio. —Entonces la miró y le caía una lágrima del ojo bueno—. Pero fuiste tú la que me hizo volver a mí.

—Tonto blandengue —graznó ella con labios agrietados—. No puedes llorar. Tú no.

—De niño, mi hermano decía que estaba seboso como un cerdo y yo no paraba de llorar. Luego olvidé cómo se hacía. Lo único que quería era que se me temiera. Pero tú nunca me temiste.

—Bueno, es que no das tanto miedo como creen todos. —Rikke intentó cambiar de postura, pero ninguna era cómoda. Sintió que se le cerraban los ojos y Escalofríos le apretó la mano tan fuerte que Rikke ahogó un grito.

—Aguanta, Rikke. Ya viene.

—No —dijo ella, con lágrimas escociendo en los párpados—. Esto no ha pasado aún.

Dos enormes piedras se alzaban en el atardecer, dedos negros contra el cielo rosado. Eran antiguas, manchadas de musgo y liquen, talladas con símbolos a los que el tiempo había picado y emborronado cualquier significado. Había una insinuación de llovizna en el aire y Rikke tenía el pelo pegado a la cara y todo tenía un lustre acuoso.

Junto a las piedras había un par de guardias sosteniendo toscas lanzas, tan quietos que Rikke los había confundido con estatuas. Cuando Escalofríos la llevó más cerca, vio que tenían algo raro. Deforme.

—Por los muertos —croó Rikke—. Son cabezas planas.

—Sí que lo son —dijo Scenn. El montañés sonreía al lado de uno de los shankas, que lo miró estrechando sus ojos ya estrechos mientras usaba una astilla de hueso para mondarse un diente enorme—. Protegen a la bruja. Ella puede hablar con ellos. Les canta, dicen algunos. Están amansados. Siempre que nos comportemos.

—Yo siempre me comporto —dijo Isern, mirando con dureza a los dos cabezas planas con la oscura asta de su lanza bien aferrada. En la medida en que los shankas tuvieran expresiones más allá de un montón de dientes, aquellos parecieron devolverle la mirada dura—. Vamos, pues.

Scenn negó con la cabeza.

—Yo no paso de aquí.

—Sé que eres muchas cosas, Scenn, y casi todas malas, pero no te tenía por cobarde.

—Tenme por lo que se te antoje, hermana, pero sé cuál es mi sitio, y está a este lado de las piedras. Mi tarea era traeros y está cumplida. No pretendo ser…

—Pues vete a la mierda, colina de manteca. —Isern lo apartó de un codazo y siguió andando.

—Solo quedamos nosotros tres —gruñó Escalofríos mientras se colocaba a Rikke más arriba en los hombros.

Que la llevaran de esa manera, con las manos de Escalofríos en los tobillos, hacía a Rikke sentirse otra vez como una niña. Pasaron entre las piedras y descendieron por un escarpado sendero flanqueado de árboles. Árboles viejos, muy viejos, con susurros en sus ramas altas, muy altas, y avariciosas raíces que escarbaban profundas, muy profundas, nudosas como los dedos de un avaro.

Doblaron un recodo y Rikke vio la orilla. Guijarros grises que descendían a un agua gris, reflejos desdibujados de los altos árboles acribillados por oleadas de lluvia. A los pocos pasos todo se confundió en la niebla y Rikke ya no pudo ver nada tras ella, y en algún lugar un búho solitario ululó al anochecer.

—El lago prohibido —dijo Isern—. Ya no estamos lejos.

—Siempre tiene que haber niebla, ¿verdad? —gruñó Escalofríos.

Isern arrancó a andar y sus botas crujieron en la grava.

—Verás, supongo que nada parece tan mágico como lo que no se ve en absoluto.

—No —susurró Rikke, cerrando los ojos—. Esto no ha pasado aún.

Noche, y la luz de la hoguera danzaba en las caras reunidas. Marchitas caras viejas y frescas caras jóvenes. Caras punzadas con los arremolinados tatuajes de los montañeses. Caras que no estaban todavía allí, quizá, o que habían estado mucho tiempo atrás. Rikke apenas distinguía ya el hoy del ayer y del mañana. La carne escupía y chisporroteaba. El frío y vigorizante aire de las colinas en la nuca de Rikke, pero el calor del fuego en su cara, la hicieron sonreír de sencillo placer, acurrucada en una olorosa piel vieja.

—No me gusta —dijo Scenn, negando con su gorda cabezota.

—Me confundes con alguien a quien le importe un zurullo lo que te gusta y lo que no —replicó Isern.

Sería difícil encontrar a dos hermanos menos parecidos. Isern, dura como una lanza, su rostro afilado como una daga, su pelo negro como un cuervo hecho una larga maraña. Scenn, enorme como una casa, con manos como jamones y cara como un flan, el pelo rojo rapado en su arrugado cuero cabelludo.

—No me hace gracia subir ahí arriba —dijo, frunciendo el ceño hacia el norte, entre las chozas iluminadas por las llamas en dirección al arco de ramas retorcidas—. Está prohibido por algo.

—Necesito que nos lleves, no que expreses tus opiniones. Están igual de infladas de viento que tú.

—No hace falta que te pongas tan dura —dijo Scenn, amasándose la barriga con expresión algo herida. Miró ceñudo a Escalofríos—. Es dura como un latigazo, ¿verdad?

Escalofríos levantó las cejas. O la que tenía, al menos.

—Lo dices como si fuese algo malo.

—Ella tiene que subir ahí y no hay más que hablar —restalló Isern con dureza—. Esta chica es importante, Scenn. Es muy apreciada por la luna. Siempre lo he sabido.

—Me confundes con alguien a quien le importe un zurullo lo que sepas y lo que no —respondió Scenn—. No voy a llevarla solo porque tú lo digas.

—No, vas a llevarla porque tiene que ir.

—¿Porque tiene el ojo largo?

—Porque tiene el ojo largo tan poderoso que la está matando.

Scenn miró a Rikke, entonces. Tenía los ojos pequeños y oscuros, pero Rikke vio la agudeza en ellos. Cuidado con los hombres listos, le había dicho su padre una vez. Pero cuidado sobre todo con los hombres listos que parecen tontos.

—¿Qué dices tú, chica? —Y Scenn escupió un trozo de ternilla al fuego y la señaló con el hueso roído—. Si puedes ver el futuro, cuéntame el mío.

Rikke se inclinó hacia ellos dejando caer la piel de sus hombros y volvió su ardiente ojo izquierdo hacia él antes de abrirlo del todo. Scenn se encogió mientras Rikke levantaba la mano izquierda, señalaba con el índice hacia las estrellas titilantes y pronunciaba su profecía con voz resonante.

—Veo… que… ¡vas a ponerte más gordo!

Carcajadas alrededor del fuego. Una anciana que solo tenía un diente se rio tanto que estuvo a punto de caer, y una joven tuvo que golpearle la espalda hasta que tosió un jirón de carne.

Escalofríos hizo entrechocar su jarra con la de Rikke, que dio un sorbo y volvió a acomodarse en su piel. No había muchas cosas que atrajeran a la gente hasta Slorfa, pero los montañeses hacían buena cerveza y Rikke ya estaba mareada. O quizá fuese la enfermedad del ojo largo. Costaba distinguirlo. Scenn torció el gesto y cruzó las piernas bajo su corpachón.

—Así que tiene sentido del humor. Lo necesitará allá en las Altiplanicies. Hay pocas risas en el lago prohibido. —Volvió a mirar con gesto grave a Isern—. ¿De verdad crees que este cachito de cartílago, esta mocosa con un anillo en la nariz, es apreciada por la luna?

Isern escupió cerveza al fuego y lo hizo sisear.

—¿Qué sabrás tú de eso, Scenn-i-Phail, que llevas el martillo de nuestro padre?

Scenn sacó la barba hacia ella.

—Sabré tanto como tú, Isern-i-Phail, que llevas la lanza de nuestro padre. No creas que porque te quisiera más que a los demás fuiste la que más aprendió de él.

—¡Estarás de broma, follaovejas! Nuestro padre me odiaba.

—Así es. Odiaba tus tripas y tu cara y tu culo, de la cabeza a los pies. —Scenn calló un momento—. Y eras su favorita.

Y los dos se echaron a reír juntos. Quizá no se parecieran mucho, pero tenían la misma risa. Carcajadas salvajes, desquiciadas, que sonaban casi como lobos aullando a la luna obesa y redonda en el cielo, y chocaron sus jarras haciendo saltar la cerveza y apuraron lo que quedaba y siguieron riendo.

Escalofríos los observaba con el rostro en la sombra.

—Me da que va a ser un mes muy largo.

—No —dijo Rikke, aovillándose en aquella piel olorosa y cerrando los ojos—. Esto no ha pasado aún.

—Siempre hacia arriba —resolló Rikke, haciéndose visera contra el sol y mirando montaña arriba con ojos entrecerrados.

—Es lo que tiene ir a las montañas. —A Isern ni siquiera le faltaba el aliento. No había nada que la cansara.

—¿Hacia dónde vamos exactamente? —preguntó Escalofríos, sus botas crujiendo en el sendero de tierra.

—Hacia el lago prohibido.

—Eso ya lo sé. Pregunto dónde está.

—Si dijeran a todo el mundo dónde está, no sería muy prohibido, ¿a que no?

Escalofríos puso los ojos en blanco. O el ojo, al menos.

—¿Tienes alguna respuesta directa, mujer?

—¿De qué sirven las respuestas directas en un mundo torcido?

Escalofríos lanzó una mirada a Rikke, pero le faltaba demasiado el aire para hacer más que levantar los hombros.

—¿Cómo… llegaremos allí… entonces? —preguntó entre jadeos.

—Mi hermano Scenn sabe el camino. Es una boñiga con forma de hombre, pero nos ayudará. Iremos antes a su pueblo, que es una boñiga con forma de pueblo. Lo llaman Slorfa, y está al principio del valle dentro de cuatro valles.

—Suena… muy lejos —murmuró Rikke.

—Un pie delante del otro te llevarán con el tiempo.

—¿Cuántos hermanos tienes? —preguntó Escalofríos.

—Diecisiete mamones, cada uno más parecido al ojete de un perro que el otro.

Rikke enarcó las cejas.

—Nunca… hablas mucho de ellos.

—Todos somos de madres distintas —dijo Isern, como si aquello lo explicara todo—. Mi crianza no fue precisamente feliz. Verás, fue un suplicio. Pasarla una vez ya fue bastante malo, pero tenía que hacerse. Recordarla es algo que procuro evitar.

Isern se detuvo en un montón de rocas, sacó una petaca, se echó agua en la cabeza y algo en la boca y se la ofreció a Rikke.

Por los muertos, qué agotada estaba. Se irguió, tragó agua y se secó el sudor de la frente. El agua le salía por la piel tan deprisa como podía beberla. Tenía el chaleco empapado. Apestaba como un pajar después de las lluvias. El aire era fresco, pero su ojo… su ojo siempre estaba caliente. Ardiéndole en la cabeza. Recordaba bien los tiempos en los que podía correr y correr y nunca parar. Pero ahí estaba, jadeando tras unos pocos pasos, con la cabeza a punto de explotar y la visión borrosa, asediada por fantasmas en los bordes.

Miró hacia atrás, hacia el camino hecho, más allá de las colinas y los valles ondulados, hacia las tierras bajas. Hacia las largas leguas, hacia Uffrith. Hacia el pasado.

—Dejemos unas huellas —gruñó Isern, volviéndose de nuevo hacia el sendero ascendente—. El lago prohibido no vendrá a nosotros, ¿verdad?

Rikke sopló tan fuerte que le aletearon los labios y se limpió una nueva pátina de sudor de la frente.

—¿Quieres que te lleve sobre los hombros? —preguntó Escalofríos. La mayoría ni siquiera se habría dado cuenta de que sonreía. Pero Rikke sabía distinguirlo.

—Nunca, viejo cabrón —rugió ella, y emprendió la marcha—. Es más fácil que tenga que llevarte yo a ti.

—Eso sí que me gustaría verlo —soltó Isern por encima del hombro, y su bota arañada movió piedras que cayeron por la pista desnuda.

—No —murmuró Rikke, cerrando los ojos—. Esto no ha pasado aún.

—¡Te pillé! —gritó Leo con aquella voz aflautada de acento raro, y agarró el pie de Rikke y la sacó del heno.

Rikke había tardado poco en comprender que se habrían hecho adultos cuando la encontrara si se hubiera quedado en su primer escondrijo, arriba entre las vigas donde anidaban las palomas. Le había gustado verlo ahí abajo buscando en el granero, pero cuando el chico se fue a mirar en otra parte, Rikke se había aburrido y había bajado para meterse en el heno y dejar una bota fuera donde él pudiera verla. Los juegos solo eran divertidos si había competición, al fin y al cabo.

—Te ha costado un montón —dijo.

Era guapo, pensó Rikke, aunque no fuese el más listo de todos. Y tenía ademanes extraños y hablaba raro. Pero supuso que le pasaba por haberse criado en la Unión, y siendo guapo se le perdonaban muchas cosas.

Rikke se alegraba de que estuviera allí, de todos modos. Estaba bien tener a alguien de su edad con quien jugar. A ella le gustaba fingir que como más feliz estaba

era sola, pero en realidad eso no era cierto en nadie. Su padre siempre estaba atareado en largas conversaciones con los capullos de barba canosa, donde todos ponían cara seria y meneaban la cabeza a los lados.

A veces Escalofríos le contaba historias de sus viajes por el Círculo del Mundo y de todos los tipos distintos de gente rara a la que había matado allí, pero Rikke pensaba que algo no acababa de encajar en la amistad entre una niñita y uno de los guerreros más temidos del Norte. Él decía que le daba igual, pero ella no quería insistir en ello.

No había muchos niños en Uffrith, y los que había creían que ella estaba maldita y ni se le acercaban por culpa de los ataques. A Leo no parecían preocuparle los ataques. Quizá lo harían cuando la viera teniendo uno. Sobre todo si se cagaba encima, cosa que pasaba más a menudo que no, por desgracia. Pero no había mucho que Rikke pudiera hacer al respecto. Ni de los ataques ni de las cagadas.

Rikke había hecho juramento de no preocuparse de las cosas que no podía cambiar, y se tomaba muy en serio los juramentos. Su padre siempre decía que no hay nada más importante que la palabra de uno, normalmente poniendo cara seria y meneando la cabeza a los lados. Era una pena que estuviera siempre tan serio, porque cuando sonreía iluminaba el mundo.

—¡Ahora me escondo yo! —gritó Leo.

Se fue corriendo, resbaló y cayó, rodó en una nube de polvo de heno, se levantó como pudo y desapareció por la puerta del granero. Por alguna razón, Rikke sintió tristeza al verlo marchar. Mucha tristeza.

—No —se dijo, cerrando los ojos—. Esto pasó hace mucho.

Un suministro infinito

—¿Qué tal mi postura? —preguntó Zas, girando la cabeza sobre el hombro para verse el pie atrasado.

—Ya llegaremos a tu postura —dijo Trébol.

—Dentro de un año, a este paso —musitó Contratiempo, que tenía el filo de su hacha levantado a la luz del sol y se puso de nuevo a afilarla.

—Si es que duras un año. —Sholla, concentrada, intentaba cortar la rebanada más fina de queso imaginable con aquel cuchillo largo y delgado que tenía.

—No hagas caso a ese par de desgraciados —dijo Trébol—. Llegaremos a tu postura. Pero ten siempre presente que, si tienes la espada desenvainada, ya has cometido al menos un error.

—¿Eh? —preguntó Zas, escrutando el rostro de Trébol sobre la tambaleante punta de su hoja.

—A no ser que estés limpiándola, o afilándola, o quizá vendiéndola.

—¿Y si estás en una batalla?

—Entonces ya has cometido al menos dos errores, puede que muchos más. Una batalla no es lugar para un guerrero que se respete a sí mismo. Pero si debes acudir a alguna, por lo menos ten el buen gusto de estar donde no hay pelea.

—¿Y si algún cabrón intenta matarte?

—Lo ideal sería haberte dado cuenta hace tiempo y cargártelo tú antes, a ser posible mientras duerme. Para eso están los cuchillos.

—Para eso y para cortar queso —terció Sholla, llevándose el cuchillo a la boca con feroz concentración.

Del arma medio colgaba una rodaja de queso tan fina que casi se veía a través. Una ráfaga de viento recorrió el patio justo cuando llegaba a los labios, se la llevó como a un vilano y dejó atrás a Sholla dando inútiles manotazos al aire.

—Es lo que tienen los cuchillos —dijo Trébol—. Son baratos y sus aplicaciones son ilimitadas. Las espadas cuestan un ojo de la cara y solo tienen una, que es la que todo el mundo debería evitar.

Zas frunció la cara.

—Estás como tirándote piedras en tu propio tejado, si quieres seguir trabajando de maestro de esgrima.

—Sí, pero la vida es como es y los errores suceden. Y ahí es cuando el conocimiento de la esgrima podría evitarle a tu despreciable pellejo un feo agujero o dos, como se los ha evitado al mío en un par de lamentables ocasiones. Venga, pasemos a esa post…

—¡Trébol!

Sendaverde llegó pavoneándose por el patio, parecía que lo hubiera construido él y estuviera encantado con su logro, pulgares en el cinturón y codos hacia fuera, como si pudiera conocerse la calidad de un hombre por la cantidad de espacio que ocupaba.

—Joder, cómo odio a ese gilipollas —murmuró Sholla mientras intentaba cortar una rebanada aún más fina del borde del queso, pero chasqueó la lengua con disgusto cuando se le deshizo.

—Tienes buen ojo juzgando a la gente —dijo Trébol mientras hacía un alegre gesto de saludo a Sendaverde, que se acercaba mirando burlón a Zas. Desde el prematuro fallecimiento de Magweer, había ocupado su puesto de jefe burlón en la corte de Stour.

—¿Quién es este? —preguntó burlón.

—Este es Zas. Estoy enseñándole cómo se usa la espada. O cómo no se usa.

—Parece un puto idiota —dijo Sendaverde.

—Sí, bueno, es que los suministros de hombres tan listos como tú escasean. Hay que trabajar con lo que se tiene. ¿Stour ya puede recibirme?

—El rey, querrás decir.

Trébol le devolvió una mirada inexpresiva.

—Sí, el rey, querré decir. Stour es el rey y el rey es Stour. Los dos estábamos presentes cuando se puso la cadena al cuello, ¿verdad?

Habían estado los dos, y los dos ensangrentados.

Sendaverde movió los pulgares en el cinto de la espada.

—Un día de estos hablarás demasiado, Trébol.

—Bueno, el barro nos espera a todos. Hay peores formas de morir que la conversación excesiva. Y ahora, ¿vamos a dar la noticia al Gran Lobo? —Señaló con la cabeza el saco, que había atraído por lo menos a la mitad de las moscas de Carleon—. Tráete eso, ¿quieres, Zas?

El chico arrugó la nariz.

—¿Seguro? Ya huele bastante.

—Así son las cosas, chaval, todos terminamos apestando. Y sí, seguro. No lo hago por mí, eso tenlo claro.

—No te metas en líos, ¿eh, jefe? —masculló Sholla, con los ojos fijos en su cuchillo y su queso.

—Lo creas o no, llevo quince años intentándolo.

—¿Se puede saber qué coño haces, por cierto? —preguntó Contratiempo mientras Trébol partía respondiendo la llamada del rey.

—Si lo haces bien —murmuró Sholla—, se te derrite en la boca.

Zas hizo ademán de echarse el saco al hombro, vio las manchas y cambió de parecer. Pero no era lo bastante fuerte para levantarlo con el brazo extendido, así que terminó dándole húmedos golpes en una rodilla mientras caminaba.

—Nunca he conocido a un rey —dijo.

—¿No? —preguntó Trébol—. Yo habría dicho que mantenías contacto diario con la realeza.

—¿Eh?

—Tú ten la boca cerrada y sonríe.

Zas hizo un tenso rictus de la mitad inferior de su cara.

—He dicho que sonrías, no que intentes venderle los dientes.

Muchas cosas seguían iguales en el Gran Salón de Skarling desde los tiempos de Skarling. Los grandes portones chirriantes con sus grandes bisagras de hierro, las vigas elevadas, las altas ventanas, el brillante y frío sol al otro lado y el rugido del río muy abajo. La Silla de Skarling era la misma en la que se habían sentado Bethod, Dow el Negro y Scale Mano de Hierro, dura y sencilla, la pintura desgastada en los brazos pulidos por el tiempo y descascarillándose en el respaldo.

Pero el hombre sentado en ella era nuevo. Stour Ocaso, a quien los hombres llamaban el Gran Lobo, con la pierna izquierda encima de un brazo de la silla y el pie descalzo balanceándose, una estupenda capa de piel de lobo a los hombros y sonriendo como un lobo, en efecto. ¿Y por qué no iba a sonreír? Tenía todo lo que deseaba, ¿verdad? Ya no era rey en ciernes, sino rey del todo, y lo único que había tenido que hacer era apuñalar a su tío en el cuello.

Todo rebosaba amenaza allí dentro. Las caras de los guerreros jóvenes, impávidas, como si la vida fuese una competición a ver quién se divertía menos. Las

llamas de la inmensa fogata hendían furiosas el aire. Hasta las jarras de las mesas parecían guardar rencor a alguna ofensa. Había un espantoso silencio de alientos contenidos, a la espera de que la violencia golpeara como un relámpago en cualquier momento.

—Deberías estar arrodillado —gruñó Sendaverde cuando se detuvieron en el centro de aquel amplio suelo de piedra delante de Stour.

Trébol levantó las cejas.

—Había pensado que al menos llegaría andando antes. Supongo que podría venir de rodillas, sí, pero gastaría considerablemente mis pantalones y la paciencia de todo el mundo. —Movió un dedo en círculo mientras se volvía hacia la puerta—. Estaré encantado de volver y empezar otra vez, si dices que hay una forma mejor de…

—No hace falta que te arrodilles, Trébol —dijo Stour, indicándole que se acercara—. ¿Un viejo amigo como tú? No seas capullo, Sendaverde.

Sendaverde puso una épica mueca burlona que, en opinión de Trébol, lo hizo parecer más capullo que nunca. Algunos hombres no podían evitarlo, fin de la historia. Todos los presentes en la sala, desde luego. Fue entonces cuando Trébol reparó en que había una jaula nueva en la esquina, colgada de una viga, girando poco a poco. No parecía buena señal. Y dentro había alguien, claro, desnudo, molido a palos y ensangrentado pero con los ojos aún abiertos. Eso parecía incluso peor señal.

—Si no me equivoco —dijo Trébol—, tenéis a Gregun Cabezahueca en una jaula.

Stour entornó los ojos.

—Tengo un salón lleno de hijos de puta para decirme lo que ya sé.

—Habría jurado que estaba en nuestro bando.

—Yo tenía mis dudas —respondió Stour, torciendo el labio en dirección a la jaula—. Cuando le subí los impuestos, no quiso pagar. Se cabreó bastante. Hizo que se cabrearan otros.

—¿Y cómo crees que se siente ahora? —preguntó Sendaverde.

Trébol se rascó la cicatriz con cuidado.

—Un poco dolorido, por lo que parece.

—Mi padre siempre estuvo a favor de sobornarlo —dijo Stour—. A él y a hombres como él.

—A Calder siempre le ha gustado llegar a acuerdos.

—A mí no.

—No —dijo Trébol—, ya lo veo.

—Qué avariciosa es la gente, ¿verdad? Nunca hay gratitud. No piensan en lo que ya han obtenido de ti, solo en qué más pueden obtener.

—Hay mucho gilipollas por aquí, ya lo creo —dijo Trébol, permitiendo a sus ojos pasear por los más íntimos de Stour.

—Y Cabezahueca, sus hijos y todos esos mierdas de los Valles Occidentales están más cerca de Uffrith que de Carleon. No confiaba nada en ellos.

—¿Y ahora confiáis más en ellos?

—Por lo menos ahora todos sabemos dónde estamos.

—El Clavo es hijo suyo, ¿no? Un hombre peligroso.

Los guerreros repartidos por las paredes compitieron para parecer más peligrosos.

—¿Tienes miedo? —preguntó Sendaverde.

—A todas horas —dijo Trébol—, pero será cosa de la edad. ¿Qué vais a hacer con Cabezahueca?

Stour miró iracundo la jaula y dio un sonoro bufido.

—Me lo estoy pensando. Soltarlo para que pueda pagar los impuestos o cortarle la cruz de sangre para que sirva de ejemplo.

—Dará una buena lección a la gente en cualquier caso —dijo Sendaverde.

Trébol tuvo sus dudas mientras miraba el giro suave de la jaula. Cabezahueca era un hombre popular. Tenía muchos amigos y parientes por todos esos valles fronterizos con Uffrith. Muchos buenos luchadores que no estarían muy contentos de que aquel hombre estuviera en una jaula. Calder el Negro había pasado años cosiendo el desgarrado Norte con amenazas y susurros y deudas y favores. No podía hacerse solo con miedo. Pero desde luego, no era trabajo de Trébol decirlo.

Apartó la mirada de Cabezahueca y sonrió.

—Bueno, os deseo que disfrutéis del resultado, decidáis lo que decidáis.

—Ya. —Los ojos húmedos y ladinos de Stour resbalaron de nuevo hacia Trébol—. ¿Y qué hay de ti? ¿Disfrutaste de los shankas?

—Yo no lo llamaría disfrutar, mi rey, pero cuando tu jefe te da un trabajo, como decía el viejo Tresárboles, te pones a ello, así que nos inclinamos ante lo inevitable. Ya me conocéis, no me molesta inclinarme. Y mucho menos ante lo inevitable.

—No tienes orgullo, ¿eh, Trébol?

—Antes lo tenía, mi rey. Lo tenía de sobras. Igual que un campo en primavera puede atraer demasiadas abejas. Pero descubrí que en los malos tiempos no puede comprarse mucha cosa con eso. Con orgullo, me refiero, no con abejas. Así que renuncié al mío. No lo echo nada de menos.

Stour miró a Zas con ojos entornados.

—¿Quién es ese?

—Este es Zas. —Trébol atenazó con la mano el hombro escuálido del chico—. Es mi mejor hombre.

—Sí que parece bueno, sí —dijo Stour, y sus gilipollas rieron. Había más gilipollas que antes. El Norte tenía un suministro infinito.

—Un hombre debe tener amigos, supongo —dijo Trébol.

—Ya lo creo. ¿Qué pasa, necesitas a alguien para apuñalar?

Más risas. Trébol tuvo que esforzarse para sonreír, pero lo consiguió. Movió la cabeza de lado hacia Zas.

—¿Queréis que lo apuñale, mi rey?

—Qué va. Ya demostraste lo que eres, Trébol. No querría que te quedaras sin tu mejor hombre. ¿Qué tiene ahí?

—Un regalito para vos.

Trébol cogió el saco de manos de Zas, le dio la vuelta y las cabezas de shankas rebotaron y rodaron por el suelo. Ojalá hubieran sido las primeras que esparcían en el Salón de Skarling, pero Trébol tuvo la penosa sensación de que las cabezas cercenadas habían constituido una decoración bastante frecuente a lo largo de los años.

Sendaverde dio un paso atrás y se tapó la cara con los brazos.

—¡Joder, qué peste!

—No seas capullo, Sendaverde. —Stour saltó ansioso de su silla y llegó al trote para mirarlas, todavía con una pizca de cojera al moverse por el espadazo del Joven León—. Así que diste una lección a los shankas, ¿eh?

—No estoy seguro de que los cabezas planas puedan aprender lecciones —respondió Trébol.

—Estos no, por lo menos. —Stour movió las cabezas a medio podrir con un pie descalzo para poder verles las feroces caras—. Qué feos son los muy cabrones, ¿eh?

—Me veo en terreno pantanoso a la hora de criticar el aspecto de los demás —dijo Trébol.

—Y nadie tiene su mejor aspecto estando muerto —añadió Zas, y entonces carraspeó y bajó la mirada al suelo—. Mi rey.

—Ah, no sé yo —respondió Stour, lanzándole su mirada húmeda—. Se me ocurre bastante gente a la que preferiría como cadáveres. Voy a bajar a Uffrith, Trébol. Quiero que vengas conmigo.

—¿A luchar?

—No, no, no. —Lo cual fue un alivio, porque Trébol no habría podido decir que disfrutara mucho de su última guerra contra la Unión—. Di mi palabra en el círculo, ¿verdad? ¡Hice un juramento solemne al Joven León! ¿Crees que no iba a cumplir mi palabra?

—La verdad, mi rey, no tengo ni zorra idea de lo que haréis de un momento al siguiente.

Stour sonrió.

—Bueno, ¿verdad que la vida sería un aburrimiento si lo vieses venir todo? ¿Conoces a un tipo llamado Oxel?

—Es un jefe guerrero del Sabueso. No confiaría en él ni para que me sostuviera el cubo mientras meo.

—Pero a veces un hijoputa sospechoso es lo que hace falta, ¿eh? El Sabueso ya está de retirada. Viejo. Y enfermo, dicen. Cuando haya muerto, Uffrith tendrá que pasar a alguien. Oxel quiere que sea a mí.

—¿Y qué pasa con ese juramento solemne del círculo?

Stour se encogió de hombros.

—Juré no conquistarla. No dije nada de que me cayera en el regazo. Si Uffrith quiere formar parte del Norte, ¿quién soy yo para negárselo?

—¿Y si algunos no quieren unirse? —preguntó Trébol.

Stour señaló la jaula con el mentón.

—Puedo hacerme con más de esas. Venga, andando.

—Y llévate tus malolientes cabezas —siseó Sendaverde.

—¡Que no seas *capullo* ! —rugió Stour, esparciendo saliva, y por todo el salón los hombres espabilaron y dieron un paso adelante con las manos en las armas, como unos perros podrían enseñar los dientes en respuesta a la ira de su amo.

Sendaverde retrocedió, pálido y temblando, sin duda pensando que la Gran Niveladora le había puesto una mano en el hombro.

Entonces Stour sonrió más que nunca. Se puso en cuclillas arrastrando aquella preciosa capa de piel de lobo por la porquería que habían dejado las cabezas. Recogió la más grande con las dos manos y la puso del derecho, aún con su gran yelmo de púas y su enorme, larga e hinchada lengua colgando de las exageradas mandíbulas.

—Quiero mirarlas.

El demonio que rompe toda cadena

—Por todos los muertos —dijo Rikke con un hilo de voz mientras levantaba la cabeza.

La boca le sabía a tumba, su estómago vacío se revolvía y burbujeaba. Era como si tuviera una maza colgando detrás de los ojos, dándole dolorosos porrazos en el interior del cráneo a cada movimiento. Pero al menos el tiempo discurría en una sola dirección.

Había dormido anidada en pieles pero con roca dura debajo. Se levantó, tiró de una vieja y polvorienta piel de ciervo para envolverse los hombros y trastabilló saliendo de la penumbra, cerrando los ojos casi del todo contra la penetrante luz.

No llovía, pero había una gélida humedad en el aire que lo oscurecía todo. No había viento. No había sonidos. Estaba todo quieto como la tierra de los muertos. Árboles altos, madera negra y agujas negras. Negros peñascos asomando en las pendientes. Imponentes montañas negras en la lejanía, con blanco en la barba y en la coronilla como viejos guerreros cascarrabias. Guijarros negros que descendían de la boca de la cueva hasta el agua oscura, en cuyo espejo se reflejaban todos los árboles y las rocas y las montañas, quietos y perfectos y más oscuros que nunca. Allí, de pie en el lago, había una mujer con la falda andrajosa recogida en el cinturón hasta las pantorrillas delgadas, pálidas, venosas. Estaba tan quieta que no perturbaba la superficie.

Rikke infló los carrillos. Cuando se agachó para arremangarse las perneras del pantalón, le palpitó tanto la cabeza que casi se cayó al suelo. Se subió la piel pelada en los hombros y bajó tambaleante hacia el agua, haciendo crujir la afilada grava entre sus descalzos dedos de los pies. Hacía tanto frío que el lago debería estar congelado. Pero cuando hay que hacer algo, mejor es no demorarlo que vivir temiéndolo, como le decía su padre a veces, de modo que Rikke entró chapoteando, encogida y tiritando, y las ondas atraparon a los pacíficos árboles y a las inmóviles montañas y los hicieron danzarines añicos.

—Está congelada como el culo del invierno —dijo entre soplidos mientras llegaba con paso inestable al lado de la mujer. Desde el lado parecía más o menos normal. Anciana y arrugada, sus fríos ojos azules no se apartaban del horizonte.

—El frío tiene una maravillosa manera de despejar la mente. —No fue el cacareo de bruja que Rikke había esperado. Una voz joven, suave y musical—. Te centra en lo importante. Lleva tu atención al interior.

—Entonces… ¿haces esto para acumular tu magia… o algo?

—Lo hago porque los necios rara vez siguen a una mujer al agua fría con sus problemas.

Se volvió y Rikke tuvo que quedarse mirándola, porque el rostro era idéntico al de su visión.

Una enorme cicatriz entre rosada y gris descendía por el centro de su frente hundida, desde el pelo hasta la boca. Tenía un ojo y una ceja más altos que los otros, como si le hubieran partido el cráneo por completo y luego lo hubiera juntado un cirujano borracho. Había un demencial zigzag de costuras que recorrían la arrugada piel. Puntos de hilo dorado que relucía al sol matutino.

—Soy Caurib —dijo con aquella voz tan tan suave—. O lo fui. Una hechicera de los confines del Norte. O lo fui. Ahora soy la bruja del lago prohibido. —Se volvió de nuevo hacia el horizonte—. Creo que me encaja mejor.

Rikke había crecido en el Norte, donde un hombre sin cicatrices no era hombre, pero jamás había visto una cicatriz como aquella. Bajó la mirada al agua, que ya se asentaba en torno a sus marcadas tibias para devolverle un reflejo oscuro de sí misma.

—¿Qué te ocurrió?

—Un hacha me ocurrió, como suelen hacer.

—¿No la viste venir?

Caurib levantó una ceja muy despacho. Pareció que le costaba cierto esfuerzo y la piel se estiró alrededor de los puntos.

—No hará falta decirte que el ojo largo viene cuando viene. Si confías en que te mantendrá a salvo de todas las hachas de la vida, vas a llevarte una decepción. Pero tal es el destino de la esperanza: acabar en decepción, igual que el destino de la luz es acabar en oscuridad y el de la vida en muerte. Siguen mereciendo la pena mientras duran.

Rikke movió los entumecidos dedos de los pies y vio extenderse las ondulaciones.

—Un mensaje un poco lúgubre.

—Si buscabas optimismo de una ermitaña cuya cabeza está cosida con hilo dorado, eres incluso más tonta de lo que pareces. Lo cual sería toda una hazaña.

Rikke aventuró una mirada de soslayo, pero Caurib había vuelto a desviar sus ojos hacia delante.

—Creía que lo de las visiones, el hilo dorado, podría ser… ya sabes…

—No lo sé. Prueba a decirlo con todas las palabras.

—¿Una metáfora?

—¿De qué?

—Yo solo tengo las visiones, no las comprendo.

La bruja hizo un siseo contrariado.

—La tarea de una vidente no es comprender sus visiones, niña, igual que la tarea de una alfarera no es comprender su arcilla.

—Supongo… —Rikke torció el gesto cuando intentó mover el pie en el resbaladizo lecho del lago y dio con el dedo gordo contra una piedra puntiaguda—. Que en realidad no hablamos de alfarería, ¿verdad? ¿O sí que hablamos de alfarería?

La bruja hizo un siseo decepcionado.

—La tarea de una alfarera es imponer su voluntad a la arcilla. Dar a la arcilla la forma de algo útil. O algo hermoso.

—Entonces… ¿tengo que imponer mi voluntad a mis visiones? ¿Darles la forma de algo hermoso?

—¡Ah! Un rayo de sol penetra en la larga noche de tu ignorancia. —La bruja dio un siseo despectivo. Podía transmitir mucho con sus siseos—. Y solo he tenido que perder media mañana explicándotelo.

—Pero…

—No soy tu mentora, niña, ni tu maestra, ni tu sabia abuelita. Quieres que te cuente las normas, pero no hay normas. Eres como esos viejos idiotas de los magos, que quieren encadenar el mundo con leyes. Eres como esos viejos idiotas de los devoradores, que quieren enjaular el mundo con oraciones. Eres como esos nuevos idiotas que quieren atar el mundo con hierro y hacer que los obedezca. ¡El ojo largo es *magia* , niña! —Alzó los brazos marchitos y chilló a las montañas—. ¡Es el demonio que no puede enjaularse! ¡Es el demonio que rompe toda cadena! —Dejó caer los brazos—. Si hubiera normas, no sería magia.

—Supongo que tendré que encontrar mis propias respuestas, entonces —dijo Rikke con tristeza.

Caurib se miró los pies, ocultos en el lago.

—El miedo es como el agua fría. Un poco está bien, te arregla en lo importante. Pero demasiado te congela. Debes crear una caja dentro de tu mente, y meter dentro tu miedo, y cerrarla.

—Eso suena mucho a lo que diría una mentora.

—Y yo sin duda sería una maravillosa. Pero no soy la tuya.

Rikke oyó el crujido de pasos a su espalda y se volvió sonriente pensando que vería a Escalofríos o a Isern caminando hacia la orilla. Pero vio a un shanka que se aproximaba a trompicones, como si tuviera una pierna más larga que la otra, y sus garras hacían llover grava a los lados con cada paso que daba. Tenía peces ensartados en una lanza, uno aún moviéndose y dando coletazos, de plateadas escamas que centelleaban al sol de la mañana.

—¡Ah! —Caurib sonrió y la gigantesca cicatriz se estiró contra el hilo en su labio superior de un modo que Rikke encontró muy inquietante—. El desayuno.

—¿Cómo hiciste que los shankas te sirvan? —preguntó Rikke mientras el ser clavaba la punta de su lanza cargada de peces cerca del borde del agua.

El padre de Rikke siempre hablaba de los cabezas planas como si fuesen animales. Una plaga con la que no se podía razonar. Y allí había uno que husmeaba en busca de palos para encender un fuego, como cualquier pescador en la playa. Bueno… como cualquier pescador con puntas clavadas en la cabeza.

—Del mismo modo que haces que te sirva cualquiera —respondió Caurib—. Ofreciéndoles lo que quieren.

Rikke observó a aquel cabeza plana gruñir y sorber para sus adentros, con la lengua apoyada en los grandes dientes mientras se afanaba en amontonar ramitas en una zona de grava ennegrecida por años de hogueras.

—¿Son como las personas, entonces?

—No, no. —Y Rikke sintió la mano de Caurib en el hombro, ligera pero firme, y su suave voz en el oído—. En ellos se puede confiar. Es a ellos a quienes debo agradecer mi vida.

—¿Cómo, a los shankas?

—Sí. En caso de que hubiera que agradecer algo que apenas parece una vida.

Rikke vio al cabeza plana manipular yesca y pedernal con torpeza, estar a punto de que se le escaparan y hacer malabares con ellos por toda la orilla.

—No se diría que tienen los dedos adecuados para una costura bonita.

—¿A ti esto te parece bonito?

Rikke carraspeó y consideró que lo mejor era no decir nada.

—A los shankas no les gusta bañarse y no tienen el menor sentido del humor, pero entienden la mezcla entre carne y metal. Eso lo aprendieron del Maestro Creador.

Y el shanka se agachó, funció los labios torcidos y dio vida a una llamita con su aliento.

—¿Qué ha sido de los otros? —preguntó Rikke.

—¿El hombre del ojo de acero y la mujer del talante de hierro? Estuvieron un tiempo sentados a tu lado, cada cual fingiéndose menos preocupado que el otro, pero al cabo de unos días se cansaron de tanto pescado. Ninguno confiaba en que el otro cazara, así que se fueron juntos.

—Un momento —dijo Rikke—. ¿Días?

—Has dormido cuatro días. Son buenos compañeros. Una mujer que pretende que se la tome en serio como vidente debe tener a gente pintoresca alrededor.

—No los elegí por ser pintorescos.

—No, te eligieron ellos a ti, lo que dice mucho de tu calidad y de la suya.

—¿Buena o mala calidad?

Caurib no respondió. Se limitó a posar en Rikke sus brillantes ojos azules sin decir nada. A Rikke no le hacía mucha gracia que la miraran así, y menos una bruja, y menos una con hilo en la cara.

—Supongo que comeré, si no te importa compartir el desayuno.

El shanka ya había puesto los peces al fuego y llegaba un olor que hacía la boca agua. Era la primera vez que Rikke tenía hambre en semanas, y se rascó la dolorida tripa. No había mucho que rascar últimamente. La ropa le colgaba como los harapos de un espantapájaros.

—Cuando mis pintorescos amigos vuelvan, será mejor que partamos hacia casa. Hay mucho camino hasta Uffrith.

—¿Tan pronto os vais?

Rikke tuvo una sensación de desasosiego por la forma en que lo dijo Caurib. Como si tuviera preparada una sorpresa desagradable. Las sorpresas agradables parecían escasear cada vez más a medida que una se hacía mayor.

—Sí, bueno… ya me encuentro mejor. —Rikke, con algo de nerviosismo, se puso la palma de la mano en el ojo izquierdo. Frío y húmedo, igual que el otro. Igual que los de cualquiera—. Lo que sea que hiciste funcionó.

—He pintado runas alrededor de tu ojo largo. Runas para enjaularlo.

—¿Enjaularlo, eh? Estupendo. —Desde que había despertado no había tenido visiones de cosas pasadas ni fantasmas de cosas venideras. El mundo nunca le había parecido tan ordinario desde el duelo, cuando había obligado al ojo largo a abrirse. Aparte de estar en un lago mágico con una mujer enviada de vuelta desde la tierra de los muertos mientras un cabeza plana hacía el desayuno, claro. Rikke respiró hondo, hinchó el pecho y lo soltó de un soplido—. Estoy bien.

—Por ahora.

Rikke notó que se le hundían los hombros.

—¿Va a empeorar?

—Las runas acabarán disipándose y entonces empeorará, y luego empeorará más. Debemos pintar las runas de forma que no se desvanezcan. Debemos tatuártelas en la piel con una aguja de hueso de cuervo y encadenar el ojo largo durante lo que te quede de vida.

Rikke la miró.

—¿No era el demonio que rompía toda cadena?

—Y aun así, debemos encadenarlo. Con once guardas y once guardas invertidas, y once veces once. Un candado lo bastante fuerte para mantener cerradas las mismísimas puertas del infierno.

—Eso… no suena como algo que una quiera llevar en la cara.

—Deberías comer. Y luego deberías descansar. Deberías beber mucha agua.

—¿Para qué es el agua?

—Siempre se debe beber mucha agua. El tatuaje nos llevará varios días. Será agotador para ti e incluso más para mí.

Rikke se pasó las yemas de los dedos por la mejilla mientras observaba el humo de la hoguera flotar cruzando el lago. Pensó en los montañeses, y en las montañesas, y en aquellos mamones del otro lado del Crinna que veía a veces con las caras pintadas de azul. Dio uno de esos suspiros miserables que le hacían aletear los labios.

—Cuando te tatúas la cara, ya no hay vuelta atrás, ¿verdad?

—Para ti nunca ha habido vuelta atrás. —Caurib levantó los hombros—. Aunque siempre puedes dejarlo estar y que las visiones se vuelvan más y más enloquecidas hasta que te absorban a la oscuridad y tu mente estalle en un millón de fragmentos aulladores. Eso me ahorraría trabajo.

—Gracias por esa opción. —Rikke se sentía un poco llorosa y tuvo que sorberse las lágrimas con saña. Pero mejor no demorarlo que vivir temiéndolo y todo eso—. Supongo que me decido por los tatuajes. Si es que lo arreglan.

La bruja dio un siseo impaciente.

—Nada se arregla jamás. Desde el momento en que nace, desde el momento en que se construye, todo está siempre muriendo, decayendo, derivando hacia el caos.

—Me vendría bien un pelín menos de filosofía y un par de verdaderas respuestas en la conversación, si te da lo mismo.

—Mira a tu alrededor, niña. Si tuviera todas las respuestas, ¿crees que estaría en un lago helado con la cabeza cosida?

Y la bruja se levantó la falda y volvió chapoteando hacia la orilla, dejando a Rikke asustada y temblorosa, congelada hasta los gemelos.

—¡Ah! —Caurib se había dado la vuelta para gritarle—. ¡Y si tienes que cagar, que sea bien lejos de la cueva!

La justicia del rey —Yo mismo hablé largo y tendido con el rey. —Isher estaba apoltronado en el banco de primera fila como si fuera su sala de estar—. Orso es el hijo de su padre de todas todas.

—No demasiado listo. —La Rotonda de los Lores estaba llena de gente, pero a Barezin no parecía importarle que los oyeran—. Y muy fácil de manipular.

Leo encontró un poco desleal que airearan su desdén no por uno, sino por dos reyes, y sobre todo en la sede del gobierno, asistiendo a un juicio del que dependía la vida de un hombre. Su madre se habría disgustado mucho si lo hubiera oído. Pero tarde o temprano, la vida de un hombre tenía que dejar de centrarse en complacer a su madre.

—El año pasado, en las afueras de Valbeck, el príncipe heredero Orso presidió el ahorcamiento sumario de doscientos supuestos revolucionarios —dijo Isher—. Sin juicio ni procedimiento alguno.

—Las horcas con sus cadáveres se usaron para decorar el camino a Adua. —Barezin sacó la lengua e imitó un ahorcamiento con las manos—. Como advertencia para otros plebeyos.

—Ahora quieren hacerle lo mismo a un miembro del Consejo Abierto.

—Como advertencia para otros nobles.

Heugen acercó más la cabeza a ellos.

—Puede que haya heredado la piedad de su madre junto con los sesos de su padre.

El emocionado susurro con el que respondió Barezin rebosaba de diversión.

—¡Su debilidad por las mujeres ya lo creo que la heredó!

—Por los muertos —susurró Leo. No creía que las preferencias de la reina viuda ni la brutalidad del rey fuesen motivo de chanza.

Isher negó con su cabeza blanca bien acicalada.

—A este paso, ni los mejores de nosotros estarán a salvo.

—Son los mejores quienes más peligro corren —dijo Heugen.

Barezin dio un gruñido de asentimiento.

—Wetterlant no tiene ni una puta oportunidad. Me apuesto lo que queráis a que no presentan ninguna prueba.

—Pero… ¿por qué? —preguntó Leo, buscando una postura en el duro banco para que la pierna dejara de molestarlo.

—Wetterlant no tiene herederos —dijo Isher—, así que sus tierras quedarán vacantes y se las agenciará la corona. Ya lo veréis.

Leo contempló incrédulo las ventanas de cristal tintado de la cámara. Los momentos más orgullosos de la historia de la Unión. Harod el Grande uniendo los tres reinos de Midderland. Arnault el Justo derrocando la tiranía. Casamir el Firme llevando la ley a los sin ley de Angland. El Consejo Abierto elevando al rey Jezal al trono, uniéndose tras su liderazgo para derrotar a los gurkos. La noble herencia de la que a su padre le gustaba tanto hablar en vida. ¿Era posible que la corrupción se hubiera enquistado tanto?

—No se atreverían —susurró—. ¿Delante de todo el Consejo Abierto?

—Sería muy osado apostar a lo que no se atrevería a hacer el Viejo Palos —dijo Isher mientras el heraldo hacía sonar su bastón contra las baldosas llamando al orden.

—Mis lores y damas, se os ordena arrodillaros a la llegada de Su Alteza Imperial…

La voz del heraldo resonó a través de las puertas doradas y llegó a la sofocante antesala, donde Orso metió un dedo por el almidonado cuello de su uniforme para que entrara un poco de aire. La ropa de gala que llevaba era opresiva, en más de un sentido.

—… Rey de Angland, Starikland y Midderland, Protector de Westport y Uffrith…

Orso hizo rodar el considerable peso de la corona a un lado y al otro. Teniendo en cuenta la cantidad de horas que habían dedicado los joyeros reales a medirle el cráneo, habría cabido esperar que el puto trasto le encajara. Quizá fuese solo que su cabeza no tenía la forma adecuada para una corona. Desde luego, había muchos que lo pensaban.

—… ¡Su Augusta Majestad, Orso Primero, Gran Rey de la Unión!

Las inmensas puertas se abrieron poco a poco y la rendija de luz que entraba por el centro se fue ensanchando. Orso puso los hombros en lo que esperaba que fuera una postura regia, compuso una sonrisa, cayó en la cuenta que sería lo menos adecuado para la ocasión, la reemplazó por una expresión solemne y cruzó la puerta.

No era ni de lejos su primera visita a la Rotonda de los Lores, claro. Recordó aburrirse un poco cuando su padre se la había enseñado siendo solo un solar, quedarse impresionado cuando su padre se la había enseñado casi terminada y luego aburrirse sobremanera cuando su padre había presidido la primera reunión del Consejo Abierto allí.

Pero Orso nunca la había visto desde ese ángulo, el que tendría un actor en un teatro. Un suplente mal preparado, en su caso, convocado sin previo aviso para afrontar un público de críticos hostiles. Los bancos curvos estaban atestados de lores y apoderados, todo pesadas pieles y pesados ceños y pesadas cadenas de sus cargos. La Rotonda de los Lores original, la que destruyó Bayaz, había tenido una sola bancada para el público. Sin duda los arquitectos del reemplazo habían considerado que el orador podía no quedarse lo bastante intimidado, así que habían añadido una segunda encima. Las dos estaban llenas hasta los topes de espectadores con esplendorosos ropajes, que babeaban ante la deliciosa perspectiva de presenciar la perdición de un desconocido.

Podría haber unas mil personas presentes. Podría haber más. Todas arrodillándose o haciendo reverencias al verlo llegar, por supuesto. Pero la aristocracia de la Unión podía arrodillarse e irradiar desprecio al mismo tiempo. Habían tenido siglos de práctica.

—Joder —murmuró entre dientes.

Orso habría jurado que, por alguna hechicería de la acústica, las palabras se extendieron por toda la inmensa cámara y llegaron reflejadas a su oído mientras cruzaba la solitaria extensión de losas hasta la mesa presidencial, arrastrando tras de sí el enorme peso de su capa dorada.

Joder, joder, joder…

Se encogió al notar que unas manos le rodeaban el cuello, pero era solo Gorst abriendo la hebilla dorada para llevarse las vestiduras reales, mientras uno de su legión de lacayos hacía lo mismo con la corona. Orso no estaba seguro de saber cómo se llamaba. No estaba seguro ni de que tuviera nombre.

Joder, joder, joder…

Orso carraspeó mientras se sentaba en la gran silla bañada en oro, tuvo un instante de pánico al preguntarse si no debería sentarse en algún otro sitio y entonces se recordó a sí mismo que, por improbable que pareciera, era el rey. Siempre le correspondía la silla más grande de todas.

—¡Todos en pie! —vociferó el heraldo, dándole un susto.

Hubo una oleada de roces de tela por los bancos en medialuna mientras los lores ocupaban sus puestos, murmullos y susurros y quejas mientras comentaban el asunto a tratar. Unos funcionarios dejaron caer monstruosos libros de registros en ambos extremos de la mesa y los abrieron con esfuerzo y sonoros golpes. El juez supremo Bruckel tomó asiento a un lado de Orso. La silla del archilector Glokta rodó a su sitio al otro lado y su ocupante barrió la gran congregación de lores y sus apoderados con una mirada intensa y suspicaz.

—¿Qué hace Isher ahí? —murmuró Orso.

Como miembro de la aristocracia más antigua e importante de Midderland, debería estar sentado en el centro de la primera fila, pero se había situado más a la derecha, junto a los representantes de Angland, y estaba bisbiseando al oído de un Leo dan Brock que no parecía muy satisfecho.

Bruckel enarcó sus cejas dispersas.

—¿Isher y Brock? ¿Amigos íntimos?

—O conspiradores aliados. —Glokta asintió en dirección al heraldo, que alzó su bastón y golpeó con él las losas, llenando el salón de estruendosos ecos.

—Esta sesión del Consejo Abierto de la Unión queda… —El heraldo dejó pender la frase mientras el ruido se apagaba poco a poco y daba paso a un impotente silencio—. ¡Inaugurada!

—¡Buenos días, mis lores y damas! —Orso puso una sonrisa que parecía más la del acusado intentando congraciarse con el juez que la del propio juez—. Es un honor para mí presidir esta sesión. Hoy solo tenemos un asunto en el orden del…

—Majestad, ¿me permitís?

—¡El Consejo Abierto concede la palabra a Fedor dan Isher! —vociferó el heraldo.

Una interrupción inmediata era lo último que quería Orso, pero tenía que empezar como pretendía seguir, generoso y afable. Quizá aquello formara parte del plan de Isher para unir al monarca y la nobleza, a fin de cuentas.

—Cómo no, lord Isher, proceded.

Isher brincó del banco al suelo enlosado como quien se levanta de su butaca favorita para atizar el fuego, y los ecos de sus botas bien lustradas resonaron en la enorme cúpula que se alzaba sobre ellos.

—Antes de pasar al… desgraciado tema que nos ocupa hoy, confío en que mis estimados compañeros del Consejo Abierto puedan acompañarme un momento para un asunto más feliz.

Glokta se inclinó hacia Orso para murmurar: —Ahí tenéis a un cretino al que le encanta el sonido de su propia voz.

—Deseo felicitar a uno de los más célebres de entre nosotros, su excelencia Leonault dan Brock, lord gobernador y, si se me permite decirlo, indudable salvador de Angland… ¡por su próximo matrimonio!

Un murmullo entusiasmado recorrió la Rotonda de los Lores. Habría pocos solteros más cotizados en todo el Círculo del Mundo, al fin y al cabo. Quizá el rey Jappo mon Rogont Murcatto de Estiria, aunque se rumoreaba que prefería las espadas a las vainas, por así decirlo. Tal vez el propio Orso, aunque él mismo reconocía que su reputación romántica era algo menos que impecable. Pero el galante lord gobernador de Angland encabezaría también la lista de candidatos para cualquier joven heredera ambiciosa. Un grupo con el que Orso, gracias a la incesante búsqueda de esposa por parte de su madre, estaba más que familiarizado. Se preguntó cuál de ellas habría planificado el golpe.

—Con nada menos que… —Isher hizo un gesto hacia la galería inferior, donde los lores se retorcían en sus bancos para mirar hacia arriba. Y allí estaba ella, sentada ante la barandilla. No había forma de confundir esa pose, esa elegancia, ese orgullo indiferente. Orso juraría que lo estaba mirando a él. Pero tal vez fuese solo que anhelaba que así fuera—. ¡Con lady Savine dan Glokta!

No fue como una puñalada en el corazón. Fue mucho más gradual. Una extraña conmoción, al principio. Seguramente se trataba de un error. Luego, cuando empezaron los aplausos, un creciente entendimiento, frío como un sepulcro. Era como si le cargaran una enorme piedra tras otra en el pecho.

La negativa de Savine no había dejado lugar a dudas, pero Orso no había sido consciente hasta ese momento de las muchas esperanzas que conservaba. Como un náufrago tiene esperanzas de que lo rescaten. Y en ese momento, incluso para un hombre tan poco realista como él, la esperanza se apagó de golpe.

La cámara entera se llenó de un aplauso atronador. El juez supremo le había pasado la cabeza por delante para felicitar al archilector. Orso cayó en la cuenta de que también estaba aplaudiendo. Un débil movimiento de muñecas que apenas hacía el menor ruido. Aplaudía en su propio funeral. En la primera fila, los lores se habían amontonado alrededor de un incómodo Leo dan Brock para darle palmadas en la espalda.

Orso no tenía motivos y lo sabía. Habían tenido una relación, en otro tiempo, y bastante casual. Ella le había dado mucho dinero y él había acudido dando un rodeo para rescatarla. De algún modo, Orso se había convencido a sí mismo de que se amaban, y ella lo había desengañado brutalmente de esa idea. Lo cierto era que no debería sorprenderse tanto de que Savine hubiera escogido a otra persona.

Pero entonces, ¿por qué se sentía tan traicionado?

Era una victoria innegable.

Con una sola jugada diestra, Savine se había catapultado de vuelta a la misma cima de la siempre resbaladiza pila de desechos que era la sociedad de la Unión. Todos los que se habían burlado de ella con engreído desdén, con mojigata condescendencia, incluso con irritante lástima, todos los que la habían descartado como cosa del pasado, todos ellos la miraban boquiabiertos con estupefacta envidia. Quizá jamás se arrodillaran ante ella para susurrarle «Augusta Majestad», pero no les quedaría más remedio que inclinarse y decir «excelencia».

En los salones de Adua, las damas se maravillarían de que Savine dan Glokta, bien superados sus años más casaderos, hubiera atrapado al Joven León, y susurrarían la clase de rumores insidiosos que solo se susurran sobre las personas demasiado importantes para ignorarlas.

Era una victoria y, después de los infortunios y los reveses de los últimos tiempos, por no mencionar los mortíferos horrores, la necesitaba con desespero. Debería estar gozando de tanta atención. Deleitándose con la envidia de sus muchos enemigos.

Permitiendo al mundo entrever solo un atisbo de su sonrisita de suficiencia por encima del abanico.

Pero no le había gustado nada la forma de anunciarlo. Había dado por sentado que su compromiso no provocaría en Orso más que una suprema indiferencia, pero la intensidad de la mirada que le había lanzado decía otra cosa. Savine deseó poder habérselas ingeniado para decírselo antes a él. Y no podía confiar menos en el autoproclamado anunciador. Lord Isher estaba demasiado pagado de sí mismo, demasiado amistoso con su futuro marido y demasiado dispuesto a compartir la gloria de su boda con ellos. Viéndolo alzar una sonrisa hacia ella y hacerle una vistosa reverencia, Savine no lo consideró un hombre que regalara nada.

Eso y que, unas sillas más abajo en la galería, lady Wetterlant estaba fulminándola con una mirada de evidente odio. Saltaba a la vista que no era un día feliz para todo el mundo.

Pero de todos modos, era una victoria. Savine no pensaba dejarla pasar sin al menos fingir que disfrutaba de ella.

Así que hizo caso omiso a lady Wetterlant, sonrió afectada a la celosa multitud con femenina inocencia, lanzó un beso a su abochornado prometido y se preguntó qué leches tramaba aquella culebra de Isher.

—¿Estáis seguro, majestad? —mascculló Glokta—. Podríamos posponerlo.

—Demorar —aportó Bruckel desde el otro lado—. Siempre es popular.

Mientras remitían los buenos deseos para el matrimonio del año, Orso hizo lo que pudo para apartar su mente de Savine y devolverla al apremiante asunto que lo ocupaba, esos trescientos o así de los nobles más poderosos y privilegiados del país que estaban acostumbrados a ver al rey y su Consejo Cerrado como adversarios.

Si Isher le había llenado la Rotonda de los Lores de amigos, estaban ocultando esa avenencia con una notable habilidad. Pero si posponía la sesión, quedaría como un cobarde y un indeciso. Confirmaría todo lo peor que se decía de él. Todo lo peor que Orso opinaba de sí mismo.

—Está todo concertado —gruñó. Wetterlant confesaría y suplicaría clemencia, y Orso dictaminaría una cadena perpetua y se establecería como un rey compasivo además de firme. Las viejas enemistades quedarían atrás y la Unión podría dar un colectivo paso adelante hacia una mejor política, tal y como Isher había prometido—. Hagámoslo de una vez.

—¡Traed al acusado! —ladró Glokta.

Se abrió una puerta lateral con un golpetazo resonante. Hubo un susurro de tela cuando los lores y apoderados se giraron para mirar y los asistentes en ambas gradas del público se asomaron peligrosamente por la barandilla en su anhelo de echar un vistazo al prisionero. El salón quedó en silencio. Hubo un chirrido, un golpeteo, un tintineo y Fedor dan Wetterlant emergió de la oscuridad.

Al principio, Orso casi no lo reconoció. Había renunciado a sus caros ropajes e iba vestido con arpillera de penitente. Se había afeitado los rizos y parecía demacrado y famélico. Tenía grandes cardenales en un lado de la cara, salpicados de costras recientes. Llevaba las cadenas más ligeras posibles, pero caminaba de forma que sonaran tan fuerte como pudiera. El petimetre consentido al que Orso había conocido en el Pabellón de los Interrogatorios se había convertido en un mártir maltratado. Hubo un respingo general al verlo, y luego un chillido de rabia en la galería pública. Orso levantó la mirada y vio a lady Wetterlant allí de pie, blanca de furia. Crecieron los refunfuños de los lores y se exaltaron los murmullos de los espectadores mientras el hijo de ella llegaba arrastrando los pies ante todos los presentes.

—¿Qué coño es esto? —siseó Orso entre dientes apretados.

—¿Qué te decía? —susurró Isher al oído de Leo—. Y ahora alguna de las viejas sanguijuelas expondrá una confesión falsa como si eso cerrara el caso. Vas a ver lo que pasa por la justicia del rey en estos tiempos.

—¡Majestad! —gritó alguien desde casi al fondo—. ¡Debo manifestar mi enérgica protesta!

—¡Ese hombre ha sido torturado!

—Tratar así a un miembro del Consejo Abierto…

El heraldo dio un bastonazo llamando al orden, pero no pudo contener la rabia creciente mientras llevaban a Wetterlant ante la mesa presidencial.

Heugen sacudió el puño hacia Glokta.

—¡Eminencia, estoy asqueado!

—En cuanto a lo de asquear a la gente, lo confieso sin reparos —respondió alto y claro el archilector—, pero hasta el último necio puede ver que yo no he torturado a este hombre. Está demasiado satisfecho de sí mismo.

—¿Por qué nadie hace nada? —murmuró Leo, agarrándose la pierna dolorida para sentarse más al borde.

—¡Orden, señores! ¡Orden! —bramó el heraldo.

Si la atmósfera ya había sido hostil a la llegada de Orso, estaba degenerando deprisa hacia la rebeldía total. Tuvo la desagradable impresión de que su plan ya estaba desmoronándose mientras iba cuesta abajo a toda velocidad, y de ningún modo hacia una política mejor. Pero ya no podía apearse.

El juez supremo Bruckel se echó adelante y carraspeó.

—¡Fedor dan Wetterlant! Estáis acusado. Delitos gravísimos. —La papada se le balanceó con cada frase que disparaba, mientras las plumas de los funcionarios raspaban desesperadas en su esfuerzo por registrarlas para la posteridad—. Como miembro del Consejo Abierto. Habéis solicitado y estáis recibiendo. A la vista de vuestros pares. La justicia del rey. ¿Cómo os declaráis?

Wetterlant tragó saliva. Orso lo pilló amagando una mirada hacia su madre. Ella le devolvió un disimulado asentimiento, con la mandíbula crispada. Dándole ánimos, tal vez. Un empujoncito en la dirección correcta. Una señal de que hiciera la confesión acordada, aceptara la pena acordada y…

—¡Soy inocente! —chilló Wetterlant a viva voz. Una fuerte inhalación colectiva en la galería pública—. ¡Se me ha hecho una tremenda injusticia! ¡Se ha abusado horriblemente de mí! ¡Soy inocente de todas las acusaciones!

El salón explotó con más ira que nunca.

—Será hijo de puta —susurró Orso mirando a Wetterlant—. Será hijo de *puta* . —Miró a su supuesto nuevo mejor amigo en el Consejo Abierto, pero Isher tenía las cejas levantadas y las palmas separadas con impotencia, como dando a entender: «Yo estoy más sorprendido que nadie».

En un momento, los cuidadosos planes de Orso habían sido pasto de las llamas y sus esperanzas de una política mejor se habían hundido en las profundidades. Ya comprendía por qué su padre siempre había aborrecido ese sitio.

—Ay. Madre —murmuró Bruckel. Inútilmente.

Leo jamás había visto una injusticia tan clara. Se había quedado boquiabierto.

—¿Acaso no se expondrá ninguna prueba? —exclamó Heugen.

—¿Acaso no habrá testigos? —gritó Barezin, descargando un puño gordo en una palma gorda.

—Se presentaron testigos. Interrogados en profundidad. —El juez supremo Bruckel tuvo que esforzarse para que se lo oyera entre la furia—. ¡El Consejo Cerrado está satisfecho!

Como cabía esperar, aquello no satisfizo a nadie, y la madre de Wetterlant era la menos satisfecha de todos.

—¡Exijo justicia para mi hijo! —chilló desde la galería—. ¡La justicia del rey!

Glokta alzó un pergamino con un garabato ilegible al final.

—¡El acusado ya confesó! ¡Lo confesó todo!

—¡Me obligaron! —gimoteó el acusado.

—¡Haced que calle! —ladró Bruckel, y Wetterlant se encogió cuando los dos practicantes se volvieron hacia él.

—¡No es necesario hacer perder más tiempo al Consejo Abierto! —gritó Glokta.

—¿Perder tiempo? —susurró Leo. Isher tenía las cejas levantadas y las palmas separadas con impotencia, como dando a entender: «¿Qué te decía?». Detrás de él, en uno de los ventanales tintados, el Consejo Abierto se alzaba unido contra la tiranía de Morlic el Loco, y todo porque Arnault había tenido el coraje de alzarse en primer lugar, él solo.

—¿Perder tiempo? —dijo Leo. Quizá todo el resto del Consejo Abierto fuera demasiado pusilánime para decir lo que todos veían, pero el Joven León no era ningún cobarde.

—¿Perder tiempo? —gritó Leo, levantándose con dificultad. Mierda, cómo le dolía la pierna. Fue como si una hoja la hendiera otra vez. Estuvo a punto de caer y tuvo que agarrarse al respaldo del banco para conservar el equilibrio mientras el heraldo daba un bastonazo al suelo pidiendo orden.

—El Consejo Abierto concede la palabra a…

—¡Saben muy bien quién soy! Esto… —Leo buscó palabras a tientas. Todos lo miraban. Todos en aquella inmensa cámara. Pero había que hacerlo. Por su padre. Por su país—. ¡Esto es una deshonra!

—Pero ¿qué hace? —musitó Savine.

A su alrededor las damas se habían pegado a la barandilla, mirando abajo con ojos brillantes, sus abanicos aleteando como emocionadas mariposas. Había más drama que en el teatro y sin tener que pagar entrada.

—¡No soy abogado! —exclamó Leo, y su acento de Angland sonó más marcado de lo habitual—. Pero… hasta yo veo que esto es una farsa.

Savine miró con creciente horror. Un hombre que sabe que no es abogado también debería saber cerrar la puta boca durante un juicio. Pero el Joven León no era de los que cierran la boca.

—¡Mi padre...! —bramó, con una voz aún más furiosa y quebrada—. ¡Mi padre siempre me decía que la justicia de la Unión era la envidia del mundo!

Orso alzó la mirada ceñuda hacia la galería pública, con la expresión más furiosa que Savine le había visto nunca. Ella se apartó de la barandilla, preguntándose si su propio pasado con los dos hombres podría estar exasperando las cosas. Pero el Joven León ya era bastante exasperante sin su ayuda.

—Amigos, estoy horrorizado. ¡Y en la Rotonda de los Lores, nada menos! ¿Confesiones extraídas mediante la tortura? ¿Qué es esto, justicia de la Unión o tiranía gurka? ¿O engaño estirio? ¿O salvajismo norteño?

—¡Sí! —llegó a Savine el siseo de lady Wetterlant, cargado de feroz deleite.

Hubo ruidosos gritos a favor entre los lores. Casi podrían llamarse vítores. Isher se encogió callado en su asiento, cuidando de tener los labios cerrados, asegurándose de dejar todo el espacio posible entre sí mismo y Leo.

—Recomiendo al lord gobernador que escoja sus siguientes palabras con cuidado —gruñó el padre de Savine, y ella se descubrió en completo acuerdo.

Un representante de la delegación de Angland tiraba del borde de la casaca de Leo intentando que se sentara, pero él le apartó la mano con ademán iracundo.

—Siéntate, idiota de los cojones —masculló Savine entre dientes, aferrada a la barandilla de la galería. Pero el Joven León no quería sentarse.

—¿Os hacéis llamar juez supremo? —rugió Leo a Bruckel, apoyado en el respaldo de su banco con una mano y agarrándose fuerte el muslo con la otra—. ¡Esto no es justicia!

—Excelencia —dijo Orso con voz gutural—, os pediría que volvierais a…

—¡Me niego! —ladró Leo, y voló saliva—. ¡Es evidente para todos que no podéis juzgar a este hombre con ecuanimidad! ¡Sois un títere del Consejo Cerrado!

Casi se palpaba el estupor. Una dama se tapó la boca con la mano. Otra dio un respingo. Otra soltó una especie de risita incrédula.

—Oh, no —susurró Savine.

Orso siempre se había tenido por el hombre más relajado de la Unión. Había pasado flotando sobre las miradas desdeñosas, los frecuentes insultos, los rumores

procaces. La mayoría, a fin de cuentas, habían estado más o menos justificados. Nunca habría imaginado que tuviera un temperamento, fuera cual fuese.

Pero quizá nunca antes había tenido nada por lo que enfadarse.

Ya fuese la continua frustración del trono, la arraigada hostilidad de los presentes en la cámara, el descarado advenimiento de Wetterlant, las embusteras argucias de Isher, la ingenua insolencia de Brock o la próxima boda de Savine lo que más lo enfurecía, la combinación de todo ello provocó un sentimiento de rabia absoluta como no lo había tenido en la vida.

—Coronel Gorst —logró decir a través de una garganta tan atenazada que le costaba formar las palabras—, expulsad a lord Brock de la cámara.

Gorst no tenía ninguna expresión en su cara de ladrillo mientras sus fuertes pisadas resonaban en el suelo de losas hacia Leo.

El Consejo Abierto no se alzó unido como había hecho para apoyar a Arnault en la leyenda. A lo mejor él había hablado mejor que Leo. O Morlic había estado más loco que Orso. O los principios de los hombres se habían vuelto tan untuosos que se les escurrían de entre las manos en los peores momentos. O a lo mejor la leyenda era una boñiga como una casa. Todos miraban, pero ni un culo se levantó de su asiento.

Leo dio un débil paso atrás y casi cayó en su banco, crispándose por la punzada de dolor en la pierna.

—No, esperad un…

Gorst cogió dos puñados de la casaca de Leo.

Una vez, de niño, había ido a nadar en el mar cerca de Uffrith y una corriente repentina lo había arrastrado. Leo se había sacudido con todas sus fuerzas, pero la corriente lo había zarandeado sin que pudiera evitarlo contra las rocas, barrido por una fuerza de la naturaleza muy superior a lo que él jamás podría aspirar a ser.

Que Bremer dan Gorst lo levantara en volandas de su banco fue parecido. La fuerza del hombre desafiaba toda comprensión. Daba la impresión de que pudiera haber arrojado a Leo fuera de la cámara con solo mover el brazo. Lo llevó por el corredor de la Rotonda de los Lores, por los coloridos charcos de luz, entre lores boquiabiertos, mientras los pies de Leo daban vanas patadas a los peldaños, enredados con su mal equilibrada espada conmemorativa.

—¡Ya me voy! —graznó Leo—. ¡Ya me voy!

Pero le habría servido de lo mismo quejarse a la marea. Gorst no mostró ninguna emoción mientras sacaba a Leo como un fardo del salón, por la antecámara y fuera de la

Rotonda de los Lores a la luz del día, para dejarlo con exagerado miramiento junto a una estatua de Casamir el Firme. Leo casi tenía la misma sensación de sobrecogimiento y alivio que cuando el mar lo había depositado en aquella playa cercana a Uffrith de niño, pero con una ración adicional de bochorno devastador.

A Gorst ni siquiera le faltaba el aliento.

—Espero que comprendáis que esto no es personal, excelencia —trinó, con una sonrisa incómoda—. Por favor… dadle recuerdos míos a vuestra madre.

—¿Qué? —musitó Leo, pero Gorst ya regresaba escalera arriba.

Las puertas se cerraron detrás de Gorst y Brock con estrépito, al que siguió la acometida del silencio.

—¡Basta ya de tanta pantomima! —bramó Orso.

Las patas de su silla dorada dieron un torturado chirrido cuando se levantó, obligando a todos los presentes en la cámara a arrodillarse tambaleantes e inseguros. Orso se volvió hacia Wetterlant.

—Te declaro culpable de violación y asesinato —dijo, en el mismo tono gélido que podría haber empleado su propia madre.

—Pero… —Wetterlant miró hacia Isher, como si aquello no se pareciera en nada a lo que había esperado, pero Isher se había cruzado de brazos y no miraba a nadie a los ojos—. Soy miembro del Consejo Abierto y…

—Los miembros de este eminente organismo deben ser ejemplares —lo interrumpió Orso con brusquedad, mirando furioso a los silenciosos lores—, sujetos a exigencias mayores, no menores, y sometidos a la misma justicia que cualquier otro hombre. La justicia del rey. *Mi* justicia. —Y se clavó el índice en el pecho—. En mi mente no cabe la menor duda de tu culpabilidad. Te he concedido innumerables oportunidades de mostrar arrepentimiento y tú has mordido la mano que te las ofrecía. En consecuencia, te condeno a muerte por ahorcamiento. Sacadlo de aquí.

—¡No! —chilló lady Wetterlant desde arriba.

—¡No podéis hacerlo! —gimoteó su hijo mientras se lo llevaban a rastras—. ¡Soy inocente! ¡Me obligaron! —Se puso a chillar mirando hacia atrás, corcoveando y retorciéndose—. ¡Isher! ¡Madre! ¡No podéis dejar que lo hagan!

—Apartadlo de nuestra vista —siseó Glokta, y los practicantes lo sacaron por la puerta lateral y dieron un portazo que resonó por toda la sala.

—¡Pagaréis por esto! —chilló lady Wetterlant—. ¡Os lo haré pagar! ¡A todos vosotros! ¡Quítame las manos de encima! —Estaba dando violentos golpes con su abanico a un guarda que intentaba llevársela por la fuerza de la galería.

Orso no soportaba quedarse allí ni un momento más. Recogió la corona por un rayo acabado en perla, dio media vuelta y echó a andar a hastiadas zancadas hacia la puerta. Los Caballeros de la Escolta no se lo esperaban y solo habían llegado a abrir una rendija cuando llegó Orso, así que tuvo que escurrirse de lado.

Arrojó la corona con furia por encima del hombro y dejó atrás a un lacayo haciendo malabares para que el dichoso trasto no cayera al suelo, salió dando fuertes zancadas a la luz del día y se encaminó hacia el palacio, entre pasmados peatones que se apartaban a toda prisa, seguido por el traqueteo de su séquito.

La toga de Bruckel le abofeteaba los tobillos en su prisa por alcanzar al rey.

—Bueno, majestad, eso ha sido…

—¡Calla! —restalló Orso.

Anduvieron en silencio, mientras una rueda de la silla de Glokta se atascaba a cada vuelta con un ñic, ñic, ñic periódico que podría haber sido perfectamente una sierra aplicada a los nervios de Orso.

Deseó tener a hombres honestos a su lado. Deseó haber podido conceder a Malmer un puesto en el Consejo Cerrado. Pero lo había ahorcado, junto a otros doscientos, y se había ganado de sobra el desdén y la desconfianza de todos los plebeyos de Midderland. Y luego, al intentar llegar a un acuerdo, de alguna manera acababa de enemistarse también con toda la nobleza, encabezada por el héroe más famoso de la Unión.

Y eso sin mencionar siquiera la anunciada boda entre ese hombre y la mujer a la que era bastante evidente que Orso aún amaba.

—¡Qué puto desastre! —exclamó disgustado.

El juez supremo intentó sonreír, pero solo le salió una mueca.

—Supongo… que podría haber sido… ¿peor?

—¿Cómo exactamente?

El archilector levantó una ceja.

—Bueno, no hay nada en llamas.

Savine bajó los escalones tan deprisa como le permitían sus zapatos.

—¡Leo! —llamó.

Gorst lo había dejado de pie, por lo menos, aunque estuviera apoyado contra el pedestal de una estatua y tuviera el rostro retorcido de obvio dolor y la casaca algo desarreglada.

«¿En qué coño pensabas, tonto del culo?», ardía en deseos de preguntar ella, pero en vez de hacerlo inundó su voz de preocupación.

—¿Estás herido?

—¿Herido? ¡Lo que estoy es humillado, joder!

«Te has humillado tú solito, zopenco, y a mí por asociación», tuvo ganas de decir ella. La feliz noticia de su compromiso había quedado eclipsada por completo, pero Savine se mordió el labio y esperó a que Leo terminara de desfogarse.

—¡Todo ese asunto ha sido una farsa! Y tu padre…

—Lo sé. —Savine habló con toda la suavidad que pudo, por mucho que quisiera meterle el sentido común en la cabeza a sopapos.

La gente empezaba a salir de la Rotonda de los Lores, ansiosa de más escándalo. Savine debería haber estado alardeando por la plaza como un pavo real. En vez de eso, tenía que apresurarse a contener los daños.

—Deberíamos quitarnos de en medio. —Se acercó a él para alisarle la casaca—. Antes de que esto se llene.

Leo asintió y entonces torció el gesto al apoyar todo el peso en una pierna. Estaba claro que su vieja herida le daba más problemas de los que quería aparentar.

—Me he dejado el bastón en la cámara.

—Para eso me tienes a mí. —Lo cogió del brazo, una mano relajada encima mientras la otra le sujetaba firme el codo por debajo, para sostenerlo y que pareciera que estaba apoyada en él, y llevárselo de la plaza de los Mariscales hacia las calles más tranquilas y que pareciera que la estaba guiando él—. Esto es política. —Sonrió a los transeúntes como si aquella fuera la tarde más maravillosa de su vida—. Tienes que ser sutil. Hay una forma de hacer las cosas.

—Entonces, ¿debería haberme quedado sentado sin más?

—Para eso tienen asientos en el Consejo Abierto.

—¿Y ver cómo condenaban a un hombre solo por ser quien es?

—Sé de buena tinta que no puede ser más culpable —dijo Savine, pero Leo no la escuchaba.

—¡Ese cabrón altivo! ¡Ha echado a patadas al lord gobernador de Angland como a un mendigo!

—¿Y qué esperabas? —le soltó ella, hundiéndole los dedos en el brazo—. No le has dejado opción.

—¿Te pones de su lado? Se supone que estamos…

—¡Leo! —Savine levantó la mano y volvió la cara de Leo hacia ella para que tuviera que mirarla a los ojos. Le habló sin miedo ni ira. Con simple autoridad. Como se habla a un perro que ha puesto perdida la alfombra—. ¿Lados? Piensa en lo que estás diciendo. ¡Es el gran rey de la Unión! ¡Su lado es el único que cuenta! No puede permitirse que lo desafíen delante de los nobles más importantes del país. Hay hombres que han terminado en el Pabellón de Interrogatorios por menos que eso.

Leo se la quedó mirando, respirando fuerte. Entonces, de pronto, todo el desafío desapareció de sus rasgos.

—Mierda. Tienes razón.

«Pues claro», quiso decir ella, pero se quedó callada y le recogió un mechón suelto de pelo detrás de la oreja, dejando que llegara a las conclusiones por sí mismo.

—Mierda. —Leo cerró los ojos, con cara de absoluto desaliento—. He quedado como un idiota.

Savine volvió a girarle la cara hacia ella.

—Has quedado como un hombre apasionado, con principios y valiente. —Y un idiota redomado, no hacía falta decirlo—. Todas las cualidades que la gente admira en ti. Todas las cualidades que yo admiro en ti.

—He ofendido al rey. ¿Qué debería…?

—Para eso me tienes a mí. —Siguió guiándolo mientras aparentaba seguirlo, hablando en voz baja como si se dijeran dulces naderías—. Hablaré con mi padre y lo arreglaré para que te disculpes con Su Majestad. Tú sonreirás y serás el encantador pero apasionado joven héroe que eres. Mostrarás lo difícil que te resulta tragarte el orgullo, pero te lo tragarás entero, hasta la última gota amarga. Le explicarás que eres soldado, no cortesano, y le asegurarás que tus varoniles pasiones te nublaron el juicio, pero que no volverá a pasar nunca. Y *no* volverá a pasar nunca.

Savine sonrió mientras caminaban. Los prometidos más admirados de la Unión, que tan buena pareja hacían y tan enamorados estaban. Había sonreído en situaciones mucho peores, al fin y al cabo. Mantuvo la mirada fija hacia delante, pero sabía que él no le quitaba ojo.

—Creo… —murmuró Leo, inclinándose hacia ella— que podría ser el hombre con más suerte de la Unión.

—No digas bobadas. —Savine le dio una palmadita en el brazo—. Eres el hombre con más suerte del mundo.

La elección Clis, clis. Pelo castaño cobrizo esparcido en torno a sus pies descalzos, encima de sus pies descalzos. Dedos fuertes en su cabeza, moviéndola a un lado y al otro. Clis, clis.

—Verás, es solo pelo —dijo Isern, dejando quietas un momento las cizallas—. El pelo vuelve a crecer.

Rikke alzó sus ojos disgustados hacia ella.

—El pelo sí.

Clis, clis, y cayó más pelo, como momentos pasados, momentos perdidos.

Escalofríos le puso una pesada mano en el hombro.

—Mejor no demorarlo que vivir temiéndolo.

—Es lo que dice mi padre —respondió Rikke.

—Tu padre es sabio.

—De todos los hombres a los que odias, él es a quien odias menos.

Su padre asintió con cara de tristeza.

—Van a necesitar tus redaños y tu cerebro, cuando yo me haya ido. —Estaba viejo y encorvado y macilento—. Y tu corazón.

—Y mi corazón. —Rikke no estaba muy segura de si había pretendido soltar la cuerda o no, pero su flecha se clavó en la espalda del chico, justo por debajo del omóplato—. Oh —dijo, anonadada por lo fácil que resultaba matar a alguien.

Él miró alrededor, un poco ofendido, un poco asustado, pero ni la mitad de asustado que ella.

Cerró los párpados con fuerza. Por los muertos, cómo le dolía la cabeza, pinchazos en la cara, tum, tum, tum.

—Quédatelo, y veo para ti un gran destino. Un *gran* destino. O renuncia a él. Y sé Rikke. Ten una vida. Pare niños y enséñales canciones. —Caurib se encogió de hombros mientras sorbía pescado de las espinas, y el viento arreció e hizo llover chispas de la hoguera por la grava y sobre el agua negra—. Prepara gachas y teje y siéntate en el jardín de tu padre y mira cómo baja el sol. Haz lo que sea que hace la gente normal en estos tiempos.

—Hace lo que siempre hace —dijo Escalofríos—. Morir.

Isern le aferró el hombro.

—Debes elegir. Debes elegir *ya* .

El dolor le atravesó la cabeza y Rikke chilló, chilló tan fuerte que se le resquebrajó la voz y se redujo a un resuello. A un prolongado estertor. A una risa. La risa de Stour Ocaso, y sus ojos húmedos puestos en ella mientras sonreía al público, bailando, burlándose, y tenía una serpiente dorada envolviéndolo.

—¡Romper todo lo que ama!

Y su espada dejó una brillante mancha. Mil brillantes manchas. Ella conocía cuál sería su posición, siempre. Conocía la espada y también la flecha. Conocía demasiado. La hendidura se abría ancha en el cielo y ella cerró los ojos con fuerza. Solo oía los golpes del acero. Un trueno de voces y cascos de caballo y metal y furia.

Abrió los ojos y, por los muertos, una batalla. Una batalla nocturna, pero iluminada por fuegos tan radiantes que era como si fuese de día. ¿O sería por el humo? Columnas rotas como dientes rotos. Un león desgarrado por el viento, harapiento y manchado. Y un sol sobre una torre rota.

Hubo un fogonazo como de relámpago, un ruido como de trueno, y hombres descuartizados y caballos arrojados por los aires como juguetes. Ella se hundió aterrada, se hundió entre los cadáveres y las pisadas de botas y el barro salpicando y cerró los párpados y apretó tanto como pudo.

—Ya se ha acabado —dijo una voz extraña y aguda—. No podría estar más acabado.

Unos brazos fuertes la apretaron contra el barro y ella pateó y se revolvió y luchó con todo lo que tenía, pero no era suficiente.

—¡Retenla! ¡Por los muertos, que no se mueva!

Algo se apretó cruzándole el pecho. Apretó tanto que casi no le dejó respirar, dedos de hierro ceñidos a lo ancho de la frente, puntitos de luz quemándola. Luces brillantes como estrellas abrasadoras en un cielo de medianoche.

—¿Cuánto bebí anoche? —graznó.

—Todo, me parece —dijo Orso, dejando la bandeja. ¿O era Leo?—. Te he traído un huevo.

Rikke levantó un poco la barbilla para echarle un ojo. Pero si era el izquierdo o el derecho, no estaba segura.

—¿Lo has puesto tú en persona?

Leo sonrió. O puede que lo hiciera Orso.

—Te echo de menos —dijo Rikke. Se lo dijo a los dos. Pero no estaba segura de si los echaba de menos a ellos o añoraba la persona que había sido ella estando con ellos. La Rikke que reía y besaba y follaba y no tenía que elegir.

Le ardía la cara. Le palpitaba el lado izquierdo de la cabeza. Hedor a hierbas en el brasero, empalagoso, tan fuerte que casi no le dejaba respirar. Un canturreo prolongado y grave. Una canción en un idioma que no conocía.

—¡No mejora, bruja!

—No prometí nada.

—¡Está peor!

—Su ojo largo es el más poderoso que he visto nunca. Lucha para liberarse. Escúchame, niña. —La voz de Caurib atronó y resonó como si llegara de muy lejos. Algo le dio un bofetón y ella se quejó y rezongó—. ¿Has visto alguna vez una cosa entera? ¿A través del tiempo? ¿Has conocido una cosa por completo?

—Una flecha —gimió Rikke, moviendo la embotada lengua en los embotados labios—. Desde su creación hasta su fin. Cuando voló, la aparté con el dedo. Y una espada. Y una hendidura en el cielo.

—¿Qué había dentro?

—Todo.

Oyó que Caurib daba un largo y susurrante suspiro.

—Es peor de lo que temía. O mejor de lo que esperaba. Las guardas no serán suficientes. Debemos ir más allá.

—Como sueltes otro acertijo —gruñó Escalofríos—, te partiré la cabeza en tantos pedazos que no habrá costuras que puedan unir los añicos.

Unos dedos duros asieron el rostro de Rikke, le abrieron los párpados, hilo dorado borroso en la engañosa luz de vela.

—Debes elegir —dijo Caurib—. Debes elegir *ya* .

Le llegaba el olor del fuego, desde poco más allá de la boca de la cueva. Pero no estaba en una cueva sino en el salón de su padre. La paja del techo caía ardiente de las ardientes vigas. Chillidos al otro lado de la puerta.

Vio a gente sobre una alta torre en un anochecer sangriento. Una hilera de personas. Una cola de personas. Una tras otra cayeron. Una tras otra dieron contra el suelo abajo, toc, toc, toc.

Toc, toc de la aguja mojada en tinta, la aguja tan blanca y la tinta tan negra, blanca como nieve, negra como carbón, y el suave cántico de Caurib y el olor a sudor y a especias y a hierbas empalagosas ardiendo en el brasero. Tap, tap. Alguien le cogió la mano. Le apretó la mano con fuerza y Rikke devolvió el apretón.

—Lo siento —llevó una voz susurrante, ahogada, aliento cálido en su oreja—. Pero debe hacerse.

Un dolor atroz en la mejilla y se retorció y rugió pero no podía moverse ni un pelo. Punzadas, punzadas en la cara, alrededor de su ojo ardiente, y hombres tendidos en una colina manchada de nieve, un ejército, mientras las sombras se arremolinaban por la tierra desde las nubes rápidas del cielo.

—Sí. Aguantadla fuerte. Tranquila ahora, tranquila.

Estaba de pie en un muelle, bajo la lluvia, su ropa empapada, y un barco cabeceaba y se escoraba en el mar revuelto, los escudos de su traca superior marcados por la batalla, remos esforzados como las patas de una cochinilla boca arriba mientras se acercaba poco a poco.

—Es hora de ajustar algunas cuentas —dijo el Clavo, todo hombros y codos y fiera sonrisa, y tras la espalda empuñaba un cuchillo.

—Las cuentas deben ajustarse —dijo Escalofríos, pelo entrecano pegado por la lluvia a la cicatriz de su cara—. Pero no esperes que te siente bien.

Y cargó hacia una puerta, y los hombres se lanzaron a la carga tras él, sus botas martilleando en un puente de madera, toc, toc, toc.

Toc, toc. Como clavos martilleados en su frente y ella dio una bocanada de aire y se retorció y escupió.

—¡No puedo soportarlo! —gimió—. ¡Dejad que me levante, no puedo soportarlo!

—Puedes y lo harás.

El banco tenía cuerdas alrededor. Y en el suelo suave y pulido de la cueva habían esparcido sal. Círculos y líneas y símbolos en sal. Velas ardiendo en la oscuridad. Una broma como cueva de bruja.

—Ahí tienes tu diván, niña —dijo Caurib.

—Parece una broma —susurró Rikke mientras avanzaba hacia él, la piedra fría bajo sus pies descalzos.

—No vas a reírte.

Clis, clis, y el pelo esparcido en torno a sus pies descalzos.

—Follarse a un príncipe heredero no es una gran distinción. —Orso rio—. Pero que un príncipe te traiga el desayuno...

Cerró los ojos, se estiró arriba hacia él y él le besó los párpados, le besó la frente, le besó la mejilla, y sus besos se convirtieron en una presión entumecida, luego en agudas punzadas, luego en brutales puñaladas, y ella aulló y se removió pero estaba muy débil. Humeantes olas en la orilla. Huellas, huellas ardientes en la grava.

—¡Agárrala bien, se retuerce como un salmón!

—Ya estoy agarrándola, joder.

—Esto es trabajo delicado. *Debe* ser trabajo delicado.

El banco duro contra sus duros omóplatos y su cuerpo rígido y el zuf, zuf de los pinchazos en la cara, y vio un carro hecho de huesos, traqueteando junto a esqueletos de caballos. Oyó a Caurib haciendo chasquear la lengua.

—Ese está hecho. Ese aguantará.

El siseo de más hierbas en el brasero y la cara escocía y sudaba y escocía y tenía tanta sed, tanta sed, le ardía el ojo. Un lobo se comía el sol y un león se comía al lobo y un cordero se comía al león y un búho se comía al cordero.

—Por los muertos, cómo duele —graznó.

—¿Ha hablado?

—Ha dicho que duele.

—Verás, eso ya se nota con solo mirar.

—Cállate y enciende esa vela.

—¿Por qué confié en ti alguna vez?

Ancianos congregados en torno a una cama. Un lecho de muerte. Un rey muerto, y el ojo le ardió.

—Cuelga una piel en la boca de la cueva para que no entre el viento. ¡Ya!

Una mujer de pie en una alta muralla. Una mujer terrible sosteniendo un cuchillo terrible. Un hombre apoyado junto a ella en la piedra, y ella sonrió mientras alzaba la hoja.

—Romper todo lo que ama —dijo, despiadada, implacable, y Rikke chilló cuando la aguja perforó su cara, despiadada, implacable.

—Envíalo para abajo, pues.

—¡He cambiado de opinión! —berreó, babeando, desesperada, ojos fijos en la aguja, intentando apartarse.

—Ya es demasiado tarde, niña.

Se sentó al lado de Escalofríos y frunció el ceño mirando al otro lado del fuego hacia los shankas, reunidos en semicírculo, la luz danzando en sus ojos negros. Uno se levantó y Escalofríos llevó la mano a la espada, pero lo único que hizo el shanka fue esparcir sal en los pescados que se asaban. Un pellizquito de sal, con un hábil giro de su muñeca torcida.

—No distingo lo que es real de lo que es una visión —se oyó Rikke decir a sí misma—. No distingo lo que es entonces de lo que está por venir. Discurre todo junto como pinturas en el agua.

Ahogó un grito al sentir otra punzada a través del ojo. Aspiró aire y le dio una arcada, pero no tenía nada que sacar. Se sentía como si ya hubiera vomitado todo lo que había comido en la vida. Todo lo que había comido cualquiera en la vida. Un gran edificio ardía. Una alta cúpula se derrumbaba hacia dentro, chispas flotando hacia el cielo, lloviendo en la grava.

—Debes hacer de tu corazón piedra —dijo Isern.

Las llamas de las velas destellaron en el ojo metálico de Escalofríos.

—Lo siento. Lo siento.

Qué frío tenía en los pies. El lago hasta las pantorrillas. Vio su propio reflejo, una cabeza nudosa y rapada contra las nubes rápidas. Meneó la cara a un lado y al otro. Algo escrito allí. Once guardas, y once guardas invertidas, y once veces once.

—¿Cómo se ve? —preguntó.

—No te preocupes por cómo se ve —dijo Isern, frunciendo el ceño—. ¿Funcionará?

—Un ojo combate al otro. —Caurib levantó la aguja—. Debes elegir. Debes elegir *ya* .

Un momento de silencio. Un momento de quietud. Rikke alzó la mirada hacia ellos y un frío miedo se extendió por su interior.

—¿Elegir… un ojo?

Que suenen las campanas

Savine estudió su cara en los espejos desde todos los ángulos, con no menos de nueve doncellas revoloteando nerviosas a su alrededor: Freid con los polvos y el pincel, Metello con el peine y las tijeras, Liddy con la boca llena de alfileres, May con hilo de cuatro colores distintos entrelazado en los dedos. Aparte de una arruguita o dos en las comisuras de los ojos, que no tenían remedio a menos que el gran Euz se prestara a hacer retroceder el tiempo para ella, no veía oportunidades de mejora.

—Perfección —dijo Zuri, con el tranquilo orgullo de una pintora haciendo el último trazo de una obra maestra.

—Ni por asomo. —Savine esnifó una última pizca de polvo de perla y luego se limpió con cuidado los bordes de las fosas nasales—. Pero sí lo más cerca que llegaremos dadas las circunstancias.

Nunca se había esforzado tanto como en preparar aquel acontecimiento. Eran muchísimas cosas las que no se ajustaban a sus exigencias, pero solo había tenido unos días para organizar a setecientos catorce invitados, y en esa boda concreta Savine no era la única novia.

De hecho, lo que menos se ajustaba a sus exigencias era la otra.

Isold dan Kaspa, que en breve pasaría a ser Isold dan Isher, esperaba en las gigantescas puertas con incrustaciones, respirando más deprisa que un soldado novato frente a su primera carga de caballería. Era muy joven y con bastante poca barbilla, la nariz pecosa y unos ojos grandes y castaños que parecían siempre dispuestos a rebosar de lágrimas.

—Nunca… había visto un vestido como ese —murmuró la chica mientras Liddy se agachaba para hacer algún minúsculo ajuste a la cola de Savine.

—Querida, eres muy amable. Pero es una cosa improvisada. —Y lo había sido, a lo largo de seis días. Improvisada por dos corseteros, un orfebre, tres tratantes de perlas, un experto en trabajarlas y nueve costureras haciendo turnos de noche a la luz de las velas—. Tú también estás magnífica.

Isold parpadeó y se miró dubitativa a sí misma.

—¿Tú crees?

—Lo creo.

Savine no lo creía. El vestido de Isold era un triunfo del optimismo sobre el buen gusto y acentuaba todas sus peores características. Pero la inferioridad de ese vestido respecto al suyo sería tan evidente para cualquier espectador que no tenía sentido mencionarla.

—Qué collar tan peculiar llevas.

—Runas. —Savine estiró el cuello mientras Zuri hacía un cambio infinitesimal a cómo caían. Allí todo el mundo tenía diamantes, al fin y al cabo, pero las runas le conferían un toque de exotismo. Era la persona menos supersticiosa del mundo, pero por algún motivo sentía que le daban suerte—. Fueron un regalo de… —Decir «una antigua amante de mi marido» no acababa de sonar bien, así que se conformó con—: una amiga del Norte.

—¿Tus padres estarán aquí?

Era una pregunta más complicada de lo que Isold probablemente suponía, ya que un padre de Savine estaba muerto y el otro no era su padre en realidad. Se conformó con:

—Los dos.

—Qué suerte tienes. A mí no me queda nada de familia. Mi tío murió antes de que yo naciera, de campaña en el Norte, y luego mi padre el año pasado y mi madre unos meses después. No tengo hermanos. —Lo que la dejaría, sin duda, con una herencia considerable. Savine empezó a adivinar qué la había vuelto tan irresistible para lord Isher—. Ojalá viviera alguno de ellos para ver esto.

—Seguro que habrían estado orgullosos. —Y algo aliviados por librarse de ella. Savine la cogió con suavidad por los hombros—. Hoy tendrás una nueva familia. Sé que tu marido es un buen hombre. —Sospechaba que era un escorpión taimado—. Y por cómo habla, diría que está muy enamorado de ti.

Isold parpadeó mirándola.

—¿Tú crees?

Savine no lo creía.

—¿Cómo iba a ser de otra manera? —preguntó, acariciando a Isold bajo la barbilla y haciéndola sonreír—. Zuri, ¿alguna chica puede ayudar a Isold con los polvos?

—Bienaventurada aquella que asiste a los necesitados, lady Savine.

—Lo siento —dijo Isold con voz aguda mientras May se afanaba con su cara—. No pretendo ser una carga…

—No digas bobadas —la interrumpió Savine—. Debería estar disculpándome yo, por robarte la mitad de tu gran día. Y casi sin previo aviso. Ha sido todo… un torbellino.

—Me gusta tener a alguien con quien compartir esto. —Isold bajó la mirada a sus zapatos—. Que se lleve parte de la atención.

—Lo entiendo del todo. —Aunque nunca había existido la suficiente atención en el Círculo del Mundo para satisfacer a Savine.

—La Rotonda de los Lores. —Isold contempló los enormes portones. Al otro lado se oía el vago murmullo de los testigos congregándose. Casi tantos como habían presenciado el juicio de Wetterlant—. Habrá mucha gente mirando.

—Todos los que son alguien. —Savine había dedicado varias horas a repasar la lista de invitados con Zuri y su madre para asegurarse por completo de que así fuera.

—Está aquí hasta el rey —susurró Isold.

Savine notó que su despreocupación cedía un poco al oírlo.

—Sí.

—¿Lo conoces?

—Nos… hemos conocido. Es buen hombre, oigas lo que oigas.

—Mi prometido no parece opinar lo mismo.

Por algún motivo, eso provocó una punzada de ira a Savine.

—Por suerte, no tengo ninguna obligación de estar de acuerdo con lord Isher.

—Yo sí —respondió Isold con un hilo de voz.

Por los Hados, ya tenía los ojos rebosando otra vez, haciendo surcos en los polvos. Podía ser agradable tener a alguien débil que se apoyara en ti. Podía hacer que te sintieras fuerte. Pero llegaba un punto en que se convertía en un peso muerto. Savine no tenía ningún problema con hacer de hermana mayor, pero trazaba su límite en la maternidad. Ya tendría a su propio hijo del que preocuparse bien pronto.

—Vas a casarte con él —dijo, con menos suavidad—, no a venderte a él.

—Supongo. —Isold respiró hondo—. Ojalá tuviera tus… agallas.

Savine no estaba nada segura de que las agallas fuesen la cualidad más buscada en una novia. Cogió a Isold por sus manos pequeñas y flácidas.

—Compórtate como si todo estuviera saliendo exactamente según lo planeaste. Como si fueras la persona más segura del mundo. Como si nunca hubieras dudado

nada en la vida. —Savine echó los hombros atrás con esfuerzo, levantó la barbilla y se encaró hacia la puerta—. A mí me funciona.

—¿Funciona? —preguntó Isold—. ¿De verdad?

Savine se detuvo un momento con la boca entreabierta. Entonces se sacó la cajita de polvo de perla de la manga y la ofreció a Isold.

—Y siempre está esto.

—¿Preparado, amigo mío? —preguntó Isher.

Leo se obligó a dedicar una sonrisa diluida al juez supremo Bruckel, que oficiaría la boda llevando una túnica ribeteada con tantas pieles que parecía un tejón gigante disgustado.

—Qué ganas.

Leo siempre se había considerado el hombre más valiente en cualquier compañía. Por algo lo llamaban el Joven León, a fin de cuentas. Pero allí de pie, en el suelo de mármol de la Rotonda de los Lores, bien vestido, bien alimentado, bien asistido y sin ningún peligro de muerte violenta, estaba aterrorizado.

Quizá hubiera distintos tipos de coraje, y el que permitía arrojarse a un bosque de lanzas no tenía nada que ver con el que permitía sonreír delante de mil personas y entregar la vida a una mujer a la que apenas se conoce.

Deseó que sus amigos estuvieran allí. Sus verdaderos amigos. Antaup, con su interminable parloteo sobre mujeres, y Glaward, con su interminable parloteo sobre armas, y Jin Aguablanca con su barba y sus risotadas, y el bueno de Jurand, sobre todo. Jurand, con su precaución y su sentido común. Jurand, con su infinita paciencia y su apoyo. Jurand, con su bonita mandíbula, y el pelo cayéndole en desorden, y la perfecta definición de sus labios, y… Leo se sacudió. Hasta habría deseado oír a Barniva hablando sin freno de los horrores de la guerra una vez más, pero, como si quisiera darse la razón a sí mismo, el pobre desgraciado se había dejado matar. En una guerra.

Y de todas formas, ninguno de ellos estaba invitado. No habían tenido tiempo de enviar a nadie a recogerlos. Leo había llegado a Adua para asistir a la boda de lord Isher y hacer nuevos amigos. No para hacer un enemigo del rey y casarse él mismo, joder.

Notó otra oleada de nerviosismo. ¿Podría llamarse cobardía? Descubrió que estaba mirando alrededor en busca de rutas de escape, más un pequeño conejo que un Joven León. Vio a su madre, que le hizo un asentimiento de ánimo. Y entonces a lady Ardee, que le hizo un guiño de ánimo. Y entonces a su marido el archilector, que le lanzó una mirada fija de amargura que deshizo por completo todo el apoyo de las

damas. Y por último al rey Orso, encorvado en sus cojines del centro de la primera fila, con la mandíbula furiosamente apretada.

Leo les dio la espalda y vocalizó la disculpa ensayada hasta el hastío que Savine había dispuesto que le ofreciera más tarde.

—Majestad, soy soldado, no cortesano. Soy un simple soldado. Solo puedo disculparme. Dejé que mis pasiones me nublaran el juicio. No tengo excusa. No volverá a ocurrir nunca…

—¡Todos en pie! —vociferó Bruckel.

Hubo un susurro de tela cuando los centenares de testigos se levantaron, una resonante fanfarria desde la galería engalanada con flores primaverales y un poderoso crujido cuando se abrieron las puertas y las dos novias salieron a la luz.

Siempre que Leo veía a Savine, ella de algún modo era más de lo que recordaba, pero en esos momentos, vestida con diez mil marcos o más de seda de Suljuk, encaje ospriano y perlas de las lejanas Mil Islas, avanzando con tanto orgullo, con tanta elegancia, con tanta valentía por el pasillo, no podía apartar la mirada.

Nadie podía. La futura lady Isher era una tímida niñita en comparación, la sonrojada doncella al lado de la emperatriz sin igual. Savine hacía todo lo posible por no adelantarse a ella, por cogerle la mano, por mostrarla del modo que más la beneficiara, pero la pobre Isold estaba completamente eclipsada en su propia boda.

Tampoco la ayudaba que pareciera estar siempre conteniendo un estornudo.

Era como si todas aquellas personas fuesen el engarce del anillo en el que Savine era la joya. Como si la Rotonda de los Lores se hubiera construido solo para ese momento. Quizá el coraje pudiera tomarse prestado de otra persona. Cuando Savine se unió a él frente a la mesa presidencial, las dudas de Leo se desintegraron por completo. Con ella a su lado, no había nada que no pudiera hacer. Volvía a ser el Joven León.

Ella lo miró de arriba abajo, hizo un asentimiento aprobador y enarcó una ceja depilada a la perfección.

—Así que has venido.

—¿Estás de broma? —Leo se volvió hacia el juez supremo y le lanzó una sonrisa digna de un héroe famoso—. No me lo perdería por nada del mundo.

El sol de primavera brillaba en el parque, convirtiendo cada gota de rocío en un diamante. La sombra moteada danzaba en el césped recortado bajo unos árboles que ya eran antiguos en el reinado de Casamir. Un suave viento traía solo el más leve picor en

la garganta desde las chimeneas que dominaban el Agriont por todos los lados. Todo era fresco y brillante y presto a estallar de nuevas posibilidades.

Lady Finree dan Brock y lady Ardee dan Glokta, las madres de una de las felices parejas, se deslizaban entre la multitud congregada cogidas del brazo, un dúo capaz de conquistarlo todo; una, imponiendo una precisión militar en el servicio, la otra, administrando anécdotas subidas de tono a todos los invitados. Cuántos estilos de risa distintos. Afables carcajadas y efervescentes risotadas de los caballeros. Risas argentinas y tintineantes gorjeos de las damas.

Todo el mundo estaba pasándolo de maravilla. Con una notable excepción, por supuesto.

Orso habría preferido estar en cualquier otro sitio. Las mazmorras del emperador de Gurkhul le resultaban más atractivas en esos momentos. Era difícil imaginar una tortura peor, al fin y al cabo, que la gloriosa boda de la mujer a la que amaba con un hombre al que desde luego no, donde los invitados componían una exposición de desdeñosos enemigos que se inclinaban y se rebajaban en su cara para luego escupir su desprecio tan pronto como no podía oirlos.

Con cada día que pasaba, Orso iba entendiendo más, e incluso admirando más, a su padre. Ese hombre había jugado la eterna mano perdedora de ser rey más o menos tan bien como podía jugarse.

Alzó su copa y observó taciturno la luz del sol brillando a través. Al olvido de la botella, pues. El vino nunca lo había dejado en la estacada. Y lo más importante, él nunca lo había dejado en la mesa.

—¿Majestad?

Era uno de los novios. No al que odiaba. Al que aborrecía con toda su alma. El puto lord Isher, incluso más impecable que de costumbre.

—Quería ofreceros mis más sinceras disculpas por los acontecimientos del Consejo Abierto. Estoy destrozado. ¿Quién iba a saber que lady Wetterlant renegaría de sus compromisos y se volvería en contra de nosotros dos?

Orso había desperdiciado muchísimo tiempo en ensayar para aquel día y, aunque no podía demostrar nada, tenía la insistente sospecha de que Isher lo había orquestado todo. De cara a lady Wetterlant, culpaba a Orso; de cara a Orso, culpaba a lady Wetterlant. Luego había provocado el pequeño espectáculo de Leo dan Brock suponiendo que saldría muy reforzado de él y seguiría siendo amigo de todos.

El deseo de atizarle un puñetazo en la cara era casi irresistible. Pero partirle su traidora nariz delante de varios centenares de invitados, por muy satisfactorio que pudiera ser en el momento, habría beneficiado a Isher, y eso Orso ya lo había hecho

bastante. Era evidente que Isher lo consideraba tonto de remate. Mejor que siguiera haciéndolo.

—¡No tenéis nada por lo que disculparos! —Orso tiró su copa vacía a los arbustos y envolvió a Isher con un fuerte abrazo—. Sé que hicisteis todo lo que pudisteis. Esos cabrones de los Wetterlant nos acuchillaron a los dos por la espalda. —Se separó con las manos en los hombros de Isher y sonrió, sonrió, sonrió—. Algunos perros son un peligro para todo el mundo. Hay que sacrificarlos por el bien común. Y no se os puede culpar a vos del arrebato de lord Brock. —Aunque desde luego que se podía y desde luego que se hacía.

—Ese hombre tiene temperamento de soldado —dijo Isher—. Sé que está desesperado por pediros disculpas por su comportamiento.

—No todo el mundo es político, ¿eh? Corazón de león y todas esas cosas. Es una lástima que las cosas salieran así, pero… ¡Ah!

Orso cogió dos copas de la bandeja de una camarera que pasaba y metió una en la mano de Isher.

—La cooperación entre la corona y el Consejo Abierto sigue siendo tan necesaria como siempre. ¡Más! Espero que podamos colaborar de nuevo para que llegue. Solo que esta vez… ¿con mejores resultados? —Como el cuello de Isher en el nudo corredizo, mejor que el de Wetterlant, por ejemplo—. ¡Por vuestra felicidad, amigo mío, y la de vuestra encantadora esposa, por supuesto!

Isher puso una sonrisa algo sorprendida.

—Por supuesto.

Sus copas dieron un agradable tintineo al chocar y Orso pensó en lo mucho que le habría gustado estrellar la suya contra la cara de Isher y clavarle sus restos puntiagudos en la ingle.

Pero todo a su debido tiempo.

—¡Bebamos!

Se abrieron jaulas a resorte y los pájaros cantores se arremolinaron en el aire sobre los jardines, una ráfaga de relucientes plumas azules y púrpuras. Importados desde Gurkhul, habían dicho a Broad, a un precio que ni se atrevía a imaginar.

La mitad habían muerto durante el trayecto. Él había visto cómo limpiaban las jaulas y amontonaban los pequeños cadáveres brillantes.

May soltó una risita encantada cuando los supervivientes piaron y centellearon en el cielo.

—¡Qué bonito!

Los invitados dieron un educado aplauso y se volvieron al instante en pos de otros entretenimientos. Seguro que se suponía que los pájaros se quedarían en los árboles y cantarían la serenata a los recién casados, pero tardaron poco en esparcirse al viento. Broad dudó que fuesen a durar mucho en ese clima. Solo quedó uno en el jardín, piando débil, con un aspecto casi tan perplejo como se sentía Broad.

—¿Cuánto crees que ha costado todo esto?

May le guiñó un ojo. Había tenido en las manos los libros de cuentas y había echado un ojo a los totales, pero trataba esa cifra como un secreto hermoso más que como uno culpable.

—Es mejor no preguntar.

Seguro que mucho mejor. Pero Broad no podía evitarlo. Con lo que Savine se había gastado en ese vestido, del que Liddy la ayudaría a salir con sus tijeras al cabo de unas horas y que jamás volvería a ponerse, podría haber pagado a los trabajadores de su canal más de lo que pedían y sin un solo hueso roto.

Con lo que su padre, el archilector, se había gastado ese día en vino, quizá podría haber construido mejores casas en Valbeck y la gente no habría tenido que vivir en sótanos podridos, y así los Rompedores no se habrían rebelado y doscientas buenas personas no habrían acabado ahorcadas.

Con lo que el puto lord Isher se había gastado en aquella cena para setecientos invitados, el valle donde había crecido Broad podría haberse quedado como estaba. Él podría estar pastoreando en esos momentos, como había hecho su padre, junto con todos los demás a los que habían expulsado de sus tierras.

¿Acaso era el único que lo veía? ¿Era el único a quien le preocupaba? ¿O quizá eran todos como él? Lo veían y se preocupaban, pero por una o por otra terminaban no haciendo una puta mierda.

—¿Verdad que está preciosa? —murmuró Liddy, viendo pasar a Savine dan Brock con su marido, seguidos de envidiosos lores y damas arremolinados tras ellos como la cola de un cometa.

—Sí —dijo Broad, subiéndose los anteojos por la nariz.

Era cierto que estaba preciosa. Todo el mundo estaba precioso. Incluso ellos tres. Broad nunca había visto a su esposa y a su hija tan elegantes, tan bien alimentadas, tan felices. Es fácil chillar sobre la verja desde el lado malo. Pero cuando un giro de la fortuna te deposita en el lado bueno, la verja empieza a no parecer tan mala idea.

Incluso podrían merecer la pena todos los sacrificios. Los sacrificios ajenos no son tan difíciles de hacer, a fin de cuentas.

—Ha valido la pena, ¿eh? —dijo Liddy. Estaba hablando de las noches que había pasado cosiendo a la luz de una vela, supuso Broad, no de las noches que había pasado él apaleando a hombres a la luz de una lámpara.

¿Eso había valido la pena?

—Sí —dijo con voz ronca.

Forzó una sonrisa en la cara. Últimamente lo hacía mucho.

Leo estaba sentado, viendo a su esposa bailar, rodar, doblarse, sonreír, aleteando sin esfuerzo de una pareja a otra. Su *esposa* . Solo pensar en las palabras le provocaba un cosquilleo culpable. Era una bailarina cautivadora, sobraba decirlo.

Leo habría querido unirse a ella y empaparse de su dosis de admiración. Pero nunca había sido buen bailarín, incluso sin la herida de la pierna. Pocos soldados lo eran. Antaup, tal vez. Se preguntó qué dirían sus amigos cuando les presentara a su esposa. Se quedarían sin habla, seguro. ¿Cómo podrían sentirse otra cosa que impresionados? ¿Cómo podría hacerlo nadie?

—¿No bailáis, excelencia? —Era esa mujer del pelo rojo y tanto pecho a la que había conocido en su última visita a Adua.

—La pierna, ya sabéis. Aún me duele un poco.

—Qué pena. No recuerdo ninguna otra boda tan espectacular.

—Muchas gracias… —Un momento de horror al no saber cómo se llamaba, y luego una oleada de alivio cuando le vino a la mente—. ¡Selest! Qué bien que hayáis podido venir.

—¡Ah, Bayaz podría haberme encerrado en la Casa del Creador y aun así habría encontrado la forma de asistir! —Le dio un golpecito en el pecho con el abanico—. Ya son dos espectáculos maravillosos los que habéis dado en la Rotonda de los Lores.

Leo torció el gesto.

—¿Os habéis enterado del otro?

—Querido, todo el mundo se ha enterado del otro.

—Bueno, voy a hablar con el rey más tarde. Le pediré perdón y asunto resuelto.

—Por supuesto. Supongo que era imposible que no hubiera cierta… fricción entre vos y su majestad, dado su pasado con vuestra esposa.

Leo sintió un helor subiéndole por la columna vertebral.

—¿Cómo?

—Se rumorea que fueron amantes —ronroneó ella—. Pero imagino que Savine ya os lo habrá dicho. No es la clase de secreto que una quiere que penda sobre un matrimonio, al fin y al cabo.

De pronto hubo una nota discordante en la música. ¿Por eso Savine había estado tan preocupada por los sentimientos del rey? ¿Por eso tenía tantas ganas de que Leo se disculpara? Sintió crecer la furia, y el dolor en la pierna cuando se inclinó hacia Selest dan Heugen solo la empeoró. Obligó a las palabras a salir siseantes por su sonrisa fija.

—Si me entero de que difundiste tú ese rumor, te destrozaré la puta nariz.

La mujer pareció más bien complacida al oírlo. Sería de esa gente para la que todo salvo que se la ignore contaba como una victoria.

—No tiene sentido que os enfadéis conmigo, excelencia. Yo no me follé al rey.

Lo dejó allí sentado, viendo a su esposa bailar, rodar, doblarse, sonreír, aleteando sin esfuerzo de una pareja a otra. La vista ya no lo llenaba del mismo deleite.

Estaba hecho. Estaba hecho y no podía deshacerse.

Orso apuró otra copa más, preguntándose si habría alguna especie de marca mundial de beber a la que pudiera aspirar. Algo que diera un propósito a su vida. Algo que no fuese contemplar a Savine y pensar en todo lo que había perdido.

Echó un vistazo hacia Brock, que por algún motivo parecía estar mirándolo furioso a él, y alzó su copa vacía en un brindis sin sentido. Aquel cabrón era todo lo que Orso no era. Honesto, decidido, simpático. Rotundamente popular tanto entre los nobles como entre los plebeyos. Un héroe de cuento infantil sin una acumulación de errores a su espalda. A no ser que contara el que había cometido en la Rotonda de los Lores, el que por lo visto tan ansioso estaba por reparar, y ese en apariencia solo había dado más lustre a su dorada reputación. Impulsivo y apasionado, ¿te lo puedes creer? Cualquiera diría que, en los últimos tiempos, lo más admirable que podía hacer un hombre en el Consejo Abierto era sermonear al monarca.

—A algunos hombres se les pega la culpa —murmuró entre dientes—. De otros, resbala al instante.

—Se servirá la cena en breve, majestad. —Un lacayo empolvado le señaló su silla, por supuesto la más grande, en el centro mismo de la enorme herradura pulida que era la mesa. Orso se preguntó cuántos árboles habrían muerto para hacerla posible—. Con

vuestra venia, os sentaréis entre las dos novias, con los dos novios a continuación a ambos lados.

El lacayo se las ingenió para retroceder e inclinarse al mismo tiempo.

Entre las dos novias. Como para enfatizar lo solo que estaba. Orso habría preferido sentarse entre el Gran Lobo y la Serpiente de Talins. Lo habría preferido con mucho. No tenía un pasado tan horrible con ellos como con Savine dan Glokta.

Cayó en la cuenta de que debía corregirse.

Savine dan Brock.

—Joder —gruñó. No lo soportaba más. No se soportaba más a sí mismo—. ¿Gorst?

—¿Majestad?

—¿Por dónde anda ahora el cabo Tunny? —El lord gobernador de la puta Angland podía disculparse más tarde, si aún quería—. Creo que ya he tenido bastante felicidad ajena.

Savine cerró las puertas y se apoyó en ellas, tomándose un momento para respirar. Tenía las mejillas encendidas de tanto bailar, y de tantos cumplidos, y de sonreír sin tregua, y de las cantidades cada vez mayores de polvo de perla. Casi ya no se sentía la cara. Necesitaba que le diera un poco el aire.

—Así que eres una mujer casada.

Ver a su padre tardó poco en despejarle la mareada cabeza. Estaba sentado en su silla con ruedas en la terraza, el rostro arrugado echado hacia atrás, contemplando las estrellas.

—Dicen que es el día de más orgullo para un padre.

—Dicen muchas tonterías.

En otro tiempo, la opinión de aquel hombre lo había significado todo para ella, pero en ese momento descubrió que apenas le importaba. Se moría de ganas de zafarse del naufragio de su pasado igual que una serpiente abandona su piel y de marcharse sonriente a su brillante nuevo futuro.

—No hay una guía a la hora de ser padre, Savine. —Volvió despacio la cabeza para mirarla y sus ojos brillaron en la penumbra—. Y mucho menos si tus propios padres lo hicieron tan mal como los míos y los de tu madre. Te escoras de un desastre al siguiente y marcas el único rumbo que puedes ver en el momento. Queríamos decirte la

verdad, pero… ¿cuándo es buen momento para revelar algo así? Preferíamos fingir. No queríamos… hacerte daño.

Ella dio un amargo bufido.

—Pues enhorabuena por un fracaso espectacular.

—No es el primero. Un día, espero que comprendas que siempre intentamos actuar en tu beneficio.

—Podrías haberme avisado.

—¿De que no te encamaras con el príncipe heredero? No es una advertencia que debiera necesitar alguien con tu talento. —Ahí quizá tuviera razón—. Además, acordamos hace mucho tiempo que te concedería cierta intimidad. ¿Cómo iba a saber que mantendrías una relación con el único hombre que te estaba vedado?

—Por lo que me cuenta mi madre, es cosa de familia.

Un silencio, y Savine vio que la cara de él se crispaba a la cálida luz de la fiesta, y que se secaba un surco húmedo bajo el lloroso ojo izquierdo.

—En fin. Una vida sin remordimientos no es vida ni es nada. Todo eso queda en el pasado. Sé que proyecto una larga sombra, Savine. Me alegro de que estés preparada para salir de ella. Solo te pido… que tengas cuidado.

—¿No lo tengo siempre?

—Ahora vas a moverte en otros círculos. Como señora gobernadora de Angland, nada menos.

—Estoy acostumbrada a las decisiones difíciles. —Tenía la sensación de que su vida había sido una sucesión de ellas.

—Estás acostumbrada a los negocios. Esto es política. Tal y como van las cosas… bueno, tú ten cuidado. Y prométeme una cosa. —Le indicó que se acercara para susurrar—. Nunca tengas nada que ver con Bayaz. Ni con él ni con ningún otro mago. No aceptes favores suyos, no te endeudes con él, no hagas tratos con él. No lo complazcas. No lo disgustes. Haz todo lo posible por escapar de su atención por completo. Prométemelo.

—Muy bien —dijo ella frunciendo el ceño—. Lo prometo.

Si iban a erigirle una estatua en la vía Regia, tendría que ganársela por sí misma.

—Bien. Bien. —Su padre hizo una mueca al acomodarse en su silla, con el sonido de los ebrios aplausos de fondo al concluir un baile—. Tal vez llegue pronto el momento en que ya no pueda protegerte.

—¿Es lo que estabas haciendo?

—Lo creas o no, lo intentaba. —Miró con gesto grave sobre los tejados hacia la cúpula de la Rotonda de los Lores, esa enorme forma negra que se alzaba en el cielo nocturno, el grandioso reemplazo de la que se había destruido el año en que nació Savine—. A veces —murmuró—, la única manera de mejorar las cosas es destruirlas para poder reconstruirlas mejor. A veces, para cambiar el mundo, primero debemos incendiarlo.

Savine levantó una ceja.

—Valbeck puede que se recupere en los próximos años. Pero estar allí mientras ardía distó mucho de ser agradable.

—Las celdas del emperador distaban mucho de ser agradables. —Se lamió las encías vacías con un tenue ruido de absorción—. Pero salí de ellas transformado en un hombre mejor. Ser tu padre… es lo que más me enorgullece. Es lo único que me enorgullece.

—Y eso que ni siquiera eres mi padre.

Savine quería avivarle alguna chispa de rabia. Pero lo único que hizo él fue asentir despacio, con un asomo de sonrisa mientras alzaba la mirada a las estrellas, brillantes en el cielo despejado.

—Eso debería decirte lo que opino de todo lo demás que he hecho. —Tras las ventanas, la banda se arrancó con una tonada alegre, una de las preferidas de su madre, y la gente empezó a marcar el ritmo con los pies, dando palmas y riendo—. ¿Podrías empujarme la silla adentro?

Savine pensó en empujarle a los parterres. Pero al final, cogió las asas de la silla y le dio la vuelta, con el tenue chirrido de aquella rueda.

—Eso puedo hacerlo.

Traiciones futuras, amoríos pasados Leo alzó el puño para llamar a la puerta pero se detuvo, apretándolo tanto que le chasquearon los nudillos.

Era una puta humillación. Nunca había tenido mucho respeto a Orso como hombre, y llevaba ya meses perdiendo el respeto a la corona como institución. Y para

colmo, le tocaba pasar una parte de su noche de bodas suplicando el perdón del examante de su esposa. Era una puta humillación absoluta.

Pero había que hacerlo. Leo era un líder, y un marido, y pronto sería un padre. Tenía responsabilidades. Empezaba a comprender que las humillaciones iban implícitas en eso.

Compuso una sonrisa forzada, la aliñó con un pellizquito de vergüenza, giró el pomo y entró.

—Majestad, venía a…

Podría decirse que había muchos reyes en aquel inmenso salón. Veinte como mínimo, de entre los mejores de la Unión, vestidos de uniforme, con traje de caza, con armadura completa, sentados en sillas doradas o a lomos de poderosos corceles, mirando desdeñosos, sonrientes, irritados, a Leo desde sus altos marcos. Pero del que actualmente estaba instalado en el trono no había ni rastro.

De hecho, los únicos ocupantes vivos del salón eran los lores Isher, Barezin y Heugen, sentados en torno a una mesa de la esquina en reservado grupito.

—¡Leo! —saludó Isher, alzando su copa—. Parece que el rey no ha podido quedarse.

—Asuntos más importantes —dijo Heugen, agachándose para encender su pipa con una vela.

—En el burdel, tengo entendido —añadió Barezin, sirviendo un licor ambarino del decantador y empujando la copa hacia una silla vacía.

Leo sintió un iracundo rubor subiéndole hasta las mejillas mientras renqueaba hacia allí.

—¿El burdel?

¿Con todo el esfuerzo que había puesto en su disculpa y el cabronazo arrogante ni se molestaba en escucharla?

—En mi opinión… —Heugen sopló el humo dulzón de la chagga—. No tienes nada de lo que disculparte.

—Dijiste la verdad —convino Barezin—. Lo sabe todo el mundo. Es él quien debería disculparse.

—Los reyes no se disculpan —refunfuñó Leo, dejándose caer en el asiento vacío y cogiendo la copa.

—Este no, por lo menos.

—¡Pues que se vaya a la mierda! —Leo vació su copa de un trago y golpeó con ella la mesa en un arrebato de furia—. ¡Ya estoy harto! ¡No podemos permitir que las cosas sigan así! —Clavó la mirada en un retrato del padre de Orso, el rey Jezal, bastante apuesto pero con un aire desvalido en los hombros incluso de joven. Un indeciso inútil que había perdido todas las guerras que había librado y no había logrado más que unas deudas inauditas hasta entonces, y su reinado empezaba a parecer una era dorada—. ¡No podemos permitir que la Unión se… vaya por la puta alcantarilla!

Isher lanzó a Barezin y Heugen una mirada significativa.

—Llega un momento —dijo con gran cautela— en que hablar de un mundo mejor sencillamente no basta. Llega un momento… en que los hombres de conciencia, principios y coraje deben atreverse a lo impensable… y luchar por un mundo mejor.

Hubo un silencio largo y expectante. Los pelos del cuello de Leo se erizaron. Un reloj en la repisa de mármol hizo tic, tac, tic. Leo miró a los ojos a los tres lores, uno tras otro. Isher no hablaba a las claras ni de lejos, pero al mismo tiempo no dejaba ninguna duda sobre lo que estaban diciendo.

—¿No hay quienes podrían llamar a eso…? —Leo se lamió los labios y se echó adelante en la silla, reacio a pronunciar la palabra en presencia de tantos monarcas pintados, hasta que por fin se obligó a decirla casi en un susurro—. ¿Traición?

Heugen dio un bufido molesto. Los carrillos caídos de Barezin se bambolearon negativos. Isher sacudió con firmeza su blanca cabeza.

—Estaríamos actuando en interés del rey. En interés del país.

—Estaríamos liberando a Su Majestad de las cadenas de su Consejo Cerrado —añadió Heugen, con unos amplios aspavientos que hicieron pensar a Leo en libertad y sinceridad, desde luego en absoluto en traición.

—Tenemos que reemplazar a esos viejos hijos de puta corruptos con patriotas —exclamó Barezin, llenando de nuevo la copa de Leo.

—Hombres que puedan dar al rey los consejos adecuados. —Isher movió el brazo hacia un cuadro de Harod el Grande, que había reunido por la fuerza los reinos fragmentados de Midderland en una Unión y parecía orgulloso hasta el exceso de haberlo hecho, por cierto—. Guiar la Unión de vuelta a sus principios fundacionales.

—¡De vuelta a la gloria! —Barezin se dio un puñetazo en la palma como si no fuera ni por asomo lo bastante gloriosa—. ¡Hombres de acción! ¡Hombres que puedan hacer la Unión grande otra vez!

—Hombres como nosotros —dijo Heugen, con las cejas levantadas como si se le acabara de ocurrir la idea.

—¡El Consejo Cerrado son los mismos mentirosos interesados que nos hicieron perder tres guerras contra los estirios! —siseó Isher, y Leo no podía negarlo—. ¡Que casi sacaron Westport de la Unión! ¡Que pusieron a los plebeyos tan en nuestra contra que quemaron una de nuestras mayores ciudades! *Ellos* son los enemigos del estado. Expulsarlos es lo leal.

—Leal —musitó Leo, tomando otra copa y notando cómo se expandía su calor.

Siempre se había sentido leal hasta decir basta. No había hombre más patriota. Pero ¿a qué era leal? ¿A un aquelarre de burócratas avariciosos que no le habían enviado ayuda en la guerra y solo indignantes exigencias de impuestos en la paz? ¿A un rey libertino que lo había expulsado de la Rotonda de los Lores y que, por lo visto, se había follado a su mujer?

Leo alzó la mirada ceñuda al cuadro de Casamir el Firme, que había arrebatado Angland de las garras de los norteños, miró su fuerte mandíbula, su coraza completa y su ademán señalando algo en un mapa. Eso sí que era un rey. Eso sí que era un hombre. Parecía desafiar a Leo con su mirada penetrante, como preguntándole: «¿Qué narices vas a hacer tú respecto a todo esto?».

¿Qué habría hecho Casamir? ¿Qué habría hecho cualquier hombre bueno? Leo volvió a mirar a los ojos a los tres lores, uno tras otro, y apuró su copa.

—Bueno —dijo—, todos sabéis que nunca he retrocedido ante una pelea.

Entonces se apiñaron. Unidos por un enemigo común, y por un propósito compartido, y por una causa justa. Solo era hablar, claro, palabras alimentadas por la frustración de Leo, y sus celos, y el dolor de su pierna. Quizá solo hablaran, pero aun así era peligroso. Aun así era emocionante. Solo hablaban, ¿verdad? Pero con cada palabra pronunciada, se volvía más apasionante y real.

—Podría ser una pelea contra amigos —murmuró Barezin, con una mirada hacia la ventana—. Contra vecinos. Contra compañeros.

—Desde luego, contra tu suegro —dijo Isher—. El rey baila a la música que él le marca. Si en el Consejo Abierto tenemos un enemigo, es el archilector.

—Será mi suegro —respondió Leo—, pero no soy más amigo del Viejo Palos que vosotros. Menos, si acaso.

—Necesitaríamos un líder —dijo Isher—. Con experiencia militar.

—¡Un Stolicus de nuestro tiempo! —exclamó casi salivando Barezin mientras llenaba otra vez la copa de Leo.

—Un hombre cuya mención inspire respeto en el campo de batalla.

El corazón de Leo se aceleró solo con la idea de ponerse su armadura. Su sitio estaba encabezando las filas de soldados que lo aclamaran, no atosigado y dominado por mujeres detrás de un escritorio polvoriento. Sonrió al pensar en botas en plena marcha, el viento haciendo ondear los estandartes, el sonido del acero al desenvainarse, el estruendo de los cascos a la carga…

—¿Con cuántos hombres podríamos contar? —preguntó entre sorbo y sorbo. De verdad que era un coñac excelente.

—Nosotros tres estamos entregados a la causa —dijo Isher—, y hay otros muchos miembros del Consejo Abierto con nosotros.

—La mayoría —matizó Heugen—. ¡Casi todos!

—¿Estáis seguros? —Leo tuvo la vaga impresión de que aquellos tres llevaban ya un tiempo pensando en el tema.

—Viven frustrados desde hace años —respondió Isher—. Escaldados a impuestos, a abusos, a insultos. El trato que se ha dado a Wetterlant, y a ti, un verdadero héroe de la Unión, ojo, en tu misma Rotonda de los Lores, ha sido la gota que colma el vaso.

—En eso tienes toda la razón —gruñó Leo, apretando los puños. No estaba convencido de si solo estaban hablando o no, pero empezaba a albergar esperanzas de que no.

—¿Tú contarías con las fuerzas de Angland? —preguntó Barezin con ansia.

Leo pensó en la lealtad de Jurand y sus amigos. En la furia de Mustred y Clensher. En los soldados vitoreando al Joven León. Se levantó.

—Me seguirían al infierno.

—Bueno es saberlo. —Isher hizo sonar su copa con una uña bien manicurada—. Pero no queremos llegar a eso. Incluso con el Consejo Abierto y el ejército de Angland unidos, no podríamos garantizar la victoria.

—Debemos cogerlos por sorpresa —dijo Heugen—. ¡Desplegar una fuerza a la que nadie ose resistir!

—Necesitamos ayuda exterior —afirmó Barezin.

Leo miró con rostro grave su copa medio vacía.

—El Sabueso tiene a centenares de guerreros curtidos.

—Y está en deuda contigo —dijo Heugen—, por tu ayuda contra Mano de Hierro.

—Es un hombre honorable. Un filo recto donde los haya. Podría unirse a nosotros… si se lo planteamos como corresponde.

—¿Quién comprende a los norteños mejor que tú? —preguntó Isher—. ¿Quién ha sido su vecino, luchado a su lado, vivido entre ellos?

Leo alzó los hombros con simpleza.

—Tengo algunos amigos en el Norte.

—Sin duda… —Isher desvió la mirada a Heugen, luego a Barezin y luego de vuelta a Leo—. Entre ellos el rey de los norteños en persona, Stour Ocaso.

Leo se quedó muy quieto con la copa a medio camino de la boca.

—No sé si yo lo llamaría amigo.

—Te debe su vida.

—Pero es por algo que lo llaman el Gran Lobo. —Pensó en la sonrisa hambrienta de Stour. En sus ojos húmedos y feroces. En las legiones de despiadados norteños a los que se habían enfrentado en la Colina Roja—. Es salvaje. Sediento de sangre. Traicionero.

—¡Pero tú podrías llevarlo con correa! —Barezin dio una palmada a Leo en el hombro—. ¿Y cuántos guerreros podría reunir él?

—Miles. —Leo se bebió lo que le quedaba en la copa y la empujó para que se la rellenaran—. Muchos miles.

Cuando Leo abrió la puerta, ella estaba en una espaciosa sala de estar, reclinada en un diván entre una enorme inundación de faldas color crema con su habitual meticulosidad, como si un escultor la hubiera colocado justo así para hacerle de modelo.

—Excelencia —dijo ella.

—Excelencia —respondió Leo con voz malhumorada y borracha—. Estabas esperándome.

—Lo tradicional es que la esposa aguarde al marido en la noche de bodas.

—Lo siento —dijo, sin sonar a sentirlo en absoluto—. Me han entretenido. —Leo miró una araña de cristal de Visserine que debía de tener unas cien velas—. ¿Estos son… nuestros aposentos?

—Tú tienes un vestidor por ahí, y una alcoba al otro lado. — Savine señaló hacia una puerta lejana a través de la que se entreveían varoniles paneles en la pared—. Mis habitaciones están por allá. —Pintura clara y tapices en la dirección opuesta, en un

vestidor con espacio para diez personas, pero claro, seguro que hacían falta diez para vestirla.

—¿No compartiremos cama? —refunfuñó él.

Ella extendió los brazos por el respaldo del diván.

—Supongo que eso depende de tu humor.

Leo miró ceñudo un enorme marco. Un militar de aspecto experto con un pulcro uniforme negro le devolvió la expresión.

—¿Quién es ese?

—Tu abuelo.

—¿El lord mariscal Kroy? —Había liderado al ejército de la Unión en la Batalla de Osrung, y murió cuando Leo era pequeño. Solo lo recordaba por las historias, en realidad. Pero era indudable que tenía algo de la madre de Leo en la mirada fulminante—. ¿No había ninguno de mi otro abuelo?

—Esos escasean. Fue un famoso traidor.

Leo se encogió al oírlo. Quizá la traición corriese por sus venas. Paseó por lo que le pareció un acre de alfombra gurka, entre grupos de muebles colocados con esmero, dejando atrás un pájaro cantor disecado en una vitrina de cristal. Solo aquella estancia tenía el tamaño del salón del Sabueso en Uffrith. Leo se preguntó si la habrían construido desde cero en la semana transcurrida desde que le había propuesto matrimonio. O que lo había propuesto ella. O que lo habían propuesto sus madres. No se habría sorprendido. No parecía haber nada que Savine no pudiera organizar. O que no estuviera dispuesta a organizar, si le daban la oportunidad.

—Pensé que la decoración te aburriría —dijo ella—. Si prefieres algo de otra manera, puedo cambiarlo.

—Está bien —gruñó él, mirando con la frente arrugada dos antiguas espadas cruzadas sobre el poderoso hogar.

De hecho, venía a ser la mejor habitación que Leo había visto jamás, un equilibrio perfecto entre el dinero y el buen gusto, a todas luces preparada para complacerlo a él. Debería agradecérselo a Savine. Pero estaba borracho, y le dolía la pierna, y no estaba de humor para agradecer nada a nadie. Y mucho menos a ella.

—¿Has hablado con el rey?

Leo apretó los dientes.

—No se ha molestado en presentarse. Tenía que ir al burdel, me han dicho.

—Así son los reyes. Otro día será.

—Que le den por culo —soltó Leo, con más dureza de la que había pretendido—. He estado con Isher. Y Heugen y Barezin.

—Ah, los cerebros del Consejo Abierto. —La calma absoluta de Savine solo estaba enfureciéndolo más. Era el comportamiento que habría tenido su madre, pero llevado más al límite—. ¿De qué querían hablar?

—De poca cosa. —Solo de guerra civil—. Del estado del gobierno. —Y su violento derrocamiento—. Parloteo, ya sabes.

Porque había sido parloteo, ¿verdad? ¿O estaban yendo muy en serio? ¿Estaba yendo *él* muy en serio? Se volvió para mirar ceñudo por la ventana, entre los árboles oscurecidos hacia las luces de la vía Media.

Oyó el roce cuando ella se levantó.

—¿Te inquieta algo?

—No. —Solo la traición futura. Y los amoríos pasados.

—Venga. —Savine llegó a su lado—. No debería haber secretos entre marido y mujer. No el primer día, al menos.

—Tienes razón. —Leo se volvió para mirarla—. Pero es que casi no nos conocemos, ¿verdad? Solo pasamos una noche juntos.

—Parte de una noche.

—Parte de una noche. Sé que… posees cosas. Fábricas, y telares, y minas.

—Hace poco he adquirido una participación importante en el lord gobernador de Angland, de hecho.

—Je. Y él una en ti.

Savine ladeó la cabeza.

—¿Te preocupa tu inversión?

—No hasta que he hablado con Selest dan Heugen.

—Yo no me tomaría demasiado en serio nada de lo que diga. Esa mujer me odia casi tanto como yo a ella.

—Me ha contado… —Leo tenía la sensación de que, si lo decía, no habría vuelta atrás. Pero debía saber la verdad. Eso y que le ardía la pierna y llevaba un día y una semana y un mes llenos de frustraciones y buscaba pelea—. Me ha contado que el rey y tú erais amantes.

Hubo una larga pausa. Savine ni se inmutó. Una mujer hecha de porcelana podría haber revelado más que ella.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Le he dicho que como lo repitiera por ahí, le rompería la puta nariz.

—Eso sí que me gustaría verlo.

—¿Es verdad?

—¿Habías imaginado que era virgen?

—Toda duda que pudiera albergar desapareció en el despacho de Sworbreck.

Los ojos de Savine se estrecharon un ápice.

—Que yo recuerde, no fuiste un visitante muy reacio.

—Ni el único, por lo que se dice. ¿Es verdad o no?

Se contrajo un músculo en la mandíbula de Savine. Lo ocultó bien, pero Leo podía sentir la ira que emanaba de ella. Le gustó bastante.

—El rey y yo tenemos… cierta historia. —Respiraba con intensidad, por la nariz, levantando y bajando el pecho—. Pero es todo lo que es. Historia. No es algo de lo que debas…

—¿El niño es mío? —preguntó él.

Los ojos de Savine se entrecerraron más y aparecieron marcadas arrugas en torno al caballete de su nariz cuando alzó la furiosa barbilla hacia él.

—¿Cómo puedes preguntarme eso?

—¿Hay un niño siquiera?

Savine le dio una bofetada.

No fue una pequeña caricia teatral. Le estampó la mano abierta con todas sus fuerzas, y para alguien de su tamaño fue un golpe sorprendentemente potente.

Sonó de lo más nítido, lo dejó sin aliento con un repentino respingo, le volvió la cara de sopetón a un lado y lo hizo trastabillar contra el marco de la ventana.

Hubo una pausa que se hizo muy larga, y entonces Leo se giró despacio de nuevo hacia Savine, y clavó la mirada en ella, y ella en él.

—Leo —susurró, levantando una mano temblorosa—, yo…

Leo la cogió por la muñeca.

—Calla.

La sorpresa se había convertido en excitación, y la excitación en un entusiasmo que lo embargaba hasta el último rincón del cuerpo. Muy despacio, con gesto muy controlado, Leo le levantó la mano y la soltó.

El aliento llegaba rápido, casi doloroso en su garganta. La sangre le había fluido a la cara y la notaba ardiendo y cosquilleando, pero lo mismo podría decirse de su polla.

Muy despacio, con gesto muy controlado, sin apartar los ojos de los de Savine, giró hacia ella la mejilla que no había abofeteado. Le pareció ver un levísimo atisbo de sonrisa en la comisura de su boca mientras le decía las palabras: —Otra vez.

El siguiente bofetón no fue más suave que el primero. Lo habría decepcionado si lo fuera.

—¿Cómo te atreves, joder? —siseó ella, dando un paso hacia él, su aliento cálido en el rostro dolorido de Leo.

Soltó una especie de gemido cuando Savine lo cogió por el cuello, lo besó, lo mordió. Su otra mano ya estaba atareada con el cinturón de Leo. Él le devolvió los besos, torpe, enfadado, le enredó los dedos en el pelo y notó que se movía. Una peluca. Se soltó, ladeada, y ella se la quitó y la arrojó. Estaba sorprendentemente distinta sin la blandura que le confería, el cabello rapado hasta ser solo una pelusa oscura, los labios torcidos como para rugir, la pintura emborronada desde un ojo hacia abajo en una franja negra.

Savine lo empujó. Leo ni siquiera intentó mantenerse en pie. Dio con la cabeza contra alguna mesita al caer, se mordió la lengua y quedó despatarrado de espaldas, rodeado de adornos esparcidos. El mariscal Kroy lo miraba desde su pesado marco. Su opinión sobre todo aquel asunto era difícil de evaluar.

—Eres un puto mierda despreciable —siseó ella mientras bajaba de un tirón los pantalones de Leo hasta los tobillos.

A él se le escapaba un descerebrado gemido de excitación con cada aliento, escalofríos y temblores cuando se incorporó sobre los codos. Vio un remolino de pelo en la coronilla de su cabeza afeitada mientras subía y bajaba, lamiendo, chupando.

—Joder… —gimoteó, cayendo otra vez. Casi doloroso, casi doloroso y entonces muy doloroso. Por los muertos, la pierna le ardía, atrapada debajo de ella con mal ángulo—. Joder… —La boca le sabía a sangre. Extendió desesperado el brazo, atrapó la pata de una butaca con forma de garra y la aferró como un hombre colgando de un precipicio por una raíz de árbol, y la alfombra se plegó a la altura de sus hombros mientras se retorcía indefenso—. Joder… ah… ah…

Ella se subió encima, arrastrando las faldas sobre el pecho de Leo con un desgarro de diáfana tela y un par de perlas que se soltaron y se alejaron rodando titilantes. Intentó asirla, quería hacerla bajar, quería besarla, pero ella le asió la muñeca.

—¡Ni se te ocurra tocarme, joder!

Obligó a Leo a bajar el brazo por encima de la cabeza y lo retuvo contra el suelo. Savine era fuerte, pero no tanto. Podría lanzarla al otro lado de la sala si quisiera.

Era lo último que quería.

Las faldas le hicieron cosquillas bajo la barbilla cuando ella se sentó a horcajadas en él, se le tensaron los músculos en torno a sus marcadas clavículas cuando bajó un brazo y, en algún lugar de aquel batiburrillo de tela susurrante, le agarró la polla.

—Quédate… —poco más que vocalizó Savine, con los labios torcidos sobre dientes apretados—. Ahí.

Movió las caderas en círculos, ella dando un leve gruñido y él un leve sollozo cada vez que descendía. La cara de ella se acercó muy poco a poco hasta que su boca abierta apretó contra la boca abierta de él.

Y se dieron mordiscos y se tiraron dentelladas y se gruñeron uno al otro, revolcándose en la alfombra de su meticulosamente decorada sala de estar.

El chulo del rey Orso infló los carrillos mientras reordenaba la mano. Una mano espantosa. Una mierda absoluta.

—Supongo que es reconfortante, en cierto modo —murmuró—, que algunas cosas nunca cambien.

La misma mesa en el mismo pequeño antro al que acostumbraban a ir. El mismo mobiliario recargado y los mismos cortinajes andrajosos. Las chicas eran distintas y parecían incluso más nerviosas que antes, pero las chicas siempre eran distintas y siempre parecían nerviosas. Todo daba una impresión un poco más triste que la que recordaba. Pero quizá el triste fuese él.

Ah, y también había seis caballeros de la Escolta por las paredes, erizados de armamento, tratando de pasar tan inadvertidos como pudieran media docena de hombres con armadura completa en un burdel, que resultó no ser mucho. El cabo Tunny no aparentaba darse cuenta. Era un hombre capaz de jugar a las cartas en plena

batalla, inundación o revuelta y que, en efecto, afirmaba haberlo hecho en más de una ocasión.

—Vaya, aquí seguimos. —Y movió despreocupado unas pocas monedas más hacia el bote.

—Y no veo que eso vaya a cambiar —dijo Yema, llenando otra vez los vasos de todos. Orso debería haberle dicho que no lo hiciera, pero estaba demasiado borracho para molestarse.

—A no ser que el rey fuera a la guerra otra vez, claro. —Tunny levantó las cejas con una mirada significativa a Orso—. En cuyo caso, mis servicios como portaestandarte siempre están a disposición de Su Majestad.

—Bien está saber que mi estandarte, ya que otra cosa no, recibiría un tratamiento competente.—Orso descartó su horrible mano con una floritura—. Pero creo que ya me he hartado de guerra.

—Haces gala de más sabiduría que tu padre, en ese caso. —Tunny empezó a mover el bote hacia su propio montón—. Tendré que ceñirme a seguir procurando putas a Su Majestad.

—¿Cómo te sienta ser el chulo del rey ? —Orso soltó un eructo. Un eructo real, supuso. Llevaba todo el día bebiendo. No servía de nada. Nunca servía.

—Diría que hay peores trabajos. —Tunny sostuvo la pipa entre sus dientes amarillentos mientras barajaba—. Menos marchas que en el negocio de portar estandartes, al menos. Más peleas, eso sí, pero al menos tienes una posibilidad de hacer feliz a la gente. ¿Seguro que no os apuntáis, coronel Gorst?

Gorst negó con la cabeza, sus ojos merodeando sin pausa por la sala mal iluminada como si en cualquier momento pudiera saltar un asesino estirio desde el aparador. Si algo así ocurriera, Orso no tenía la menor duda de que Gorst estaría preparado para emplear la máxima fuerza letal.

—¿Vosotros dos os conocéis?

Orso miró al viejo guardaespaldas y al viejo portaestandarte. Debían de tener la misma edad aproximada, pero por lo demás no podían ser más distintos.

—Luchamos juntos en la Batalla de Osrung —dijo Tunny, empezando a repartir—. Bueno, luchar, luchar… Él luchó. Yo me quedé allí sentado.

Yema levantó un dedo.

—Yo también me quedé allí sentado.

—Así es, chico, y hasta eso conseguiste hacerlo mal.

Yema sonrió.

—Si hay algo que hago bien, es hacer mal las cosas.

—Dicen que condenaste a Wetterlant a la horca —comentó Tunny, todavía lanzando cartas.

—Eso hice —dijo Orso—. Terrible decisión.

—Todos dicen que es culpable —intervino Hildi, que estaba sentada con las piernas cruzadas en el aparador, entre dos grandes candelabros con forma de mujeres desnudas.

—Más culpable, imposible —dijo Orso.

—Entonces… ¿deberías haberlo soltado?

—Eso también habría sido una decisión terrible.

La cara de Yema se arrugó de incomprensión. Su expresión habitual.

—Entonces…

—Intenté arreglar un acuerdo según el cual lo condenaría a la cárcel de por vida, supongo que para que saliera de allí como un gusano cuando nadie estuviera mirando.

—Los acuerdos siempre son buena idea —terció una de las putas.

Orso la miró con las cejas levantadas y ella se ruborizó y bajó los ojos al suelo.

—Eso creía yo, pero resultó ser la peor opción de todas. Cometí el error fatal de intentar mejorar las cosas. Y de confiar en el puto lord Isher. —Recogió su mano de la mesa y empezó a estudiarla—. Un rey solo puede elegir entre cierta variedad de opciones equivocadas y malos resultados. —Otra mano espantosa. Hasta peor que la anterior—. Toda una vida intentando sacar a la luz lo menos fatal de una niebla de mentiras, estupidez e información imperfecta.

—Suena como la vida en el ejército —murmuró Tunny—. Ojalá me hubieras preguntado antes. Podría haberte dicho que Isher es una serpiente.

—Tendría que meterte en mi Consejo Cerrado. —Orso calló un momento, mirando su vaso—. En realidad, he tenido peores ideas.

—¡Juez supremo Tunny! —Hildi soltó una risita y un par de chicas se rieron, y a Orso le pareció que oía incluso la carcajada contenida de un caballero de la Escolta.

—Mil gracias por la oferta, majestad —dijo Tunny con sequedad—, pero no ascenderé por encima de cabo.

—Leo dan Brock sería un buen rey, ¿no os parece? —preguntó Orso—. ¿No creéis? ¿Con esos hombros?

—Es guapo —dijo Hildi, quitándose su viejo gorro de soldado para soltar su maraña de rizos rubios y luego volviéndoselo a encasquetar.

—Es *muy* guapo —dijo una chica, y las demás asintieron.

—Valiente —dijo Yema, pensativo—. Muy… varonil.

—Temerario —trinó Gorst. Orso se volvió hacia él, sorprendido. Podía muy bien ser la primera vez que oía a ese hombre aportar una palabra a una conversación por iniciativa propia. Gorst se encogió de hombros, haciendo repiquetear un poco su armadura—. Los reyes necesitan cabezas frías.

Y siguió escrutando la sala.

Orso se volvió de nuevo hacia la mesa y encontró a la *madame* inclinada sobre él en una explosión de perfume aplicado a brochazos y pecho levemente venoso.

—¿Podría una interesar… a Vuestra *Augusta* Majestad…? —Trazó una línea en zigzag sobre la mesa con unos ademanes que quizá pretendieran ser excitantes—. ¿En algo?

Orso suspiró.

—¿En términos de folleteo?

—A eso nos dedicamos aquí.

La chica que había ensalzado las virtudes de los acuerdos dedicó a Orso una sonrisa algo desesperada. Él notó que se le hundían los hombros.

—¿Sabéis? No estoy seguro ni de que pudiera empezar. No es por ti. No es por ninguna de vosotras. Es por mí. Plebeyos, nobles, Starikland, Angland y Midderland… todo el puto mundo me odia.

—¿Westport no había decidido que le caías bien, al final? —preguntó Hildi.

Orso no le hizo caso. Solo estaba de humor para las malas noticias.

—Desde luego, sí que es una Unión. Está unida en su desagrado por su rey.

—Para eso están los reyes —dijo Tunny—. De alta o baja cuna, todos necesitamos a alguien a quien echar las culpas.

—¿Y yo a quién se las echo? —preguntó Orso.

—A quien te dé la gana —murmuró Yema, mirando ceñudo sus cartas—. Eres el rey.

—Mi Consejo Cerrado, mi Consejo Abierto, y no me extrañaría que hasta el chico que me vacía el puto orinal, todos creen que soy un…

—¿Qué coño importa lo que crean? —gritó Tunny, echándose de golpe hacia delante y señalando a Orso con la cánula de su pipa—. ¿Qué importa mientras obedezcan, joder? ¡El rey eres tú, chaval! ¡Ni yo, ni Yema ni el puto Leo dan Brock! ¡Tú! Y sí, es muy posible que ser rey tenga sus desventajas, pero puedo asegurarte que hay trabajos peores.

—Vaya —masculló una de las chicas, ajustándose el corpiño.

—Déjate de tanta autocompasión de mierda. Tenía gracia cuando eras príncipe heredero, pero joder, no es propia de un rey. —Tunny dio una calada a la pipa, pero se había apagado y le dio unos golpes enfadados contra la mesa para sacar la ceniza—. Vuelve al palacio y ponte manos a la obra. Te echaremos de menos, pero estas encantadoras damas tienen que ganarse la vida y estás espantando a la clientela.

Se hizo un largo silencio. Orso miró por la sala. Todo el mundo, las chicas, los caballeros, la *madame* , Hildi y Yema, incluso Bremer dan Gorst, tenían la misma expresión: boca cerrada a cal y canto y ojos abiertos como platos, una expresión que parecía decir: «No puedo creer que lo haya dicho, pero desde luego hacía falta decirlo».

—Ya veo. —Orso tiró sus cartas y se levantó, con solo un ligero tambaleo—. Gorst, volvemos a palacio. Hildi, ¿te ocupas de que todos cobren por su tiempo, por favor?

Ella le frunció el ceño.

—Ya me debes sesenta…

—Creo que todos sabemos que soy solvente.

—¿Lo sabemos?

—Hablaré con el lord canciller y te añadiré al presupuesto, ¿te parece? —Y mientras los caballeros bajaban ruidosos las escaleras para marcharse, Orso se agachó hacia Tunny—. Te lo agradezco, cabo.

Sin alzar la mirada de sus cartas, Tunny asintió como de mala gana.

—Aquí me tenéis, majestad.

La Bienamada de los Barrios Pobres —Buenos días, excelencia —dijo Leo, saliendo a la terraza.

—Buenos días, excelencia —respondió Savine mientras él se sentaba delante de ella a la mesa del desayuno y estiraba la pierna con mucho cuidado.

Ella hizo un sutil cambio de postura, procurando que no se notara su propia incomodidad. Un corsé cómodo no estaría cumpliendo con su función, pero la tripa desde luego se le estaba empezando a hinchar. Savine se había ablandado por todas partes desde que abandonó la esgrima. Empuñar una espada la hacía pensar demasiado en Valbeck. En forcejear con la empuñadura para levantar aquel tablón suelto, presa de un sudoroso pánico, mientras los hombres pedían su sangre a gritos al otro lado de la puerta…

—Pues… —Leo miró serio hacia la vía Media, ya llena del tráfico matutino, y soltó una risita—. Ya estamos casados.

Savine desterró los feos recuerdos y sostuvo en alto el anillo nuevo que había encargado para que su satisfactoria y colosal gema reflejara el sol de la mañana.

—Eso parece, sí.

—Y ahora, ¿qué?

—Te recomiendo la trucha.

—¿Y después?

—Danos a Zuri y a mí una semana para poner mis asuntos en orden y saldremos hacia Angland…

—¿Donde podrás poner *mis* asuntos en orden?

—Donde podré ayudarte a que los pongas en orden. —Y si a la gente le importaran menos las apariencias, Zuri no tendría que tirar con tanta crueldad de los cordones—. Creo que lo mejor será que partamos antes del ahorcamiento de Wetterlant.

—Yo también podría retrasar eso de pedir perdón a Su Majestad.

Savine hizo una mueca.

—Espero que mi… pasado con el rey no vaya a…

—Si es lo bastante idiota como para dejar que se le escape la mujer más hermosa de la Unión, lo que me da es lástima.

Y Leo le dedicó aquella sonrisa enorme e infantil, la que le destacaba un tenue surco en la cicatriz de la mejilla.

Savine se descubrió devolviéndole la sonrisa, y sin tener que fingir siquiera.

—Es… muy encantador por tu parte.

—No te acostumbres. —Se puso un pedazo de trucha en el plato y chupó el tenedor—. No soy muy buen adulador.

—Ah, yo creo que podrías destacar en cualquier cosa que te propongas.

La sonrisa de Leo se ensanchó, si eso era posible.

—Es muy encantador por tu parte.

—Soy de las mejores aduladoras de la Unión, pregunta a cualquiera.

Leo se echó a reír y luego empezó a comer, y Savine disfrutó mirándolo. Qué fuerte era, qué sano y qué guapo. No quedaba ni rastro de la furia de la noche anterior. Salvo quizá un leve rasguño rosado que le había dejado la mano abierta de Savine en la mejilla. El Joven León tenía su mal humor, pero parecía pasar deprisa, como las nubes de tormenta que cubrían de pronto los escabrosos valles norteños y luego volvían a dejar brillar el sol igual de deprisa. Con eso podía trabajar. ¿Quién no tenía sus momentos de mal humor, al fin y al cabo? Savine llevaba sumida en uno desde que había regresado de Valbeck.

Haroon tuvo que encoger sus enormes hombros para pasar por la puerta de la terraza.

—Ha llegado Spillion Sworbreck, lady Savine. —Solo llevaba unos meses en Adua y ya casi no le quedaba acento.

—Gracias, Haroon, eres un cielo. Tráelo aquí fuera.

Leo lo miró marcharse con el ceño fruncido.

—No sé muy bien qué opinarán de tus sirvientes en Angland.

—Angland tendrá que acostumbrarse a ellos. Haroon y Rabik son los hermanos de Zuri, y son de las personas más trabajadoras, concienzudas y fiables que conozco. Haroon era oficial en el ejército del emperador, creo, y Rabik es todo un genio con los caballos. Y en cuanto a Zuri… —Era la mejor amiga de Savine, y la mera idea de que no la recibieran bien en algún sitio le daba ganas de pulverizar ese lugar bajo su tacón—. Es indispensable. Mis negocios sufrirían más con su ausencia que con la mía. Le confiaría nuestras vidas.

Leo movió el pescado con el cubierto.

—Es solo que me da la impresión de que últimamente hay demasiadas caras marrones en Adua.

—¿Demasiadas para qué? La gente que viene aquí es muy trabajadora. Trae riqueza y energía y nuevas ideas. Hay grandes pensadores entre ellos. Grandes ingenieros. ¿Y cómo lo impedirías, en todo caso? ¿Nos harías menos prósperos?

Leo no parecía convencido. No era hombre al que el razonamiento hiciera cambiar mucho de opinión.

—Libramos una guerra contra los gurkos —rezongó.

—Y tú libraste una guerra contra los norteños. Algunos de tus mejores amigos siguen siendo norteños.

Leo hasta pareció ofenderse un poco.

—No todos los norteños son iguales, ¿sabes?

Hubo un aleteo de tela y Sworbreck salió a la terraza, se enredó un momento con las cortinas pero se zafó de ellas con virilidad. Acababa de llegar de otro viaje a las Tierras Lejanas y se había dejado el vello facial de un intrépido aventurero.

—Excelencia —entonó, e hizo una florida reverencia a Savine—. Parecéis una verdadera diosa, como siempre.

—Maese Sworbreck, ¿qué tal tu última escapada al agitado oeste?

—Salvaje y rebosante de peligros. ¡Tengo relatos que narrar a los que no darán crédito los consentidos habitantes de Adua!

Savine desde luego no les daría crédito, porque sabía de buena tinta que el escritor rara vez se alejaba mucho del puerto de Rostod, y pagaba a un explorador para que se pusiera su ropa y cabalgara por las llanuras de forma que tuvieran una auténtica apariencia aventurera a su regreso.

—¿Puedo presentarte a mi marido, Leo dan Brock?

—Excelencia. —Sworbreck hizo una reverencia incluso más florida—. ¡Es un auténtico honor conocer al héroe de la Colina Roja y vencedor del Gran Lobo!

—No me gusta hablar de eso —dijo Leo, adusto. Sworbreck parpadeó, con la boca entreabierta. Leo estalló en carcajadas—. ¡No hablaría de otra cosa si pudiera! —Y cogió la mano de Sworbreck y casi arrastró al desventurado escritor fuera de la terraza con la vigorosa sacudida que le dio—. Creo que visité tu despacho una vez.

Sworbreck debía de suponer para qué habían usado su despacho, pero Savine tuvo que reconocerle que no se le notó nada.

—Mi humilde propiedad está siempre a vuestra disposición, al igual que mi humilde pluma.

—Tengo en mente un buen uso para lo segundo. —Savine apartó una silla con el zapato para que Sworbreck se sentara—. El apellido Glokta conlleva… cierto estigma.

—Un apellido orgulloso, pero entiendo a qué se refiere vuestra excelencia. Hay un matiz como a…

—¿Tortura?

Sworbreck compuso una sonrisa pesarosa.

—Pero el apellido Brock tiene unas connotaciones completamente distintas. ¡Heroísmo, patriotismo, gestas épicas! ¿Os habéis planteado una biografía, por cierto, excelencia?

Leo se quedó quieto con el tenedor yendo hacia la boca.

—Tengo veintidós años. Confío en que aún estén por venir algunos logros más.

—Vuestras renombradas victorias hasta la fecha son, no cabe duda, un mero preludio, pero existiría un gran interés público incluso por un primer volumen o dos que…

—Mi apellido —le recordó Savine.

—¡Por supuesto, mil disculpas, no dejan de aflorar nuevas ideas y debo apartarlas con premura! Es terrible una maldición del temperamento artístico.

Y lejos de ser la única, en opinión de Savine.

—Savine dan Glokta era una mujer de negocios —explicó—. Necesitaba una reputación de astucia, crueldad y pétrea determinación.

—Necesitaba la confianza de los inversores, el respeto de los socios, el terror de los deudores —pensó Sworbreck en voz alta—. En cambio… Savine dan Brock, señora gobernadora de Angland, podría ser… ¿una mujer del pueblo? ¿Una mujer que equilibra la sabiduría con calidez y generosidad? ¿Una mujer que brega incansable por el bien común?

Curnsbick decía siempre que sospechaba que Savine ocultaba un corazón generoso. Quizá había llegado el momento de exhibirlo en público.

—¿Qué opinas de una serie de panfletos hablando de mi obra caritativa en las Tres Granjas? Nada demasiado evidente, como comprenderás.

—Mi genio reside en transmitir las ideas entre líneas. —Sworbreck apoyó la espalda y estudió los árboles del jardín como si sus ramas estuvieran cargadas de trascendentales revelaciones—. Resultaría útil que lográramos hallar un *lugar de sinceridad* . Confío en que no me consideréis indiscreto si propongo que tal vez podríamos… aprovechar vuestra experiencia durante la revuelta de Valbeck.

Savine sintió una mareante oleada de miedo y luego una punzada de irritación por su propia debilidad. Solo hacía falta una mención de ese lugar para que el corazón le aporreara y la boca le amargara, para enviar ese cosquilleante escalofrío espalda arriba.

Le salió la voz estrangulada.

—¿A qué te refieres?

—Allí vivisteis entre la gente corriente. —Las atestadas habitaciones de los Broad, su cama de harapos, los gritos sonando a través de las paredes desconchadas—. Sus penurias cotidianas fueron las vuestras. —Metida hasta las rodillas en el gélido río, la garganta en carne viva por el humo, llenando una inacabable sucesión de cubos para apagar unos fuegos que no podían apagarse—. El hambre. —Hacer cola para conseguir raspas de verduras y agradecerlas—. El peligro. —El ruido de las bandas en la calle, los chillidos en la noche—. Las privaciones diarias. —Su aliento sibilante mientras se arrastraba entre la maquinaria, la sangre goteando en el suelo y…

—¡Por supuesto! —ladró, con los nudillos blancos de aferrar el borde de la mesa—. Un lugar de sinceridad.

Si Sworbreck podía vender diamantes teniendo solo mierda, le deseaba buena suerte. ¿Dónde leches había dejado Savine el polvo de perla?

—Una historia de crecimiento personal —estaba rumiando el escritor—. De peligros afrontados y dificultades superadas. Una mujer de alta cuna, atravesando el fuego de la lucha para comprender las penurias que sufre el pueblo. —Dio una presumida bocanada de aire—. Potente. ¿Conocéis a Carmee Groom? Hizo unos bocetos para mi obra *La vida de Dab Sweet* . Es una de las mejores ilustradoras de Adua, solo que no está muy solicitada porque es…

—Mujer.

—En efecto. Unos pocos grabados ciertamente pueden hacer que un panfleto cante. La palabra es poderosa, pero una imagen puede atajar el raciocinio y hablar sin cortapisas en el idioma del corazón.

Savine hizo chasquear los dedos.

—Hecho. Podemos visitar las Tres Granjas esta tarde. —En cuanto Zuri y ella hubieran calculado el mínimo precio exacto por el que podía comprarse una reputación de persona caritativa.

—¡En ese caso, lo dispondré todo de inmediato! —exclamó Sworbreck, levantándose de un salto—. Excelencia. Excelencia. Pensad en esa biografía.

Y se agachó para volver a entrar por la ventana.

—¿Así que… este es el famoso escritor? —preguntó Leo—. Tiene uno de los vellos faciales más atrevidos que he visto jamás.

—A pesar de ser uno de los mayores cobardes de la Unión.

—Supongo que, si fuera valiente, no necesitaría un vello facial tan atrevido.

—Y si todo el mundo fuese valiente, ¿qué te haría tan especial a ti?

—Bueno… —Leo puso otra vez esa sonrisa—. Estoy casado con la mujer más lista de la Unión.

—Para —dijo Savine, sonriendo mientras se inclinaba hacia él—. Con lo que quiero decir que no pares.

—No lo haré. Pero… ¿panfletos?

—Ya lo creo.

—¿Grabados?

—El idioma del corazón.

—¿De verdad crees que la gente es tan tonta?

—Querido. —Savine se acercó más a él, le dio un dulce beso y le tocó un instante la punta de la nariz con la yema del dedo—. La gente es muchísimo más tonta que eso.

La ciudad se cerró en torno a ellos y, como un crápula cayendo a una vida de libertinaje, se volvió mezquina, retorcida, enferma y sucia. En lo alto, tanto que parecía que nadie sería capaz nunca de llegar, una estrecha franja de cielo se dejaba ver entre los desmoronados edificios de viviendas.

—Y así llegamos a las Tres Granjas. —Sworbreck hablaba en un apremiante susurro mientras tomaba notas en su cuaderno—. Tal vez el más infame de los distritos de Adua, otrora quemado casi por completo y luego brutalmente ocupado por los salvajes gurkos, sumido ahora en una noche interminable… no, en un *perpetuo ocaso* por el humo de las fábricas, y en una lobreguez ética incluso más completa en la que… ¿qué? En la que la *luz de la esperanza* queda extinguida para sus miles de desgraciados habitantes. ¿Creéis que podré incluir en alguna parte la palabra «crepuscular»?

—Yo procuro buscarle sitio en todas las frases —respondió Carmee Groom, con las cejas rubias muy enarcadas.

—Yo no soy un gran lector —dijo Leo, acercándose a las mujeres—, pero me suena un poco recargado.

Savine se encogió de hombros.

—Es lo que la gente considera buena escritura en estos tiempos.

Leo señaló con el mentón a un par de chicos harapientos que estaban cargando boñiga de caballo a palazos en un carro a medio podrir.

—¿Qué hacen?

—Ganarse la vida.

—¿Con la mierda?

—Lo único que hace falta es una pala y mal olfato. —Savine hizo un esfuerzo absolutamente vano de aflojarse un poco el apretadísimo cuello del vestido—. Y los buenos olfatos no duran mucho por aquí.

—No os alejéis, excelencias. —Broad iba con los puños bien cerrados, frunciendo el ceño a las sombras. Las sombras eran de las pocas cosas que no escaseaban en las Tres Granjas. En algunos de los callejones más estrechos era dificil tener la certeza de que era de día—. Este no es lugar para que la gente rica ande sola. Ni los escritores ni las artistas.

—¡No temáis! —exclamó Sworbreck—. ¡Aprendí bien en las tierras salvajes el valor que tiene una escolta recia!

—¿De dónde sacaste a tu hombre, a Broad? —murmuró Leo.

—De Valbeck. Él y su familia me acogieron. No me cabe duda de que me salvaron la vida.

—Así que tú los acogiste a ellos. —Leo estaba sonriéndole con los dientes a la vista—. Sí que tienes corazón.

—Y generoso, según mi amigo Curnsbick. Pero saldar las deudas es solo una buena práctica en los negocios. Y los Broad son todos personas útiles.

—No me extraña. Lo que lleva en la mano es un tatuaje de escalador de asalto. Son los primeros que suben a las murallas en un asedio. Es el puesto más mortífero de todo el ejército. Y las cuatro estrellas significan que lo hizo cuatro veces. —Leo miró de soslayo a Broad—. Ese hombre… es peligroso.

Savine lo recordó enfrentándose a seis Quemadores aquella primera noche en Valbeck, y pisoteando la cabeza de su líder contra los adoquines. El miedo que había sentido. Y el alivio.

—Cálmate —susurró Savine para sí misma—. Cálmate, cálmate, cálmate.

—En estos tiempos vivimos en una sociedad segregada —estaba disertando Sworbreck, que se subió los anteojos con el final de su lápiz—. ¡En un mundo estratificado donde ricos y pobres rara vez se mezclan! No, espera, mezclar queda flojo…

Pasaron bajo la enorme chimenea de una fábrica de sal cuyas paredes tenían una costra de hollín. Las moscas zumbaban rondando un caballo muerto. Tres niños

desarrapados jugaban en el canalón de la calle. Allí un edificio de cada dos era una licorería y todo el mundo iba al menos medio borracho, o estaba tan enfermo que parecía borracho. La mayoría del resto eran casas de empeños, con tristes y pequeños fragmentos de vidas rotas de oferta en sus mugrientos escaparates.

—La distancia entre ricos y pobres nunca ha sido tan amplia. ¡El *abismo* nunca fue tan *profundo* ! ¡Pero una mujer osa tender un puente! —Sworbreck soltó una risotada gozosa—. Tender un puente, maravilloso. Ella, como pocos más entre los pudientes y los nobles, avanza entre la gente. ¡Ella, como pocos más, comprende sus apuros!

Era cierto que Savine los comprendía. Pero si de verdad iba a un lugar de sinceridad, lo único que sentía era una alegría inmensa por no contarse ya entre aquellas miserables almas en pena. Lo único que quería en realidad era regresar a sus habitaciones palaciegas y a sus concienzudos sirvientes tan pronto como pudiera. Era imposible ignorar el familiar olor a sudor, meado, humedad y podredumbre, mezclado con el acre e irritante humo de los hornos, mientras se internaban más en el tenebroso laberinto de callejones. Era curioso que los olores le devolvieran los recuerdos con tanta nitidez. Se dio cuenta de que tenía la cajita de polvo de perla en la mano. Se obligó a meterla de nuevo en la manga. Era libre. Estaba a salvo. Se lo dijo a sí misma, una y otra vez.

—Cálmate, cálmate, cálmate…

—Estos edificios… —Leo alzó la vista hacia las semiderruidas ofensas a la arquitectura que se apelotonaban sobre ellos, con humedades de moho verdoso en las fugas de sus desagües.

—El terreno se arrienda a corto plazo, así que a los caseros no les merece la pena construir bien, ni reparar lo que está mal construido. Las casas se vienen abajo con las familias dentro.

¿Quién iba a saberlo mejor que Savine? Era propietaria de docenas de edificios como aquel.

—¿Por qué no hay marcos en las ventanas?

—Los inquilinos los arrancan en los meses fríos para quemarlos como leña.

—Por los muertos…

Tras ellos, Sworbreck seguía escribiendo en su cuaderno.

—Hablamos, por supuesto, de su excelencia, y excelencia es la palabra adecuada, mis queridos amigos, ¡Savine dan Brock! ¡Esposa del Joven León! ¿Mejor consorte, tal vez?

—Consorte insinúa más colaboración —dijo Carmee Groom, sacando un lápiz de los que atravesaban su caótico moño y provocando que la mitad colapsara encima de su rostro—. Consorte transmite mucho más potencial.

—¡*Consorte* del Joven León y flamante señora gobernadora de Angland!

Llegaron hasta el centro mismo del barrio, una plaza sin empedrar con charcos de agua estancada, llena de mugre en la que destacaban manchas de aceite multicolor. A un lado se alzaba un edificio extraño, una casa baja y antigua con el tejado hundido y cubierto de musgo.

—¿Qué es eso? —preguntó Leo.

—Una de las tres granjas —dijo Savine—, las que estaban aquí antes de que la ciudad se las tragara.

—Cuesta imaginar que en este sitio creciera algo.

Un cerdo chilló a otro mientras peleaban en un montón de porquería. Alguien gritó ebrios improperios en un idioma que Savine no identificó. Una flauta barata sonaba desesperanzada, mezclándose con la música maquinal de los martinetes de vapor que llegaba desde una fundición al otro lado de la calle.

Zuri esperaba allí con Haroon, Rabik y dos hombres de Broad. Había reunido una cola de los más desdichados, con muchas caras oscuras entre ellos. Refugiados del colapso del Imperio de Gurkhul, que buscaban seguridad y cordura y habían encontrado poca de ambas.

—Gracias, Zuri. —Savine tragó para contener la náusea—. Has hecho un trabajo milagroso, como siempre.

—Me temo que aquí abajo no existen los milagros.

Zuri miraba con gesto grave la procesión de desesperados. A Savine le recordó a las colas que había hecho para llegar a una de las escasas bombas de agua que funcionaban en Valbeck. El largo camino de regreso con los pesados baldes magullándole las pantorrillas, el agua salpicándole las piernas, el insoportable dolor en los hombros a cada paso.

—Cálmate, cálmate, joder, cálmate…

Rabik le sostuvo el monedero, vigilando, mientras ella iba sacando monedas para depositarlas en manos mugrientas, encallecidas, rotas. Manos a las que faltaban dedos, incluso pulgares, por percances con la maquinaria. Manos de mendigos, niños, putas y ladrones.

Con la ayuda de Haroon, Leo repartía hogazas de pan desde un carro, daba palmadas a la gente en la espalda, negaba con la cabeza al recibir agradecimientos, abría

de par en par su rebosante corazón y hacía llover buenos deseos. Savine no dijo nada. Temía que, si abría la boca, inundaría el barrio de vómito.

—Lady Brock recorre las calles tenebrosas como el brillo de una lámpara. ¡No, de un *faro* ! Ilumina el camino hacia una vida mejor para estos pobres abandonados. Es como si el sol atravesara el humo de las factorías. Reparte pan, sí, y reparte consuelo, sin duda, y reparte plata con su mano abierta, pero lo más valioso de todo es que reparte *esperanza* .

—Muy bueno —murmuró Carmee Groom, observando atenta la escena mientras volvía a recogerse el pelo con una pinza de su tablilla de dibujo y empezaba a bosquejar.

—¿A que sí? —dijo Sworbreck—. Pero todo amortajado en secretismo, ojo, eso debe quedar claro al lector. ¡Hemos topado por azar con su anónima generosidad! Ella se sonrojaría si la gente hablara de ello. Pues es la encarnación de la humildad… ¿o de la modestia? ¿Modestia o humildad?

—¿Por qué no ambas?

—¿Valbeck era así? —preguntó Leo a Savine en voz baja.

—Antes del levantamiento, puede. Luego empeoró. Revolvíamos los montones de estiércol buscando cualquier cosa comestible.

—¿Qué podemos hacer por ellos? Debería haberme traído el monedero. No lo uso nunca.

De verdad tenía un gran corazón. Savine encontró una inesperada alegría en saber que alguien lo tenía. Un corazón grande, pero no un cerebro a juego. Ayudar a aquella gente era arrojar una moneda a un estanque. Quizá creara unas ondas, pero tardarían poco en desvanecerse como si no hubieran existido jamás. El pan desaparecería en un mordisco. El dinero se gastaría en bebida y cáscaras, en un momento de dulce olvido. Quizá, como mucho, alguna herencia barata podría recuperarse por un tiempo de la casa de empeños.

—Quien, por su abnegación… no, por su altruismo. Quien, por su *notable* abnegación y su altruismo, ha pasado a conocerse entre el pueblo llano de Adua como, hum…

Una mocosa muy pequeña con un sarpullido costroso en la cara alzó la mirada mientras Savine le ponía una moneda en la palma de la mano. Se sentía aplastada, como un porquero asfixiado por cerdos hambrientos.

—¿Necesitas mucho más tiempo? —preguntó con brusquedad.

—Ya casi estoy —dijo Carmee Groom, su cara pecosa tensa de concentración mientras dibujaba.

—¿Benefactora? —caviló Sworbreck—. ¿La benefactora de las Tres Granjas?

—Demasiado frío.

Savine se encogió por la lluvia de chispas que salió de la puerta abierta de un cobertizo. Se sentía atrapada en aquella penumbra maloliente. Se sentía casi tan atrapada como en Valbeck. Tenía que salir de allí.

—¿La… santa? —Sworbreck levantó mucho las cejas—. ¿De las chozas?

—Demasiado religioso. No estamos en Gurkhul.

—No, estamos metidos hasta el cuello en los barrios bajos de Adua…

La niña del sarpullido se había agarrado a la falda de Savine. Se aferraba a la única amabilidad que le habían mostrado nunca, quizá, sin importarle que se tratara de una farsa. Leo miraba con lágrimas en los ojos. Si se quedaban mucho más tiempo, seguro que acabaría adoptando a la pequeña lapa. La sudorosa piel de Savine se le estaba poniendo de gallina. Ardía en deseos de lanzar a la niña al canalón de una patada. Se obligó, con un esfuerzo titánico, a mantener la sonrisa clavada a su cara mientras Rabik intentaba separar con delicadeza aquellas sucias manos de Savine.

—¿Y qué tal…? —Carmee Groom entrecerró los ojos hacia la escena, rascándose pensativa un lado de la nariz con el lápiz—. La *bienamada…* de los barrios pobres.

—Oh, querida. —Sworbreck levantó unos ojos admirados del papel de Carmee hacia Savine y alzó las manos como enmarcando un cuadro con ella de modelo y aquella huérfana desesperada aferrándose a sus pies—. ¡Deberías hacerte escritora!

Madera muerta, brotes nuevos Era una soleada mañana de primavera cuando Rikke regresó a Uffrith.

Antes siempre tenía una sensación cálida al cruzar aquellas puertas desgastadas, al oír las gaviotas y las conversaciones, al oler el mar. Solía recolectar una feliz cosecha de sonrisas y saludos de camino al salón de su padre. ¡Por ahí va Rikke! Está loca como un escudo hecho de pan, pero nos cae bien. Volvía a casa. Por los muertos, qué falta le hacía esa sensación.

Pero las cosas habían cambiado desde su marcha al lago prohibido, y no solo porque no dejaban de sorprenderla desde el lado derecho. El izquierdo también estaba lleno de tristes novedades. Personas a las que había llamado amigas se la quedaban mirando al pasar como si viesen andar a una muerta, se escabullían y se negaban a cruzar la mirada con su único ojo bueno. Gente que solía sonreírle parecía asustada, conmocionada, asqueada incluso. Una mujer a la que Rikke nunca había podido interrumpir en su cháchara sobre el tiempo se llevó a sus tres hijos dentro de casa y dio un portazo nada más verla.

Hasta ese momento, Rikke se había engañado a sí misma diciéndose que todo volvería poco a poco a la normalidad, o tan cerca de ella como pudiera llegar su vida. No había dado ni cinco pasos dentro de la ciudad y ya era evidente que nadie volvería a mirarla igual que antes.

Le dolía un poco, pero no pensaba dejar que se notara. Enterró sus males, como se suponía que hacían los adultos, e intentó andar como había visto hacer a Savine dan Glokta. Hombros atrás, barbilla arriba, sin pedir disculpas. Como si Uffrith le perteneciera y aquellos mamones solo pudieran vivir allí porque la habían pillado de buen humor.

Se inclinó hacia Escalofríos sin dejar que se desvaneciera su media sonrisa de astucia.

—¿Tan mala pinta tengo?

—Mejor que la mía —respondió él, lo cual tampoco era mucho decir.

—Ya se acostumbrarán —dijo Isern.

Una niñita desaliñada con un perrito desaliñado la miró embobada cuando pasó delante de ella. El perro tampoco podía quitarle de encima los sorprendidos ojos.

—La gente puede acostumbrarse a casi todo —dijo Rikke.

—Por eso se acostumbrarán a esto.

—¿Rikke?

Había un chico con una manzana a medio comer olvidada en la mano y los ojos grandes, redondos y fijos en su cara. Rikke se agachó para revolverle el pelo desastrado.

—Estás un poco distinta —dijo él sin dejar de mirarla.

—Sí.

—Antes siempre ibas como temblando.

Rikke levantó la mano y la dejó quieta. Estaba firme como la línea entre el mar y el cielo.

—Parece que de eso me he curado —dijo.

—¿También te has curado de sonreír?

—Aún puedo sonreír, renacuajo descarado. —Aunque cuando forzó una sonrisa, la notó rara en la cara, en la piel aún irritada donde le habían hecho los tatuajes.

—¿Y ves bien?

—Con este ojo no veo nada. —Hizo un guiño al crío con el derecho, y no notó ninguna diferencia. Respiró hondo mientras se enderezaba y contempló el oleaje del mar gris—. Pero el otro ve mejor que nunca.

Había mucha gente congregada frente al salón de su padre. Nunca faltaban quienes querían algo de él. Siempre pedían más de lo que él podía darles, ya fuese plata, hombres, confianza o favor. Con los años lo habían dejado seco de todas esas cosas.

Hardbread corrió hacia ella por el camino adoquinado, con su pelo blanco revuelto. Cuando llegó lo bastante cerca para que sus ojos viejos y débiles la vieran bien, se quedó petrificado.

—Hardbread —dijo ella, saludando con la cabeza.

—Rikke… —El hombre sonó más que un poco repugnado—. ¿Eres tú?

—Sí. Me he cortado el pelo.

Se la quedó mirando un poco más.

—Rikke, tengo que decirte una cosa.

—Tendrá que esperar. Necesito hablar con mi padre.

—Ahí está el asunto.

—¿Cuál es el asunto? —preguntó mientras empujaba las puertas del salón para abrirlas.

Se detuvo, con todo el peso en un pie tambaleante.

—Oh, no. —Flaqueó como un espantapájaros al que hubieran arrancado el poste. Caurib ya le había advertido que el ojo largo no la mantendría a salvo de todas las hachas de la vida—. Oh, no.

Su padre yacía en la mesa, con su vieja espada llena de muescas en el pecho. Tenía el pelo y la barba blancos. Tenía la cara y las manos blancas. Tenía los ojos cerrados.

—Oh, no.

Todos la miraban, callados, y se apartaron de su camino mientras se acercaba, como de alguien que tuviera la peste. Rikke se detuvo ante la mesa y miró a su padre. Parecía tener el fantasma de una sonrisa en la boca.

—Nunca sonrió lo suficiente —susurró.

—No —dijo Escalofríos, en voz baja y grave—. Fueron los tiempos en los que le tocó vivir.

—Hizo lo mejor que pudo con ellos.

—Mejor que nadie —dijo Isern, y aspiró aire despacio y lo soltó entrecortado—. De vuelta al barro.

Rikke puso las yemas de los dedos en la mejilla de su padre.

—Paz por fin, ¿eh, papá? —susurró, y su ojo derecho cosquilleó, picó y se mojó. Quizá ya no pudiera ver, pero aún podía llorar.

El izquierdo permaneció seco, en cambio.

Sendaverde tiró con violencia de las riendas y se dejó caer resbalando de su silla de montar, se le enredó el pie en el estribo con las prisas y estuvo a punto de irse al suelo.

—¡El Sabueso ha muerto! —aulló.

Silencio, mientras se levantaba un vientecillo y arrastraba unas flores caídas por el camino. Silencio, mientras todos se preguntaban cómo iba a tomarse Stour la noticia para tomársela del mismo modo.

Entonces el joven rey echó atrás la cabeza y estalló en sonoras carcajadas, y como si les acabaran de conceder permiso, todos los demás se echaron a reír también. Todos excepto Trébol. La verdad era que no estaba de humor.

—¿Qué era lo que decía Shama el Cruel? —preguntó Stour, secándose los ojos húmedos—. Solo hay una clase de buena noticia, y son los enemigos muertos. Por lo visto, esos cabrones se unirán al Norte antes de lo que esperábamos, ¿eh, Trébol?

—Prefiero comer los huevos que ya tengo, mi rey, y no los que aún siguen en el árbol.

—Bien dicho, Trébol, bien dicho. —Stour mostró su sonrisa de lobo y, con un chasquido de tela, se puso su capa de lobo a los hombros—. No demos nada por hecho. Iremos directos hacia Uffrith a presentar nuestros respetos. O su ausencia. Luego podremos hablar con Oxel y ver cómo están las cosas.

—Oxel está allí —dijo Sendaverde—. Lo he visto.

—Maravilloso. —Stour se frotó las manos con un tenue siseo—. Y es muy buen momento. El momento propicio. Propicio es la palabra, ¿verdad, Trébol?

—Es *una* palabra —dijo Trébol para sí mismo.

—¿Y Sombrero Rojo y Hardbread?

—Sí, también estaban allí, con sus caras largas y descompuestas, y dicen que la hija del Sabueso también.

—¡Ja! ¿Lo has oído, Trébol? Por fin encontraremos a esa putilla de mierda. Esto será divertido. No hay nada más bonito que ver llorar a una chica guapa, ¿eh?

En realidad, no había respuesta que dar a eso.

El sol brillaba en Uffrith, pero el lugar daba una sensación lóbrega. El Sabueso había sido un hombre apreciado como pocos, y parecía que su hija no era la única que había perdido a un padre. Los dolientes hacían una larga cola, con solemnes presentes en las manos, pero Stour los adelantó sonriente, bebiéndose sus ceños fruncidos y sus maldiciones. Era de esos hombres a los que les encanta que los aborrezcan. De los que tratan la aversión como oro que rapiñar y acumular. No había aprendido aún que el odio era lo único que no se acababa nunca.

Había una buena concurrencia dentro del salón. Mejores Guerreros ataviados con sus mejores galas, oro y joyas iluminando la penumbra en yelmos y empuñaduras. Oxel estaba allí, como esperaban, y Sombrero Rojo y Hardbread, lanzándose entre ellos unas miradas casi tan furiosas como a Stour. También estaba Caul Escalofríos, aunque su único adorno era una gema roja como la sangre en el meñique y el único resplandor que daba procedía de su ojo metálico. Isern-i-Phail estaba sentada en un escalón, masticando despacio, su larga lanza en el regazo, y cuando llegó Stour dando zancadas sorbió por el hueco de los dientes haciendo un ruido que expresó su desprecio más alto que cualquier palabra.

Había muchas armas en aquel salón, mucha tristeza y mucha ira, y Trébol se aseguró de saber dónde estaban todas las puertas. Cuando muere un gran hombre, los que quedan siempre se toman un momento para averiguar dónde fructificarán mejor sus lealtades, y mientras tanto existe un alto riesgo de que haya sangre. Trébol había visto un funeral convertirse en varios bastante a menudo.

El Sabueso estaba tendido y pálido en la larga mesa, con el escudo lleno de surcos bajo los pies, el drama un poco acentuado por una franja de luz que caía sobre él desde el agujero para el humo. Había una mujer de pie ante él, de espaldas a la puerta. Tenía el pelo castaño rojizo muy corto, lo que hacía su cuello muy largo y muy fino, con venas azules muy marcadas a un lado.

Stour entró en el silencioso salón, raspando el suelo con los tacones de acero de sus botas.

—¡Tenía que venir a presentar mis respetos! —Su voz rezumaba desdén, sin importarle una mierda, como de costumbre, los sentimientos de nadie aparte de él mismo.

Entonces la mujer se volvió, y esa franja de luz le cayó en la sonrisa, y Stour arrastró los pies hasta detenerse inseguro. Lo mismo hicieron sus hombres. Una docena de guerreros siempre ansiosos por lucir su coraje se lo pensaron dos veces al verla, y Trébol no se lo pudo reprochar.

—Por los muertos —musitó Sendaverde, dando un nervioso paso atrás y casi cayendo al tropezar con su propia espada.

—¡El rey de los norteños! —La chica alzó los brazos, encantada—. ¡Qué alegría! Las puertas de Uffrith se abren para ti, aunque la última vez que viniste incendiaste la ciudad, ¿eh? ¿Eh? *¿Eh?* —El último «eh» salió entre sus dientes apretados acompañado de una llovizna de saliva.

Se rumoreaba que la hija del Sabueso era una bruja. Que tenía el ojo largo. Trébol no se había tomado muy en serio esas habladurías. Pero allí, delante de ella, costaba dudarlo. Se había quedado tan flaca que su cara parecía una calavera, con la piel tan estirada que daba la impresión de verse a través, llena de costras y furia alrededor del ojo izquierdo, en la frente, la mejilla, el caballete de la nariz. Trébol se preguntó si, de entre ellos dos, su padre no tendría el aspecto más sano.

—¿Qué leches te ha pasado? —murmuró Stour, con toda probabilidad poniendo voz a los pensamientos de todos los presentes en el salón.

—Una hechicera me dijo que podía hacerme más normal —dijo Rikke—. O podía hacerme menos. ¿A que no sabes lo que elegí?

Se acercó dándose aires, con los hombros huesudos hacia atrás y la barbilla huesuda hacia arriba, y la combinación de aquella cara maltrecha y aquel andar serpenteante y aquella sonrisa amistosa y aquellos ojos locos, tan locos, era de lo más desconcertante.

—He estado en las Altiplanicies. Arriba en las montañas, junto a un lago. —Meneó una mano y las runas que llevaba atadas en torno a la fina muñeca chasquearon y repicaron—. Muy buenas vistas, pero el agua daba un poco de frío en los tobillos, ¿verdad, Isern?

Isern-i-Phail, sin duda acostumbrada a ser la más rara en casi cualquier compañía, de pronto parecía casi corriente en comparación.

—Yo no me metí —dijo, y escupió un poco de jugo de chagga por el suelo.

—Qué pena. Es la clase de frío que te quema todas las dudas. Aquello… —Y Rikke abrió mucho los ojos, tanto que parecía que se le saldrían de aquella cara chupada—. Me abrió los ojos. Ahora os veo bien a todos. Os veo bien a todos vosotros.

Y se echó a reír, con carcajadas rotas, como si hubiera dejado la cordura muy atrás, y no paliaba el efecto que estuviera riendo en el funeral de su padre.

Stour echó la cara a un lado cuando ella se acercó, como si la chica fuese una ráfaga de viento. Tenía el ojo derecho tumefacto, con cardenales de muchos colores en los párpados hinchados, una enorme mancha roja que cruzaba el blanco del ojo y la pupila reducida a un puntito lechoso. En cambio, la pupila del otro ojo era enorme y negra, y Trébol distinguió que la piel costrosa e inflamada de alrededor estaba toda punzada. Una telaraña de líneas y letras negras, de círculos y símbolos, tan finos que parecía que no pudiera haberlos dibujado ningún hombre. Trébol jamás había visto nada que gritara tanto a los cuatro vientos ser obra de una bruja, y los guerreros murmuraron y se removieron, una docena de hombretones apartándose temerosos de una chica flaca como un retoño de abedul.

—Puta bruja —murmuró uno procedente del otro lado del Crinna, trazándose un símbolo sagrado sobre el pecho—. Habría que quemarla.

Rikke le sonrió y lo señaló con un dedo huesudo.

—¡Pero serás tú a quien matará el fuego! —Sonrió a Sendaverde—. ¡Y a ti el agua! Y como te lo he dicho, no pasarás ni un día de los que te quedan sin temer los arroyos y las barcas y los pozos y los vasos, y hasta la última gota de rocío será para ti un terror. —Meneó el dedo delante de él—. Pero el agua te encontrará. Se filtrará en las grietas de tu vida por mucho que intentes calafatearlas. Veo a la Gran Niveladora aproximándose, y no es alguien con quien se pueda negociar. —Miró a Stour, cogió un collar de piedras verdes que llevaba y tiró de él hacia atrás como si un nudo corredizo le hendiera el fino cuello—. Pero será el acero para la mayoría de vosotros. No es necesario el ojo largo para saber eso. —Soltó el collar y rio de nuevo—. ¡Quedaos! Sois todos bienvenidos. Quedaos y podré contaros más.

—Yo no —farfulló Sendaverde, que debería haberse llamado Sendablanca por lo pálido que estaba.

Fue trastabillando hacia la puerta, vio un cubo que habían puesto allí bajo una gotera y se encogió hacia el otro lado antes de salir corriendo a la luz del día. Los demás hombretones no iban muy por detrás de él. Al parecer, aquello no había resultado tan divertido como les había prometido Stour.

El propio Gran Lobo se quedó para mirar por todo el salón con un gesto torcido de húmedos ojos.

—Volveremos —ladró—. ¡A ver si eso lo ves, bruja!

Y pasó casi empujando a Trébol y abandonó el salón.

—Qué maleducado. —El ojo blanco de Rikke y el rojo pasaron a Trébol—. Yo a ti te conozco.

—Nos encontramos una vez —respondió él—, en el bosque.

Y la chica había recorrido mucho desde que era la cosita hecha polvo y fibrosa que cayó a sus pies entonces. Había recorrido mucho y duro, y por un camino tortuoso, en opinión de Trébol.

—Lo recuerdo —dijo ella—. ¿Quieres oír lo que vendrá, Jonas Trébol?

—Creo que mejor no. —No era fácil cruzar la mirada con aquellos ojos extraños, uno con aspecto demasiado somero y el otro demasiado profundo. Pero Trébol se obligó a hacerlo—. Solo quería decirte que siento lo de tu padre. No lo conocía bien, pero ojalá lo hubiera conocido mejor. No quedan muchos hombres en el Norte de los que se pueda decir lo mismo.

—¿Por qué no te quedas? —propuso ella, enarcando una ceja. Parecía que la otra se la habían afeitado para hacerle el tatuaje—. Podemos hablar de lo que está por venir.

—¿Sabes qué? Ojalá pudiera. —Y era verdad. Preferiría haberse quedado con las brujas y el muerto que volver con Stour y sus hijos de puta—. Pero soy lo que soy.

Ocaso tenía el poder. Incluso más que antes, con el Sabueso devuelto al barro. Y Trébol no pensaba volver a ningún bando perdedor. Así que saludó con la cabeza a Isern-i-Phail, y saludó también con la cabeza a Rikke. Luego se volvió hacia la puerta.

Escalofríos estaba en su camino, con aquel ojo metálico suyo destellando en la sombra.

—Aún tenemos pendiente esa charla.

—Así es. —Trébol pensó en dar a Escalofríos una palmada en el brazo o algo, pero no parecía de los que se las toman bien—. Y la veo más necesaria que nunca.

Y se marchó.

Llovía cuando lo devolvieron al barro. Una lluvia fina, que empapaba el mundo entero. Suave como el beso de una doncella, como solía decir él. Parecía adecuado, en cierto modo, para la ocasión. Las gaviotas y el mar y las voces tristes atenuadas. Todo atenuado, como si el mundo estuviera envuelto en una mortaja.

Lo normal al enterrar a un hombre era que se pronunciaran unas pocas palabras. Palabras de su jefe o de su familia. Lo bueno que era, lo fuerte, lo valiente. Lo mucho que iban a echarlo de menos quienes seguían adelante a duras penas. Pero ese día parecía que todos los habitantes de Uffrith tenían algo que decir. El pequeño jardín de al lado del salón estaba atestado y los dolientes ocupaban también las calles mojadas de alrededor.

Uno por uno fueron situándose en la cabecera de la tierra recién removida, arrastrando los pies para decir sus palabras hasta que todo el terreno estuvo enfangado. Hasta que todo el terreno pareció una tumba. Todos tenían una historia. Algún gesto amable hecho. Alguna sabiduría ofrecida. Algún pedacito de coraje que les había dado coraje. Palabras suaves pronunciadas con aliento humeante. Lágrimas perdidas en la llovizna.

Dijeron que había sido el mejor de los suyos. El último filo recto. El mejor amigo de Nueve el Sanguinario, el peor enemigo de Dow el Negro, que había luchado por Bethod y contra él, por todo el Norte y más. Sombrero Rojo contó a viva voz una historia sobre la pelea en las Altiplanicies. Oxel ladró otra sobre el Asedio de Adua. Hardbread habló de la Batalla de Osrung, y la gente murmuraba con cada nombre famoso que aparecía, Curnden Craw y Whirrun de Bligh y Cairm Cabeza de Hierro y Glama Dorado. Hardbread había empezado con un murmullo entrecortado, su pelo blanco pegado a la coronilla manchada por la edad, pero hacia el final lanzaba relámpagos con la mirada y truenos por la boca narrando las grandes gestas realizadas en los valles del pasado. Ancianos convertidos de nuevo en jóvenes al fuego de esos recuerdos, solo por un momento.

Luego tomó la palabra Escalofríos con una mano en el pomo gris de su espada gris, y con la otra se apartó el pelo de la cara cicatrizada y habló con ese susurro quebrado que tenía.

—Algunos tenéis la mala suerte de conocerme desde hace mucho tiempo. Yo antes era… —Se quedó sin palabras un momento y permaneció allí callado con la mandíbula tensa—. Era el enemigo de todos, sobre todo de mí mismo. Un hombre que había malgastado todas sus oportunidades y ya no merecía más. Pero el Sabueso me dio una. En tiempos duros, es fácil endurecerse. Pero él era un hombre que siempre buscaba lo mejor en la gente. No siempre lo encontraba, pero nunca dejó de buscar. No perdía tiempo en sacar brillo a su propio nombre. En cantar sus propias canciones. Ni falta que le hacía. Todo hombre y mujer del Norte sabía de qué madera estaba hecho. Vuelve al barro, Sabueso. —Y dedicó un lento asentimiento a la tierra—. Da la impresión de que lo mejor de nosotros se va al suelo contigo.

Silencio entonces. Aquel silencio pesado, e Isern puso una mano en el hombro de Rikke. Una mano amable, por una vez, suave como la lluvia.

—¿Quieres hablar? No hace falta si no.

—Sí —dijo Rikke—. Quiero.

Y pasó entre la multitud de ojos llorosos hasta la cabecera de la tumba. Era un buen lugar para él. En el jardín que habría deseado cuidar mejor. Desde el que se veía la ciudad por la que había luchado tantos años. Desde el que se veía el mar. Le habría gustado tener a amigos a su lado, supuso Rikke. Pero sus sepulturas solitarias estaban esparcidas por todo el Norte, en los lugares donde habían muerto. Así era la vida del guerrero. La muerte del guerrero.

Alzó la mirada y vio todos aquellos rostros tristes vueltos hacia ella, todos esperando que dijera algo digno de escucharse.

—Mierda —dijo con voz ronca, meneando la cabeza a aquel montón de tierra. Había ayudado a ponerla encima de él. Allí la tenía, oscura en las rayas de la mano, negra bajo las uñas. Aún no podía creerse que él estuviera allí debajo y no fuera a salir sonriendo de entre la muchedumbre para tener la última palabra, la mejor de todas—. Puta mierda. —Inhaló despacio el aire salado por la nariz y se frotó la humedad del lado ciego de su cara.

»Ha estado bien escucharos a todos. —Intentó una sonrisa, pero le salió trémula y frágil—. Cuántas historias. Cuántas cargas de las que cogió un pedacito para echárselo al hombro. No me extraña que al final anduviera encorvado. No me extraña nada. Supongo que ahora nos tocará llevar nuestras propias cargas. O puede que compartir un poquito de la carga entre todos.

La gente se cogía de la cintura. Se apretaba las manos. Rikke se preguntó cuánto duraría aquel compañerismo. Supuso que tampoco demasiado.

—Cuántas batallas. —La voz se le había puesto aguda y rasposa y tuvo que carraspear para poder seguir—. Cuántos grandes nombres junto a los que se alzó. Contra los que peleó. Su historia fue la historia del Norte, durante sesenta años y más. Al oír hablar de sus victorias, pensabas que debía de ser el último de alguna raza de gigantes, pero… —Y sonrió, sin pretenderlo—. Era un pequeño gigante, mi padre. Habría preferido cultivar cosas que matarlas. No tuvo muchas oportunidades de hacerlo, como podéis ver por su jardín. Siempre iba a ponerse a atenderlo mañana. Pero adoraba sentarse aquí, con el sol en la cara. Podía pasar horas mirando el mar. Aguardando a que llegaran mejores tiempos con la marea.

Rikke deseó tener mejores palabras. Palabras que lograran abarcar todo lo que él había sido para ella. Todas las cosas sentidas y nunca dichas. Todos los agujeros que iba a dejar atrás. Pero ¿cómo hacer que todo eso encaje en un poquito de aliento?

—Por los muertos, estuve orgullosa de ser su hija —dijo—. La gente puede decir muchas gilipolleces en un funeral, pero hasta sus enemigos pensaban que era el mejor hombre del Norte. —Respiró hondo y húmedo, lo soltó fuerte y le hizo temblar el labio—. Es lo único que tengo.

Escalofríos le puso una mano en el hombro.

—Buenas palabras, Rikke.

Poco a poco, con pies arrastrados y cabeza gachas, la gente empezó a regresar a sus vidas. Poco a poco, el jardín se vació. Rikke se quedó allí mirando al suelo, deseando poder atravesarlo con la vista. Deseando poder obligar al ojo largo a abrirse y ver la cara de su padre otra vez. Pero su ojo se quedó frío como la lluvia, y como el mar, y como el frío suelo.

—¿De verdad ves sus muertes? —La frente de Hardbread estaba arrugada de preocupación—. Las del Gran Lobo y sus capullos. ¿De verdad ves todo eso? —Señaló nervioso la cara tatuada de Rikke—. ¿Con el ojo largo?

—He visto lo suficiente —dijo ella.

—Desde luego, sí que los has hecho correr. Los has espantado.

—Pues sí, ¿verdad?

Caurib había tenido razón. El poder del ojo largo no residía tanto en lo que una veía, sino en lo que hacía creer a la gente. Rikke no se había sentido poderosa en toda su vida hasta el momento en que había hecho poner pies en polvorosa a Stour y sus hombres solo con su ojo y sus palabras.

—Pero volverán —añadió Rikke—. Como lobos que merodean justo donde acaba la luz de la hoguera.

—Sí. —Hardbread se frotó disgustado los mojados mechones—. ¿Ves lo que deberíamos hacer ahora, entonces?

—Para ver eso no hace falta el ojo largo. —Sombrero Rojo había salido de la multitud menguante para fruncir el ceño a un lado de la tumba—. El puto Stour Ocaso no sirve para gobernar ni un pozo de mierda.

—Es un hijo de puta para sus enemigos. —Oxel también había aparecido, para no ser menos, y echaba chispas por los ojos desde el otro lado de la tierra excavada—. Pero al menos es norteño. Al menos es un guerrero.

—No se sabe quiénes serán sus enemigos de un día para otro. ¡Ni él lo sabe! ¿Y tú quieres que vayamos a lamerle el culo?

—Mejor el suyo que el de cualquier necio de la Unión que no ha desenfundado nunca una espada, a mil quinientos kilómetros al otro lado del mar.

—No creo que me guste demasiado el sabor del culo de nadie —musitó Rikke, pinzándose el caballete de la nariz con el índice y el pulgar.

—Eres mujer —dijo Oxel, despectivo.

—Cierto —respondió Rikke—. Me di cuenta la primera vez que intenté mear de pie. El día más decepcionante de mi vida.

—Me refiero a que no puedes mandar. Pero habrá quienes te escuchen, de todas formas. Por respeto a tu padre…

—¿Y por mi hermosa sonrisa? ¿Qué pasa con mi hermosa sonrisa? Tengo una sonrisa hermosa, ¿verdad, Isern?

—Como el sol asomando de una nube de tormenta. —Isern se hurgó con la uña en aquel hueco entre sus dientes, sacó un pedacito de comida, lo alzó pensativa a la luz y se lo comió.

Los dientes de Oxel rechinaron.

—Se acerca la hora de la verdad y no puede retrasarse. ¡Más os vale aseguraros de estar en el lado correcto!

Y se marchó malhumorado seguido por sus guerreros, que lanzaron miradas asesinas alrededor para que todo el mundo supiera que iban en serio.

—Stour quiere Uffrith —gruñó Sombrero Rojo incluso antes de que terminaran de irse—. Quiere todo lo que tenemos, y Oxel está planeando la forma de entregárselo. Tenemos que…

—¿Regalárselo todo a la Unión antes? —preguntó Rikke.

Sombrero Rojo levantó las manos.

—Soy viejo, Rikke. Cuando te haces viejo, empiezas a pensar qué clase de mundo vas a dejar a tus nietos. ¿Quiero que tengan que combatir otra vez en todas las guerras sangrientas que libré yo? Tú eras amiga de Brock. Ahora es lord gobernador. Podrías hablar con él.

Rikke dio un bufido.

—Preferiría hablar con el puto Stour.

—No es verdad —dijo Isern.

—No es verdad —reconoció Rikke—. Pero ninguno me atrae mucho.

—Siento que haya muerto tu padre —dijo Sombrero Rojo—. Fui segundo suyo la mayor parte de mi vida. No podría lamentarlo más. Pero las lágrimas no limpian a nadie, solía decir mi madre. Siempre ha sido imposible que el Protectorado sobreviviera al Sabueso. Oxel tiene razón en una cosa. La gente te hará caso. Más vale que decidas en qué bando de esto vas a estar.

Hizo un brusco gesto con la cabeza a sus hombres y se marcharon todos detrás de Oxel.

Hardbread estaba negando con la cabeza mientras los veía irse.

—Si juntas a tres norteños, tendrás tres ideas distintas.

—A menos que seas uno de ellos —dijo Isern—. Entonces tendrás dos ideas y a un viejo cabrón arrancándose los pelos intentando elegir entre ellas.

—O intentando no hacerlo —repuso Rikke.

Hardbread suspiró.

—Sí, bueno, a mí una vez me partió la boca Whirrun de Bligh, y desde entonces hago todo lo que puedo para que las cosas sigan pacíficas.

—Es una lástima que no se pueda estar en el bando de todos cuando todos están en bandos distintos —dijo Escalofríos, cruzado de brazos—. Tienes que elegir uno.

Hardbread miró a Rikke.

—Así que ¿cuál vas a escoger?

—Rikke la Escogedora, ¿eh? No hace tanto estaba eligiendo un ojo, ¿y ahora tengo que elegir bando? —Entrecerró los ojos para mirar al cielo, donde la lluvia empezaba a amainar—. Dejaré que la tierra se asiente sobre mi padre, luego arreglaré el jardín y luego pensaré un poco. Nada más haya tomado una decisión, os la diré, ¿qué os parece?

—A mí, bien. Claro que bien. Pero no te lo pienses demasiado. Es fácil que esto se ponga sangriento. —Y Hardbread y sus guerreros también escenificaron su marcha con paso firme, dejando a Rikke, Isern y Escalofríos solos en el jardín empapado.

—Se dice que puedes saber lo grande que fue un hombre por lo deprisa que la gente empieza a discutir cuando muere. —Isern entornó los ojos, pensativa—. Parece que tu padre era incluso un hombre más grande de lo que pensaba.

Rikke meneó la cabeza despacio.

—Ni me había dado cuenta de que tenía una columna apoyándome hasta que ha desaparecido. Creo que daría el ojo que me queda por hablar una vez más con él.

—Ese trato no está en la mesa —dijo Isern.

—Y casi que mejor. Necesitaré todos los ojos que pueda tener para ver un camino a través de lo que viene. —Puso una mano en el hombro de Escalofríos y la otra en el de Isern—. Y creo que os necesitaré también a los dos.

—Estaré aquí —dijo Escalofríos.

—Todo lo que quieras —dijo Isern, y se lamió el índice y el pulgar para amasar chagga en una bolita—. Pero… ¿qué es lo que quieres?

Era buena pregunta. Rikke se apretó la piel en carne viva alrededor del ojo con los dedos sucios. Las cosas iban a ser distintas. Todo sería distinto, y ella lo que más. Ni siquiera estaba cerca de acostumbrarse a haber perdido su cara, y para colmo había perdido a su padre y parecía que también podían arrebatarle su hogar.

—Mi padre decía que hay que ser realista. Mi padre decía que si quieres que las cosas se arreglen, tienes que arreglarlas tú. Mi padre decía que Uffrith necesitaría mis redaños y mi cerebro cuando él se hubiera ido.

—Ahí estuvo acertado. —Isern dirigió una mirada significativa a las espaldas de Sombrero Rojo, Oxel y Hardbread—. Esos viejos capullos no tienen ni un buen puñado de redaños o sesos entre los tres. Cómo son los viejos. Se vuelven débiles y tozudos a la vez, así que no tienen buenas ideas pero tampoco puedes quitarles de la cabeza las malas. —Ofreció la bolita a Rikke—. Al menor problema, se parten en astillas.

—Mi padre dijo que también necesitarían mi corazón —dijo Rikke, metiéndose la bolita detrás del labio.

—Mmm… —hizo Isern mientras preparaba otra bolita para ella—. Es una idea hermosa. Pero no tienes el nombre de tu padre, ni su fama, ni… para qué andarnos con rodeos, ni polla.

—¿Así que, si no tienes polla, no puedes permitirte un corazón?

—No si quieres que se hagan las putas cosas. Una cosa te digo, Calder el Negro no se salió con la suya a base de amabilidad. —Se metió la chagga en la boca y empezó a mascarla—. Verás, debes hacer de tu corazón piedra.

Rikke dio otro fuerte suspiro.

—Lo veo, lo veo. Puede que ahora tenga la mitad de ojos, pero veo el doble de claro. —Se acuclilló para poner la mano en la tierra recién revuelta una vez más y darle una palmada—. Tú descansa, papá. —El sol estaba saliendo, al menos, y Rikke miró hacia el mar y lo vio titilar—. Ya me ocupo yo de las cosas a partir de ahora.

Quinta parte

«Tres pueden guardar un secreto, si dos de ellos están muertos.»

Benjamin Franklin

El hijo predilecto La madera del barco rechinó contra el muelle y Leo inspiró una profunda bocanada del buen aire de Angland. Lo notó puro después del humo sucio de Adua. Lo notó honesto.

Había un gentío bastante grande congregado en los embarcaderos para darles la bienvenida a Ostenhorm a su esposa y a él, y aunque el tiempo estuviera gris, sus sonrisas eran soleadas. Alguien hacía ondear un estandarte de batalla. Los martillos cruzados de Angland, deshilachados en combate. Le hizo pensar en la Colina Roja, en la pelea del puente, en los hombres marchando a la victoria. Lo puso impaciente por marchar de nuevo.

—Te adoran —dijo Savine, con la mirada fija en la multitud vitoreante.

—Bueno, ya sabes cómo es esto. Adoran a los hombres que ganan peleas.

—Leo, de verdad te adoran.

—No sé si te había visto sorprendida alguna vez.

—He visto turbas furiosas y multitudes necesitadas, pero no puedo decir que haya gustado nunca a una muchedumbre.

—Seguro que ahora les gustas.

Savine levantó una mano enguantada y reacia para saludar. Los vítores ganaron intensidad. Un niño pequeño se puso a dar unos saltos tan enloquecidos en el muelle que Leo se preocupó por si caía al mar. Savine se echó a reír y le lanzó un beso, y el chico se puso tan rojo que amenazaba con desmayarse.

—Por los Hados —susurró—. Creo que es verdad.

Por desgracia, no todo el mundo era tan fácil de complacer. Mustred y Clensher avanzaron con graves ceños en el instante en que la plancha cayó del barco al muelle. Aparte de arrojarse al agua salada, no había escapatoria.

—¡Tenemos que hablar, excelencia! —rugió Mustred.

—Más problemas con los impuestos —protestó Clensher.

—¡Esos del Consejo Cerrado no tienen vergüenza!

—¡Ni piedad! ¡Alguien tiene que decir hasta aquí hemos llegado, carajo!

Leo hizo una mueca. Había confiado en poder llegar al menos a la residencia del lord gobernador antes de que el pantano burocrático se cerrara de nuevo sobre su cabeza.

—Llegaremos a eso, señores, pero ¿me permitís que os presente antes a mi esposa, lady Savine dan Brock?

—Vos debéis de ser lord Clensher. —Savine dio un grácil paso adelante para ofrecerle la mano—. Me gustan mucho vuestras botas. ¿Son nuevas?

—Bueno… resulta que sí, excelencia… —farfulló Clensher mientras se inclinaba para besarla. Era evidente que pretendía ver con malos ojos la elección de esposa que había hecho Leo, pero ya estaba encontrándolo difícil—. Conozco a vuestro padre, por supuesto.

Savine rio como si el hombre estuviera siendo un encanto.

—Tendré que disculparme por eso. Pero yo no soy mi padre. Soy vuestra señora gobernadora, y estoy aquí para hacer todo lo posible por ayudar. ¿Cómo se encuentra lady Lizet?

Las pobladas cejas de Clensher salieron disparadas hacia arriba.

—¿Conocéis a mi esposa?

—Solo por su reputación, pero tengo muchas ganas de solucionar eso. Mi amiga Tilde dan Rucksted es su sobrina, claro, y habla siempre muy bien de ella. Si no recuerdo mal, tenía problemas de espalda, ¿verdad?

—Bueno, ella…

—Me he tomado la libertad de traer unas sales que, según dicen, pueden hacer maravillas.

Zuri sacó un tarro de polvo coloreado de su bolsa.

—Caramba, qué detalle por vuestra parte —dijo Clensher con un hilo de voz, desarmado sin remedio.

—Y lord Mustred, qué magnífico bigote. A vos os he traído un volumen recién impreso sobre la heráldica de Angland y Starikland. ¿Lo teníais ya?

Mustred acarició la encuadernación cuando Zuri le entregó el libro.

—Vaya, no, ¡pero siempre he sido muy aficionado!

—¡Qué feliz casualidad! —Como si Savine hiciera alguna cosa sin pretenderla. Sonrió incluso con más dulzura y extendió las dos manos—. Y tú debes de ser Jurand, el viejo amigo y camarada de Leo.

—Eh… —Jurand había estado mirándola con bastante mala cara, por algún motivo, pero empezó a ablandarse—. Sí, hum…

—Había oído que tienes todos los sesos de por aquí, pero, Leo, ¿por qué no me habías dicho lo guapísimo que es?

—Bueno… —Leo carraspeó—. Supongo que no es algo en lo que se fije un hombre.

Se quedó mirando mientras Zuri hacía aparecer por arte de magia un paquete tras otro de su bolsa sin fondo. Savine había llevado regalos para todo el mundo. Y no la primera baratija que había encontrado, no. La clase de regalos que un amigo íntimo haría en una ocasión especial. En un instante había transformado la actitud general hacia ella de enfadada sospecha a perpleja delicia.

—A mí me costó años domesticar a esos perros viejos —murmuró la madre de Leo por la comisura de la boca—. Y ella los tiene comiendo de su mano nada más desembarcar.

—Poseo una participación en la armería de Ostenhorm —estaba diciendo Savine—, pero nunca había tenido ocasión de visitarla. ¿Quizá alguno de estos dos magnates tendría la amabilidad de mostrarme el camino?

—¡Sería un honor! —gritó Mustred ofreciéndole el brazo.

—¡Con todo el placer, excelencia! —gritó Clensher ofreciéndole el suyo, y Savine se marchó elegante con un viejo lord a cada lado, ambos sonriendo como idiotas y compitiendo por su atención.

Por la que bien podía ser la primera vez desde que ocupara el puesto de su madre como lord gobernador, Leo se encontró libre de las exigencias de ambos hombres. Libre de cojear hasta su pueblo exultante y estrechar manos, palmear hombros, devolver sus radiantes sonrisas. Libre de ser un auténtico líder.

—Joder, Leo. —Antaup estaba mirando sin parpadear un brillante par de espuelas nuevas con su blasón familiar en la hebilla—. Creo que me he enamorado.

—Lo sé —dijo Leo, sonriendo a Savine. Todos estaban sonriéndole en esos momentos—. Creo que yo también.

Acero contra acero. Por los muertos, cómo le gustaba a Leo ese sonido. Era más dulce que el canto de los pájaros. Atrapó la espada de Jurand con la suya y las hojas chirriaron y luego tañeron cuando apartó a su amigo de un empujón, apretó con un par de tajos y lo hizo retroceder trastabillando, manteniendo el equilibrio a duras penas en la hierba húmeda.

—Mejor. —Jurand sonreía mientras recuperaba la postura—. Mucho mejor.

—Ah, eso no es nada —dijo Leo, sonriendo también. Le gustaba estar de nuevo con él. Y con los demás, claro.

La pierna aún le dolía, pero estaba aprendiendo a manejarla. Se la había rodeado con un cinturón bajo los pantalones, por encima de la rodilla. La hacía más rígida, pero mucho más sólida. Jurand trató de buscarle el flanco, pero Leo observó, esperó y lo obligó a regresar al frente. Había tenido que cambiar de estilo. Mucha menos agresividad. Mucha más paciencia.

Jurand entró veloz, pero Leo estaba preparado y lo bloqueó una, dos veces, un cauteloso juego de pies para cambiar el peso y luego una estocada certera, y otra, y envió a Jurand dando traspiés por donde había venido.

Savine le había dicho que considerara su pierna solo como un nuevo reto. Superar retos era a lo que se dedicaba Leo, a fin de cuentas. Y Savine tenía razón. ¿Cuándo no la tenía?

Jurand atacó de nuevo, pero estaba cansado de tanto danzar. Leo desvió el primer tajo, dio un paso al lado para que el segundo pasara largo y entonces se retorció, descargó su arma, alcanzó la parte trasera del muslo de Jurand cuando este pasó a su lado con torpeza y lo envió rodando por el césped con un gañido desesperado.

Antaup dio un puñetazo al aire.

—¡Toque para el Joven León!

—Maldita sea. —Jurand se incorporó sobre un codo y escupió hierba—. Veo que estás mejor de la pierna, ¿no?

—Le falta mucho para curarse. —Leo enseñó los dientes por el dolor al ayudar a Jurand a levantarse—. Pero tengo que estar preparado.

—¿Para qué? —preguntó Antaup, subiendo y bajando las cejas—. Estás casado. Ahora se requiere de ti otra clase de esgrima.

Jin Aguablanca sonrió divertido.

—Sí. Ahora tu batalla está en la alcoba.

Todos rieron, pero no sabían la razón que tenían. Leo creía que Savine podía haberle aflojado un diente la noche anterior.

—¿Cómo están los hombres? —preguntó.

Jurand intentaba frotarse la mancha de hierba de su chaqueta de esgrima.

—Tenía pensado disolver dos regimientos, ahora que estamos en tiempos de paz y…

—No lo hagas.

Antaup entornó los ojos.

—¿Esperas problemas?

—Es posible.

—¿De quién? —preguntó Glaward, siempre buscando pelea—. No serán los putos norteños otra vez, ¿verdad? ¿O estás pensando en Dagoska?

—Mucho más cerca de casa.

Todos lo miraron, curiosos, emocionados. Leo sabía que no había lugar más seguro que los jardines de la residencia del lord gobernador, ni nadie en quien confiara más que en aquellos cuatro, pero aun así tuvo el impulso de hacer que sus amigos se acercaran. Cada vez que susurraba las palabras, cada vez que se lo contaba a alguien nuevo, se volvía ese poquito más real, ese poquito más peligroso.

—El Consejo Cerrado.

Jurand puso los ojos como platos.

—No hablarás en serio.

—¡Adua es un caos! Mucho peor de lo que hubiera podido imaginar. Hay problemas con los Rompedores. Problemas con los nobles. El Consejo Cerrado está fuera de control. El rey Orso, desbordado. Están renunciando a todos nuestros principios. A todo por lo que hemos luchado. ¡A todo por lo que luchó mi padre! —Estaba enfadándose cada vez más, y las caras de sus amigos se enfadaban al mismo ritmo—. ¡Están tirando el país por la puta alcantarilla! ¿Os habéis enterado de lo que le pasó a Fedor dan Wetterlant? ¿Os habéis enterado de lo que me pasó a mí?

Jurand cruzó una mirada de inquietud con Glaward.

—Algo… habíamos oído.

—¡Me echaron de la Rotonda de los Lores! —exclamó Leo—. ¡Por decir la verdad!

Jin retorció su gran puño contra la palma de la otra mano.

—Ojalá hubiera estado allí.

—La próxima vez estarás —dijo Leo, poniéndole una mano en el hombro—. No podemos dejar que esos hijos de puta se salgan con la suya. Llega un momento en que hablar de un mundo mejor sencillamente no basta. ¡En que los hombres buenos deben alzarse y combatir por él!

—Muy cierto —gruñó Glaward—. Muy cierto.

—Pero combatir al Consejo Cerrado… —Jurand tenía aquella mirada reprobadora suya. La misma que cuando Leo proponía alguna carga temeraria, pero peor—. Combatir al rey…

—¡Combatir *por* el rey! —Las dudas de Jurand estaban haciendo dudar a Leo, y eso solo provocaba que insistiera más—. Para liberarlo de esas putas sanguijuelas, esos putos burócratas. ¡Para que la Unión vuelva a ser como debería!

Todos parecían convencidos. Excepto Jurand. Él parecía menos convencido que nunca.

—Pero estás hablando de… —Bajó la voz a un apremiante susurro—. Estás hablando de *guerra civil* , Leo. Estás hablando de… bueno, de… —La palabra «traición» quedó sin decirse, pero flotó sobre la hierba como un mal olor de todos modos—. ¡Tiene que haber otra manera! ¿Esto es idea de la señora gobernadora? Se dice que es la mujer más ambiciosa de…

—¡Esto es idea mía! —Bueno, suya, de Isher, de Heugen y de Barezin—. Si Savine se enterara, se pondría hecha una furia. No puede saberlo, ni ella ni mi madre. Aún no. Pero cuando llegue el momento de decírselo, comprenderán que es lo que debe hacerse. —O al menos, el asunto estaría demasiado en marcha para detenerlo.

—Entonces, ¿no es solo que estés buscando pelea?

—¡La pelea nos la trajeron ellos! —restalló Leo, y Antaup dio un gruñido de asentimiento—. Nos dejaron para que muriéramos en su guerra. —Y Jin dio un rugido de apoyo—. Nos hicieron pagar por su guerra. —Glaward iba asintiendo con más fuerza a cada argumento—. Nos están desangrando con sus impuestos. —Leo se convencía a sí mismo a la vez que a ellos—. Están ahorcando a nuestros amigos. ¡Se están cagando en nuestros más solemnes principios!

—¡Cabrones! —bramó Antaup, echándose hacia atrás aquel mechón de pelo que al instante volvía a caerle en la cara.

—Nadie quiere una guerra —dijo Leo, aunque el corazón se le aceleró con el sonido de la palabra—. Todos esperamos que no llegue a declararse, pero… si no hay más remedio, debemos estar preparados. ¿Puedo contar con vosotros?

—¡Pues claro que puedes! —exclamó Glaward, rodeando los hombros de Leo con su pesado brazo.

—Para lo que sea —dijo Antaup, agarrándose a la espalda de Glaward.

—¡Siempre! —convino Jin, enganchando a Antaup por el cuello.

—¿Jurand? —Leo extendió el brazo y lo llamó con los dedos. Pero Jurand se quedó donde estaba, rascándose preocupado la mandíbula.

—¿Jurand? —intentó persuadirlo Glaward.

—¿Jurand, Jurand, Jurand? —intentó camelarlo Antaup.

Leo lo miró a los ojos y le puso la mirada más dolida que pudo.

—No me darías la espalda, ¿verdad?

—¡Nunca! —Y la sonrisa de Jurand emergió como el sol de detrás de una nube. Era una sonrisa afligida, pero una sonrisa de todos modos, y echó un brazo tras los hombros de Leo y otro tras los de Jin para cerrar el círculo—. Estaré contigo, Leo. Siempre que me necesites. Siempre. Pero tienes que…

—Significa mucho para mí. —Leo notó lágrimas en los ojos y atrajo más a sus amigos, formando una sudorosa piña—. Significa más de lo que podéis imaginar.

Jurand dio un grito de sorpresa cuando Leo lo empujó de espaldas, lo tiró al suelo y recogió su espada de la hierba.

—¡Y ahora defiéndete, mamón flacucho!

Contribuciones patrióticas Savine recorrió el cavernoso pasillo meneando la cabeza a los lados.

—Menudo edificio. Parece más una cárcel que un palacio.

—Sí que es una pizca… sombrío —reconoció Zuri, que estaba pasando un quisquilloso dedo por el saliente del revestimiento de madera.

Ostenhorm era bastante bonita, aunque careciera de muchas comodidades modernas, y el aire estaba mucho más limpio que el que solía respirar Savine, pero la residencia del lord gobernador en sí era horriblemente opresiva. Un laberinto de tenebrosa mampostería y tapices descoloridos, exhibiciones de deslustrado armamento y armaduras, muebles antiguos, tan viejos y enormes que podría haberlos utilizado el mismísimo gran Euz y ventanucos cubiertos de hiedra que solo dejaban pasar rendijas de luz polvorienta a la lobreguez, todo ello con un tremendo olor a moho y lenta descomposición.

—Tampoco es que aquí arriba les sobre el sol —dijo Savine—. Lo lógico sería esperar que utilizaran bien el poco que tienen.

—Casi hace que a una le entre nostalgia del Sur. —Zuri se quitó el polvo de la yema con un pulcro soplido—. Si no fuese por tanta guerra civil.

—La provincia entera de Angland está atrapada en el pasado. Por aquí tienen que cambiar muchas, muchas cosas.

En ningún lugar era tan evidente esa necesidad como en el llamado consejo de gobierno. Un nombre mejor podría haber sido consejo de refunfuño, dado que los ancianos que rodeaban la monstruosa mesa en el inmenso salón trataban cada punto del orden del día como un problema a evitar de la manera más tediosa posible.

Aquellos viejos aburridos toleraban la presencia de Savine y de lady Finree siempre que se sentaran a una desvencijada mesa lateral y se entretuvieran con algo femenino. De vez en cuando, si se expresaba alguna opinión demasiado anticuada o una actitud demasiado provinciana, las mujeres cruzaban los ojos y la madre de Leo levantaba la mirada hacia los cielos. El joven lord gobernador Brock parecía indiferente a la mecánica del gobierno, casi echando cabezaditas en ocasiones con el sonsonete de las vetustas voces. Hasta que salió el tema de los ejércitos de Angland.

—… y dado que se impone el ahorro para satisfacer al Consejo Cerrado —estaba borbotando Clensher, como si tuviera un calcetín lleno de gravilla en la garganta—, propongo que reduzcamos las fuerzas activas de Angland en dos regimientos y…

—¡No! —exclamó Leo, enderezándose tan de repente que las patas de su silla saltaron y dieron contra el suelo.

Savine no supo muy bien si fue la silla de Mustred o sus articulaciones las que dieron el crujido torturado cuando se echó también hacia delante.

—Excelencia, vuestro padre no pudo, ni tampoco podéis vos, permitirse mantenerlos en…

—Angland debe seguir teniendo un ejército fuerte. ¡Si acaso, deberíamos reclutar más tropas!

Lady Finree escogió ese momento para dejar a un lado su costura.

—Leo, tus lores tienen razón. Tal y como están las cosas, necesitamos dinero más que soldados y…

Leo descargó el puño en la mesa, haciendo encogerse a todo el mundo.

—¡Mi decisión está tomada! Y no te he pedido consejo, madre.

Hubo un silencio incómodo. Leo se volvió de nuevo hacia la mesa, enfadado, frotándose la pierna. Lady Finree se sonrojó mientras retrocedía a su silla. Savine lo sintió por ella, de veras, pero era una mujer del pasado. Quizá su hijo se comportara como un crío a veces, pero tratarlo como tal era un error. Si necesitaba tener a sus

soldaditos de juguete, Savine buscaría la forma de concedérselos. Mientras estuviera ocupado jugando a los ejércitos, ella podría moldear Angland para convertirla en la provincia plenamente moderna que necesitaba que fuese.

—Señores, ¿me permitís?

Mustred carraspeó.

—Bueno, en realidad…

—Creo que tengo una forma de satisfacer al Consejo Cerrado a la vez que financiamos el ejército fuerte que nos es necesario.

Clensher bufó.

—¿Sois hechicera, lady Savine? ¿Vais a conjurar dinero a partir del aire?

—En cierto modo. —Savine se levantó y posó la mano en la gran pila de libros de cuentas que Haroon había llevado hasta allí—. Me he tomado la libertad de estudiar la contabilidad de la provincia durante los últimos diez años.

Mustred se rascó el caballete de la nariz.

—Lady Savine, hemos estado llevando esas mismas cuentas desde muchos años antes de eso y…

—Pero la naturaleza de las finanzas, el comercio, la industria y la ley se ha transformado en ese tiempo. —Y aquellos viejos chochos apenas se habían percatado—. Yo he hecho una gran cantidad de negocios aquí. Aquí, y en Midderland, Starikland, Estiria y más allá. Veo muchas oportunidades para nuevos ingresos.

Al oír la palabra «ingresos», las cejas de Mustred y Clensher ascendieron de sopetón como izadas por una misma cadena. Eran como cualquier otro inversor, en el fondo. Lo único que de verdad importaba era el balance final.

—Con vuestra venia, me gustaría reunirme con algunas partes interesadas: propietarios de terrenos, minas y factorías, operadores de colonias penales, etcétera, con objeto de recaudar más impuestos. —Dio en el hombro de Leo el toque de ánimo más leve concebible—. Confío en que quedaréis agradablemente sorprendidos.

—Una sorpresa agradable sería un cambio para bien. —Leo puso la mano sobre la de Savine y miró a los ancianos por encima de la mesa—. ¿Qué daño puede hacer intentarlo?

Savine dedicó a los viejales parlanchines de Angland su sonrisa más dulce.

—En efecto, ¿qué daño, señores míos?

—¡Maese Arinhorm, qué tonificante es ver a un viejo amigo! —El ruido de los obreros poniendo ventanas nuevas en la fachada resonó tenue desde fuera mientras Rabik lo hacía pasar a la sala—. Disculpad tanta conmoción; estoy haciendo algunos cambios. Poniendo cosas al día.

Arinhorm se agachó para besar la mano de Savine.

—Lady Savine, es…

—Excelencia.

Arinhorm hizo una mueca casi imperceptible.

—Por supuesto, excelencia, mis disculpas. Es… mucho a lo que acostumbrarse.

—¡Pues poneos en mi lugar! ¿Quién iba a pensar que un día iba a acabar siendo la señora gobernadora de Angland?

Arinhorm movió la boca con amargura.

—Yo no.

—Me atrevería a decir que, cuando rechacé vuestro plan para incrementar la eficacia de las minas, ambos supusimos que ya jamás tendríamos nada más que ver con el otro. Y ahora, el destino nos fuerza a ser socios de todos modos.

Arinhorm miró pensativo a Zuri, que tenía el libro abierto en el escritorio delante de ella.

—¿Socios?

—Socios, *excelencia* —lo corrigió Zuri sin levantar la mirada.

—Vos y vuestras inversores en las minas de carbón, hierro y cobre de Angland estáis obteniendo grandes beneficios —afirmó Savine—. Lo sé porque Selest dan Heugen no deja de presumir al respecto.

—Hemos tenido… cierto éxito.

—Y a mí me deleita saberlo. Pero mientras vosotros prosperabais, otros sufrían. Mi marido se vio obligado a librar una costosa guerra contra enemigos que nos deseaban todo mal, y las exigencias de la corona nunca cesan. Angland ha sido de lo más hospitalaria con vos y vuestros socios. Por no mencionar con todo tipo de dueños de factorías, terratenientes, constructores e innovadores. Ha llegado el momento de repartir la carga.

Arinhorm se aclaró la garganta con delicadeza.

—Excelencia, las minas son de nuestra propiedad. Si funcionan bien, es gracias a mi duro trabajo y al riesgo que corrieron mis inversores.

—Comprendo el principio; yo misma he hecho unas pocas inversiones. Y por supuesto que las minas son de vuestra propiedad. Excepto las que son mías, que están fracasando por carecer de vuestras nuevas bombas. Vosotros poseéis las minas y poseéis el mineral extraído de ellas, eso nunca lo negaría nadie.

—¡No somos piratas! —soltó Zuri, con una sonrisa que habría sentado bastante bien a una pirata.

—Pero no poseéis los ríos ni los caminos por los que transportáis ese mineral hacia el mar, ni los muelles sobre los que ese mineral se carga para embarcarlo hacia Midderland. Todo eso pertenece a mi marido. —Savine abrió mucho los ojos, como si no hubiera caído en la cuenta hasta ese preciso momento—. Anda, supongo que eso significa que me pertenece a mí, ¿verdad?

Zuri hizo aletear las pestañas, toda inocencia.

—Cuántas cosas de las que ocuparse.

Arinhorm parecía estar cada vez más incómodo.

—Pagamos para su mantenimiento.

—Cantidades simbólicas, como bien sabemos los dos —replicó Savine—. Hemos repasado las cifras, maese Arinhorm. Tengo la sensación de que los dignos y ancianos caballeros que se han ocupado del gobierno de Angland no acaban de comprender los libros de contabilidad. Pero nosotras sí. Y hemos encontrado todo tipo de maneras de hacer las cosas más… equitativas. Maneras de que las industrias de la provincia contribuyan al bien común.

—¿Y si me niego?

Savine se encogió de hombros.

—Supongo que siempre podéis enviar vuestro mineral volando sobre el mar Circular.

Arinhorm estaba pasando de la incomodidad a la ira. Savine disfrutó bastante viéndolo.

—¡Pues interrumpiremos el suministro y punto! En menos que canta un gallo, las fundiciones de Midderland clamarán para que volváis a abrir el grifo.

—No tengo ningún inconveniente en que dejéis vuestro mineral pudriéndose en vuestros almacenes, pero entonces, por supuesto, el precio del mineral subirá como la espuma y supongo que mis minas fracasadas no seguirán fracasando mucho tiempo más. —Savine extendió los brazos para acomodarlos sobre el respaldo del diván—. Así que veréis, abráis la puerta que abráis, Savine va a pasar primero. En los negocios, maese Arinhorm, hay que ser realista.

Zuri se llevó una mano al pecho.

—No hay más remedio que ser realista.

—Esta es nuestra sugerencia. Pagaréis aranceles por cada tonelada de mineral trasladada sobre cada kilómetro de la provincia de mi marido. Y también le cederéis una décima parte de todos vuestros intereses empresariales.

—Pero… ¡acabáis de reconocer que las minas son nuestras!

—Por supuesto. —Zuri asintió con gran seriedad—. Y según mis cálculos, nueve décimas partes de ellas lo seguirán siendo.

—¡Esto es un robo! —farfulló Arinhorm a Zuri.

—He dicho que no somos piratas. El robo es una categoría mucho más amplia. Pero en mi libro de cuentas, el concepto será… —Zuri bajó el dedo por la página y dio un limpio toque en una entrada—. Contribuciones patrióticas.

—Eso es —dijo Savine—. ¿A que así suena mejor? Algo de lo que todos podemos enorgullecernos. Además, equiparéis mis minas con vuestras bombas corriendo vos con los gastos. Luego podremos permitir que sigáis operando.

—¿Permitir…? —Arinhorm se la quedó mirando boquiabierto.

—Permitir, *excelencia* —lo corrigió Zuri con impecable sincronización.

Savine había oído decir que lo mejor era derrotar a los adversarios con justicia, pero ella prefería con mucho derrotarlos con la baraja amañada muy a su favor.

—Llevo un tiempo arrepintiéndome mucho —dijo Savine— de permitir que vuestro plan se me escurriera entre los dedos solo porque como persona os encuentro detestable. Me alegro mucho de que al final hayamos tenido la ocasión de hacer negocios juntos.

—¡Hablaré con vuestro marido! —rugió Arinhorm.

—¿Hablaréis con el Joven León… para quejaros de su esposa? —Savine lanzó a Zuri una mirada compasiva.

Zuri se la devolvió.

—Imagino que un hombre podría considerarse afortunado si saliera de esa conversación con todos los dientes.

—¡Tengo amigos en el Consejo Abierto! —espetó Arinhorm.

—Yo los tengo a decenas —repuso Savine con un suspiro—. Por eso sé que sirven de bien poco.

—Hablaré con el Consejo Cerr…

—Dejadme que os evite esfuerzos inútiles. El Consejo Cerrado quiere recaudar, y ha pedido a mi marido que busque el dinero, así que él me ha pedido a mí que se lo encuentre. Es lo que estoy haciendo, con el apoyo entusiasta de todo aquel que pinta algo. Hablad con vuestros inversores, por supuesto, pero mi consejo sincero es que paguéis antes de obligarme a exprimiros más. Os sorprendería lo poderosos que se han vuelto mis dedos desde que me casé con el lord gobernador. No querría aplastar sin querer a alguien, pero…

—Podría pasar —murmuró Zuri.

Arinhorm se levantó tambaleándose, pero no le quedaba nada que decir. Savine se había asegurado de ello. Lo único que podía hacer era dar media vuelta y salir furioso de la sala.

—Ah, y… ¿Arinhorm?

El hombre miró atrás desde el umbral, con los puños, los dientes y sin duda el ojete bien apretados.

—¿Excelencia? —logró sisear.

—Cuando la veáis, por favor dadle recuerdos míos a Selest dan Heugen.

La puerta se cerró con un chasquido y Savine volvió a reclinarse cómodamente. Cayó en la cuenta de que llevaba todo el día sin pensar en Valbeck.

—¿Está mal que haya disfrutado de este? —preguntó Zuri, mirando el reloj y haciendo otra marca en su libro de cuentas.

—Debemos obtener nuestros placeres de donde podamos. ¿Quién viene ahora?

Un pequeño ahorcamiento público

—Odio los putos ahorcamientos —rezongó Orso.

—Son de mal gusto pero necesarios. —Su madre hablaba en estirio, por supuesto, poniendo a prueba los límites del esqueleto humano en cuanto a postura majestuosa y supervisando el enjambre de humanidad amontonado ante el patíbulo como un cisne obligado a presidir una multitud—. Como gran parte de la vida.

Orso contempló a los verdugos encapuchados controlar su maquinaria, engrasar la palanca, tirar del nudo corredizo.

—Algo más que de mal gusto, ¿no te parece?

—Pues concede un indulto de última hora. Sé Orso el Clemente.

—Técnicamente posible. Políticamente impensable. —Orso bajó la mirada a los bancos reservados para la aristocracia y descubrió que no pocos de los escasos asistentes le devolvían la mirada con furia. Por lo menos lady Wetterlant no había acudido. Sin duda, planear su venganza le ocupaba todo el tiempo—. Los nobles no me odiarían menos —observó. El gran redil donde se amontonaban los plebeyos contrastaba con su atmósfera festiva: bebidas, hurras, niños contentos a hombros de sus padres. Les encantaba ver matar a cualquiera, claro, pero la ejecución pública de un miembro del Consejo Abierto era un sueño hecho realidad—. Y los plebeyos me odiarían mucho más. Por no mencionar que quedaría como un veleta debilucho.

—Si no tiene remedio, deja de quejarte. Sé Orso el Estoico.

Se hundió con más amargura si cabe en su silla bañada en oro.

—Nos condené a esto al buscar un punto intermedio. Al intentar hacer lo correcto.

La reina viuda hizo un chasquido de frustración con la lengua.

—Por favor, Orso, no eres el trágico protagonista de una obra pretenciosa. Eres un rey. No te corresponde a ti hablar de lo correcto.

—Orso el Pragmático empieza a ver eso pero que muy claro.

Se extendió el ruido. Vítores, abucheos, insultos. Una oleada recorrió la multitud, que presionó contra las barreras, contenida por los adustos soldados de la Guardia Real.

Estaban llevando a Wetterlant hacia los peldaños del patíbulo, con las manos atadas a la espalda.

Había cambiado de nuevo. Le había vuelto a crecer una fea pelusa, tenía la cara flaca y los ojos hundidos en oscuros anillos. No quedaba ningún rastro de arrogancia. La realidad de su situación por fin habría calado en su consciencia. Orso había confiado en Isher y había acabado quedando como un idiota. Wetterlant había confiado en Isher e iba a costarle la vida. El gentío abucheó con más intensidad cuando lo arrastraron hasta la sombra del patíbulo y los ojos de Wetterlant, muy abiertos, se alzaron hacia él.

—Casi me da pena el pobre cabrón —murmuró Orso.

Su madre no mostraba más emoción por el espectáculo que un busto de mármol.

—Si tanto odias los ahorcamientos, ¿por qué venir siquiera?

—Es la justicia del rey. ¿Qué imagen daría que el rey ni se molestara en ver que se administra?

—Tu padre era igualito. Nunca estaba tan feliz como cuando era desgraciado.

Orso se hundió todavía más.

—Nunca dudé que sería un rey espantoso, pero tampoco pensé nunca que sería el hijo de mi padre hasta… ¡Au!

Su madre le había asido la muñeca con repentina fuerza y estaba clavándole unas uñas inmaculadas.

—¡También eres hijo mío! Así que sonríe. Y medita tu venganza.

—¡Fedor dan Wetterlant! —exclamó a voz en grito el inquisidor al mando. El ruido se redujo a un horrible murmullo, aliñado de gritos y chanzas—. Habéis sido declarado culpable de violación y asesinato y condenado a muerte por ahorcamiento. ¿Tenéis alguna cosa que decir?

Wetterlant parpadeó como un estúpido a los nobles. A los plebeyos. A Orso y a su madre. Dio un vacilante paso hacia el borde del cadalso.

—Yo… —Tragó saliva—. Yo…

Algo pringoso estalló contra su hombro. Un huevo lanzado, tal vez. Y como si fuese una señal, hubo otra oleada en la multitud. Los soldados apartaron a la gente con feroces empujones de la barrera. El ruido se redobló. Por toda la plataforma rebotó más basura arrojada. Wetterlant intentó gritar algo, pero su voz se perdió.

El inquisidor crispó la cara de aversión e hizo una señal con la cabeza a uno de los verdugos, que puso el capuchón en la cabeza de Wetterlant desde atrás. Sus chillidos se interrumpieron de golpe cuando le apretaron la cuerda al cuello.

—¡Dejad que hable! —gritó alguien desde el recinto de los nobles—. ¡Dejad que…!

Algo golpeó a un verdugo en la cara, lo hizo retroceder a trompicones y dio contra la manivela con el codo. La trampilla se abrió hacia abajo, pero Wetterlant aún no estaba bien situado del todo. Dio un grito ahogado cuando desapareció el suelo bajo una pierna, pero el otro pie seguía en el patíbulo y terminó a medio caer, retorciéndose y sacudiéndose con una rodilla atrapada bajo el mentón y la cuerda tirante pero no lo suficiente.

La muchedumbre dio media gran aclamación al verlo caer, y luego medio gran abucheo al ver que no lo hacía por completo, y luego risas y mofas y más comida arrojada mientras el inquisidor la emprendía a gritos en vano con los verdugos.

La madre de Orso cerró los ojos, se apretó con delicadeza el dedo corazón contra la frente y maldijo en estirio para sus adentros. Orso no podía más que mirar. Así era su reinado hasta el momento. Cuando por fin decidía ahorcar a un hombre al que no había querido ahorcar en un principio, no lograba hacer ni eso sin que todo el asunto degenerara en una farsa. Se levantó de un salto, presa de una súbita rabia.

—¡Por el amor de los Hados, hacedlo de una vez!

Pero Wetterlant se había quedado atascado en la tranquilla y los verdugos no encontraban ninguna solución. Uno forcejeaba inútilmente con la manivela, otro tenía al prisionero agarrado por las axilas para sacarlo y un tercero daba puntapiés a la única pierna que conservaba Wetterlant sobre la trampilla, intentando empujarlo hacia abajo. Mientras tanto, el condenado profería un agudo gimoteo, la cuerda sin tensar en torno a su cuello y la capucha aleteando violentamente con su respiración desesperada.

Un noble del Consejo Abierto, tal vez Barezin, estaba de pie y vociferando su indignación, pero resultaba del todo inaudible entre los chillidos de los plebeyos, que estaban acribillando el patíbulo con comida podrida. Hubo un chillido, seguido de otra oleada más salvaje de brazos agitados entre la multitud. Había estallado una pelea que se extendía por momentos.

La gente había empezado a tirar cosas al recinto de la nobleza. No solo fruta, sino también monedas. Orso oyó que una botella se hacía añicos. Vio a alguien levantarse como pudo de su asiento con sangre en la cara.

Con una última y violenta patada, uno de los verdugos logró soltar la pierna de Wetterlant y hacerlo desaparecer bajo la plataforma. La cuerda se tensó. Hubo hurras desganados desde algunas zonas, pero apenas se oyó entre el creciente caos de la plaza. Aquello casi podría describirse ya como una revuelta, una bullente masa de cuerpos agitados y soldados presionados en la periferia, de gente que intentaba huir a lugares más seguros en todas las direcciones.

A Orso le pareció que alguien gritaba:

—¡Los Rompedores!

Un proyectil impactó en la tela de oro con un sol bordado que pendía detrás de Orso. Notó que se le mojaba el pelo y se apartó con brusquedad, sorprendido. Una cabeza sangrante quizá habría resultado hasta dramática, pero Orso más bien sospechaba que sería fruta podrida.

La madre de Orso subió la barbilla más si cabe, como retándolos con un objetivo más grande.

—¿Están lanzándonos cosas a *nosotros* ?

Oyó bien claro un grito de: «¡Abajo el rey Orso!», pero no alcanzó a saber de dónde procedía. Podría haber sido un plebeyo o un noble. Ni siquiera se lo habría reprochado mucho a su madre si hubiera elegido ese momento para declararse en su contra.

Oyó sin lugar a dudas un chillido de: «¡Que le den por culo al Joven Cordero!». Practicantes vestidos de negro estaban abriéndose paso entre la aglomeración, repartiendo porrazos y puñetazos, arrastrando a figuras que se resistían fuera del caos. Orso vio a un grupo de hombres rebasar la línea de soldados y empezar a rodear la base del cadalso, golpeando y forcejeando. Gorst se alzó ante Orso, escudándolos a él y a su madre con su cuerpo blindado.

—Majestades —trinó—, es hora de marcharnos.

Orso asintió, cansado.

—De verdad que odio los ahorcamientos.

Antiguas maneras, buenas maneras

Rikke estaba sentada descalza en el banco de su padre, cortándose las uñas de los pies, cuando los jefes guerreros entraron. Isern se encontraba en el suelo a su izquierda con la lanza sobre las rodillas, Escalofríos a su derecha con los pulgares metidos en el cinto. Por los muertos, cómo se alegraba Rikke de que estuvieran allí. No había otro dúo mejor en todo el Círculo del Mundo que tener a ambos flancos, y los dos estaban de acuerdo y preparados para el papel que interpretarían en lo que estaba por venir.

Primero llegó Sombrero Rojo, luego Oxel, luego Hardbread. Rikke les hizo un gesto para que se acercaran, tan amistoso como pudo. Antes los hombres solían sonreírle mucho. Pero aquellos viejos guerreros tenían la actitud nerviosa que la gente tendía a adoptar con ella desde que perdiera un ojo y le pincharan runas alrededor del otro. Como temerosos de que, si se daban la vuelta, ella pudiera morderles el culo.

—Perdonad que os haya hecho esperar, chicos —dijo, aunque pocos hombres habían tenido jamás menos aspecto de chicos, ya que a duras penas sumaban un pelo oscuro entre los tres.

—Bueno —gruñó Oxel mientras los Mejores Guerreros de los tres jefes se congregaban callados y suspicaces en el salón tras ellos—, o nos vamos con la Unión o nos vamos con el Norte. Es una gran decisión que tomar.

—Claro, porque hasta ahora solo he tomado decisiones pequeñas. —Rikke tiró las tijeras al suelo y cruzó las piernas—. Qué canción cantar o cómo de largas dejarme las uñas de los pies o qué ojo dejar que me saquen de la cabeza.

Hardbread torció el gesto al oírlo.

—Pero ya te has decidido, ¿verdad?

—¡Confiaba en que una visión me mostrara el camino! —Rikke alzó un brazo para señalar hacia las vigas. Entonces volvió a recostarse en el banco—. Pero el problema de las visiones es que son como esas cabras pequeñas que crían los montañeses. Unas mamonas tozudas es lo que son. No se les puede meter prisa.

Oxel frunció el ceño mirando a Sombrero Rojo y Sombrero Rojo le devolvió el gesto, y detrás de ellos los guerreros emularon a sus jefes, como son propensos a hacer los guerreros. Era un montón enorme de ceños fruncidos para que los contuviera un solo salón.

—¡Pero entonces me di cuenta! —Rikke se levantó como por resorte con los pies descalzos sobre el banco, haciéndolos saltar a todos—. ¡Esto es el Norte! ¿Quién necesita el ojo largo? Aquí arriba tenemos nuestras maneras de resolver las cuestiones.

—Buenas maneras —dijo con voz ronca Escalofríos, y la gema roja destelló en su dedo cuando movió los pulgares en torno a la desgastada hebilla de su cinto.

—Antiguas maneras —cantó Isern-i-Phail, y escupió chagga y se secó el labio.

—¡Tradiciones de probada eficacia! —Rikke meneó un dedo a los ancianos como si se hubieran salido del pasto y ella estuviera allí para hacerles de pastora—. Mi padre siempre decía que, si quieres que las cosas se arreglen, tienes que arreglarlas tú. Y no hay mejor forma de resolver una diferencia de opiniones… —Hizo un anillo con el índice y el pulgar y miró a los jefes a través de él con el único ojo que aún podía—. ¡Que en el círculo!

No hubo ningún entusiasmo instantáneo de los tres viejos jefes guerreros. Hardbread iba corto de entusiasmo, instantáneo o no, y los otros dos necesitaban un tiempo para hacerse a la idea de una pelea a muerte.

—¿El círculo? —Sombrero Rojo apoyó una mano en el pomo de su espada, y los Mejores Guerreros inundaron el salón hasta las vigas de nerviosos murmullos.

—Se parece un poco a un cuadrado, pero sin esquinas —dijo Rikke—. Puedes meterte dentro y resolver esto de hombre a hombre. ¡Las ideas pueden enfrentarse! Y así, en vez de derrochar todas nuestras fuerzas en una guerra, podremos marchar hacia el futuro codo con codo. Tenga el valor que tenga lo que yo diga, respaldaré al ganador. ¿Hardbread? ¿Te contentarás con hacer lo mismo?

Hardbread parecía lo contrario de contento.

—Preferiría tomar un sendero en el que no hubiera que derramar más sangre.

—Tú y todos. Pero aquí arriba en el Norte, la mayoría de los senderos que merece la pena tomar resultan al menos un poquitín sangrientos.

Nadie objetó a eso. ¿Cómo iban a hacerlo? Hardbread se desinfló, cansado.

—Supongo que sí. Siempre que ninguno de vosotros dos se eche atrás.

Ninguno de los dos viejos guerreros parecía dispuesto a echarse atrás ni un pelo. Un pelo encanecido, claro. Sombrero Rojo hinchó el pecho y pasó el puño del pomo de su espada a la empuñadura con un belicoso repiqueteo.

—Será mejor que vayamos eligiendo un momento y un lugar para…

Isern retiró de un tirón una gran lona y envió paja volando por todas partes. Debajo estaba el círculo que había pintado esa misma mañana, de cinco pasos de diámetro en el suelo del salón.

Enseñó el hueco de sus dientes al sonreír.

—¡No hay momento como el ahora, hermosos míos!

—No hay lugar como el aquí —añadió Escalofríos.

—Tenéis prisa por resolverlo, y hacéis bien en tenerla. —Rikke volvió su ojo izquierdo hacia los ancianos, que parecían tener menos prisa que nunca, y lo abrió tanto como pudo—. No soy solo yo quien necesita conocer el futuro de Uffrith.

Isern se agachó y dio un capirotazo al pomo de la espada de Oxel con la uña.

—Los dos venís armados, así que ¿hace falta todo ese jaleo de escoger armas? ¿O podemos pasar directos a la carnicería?

Oxel levantó la barbilla y se rascó la barba blanca del cuello. Saltaba a la vista que no disfrutaba mucho de aquel repentino empujón al frío abrazo de la muerte, pero tampoco veía ningún modo de evitarlo. La fama de un jefe guerrero se basaba por completo en la lucha, a fin de cuentas. Recular de una pelea bien podría acabar con él.

—Podemos pasar directos —gruñó, y desenvainó su espada.

Sombrero Rojo desenfundó la suya casi al unísono.

—Sí. Resolvámoslo aquí y ahora.

—¡Escudos para los demás, pues! —gritó Isern, dando una palmada—. ¡Y nuestros dos campeones grises, venga, al círculo!

No hubo el tradicional intercambio de insultos mientras los hombres de Oxel y los de Sombrero Rojo pasaban las manos por las embrazaduras de sus escudos y formaban un muro alrededor del borde del círculo. Estaban todos aturdidos por lo rápido que había sucedido aquello.

Oxel flexionó la cabeza un par de veces con un chasquido de huesos del cuello. Sombrero Rojo soltó la hebilla de su capa y la arrojó hacia atrás a uno de sus hombres. Los dos se erizaron como si tuvieran tanto brío a los sesenta años como lo habían tenido a los veinte, y saltaba bastante a la vista que ninguno de ellos lo tenía. Quizá de lo contrario no se habrían dejado convencer tan fácilmente de enfrentarse entre ellos. Pero, claro, conseguir que los guerreros peleen siempre había sido fácil. Hacer que los muy cabrones pararan era el truco complicado.

—¡Vaya, tenemos aquí un asunto al que la luna puede sonreír! —proclamó Isern—. Todos sabemos qué se discute y todos sabemos qué depende del resultado. ¡Vamos a ello!

Salió del círculo sin dar tiempo a nadie para cambiar de opinión y los escudos se trabaron a su espalda, raspando sus brocales metálicos, con los lados pintados hacia dentro.

Con cierta renuencia, los dos viejos jefes guerreros empezaron a dar vueltas en torno al otro, Sombrero Rojo con la punta de la espada hacia arriba, Oxel con la suya por el lado. Fueron acercándose, Oxel con los dientes desnudos y Sombrero Rojo con la lengua moviéndose por el labio inferior. Dieron otra vuelta, más cerca todavía, y entonces Sombrero Rojo lanzó una estocada y Oxel la detuvo, le devolvió un tajo y Sombrero Rojo lo esquivó agachándose. Los portadores de los escudos dieron un respingo y los escudos rechinaron mientras el círculo se encogía y recuperaba la forma, y entonces el ruido creció, los hombres de detrás hicieron presión, y dieron voces, y sacudieron los puños, y gruñeron y gritaron y bramaron animando hasta que el salón se llenó de un rugido que podría haber despertado al padre de Rikke donde yacía, en la tierra oscura y profunda justo fuera de las paredes de madera.

Rikke se arrebujó en la antigua piel de oveja. Aún olía a él, si es que era posible. Deseó por un momento que de verdad pudiera despertar, y lo imaginó entrando a zancadas para ver a qué venía tanto alboroto. Pensó en él sonriéndole como solía hacer, somo si ella fuese lo más valioso que tenía. Lo más valioso que existía. Y entonces se preguntó si sonreiría al ver su ojo cegado y las runas de su cara. Se preguntó si la miraría fijamente, temeroso y asqueado como todos los demás. La idea hizo que le aflorara una lágrima al ojo ciego que tuvo que limpiarse.

Para entonces, había más líquido manando. Caía un chorrito de sangre de la manga de Sombrero Rojo y goteaba desde las puntas de sus dedos, y Oxel tenía la boca roja por un codazo y cojeaba un poco. Casi dieron remordimientos a Rikke por poner a dos ancianos a matarse uno al otro, pero tenía que hacer de su corazón piedra. Alguien debía marcar el rumbo de Uffrith tras la muerte de su padre.

El acero tañó y los dos viejos jefes guerreros gimieron, se tambalearon y forcejearon, cansados y torpes. No era un espectáculo muy edificante, a decir verdad. Había un motivo por el que la lucha se reservaba casi en exclusiva a los jóvenes. El pecho de Oxel resollaba y su espada empezaba a flaquear. El rostro tenso de Sombrero Rojo relucía de sudor mientras hacía acopio de fuerzas para intentar un tajo más, pero era evidente dónde iba a caer. Trazó un arco alto y Oxel se apartó trastabillando. No fue del todo que respondiera con una estocada, en realidad, sino más bien que Sombrero Rojo resbaló y la suerte quiso que cayera derecho en la espada de Oxel. La suerte puede ser una zorra bastante chanchullera, la verdad.

La hoja lo atravesó de lado a lado y la chaqueta de Sombrero Rojo se ahuecó a su espalda hasta terminar en una punta brillante, y luego se fue volviendo toda roja, no solo la capucha. La cara se le puso rosada, las venas se hincharon en su cuello e intentó hablar, pero solo consiguió soltar borbotones de sangre al suelo.

Oxel sacó su espada de un tirón y Sombrero Rojo se tambaleó con la espada colgando de la mano y la punta rascando el suelo. Tosió y tuvo una arcada, como si no pudiera respirar. Dio un gemido siseante al levantar la hoja una vez más, y Oxel dio un cauto paso atrás, pero lo único que hizo Sombrero Rojo fue atizar el aire con ella, dar la vuelta entera por el impulso y derrumbarse de costado. Le salió un chorrito de sangre de la boca que se extendió por las grietas entre las piedras a su alrededor, y sus ojos contemplaron desorbitados la nada.

—Parece que Uffrith no se incorporará a la Unión, al final —dijo Isern, apoyada en su lanza.

Los hombres de Oxel aclamaron a voz en grito. Los de Sombrero Rojo se encorvaron, taciturnos y callados. A Rikke siempre le había caído bien Sombrero Rojo. El anciano se había reído de sus bromas siendo niña. Lo había visto hablar con su padre hasta bien entrada la noche, con el reflejo del fuego en sus caras arrugadas. Y entre incorporarse a la Unión o al Norte, suponía que la suya había sido mejor idea de largo. Pero alguien tenía que timonear Uffrith y no podía ser él.

—¡Gano yo! —rugió Oxel, levantando su espada sanguinolenta—. ¡Gano yo, joder! Enviad un mensajero al Gran Lobo diciendo que nos uniremos al Norte y…

—¡Eh, eh, eh! —gritó Rikke, levantando las palmas por encima de la cabeza y atrayendo todos los rostros hacia ella—. No nos precipitemos. Yo no he aceptado eso.

—¡Has dicho que respaldarías al ganador!

—He dicho que las ideas deben enfrentarse. No he dicho que hubiera solo dos.

La cara de Oxel se crispó.

—¿Qué coño estás diciendo, chica?

—Sombrero Rojo decía que fuésemos con la Unión. Tú dijiste que con el Norte. Me lo escupiste sobre la tumba de mi padre, si no recuerdo mal. —Lo dejó ahí un momento, sintiendo su propio corazón aporrearle en el pecho, y luego levantó los hombros como si le diera igual—. Yo digo que nos quedemos como estamos. Como nos quería mi padre. Independientes.

—¿Y quién luchara por eso? —dijo Oxel con expresión burlona—. ¿Tú?

—¿Una mujer en el círculo? Ni se me ocurriría contaminar esta orgullosa institución metiendo mis tetas en ella. El primer paso para que se haga algo es saber lo

que no puedes hacer, y yo no duraría ni dos latidos ahí dentro contigo. Supongo que se lo dejaré a mi campeón. —Y Escalofríos apartó a un portador de escudo de Sombrero Rojo y pasó junto a él, con su espada gris desenvainada colgando a un lado—. O sea, ¿para qué tener un campeón si no libra él tus duelos?

Se extendió un murmullo entre los hombres que miraban. Los hombres de Oxel, y los de Sombrero Rojo, y los de Hardbread, y los demás. Miedo, y furia, y entusiasmo también. Nueve el Sanguinario era el peor hombre del mundo con el que encontrarte dentro del círculo. Pero Caul Escalofríos era el segundo por bien poco.

—¡Zorra truculenta! —bramó Oxel.

Rikke se rio.

—Sí, Rikke la Truculenta. ¡Pero esto es el Norte! Los trucos son una tradición incluso más antigua y buena que los duelos. —Dejó que su sonrisa se desvaneciera—. Mi padre luchó toda su vida para que pudiésemos ser libres. Luchó contra sus amigos y sus enemigos. Luchó contra Dow el Negro, y Calder el Negro, y Scale Mano de Hierro, y Stour Ocaso, y nunca perdió. Lo dio todo por eso. Dio y dio hasta ser solo un cascarón. ¿Y crees que voy a renunciar a lo que me dio a mí solo porque tú lo pides? —Retrajo los labios y chilló, esparciendo saliva—: ¡Y ni siquiera lo pediste con puta educación!

Oxel movió la boca.

—Ya veremos, zorrita.

—La que ve soy yo. —Rikke hizo un asentimiento a Escalofríos—. Los muertos son ciegos.

Para ser justos, Oxel también le dio una sorpresa a ella al embestir sin esperar siquiera a que arrastraran fuera del círculo el cadáver de Sombrero Rojo, atacando el lado ciego de Escalofríos con todo lo que tenía. Sin duda pensaba que su mejor apuesta era la sorpresa y sabía que sus posibilidades irían marchitándose con cada tajo. Era indudable que estaba en lo cierto.

Fue un buen intento, pero Escalofríos estaba más fresco, y era más fuerte y rápido, y Rikke no vio que él se sorprendiera. Desvió la espada de Oxel con la suya y el metal chirrió cuando la hizo a un lado para rajar una larga cicatriz en un escudo del borde del círculo.

Oxel recuperó el equilibrio mientras Escalofríos tomaba distancia, sopesando su espada, la brillante runa cerca del puño destellando en la hoja apagada.

—¡Vamos, hijo de puta! —rugió Oxel—. ¡Vamos, gusano medio ciego! ¡Te voy a hacer un ojete nuevo!

Escalofríos no desperdició el aliento en palabras hostiles. Solo observó. Tranquilo como un pescador esperando la marea.

Oxel se abalanzó contra él, fintó bajo pero atacó alto. Rikke se sobresaltó, segura de que alcanzaría a Escalofríos en la cara, consciente de que el futuro de Uffrith, por no mencionar el suyo propio, pendía de un hilo. Pero Escalofríos dobló hacia atrás la cintura en el último momento, dejó que la hoja pasara frente a su nariz, dejó que Oxel tropezara tras ella.

Caul Escalofríos no era Stour Ocaso. Si alguna vez había tenido la menor inclinación por jactarse, la había dejado muy atrás en el pasado junto a su otro ojo.

Su espada se hundió profunda en el costado de Oxel, por debajo de las costillas, y la sangre salpicó los rostros boquiabiertos de sus portadores de escudos.

Oxel se tambaleó de lado, dio un burbujeante resuello, aferrándose el costado mientras la sangre escapaba oscura entre sus dedos. Intentó una acometida desesperada, sin ningún equilibrio, pero Escalofríos la soslayó, trabó el brazo derecho de Oxel bajo su izquierdo, alzó bien alta la espada y atestó un porrazo a Oxel en la coronilla con el pomo.

Sonó como si alguien diera un martillazo a una maceta. La espada de Oxel traqueteó contra el suelo y él cayó de rodillas, la sangre burbujeando entre su pelo y dejándole franjas rojas que se deslizaban cara abajo. Hizo un curioso ruido de succión y alzó la mirada hacia Rikke.

—Serás…

La espada de Escalofríos silbó al cercenar la cabeza de Oxel y enviarla rebotando por el círculo. Un portador de escudo de Sombrero Rojo se apartó de un salto para dejarla salir rodando. Escalofríos se volvió hacia los hombres de Oxel mientras el cuerpo de su jefe se venía abajo de lado. No rugió triunfal ni levantó los brazos victorioso ni bramó insultos. Solo los miró, como haciéndoles una oferta, y como si le importara bastante poco que alguien la aceptara o no.

Nadie hizo nada. Nadie dijo nada. Solo hubo un largo silencio mientras el torrente de sangre que manaba del cadáver de Oxel se reducía a un arroyo y luego a un hilito, y buena parte de ella se unía pringosa a la de Sombrero Rojo y se extendía despacio.

Rikke puso la mano en el hombro de Escalofríos y pasó a su lado para colocarse descalza en el centro del círculo.

—¿Alguien quiere probar alguna otra idea? —preguntó, dando la vuelta completa para que todos tuvieran ocasión de hablar.

No tenía ni idea de lo que habría hecho si alguien le hubiera respondido. Pero nadie hizo nada. Nadie dijo nada.

—¿Alguien más quiere seguir su propio camino?

Tenía la boca seca y el pulso palpitándole en el cráneo. Pero se hizo un silencio como el invierno. Un silencio como la muerte.

—¿No hay más opiniones? ¿Nadie?

Los Mejores Guerreros se apartaron dóciles de su camino, sus escudos sin tensión en los brazos, mientras Rikke regresaba a su banco dejando un rastro de huellas sangrientas con los pies descalzos en el suelo del salón de su padre.

—¿Qué pasará ahora? —preguntó Hardbread con un hilo de voz, mirando los dos cadáveres y agarrándose el ralo pelo blanco.

—Yo sé exactamente lo que pasará —dijo Rikke, aunque mucho de ello fuese un mar de dudas, y se sentó y se echó aquella piel de oveja a los hombros—. Lo he visto.

—¿Qué has visto? —preguntó un hombre de Sombrero Rojo. Estaba furioso por lo ocurrido, quizá, pero también había un matiz de curiosidad en su voz. Un pequeño gimoteo en busca de atención. Al final, digan lo que digan, la mayoría de las personas quieren un camino que seguir. Alguien que les diga que todo va a salir bien. Alguien que les diga qué hacer.

—Sé que a todos os encanta preocuparos, pero ya podéis parar. —Rikke ladeó la cabeza y sonrió. No necesitó añadir ninguna expresión de amenaza. Las runas de su cara ya lo hacían por ella. Bueno, las runas y los dos cadáveres y Escalofríos allí de pie manchado con su sangre—. Lo único que tenéis que hacer es lo que yo os diga. Eso podéis hacerlo, ¿verdad?

Como solía decir el padre de Rikke, si querías que las cosas se arreglaran, tenías que arreglarlas tú. Recogió las tijeras, subió la rodilla hasta la barbilla y se puso otra vez a cortarse las uñas de los pies. La del dedo gordo del pie izquierdo tenía una curiosa puntita de piel en la esquina. Siempre costaba un rato dejarla bien.

Fuego con fuego

—¿Eres mago, entonces? —preguntó Stour.

—¡El mago Radierus, a vuestro servicio!

Desde luego, sonaba metido en su papel, llenándose la boca con cada erre que pasaba por ella, y también lo aparentaba. Túnica con todo tipo de hilos dorados, y una larga barba bifurcada y con mechones canosos, y un cayado retorcido con una especie de cristal en la parte de arriba.

—¿Y puedes hacer magia?

Stour tenía la espada desenfundada. Le encantaba tenerla desenfundada, cosa que a Trébol le parecía una idiotez. La gran ventaja de la espada sobre el hacha, al fin y al cabo, era que podrías envainar a la muy hija de puta y no ir por ahí poniendo nervioso a todo el mundo. Pero poner nervioso a todo el mundo era uno de los pasatiempos favoritos del Gran Lobo, apoyando la punta del arma en las losas junto a la silla de Skarling, jugueteando con el pomo, girándola para que la hoja destellara y titilara. A veces, cuando el sol entraba con el ángulo adecuado por las ventanas, lo reflejaba con su espada hacia los ojos de la gente, porque sí.

—No solo magia. —El anciano sonaba bastante confiado mientras mecía su cayado de aquí para allá—. ¡Sino el Gran Arte de Juvens! —Tenía una abundante pátina de sudor en la frente, eso sí.

—Muéstramelo —dijo Stour. A Trébol no le hacía mucha gracia cómo estaba yendo aquello.

El anciano cerró los ojos, murmuró unas palabras que Trébol no entendió, movió la mano izquierda con gran pompa y entonces arrojó algo al aire con una nube de polvo brillante. Era un pajarito, que aleteó un poco y acabó posándose perplejo en una viga.

—Me ha gustado —dijo Trébol.

A su lado, Calder el Negro dio otro sorbo de cerveza y negó con la cabeza, hastiado.

—Por todos los putos muertos.

—Pues a mí me ha gustado.

Stour, por lo visto, no opinaba igual. Entornó los ojos como hacía cuando alguien estaba a punto de salir herido, lo cual no era infrecuente.

—He oído que puedes desaparecer.

—Bueno… esto… —Los ojos del mago bailaron nerviosos hacia todas partes—. Solo bajo ciertas circunstancias, mi rey. Momentos propicios en el ciclo lunar, como comprenderéis, cuando las estrellas se alinean y…

—Pégale —dijo Stour.

El puño de Sendaverde se empotró en la mejilla del anciano y lo derribó de espaldas, la túnica aleteando y el cayado rebotando en el suelo, y el cristal de la punta se soltó y resbaló hasta una esquina.

—¡Yo solo hago trucos! —gañó el hombre mientras Sendaverde volvía a ponerlo en pie con la majestuosidad algo disminuida por la sangre en la boca—. ¡En un espectáculo itinerante! No es magia. No de la de verdad. —Sus erres ya no sonaban tan sabias. Ni ningún otro sonido que hiciera—. ¡No soy mago! Puedo desaparecer, pero… es una caja con el fondo falso.

El labio de Stour se curvó.

—Saca a este descerebrado de mi vista.

Sendaverde levantó al aspirante a mago por el cuello y se lo llevó hacia la puerta mientras él movía los pies impotente. Resultó que al final sí que podía desaparecer. Trébol notó que se le arrancaba una sonrisa y estuvo a punto de volverse para soltarle la ocurrencia a Wonderful. Entonces recordó que la había matado.

Calder el Negro dio un potente bufido de desprecio mientras echaban a Radierus, que provocó que Stour se volviera ceñudo hacia él.

—¿Te hace gracia algo, padre?

—Sí, esto de reunir a magos. —Calder bufó de nuevo—. Parece de puto chiste.

—Pues podrías saltártelo hasta el final ahora mismo. Vete a la Gran Biblioteca del Norte y trae a tu amigo el Primero de los Magos a mi presencia.

El desdén se escurrió de la cara de Calder y lo dejó sombrío.

—Bayaz no es amigo mío. No es amigo de nadie. Su ayuda costará mucho más de lo que vale. Te costará todo. Harías mejor en estrechar la mano a la peste.

—La hija del Sabueso tiene el ojo largo —dijo Stour, y algunos de sus guerreros murmuraron y refunfuñaron descontentos—. Debo combatir el fuego con fuego.

—Eso no te reportará más que cenizas —repuso Calder—. No queda mucha magia en el mundo, y la que hay no merece el precio a pagar. Más te vale esperar que no encuentres más que trucos y embustes.

Se hundió más en su asiento y dio otro sorbo de cerveza. Parecía que, desde que su hermano había vuelto al barro, Calder se había propuesto mantener próspero el negocio de las cervecerías él solo.

Sendaverde estaba haciendo entrar a la siguiente maga, y parecía mucho menos prometedora que el anterior. Era una mujer robusta con el vestido raído y los sucios pies descalzos, que no podía apartar sus ojos grandes y redondos de la jaula de la esquina. Gregun Cabezahueca ya no la ocupaba. Su cabeza estaba pudriéndose en una pica sobre las puertas de Carleon. Pero ninguno de sus Mejores Guerreros había acudido a protestar, de modo que la jaula tenía un nuevo inquilino, muerto de hambre y apaleado, con una pierna llena de costras colgando hasta casi rozar las piedras pegajosas del suelo.

—¿Quién es esta? —preguntó Stour, rascándose el mentón.

Se había dejado crecer una barbita, solo bajo la boca, y se afeitaba el resto. A Trébol no le entraba en la cabeza. Aféitate o no, pero ¿para qué dejar trocitos? Era como dejar a tu esposa medio follada. Pero Trébol había renunciado a intentar comprender por qué nadie hacía nada, sobre todo Stour.

—Es de un pueblo cerca de Yaws —dijo Sendaverde.

—¿Ah, sí? —preguntó el Gran Lobo, estudiándola con sus ojos brillantes y húmedos.

—Se llama Seff.

Calder se enderezó y miró atento hacia ellos.

—Qué cosas —mascculló Stour—. Era el nombre de mi madre.

—Buena señal, supongo —dijo Sendaverde.

—Es solo un puto nombre, idiota. Dicen que puedes ver cosas, Seff de cerca de Yaws.

La mujer miró los rostros endurecidos de la sala. Nadie podía parecer más aterrorizada, y Trébol no la culpaba.

—Bueno… a veces sí… supongo…

Calder se recostó de nuevo con otro gran bufido desdeñoso, a lo que su hijo reaccionó con vehemencia.

—¿Qué ves?

—Una vez vi el pueblo incendiado —dijo Seff de cerca de Yaws—, y al día siguiente vinieron hombres y… bueno, incendiaron el pueblo.

—¿Los salvaste a todos, entonces?

Ella tragó saliva.

—Bueno, no, porque no me creyó nadie.

—Supongo que fue culpa de ellos, ¿eh?

—Supongo…

Stour echó la espalda hacia delante.

—¿Has oído hablar de una bruja, allá abajo en Uffrith?

—¿La hija del Sabueso? —Seff de cerca de Yaws se lamió los labios con nerviosismo—. Dicen que tiene el ojo largo, como allá en los Viejos Tiempos. Dicen que puede ver lo que está pensando un hombre. Dicen que no se moja cuando llueve porque sabe dónde caerán todas las gotas. Dicen que tiene todo lo que va a pasar escrito en un libro dorado y solo tiene que buscarlo para…

—¡Todo eso es una mierda! —ladró Stour, echándose hacia delante con las venas del cuello hinchadas y haciendo saltar a todo el mundo en el salón—. Pero sí que ve cosas. Vio dónde iba a estar mi espada. Si perdí el duelo, fue solo por eso. —Se levantó, rodeándose con aquella bonita capa de piel de lobo, y la punta de su espada raspó las viejas piedras al bajar de la tarima—. Si ella puede ver cosas… yo necesito ver cosas, ¿comprendes? Así que dime… —Stour se detuvo delante de Seff, con todo el salón en silencio—. ¿Qué ves tú?

—Nada —susurró ella, cambiando el peso de un pie descalzo al otro, con la mirada fija en ellos como si deseara que no ver a Stour significase que no estaba allí de verdad—. O sea… no se puede obligar al ojo largo a abrirse.

—¿No puedes? —siseó Stour, acercándose a ella y haciéndola encogerse—. ¿O no quieres?

—Ayudaría si pudiera, pero no sé cómo hacerlo. —Su cara se contrajo y su voz se puso cada vez más aguda—. Viene cuando viene. Yo solo quiero… volver con mis niños. —Cerró los ojos y brotaron lágrimas que le cayeron por las mejillas. Trébol hizo una mueca y apartó la cara—. Por favor, no me matéis.

Entonces Stour frunció el ceño, y puso un dedo bajo el mentón de la mujer y le inclinó la cara hacia arriba para que no tuviera más opción que mirarlo a los ojos.

—¿Eso es lo que piensas de mí?

Ella lo miró, con la carne de gallina en los brazos y su respiración temblorosa resonando por el salón.

—Mira, confieso que mato a gente. —Y Stour movió con el pie la paja ensangrentada del suelo como si quisiera ocultar la mancha—. Pero solo cuando tengo

algo que ganar con ello. Mato a quienes me ofenden. A quienes se alzan contra mí, como ese mierda de la jaula y el necio de su jefe. No mato a quienes hacen lo que les digo. ¡No soy el Sanguinario! —Y puso aquella enorme sonrisa hambrienta que tenía, que era todo menos tranquilizadora—. ¿Sendaverde?

—¿Mi rey?

—Da una moneda a esta chica y envíala con sus niños, ¿quieres? —Stour le dio una palmadita en la cara y le quitó algunas lágrimas con el pulgar—. Lo has intentado, ¿verdad? Es lo único que puedo pedir. Si ves alguna cosa, házmelo saber, ¿eh?

Ella cerró los ojos y se limpió la nariz goteante y asintió, y Sendaverde la guió hacia fuera y ella salió arrastrando los pies y, durante todo el tiempo, Trébol estaba encogido, medio esperando que Stour corriera hacia ella y le atravesara la espalda por pura maldad. Y tal vez lo habría hecho si alguien no le hubiera llamado la atención.

Lo llamaban Danzarín por sus movimientos ágiles, pero en ese momento no tenía nada de elegante, dando pequeños pasos en el umbral, intentando en vano hacerse uno con las sombras. Los mensajeros mostraban cierta actitud cuando traían noticias que el Gran Lobo no querría oír.

—¡Danzarín! —llamó Stour—. Veo que has vuelto.

—Sí… Acabo de llegar.

—¿Y? ¿Qué ha dicho Oxel?

Danzarín llegó muy despacio a la zona ensangrentada del suelo del Gran Salón de Skarling, con no más ganas que las que había tenido Seff de Yaws.

—Oxel ha muerto.

Se hizo un silencio. Trébol oyó su propia respiración al inhalar de golpe. El viento suspiró frío a través de las altas ventanas. El río susurró al pie del acantilado de fuera. Entonces el Gran Lobo enseñó los dientes, agarró a Danzarín por la camisa y lo atrajo hacia sí.

—¿Qué coño dices?

—¡Caul Escalofríos lo ha matado! ¡Lo ha decapitado en el círculo!

—¿Cómo se dejó meter ese viejo idiota en el círculo con el puto Caul Escalofríos?

—¡Rikke lo engañó! —chilló Danzarín. Antes de verla con las runas en la cara, Trébol se habría reído al oírlo. Pero no estaba riendo. Nadie lo estaba. Y Danzarín el que menos—. Bueno, los engañó a él y a Sombrero Rojo para que entraran, y entonces Oxel mató a Sombrero Rojo, y fue después cuando Escalofríos mató a…

—¿Sombrero Rojo también está muerto?

—Ella se ha apoderado del salón de su padre. Se ha apoderado de la tierra de su padre. Dice que Uffrith seguirá su propio camino y…

—¿Que ha hecho qué? —bramó Stour.

Y Calder el Negro acabó estallando en carcajadas. Empezó atragantándose con la cerveza, luego se convirtió en una sonrisa, luego en una risita y al poco tiempo estaba con la cabeza hacia atrás y agarrándose la tripa. No era un sonido que se oyera mucho en el Salón de Skarling en tiempos recientes. A menos que fuese Stour riéndose de alguien muerto.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó imperioso a su padre.

—En lo del ojo largo, no las tengo todas conmigo —dijo Calder, y suspiró al levantarse—. Pero esa chica tiene la mente afilada y el corazón duro. —Saludó por encima del hombro mientras se dirigía a la puerta—. Avísame cuando te aburras de estropear las cosas. Haré lo que pueda por volver a coserlas.

Media traición —¡Qué ganas tenía de volver a verte! —exclamó Isold.

Savine extendió el brazo para tocarle el dorso de la mano.

—Yo estaba contando los minutos.

—Como nos casamos juntas, tengo la impresión… de que compartimos un vínculo especial.

—Como la hermana que nunca tuve. —La insulsa, mediocre y anodina hermana que nunca tuvo y tampoco había deseado en especial.

Isold dedicó a Savine una sonrisa tímida, toda rubor pecoso y pestañas.

—Fedor se moría por visitar Ostenhorm. Os considera a Leo y a ti nuestros amigos más íntimos.

Las serpientes no tenían amigos. El comentario hizo que Savine se preguntara qué pretendía Isher en realidad. La mayoría de los negocios serios de Angland habían pasado a llevarse a cabo allí mismo, en la Cámara de la Dama, entre Savine y unas pocas personas selectas, sobre su mobiliario escogido con esmero y a la luz de sus nuevas y modernísimas ventanas. Pero por una vez, Savine habría querido estar en la

sala contigua, en la penumbra con paneles en las paredes de la Cámara del Lord, descubriendo exactamente cómo el marido de Isold pretendía aprovecharse del suyo. Nunca había visto a Leo tan agitado como mientras esperaba la llegada de Isher, cojeando por el jardín como, en efecto, un león enjaulado. Había provocado también en Savine una extraña emoción, preguntándose si una salpicadura de política real estaría a punto de perturbar el pequeño y plácido estanque de Angland.

—Espero no parecerte demasiado atrevida, pero… ¿acertaría si pensara…? —Isold bajó una mirada significativa a la tripa de Savine.

—Lo estoy.

Ya no había forma de ocultarlo, y Savine disfrutaba bastante dejando que se notara. Había esperado irritarse mucho al ver que a cada día que pasaba le robaba su cuerpo más y más un pequeño parásito egoísta. Pero había algo extrañamente reconfortante en su abultada panza. Hasta se descubría cantándole, de vez en cuando. El otro día había notado que se movía.

Savine enarcó las cejas mientras se lo acariciaba con delicadeza.

—¿Quién habría dicho que la clave de la felicidad sería llevar ropa más suelta? ¿Cómo van las cosas por Midderland? —preguntó, intentando no sonar impaciente—. ¡A veces tengo la impresión de haber naufragado en la isla de Shabulyan! Tengo entendido que el ahorcamiento de Wetterlant fue un fiasco.

—Un desastre. —Isold se inclinó sobre la mesita y bajó la voz a un estridente susurro—. A la reina Terez la rociaron de basura. Se rumorea que había Rompedores entre la multitud.

—¿Están seguros de que no eran miembros del Consejo Abierto?

A Isold se le escapó una risita culpable.

—Han concedido más poderes al archilector Glokta, a tu padre, vamos, y la Guardia Real se ha dividido para enviarla a Keln, y a Valbeck, y por las calles de Adua. Hay toques de queda, registros y redadas. La… bueno, la atmósfera es de nerviosismo. Estoy intentando convencer a Fedor de que pasemos más tiempo en nuestras fincas del campo, pero él se empeña en hacer lo que puede para ayudar.

Para ayudarse a sí mismo, sin duda.

—Tu marido es un verdadero patriota.

—Como el tuyo, por supuesto. Debería retirarme.

—¿De verdad? —Isold era tediosa, pero Savine había esperado enterarse de más habladurías. Había disfrutado del reto de tomar el control de Ostenhorm, pero desde que era la indiscutible ama del lugar, oscilaba al borde del aburrimiento. Añoraba estar

en el núcleo de los acontecimientos. Añoraba el entusiasmo de la apuesta y la emoción de la victoria. Añoraba a sus amigos, a sus conocidos, hasta a sus enemigos. A sus enemigos los que más, tal vez—. Si casi ni está anocheciendo.

—Lo sé, pero espero estar yo también… en una condición delicada. —Isold estaba sonrojándose solo de pensarlo, pobrecilla—. Mi marido quiere que descanse mucho.

—Por supuesto. —Aunque nadie se había quedado embarazada a consecuencia del descanso, que Savine supiera.

—Quizá podríamos celebrar juntas el nacimiento de nuestro primer hijo, como hicimos con la boda.

—Eso espero.

Aunque, dado que Savine estaba encinta desde varios meses antes de la boda, no parecía demasiado probable. Mantuvo la sonrisa sujeta a la cara hasta que Isold se hubo marchado y entonces se levantó, se apretó la espalda dolorida con los pulpejos de las manos y fue derecha a la puerta que conectaba las dos cámaras. Su intención era irrumpir por la puerta y unirse a la conversación por la fuerza, pero captó algo furtivo en los tonos quedos de Leo e Isher que la hizo contenerse. Así que abrió solo una rendija con todo el sigilo del mundo.

—… pero el Sabueso ha vuelto al barro —estaba diciendo Leo en un intenso murmullo—. Su hija Rikke está al mando en Uffrith.

—¿Podrías conseguir su apoyo? —preguntó Isher.

Savine frunció el ceño. ¿Estaría Leo planeando algún ataque a los norteños? Como siempre decía, era el hombre a quien peor se le daba del mundo no hacer nada.

—Creo que sí. Fuimos amigos.

—Y Uffrith sigue necesitando tu protección. ¿Qué hay de Stour?

—Me debe la vida. Y es un hombre que adora la guerra.

—Lo necesitamos, Leo. Busca la forma de atraerlo a nuestro bando. Cueste lo que cueste.

Los ojos de Savine se ensancharon. Estaban construyendo una alianza, pero con los norteños, no contra ellos.

—¿Cómo va el Consejo Abierto? —preguntó Leo.

—Somos quince ya entregados a la causa —llegó la voz de Isher—, pero debemos actuar con la mayor cautela. Hay leyes que restringen el reclutamiento de ejércitos privados, y no podemos arriesgarnos a despertar las sospechas del Viejo Palos.

Savine notó que se le erizaban los pelillos de la nuca.

Había sabido desde el juicio de Wetterlant que Isher planeaba algo. Le había parecido extraño que Leo se resistiera tanto a disolver los regimientos de Angland. Había supuesto que tramaban algún asunto secreto juntos. Pero nunca había imaginado que pudiera ser algo tan audaz. Tan enorme. Tan increíblemente peligroso. Aquello no era una salpicadura de política, ¡sino una gigantesca ola que podría barrerlo todo a su paso!

—Debemos actuar ya —gruñó Leo—. Con cada día que pasa es más fácil que nos descubran.

—Paciencia, amigo mío. Tu entusiasmo es contagioso, pero no debemos precipitarnos. Tenemos que reunir a todos los aliados posibles, esperar a que haga el tiempo más despejado del verano y entonces avanzar sobre Adua sin mirar atrás.

Savine abrió más los ojos. Por los Hados, estaban hablando de sublevación. De rebelión abierta contra la corona. Leo iba a volverse contra Orso. Iba a volverse contra el padre de Savine. Iba a apostarlo todo a una alocada tirada del dado. ¿Tenía la menor idea de lo que se estaba planteando? ¡Era nada menos que traición!

Una inversora debía identificar las oportunidades nada más verlas, debía juzgar los riesgos y las recompensas al instante. A toda prisa, con la respiración raspando en su garganta atenazada, las opciones pasaron por la mente de Savine.

¿No hacer nada? ¿Retirarse a la cama como Isold y fingir que no lo había oído? ¿Relajarse como una buena esposa y dejar que Leo se ocupara de los asuntos de los dos?

No.

¿Razonar con él, entonces? ¿Enrolar la ayuda de lady Finree y convencerlo de que renunciara a esa locura? Incluso si lo lograba, Leo se resentiría con ella. Y entonces Savine no tendría ningún control sobre sus amargados cómplices. Su complot aún podría salir a la luz. Lady Brock, ¿por qué no informasteis a las autoridades de una conspiración contra la corona?

No.

¿Traicionar a su marido, entonces? ¿Contárselo todo a su padre? ¿Arrojar a Isher y sus compinches a los perros y ella misma a la piedad del rey? En el mejor de los casos, su reputación quedaría hecha trizas, su título arrebatado de sus manos. ¿Y en el peor? Viuda. Desterrada. Arruinada. Savine tensó la mandíbula.

No.

Había perdido a Orso por la necedad de sus padres. Había perdido la corona. Pero se había procurado un nuevo puesto con uñas y dientes. Había trepado de vuelta a la cima. ¿Iba a perder eso también por la necedad de su marido?

No.

Lo cual le dejaba una sola opción.

Sacó la cajita de la manga del vestido con dedos temblorosos, escarbó un pellizco enorme de polvo de perla y dio la espalda a la puerta para esnifarlo. Una inversora debía identificar las oportunidades nada más verlas, debía juzgar los riesgos y las recompensas al instante y, si lo segundo compensaba lo primero, abalanzarse sobre ello, comprometerse sin demora, sin reproches, sin sentimiento.

Sublevación. Tenía la boca seca. Rebelión. El pulso le martilleaba en el cráneo. Traición. Contrajo el gesto cuando el bebé se movió. ¿De verdad podría hacerlo? ¿Podía permitirse no hacerlo? ¿Eso que sentía era un miedo atroz? ¿O era una emoción casi insoportable?

—Cálmate —susurró—. Cálmate, cálmate, cálmate.

Era un riesgo. Un riesgo tremendo. Y sin embargo, no podía evitar pensar en lo que podría ganar con la maniobra. Nada menos que todo, si jugaba bien sus cartas. El Consejo Cerrado se había ganado muchos enemigos, tanto dentro de las fronteras de la Unión como fuera. ¿No los había enumerado su padre en muchas ocasiones, no había comentado con ella sus miedos y sus deseos, sus fuerzas y sus debilidades? Si fuese posible unirlos a todos, empujarlos en la misma dirección en el mismo momento… Requeriría una manipulación delicada. Algo de lo que Leo no era capaz ni por asomo.

Pero para eso la tenía a ella.

Cuadró los hombros, abrió la puerta de par en par y la cruzó.

Savine no había hecho ningún cambio en aquella sala. Lo más seguro era que nadie los hubiera hecho en dos siglos. Había unos óleos oscuros de lores gobernadores muertos, unas cuantas espadas y escudos de aspecto horripilante, botines de algún antiguo campo de batalla, algunos trofeos de caza disecados por alguien inexperto que miraban reprobadores hacia abajo con sus desangelados ojos de cristal. Un venado asustado, un ciervo azorado, un oso estupefacto, un lobo malicioso. Leo le había dicho que así era como le había gustado a su padre, y por tanto era como le gustaba a él, y Savine respetaba su decisión. O al menos fingía hacerlo.

—Señores.

Cerró la puerta con tranquilidad y fue hacia ellos sonriendo, manteniendo una máscara de digna compostura clavada sobre su febril ansiedad, para sentarse en una

silla antiquísima que de ningún modo estaba pensada para la ropa de una dama moderna. Y mucho menos si estaba embarazada.

Leo sonó un poco sofocado.

—Estábamos hablando de…

—Estabais hablando de reunir aliados para una rebelión abierta contra el rey Orso —lo interrumpió Savine, sorprendida de la serenidad con que su propia voz pronunció la escandalosa frase—. Hablabais de derrocar el gobierno de la Unión y reemplazarlo con otro. —Quitó el tapón a la licorera, se sirvió una copa y trató de adoptar la postura más cómoda que pudiera encontrar—. Hablabais de cambiar el mundo, y he venido a incorporarme a esa conversación.

Isher tenía una sonrisita de superioridad. Una expresión que acostumbraban a poner los hombres cuando Savine iniciaba negociaciones con ellos. Una expresión que siempre disfrutaba borrando de las caras de quienes se suponían poderosos.

—Lady Savine, no creo que…

—Vosotros dos planeáis arriesgar todo lo que tenéis. Por tanto, planeáis arriesgar todo lo que *yo* tengo. Mi futuro. El futuro de mi hijo. Es evidente que ya habéis dado varios pasos por ese camino. Demasiados para dar media vuelta sin un peligro considerable. Quizá demasiados para dar media vuelta en absoluto. De modo que parece que no me dejáis más opción que comprometerme con este proyecto y hacer todo lo posible para que triunfe. —Alzó la barbilla—. Pero si creéis que lo haré sin expresar mi opinión, estáis pero que muy equivocados.

Isher entornó los ojos.

—Tendríais que volveros contra vuestro padre.

—Eso queda entre él y yo. —Su padre, si es que lo consideraba su padre siquiera, no sería quién para quejarse. Llevaba dándole lecciones sobre el valor de la crueldad desde que era una mocosa—. Y ahora contadme vuestros planes.

Leo se echó hacia delante en la silla con la ilusión de un niño ansioso por presumir de un juego nuevo.

—Tenemos al Consejo Abierto. Tenemos el ejército de Angland, los mejores soldados de la Unión. Pondremos a Rikke, Stour y todos sus norteños de nuestro lado. Desembarcaremos en la costa norte de Midderland, reuniremos a nuestros aliados mientras marchamos hacia Adua y cogeremos al Consejo Cerrado por sorpresa, ¡obligando a Orso a plegarse a nuestras exigencias sin derramar ni una sola gota de sangre!

Savine dio un sorbito a su copa, lo movió por la boca y tragó.

—Suena muy… optimista. —Ella había conseguido coger a su padre por sorpresa quizá cuatro o cinco veces en toda su vida. La idea de que Leo pudiera lograrlo rayaba lo absurdo—. Estáis dando por sentado que unos soldados y políticos expertos van a permitiros jugar con ventaja.

—¡Tenemos un arma secreta! —Leo dio un golpe en la mesa—. Lord Isher tiene un amigo en el Consejo Cerrado.

Isher movió los labios con amargura. Saltaba a la vista que no confiaba en Savine más que ella en él, pero eso no importaba. Había pocos de sus muchos socios de negocios en los que confiaría para que le sostuvieran el sombrero, y aun así ambos ganaban dinero gracias al otro.

—Un buen amigo —dijo Isher a regañadientes—. Sabemos todo lo que hacen.

—Orso no es un soldado —añadió Leo con desdén.

—Ni tampoco un político. Mirad si no lo que pasó en el juicio de Wetterlant. —Isher hizo una mueca de repulsión—. Ese hombre es un necio.

—Un cobarde.

—No es ninguna de las dos cosas —espetó Savine—. Indeciso, tal vez, pero es listo, y tiene hierro. Cuanto más duras se pongan las cosas, más duro se volverá él.

—Creía que ya no ibas a ponerte de su parte —rezongó Leo.

—Nunca temas a tu enemigo —dijo Savine—, pero respétalo siempre. Stolicus, creo, ¿verdad? Si pretendemos arriesgarlo todo, no podemos limitarnos a dar por hecho que nuestros enemigos fracasarán. Tenemos que amañar tanto la baraja a nuestro favor que solo podamos ganar. —Meditó sobre la colección de armamento maltrecho que decoraba las paredes, ya considerando el problema desde todos los ángulos—. La Unión está repleta de veteranos ociosos. Hombres que volvieron de la guerra para encontrar un mundo cambiado en el que ya no tenían sitio. Sugiero que el Consejo Abierto solicite permiso para reclutar tropas que protejan sus intereses de los Rompedores. Para aplastar disturbios y erradicar disidentes. Un pretexto para armaros que, al mismo tiempo, hará que el Consejo Cerrado confíe más en vosotros en vez de menos.

Leo enarcó las cejas a Isher, que estaba pasando de desdeñoso a pensativo.

—Muy hábil —reconoció.

—Yo me ocuparé de una campaña coordinada de panfletos y boletines de noticias que mantengan calientes las ascuas del resentimiento. Que culpen al Consejo Cerrado del estado de la nación. Que culpen de la deuda a Valint y Balk. Que recuerden a la gente los ahorcamientos a las afueras de Valbeck. Que recuerden a los nobles la

injusticia cometida contra Wetterlant. La reina Terez siempre es un blanco popular. El rey Orso también.

Notó una punzada de arrepentimiento. Pero se dijo que iban a estar luchando por sus vidas. Toda arma era poca.

Leo sonrió de oreja a oreja.

—He oído que los grabados hablan directamente al corazón.

—Y cuanto más obscenos, mejor —dijo Savine—. El rey Jezal era bastardo, así que podemos sembrar la duda sobre la línea sucesoria. —¿Quién sabía mejor que ella lo destructivas que podían volverse esas dudas, al fin y al cabo?—. Escribiré a maese Sworbreck para que sus imprentas no dejen de echar humo. Pero aun así, lord Isher, tenéis razón en que necesitaremos todos los aliados posibles. Por lo que he oído, hay dos potenciales con los que no habéis contado. Los estirios. Y los propios Rompedores.

—¿Los Rompedores? —Leo parecía casi tan asombrado como la cabeza de ciervo disecada que tenía encima—. ¡Son traidores!

Savine no señaló la evidencia de que no eran los únicos. Posó la mano ligera en la de él. No dirigiéndolo. Apoyándolo.

—Leo, tú eres un héroe para la gente. Sería fácil persuadirlos para que te vean como un campeón del pueblo llano. Podrías comprometerte a limitar la jornada laboral, a establecer protecciones contra la explotación, a darles puestos en los órganos de gobierno. Podríamos poner freno a algunas de las prácticas más rechazadas aquí en Angland como muestra.

—¡Yo no sé nada de leyes laborales!

—Pero yo sí. —Había ayudado a desarrollar la mitad de aquellas prácticas rechazadas, al fin y al cabo—. Y solo tenemos que *convencerlos* de que tú también. Lord Isher, ¿es verdad que las fuerzas del rey están repartidas entre las principales ciudades de Midderland para disuadir cualquier levantamiento?

—Es verdad.

—Si los Rompedores actuaran, bien coordinados, eso podría mantener ocupada a la Guardia Real e impedir que reaccionaran a… otras amenazas.

Isher asintió, pasando de pensativo a impresionado.

—Sí que podría.

—Tengo algunos contactos con los Rompedores. —Tenía a un notable exmiembro a su servicio, de hecho—. Quizá sería posible que los convenciera de

apoyarnos. Por lo menos, de momento. También tengo contactos mercantiles vigentes desde hace tiempo en Estiria.

Isher parecía menos seguro respecto a eso.

—¿De verdad creéis que podéis negociar con la Serpiente de Talins?

—No. Pero tengo entendido que el rey Jappo anhela salir de la sombra de su madre. Tal vez pueda concertar una reunión con él en persona.

Leo estaba más abatido con cada palabra que se decía.

—¡Jappo es famoso por ser un puto degenerado!

—Pasemos por alto su gusto en amantes y concentrémonos en sus soldados y su dinero. Su ayuda podría decantar la balanza muy a nuestro favor. Podría salvar vidas. Podría salvar *nuestras* vidas.

—La idea me hace sentir sucio. —Leo se removió en su asiento—. ¿Qué nos costaría?

A Savine le habría gustado darle una buena bofetada, pero se conformó con la calmada argumentación.

—La raíz de la disputa entre Estiria y la Unión es la reivindicación por parte del rey Orso del ducado de Talins. Podríamos prometer que renunciaremos a él. Podríamos dejar de apoyar la independencia de Sipani. —Se detuvo un momento, considerando si dar o no el siguiente paso. Pero cuando una decidía rebelarse contra la corona, en realidad ya no le quedaban más líneas que cruzar—. Podríamos ofrecerles Westport.

Curnsbick estaría satisfecho. Siempre estaba animándola a ser más caritativa, y allí estaba Savine, regalando ciudades enteras.

—¿Rendir Westport? —A Leo le faltaba el aliento por la indignación, pero Savine reparó en que lord Isher seguía callado.

—Un precio irrisorio a cambio de Midderland, Angland y Starikland —respondió ella—. ¿Has estado allí alguna vez?

—Bueno, no, pero…

—Es una pocilga atestada de idiotas supersticiosos. Te aseguro que yo no la echaría de menos.

—Libramos tres guerras contra los estirios. Tres guerras bien feas. O sea… —Leo miró a Isher en busca de apoyo, pero Isher estaba demasiado ocupado mirando a Savine, su sonrisa condescendiente ya solo un recuerdo lejano—. No es muy patriótico.

—Si te preocupa quedar como poco patriota, plantéate cómo quedarías si te ahorcaran por traición. —Savine añadió un poco de hierro a su voz—. Esto no es un juego. Debemos comprometernos por completo. Si fracasamos, será nuestra perdición.

Hubo un silencio largo e incómodo. Un tronco se movió en el viejo hogar lleno de hollín y envió una lluvia de chispas chimenea arriba.

—Su excelencia está en lo cierto —dijo Isher—. Estamos arriesgándolo todo. Debemos jugar hasta nuestra última carta.

—¡Pero debemos ser irreprochables! —Leo miró los cuadros de los anteriores lores gobernadores como si fuesen un jurado adusto—. Puros y rectos. Si estamos dispuestos a hacer lo que sea, ¿en qué somos mejores que ellos? —Era el gimoteo dolido de un niño al descubrir que los adultos le han robado su juego y lo están jugando de una forma que no aprueba en absoluto—. ¡Debemos hacer lo *correcto* !

Savine quería decirle que no podían permitirse lo correcto, solo lo necesario. Que no podía haber un bando adecuado, solo su bando. Pero ¿para qué echar abajo una puerta si podías colarte por la ventana?

—Escucha, Leo… ¡Ah! —Y se encorvó agarrándose la tripa.

Leo se levantó de un salto.

—Por los muertos, ¿estás…?

—No es nada. —Le cogió la mano y enseñó los dientes—. ¡Ah! Pero ¿podrías traer a Zuri? Dile que me prepare ese tónico que…

—¡Por supuesto!

Y abandonó la sala a toda la velocidad que le permitía su cojera.

Isher también se había levantado a medias.

—Lady Savine, ¿puedo…?

—¿Quién creéis que se sentará en el trono cuando todo esto acabe? —Savine se colocó de nuevo en su silla y le lanzó una mirada fría.

Él profirió una risita incrédula y volvió a sentarse despacio.

—El rey Orso, por supuesto. Lo que planeamos es eliminar un Consejo Cerrado corrupto. Deponer al rey sería traición.

—¿Así que pretendéis quedaros en media traición ? Venga, hombre. La carne medio cocinada no acaba de complacer a nadie. Si humilláis al rey, pero lo dejáis en el trono, estaréis sembrando vuestra propia destrucción. Por no mencionar la mía.

Savine había aprendido una dura lección en Valbeck. Nunca se permitiría estar débil, ni vulnerable, ni aterrorizada otra vez. Lo que estaba defendiendo le dolía con una intensidad sorprendente, pero su lógica implacable solo podía guiarla hasta un lugar. Quizá en otro tiempo Savine hubiera amado a Orso, pero él la odiaba. Y su padre llevaba toda su vida mintiéndole. ¿Y la lealtad? No era más que un embuste de quienes ostentaban el poder hacia quienes no lo tenían para que actuaran contra sus propios intereses.

Miró a Isher a los ojos.

—El rey Orso debe caer.

Él se pasó la lengua por dentro de la boca, mientras su admiración se transformaba en suspicacia.

—Veo que estamos hablando sin tapujos.

—Cuando se habla de traición, cualquier otra cosa sería ridícula. Después de todo, sin nosotros, ¿qué tenéis? Lord Barezin, según tengo entendido, se ríe hasta la incontinencia haciendo representar obras pornográficas sobre la reina Terez en su teatro privado. Lord Heugen, según he oído, no deja pasar ni una mañana sin meterse en una bañera de cobre para reponer sus energías magnéticas. ¿Queréis que comentemos los defectos de lady Wetterlant?

—Estáis bien informada.

—El conocimiento es la raíz del poder, decía Juvens.

—¿Y qué habéis averiguado sobre mí?

Llegó el turno de que Savine se quedara callada un momento.

—Sobre vos, debo confesar que mi libro tiene una página en blanco.

—Soy un hombre cuidadoso, excelencia. Y ese desafortunado asunto con lord Wetterlant me ha conferido una gran autoridad en el Consejo Abierto. Una unidad que nunca habían tenido. Mantendré a los lores en vereda, eso os lo prometo.

—Aun así. Con el ejército de Angland, estaremos proporcionándoos a los mejores y más expertos soldados que podríais desear. Con Stour Ocaso, aportamos un aliado decisivo. ¿No coincidís?

—Me dejáis poca más opción que coincidir.

Savine se echó a reír como si Isher hubiera hecho un chiste excelente.

—Es lo que pretendo con toda conversación. Mi marido tiene menos enemigos y mucho más apoyo popular que cualquier otro candidato. Y tiene cierto vestigio de aspiración legítima a través de su abuelo. Más que el actual ocupante del trono, dirían

algunos. Él será el rey, lord Isher. —Y ella la reina, y las cenizas de aquella atesorada ambición se avivaron otra vez de repente—. Si queréis que lo apostemos todo, ese es mi precio.

—Y cuando los poderosos Brock se hagan con la corona, ¿qué quedará para el resto de nosotros?

—Todo lo demás. Creo que vos seríais un maravilloso archilector y Primer Lord del Consejo Abierto, eminencia. —Isher sabía ocultar bien sus sentimientos, pero Savine captó el destello de satisfacción al oír el título—. Lo cual dejaría a vuestros colegas el magnético y el pornográfico para decidir quién sería lord chambelán y quién lord canciller. Supongo que a Leo le gustaría escoger a sus propios lores mariscales, pero los demás asientos podréis llenarlos con amigos.

—¿Y todo esto viene de vuestro marido o de vos?

—Lo que viene de mí viene de él.

—Y sin embargo, lo enviáis arriba mientras nosotros lo negociamos.

—Para que cuando la corona le caiga en el regazo, pueda decir sin faltar a la verdad que jamás la pretendió, pero que la acepta de mala gana en beneficio de todos. Sabéis que no es hombre de engaños.

—No es un escrúpulo que comparta su esposa —observó Isher.

—Ni tampoco su muy particular amigo. Me atrevería a decir que estaréis de acuerdo conmigo en que los caballos más fuertes suelen necesitar anteojeras. Es mejor dirigirlos a cada paso.

Lord Isher miró su copa con ojos entornados, dio vueltas al licor que contenía y luego alzó los ojos hacia ella. Esa noche Savine le había dado un buen viaje. De desdeñoso a pensativo, a impresionado, a admirado, suspicaz y, por último, a la aceptación. Encuentro, romance y distanciamiento, todo de una sola sentada.

—Vuestras condiciones son aceptables.

—Bien. —Savine estaba satisfecha con el resultado. De momento, por los menos—. Ardo en deseos de trabajar con vos.

La puerta se abrió de golpe y Leo llegó a toda prisa. Detrás de él iba Zuri, pero a ella le bastó una mirada a la postura en que estaban sentados Savine e Isher para quedarse atrás.

—¿Te encuentras bien? —Leo hincó una rodilla como pudo a su lado.

—No hay de qué preocuparse. —Savine le cogió la mano, se la apretó contra la barriga y sonrió—. Lord Isher ha hecho que me sienta muchísimo mejor.

Un lenguaje privado

—He tenido una charla rápida —dijo Broad.

Parecía que, sin siquiera acordarlo de antemano, Savine y él habían desarrollado una especie de lenguaje privado en el que las palabras no tenían su significado habitual. Con «charla rápida», Broad se refería a que había hecho saltar media dentadura al trabajador más gritón que habían encontrado, como ejemplo para los demás.

—Han vuelto todos al trabajo, también los del turno de noche. No creo que vayáis a tener más problemas en la armería.

—Maese Broad —respondió Savine—, eres todo un mago de las relaciones laborales.

Broad se frotó distraído las manos doloridas. Relaciones laborales. Así era como lo llamaban. Se preguntó a quién servía de algo dar nombres bonitos a las cosas horribles. Desde luego, no las volvía más bonitas. Lo contrario, si acaso.

—¿Te parece que hablemos un momento? —preguntó ella, como si fuesen dos viejos amigos que nunca tenían ocasión de ponerse al día.

Tenía ese brillo con el que a veces relucían las mujeres cuando estaban encintas. Broad recordaba el mismo brillo en Liddy, cuando estuvo embarazada de May. Mucho tiempo antes, cuando aún tenía todas las esperanzas intactas.

—Por supuesto, lady Savine. Excelencia, quiero decir. Disculpad.

—No digas bobadas, Gunnar, conmigo nunca tienes que disculparte de nada. Sé lo mucho que te debo. Nada menos que mi vida. Si no hubiera tropezado con vosotros en Valbeck… —La sonrisa le flaqueó por un momento y entonces respiró hondo y al instante creó una nueva, más amplia que nunca—. Y desde entonces has sido un tesoro. Ya no sé cómo me las apañaba sin ti. Sin ti, sin Liddy y sin May. Tu hija es un prodigio con los libros de cuentas. Puedes estar orgulloso.

—Gracias, excelencia.

—Espero que seas feliz trabajando para mí. Tú y ellas.

—Lo somos, excelencia. —Ellas sí, por lo menos, que era lo importante—. No podríamos estar más contentos.

—Casi tengo la sensación, y espero que no te parezca una insolencia, pero es como si formara parte de vuestra familia, y vosotros parte de la mía. Sería una desgracia que… nos separáramos.

Tenía ese brillo, desde luego. Una sana blandura en la cara, y un vivo color en los mofletes, acunando con las manos la leve hinchazón de su barriga. Pero aquel resplandor pétreo de los ojos era el mismo de siempre. Broad se ganaba la vida haciendo amenazas. Sabía reconocerlas. Carraspeó y bajó la mirada a las botas. Al buen par de botas nuevas que llevaba, todas brillantes.

—Hay… un pequeño favor que necesito que me hagas —dijo ella—. Es muy importante. Requiere a una persona fuerte. Valiente. Pero también sutil. No confiaría en nadie más para hacerlo.

Broad tragó saliva.

—Todo lo que esté en mi mano, ya lo sabéis.

—Estuviste con los Rompedores en Valbeck. Eras uno de ellos.

—Lo fui —dijo él, frunciendo el ceño. No sabía dónde quería llevarlo lady Savine, pero no le gustaba mucho la dirección del viaje—. Creía que estaba haciendo lo correcto. Supongo.

Le costaba recordar lo que había pensado. Era como si lo hubiera pensado un hombre distinto.

—Por supuesto que sí. ¿Crees que hay alguna posibilidad…? —Y lady Savine levantó los ojos hacia él desde debajo de las pestañas—. ¿De ponerte en contacto otra vez con ellos?

—¿Con los Rompedores?

—Sí. ¿Y con los Quemadores, si pudiera ser?

Lo decía como si no fuese mucho que pedirle. No mucho esfuerzo, y desde luego ningún riesgo. Ahí estaba otra vez ese lenguaje, con el que ambos decían una cosa pero se referían a otra. Los dos sabían que sería mucho esfuerzo. Los dos sabían que sería un riesgo de la leche.

—Puede.

Broad se subió los anteojos con cuidado. La mayoría de los Rompedores a los que había conocido en Valbeck habían terminado colgando de horcas después de la revuelta, y los demás estarían muy resentidos. La mayoría de los Quemadores habían estado ya medio locos para empezar. Lo que había estado haciendo Broad desde entonces para ganarse el pan no sería nada popular por esos lares. Llamarlo relaciones laborales no engañaría a nadie que viviese en un sótano.

—A lo mejor aún queda gente en Valbeck que pueda ponerme en el buen camino…

—Lo único que pido es que lo intentes.

—Lo haré lo mejor que pueda. —Lo que significaba lo peor que pudiera, como siempre. Le tocó a él mirarla a los ojos—. Solo prometedme que cuidaréis de Liddy y May mientras no estoy.

Broad le tendió la mano.

Lady Savine se la estrechó con una fuerza sorprendente. Le dio una punzada en los doloridos nudillos.

—Como si fueran de mi propia familia.

—¿No te quedas ni a cenar? —preguntó Liddy. Parecía preocupada. Las dos lo parecían.

—Tengo que partir esta noche —dijo Broad, metiendo cuatro cosas en una bolsa—. Es urgente.

—¿Dónde vas?

—A Midderland.

Broad estaba haciéndose mucho mejor mentiroso que antes. Había que atacar por el flanco. Solo la verdad justa que respondiera a la pregunta. No la suficiente para revelarles nada en realidad. De haberles dicho que iba a Valbeck, lo más probable era que se hubiesen echado a llorar. A lo mejor él también.

May lo observaba desde la puerta, jugueteando con el collar de plata que se ponía últimamente.

—No será nada peligroso, ¿verdad?

—Trabajo para una gran dama, como dices tú siempre. ¿Cómo de peligroso puede ser? —Y sonrió a May, que le devolvió la sonrisa. O se estaba volviendo mucho mejor mentiroso o era solo que ellas querían creerle. Lo ocultó con una broma—. Y no pases mucho tiempo con el hermano de Zuri, Rabik, que he visto cómo os sonreís vosotros dos.

—¡Calla, papá! —May le dio un empujón y se ruborizó al mismo tiempo.

Broad les dio un buen abrazo a las dos cerca de la puerta. Cuando se había marchado a Estiria apenas les había dicho adiós. De tantas ganas como tenía de marcharse. En ese momento se aferró a ellas. Demasiado, tal vez.

Liddy lo miró mientras se separaban.

—No estarás fuera mucho tiempo, ¿verdad, Gunnar?

—No, no será mucho.

Se echó la bolsa al hombro. Siempre se había considerado una persona honesta hasta decir basta. Llano como un mazo, cualquiera lo confirmaría. Pero se le pasó por la cabeza que había empezado a hablar en aquel lenguaje privado con todo el mundo. Decir una cosa refiriéndose a otra. Solo que Liddy y May no estaban en el ajo.

—Habré vuelto antes de que os deis cuenta —dijo, y cerró la puerta.

Pero se preguntó si lo haría. Se preguntó si volvería alguna vez.

Viejos amigos —¿Sabes que estás más hermosa que nunca?

Savine lo miró de soslayo, con el ojo de largas pestañas que se veía bajo el ala de su sombrero, meciéndose con suavidad al ritmo de su caballo.

—¿Estáis adulándome, excelencia?

—Lo mejor que puedo —dijo Leo. Savine cabalgaba bien. ¿Qué no hacía bien? Montaba elegante a asentadillas, con la mano de la fusta reposando en la leve hinchazón de la barriga, dirigiendo su caballo con la misma confianza fácil con que dirigía todo lo demás. Pero aun así, Leo estaba preocupado—. ¿Seguro que no quieres ir en el carruaje, de todas formas?

—En las selvas de Yashtavit, las mujeres cazan embarazadas de ocho meses. Arriba, en el Norte, trabajan en los campos hasta que dan a luz. Y la verdad, en estos tiempos viene a ser lo mismo para las chicas de las fábricas en Adua. Cabalgar un poco no me hará daño.

—Supongo que si a una chica de las fábricas, a una campesina norteña o a una cazadora de piel oscura les ofrecieran descansar en un carruaje, lo más seguro es que aceptaran.

—Por mí no dejes de entrar tú, entonces. —Savine dio un toquecito en el flanco de su caballo con la fusta y se adelantó.

Era posible que una parte de él hubiera deseado que la rebelión nunca se produjera. Que se quedara en nada más que bravatas de sobremesa con los chicos del

Consejo Abierto. Esa parte de él había querido que Savine se enterara, suspirara con indulgencia, le diera una palmada en el dorso de la mano y detuviera todo aquel asunto de forma razonable.

Pero, para su gran asombro, Savine había saltado a la conspiración con la ausencia total de incertidumbre que aplicaba a todo, y había dedicado todos sus formidables poderes a convertirla no solo en realidad, sino en éxito.

Leo estaba emocionadísimo, por supuesto. Se habían embarcado en una gran aventura, por supuesto. Y haciendo lo correcto, por supuesto. Era solo que también, a veces, en los momentos de calma, sentía un extraño pavor. Pero ya no había vuelta atrás. Quedaría como un idiota de campeonato. Y cuando Savine hincaba los dientes a algo, ese algo iba a suceder y no había más que hablar.

La alcanzó dejando atrás a sus guardias y sirvientes.

—Por los muertos, cómo me alegro de que hayas venido.

—Siempre quise visitar el Norte.

—Entonces, ¿vienes por las vistas? ¿No para asegurarte de que no haga nada temerario?

—Puedo hacer dos cosas a la vez. —Aquel ojo se volvió hacia él, y Savine acercó su montura para hablarle en voz baja—. Esto es importante. Necesitamos aliados.

—Sé cómo piensan los norteños —afirmó Leo—. Me crié con ellos.

—Por supuesto. Son tus amigos. Yo solo estoy para ayudar. ¿No te he sido de ayuda en Ostenhorm?

—Has sido una puta maravilla en Ostenhorm. —De hecho, llevaba tan bien las reuniones de gobierno que él había dejado de ir por completo. Seguía siendo señor y amo y tenía la última palabra, como ella no se cansaba de repetirle. Pero ¿para qué utilizarla cuando las de ella sonaban tan bien?—. La que me preocupa es mi madre, eso sí.

—No tiene por qué.

—Se dará cuenta de que Jurand está entrenando a los hombres y reclutando más. No es tonta.

—La gente lista es propensa a creer lo que quiere, Leo, igual que todos los demás. Lo que más quiere tu madre en el mundo es pensar lo mejor de ti.

Leo parpadeó.

—Oh.

—Le dije que estás creciendo y tomándote en serio tus responsabilidades, que las nuevas compañías forman parte de tu plan para una paz duradera. Estás reclutando más soldados porque los norteños solo respetan la fuerza. Nuestras conversaciones con Stour irán mucho mejor si sabe que estamos bien armados. Se deshizo en elogios a tu estrategia.

—Oh —repitió Leo. Sería la primera vez.

—Y entonces le supliqué su ayuda y le solté encima el suficiente trabajo sobre el nuevo sistema de impuestos como para mantener ocupadas a cinco personas inteligentes. Lo segundo que más quiere tu madre en el mundo es sentirse útil.

Leo sintió aquella sonrisa bobalicona en su cara. La que acostumbraba a terminar poniendo cada vez que acudía a Savine con un problema y resultaba que ella lo tenía solucionado desde hacía semanas. Con ella de su parte, ¿cómo podía fracasar?

—¿Qué diantres haría yo sin ti? —murmuró.

—Por suerte para ti… —Y Savine le dio un firme toque en el muslo con su fusta y provocó un agradable movimiento en sus pantalones—. No es un problema al que deberás enfrentarte nunca.

Y salieron de entre los árboles a campo abierto.

Leo rio encantado al ver las puertas de Uffrith y la moteada luz solar desplazándose por sus muros salpicados de liquen. Recordó lo que había sentido la primera vez que había ido allí de niño, la emoción, la aventura, la libertad. ¡Estaba en el Norte, tierra de héroes!

Espoleó a su caballo entre un grupo de nuevas chozas y casas, dejando atrás a Antaup, Jin y el resto con el carruaje y los carros. Savine le siguió el ritmo a través de las puertas y por el camino empedrado, mientras la gente de caras sucias y ropa de color indeterminado alzaba unos ojos maravillados al verlos pasar. Habían cambiado muchas cosas. Se alzaban edificios nuevos donde Stour Ocaso había quemado los antiguos, tal vez. Edificios más grandiosos, de piedra y pizarra en vez de madera y zarzo.

—¡La vieja y encantadora Uffrith! —Leo dio una larga bocanada de aquel aire familiar. Olor a ovejas, boñiga, humo de madera y sal marina, pero endulzado para él con recuerdos felices—. Aquí pasé los mejores años de mi infancia. ¡Me conozco hasta el último callejón!

—No parece muy difícil. —Savine soltó una risita despectiva—. ¿No decías que es una de las ciudades más grandes del Norte?

—Lo es.

Leo tuvo que reconocer que, viéndola a través de los ojos frescos de Savine, acostumbrados a la escala de Adua y a la pompa del Agriont, Uffrith parecía un lugar miserable, pobre, primitivo. Por algún motivo, eso lo irritó.

—Las cosas no serán tan majestuosas aquí como en Midderland, pero son honestas —dijo con brusquedad—. Son buena gente. Tienen un código y se ciñen a él. Son grandes guerreros. Los crían con espadas en las manos. Rikke será una aliada firme. ¡Es una de las personas más amables, sinceras y directas que conozco!

Savine apartó la mirada de él sin inmutarse.

—Quizá deberías haberte casado con ella.

Siguieron cabalgando en silencio.

Leo se conocía de memoria las vigas retorcidas del salón del Sabueso. Recordaba trepar entre las tallas de animales, árboles y caras para acuclillarse en las sombras y ver al Sabueso discutir con sus Mejores Guerreros abajo. El banco con la desgastada piel de oveja negra seguía allí, donde el viejo cabecilla solía escuchar las quejas de su pueblo, con la barbilla puntiaguda apoyada en un puño. El fuego aún brillaba en ondas rojas y naranjas que crepitaban por las brasas, y el calor atenazó la cara de Leo al acercarse.

Pero habían cambiado algunas cosas. El salón siempre había rebosado de vida en tiempos del Sabueso. En cambio, al entrar había notado un silencio incómodo que lo hacía sentir culpable a cada paso que daba. A esa hora, en esa estación, los postigos habrían estado abiertos de par en par dejando entrar la brisa marina. Pero había pieles colgadas en las ventanas, pintadas con círculos o runas, que sumían el salón en la penumbra. Llegaba un olor nuevo, dulce y raro y penetrante, como a tartas quemadas. Había cráneos en la pared formando un sombrío rebaño. Cráneos cornudos y astados de carnero y buey y ciervo y enormes animales que Leo no conocía. Animales de los confines del Norte, tal vez, donde el sol no brillaba y el mundo se difumina en mito.

—¡Leo, Savine! Os he echado de menos.

Rikke salió pavoneándose de entre las sombras, con los brazos muy abiertos cargados de brazaletes y correas y amuletos, a la columna de luz que entraba por el agujero para el humo.

Leo casi reculó por la impresión. En la cara de Rikke había una enorme mancha oscura. Un tatuaje de runas negras, líneas negras, flechas negras que formaban una medialuna desde su mejilla, le cubrían un lado de la frente y llegaban hasta el caballete de la nariz. Su ojo derecho se había vuelto blanco, con solo un puntito lechoso en el centro, mientras la hambrienta pupila del izquierdo se había tragado todo el iris, abierta como el hoyo de una tumba.

—Ah. —Rikke movió una mano por delante de la cara. Antes había sido redonda, suave. Leo solo vio marcados salientes y sombríos huecos—. ¿Todo esto? Siempre se me olvida. —Se dio golpecitos en el cráneo con un largo dedo, el pelo de la parte izquierda casi rapado del todo y el de la derecha un amasijo de mechones y enredos—. Desde aquí dentro no lo veo, pero he oído que los tatuajes y los ojos y tal pueden ser… perturbadores.

—Para nada —graznó Leo—. Solo… inesperados.

El anillo dorado que le atravesaba la nariz se movió con su sonrisa. Leo no sabía con qué palabras describiría aquella sonrisa, pero desde luego no serían amable, sincera y directa.

—¿Os acordáis de que antes tenía ataques? Leo sí que se acordará, supongo. —Y le guiñó el ojo. Había tenido uno la primera vez que habían yacido juntos, a fin de cuentas, los dos en pelotas sobre un montón de heno—. Pues esto es la cura.

—¿La cura?

Rikke se tocó el lechoso ojo derecho con el dedo.

—Este ojo combatía al otro, así que tenía que ir fuera. Ahora las visiones me vienen mucho más limpias. —Se inclinó hacia él y murmuró por la comisura de la boca—: Y ya no me cago encima. ¡Y sigo siendo yo! —Le dio un puñetazo en el brazo. Amistoso pero fuerte—. Más o menos.

—¿Puedo mirarlo más de cerca? —pidió Savine, avanzando hacia ella, nada perturbada—. He visto muchas caras pintadas, pero nunca un trabajo tan fino. —Puso un dedo bajo el mentón de Rikke y le subió la cara hacia la luz con delicadeza—. Me parece una preciosidad. —Trazó las líneas del tatuaje con las yemas de los dedos—. No podría ser más… tú.

Rikke rio con placer. Solo por un momento, recordó a Leo su forma de ser anterior.

—Sí que me gusta tu esposa, Leo. ¡Es lo mejor de ti, diría yo! Veo que te quedaste las runas.

—Me parece que traen buena suerte. —Savine tocó las pequeñas tablillas de madera que llevaba alrededor del cuello—. Y tú te quedaste las esmeraldas.

—Me parece que traen buena riqueza —dijo Rikke, levantándolas con su torcido meñique hasta que le dejaron una línea blanca en su largo y delgado cuello.

—Tengo otro regalo para ti. —Savine hizo una a señal a Zuri para que saliera de las sombras, con una tela encima del brazo, de un rojo vivo que casi parecía alumbrar

en el turbio salón gris, con puntadas de oro brillando en el dobladillo—. Esta es Zuri, mi acompañante.

—¿Ah, sí? —Rikke entornó los ojos y los deslizó, taimada como una gata, hacia Savine—. ¿Seguro que no eres tú la suya?

—He oído que Dios nos pone a todos donde debemos estar —dijo Zuri.

—No sabría decirte —respondió Rikke—. Por aquí arriba no se lo ve mucho. —Cogió la tela, la abrió sacudiéndola y la sostuvo a la luz—. ¡Oooh, haces los mejores regalos!

—Seda de Suljuk —dijo Savine—, de más allá de las Mil Islas. He pensado que podrías hacerte un vestido con ella, o un tapiz, o…

Rikke ya estaba envolviéndose en la tela, y terminó con algo entre una bufanda, una capa y una capucha.

Zuri ladeó la cabeza.

—Así queda bien.

—Me encanta. —Rikke sonrió mientras frotaba el brillante tejido con la mejilla—. Y veo que también tienes un regalo para Leo. —Se arrodilló y miró fijamente la barriga de Savine—. ¿Me dejas tocar?

—Bueno, supongo que…

Rikke rodeó a Savine con los brazos y le apretó la mejilla tatuada contra la tripa, haciendo que diera un respingo.

Savine cruzó la mirada con Leo, que solo pudo encogerse de hombros.

—Oh —canturreó Rikke, con los ojos cerrados mientras seguía abrazada—. Ya esperaba algo especial de vosotros dos, pero esto… *esto* cambiará el *mundo* .

—¿Dónde está tu amiga Isern-i-Phail? —preguntó Leo—. ¿Y Caul Escalofríos? Juraría que eres la única persona del mundo que le cae bien.

—Los he enviado a hacer nuevos amigos. El Protectorado es pequeño. Necesitamos todos los amigos que podamos tener.

—Deberías haber acudido a nosotros.

—Sabía que vosotros acudiríais a mí.

Leo intentó sonreír, pero no era fácil. Cada vez que veía un atisbo de aquella chica desgarbada con la que había jugado al escondite en aquel mismo salón, Rikke le lanzaba aquella sonrisa taimada, y volvía aquel extraño ojo hacia él, y Leo sentía que su

mirada le llegaba al interior. Que veía todos sus secretos. La mujer a la que había conocido ya no existía, igual que su padre, y Leo se sorprendió de lo mucho que los echaba de menos.

Savine, mientras tanto, roía su carne con los labios y los dedos relucientes de grasa, acumulando una pila de huesos pelados en la mesa delante de ella.

—Parecerá una muñeca —murmuró Rikke en norteño—, pero come como un guerrero.

Leo se echó a reír.

—¿Es algo que debería saber? —preguntó Savine.

—Rikke… se pregunta si quieres un tenedor.

—Cuando estuve en Valbeck comía con las manos. —Savine arrancó un cartílago de la carne con los dientes y lo escupió al fuego con la pericia de cualquier Mejor Guerrero—. Eso, si comía en absoluto. He venido al Norte para ver cómo se hacen las cosas aquí. No para hacerlas a mi manera.

—Una mente muy abierta —dijo Rikke—. Pero no has venido para mejorar tus modales. Vosotros dos buscáis algo como que me llamo Rikke la Pegajosa.

La ceja enarcada de Savine indicó a Leo que había llegado el momento de ponerse manos a la obra.

—Tienes razón. Quería ver Uffrith y quería verte a ti, pero tienes razón. Necesito tu ayuda, Rikke.

—Nada que mi padre no hubiera hecho por un viejo amigo. Y tú y yo tenemos historia, ¿eh? Solíamos luchar en este mismo suelo, ¿verdad? ¿Qué necesitas?

—A los guerreros de tu padre. A tus guerreros, quiero decir.

—¿Contra quién combatimos?

—Espero que no tengan que combatir.

—Pero los dos sabemos que las esperanzas pueden ser estériles. No pedirías guerreros si no tuvieras una pelea en mente.

Leo miró hacia Savine una última vez, casi deseando que hiciera una leve negación y pudieran olvidarse de todo el asunto. Pero en vez de eso, Savine entornó los ojos e hizo un leve asentimiento.

—Combatimos contra el Consejo Cerrado —dijo.

Muy despacio, Rikke se echó hacia atrás en el banco de su padre e hinchó sus flacos carrillos.

—Sé que te gusta la bronca, Leo, pero ¿no podías buscarte una más pequeña?

—Pocos de nosotros podemos elegir nuestras batallas —dijo Savine—. Las batallas nos eligen a nosotros.

—Igual tendríais que dejar que esta elija a otros.

—¡Ya viste cómo eran en la guerra! —Leo se inclinó hacia delante, furioso—. Prometiéndolo todo. Entregando nada. La Unión abandonó a Uffrith. Abandonó a tu padre. ¡Te abandonó a ti! Pero Angland nunca lo hizo. Yo nunca lo hice.

Justo después de haberlo dicho, y sentado junto a su flamante esposa, Leo cayó en la cuenta de que tal vez Rikke lo viera de otra forma. Carraspeó y bajó su mirada adusta a la mesa.

—Así que estás cobrándote favores —dijo ella—. ¿Cuál es tu siguiente parada, Joven León?

No tenía sentido intentar engañarla. Rikke siempre le había pillado las mentiras. Y la sinceridad también podía ser una especie de arma.

—Carleon —respondió él—. Como seguro que habrás adivinado.

—A suplicar ayuda al Gran Lobo. —Rikke se encrespó y le rugió con una repentina y sorprendente furia—. ¿Al hombre que quemó la mitad de esta ciudad por capricho? ¿Al que prometió enviar mis tripas a mi padre en una caja? ¿Al que mató a mis amigos y los tuyos? ¿Al que te habría matado a ti, si mi ojo largo no lo hubiera visto venir? Romper todo lo que ama, dijo. ¿Quieres que vaya cogida del brazo con mi peor enemigo?

—A veces debemos usar a un enemigo para combatir a otro —dijo Savine.

Rikke retrajo el labio y sorbió un jirón de carne de entre los dientes.

—Ah, tú eres de las listas, lady Brock. Podrías colarte por el ojo de una cerradura, me da a mí, hasta con la barriga hinchada. Pero la última vez que nos vimos fue en tu terreno. Aquí arriba, los enemigos no se pueden volver amigos tan fácilmente.

—Ah, me extrañaría que las normas fuesen tan distintas —replicó Savine—. Uffrith necesita protección. Por eso se convirtió en protectorado. El rey Orso y su Consejo Cerrado han demostrado que no están dispuestos a ayudar. Si te alías con nosotros, podemos mantener el equilibrio entre tú y Ocaso. Si nos rechazas, el tiempo ya se te está acabando. En el fondo, es tan sencillo como eso.

—¿Así que lo arriesgo todo y a cambio recibo lo que ya tengo? —Rikke dio un bufido—. Y un cacho de tela roja, claro. A ti te gusta hacer tratos. Si estuvieras sentada en mi banco, ¿qué contestarías a ese?

—Contestaría que es el mejor que puedo conseguir —dijo Savine.

Leo se encogió. Había llegado para pedir ayuda a una vieja amiga, pero su esposa estaba convirtiendo todo el asunto en una negociación a cara de perro. Y con más que un leve aroma a chantaje.

Levantó las manos antes de que las cosas empeorasen más.

—¡Somos amigos! Arriesgué la vida por ti. Por Uffrith. —Hizo una mueca al mover la pierna—. Llevo las cicatrices. Pero volvería a hacerlo. Te ayudé contra tus enemigos. Ahora te estoy pidiendo que me ayudes tú contra los míos.

Savine se reclinó, irritada, limpiándose los dedos con un trapo. Rikke se reclinó, taciturna, poniendo las manos en el banco tras la espalda y levantando los hombros huesudos hasta las orejas.

—Estás pidiendo mucho, Leo. A mí y a mis hombres. No finjas que no. Tengo que pensármelo. A lo mejor el ojo largo se abrirá por la noche. Me mostrará la respuesta.

—Lo entiendo. Es una decisión importante.

El silencio incómodo se extendió, y Leo no supo donde meter la mirada más que en el suelo. Fue entonces cuando vio el círculo pintado allí, rodeando la mesa en la que comían. Unos cinco pasos de un extremo al otro. Parecido al círculo en el que él y Stour Ocaso habían luchado. Como el círculo en el que los norteños luchaban desde antes de que se escribieran las palabras.

—¿Para qué es el círculo?

La cara de Rikke pasó a la sombra, dejando solo el brillo de un ojo en la oscuridad.

—Para la gente que no está de acuerdo conmigo.

Nuevos amigos Rikke despertó con una sacudida y arrojó las pieles fuera de la cama como si estuvieran estrangulándola, mientras los pensamientos se perseguían entre ellos por su cabeza sudorosa. Le costó un momento recordar dónde estaba. Quién era.

Aún no se había acostumbrado a dormir en la cama de su padre. Pero seguramente sería la mejor cama de todo el Norte. Era enorme, aunque él había sido menudo. Siempre decía que quería poder dar vueltas sin caerse nunca. Había hecho que el marco lo tallara el mejor constructor de barcos de Uffrith, monstruos dándose caza unos a otros en la madera, y había comprado el colchón de plumas de ganso por su peso en plata a un mercader estirio. Aparte de Rikke, debía de ser lo que más lo había enorgullecido del mundo. Le partió el alma tener que dejarla cuando Calder el Negro tomó la ciudad, lo llenó de gozo encontrarla de una pieza al regresar. Siempre decía que se había pasado media vida durmiendo en el suelo, así que dormiría la otra media en el acolchado abrazo de la comodidad y no se disculparía por ello.

Rikke aún no se había acostumbrado a dormir en la cama de su padre, pero hacía que se sintiera cerca de él, aunque ya no estuviera. Y cuando te dejan la mejor cama de todo el Norte, ¿qué vas a hacer, dormir en el suelo?

Bajó los pies y movió los dedos contra los fríos tablones, asintiendo para sí misma mientras todas las piezas encajaban en su mente. Quizá hubiera tenido una visión, quizá hubiera tenido un sueño, quizá solo hubiera tenido una idea, pero ya fuese gracias a la magia, la suerte o el ingenio, tenía claro lo que debía hacerse. Alguien tenía que marcar el rumbo, al fin y al cabo. No sería agradable. No sería fácil.

—Pero lo fácil es para los muertos —susurró, y se puso en pie.

La mañana daba una sensación veraniega, fría pero soleada, con franjas curvas de nubes altas sobre el azul como costillas de dragón. Rikke se pasó la bolita de chagga de un lado al otro de la boca y se arrebujó en aquella brillante tela roja. Era bastante espectacular para tratarse de mero hilo tejido, tan hermosa que la hacía encontrarse hermosa a ella, lo cual era un lujo escaso en los últimos tiempos. ¿Y quién iba a estar sentada en el banco del descuidado jardín de su padre, viendo el amanecer destellando en el mar, sino quien se la había regalado?

—¡Pero si es Savine dan Brock en persona! —exclamó Rikke—. Sí que has madrugado.

Parecía una mujer distinta sin todos los polvos y la pintura y el disfraz. Más joven y blanda. Más normal y más sincera. Como un guerrero sin su malla, tal vez.

—Qué remedio —dijo, poniéndose las manos en la barriga—. Él, ella o ello tenía ganas de patearme esta mañana.

Rikke se sentó a su lado. Vio los barcos pesqueros meciéndose en las olas mientras reunía el valor para preguntar.

—¿Me dejas tocarlo?

Savine la observó, sus ojos entrecerrados contra el bajo sol, y entonces cogió la mano de Rikke y se la puso en la tripa.

Rikke frunció el ceño. Esperó. Frunció el ceño. Una leve presión nudosa se desplazó bajo la bata de Savine y luego se esfumó. Solo eso, pero Rikke descubrió que estaba sonriendo como si hubiera presenciado una demostración del Gran Arte.

—¡Se ha movido!

—Es lo que hace. —Savine torció el gesto al cambiar de postura en el banco—. Eso y que, nada más termino de mear, ya tengo que mear otra vez.

—Perdona si fui una anfitriona agria anoche —dijo Rikke. La frase también le salió un poco agria. Su orgullo le había costado mucho esfuerzo y no le gustaba tragárselo, aunque su padre siempre hubiera dicho que con el orgullo no se compra nada—. En Uffrith estamos acostumbrados a que nos empujen desde los dos lados. Que me empujen saca lo peor de mí.

—Perdona si yo fui una invitada agria —dijo Savine—. Estoy acostumbrada a fijarme en lo que quiero y pasar por encima de quien haga falta para conseguirlo. De donde yo vengo, la amabilidad no te lleva a ninguna parte.

Rikke asintió despacio.

—La verdad es que aquí viene a ser igual.

—Debería haberte dicho lo mucho que lamento lo de tu padre. Leo habla tanto de él que casi me parece que lo conocía. Se quedó desconsolado… cuando llegó la noticia.

—Sí. —Y Rikke frunció el ceño hacia la tumba de su padre, semioculta por los descuidados arbustos. Estaba haciendo incluso menos progresos en la jardinería que él—. Leo siempre ha tenido un gran corazón.

Savine acercó la cabeza a ella para murmurar: —A veces pienso que podría usar menos el corazón y más la cabeza.

—¿Para qué quiere la cabeza si te tiene a ti? O sea, podría venirte con una idea que no te hiciera gracia.

—Bien pensado.

—¿Y tu padre? ¿Cómo se sentirá él con lo que planeas?

—Mi padre. —El rostro de Savine se volvió de piedra—. Estás suponiendo que *tiene* sentimientos. Siempre me decía que para cambiar el mundo primero tienes que quemarlo.

—Se llevaría bien con mi amiga Isern, creo yo. Ella siempre dice que tienes que hacer de tu corazón piedra.

—Buen consejo. Admiro mucho lo que has conseguido aquí, ¿sabes? No puede ser fácil para una mujer ponerse al mando.

—Alguien debía hacerlo. Los viejos estaban jodiéndola a base de bien.

—La verdad es que en Angland viene a ser igual.

—Tendrías que coger a dos de los más problemáticos y ponerlos a matarse entre ellos —dijo Rikke—. No te creerías lo bien que viene reducir la manada para que los otros perros viejos te hagan caso.

—¿Vosotras dos no os habéis matado entre vosotras, entonces? —Leo había salido al sol, con cara preocupada. No era capaz ni del menor fingimiento. No habría podido esconder un árbol en el bosque.

Su esposa era más astuta. Mucho, mucho más astuta.

—Somos mejores amigas que nunca —dijo Savine, con una sonrisa que podría haber endulzado el agua de mar.

Rikke hizo lo posible por emularla, preguntándose si Savine tendría amigos o solo personas que le resultaban útiles. Entonces se preguntó si ella misma era mejor. Entonces se preguntó si tenía alguna importancia. Siempre que todo el mundo se preocupara de mantenerse útil, claro.

—¡He tenido una visión nocturna! —exclamó, y lanzó las manos al cielo y las bajó para palmearse los muslos—. Pedí una visión y me llegó. Tengo que deciros que no es como suele funcionar esto. Empezaba conmigo escalando una montaña de huesos.

—Eso… no suena muy bien —dijo Leo.

—¡Lo mismo pensé yo! Se me llenaron las uñas de polvo. Pero cuando llegué a la cima, el sol se alzaba sobre verdes tierras altas, y había un león, y llevaba corona.

Leo miró muy serio a Savine.

—Yo no quiero la corona. Un Consejo Cerrado nuevo y un gobierno honesto y ya me doy por satisfecho.

—Pues claro —dijo Rikke—. Pero es una señal prometedora. Y cuando te llegan señales, tienes que hacerles caso. ¿Qué sentido tiene el ojo largo si no vas a escucharlo? —Pensó en eso—. ¿O a verlo? En todo caso, a lo que voy es que… estoy con vosotros. Los hombres de Uffrith estarán con vosotros. Pero aseguraos de ponernos en la otra ala que al Gran Lobo, ¿eh? No querría matar a ese hijo de puta en mal momento.

La sonrisa de Savine traía solo una pizca de suspicacia.

—¿Y no… quieres nada?

—Solo compartir vuestro glorioso futuro. —Rikke vio a dos pequeñas mariposas blancas perseguirse entre ellas hacia arriba en espiral—. Vosotros dos llegaréis lejos. No sé muy bien dónde, pero tengo ganas de averiguarlo. Tú nos ayudaste. —Rikke tiró de Leo para sentarlo en el banco a su lado y le pasó un brazo por los hombros y otro por los de Savine—. Arriesgaste la vida por nosotros. Nos salvaste, Leo, y mi padre siempre pagaba sus deudas. Tengo intención de pagar la mía.

—Sabía que no me abandonarías. —Leo la miró a los ojos. En realidad al que no veía, pero en fin—. No sabes lo mucho que significa… saber que aún conservo tu amistad.

Ese era el Leo al que conocía. Mitad carismática franqueza, mitad inocente temeridad.

—Bueno, ya me conoces. —Tuvo que tragarse un minúsculo nudo en la garganta—. Me importa mucho la amistad.

Al poco tiempo ya estaban haciendo el equipaje para marcharse, lo cual era todo un ajetreo porque Savine necesitaba seis grandes cajas con esquinas de latón solo para salir por la puerta. Los muertos sabrían qué llevaba en ellas. Secretos y mentiras, tal vez.

Rikke le dio un abrazo, que fue como abrazar cristal cortado, y luego dio un abrazo a Leo, que fue muy raro. Lo apretó fuerte y olió aquel olor que aún tenía, y recordó cómo se había sentido al acurrucarse en la calidez de las mantas rodeada por sus brazos. Segura. Ya nunca se sentía segura, y se le ocurrió que, si las cosas hubieran salido un poco distintas, a lo mejor sería ella quien llevara a su hijo.

La mayor parte de Rikke sabía que nunca habían hecho buena pareja. Pero había un pedazo de ella que lo había amado una vez. Y ese pedazo se dolía por perderlo, y por la mujer que había sido con él, y por la vida que podría haber tenido con él, tanto que se le acumularon inesperadas lágrimas en el ojo ciego y tuvo que fingir que se le había metido algo dentro.

—Cuídate —le susurró al oído, y entonces le dio un azote en el culo mientras Leo montaba y la satisfizo comprobar que aún se sonrojaba con facilidad.

Isern había vuelto esa mañana y esperaba masticando despacio, mirando ceñuda a Leo y Savine y a sus hombres y a sus carros, que traqueteaban saliendo de la ciudad.

—No te molesta que esa te haya robado a tu hombre, ¿eh?

—¿Robármelo? —Rikke echó atrás la cabeza, despectiva—. Lo tiré yo a un lado y ella se agachó para recogerlo.

—Claaaro —dijo Isern con voz cantarina, estirando la vocal para que cupiera en ella una historia entera. Luego se cruzó de brazos—. Me fío de esa mujer menos que del tiempo. Es lo más sofisticado que he visto nunca.

—Lo que pasa es que tú querrías ser igual de sofisticada.

Isern escupió por el hueco de sus dientes y alzó también la barbilla al aire.

—Confieso que ese sombrero que lleva me quedaría estupendo. Pero verás, huele demasiado bien. No a persona. A tarta. A la mejor tarta que has saboreado jamás.

—Vamos a aliarnos con ella, no a comérnosla. A no ser que tengas planes de los que no sé nada.

—Vamos a aliarnos con su marido. Y si él es un león, ella es una serpiente dorada bien enroscada a su alrededor. Si le dijera que abajo es arriba, él se reiría de lo tonto que había sido hasta ahora y se pondría a hacer el pino.

—Puede. Nunca ha sido el más listo. Y ella es astuta, y despiadada, y ambiciosa como una plaga. —Rikke se encogió de hombros y dio ese suspiro que le hacía aletear los labios—. Pero los amigos tontos no te llevan muy lejos, ¿verdad? —Rikke vio que Isern pensaba en eso y abría la boca—. ¡No lo digas! —exclamó, y vio que Isern volvía a cerrarla—. Trae a Hardbread aquí arriba y dile que tenemos que reunir a los guerreros. Todos los Mejores Guerreros y carls. Todos los siervos que sepan sostener una lanza. Y lanzas para que las sostengan, también.

—¿Y escudos?

—Sí, estaría bien que algunos regresaran.

Leo se volvió en la silla de montar para sonreír y saludar, y Rikke se puso de puntillas para devolverle la sonrisa y el saludo. Parecía que llegaban hombres en sentido opuesto. Al menos una docena, con el sol reluciendo en su equipo y en el ojo de metal del que los encabezaba.

—Aquí está Escalofríos.

—O eso o es algún otro cabrón con ojo metálico. ¿Quién va con él?

Rikke se hizo visera sobre el ojo bueno con la mano. Era un hombre muy alto. Hasta más alto que Escalofríos, pero encorvado, los codos hacia fuera y el mentón hacia delante, y el pelo rubio blanquecino brotando en mechones.

—O mucho me equivoco o me parece que es el Clavo.

—Creo que tienes razón.

—Tendré solo un ojo —Rikke se dio un golpecito en la cara e hizo un guiño—, pero es agudo. Parece tan enfadado como siempre.

—Bueno, su padre sigue asesinado —dijo Isern—, así que tampoco me extraña.

—Bien. —Rikke se ajustó la hermosa tela roja en los hombros y echó a andar por el camino para recibirlo—. Un hombre enfadado es un hombre útil.

Era incluso más alto visto de cerca, y no tenía pálidas solo la barba y las cejas, sino hasta las pestañas. Parecía pensativo, pero había algo en esa postura relajada que hacía pensar a Rikke que podría explotar con violencia en cualquier momento. Ya lo había visto ocurrir, a fin de cuentas, cuando el Clavo luchaba en el bando opuesto en la Batalla de Colina Roja. En ese momento había sido un hombre terrorífico, con su cara manchada de sangre retorciéndose de furia y risa a la vez. Pero Rikke ya no era tan fácil de asustar.

Escalofríos señaló con el pulgar hacia el lado.

—Este es…

—Ya sé quién es. —Rikke estrechó la mano encallecida del Clavo. Por los muertos, qué tamaño; ella no tenía las manos pequeñas, pero parecía la de una niña en comparación—. Nada menos que el Clavo, famoso campeón de los Valles Occidentales e hijo del gran Gregun Cabezahueca.

—Una presentación más halagadora que la que habría osado dar yo mismo —dijo él.

—Venga, no seas remilgado. —Rikke le dio una palmada en los nudillos llenos de cicatrices y dejó caer la mano—. Te vi en la batalla de la Colina Roja. Es peligroso tenerte como enemigo.

—No se me ocurre mejor cumplido. Yo también te vi en la batalla, y en el duelo de después. Pero antes de todo eso. —El Clavo señaló la parte izquierda de la cara de Rikke, sin apartar sus ojos claros de ella, observándola bien.

—Mejor que te miren por mal motivo que no atraer ninguna mirada. —Rikke volvió los tatuajes hacia él. Un pequeño desafío. Estaba cogiendo la costumbre, cuando la gente se la quedaba mirando—. Y no me he cagado encima ni una vez desde que me lo hicieron, lo cual es una ventaja.

—Ahorras en lavandería, supongo.

—Me dije: ya puestos a ser fea, ¿por qué dejarlo a medias?

—¿Por qué pensaste eso? —Sus cejas pálidas descendieron un poco—. Lo que yo veo es poder y sabiduría. Si me preguntas a mí, no hay nada más hermoso.

Rikke parpadeó. Quería creer que se había vuelto lo bastante sagaz para que los halagos no la afectaran mucho, pero tuvo que reconocer que ese había dado en el blanco.

Isern se inclinó hacia ella tapándose la boca con una mano.

—Estoy pensando que puede ser todo un hallazgo.

—Yo estoy pensando lo mismo —musitó Rikke, colocándose detrás de la oreja un mechón que la brisa salada había revuelto—. ¿Qué te trae aquí abajo, Clavo?

—La venganza.

Rikke echó las manos al aire.

—¿Qué he hecho ahora?

—Mírala, qué bromista —dijo el Clavo, y dio un pequeño bufido—. Stour Ocaso mató a mi padre. Lo colgó en una jaula. —Rikke oyó el chasquido de los nudillos cuando él apretó aquellos puños gigantescos—. Puso su cabeza encima de sus puertas.

La furia que emanaba de él mareó a Rikke. Como si pudiera saltar una chispa entre ellos y envolverla en llamas.

—Había oído que lo dejabas pasar —murmuró.

—Es lo que dije a Calder el Negro. Me encanta pelear, pero odio perder y tenía las probabilidades muy en contra.

—Entonces, ¿no lo has dejado pasar?

—No.

—Y vienes a Uffrith para pedirme ayuda.

—Yo he oído que es peligroso tenerte a *ti* como enemiga. Sé que Stour te teme. He pensado que a lo mejor, con mi espada y tu ojo, las probabilidades ya no son tan malas. Uffrith y los Valles Occidentales juntos. Eso sí que no podría pasarlo nadie por alto.

Rikke, pensativa, alzó la mirada hacia él. Tuvo que alzarla bastante, ya que para colmo estaba más cuesta abajo.

—Mi padre me dijo que la venganza es un cofre vacío que te dobla con su peso. Me dijo que la dejara estar.

—Tu padre era un hombre duro y un hombre artero y un hombre al que admirar.

—Ya lo creo —dijo Escalofríos en voz baja.

—¿Pero no estás de acuerdo?

—No lo estoy —respondió el Clavo—. Tendré la cabeza de Stour o moriré en el intento. Os vi a ti y a él lanzaros pullas antes del duelo. He pensado que quizá te sintieras igual.

—¡Ah, me siento justo igual! —rugió, dejando entrever al Clavo la furia que mantenía ardiendo—. Mi padre juró que vería a Calder el Negro muerto, y yo juré que vería a Stour Ocaso muerto, y pienso cumplir las palabras de los dos, ¿qué te parece? —Le sacó una sonrisita. Un pequeño brillo en el ojo—. Pero ahora tengo a gente de la que cuidar. —Se suavizó y envolvió con un gesto toda Uffrith, bastante hermosa a la luz del sol que se ponía sobre el mar—. No puedo ir por ahí repartiendo venganza a troche y moche. ¿Ves a esos invitados míos de la Unión que se marchan?

—¿La mujer envuelta como un regalo en día de fiesta? Sí, no había forma de no verla.

—Pues es la señora gobernadora de Angland. He hecho un trato con ella y con su marido. —Rikke movió la boca como si algo le supiera mal—. Y ese trato me pone en el mismo bando que el rey de los norteños.

El Clavo negó con la cabeza.

—Vaya, es una pena.

—Sí que estoy un poco de acuerdo. Pero no hay razón para que tú y yo no podamos ser buenos vecinos. ¿Por qué no pasas dentro? Echaré un tronco nuevo al fuego y abriré un barril de la cerveza de mi padre.

—Preferiría la venganza.

—¿Pensabas ir corriendo hasta Carleon y tomártela antes de que anochezca? —preguntó Escalofríos.

—Mi padre decía siempre que solo a los muertos les falta tiempo para una jarra —dijo Rikke—. Bebamos y hablemos del futuro. De lo que podría pasar. De lo que he visto que pasará. Uffrith y los Valles Occidentales juntos, después de todo. Eso sí que no podría pasarlo nadie por alto.

Con toda la parsimonia del mundo, el Clavo levantó pensativo sus cejas pálidas.

—¿No durará para siempre, entonces, tu trato con Ocaso?

Rikke le puso una mano amable en el hombro y lo orientó hacia la puerta del salón de su padre.

—Nada dura para siempre.

La gente pequeña Orso dio una bocanada del fresco aire matutino y lo dejó ir en un suspiro. Sentaba bien estar fuera de la

ciudad. Allí los vapores parecían empeorar y las demandas a la monarquía ser más sofocantes a cada día que pasaba. Lord Hoff y su fastidioso horario, las recepciones sin sentido, los tediosos rituales, todo momento meticulosamente echado a perder por adelantado sin que hubiera nunca la menor oportunidad de hacer algo de verdad. Hasta las costumbres evacuatorias de Orso estaban circunscritas con toda precisión, catalogadas, supervisadas. No lo habría sorprendido descubrir que hubiera toda una bandada de cargos muy lucrativos establecidos a tal propósito. Lord Alto Guardián de la Hez Real. Sumo Custodio del Tránsito de Su Majestad. Huelepises Supremo.

Sacó la diadema de su cabeza haciéndola rodar un poco y la sostuvo en alto para mirar a través de ella la reluciente vía. La multitud expectante. Se le escapó una risita.

—¿Te divierte algo? —preguntó su madre, a quien nunca divertía nada.

—No me había dado cuenta hasta ahora. Lo curioso de las coronas… es que no tienen nada dentro, ¿verdad?

Orso se encogió por una repentina descarga de vapor de la maquinaria, seguida de una oleada de uuuhs y aaahs, seguida de un educado aplauso. Una banda interpretó una melodía estridente y optimista. Unos niños sonrientes hicieron ondear banderitas de la Unión. El famoso aparato en sí mismo era la pesadilla de un demente, todo engranajes, varas y remaches, una bestia de latón y hierro que resplandecía de grasa y soplaba vapor de sus válvulas como humo de los ollares de un dragón. Estaba montada sobre un par de raíles pulidos que se extendían a lo largo de dos campos hasta un puente en el que ondeaban coloridos banderines. Sobre el puente, una actriz famosa llevaba un tocado y una túnica vaporosa que cabía suponer que la hacían representar a la inspiración o a alguna otra virtud abstracta. Pero el sol no acababa de asomar y, pese a su radiante sonrisa, la mujer parecía estar pasando bastante frío.

—¿Cómo funcionará ese trasto? —caviló Orso mientras se volvía a encasquetar la diadema. La máquina bien podría haber sido la vara de un hechicero, por lo que Orso entendía de su mecanismo.

—Creo que el horno alimentado por carbón calienta el agua de la caldera hasta que hierve —dijo Dietam dan Kort, y su casaca se estiró peligrosamente alrededor de

los botones cuando se inclinó por encima de la silla vacía de Cursnbick—. La formación de vapor en su interior crea una presión que acciona un pistón oscilante y una biela que convierte la fuerza expansiva en fuerza rotacional, que luego se transmite mediante una sucesión de engranajes a las ruedas. ¿Querríais más detalles, majestad?

Orso levantó las cejas.

—Si acaso… menos.

—El fuego hace vapor —pronunció la reina Terez, dignándose a decir unas palabras en la lengua común pero empeñándose en hacerlo con un abrumador acento estirio—. El vapor hace que se mueva.

—Esa es la esencia —reconoció Kort.

Honrig Curnsbick, el gran maquinista en persona, estaba de pie cerca de su creación con sombrero de copa y alborotadas patillas, rodeado de vitoreantes partidarios, sacudiendo un puñado de dibujos en dirección a sus ingenieros ennegrecidos de aceite. Uno de ellos arrojaba carbón a paladas en las resplandecientes fauces de la máquina. Otro sopesaba una gigantesca llave mientras fruncía el ceño hacia el palco real con una intensidad que rayaba el odio. Por desgracia, no había nada extraordinario en eso. Orso consideraba cualquier cosa más favorable que un fuerte rechazo por parte de sus súbditos como una encantadora sorpresa.

—Deberías haber tenido una reina a tu lado —observó su madre.

Él le sonrió de soslayo.

—La tengo.

—Me refiero a una esposa, como bien sabes. Ayudadme, juez supremo.

—Su Majestad. Como siempre. Está en lo cierto. —Bruckel se inclinó para adelantarse a la madre de Orso y disparar unas pocas frases—. Mirad lo que ha hecho el matrimonio. Por el lord gobernador de Angland. —Orso se encogió. Preferiría que le rociaran con veneno a más noticias del feliz enlace de Leo dan Brock—. El gobierno allí estaba paralizado. Anticuado. Incompetente. ¿Desde su boda? Lo. Contrario.

—¡Pero Lady Savine es una mujer de inmenso talento! —Kort se agachó desde el otro lado para, sin saberlo, empeorar incluso más la situación—. Debo confesar que era reacio a aceptarla como socia, pero, en fin, no podría haber terminado mi canal sin ella. Tiene un talento maravilloso. —Kort negó con la cabeza y su barbilla desapareció en la grasa de la papada—. No hay muchas como ella por ahí, majestad.

—Entonces no se hable más —dijo Orso—. Lady Savine tendrá que estar casada conmigo y con su marido. —La verdadera tragedia era que seguramente se habría aferrado a ese apaño con ambas manos.

Su madre estaba menos cautivada.

—No te pongas ocurrente, Orso, es indigno de tu majestad.

—Empiezo a pensar que no existe nada indigno de *mi* majestad.

—Tus dos hermanas han cumplido con sus deberes dinásticos. ¿Acaso crees que Cathil quería mudarse a Starikland?

¿Cuántas veces habían tenido esa misma conversación?

—Es toda una inspiración para mí.

—¿Acaso crees que Carlot quería casarse con el canciller de Sipani?

—Siempre parece bastante complacida de haberlo…

—No puedes retrasarlo más tiempo. No solo estás haciéndote daño a ti mismo, sino a toda la Unión.

Su madre detestaba la Unión, pero creía que la hipocresía era algo en lo que solo podía caer otra gente. A Orso le rechinaron los dientes.

—Miraré otra vez esa última lista. Pero antes quiero organizar la gran gira. ¡Salir al campo y presentarme al pueblo!

—Sería mucho mejor hacer la gira con una esposa, y así podrías presentarla a ella al pueblo y empezar a producir un heredero al mismo tiempo.

—¿Cómo? ¿Simultáneamente de verdad?

Su madre lo miró por encima de la nariz.

—Al menos así verían que por fin te tomas en serio tus responsabilidades.

—¿Quién se pone ocurrente ahora?

—A mi maestro le encantaría que os casarais.

Orso se espantó de la voz que llegaba a su oído. El títere de Bayaz, Yoru Sulfur, se había echado hacia delante sonriendo desde las sillas de detrás. Era una de esas personas que tenían la fea costumbre de aparecer en los peores momentos.

—¿Ah, sí? —le soltó Orso—. ¿Tiene ganas de comprarse un traje nuevo o qué?

La nítida sonrisa de Sulfur no mostró signos de perturbarse.

—Todo lo que redunde en la estabilidad del reino es de interés para lord Bayaz.

—Qué fortuna la nuestra por tener tal guardián. Pero ¿qué hace un mago en una exhibición científica? ¿No tenéis…? —Orso movió una mano—. No sé, ¿no tenéis algo mágico que hacer?

—No existe una brecha tan amplia entre la ciencia y la magia como algunos suponen. —Sulfur señaló con la cabeza la ciudad, donde la Casa del Creador seguía siendo la aguja más alta del horizonte—. ¿Acaso no fue el propio Kanedias el primero y más grande de los ingenieros? ¿Y acaso no dijo Juvens que el conocimiento es la raíz del poder ? No hay nada que deleite más a lord Bayaz que las ideas, las innovaciones, las nuevas formas de pensar. —Volvió sus ojos relucientes hacia la máquina envuelta en vapor de Curnsbick—. Imaginad una red de estos caminos. Railes de hierro enlazando la Unión con más firmeza si cabe, transportando un flujo incesante de mercancías y personas. ¡Una maravilla a la altura de los grandes logros de los Viejos Tiempos!

—Como proyecto suena estupendo, maese Sulfur, pero… también caro. —Orso empezó a volverse—. Me temo que mi tesorería no está en condiciones de aceptar el desafío.

—La Banca Valint y Balk ya se ha ofrecido a adelantar el capital.

Orso torció el gesto. Era sobre todo culpa de los devastadores intereses que tenían los préstamos de Valint y Balk que la tesorería estuviera en un estado tan lamentable.

—Eso es… inusitadamente generoso por su parte.

—La banca adquiriría los terrenos necesarios a crédito y sería propietaria de las vías para cobrar un insignificante estipendio por su uso. Confiaba en que consentiríais que concrete los trámites con el lord canciller.

—Eso suena bastante a un primer paso en venderos mi reino poco a poco.

La sonrisa de Sulfur se ensanchó aún más.

—Difícilmente el primer paso.

—¡Majestades! —Curnsbick llegó apresurado al palco real, se quitó el sombrero y se secó la frente sudorosa con un pañuelo—. Confío en que no os hayamos hecho esperar.

—En absoluto —respondió Orso—. Convertir la fuerza expansiva en rotacional no es… tarea fácil… supongo…

La reina viuda profirió un atronador bufido de desdén, pero Curnsbick ya se estaba dirigiendo a la muchedumbre y dio sendos golpes con sus anchos puños en la vía. La banda se arrancó a tocar. La emocionada conversación remitió. El público se volvió de la máquina hacia su creador. El gran maquinista empezó a hablar.

—¡Hemos hecho progresos extraordinarios en unos pocos años, amigos míos! —Dependiendo de a quién se preguntara, por supuesto, dado que Orso seguía escuchando multitud de quejas—. ¡Con las técnicas y la maquinaria adecuadas, ahora

un hombre puede hacer el trabajo que antes requería diez! ¡Requería veinte! —Aunque no dejó claro qué iba a ser de los otros diecinueve.

»Albergo la firme creencia de que esta, mi última invención… —Y Cursnbick dirigió la mano hacia la máquina con la floritura de un chulo presentando a sus prostitutas—. *Nuestra* última invención, pues pertenece a la prosperidad, no solo llevará a algunos de nosotros desde Adua hasta Valbeck con más comodidad y en menos tiempo que nunca antes. Nos llevará a todos nosotros… ¡al futuro!

—Lo único innegable que tiene el futuro —murmuró la madre de Orso en estirio— es que viene a ti, estés preparado o no, sin que deba transportarlo nadie.

Desde luego, se antojaba una manera demasiado complicada de cruzar dos campos. Pero Orso solo podía levantar los hombros y sonreír, que a fin de cuentas eran sus principales contribuciones a cualquiera de los muchos acontecimientos a los que asistía. Si hubiera tenido todas las respuestas, supuso que podría haber sido el gran maquinista en vez de un mero rey.

—¡Hay personas a ambos extremos de la escala social que querrían vernos cambiar de dirección! —Curnsbick había empezado a gritar—. ¡Hay quienes no solo intentan contener el río del progreso, sino hacer que fluya curso arriba! Quienes están dispuestos a romper, quemar y asesinar en nombre de arrastrarnos de vuelta a un glorioso pasado que jamás existió en realidad. A un lugar de ignorancia, superstición, miseria y miedo. ¡A un lugar de oscuridad! ¡Pero no habrá vuelta atrás! ¡Eso os lo prometo! —Levantó el brazo y se volvió hacia Orso—. Majestad, ¿sois tan amable de concederme la venia?

Orso siempre se preocupaba cuando alguien quería involucrarlo en una decisión, superficial o no. Pero, aun así, las decisiones debían tomarse. Superficiales o no.

—¡Llevadnos al futuro, maese Curnsbick! —exclamó, sonriendo al gentío.

Curnsbick se volvió hacia la máquina y descargó un pomposo tajo con el brazo. El ingeniero, su sonrisa una curva de blanco en la cara manchada de aceite, tiró de una palanca y el mundo entero explotó.

—¡Hemos hecho progresos extraordinarios en unos pocos años, amigos míos! —vociferó Curnsbick.

—¡Ya lo creo! —exclamó Verunice con voz aguda, y al momento se sintió más bien avergonzada.

Una quería destacar de entre la multitud, sobre todo después de tantos años viviendo en el entorno más distante imaginable, pero una tampoco quería dar el espectáculo. Solo había que mirar a Savine dan Glokta, ahora Brock, por supuesto. Todo

el mundo la miraba, a fin de cuentas. Qué audaz. Y aun así, qué femenina. ¡El espíritu de la nueva era! Verunice se había unido a todas las sociedades vanguardistas. La Fundación para el Progreso Cívico, la Asociación para la Mejora de las Condiciones de las Clases Trabajadoras, y la Sociedad Solar, por supuesto. Ya había hecho lo que consideraba una excelente inversión con aquel joven, Arinhorm. Qué educado. Qué atento. La había mirado de un modo en que ningún joven lo hacía desde años atrás. Verunice notó que se ruborizaba y deseó haberse traído el abanico. Pero aunque era verano, aún no hacía del todo tiempo para abanicos.

—Con las técnicas y la maquinaria adecuadas —estaba explicando Cursnbick— ¡ahora un hombre puede hacer el trabajo que antes requería diez! ¡Requería veinte!

Verunice asintió entusiasmada, entonces se dio cuenta que con el entusiasmo se le podría soltar la peluca, llevó una mano nerviosa hacia ella y estuvo a punto de derribar su sombrero. Aún no se había acostumbrado a los adornos de la cabeza. Ni al vestido. Si la sacaran de dentro de él, seguro que el condenado trasto se quedaría de pie por sí mismo, pero la modista le había dicho que era lo que llevaban todas las damas vanguardistas. Verunice se veía casi incapaz de respirar, girarse o mover los brazos, pero había adquirido, como por arte de magia, un busto más bien impresionante. Su madre siempre había insistido en que el busto ya era media batalla ganada. Verunice siempre se había preguntado en qué consistiría el resto de la batalla, pero nunca se había atrevido a preguntar.

—Albergo la firme creencia de que esta, mi última invención… —Y Curnsbick gesticuló hacia su candente máquina con la presencia de un gran actor en el escenario. Qué hombre tan poderoso, qué manos tan fuertes. Qué hombre tan generoso, y qué impresionantes esas patillas. Qué visionario, qué ojos tan penetrantes detrás del destello de sus lentes. ¡El espíritu de la era!—. Nos llevará a todos nosotros… ¡al futuro!

Verunice aplaudió con todo el ahínco que le permitía el corsé. En el trayecto en carruaje desde Adua, una podía ver cómo se aproximaba el futuro. Las chimeneas, las grúas, la interminable construcción, la interminable creación, la interminable oportunidad.

—¡Pero no habrá vuelta atrás! —gritó Curnsbick—. ¡Eso os lo prometo!

Verunice aplaudió otra vez, con dolor en esa ocasión, pero no le importó. No habría vuelta atrás. Ni hacia su asfixiante matrimonio ni hacia la sofocante casa en el campo ni hacia la opresiva conversación en las reuniones del pueblo. Su marido estaba muerto y el dinero le pertenecía a ella y pensaba comprarse una vida, joder. Se sonrojó, pero entonces cayó en la cuenta de no había dicho la palabra, solo la había pensado, así que ¿dónde estaba el crimen? Era un nuevo mundo. Podía pensar lo que se le antojara. ¿Podría incluso decir lo que se le antojara?

—Joder —susurró, y notó que se sonrojaba más todavía. Deseó haberse traído el abanico.

El joven rey sonrió, qué despreocupado, qué gallardo, qué pelo tan brillante y encantador, y su diadema dorada resplandeciendo al sol. ¡El espíritu de la era!

—¡Llevadnos al futuro, maese Curnsbick!

Curnsbick bajó de golpe una ancha mano y Verunice cerró los ojos, sintiendo el viento de la libertad en las mejillas. Ahora sí que iba a..

—¡Hemos hecho progresos extraordinarios en unos pocos años, amigos míos!

Era cierto que la Unión había cambiado mucho en las dos décadas desde que había llegado Muslan, pero sobre todo, en su opinión, a peor. Notaba las miradas al recorrer las calles de su propio barrio. Estaba sintiendo las miradas en esos momentos. Menos curiosidad que la que había despertado en otro tiempo, y más miedo. Más ojeriza. A veces le llovían insultos. Y objetos también, en alguna ocasión. A un joven conocido suyo muy agradable le habían dado con una losa en la cabeza desde un tejado y casi lo habían matado. ¡Y eso que había nacido en Adua! ¡De padres kadirenses! Cuando la gente se empecinaba en el odio, no discriminaba. Pero Muslan se negaba a dejarse amedrentar. No se había escondido de los sacerdotes. No iba a esconderse de aquellos dichosos idiotas rosados, tampoco.

—Con las técnicas y la maquinaria adecuadas —siguió la cháchara de Curnsbick— ¡ahora un hombre puede hacer el trabajo que antes requería diez! ¡Requería veinte!

Muslan hizo un seco asentimiento a eso. Había mucho que detestar de la Unión. Parloteaban sin cesar de libertad, pero las mujeres que se deslomaban en los campos y las cocinas, los hombres que se deslomaban en las fábricas y las minas, estaban igual de atrapados en sus monótonas vidas que cualquier esclavo. Pero al menos, allí un hombre sí era libre de pensar. De tener ideas. De cambiar las cosas.

En Ul-Suffayn los sacerdotes lo habían declarado hereje. Su esposa le había rogado que lo dejara, pero para Muslan su trabajo era un deber sagrado. Otros veían sus deberes sagrados de otra manera. Su taller lo habían quemado personas a las que había llamado amigos y vecinos, con el fuego de la fe en los ojos. Decían que la fe es virtuosa, pero para Muslan solo la duda era divina. La duda engendraba curiosidad, y conocimiento, y progreso. La fe engendraba solo ignorancia y declive.

—Estoy firmemente convencido de que esta, mi última invención… —Y Curnsbick llevó la mano hacia la máquina a la manera de un vendedor de alfombras intentando colocar mercancía de segunda—. Nos llevará a todos nosotros… ¡al futuro!

A todos se nos lleva al futuro, siempre. Lo que nos salude allí al llegar, esa es la cuestión candente. Con la desaparición del profeta, Muslan y quienes tenían ideas afines —los pensadores, los filósofos, los ingenieros— habían esperado que llegara una nueva era de la razón. Pero lo que llegó fue una era de la locura. Los sacerdotes habían dicho que su trabajo contravenía las leyes de Dios. Cobardes ignorantes. ¿Quién había creado la mente de los hombres sino Dios? ¿Qué era el deseo de crear sino una humilde imitación de su ejemplo? ¿Qué era la grandiosa idea, la imponente visión, la profunda revelación, sino un atisbo de lo divino?

—¡Hay personas a ambos extremos de la escala social que querrían vernos cambiar de dirección!

Muslan se había enterado gracias a sus pocos amigos de Ul-Suffayn que aún se atrevían a escribirle de que habían llegado los devoradores. Se habían llevado a sus aprendices y sus ayudantes y habían quemado sus prototipos en la plaza mayor. Se estremecía solo de pensarlo. Los devoradores eran la fe destilada, fe sin razón, piedad, transigencia ni remordimiento. ¿Cómo podía llamarse a eso sino maldad?

—¡Pero no habrá vuelta atrás! —bramó Curnsbick—. ¡Eso os lo prometo!

—No habrá vuelta atrás —susurró Muslan en su propio idioma. Cerró los ojos, notando el picor de lágrimas en los párpados, y envió las palabras a su esposa, o al menos a sus cenizas, deseando que pudiera oírlas—. Eso te lo prometo.

—¡Llevadnos al futuro, maese Curnsbick! —rebuznó el zoquete que tenían por rey.

Los sacerdotes suponían que la verdad de las escrituras y la científica estaban en oposición porque en sus pequeñas mentes amarradas con firmeza solo había espacio para una o la otra. No se daban cuenta de que eran una misma verdad. El abuelo de Muslan había sido cerrajero. El padre de Muslan había sido relojero. Muslan era ingeniero. Como también lo era Dios. Como también lo era...

—Albergo la firme creencia de que esta, mi última invención… —Y Curnsbick señaló su humeante máquina como el encargado de una barraca de feria señalaría a su monstruosidad favorita—. Nos llevará a todos nosotros… ¡al futuro!

Morilee miró con mala cara a aquel hijo de puta gurko. ¿Ese era el futuro de la Unión? Invadida por cabrones oscuros, que ni siquiera tenían la decencia de llegar con tambor, bandera y espada para poder ser combatidos y derrotados como correspondía, sino que los dejaban pasar por la puerta de atrás los mamones traidores que querían vender su país por un puñado de marcos.

Treinta años antes, cuando todo aquello era un bosque al que ella iba a merendar con su abuelo, el rey Jezal había dicho al pueblo que se alzara por su país. Morilee había sacado del cobertizo la vieja pica de su padre, y le había cambiado el asta porque la antigua se había podrido, y se había alzado, maldita sea, como hacían las mujeres siempre que era necesario. Había combatido a aquellos cabrones gurkos en las incendiadas ruinas de las calles donde se había criado. Se rascó el muñón del brazo. Habían pasado treinta años y aún le dolía. Pero quizá en realidad el dolor no estuviera en su brazo, sino en su corazón. Frunció el ceño de nuevo a aquel hijo de puta gurko, allí todo orgulloso con su barbita negra como si el país fuese el suyo. ¿Para eso había peleado ella? ¿Para eso había perdido el brazo? ¿Para eso había perdido su puta casa?

—¡Hay personas a ambos extremos de la escala social que querrían vernos cambiar de dirección!

Morilee sabía cómo se sentían los de abajo de la escala, eso seguro, con sus casas derribadas para hacer sitio a las factorías y sus jardines destruidos para hacer sitio a los templos y sus familias amontonadas en habitaciones cada vez más pequeñas para hacer sitio a todos los cabronazos que llegaban en tropel de fuera, los gurkos y los estirios y los norteños y vete a saber qué más, todos balbuceando en sus sucios idiomas y haciendo bajar los salarios y haciendo subir los alquileres y contaminando el aire con el espantoso olor de su cocina, porquería que no darías de comer ni a un perro, y los callejones a rebosar de sus mocosos mestizos.

—A un lugar de ignorancia, superstición, miseria y miedo. ¡A un lugar de oscuridad!

Morilee rebufó. Cursbick debería ir al lugar donde ella había vivido el último año, y vería lo que eran la miseria y la oscuridad. Giró la cabeza y escupió. Intentó llegar a aquel hijo de puta gurko, pero se quedó corta y dio al sombrero de una mujer.

Curnsbick levantó el brazo y se volvió hacia Orso.

—Majestad, ¿sois tan amable de concederme la venia?

Morilee se llevó la mano que le quedaba al corazón. Quizá ese nuevo rey fuese un capullo inútil, pero seguía siendo el rey, y ver el sol dorado destellar en las banderas ahí arriba todavía le sacaba las lágrimas. El país estaría por los suelos, pero seguía siendo su país y lo llevaba en la sangre, en los huesos. Si volvían a llamarla, volvería a pelear. Aunque le costara su otro brazo. Esa era su forma de ser.

—¡Llevadnos al futuro, maese Curnsbick! —vociferó Su Majestad.

Tenía una voz potente y agradable y la gente empezó a vitorear y, a pesar de sus dolores, Morilee vitoreó más fuerte que nadie. Quizá fuese un rey de mierda. Pero los reyes de mierda eran los que más vítores necesitaban.

El ingeniero tiró de su palanca y...

Bla, bla, progreso, invención. El juez supremo Bruckel casi no escuchaba. Estaba pensando en ese caso del día anterior. Terrible caso. Lamentable asunto. Cómo lloraba la mujer en el banquillo. Bruckel había querido llorar también. «Tienes la lágrima muy fácil —solía decirle su padre—. Hay que presentar una fachada dura.» Pero ¿qué sería de los niños? Era como si cada veredicto se llevara una parte de él. Como si cada sentencia lo desangrara. Pero había tenido las manos atadas, como siempre. El archilector Glokta exigía penas duras. Lecciones. Ejemplos.

Había que presentar una fachada dura para sentarse en el Consejo Cerrado. Cualquier debilidad y los buitres volarían en círculos. Ni un amigo en ningún sitio. No podía permitírselos. Bruckel miró de reojo. Solo había que ver a la reina. Qué esplendorosa figura de mujer. Qué esplendoroso ejemplo. Todo el odio que le arrojaban. Le rebotaba sin más, como flechas en un portón. Pero qué sola estaba. Como una única torre blanca en un páramo arrasado. Pocos comprendían de verdad lo… difícil que había sido su posición. Lamentable asunto. Pero Bruckel lo sabía. Y la admiraba sin reservas. Nunca lo diría. Sería una especie de traición reconocerlo. Pero él lo sabía. Y ella sabía que él lo sabía. ¿La reconfortaría en algo? Probablemente no.

Curnsbick estaba preparando su *crescendo* . Bla, bla, yo, yo, yo, cambiar el mundo. Bruckel se hundió en su silla. El mundo no cambiaba. No en las cosas importantes. Ese día tenía que presidir otro caso. Trabajadores de fábricas muertos del pulmón blanco. No confundir con el pulmón negro. De eso otro morían los mineros. Lamentable asunto. Pero no había nada que Bruckel pudiera hacer. No con los intereses alineados en el otro lado. Enormes intereses. Terrible caso.

—¡Llevadnos al futuro, maese Curnsbick! —gritó Su Majestad.

Bruckel se preguntó si Orso sería buen rey. Se preguntó si era posible efectuar algún cambio. No parecía muy probable. No con todos los intereses alineados. Los intereses más grandes de todos. Valint y Balk, por supuesto. Ahí estaba aquel cabronazo de Sulfur, clavando ya sus garfios en el rey. Garfios que lo descuartizarían, como habían descuartizado a su padre. Siempre los buitres, volando en círculos. Pero el mundo era el mundo. Bruckel tenía las manos atadas. Lo llamaban juez supremo. Pero él era ínfimo, y no había justicia.

Curnsbick bajó el brazo con la más ostentosa petulancia. Bruckel miró de reojo a la reina Terez, siempre tan impresionante. Aventuró la más diminuta sonrisa. Ella no podía devolvérsela, claro. Lamentable...

—Nos llevará a todos nosotros… —chilló Curnsbick, un pigmeo que se fingía gigante, la clase de hombre que pasaba por héroe en aquella era mezquina—. ¡Al futuro!

Terez contuvo un bufido de menosprecio. ¿Al futuro de quién? El que ella había anhelado estaba destruido hacía mucho tiempo. ¿Cómo podían sus frágiles esperanzas haber resistido jamás el peso de las abrumadoras expectativas de su padre, de la ignorancia bienintencionada de su marido, de los prejuicios descerebrados de sus súbditos, de las inenarrables amenazas del tullido Glokta?

Había enviado a Shalere lejos. Incluso tanto tiempo después, Terez sintió el dolor de las lágrimas al pensar en su rostro, su sonrisa, su calidez, su forma de cantar, bailar, besar. Aún conservaba una botellita de su perfume. De toda la basura chabacana que amontonaban encima de una reina, lo único que de verdad era un tesoro para ella. Solo el más tenue soplo de aquel perfume se lo devolvía todo de sopetón a la mente. Aquella chica alocada y romántica que habría combatido al mundo entero por amor seguía atrapada en algún lugar de su cuerpo viejo y severo. Terez sintió el dolor de las lágrimas, pero había entrenado sus ojos para no sollozar. Había enviado a su verdadero amor a un lugar seguro. Una tenía que conformarse con las cosas pequeñas, cuando no le quedaba nada más. Una botellita de perfume casi vacía y unos pocos dulces recuerdos.

Respiró hondo y aprovechó para obligarse a erguir más la espalda. De un tiempo a esa parte vivía para sustentar las esperanzas de Orso. Para ser su apoyo inquebrantable. Su valeroso escudo contra los dardos del público burlón. Se había rehecho a sí misma con piedra y acero, la rígida, adusta e impasible escultura de una mujer, por el bien de él.

Podría haber jugado al juego. Podría haber sonreído, y mentido, y llegado a acuerdos. Pero su padre le había enseñado que la transigencia era debilidad, y la debilidad, muerte. Solo demasiado tarde había empezado a preguntarse si tal vez su padre no habría sido un gigante sino un idiota. Era curioso lo larga que podía llegar a ser la sombra de los padres. Lo único que ella quería era ver a Orso casado con alguna mujer aterradoramente sensata. Una mujer con bastante fuerza en los dedos para aferrarlo y apretarlo hasta que fuese el gran hombre que ella sabía que podía ser. Entonces, quizá, por fin podría dejar de apretar ella. Hacer el viaje a Estiria. Ver a Shalere de nuevo, una última vez…

—¡Llevadnos al futuro, maese Curnsbick! —gritó Orso, con aquella sonrisa de infinito buen humor que la boca de la propia Terez siempre ansiaba imitar.

Se dio cuenta de que el juez supremo Bruckel estaba mirándola, y con una expresión de profunda tristeza. Como un espectador de una obra trágica que, para su

sorpresa, ha tocado nervio muy al fondo. Como si de algún modo intuyese el infinito manantial de tristeza que se acumulaba en el interior de Terez. Como si…

Hubo un fogonazo, le pareció a Terez. Una explosión de fuego. Abrió la boca para dar un respingo asustada.

Algo pasó volando junto a ella. Hubo un potente sonido como de botella descorchada y un extraño silencio.

Un viento caliente la embistió, la devolvió girando a su silla.

Apenas veía nada. No oía nada en absoluto. Todo se movía muy despacio. Como si estuviera bajo el agua.

Un hombre con armadura pasó dando tumbos, chillando en silencio, con una esquirla de metal al rojo vivo incrustada en el peto de la coraza.

Terez tenía algo mojado en la cara. Lo tocó. Yemas rojas. Reparó en que el juez supremo Bruckel se había apretado contra su hombro. ¿Cómo se atrevía? Mientras se volvía para protestar, vio que tenía un lado de la cabeza segado y la sangre salía a chorro de la pulpa de dentro y le estaba poniendo el vestido todo rojo.

Supuso que debía ayudar. Era una herida muy grave, a todas luces.

—¿Juez supremo? —preguntó mientras el hombre caía a su regazo, pero Terez no oía ni su propia voz. Hizo lo que pudo para sostener entero su cráneo quebrado, pero le resbalaron trozos entre los dedos rojos.

Intentó levantarse, pero aquel mundo demasiado brillante se volcó a lo loco y le golpeó en el costado. Polvo y astillas. Botas arrastrándose. Vio a alguien mirándola. Un amigo de Curnsbick, al que salían burbujas sanguinolentas de la nariz. Parecía que podía tener un remache clavado en el lado del cuello. Terez se dio cuenta de que los dos estaban tumbados en el suelo.

Intentó levantarse otra vez, y le pareció prudente agarrarse a algo para sostenerse. La barandilla del palco real, con su ordinaria decoración, que se había manchado de rojo. Curnsbick estaba de pie tambaleándose a su lado. Había perdido el sombrero y su pelo entrecano se proyectaba en todas direcciones.

Terez le asió la ensangrentada chaqueta.

—¿Qué ha pasado?

No se oía hablar a sí misma. No oía nada. Curnsbick se apretó las manos contra la cara. Miró entre los dedos.

Terez se metió el pulgar en la oreja y lo removió. No hizo nada aparte de un chapoteo amortiguado. Entrecerró los ojos hacia la luz del sol. Hacia la máquina. O hacia donde había estado la máquina.

Ya no quedaba nada de ella salvo una enorme zarpa de escombros ardientes, de la que emanaba una gruesa columna de humo marrón. Caían papeles del cielo. Como los pétalos de flor en su boda, hacía tanto tiempo. Había cuerpos diseminados alrededor de la máquina, en hileras. Mutilados, enredados. Cuerpos quietos y cuerpos que se movían un poco, se retorcían, se arrastraban. Un hombre pasó andando como ebrio. Parecía que le habían arrancado la camisa.

Llegaba gente entre los cuerpos. No estaban ayudando. Pasaban sobre los cadáveres. Gente con ropa oscura, con máscaras oscuras tapándoles las caras. Uno llevaba un hacha de mano. Uno un largo cuchillo. Uno señaló hacia el palco real con una espada. ¿Dónde estaba Orso? Por los Hados, ¿dónde estaba Orso?

¡A su lado! Estaba a su lado, mirando fijamente, con sangre en la cara. Había desenfundado la espada. Un rey nunca debería tener que tocar su espada, mucho menos desenvainarla. Terez intentó situarse entre él y los asesinos, pero él la apartó, la empujó hacia atrás. Era mucho más fuerte de lo que había esperado. ¿Había pensado alguna parte de ella que Orso seguía siendo un niño que lloraba indefenso en sus brazos?

Apenas perceptible entre el burbujeo de sus oídos, oyó que Orso decía: —Quédate detrás de mí, madre.

Sofee llegó tambaleándose entre el humo, cogiendo tan fuerte su espada que le dolía la mano, casi incapaz de respirar incluso con la tela en la cara, y se detuvo con pasos torpes y dubitativos.

Cuerpos por todas partes. Cuerpos y partes de cuerpos. Iban revelándose más y más de ellos a medida que el viento se llevaba el humo. Y cosas que habían caído al suelo. Un bastón. Un sombrero. Una cesta para llevar comida al campo rota, de la que caía vajilla rota. Un guante.

No. Era una mano.

Los panfletos que habían hecho revoloteaban por el aire. Las explicaciones, las excusas, las justificaciones. Uno cayó cerca de la bota de Sofee, y empezó a absorber sangre por una esquina, y se volvió rojo. Ella había sido institutriz durante un año, antes de casarse, así que se había puesto muy quisquillosa con la redacción de aquel panfleto. Había querido convencer a la gente. Mostrarles la verdad.

Alguien la empujó y estuvo a punto de derribarla. Otro quemador, ansioso por empezar la matanza. ¿No había ido Sofee para eso? Era lo único que había querido, durante mucho tiempo. Matarlos a todos. Desgarrarlos a todos con sus manos desnudas. Morderlos a todos con sus dientes. Pero estaba preguntándose quiénes eran «todos». ¿De quién era enemigo el niño con un panfleto aleteante pegado en la cara y las tripas colgando? Sofee tuvo ganas de vomitar.

Brevan había sido la clase de hombre que caía bien a todos en el momento en que lo conocían. El día en que se casaron había sido el más feliz en la vida de Sofee. De pronto era una mujer especial, cuando no había sido nada desde su nacimiento. Cuando lo ahorcaron, cuando dejaron que los cuervos lo picotearan en el camino a Valbeck, fue como si el sol se apagara para ella. Una tiniebla tan densa que no podía ni levantar un dedo. La Jueza le había dado un propósito. Había avivado un fuego en las cenizas. Pero esa impotencia estaba anegándola otra vez.

—¡Vamos! —chilló Gus, tirando de ella, y casi hizo que cayera, y la dejó arrodillada en el suelo mientras volvía a lanzarse a la carga. Cargó junto a los demás, todos con una sed de sangre que jamás se saciaría.

La Jueza había prometido a Sofee que se sentiría mejor después de aquello. Purificada por el fuego de la virtud. Pero en ese momento vio que no iba a sentirse mejor, y desde luego nada purificada. Lo único que había hecho era lo que le hicieron a ella.

Sofee había dejado caer la espada. La abandonó donde estaba. Cuántos cadáveres. Cuántos heridos. Aunque hubiera querido ayudarlos, ¿por dónde iba a empezar?

Brevan había sido muy buen hombre. Caía bien a todos en el momento en que lo conocían. ¿Él habría querido aquello?

Se tapó la boca con una mano.

¿Qué había hecho?

El terror de Curnsbick, cuando logró levantarse sin su sombrero, no fue por su propia seguridad, sino por si era el responsable de aquello. O, en todo caso, por si podrían culparlo a él.

—Ay de mí —susurró.

Una carnicería donde había estado el público entusiasmado. Cuerpos tendidos por todas partes. Era tan malo como aquel día en Arruga. Peor, porque entonces él no había sido el responsable. Habría sido imposible que alguien le echara la culpa.

Entre los ingenieros y los inversores había muchos fracasados resentidos, y él sabía que debían de mirarlo con envidia y pensar en lo maravillosa que tenía que ser la vida de Curnsbick. No tenían ni idea de la presión. Desde su fragua portátil patentada, cada éxito hacía crecer más y más el peso de la expectativa sobre sus hombros. Por cada idea revolucionaria había un millón de pifias, y hasta que se exploraban y se comprobaban a conciencia, unas y otras podían ser sorprendentemente difíciles de distinguir. Por eso había fundado la Sociedad Solar, en realidad. Como una enorme caja de resonancia para sus peores ocurrencias. Por eso y porque no sabía decir que no a Savine dan Glokta.

Alguien lo agarró. ¿La reina Terez? Curnsbick quiso farfullar alguna disculpa ridícula, pero la voz le falló por completo. Lo único que pudo hacer fue taparse la cara con las manos y mirar entre los dedos como un niño a algo horroroso y murmurar: —Ay de mí.

Fue por eso que, cuando vio llegar a los Quemadores, su primer sentimiento fue una improbable oleada de alivio. ¡Alguien a quien culpar! ¡Los villanos de la obra, hechos a medida para ese propósito! Solo entonces llegó la angustiosa preocupación por su propia seguridad. Había una enorme cantidad de asesinos vestidos de negro allí abajo. Habían despachado a los desorganizados guardias y estaban convergiendo sobre el palco real. ¡Tenían a un caballero de la Escolta de rodillas! ¡Estaban destrozándolo a martillazos!

—Ay de mí.

Los hombres pueden ser valientes de unas maneras y no de otras. Curnsbick podía enfrentarse a lo desconocido y crear nuevas cosas de la nada. Podía alzarse ante centenares de personas congregadas y hacer que creyeran. Podía hacerse responsable de millones de marcos sin titubear ni una vez. Pero en lo relativo al peligro físico, siempre había sido un cobarde sin remedio. En ese momento echó muchísimo de menos a Majud. Al valeroso y tacaño Majud. Lo echó de menos igual que cada día en los últimos diez años. Pero Curnsbick había tomado sus decisiones. Lo único que le quedaba era vivir con ellas. O tal vez morir con ellas.

—¿Me permitís, majestad?

Era ese tal Sulfur. Estaba apartando a un lado al rey. Fue sonriendo hacia una docena de fanáticos bien armados que subían por la escalera. ¿Qué diantres pretendía?

Un caballero de la Escolta se acercó tambaleándose desde la dirección del palco real. La explosión lo había dejado aturdido, enredado con su capa púrpura, y los Quemadores habían llegado preparados. A la Jueza le había encantado la idea de

echarles azúcar gurko por los visores y aplicar una cerilla, pero Gus tenía una solución más práctica.

Escaramujo le arrojó una red que le inmovilizó el brazo de la espada, y entonces Rollow y Laws, dos hombres fornidos que habían trabajado de excavadores, se liaron a martillazos con él, apuntando a rodillas y codos. Cuando lo tuvieron en el suelo, Gus se acercó, alzó su pica bien alta y la clavó limpia a través de la coronilla de su yelmo. Hacía tiempo que ya no se consideraba ingeniero, pero aún podía deleitarse con un diseño bien ejecutado.

En otro tiempo había sido noriero. Es decir, especialista en el diseño de norias. Supervisor de pendientes y flujos. Conocedor de diques y canales. Su proyecto para la factoría alimentada por el río en Sharnlost había sido objeto de gran admiración. Pero si uno quería hacer trabajos importantes, tenía que ir a Adua. Así que había partido para estudiar en la Universidad, esperando vestir él mismo la túnica de Adepto Mecánico algún día, tal vez. Qué ambiciones tan insignificantes.

Gus cargó entre la masa de humanidad que se dispersaba presa del pánico, entre gente que corría, suplicaba, farfullaba, sangraba, hacia el palco real, animando a sus camaradas a imitarlo.

—¡Por el pueblo! —rugió—. ¡Por el Gran Cambio!

Las aulas de los grandiosos edificios nuevos de la Universidad habían albergado solo secos susurros e ideas caducas. Los discursos inspiradores se pronunciaban en los salones de té y las licorerías de la periferia de los distritos pobres, donde los intelectuales se subían de un salto a las mesas para lanzar diatribas sobre la injusticia del sistema actual, exponían atrevidas fantasías sobre lo que podría reemplazarlo, competían entre ellos para dar el discurso más encendido en nombre del noble y oprimido plebeyo. Los propios plebeyos, sobraba decirlo, apenas podían meter baza. Gus aún recordaba la emoción de aquellos días embriagadores. Era la primera vez que creía en algo más grande que sí mismo. Que *pertenecía* a algo más grande que él mismo.

Su pica se hundió en la espalda de un guardia de la ciudad que se arrastraba por el suelo y, mientras tiraba del arma ensangrentada para liberarla, supo que jamás había hecho un trabajo tan importante.

No fue hasta su llegada a Valbeck, cuando vio las imponentes chimeneas, el denso humo, los extensos suburbios y oyó hablar al Tejedor, cuando empezó a vislumbrar la verdad. Que la Unión en sí misma era una noria, diseñada no por un único ingeniero sino por una red de intereses mutuos, influencia oculta y codicia colectiva, para elevar a los ricos y hundir a los pobres en el agua agitada. Bueno, pues la noria iba a rodar, como debían hacer las norias, y llevar abajo a los privilegiados y

elevar a los oprimidos, y habría justicia. Habría justicia, e igualdad, y abundancia para todo el mundo.

Se había quitado de encima el «dan» del nombre. Guslav dan Turmric había pasado a ser solo Gus Turmer. Las discusiones con su familia no habían dado ningún fruto, así que se los había quitado de encima también a ellos. Gus había sido una pila de leña que aguardaba con desespero la chispa. Y entonces había conocido a la Jueza y se le habían abierto los ojos. Con ella no había secas teorías, ni sentimentales concesiones, no había que ser paciente ni convencer a los indecisos. Lo que algunos llamaban locura él lo reconoció como diamantina claridad. El tiempo de debatir en los salones de té, de las bonitas palabras y las sofisticadas teorías, había terminado. Las avarientas manos de los propietarios, los nobles, el rey y sus venales mercenarios solo podían abrirse por la fuerza. El fuego y el acero serían las últimas palabras de su argumentario.

Otro caballero había matado a dos hermanos de Gus, pero ya lo tenían acorralado y estaban aporreándolo, dejando grandes mellas en su armadura. Gus dejó la pica clavada en su yelmo, derribó al caballero con un estrépito de acero cayendo, desenfundó su espada y embistió hacia los desprotegidos peldaños del palco real. Entrevió al rey, con la boca y los ojos muy abiertos, y también a su madre estiria, con la cara salpicada de sangre. Si podía llegar a ellos… ¡qué buen golpe en favor del pueblo! Un golpe que resonaría por todo el mar Circular y daría la vuelta al mundo como si el puño cerrado de Gus fuese el badajo de una gigantesca campana. ¡Los libros de historia registrarían aquel como el día del Gran Cambio, y a Gus Turmer como el hombre que le había dado inicio!

Solo que alguien se puso delante del rey mientras Gus llegaba con paso trabajoso a la cima de la escalera. No era un caballero de la Escolta con armadura, sino un tipo cualquiera, con el pelo rizado y ropa corriente, con una sonrisa rara e insulsa que no terminaba de llegarle a los ojos. Si aquel idiota creía que podía detener el cambio de época, robar al pueblo, arrebatar a Gus aquel momento, ¡se equivocaba mucho! ¡Gus era la herramienta de la historia! ¡Era un torrente que no podía contenerse!

—¡Por el Gran Cambio! —gritó, alzando la espada.

El hombre pareció titilar, emborronarse. Hubo una ráfaga de viento y...

—Ay, madre —dijo Orso. Tenía la boca entumecida. Apenas pudo componer las palabras.

Esa mañana, cuando había dejado que el lacayo le pusiera la vaina de la espada al cinto, había estado pensando en lo absurdo que era. En que jamás desenfundaría el condenado trasto. En ese momento, la sacó con torpeza de la vaina. La hoja se atascó en

el respaldo de su silla. Orso vio que había un trozo de metal alojado en la madera partida. No le había dado en la cabeza por menos de un palmo.

—Quédate detrás de mí, madre —dijo, agarrándola por el hombro, pero su voz era un borboteo resonante. Como agua arremolinándose al fondo de un desagüe muy profundo.

Le dolía la cabeza. Notaba la casaca pegajosa por dentro. Joder, ¿estaba herido? ¿O era sangre de otra persona? Era lo que tenía la sangre. Rey o plebeyo, la de todos se veía bastante igual.

¿Dónde estaban los Caballeros de la Escolta? ¿No se suponía que debían ocuparse ellos de este tipo de cosas? Era la mismísima razón de ser de aquellos mamones, ¿verdad? Vio a uno muerto con un pedazo de metal atravesado en el peto. A ese no podía reprocharle nada. ¿Dónde estaba Bremer dan Gorst? Orso le había dado el día libre. Había insistido en ello. Terrible decisión. ¿Acaso Orso tomaba alguna buena? No se le ocurría ninguna. Supuso que la culpa debía de ser suya. Solía serlo. Un rey era solo una especie de basurero para que terminara en él toda la culpa.

Nadie de allí arriba serviría de mucho en una pelea. Curnsbick tenía las manos apretadas contra el rostro horrorizado. Kort se había arrastrado hasta el final del palco. Era curioso, cuando se avecinaba la muerte, lo importante que parecía que a uno lo mataran en último lugar.

Se sentía muy cansado. Como si hubiera corrido kilómetros. Llovían papeles del cielo. Panfletos calcinados. Todo aquello era como una pesadilla. Un panfleto aún ardía cuando cayó a su lado. Orso lo apagó bajo su bota. Podría ser peligroso. Casi le dieron ganas de reírse de eso. Pero no duraron.

Había alguien subiendo por los peldaños del palco real. Un hombre grande vestido con abrigo oscuro. Pelo rubio ralo removido por el viento cargado de humo. Una tela envolviéndole la cara, dejando a la vista solo sus ojos. Ojos duros. Furiosos por algo. Tenía una espada en la mano. Una espada vieja y barata, pero las espadas baratas también pueden matarte.

Todo aquello resultaba inconcebible. Orso era un tipo agradable, ¿verdad? Siempre intentaba comprender el punto de vista de los demás. Ser educado. No podía creerse que aquel hombre hubiera ido hasta allí para asesinarlo. Habría quizá una docena de asesinos congregándose hacia los escalones, y ninguno parecía muy dispuesto a dejarse disuadir por la educación.

—Ay, madre —dijo Orso otra vez.

Pensó que lo mejor sería enfrentarse a ellos en la cima de la escalera. Pero temía caer si daba un mal paso. Entonces una mano le cogió el hombro.

—¿Me permitís, majestad?

Era Sulfur, que pasó delante de él con cuidado, casi con delicadeza, por encima del cadáver del juez supremo Bruckel. Orso se había olvidado por completo de que el mago estaba allí.

El enorme quemador alzó su espada y la tela que le tapaba la boca tembló un poco cuando gritó algo. «¡Un gran pasmo!», le pareció a Orso que decía, y no pudo estar más de acuerdo con la sensación. Entrecerró los ojos, esperando que la espada descendiera y partiera en dos al humilde representante de la Orden de los Magos.

Pero Sulfur ya se había movido. Con una velocidad asombrosa, imposible. Los ojos de Orso tenían dificultades para seguirlo. Su puño se hundió en las entrañas del quemador con un ruido húmedo y tanta fuerza que lo dobló por la mitad. El mago lo levantó en el aire y lo dejó caer en el suelo del palco real como un montón de harapos, y la espalda barata se le soltó de la mano y rebotó inofensiva en la pierna de Cursnbick.

El siguiente quemador levantó su escudo. El puño de Sulfur se hizo un borrón que lo convirtió en astillas voladoras, plegó el brazo del hombre hacia atrás sobre sí mismo, le medio arrancó la cabeza con un chorretón de sangre y lo lanzó como un muñeco de trapo a los bancos de abajo. Sulfur ya había atrapado a una mujer por el pelo, le bajó la cabeza y le estampó la rodilla en la cara con un golpetazo tan fuerte que a Leo volvieron a pitarle los oídos.

Se encogió mientras la sangre salpicaba el palco real, miró horrorizado mientras un hombre quedaba aplastado en una forma que ningún hombre debería adoptar por el tajo de una mano abierta. Sulfur asió a otro por debajo la mandíbula y un tablón se agrietó bajo su bota cuando arrojó al hombre por los aires, y su chillido fue perdiéndose como si lo hubieran disparado desde un cañón. Sulfur propinó un revés a un tercer hombre y lo envió hacia abajo rodando como deshuesado, enredándose con las guirnaldas de los banderines que habían decorado el palco real.

Orso no estaba seguro de si estaba intentando escudar a su madre o aferrarse a ella en busca de apoyo. En el espacio de una respiración, quizá dos, Sulfur había reducido a media docena de asesinos a carne voladora. A cadáveres destripados, retorcidos como sacacorchos, abiertos en canal o aplastados sobre sí mismos. Era peor que nada que hubiera hecho la explosión de la máquina a la gente que estaba abajo, cerca de los raíles.

Un hombre chilló a través de la tela que le cubría la cara cuando Sulfur le aferró la muñeca del brazo de la espada, partiéndole la articulación, y tiró de él. El chillido cambió a borbollante gimoteo, y llegó el sonido de huesos crujiendo, quebrados, sorbidos, y la nuca de Sulfur se sacudió como la de un perro hambriento con su cena.

—Un devorador —dijo la reina Terez con un hilo de voz.

Orso siempre procuraba no llevar la contraria a su madre. No iba a empezar a hacerlo mientras veía a un hombre desgarrar a otro con los dientes. El padre de Orso había combatido a devoradores en la Batalla de Adua. Cuando Orso le preguntó cómo había sido, el rey se había puesto pálido y no había dicho nada. En esos momento, mientras el hombre al que Sulfur había arrojado al suelo caía a plomo y se estrellaba contra el suelo a treinta pasos de distancia, Orso por fin entendió el motivo.

La última Quemadora estaba huyendo. Orso alcanzó a entrever sus ojos aterrorizados mientras soltaba el hacha y corría. Sulfur dejó caer el cadáver flácido, su garganta convertida en una brillante herida negra. El aire titilaba sobre los hombros del mago, como el horizonte en un día caluroso. Orso hizo una mueca cuando la mujer estalló en llamas y cayó al suelo ardiendo, revolviéndose y chillando.

Quizá estuvieran viviendo en la era de la razón, pero todo aquel que proclamara la muerte de la magia lo había hecho, al parecer, de forma un poco prematura.

Sulfur se volvió hacia Orso con la misma sonrisa que había lucido antes de la explosión. Pero lo que había sido la expresión insulsa de un vendedor se había convertido en el semblante malévolo de un monstruo, salpicado de jirones de carne, su boca embadurnada de rojo, sus ojos de colores distintos centelleando con el reflejo de las llamas de la mujer a la que de algún modo había pegado fuego.

—Entonces, ¿podría hablar con el lord canciller? —preguntó Sulfur.

Orso no estaba seguro de qué palabra quería pronunciar, pero lo que salió de su boca fue un débil: —¿Uh?

—Acerca de la financiación para los nuevos caminos de raíles, majestad. Bajo los auspicios de la Banca Valint y Balk.

Orso se quedó allí de pie mirando durante lo que le pareció muchísimo tiempo, una mano sosteniendo el brazo inerte de su madre, su espada pendiendo inútil de la otra. La habría soltado si no hubiera tenido los dedos enganchados en la elaborada cazoleta. El primer atacante yacía de costado a sus pies, la tela rasgada de su cara sin afeitar, un charco ensanchándose con la sangre que fluía burbujeante de su nariz y su boca.

—Sí —musitó Orso—. Sí… por supuesto.

Sulfur bajó la mirada a su ropa y frunció el ceño, como si acabara de darse cuenta de que estaba pringado de la cabeza a los pies. Se quitó un mechón de pelo sanguinolento de entre los dedos y lo tiró al suelo.

—Quizá antes debería cambiarme.

Entre el constante siseo de sus oídos, Orso empezó a oír gritos. Sollozos de los heridos. Voces pidiendo ayuda. Llegó un suave viento que le besó la cara sudada. Tal vez el futuro al que se dirigían no era del todo el que estaba vendiendo Curnsbick. Notó que le flaqueaban las rodillas.

—Perdona, madre —murmuró, dejándose caer de nuevo en su silla—. Tengo que sentarme.

Una bienvenida adecuada

—¿Se puede saber para qué coño estamos aquí? —protestó Contratiempo, incómodo en sus mejores galas, aunque sus mejores galas se reducían a una capa nueva sobre su malla llena de muescas y a haberse limpiado las botas por primera vez en seis meses. Y ni siquiera eso lo había hecho bien.

—Para dar al Joven León una bienvenida adecuada —respondió Trébol.

—¿No luchábamos contra ese hijoputa de la Unión hace unos meses? La bienvenida adecuada para él sería un hacha en la cabeza.

—Un hacha en la cabeza es tu respuesta para todo —murmuró Sholla, que había cogido prestada una cota de malla para la ocasión pero solo había podido ceñírsela abrochando cinco cinturones en torno a su escuálida figura.

—Muy cierto. —Trébol asintió con tristeza—. Y una respuesta inadecuada en unas negociaciones de estado, creo que sería justo afirmar.

—¿En unas qué de qué? —murmuró Contratiempo, desconcertado.

—Todo esto se basa en la presentación. —Trébol movió el mentón hacia los jefes de guerra y los Mejores Guerreros de Stour, alineados a ambos lados del Salón de Skarling. Los mejores de los mejores, y con sus mejores atavíos, luciendo tantas joyas y baños en oro que Trébol se quedaba medio cegado por el centelleo cada vez que asomaba el sol—. Una muestra de fuerza. Una exhibición de poder. No nos hace falta un fuego, porque hoy hace calor, pero mira lo alta que tienen la hoguera, solo para demostrar que pueden. —Y, en efecto, los que habían tenido la mala suerte de que les tocara cerca de las llamas estaban sudando a través de la cota de malla—. No es tanto lo que revela la bienvenida sobre el invitado como lo que revela al invitado sobre el anfitrión.

Contratiempo parecía más desconcertado que nunca.

—¿Qué?

—Stour quiere aquí a todos esos mamones porque eso lo hace parecer grande —dijo Sholla.

—Ah. ¿Y por qué no has dicho eso y ya está?

Trébol suspiró.

—Porque tengo aquí a esta chica para que me traduzca al botarate.

—¿Qué leches es esto? —Sendaverde estaba recorriendo el salón, confirmando que todo el mundo cumpliera sus expectativas, si es que las tenía. Había llegado a Sholla y tenía una mueca tan burlona que era increíble que no se le viera el cráneo—. ¿Por qué cojones la has traído a ella?

Trébol oyó que Contratiempo daba un gruñido de disgusto y lo contuvo con un brazo antes de que sacara a la vista de verdad el cráneo de Sendaverde.

—Me dijiste que trajera a dos de mis mejores —respondió Trébol, con su habitual sonrisa tranquilizadora. A veces se sentía como el cuidador de una casa de fieras, siempre dando el callo para que los animales no se mataran entre ellos—. Si no la querías aquí, deberías haber meditado más el significado de la palabra «mejor».

Sendaverde se lamió los dientes con mucha afectación mientras se marchaba. Si lamerse los dientes hubiera servido para juzgar la medida de un hombre, él habría tenido un lugar en las canciones, desde luego. Sholla se lo tomó bien. Si podía decirse que una piedra se toma bien que llueva sobre ella. Contratiempo, en cambio, era un hombre que siempre procuraba tomárselo todo mal.

—¿Vas a dejar que ese puto gilipollas se burle de una de nosotros? —gruñó al oído de Trébol.

—Tú te burlas de ella bastante a menudo.

—Sabe que no es en serio.

Sholla enarcó las cejas.

—¿Cómo voy a saberlo?

Contratiempo le hizo caso omiso. Hacía caso omiso a cualquier cosa que pudiera impedir una pelea.

—Ella es tres veces más hombre que ese idiota. Como vuelva a mirar hacia aquí voy a abrirle la puta cabeza, por mucho que estemos en el Gran Salón de Skarling.

—Por los muertos. —Trébol se frotó el caballete de la nariz. Contratiempo era estupendo en una pelea siempre que lo mantuvieras apuntado hacia donde debía, pero ahí estaba por qué lo llamaban Contratiempo—. ¿Y qué crees que encontrarás en su cabeza que merezca la pena quitarle? Ese chaval es imbécil. Se tropezará con su propia verga cualquier día de estos, y entonces podrás reírte del resultado sin ensuciarte las manos. Si he aprendido algo, es que rara vez hace falta vadear en el amargo océano en busca de venganza. Saldrá ella sola a la orilla bien pronto.

—Nunca me ha gustado mucho esperar —gruñó Contratiempo, fulminando con la mirada a Sendaverde, que estaba regañando a un Mejor Guerrero cuya hebilla de la capa no acababa de gustarle—. Hay un momento en el que tienes que plantarte, jefe.

—Puede, pero créeme si te digo que ese momento no es ahora. —Y Trébol sonrió mirando el atestado salón como si no estuvieran hablando de asesinato—. Tienes que escoger tu momento, Contratiempo. No puedes resolver todos los problemas con el puño. A veces el cerebro y la boca son mejores armas.

—¿Son las armas que has usado estos últimos días? —preguntó Sholla.

—Pues resulta que sí. He ido a ver a viejos amigos y vecinos, a hablar las cosas.

—¿Qué amigos y vecinos tienes que no estén aquí?

—Lo creas o no, hubo un tiempo en el que no hacía de niñera a esta bandada de gansos belicosos que sois. He tenido una carrera larga y diversa. Muchos jefes famosos, a lo largo de los años…

—¿No mataste a la mayoría de ellos? —preguntó Sholla.

La sonrisa de Trébol flaqueó un poco.

—A algunos.

Contratiempo estaba ocupado con su mirada amenazadora. Era tan mortífero con una mirada amenazadora como Sendaverde con una sonrisa burlona, haciendo asomar un gran pliegue de carne entre sus cejas y apretando mucho los pequeños labios en su barba espesa.

—Tú dirás lo que quieras, pero yo nunca he tenido un problema que no se resuelva con una espada lo bastante grande.

—Pues agradece a los muertos que solo hayas tenido problemas sencillos. Esos los encuentras en el campo de batalla, pero no verás ninguno en el Gran Salón de Skarling.

Los portones se abrieron de par en par y hubo un susurro y un tintineo cuando los hombres se movieron para ver hacer su entrada al Joven León. Tenía todo el aspecto de un héroe, con el peto de su coraza, las botas y los dientes lustrados hasta darles un bonito brillo, pero fue la mujer que entró a su lado la que atrajo las miradas. A Trébol le pareció una excepción a la norma de que una mujer excita más a los hombres cuanta menos ropa lleve puesta. Su vestido podría haber estar tejido de luz del sol, por cómo resplandecía al moverse. Llevaba joyas en sus largos dedos, y joyas en su largo cuello, y una pequeña espada enjoyada en la cadera, también. Apenas se podía distinguir qué aspecto tenía en realidad bajo tantos destellos y ondulaciones, bajo aquel pavoneo danzarín, pero no parecía importarle a nadie. Hubo un movimiento envidioso entre los guerreros, un murmullo fascinado como si alguien hubiera sacado de su estuche una gema de valor incalculable en vez de que una mujer hubiera cruzado la puerta.

Los soldados y sirvientes que la mujer llevaba a su estela parecían algo preocupados por los guerreros de Stour que los flanqueaban, engalanados de acero. También lo parecía hasta el mismo Joven León, que caminaba con un asomo de cojera aunque intentara ocultarla. Pero su esposa se deslizó por el centro como un cisne por un río con rosas en ambas orillas. Sonreía a un hombre o a otro como a flores particularmente bellas, y ellos parpadeaban, o se sonrojaban, o se miraban las botas, viejos guerreros canosos que se habían reído de heridas rojas avergonzados por una sonrisa roja.

La mujer se detuvo junto a Trébol, murmuró algo a su marido y Trébol se preguntó cómo podía tener los labios tan rosados y los ojos tan oscuros y la piel tan pálida y perfecta. Tenía que estar pintada, como la cara en el escudo de un carl, pero con tanto oficio que era casi imposible notarlo. Era lo más parecido a la magia que Trébol había visto en el Salón de Skarling, por muchos magos y videntes y mujeres sabias que Stour hubiera llevado allí.

Brock dio un paso hacia ellos, miró a Sholla y dijo en muy buen norteño:

—Mi esposa pregunta si aquí las mujeres luchan.

Trébol se sacudió como si despertara de un sueño.

—Bueno, de vez en cuando en el Norte se nos terminan los hombres. Pero nunca se nos terminan las peleas. —Lanzó un vistazo de reojo a Sholla y acercó la cara a Brock para susurrarle—: Y además, pero que quede entre nosotros, a veces se les dice que no luchen y ellas lo hacen de todas formas.

Brock lo tradujo a la lengua de la Unión para su esposa y ella dio una carcajada tan brillante como su vestido. Trébol se preguntó cuánto tiempo la habría practicado para que le quedara perfecta, pero aun así lo embargó de orgullo haberla provocado él, y luego lo embargó de decepción que ella siguiera andando. Contratiempo estaba mirándola como un zorro a un gallinero abierto.

—Cuidado —murmuró Sholla—, a ver si vais a morir los dos de sed por tanto babear.

—¡El Gran Lobo! —exclamó Leo dan Brock, abriendo los brazos mientras llegaba a la tarima—. ¡Más grande que nunca! ¡Y rey de los norteños, nada menos!

Tendió la mano a Stour.

—¡El Joven León! —Stour se levantó de la Silla de Skarling—. No tan joven como antes, pero tampoco peor por ello.

Asió la mano de Brock, lo subió de un tirón a la tarima, le pasó el otro brazo por los hombros y le dio una palmada en la espalda que resonó por todo el salón. Luego los

dos se dieron uno de esos abrazos que parecían una competición de lucha, aparentando ser los mejores amigos mientras cada uno intentaba levantar del suelo al otro.

—Esta es mi esposa, lady Savine —dijo Brock después de que el combate del abrazo terminara en un deslucido empate.

Y ella hizo una reverencia, la susurrante falda extendiéndose sobre las losas como un charco de oro, tan fluida que daba la impresión de que debajo no podía haber piernas, de que estaba montada sobre una plataforma bien engrasada.

—Mi rey. Es un honor conocer a un guerrero tan magnífico.

—Ah, de honor sé un poco. —Stour le sonrió desde la tarima—. Y es todo mío.

La mujer no hablaría bien el norteño, y tendría mucho acento, pero ya había averiguado dónde tenía las cosquillas el Gran Lobo. Tampoco era que fuese un acertijo muy difícil de resolver.

Contratiempo se inclinó hacia Trébol, sin dejar de contemplar a la esposa de Brock.

—Tengo que conseguirme una de esas.

Sholla lo miró con sorna.

—Como si tú pudieras permitírtela.

Diplomacia Por los muertos, qué trabajosa era la diplomacia.

—Así que, como ves… —siguió diciendo Leo con torpeza—, hay que parar los pies al Consejo Cerrado. Antes de que hagan más daño. Necesitamos a hombres buenos al mando. Hombres honestos. Patriotas.

—¿Ah, sí? —masculló Stour, tirando un hueso al suelo.

El Gran Lobo no hacía ningún esfuerzo por disimular su aburrimiento ante tanta charla sobre impuestos e injusticia y patriotismo, y Leo tampoco se lo podía reprochar. Cuando Isher hablaba de esas cosas, todo tenía sentido al principio, pero Leo siempre tropezaba con los detalles. Y allí, en pleno festín en el Salón de Skarling, rodeados de guerreros prestos a dedicarse a lo suyo, todos los argumentos sonaban endebles y ridículos. Por los muertos, Leo se estaba aburriendo a sí mismo. Ya habían tenido

bastante puta charla. Lo que necesitaba era *acción* . Pero una cosa había aprendido en el último año: antes de desenvainar la espada, es necesario saber cómo se ganará.

Y para ganar, necesitaba al rey de los norteños.

A Savine siempre le funcionaba la adulación. Leo infló los carrillos, contemplando a la multitud de Mejores Guerreros que ocupaban la gran herradura de mesas.

—Has convocado a una hueste considerable —dijo—. El Norte parece más fuerte que nunca. Más unido que nunca.

—¿Por qué no iba a estarlo? —Calder el Negro se inclinó por delante de su hijo para apuntar a Leo con un ceño fruncido tan hostil como una daga desenfundada.

—Venga, venga, padre. —Stour meneó un dedo grasiento—. Te he dicho que seas educado.

Si se trataba de adulación, Leo estaba más acostumbrado a recibirla que a darla. Deseó poder estar allí abajo con los guerreros, bebiendo y cantando y palmeando espaldas, sin más preocupaciones que un dolor de cabeza por la mañana. Por los muertos, qué trabajosa era la diplomacia.

Notó el delicado toque de Savine en el brazo.

—Luchaste contra ese hombre y ganaste —le murmuró al oído—. Seguro que también puedes hablar con él.

Lo que tenía matar a un hombre era que podía hacerse en un momento. Convencerlo de que adoptara tu forma de pensar requería muchísima paciencia. ¿Y cómo podía saberse cuándo se había conseguido? Si se mataba a un hombre, permanecía muerto. Si se le hacía cambiar de opinión, siempre quedaba la puta posibilidad de que volviera a hacerlo.

—Creo que preferiría luchar contra él otra vez. —Leo miró de soslayo y sorprendió a Calder el Negro observándolo a él con furia—. Sobre todo, con su padre aquí juzgando cada palabra.

—Si hubiera sabido que iba a haber padres controladores, podríamos habernos traído a los nuestros en el equipaje. —Savine se echó hacia delante—. ¡Debo decir que habláis la lengua común de maravilla, lord Calder!

En general, Savine podía abrir a un hombre en canal con solo un cumplido, pero Calder el Negro estaba mejor blindado que la mayoría.

—Mi padre decía siempre que a un hombre le conviene conocer las costumbres de sus enemigos —gruñó.

—Y le conviene incluso más conocer las costumbres de sus amigos. Estoy intentando aprender algunas palabras en norteño, pero me temo que se me da fatal.

—Ah, no me extraña. —Calder bufó—. Lo primero que pienso al verte es que tengo delante a una mujer poco lista.

Leo tensó el puño alrededor del cuchillo con el que comía. Antes muerto que permitir que aquel viejo capullo insultara a su esposa, pero, antes de poder hablar, la mano de Savine le atenazó el muslo dolorido y redujo sus palabras a un gemido de sufrimiento.

—Vos, en cambio, creo que sois un hombre a quien le sobra inteligencia. —Cuanto más grosero se ponía Calder, más sonreía ella—. Quizá podríais contarme algo de la historia del Gran Salón de Skarling.

—¿Qué soy, un puto juglar?

—¡Padre! —saltó Stour—. No hay un solo hombre en este salón que no mataría por la oportunidad de enseñar a la señora gobernadora unas palabras en norteño. Deja de insultar a mis invitados y haz algo útil.

De mala gana, que parecía la única gana que tenía, Calder el Negro se levantó y se agachó junto a la oreja de su hijo para susurrarle lo suficientemente alto como para que todos lo oyeran: —Algo quieren. No les digas que sí porque sientes que deberías, ni porque te sientes aburrido, ni por nada que *sientas* , ¿entendido? Asegúrate de que paguen.

—Sé lo que debo hacer —restalló Stour.

Savine guiñó el ojo a Leo mientras tomaba la mano huesuda de Calder el Negro y dejaba que el anciano se la llevara de la tarima.

—Dow el Negro luchó contra Nueve el Sanguinario justo ahí —empezó a decir él.

—¿Lo visteis en persona? —susurró Savine, como si nada la hubiera emocionado tanto nunca.

Stour se pasó la lengua por los dientes afilados mientras los veía alejarse.

—Diga lo que diga mi padre, es todo un honor recibirte, Joven León. Y a tu esposa, de quien no dudo que es tan lista como hermosa y me atrevería a decir que sabe mucho más norteño del que deja ver. Pero no creo que hayáis padecido nuestros caminos subiendo hasta Carleon por mi cerveza y las historias de mi padre. —Se lamió los dedos y miró de soslayo a Leo—. ¿Qué pretendéis?

Había llegado el momento, pues. Coraje, coraje. Era el Joven León, ¿verdad? Se acercó a Stour y habló con un susurro acuciante.

—Hay que parar los pies al Consejo Cerrado.

—¿Y tú eres el hombre que lo hará?

—Nosotros somos los hombres que lo haremos.

Stour levantó una ceja, como si no las tuviera todas consigo.

—¡Quiero que vengas conmigo a una gran aventura! —Leo intentó apartar los detalles a codazos e invocar un poco de pasión—. ¡Para alcanzar la gloria, y arreglar el mundo, y hacernos amigos de todos los hombres decentes de la Unión!

Fue triste ver que Stour no se hacía un corte en la mano y juraba con sangre ser fiel a su alianza allí mismo. En vez de eso, se reclinó jugueteando con su jarra de cerveza.

—Entonces… estás pidiendo que los guerreros del Norte… naveguen hasta Midderland a miles… y luchen contra el gran rey de Adua, ¿es eso?

—¡Sí! —Leo clavó el cuchillo en la mesa y lo tejó temblando allí—. ¡Ahora lo ves!

—¿Quién está contigo?

—Los grandes lores del Consejo Abierto. Isher, Heugen, Barezin y más. Nombres famosos. —Leo calló un momento. Pero había sido sincero con Rikke. La sinceridad le serviría también con Stour—. Y Uffrith.

Ocaso enseñó los dientes. No podía negarse que era un cabrón bien guapo, sobre todo cuando se enfadaba.

—Conque hiciste una visita a esa brujilla del ojo largo, ¿eh? Vosotros dos erais bastante íntimos, que yo recuerde. —Stour se metió el pulgar grasiento en la boca y lo sacó haciendo un ruidito—. Tienes mano con las mujeres, Joven León, eso no puedo negarlo.

Leo echó un vistazo hacia Savine, que estaba apurando un cuerno de cerveza mientras un grupo de guerreros miraba en cautivada admiración. Hasta Calder el Negro pareció mostrar una pizca de respeto cuando Savine se secó la boca y tendió el cuerno para que volvieran a servirle.

—Por favor —dijo—, mi madre bebe más cualquier mañana entre semana.

Los hombres que hablaban común rieron, y los que no fingieron que sí y se rieron aún más alto.

—Pero yo no soy una mujer —dijo Stour—, y mi padre será un quejica pero sabe un par de cosas. Así que la cuestión sigue flotando aquí delante: ¿qué gano yo con esto? ¿Me ofreces un pedazo de Midderland?

Leo soltó una carcajada.

—Nadie de la Unión lo aceptaría jamás.

—¿Una rodaja de Angland?

Leo frunció el ceño.

—Eso no lo aceptaría jamás yo.

—¿Uffrith, entonces?

—Creo que esa cuestión ya la resolvimos en el círculo —dijo Leo, con rigidez.

—Y supongo que también querrás que me comporte, claro. —Stour sacó el labio inferior—. Ni un poco de pillaje en el camino a la batalla.

—Tenemos que poner a la gente de Midderland de nuestra parte —dijo Leo—. Llegamos para liberarlos, no para robarles.

—Así que, tal como la pintas, tu gran aventura va a costarme dinero a mí. Dices que serás mi amigo, y que tu Consejo Abierto me dará las gracias, y que el pueblo de Midderland me adorará, pero mira a tu alrededor. —Abarcó con el brazo el salón lleno de guerreros—. Cago amigos y meo agradecimientos. Soy un cabrón de lo más adorable.

—¡Pero piénsalo! ¡El Joven León y el Gran Lobo, codo con codo! ¡Nuestros estandartes ondeando juntos! —Leo agitó el puño entre ellos, intentando encender en Stour el fuego que siempre se avivaba en él al pensar en hombres con armadura avanzando, caballos haciendo cabriolas, vítores triunfales—. ¡Piensa en las canciones que cantarán sobre nuestra victoria!

Pero lo único que Stour dio a Leo fue otra mirada escéptica.

—Cuando has oído una canción de victoria, las has oído todas. Cambia los nombres y son las mismas lanzas agitadas y los mismo cuernos soplados y los mismos cadáveres recubriendo el valle y toda esa mierda. ¿Ves a mi amigo Trébol, ahí abajo? —Señaló a aquel capullo medio calvo, el que tenía al lado a la chica de los cinturones—. Ese idiota gordo antes era Jonas el Escarpado.

—¿El Escarpado? —Leo frunció el ceño—. ¿El que defendió el paso de Grietas Grises? ¿El que mató a Cairm Cabeza de Hierro?

—Sí. El mismo. Tenía toda la gloria que un hombre pudiera pedir. Y ahora mira al muy mamón.

—¡Creía que tú y yo éramos iguales! Hombres a los que no importa nada más que la *victoria* .

Stour enganchó su cadena con el pulgar y la levantó.

—Ahora soy rey, Joven León. Ya no es solo cuestión de ganar, sino de qué ganas.

—Preferiría no sacar el tema de tu deuda…

—Pues no lo hagas.

Leo siguió a la carga con dientes apretados.

—Pero la hay.

—¿Te refieres a mi vida? —Stour sonrió—. Los hombres a los que el Sanguinario derrotó en el círculo estaban obligados a servirlo hasta el fin de sus días, pero vivimos en tiempos diferentes. Y aunque yo estuviera dispuesto a limpiarte las botas, aquí nadie más te debe una puta mierda. No encontrarás a nadie mejor con la espada que yo, Joven León. Eso lo sabes. Pero no creo que vaya a derrotar a la Unión entera yo solo.

Leo dio un decepcionado sorbo de cerveza.

—No esperaba que el Gran Lobo se hubiera vuelto un cobarde.

Era el dardo más afilado que tenía, y rebotó en la sonrisa de Stour.

—Seré cobarde, Joven León, pero soy un cobarde al que necesitas.

Leo no podía negarlo. Se dejó caer contra el respaldo y vio a los guerreros rugir deleitados cuando Savine los llamaba pollafloja en norteño y fingía no entenderlo.

Por los muertos, qué trabajosa era la diplomacia.

Las fauces del lobo

A Savine le gustaba mucho ver dormir a Leo.

Cuando había aceptado casarse con él, esperaba tardar poco en aburrirse. En dedicar tiempo a largos viajes. Quizá en tener un amante, a su debido tiempo. Pero había mucho que apreciar en el Joven León. Sinceridad, lealtad, valentía, pasión. Virtudes pasadas de moda, tal vez. Las virtudes de un perro excelente. Pero virtudes que Savine estaba empezando a aprobar. A admirar, incluso. Era un hombre decente, en varios aspectos que de verdad tenían importancia. Lo suficiente para que ella se sintiera casi decente estando a su lado. Y esa era una sensación placentera. Refrescante, desde luego que sí.

Leo se movió en sueños y tiró de las pieles bajo la barbilla. Para ser un hombre tan fuerte, un luchador tan audaz, podía ser extrañamente infantil. Confiado, optimista, vanidoso. Trataba el mundo como un inverosímil libro de cuentos y, aunque hasta la fecha el mundo se había plegado a eso, Savine dudaba que fuese a hacerlo siempre. Sus madres tenían razón: hacían muy buena pareja. El impetuoso optimista y la calculadora cínica. Leo no estaba lastrado por una inteligencia excesiva, pero un marido listo solo la habría estorbado. Se alegraba de haberse casado con él. El mundo necesita héroes.

Pero también necesita a gente que *haga* las cosas.

Se levantó, se alisó la falda y se comprobó la cara una vez más en el deformante cuadrado de espejo. Entonces se escabulló por la puerta y, para no despertar a su marido, la cerró muy muy despacio.

El llamado Sendaverde estaba merodeando por el pasillo de fuera. Por lo visto, en lo que respectaba a los norteños, cuanto más pintoresco era el nombre más correspondía a un matón egocéntrico.

El hombre la miró con lascivia de arriba abajo.

—No puedo darte mucho tiempo.

El oro destelló en la franja de luz del estrecho ventanuco cuando Savine le puso la moneda en la palma de la mano.

—Pues mejor no lo perdamos.

Oyó las espadas antes de verlas. El familiar roce del acero, el movimiento de los pies, la respiración entrecortada.

Salió a un patio angosto junto al Salón de Skarling, un círculo de hierba desigual acorralado por paredes de piedra gris, un maniquí de entrenamiento con una vieja cota de malla y un yelmo maltrecho apoyado contra un soporte repleto de espadas y lanzas.

Había dos hombres rondando por el borde de la hierba con escudos y palos largos, voluminosos en sus acolchados de paja. Stour se alzaba entre ellos, espada en mano, desnudo de cintura para arriba, delgado y musculoso y brillando de sudor, humeando un poco en el frío amanecer. Savine se preguntó si aquella exhibición de cruda masculinidad era para sus ojos. Más que probable. ¿Quién comprendía mejor la importancia de las apariencias que ella, a fin de cuentas?

El llamado Gran Lobo saltó siseando hacia uno de sus compañeros de entrenamiento, tan de pronto y con tanto salvajismo que Savine se llevó una mano protectora a la barriga por instinto. Tuvo que controlarse para no recular cuando Stour dio un tajo al escudo e hizo saltar astillas, se agachó para esquivar el palo y embistió por debajo, empujó al hombre contra la pared con el hombro y le arrancó un gruñido. Stour atrapó el brocal del escudo, dio un rodillazo al otro en la tripa y luego le atizó un potente golpe en la pierna con la hoja de la espada que lo derribó gimiendo al suelo.

Había ocurrido todo en un par de alientos de violencia concentrada, de modo que cuando su otro compañero empezó a moverse, el rey de los norteños ya estaba alejándose con pies ligeros. A través del pelo oscurecido por el sudor, sus ojos se deslizaron hacia Savine.

—¿Te gusta lo que ves? —Resultó que sí que hablaba la lengua común. Pero Savine ya lo había adivinado en el festín, por cómo había escuchado cuando ella y Leo hablaban.

—¿Y a quién no? —Se obligó a avanzar rodeando al hombre caído, que gemía y se agarraba la pierna acolchada—. ¡El Gran Lobo! ¡Nieto de Bethod y legítimo rey de los norteños! El mejor guerrero de todo el Círculo del Mundo, dicen, y no me cuesta nada creerlo.

—Eres casi tan rápida con los cumplidos como yo con la espada.

Stour descargó una ráfaga de veloces estocadas al hombre que quedaba en pie, picando su escudo a la velocidad de un pájaro carpintero y obligándolo a retroceder nervioso.

—No es más que la verdad.

Ya hacía tiempo que Savine no entraba en un círculo de esgrima, pero sabía lo suficiente sobre el arte para apreciar su destreza. Era incluso mejor que Leo. Pero

incluso más presumido, también. Se preguntó si aquella arrogancia engreída sería un escudo efectivo en caso de que Bremer dan Gorst fuese a por él en serio. Era algo que le gustaría bastante ver.

—No diré que no disfrute con tus halagos —dijo él, sonriendo—, pero si quieres mis guerreros, tendrás que ofrecerme más que eso.

—Por supuesto. Necesitaré un regalo digno de un rey. Estaba pensando quizá en… ¿Uffrith?

Stour se quedó paralizado, con la espada lista para otra estocada.

—¿Eh?

—Una ciudad costera. De las más grandes de todo el Norte, según me han dicho, aunque siendo sincera a mí me pareció un poco… primitiva.

—Bueno —susurró él, entornando aquellos horribles ojos húmedos hacia ella—. Aquí arriba se nos conoce más por nuestras espadas que por nuestras ciudades.

Esquivó un tajo del palo sin mirar siquiera, lo asió con la mano libre, rodeó el escudo y golpeó en la cara al guerrero envuelto en paja con el pomo de su espada.

El hombre dio un fuerte grito mientras caía de rodillas con las manos en la boca ensangrentada. Stour hizo una mueca de desprecio mientras plantaba la bota en el pecho del hombre y lo empujaba de espaldas al suelo.

—No sabía que estuvieras en condiciones de entregarme Uffrith.

—Estoy en condiciones de permitir que la conquistes. —Savine siguió acercándose, encogiéndose de hombros como si hablaran del tiempo—. ¿Qué es un protectorado sin nadie que lo proteja, al fin y al cabo?

—Presa fácil. —Stour movió a su compañero de entrenamiento caído hacia el arco con un perezoso puntapié—. Tienes redaños, mujer, para entrar así en las fauces del lobo. Eso hay que admirarlo. Pero aun así, me preocupa. —Dio la vuelta al hombre con otra patada que lo hizo gemir—. Me preocupa que puedas ser de esos que prometen todo a todo el mundo y luego, por algún motivo, creen que nunca se lo harán pagar.

Stour se acercó, levantando la espada con la punta hacia ella, y Savine tuvo que hacer acopio de valor para no ceder terreno. El brillo asesino de su filo le decía que no era una espada de prácticas.

—Me preocupa que no seas de fiar.

Y le rozó el cuello con un suave toque de la punta.

Lo llamaban el Gran Lobo y Savine no dudaba que era buen nombre. Oía el gruñido de su respiración. Olía su sudor acre. Un perro salvaje, en efecto. Y a los perros no había que mostrarles miedo. Se le puso la carne de gallina y el corazón le atronó, pero se obligó a quedarse quieta, se obligó a mirarlo a los ojos mientras la fría punta le hacía cosquillas en el cuello, y luego a lo largo del hombro, hasta que se trabó con algo debajo del vestido y lo sacó.

—A fin de cuentas… —Del tercio flaco de su espada pendía el collar de runas que Rikke había regalado a Savine—. ¿Tu amigo y tú no sois muy buenos amiguitos de esa puta bruja?

La palabra encajaba bien a Rikke en los últimos tiempos. Savine casi se había encogido al ver los tatuajes de su cara huesuda, donde uno de los ojos claros que tanto había admirado no veía nada y el otro veía demasiado. Pensó en la mano de Rikke apretada en su barriga. En su risa encantada cuando el bebé se movió. Era la persona más sincera que conocía, había dicho Leo, y Savine tuvo una punzada de remordimiento. Algo raro en ella. Más raro que nunca, desde Valbeck. Pero había elegido su camino y ese camino llevaba al trono, pisoteara a quien tuviese que pisotear. Habría sido incluso peor mostrar conciencia que miedo.

—La confianza es mal cimiento para una alianza. Casi tan malo como la amistad. —Savine fijó la mirada en Stour por encima de la hoja de su espada—. Los dos pueden desprenderse en una tormenta, y se avecina tormenta. El egoísmo, en cambio, tiene unas raíces más profundas. Nosotros te necesitamos. Y tú nos necesitas. Hoy, y también mañana. Rikke nos resulta útil hoy. Pero después…

Dio un paso adelante. Lo dio sin previo aviso, de modo que Stour no tuvo más opciones que clavarle la espada en el cuello o retirarla. Estaban tan cerca que Stour no tenía espacio, así que Savine le cogió el brazo y lo empujó hacia él, retorciéndole la muñeca hasta que tuvo que soltar la espada, que traqueteó en el suelo entre los dos.

—Después de esto, gobernarás desde el Torrente Blanco hasta el Crinna y más allá. Serás un verdadero rey de los norteños. —Se agachó, recogió la espada de Stour con una cuidadosa mano en la hoja y le ofreció la empuñadura mientras se levantaba—. De todos ellos. Algo que, según tengo entendido, tu padre nunca se las ingenió para conseguir.

—Bueno, en ese caso… —Stour cerró los dedos en torno al puño, con los ojos recorriendo toda la cara de Savine y los dientes al aire en una sonrisa hambrienta—. Tienes tu trato.

—Por supuesto. —Savine sonrió mientras empezaba a marcharse. Como si nunca tuviera el menor miedo, ni la menor conciencia, ni la menor inquietud. Si se pensaba así

con la suficiente frecuencia, quizá acabara siendo verdad—. Nunca ofrezco tratos hasta que sé que serán aceptados.

—Supongo que más vale que reúna a mis guerreros.

—A los mejores que tengas, y a muchos. Si perdemos, no sacarás nada.

—¡Vaciaré el Norte de hombres! —rugió Stour—. Una hueste que no se ha visto desde los días de Skarling el Desencapuchado, ¿qué te parece?

—Y mientras estéis en territorio de la Unión, ¿buen comportamiento?

—La buena gente de Midderland ni se dará cuenta de que los lobos han llegado.

—Todo lo que podría pedir y más.

Se volvió hacia la escalera. Hacia su marido. Hacia la seguridad.

—Supongo que el Joven León no sabe nada de esto, ¿verdad? —dijo Stour a su espalda.

—Hay cosas que los hombres decentes no están dispuestos a hacer, pero algunas deben hacerse. Para eso me tiene a mí.

—¿Y cuando se entere?

—Diría que se enfadará, pero… para entonces el Norte ya será tuyo.

—Y la Unión tuya.

Y sus nuevos rey y reina tendrán mayores preocupaciones.

Stour sonrió de oreja a oreja.

—Me gusta tu marido. Tiene mucho corazón. Pero ¿sabes lo que más estoy empezando a admirar de él? —Giró y atacó en un solo movimiento fluido que hizo centellear la espada a la luz del sol y separó la cabeza del maniquí de sus hombros rellenos de paja. El yelmo abollado rebotó repicando hasta una esquina—. Su gusto en mujeres.

Preguntas

Habían trabajado en la mano del hombre.

Las magulladuras de la cara y el corte encima del ojo estaban descoloridos. Se los habría hecho al provocar la explosión de la máquina de Cursbick. Pero lo de la mano era más reciente.

No era nada muy elaborado. Destrozada con un martillo, tal vez. Uno de esos martillos con pinchos que los carniceros usaban para poner tierna la carne. Parecía como si llevara un guante grande, rojo y blando. Parecía carne picada a la que un carnicero aburrido hubiera dado forma de mano. Lo que no parecía era una mano que fuese a intentar matar a ningún rey pronto. O a hacer ninguna otra cosa en la vida.

—Sabes que apenas están empezando —dijo Vick.

Los ojos manchados de rojo se enfocaron en ella.

—Esto que han hecho aquí… —Vick bajó la mirada al desastre que remataba el brazo del hombre—. Esto es solo para demostrarte que van en serio. Es como un apretón de manos. Si no me quedo satisfecha con tus respuestas, en fin… —Se adelantó para susurrar—: He oído que el Viejo Palos se ha tomado un interés personal en tu interrogatorio.

El hombre tragó saliva y la nuez se le movió en el cuello.

—Y cuando el Viejo Palos saca sus instrumentos… —Dio un silbido largo y suave—. Acabarás suplicando que te aprieten la otra mano.

—Ya les he dicho todo lo que sé —graznó él.

—Todos lo hacen. Pero podrían haberse dejado alguna cosa. Tú podrías haberte dejado alguna cosa. Algo que ni siquiera te has dado cuenta de que tiene importancia.

—¿Supondrá alguna diferencia?

—Podría. —Para ella, al menos. Para él ya no había remedio. La Inquisición de Su Majestad tendía a mostrarse poco indulgente en casos de intento de regicidio—. ¿Quién lo planeó?

—El Tejedor —graznó él.

Vick entornó los ojos.

—¿Risinau?

—No lo conozco. —Levantó los hombros como si hacerlo requiriese toda la fuerza que tenía—. Es lo que me dijeron.

—¿Quién te lo dijo? —Vick vio que la cabeza del hombre se ladeaba y le temblaban los párpados. Hizo chasquear los dedos delante de su cara—. ¿Quién te lo dijo?

—Los Quemadores. La Jueza.

Era justo la clase de sangrienta teatralidad por la que esa mujer era infame.

—¿La Jueza te convenció de hacer esto?

—La Jueza me dio la oportunidad. No necesitaba que me convenciera nadie. —El hombre se sentó más alto. Un toque de orgullo, de agallas. Una chispa de fuego en los ojos—. Mi mujer trabajaba en una fábrica de las Tres Granjas. Siempre estaba preocupada por la maquinaria. Yo le decía que tranquila, pero ella se preocupaba. Algunos días el capataz la hacía quedarse hasta tarde. Se dormía de pie, pero necesitábamos ese trabajo. Un día tropezó y la pilló la hebilla de la correa de transmisión. Dicen que la levantó del suelo como la mano de Euz. La tiró veinte pasos contra el techo, tan fuerte que rompió una viga. Casi no le quedó ni un hueso entero en el cuerpo. Su cabeza tenía peor pinta que mi mano ahora. —Escupía las palabras y empezaban a acumularse lágrimas en sus párpados—. ¡Así que no me arrepiento de nada! El Tejedor me dio la oportunidad. ¡Un buen golpe en favor del pueblo! Nuestro golpe habrá fallado el blanco, pero no será el último.

—No, hombre, tampoco te machaques —dijo Vick—. Vuestro golpe no falló a todo el mundo. ¡Mató a decenas de personas honradas que habían ido a ver una máquina pasearse por unos campos en una mañana de verano! ¿Qué pasa con esos desgraciados, eh? ¿Qué pasa con sus esposas y sus maridos y sus padres y sus hijos? ¡Todos tenemos historias tristes, gilipollas!

—¡Hay que hacer sacrificios! Habría merecido la pena, si su puta majestad no hubiera tenido a ese devorador protegiéndolo.

Vick frunció el ceño. Ya le parecía que había algo censurado en los informes.

—¿Devorador?

—¡Teníamos a los caballeros vencidos! Y entonces, ese hijo de puta escuchimizado… mató a Turmer. Los mató a todos. Los lanzó por los aires como si fuesen de paja.

Vick recordó lo que había hecho Shenkt a aquellos dos practicantes, en el muelle de Westport. Hombres grandes, arrojados como muñecos.

—Pero da igual cuántos tratos hagáis con el demonio. —El preso asintió para sí mismo, con una extraña sonrisita temblándole en los labios—. Da igual a cuántos devoradores traigáis, y a cuántos soldados reclutéis, y cuánta gente tenga que morir. Se avecina un Gran Cambio.

Vick dio un suspiro cansado.

—¿Dónde está la Jueza?

—Un Gran Cambio. —Los ojos inyectados en sangre del hombre se habían enfocado más allá de ella, contemplando quizá el brillante futuro—. ¡Y todos los propietarios y los banqueros y los reyes y los magos desaparecerán del mapa!

Vick recordó lo que le había dicho Vitari, en aquella chabola del puerto de Westport. Que la Unión era la herramienta de Bayaz, los bancos y la Inquisición sus marionetas, que a la propia Vick ya empezaba a manejarla a su antojo. No le gustaba la idea de que pudiera haber algún mundo oculto por debajo del suyo. Un mundo de devoradores, y magos, y poderes secretos. La idea de estar nadando en un lago, viendo las ondulaciones de la superficie sin sospechar siquiera que debajo hubiera unas profundidades ignotas, gobernadas por vete a saber qué monstruos inescrutables. Se sacudió la preocupación de encima. Tenía que ceñirse a lo que podía tocar, explicar, ofrecer como prueba.

—¿Dónde está Risinau? —gruñó.

—¡La Casa del Creador se abrirá! —ladró él con voz rota—. ¡Y quienes fueron los primeros serán los últimos, y los últimos primeros!

Vick se planteó descargar el puño en aquella calamidad de mano mientras le chillaba preguntas a la cara. Pero el hombre no tenía respuestas. Ninguna que le sirviera, por lo menos. Se levantó y lo dejó allí con su diatriba, tan loco como cualquier profeta de baratillo en la plaza del Templo de Westport.

—¡Las puertas se abrirán espaciosas y Euz vendrá de nuevo! ¡Y todo mal se enderezará! ¿Me oyes? ¡Se avecina un Gran…!

Vick cerró la puerta y redujo de nuevo la voz del hombre a un balbuceo amortiguado. Fuera había un practicante cruzado de brazos.

—Su eminencia te reclama —llegó el susurro desde su máscara—. Ahora mismo.

Vick pasó dando zancadas junto al siempre reprobador secretario, entre dos enormes practicantes y entró en el despacho del archilector. La puerta se cerró detrás de ella con un chasquido que sonó definitivo. Era hora de algunas respuestas, quizá. O al menos de algunas preguntas.

—Eminencia, tengo preguntas que haceros sobre…

Se detuvo con el nombre de Bayaz en la punta de la lengua cuando el invitado de Glokta se volvió en su silla, enarcando una sofisticada ceja.

—¡Inquisidora Teufel! —Era solo el puto rey—. No tuve ocasión de agradecerte tu ayuda en Valbeck. Me hiciste quedar bien a mí, y eso no es moco de pavo. Esa nota tuya me salvó el culo, por no mencionar varios millares de otros. —La sonrisa se le desdibujó un poco—. Lástima que no pudiera salvar los de todos, la verdad. ¡Y acabo de enterarme de que también nos sacaste las castañas del fuego en Westport!

Vick carraspeó.

—Estoy… encantada de haber podido asistir a… vuestra majestad.

Había cambiado sin darse cuenta al tono fino, aristocrático y algo estreñido que podría haber utilizado su madre para dirigirse al rey. Victarine dan Teufel de la cabeza a los pies. Penoso, en realidad. La llamada justicia del rey había enviado a su familia a la muerte y a ella a pudrirse en Angland, y allí estaba Vick, humillándose ante el último ocupante del trono. Pero así era la Unión: noble, plebeyo o presidiario, la deferencia venía de nacimiento.

—Tú fuiste la única persona en Valbeck que mantuvo la cabeza fría. —El rey meneó un dedo hacia ella mientras Vick se sentaba a su lado—. En ese momento pensé: la próxima vez que esté en un barco que se va a pique, esa es la mujer que quiero a los remos del bote salvavidas.

El rey extendió el brazo como para darle una palmada en el hombro, debió de percibir su profunda incomodidad y terminó dando un torpe golpecito con la palma en el respaldo de su silla.

Vick tuvo que reconocer que estaba disfrutando de la gratitud. No era algo que saboreara a menudo y, como la bebida, si casi nunca se probaba, un poco era suficiente para marear. Cualquier gratitud. No digamos ya la de un rey. Pero a medida que se prolongaba el silencio, Vick empezó a dar vueltas a aquello del bote salvavidas y carraspeó otra vez.

—¿El barco… se va a pique, entonces?

—Podría ser necesario achicar un poco —dijo una voz a su espalda.

Vick se volvió, sorprendida. Había un hombre apoyado en la pared al lado de la puerta. Un hombre en cuya presencia, por algún motivo, no había reparado hasta que habló. Un hombre normal y corriente con el pelo rizado. Altura media, constitución media, todo medio. Justo el aspecto al que Vick aspiraba para sí misma cuando quería

perderse en el anonimato. La excepcional mediocridad del espía experto. O del maestro asesino. La puso en guardia al instante.

—¿Conoces a Yoru Sulfur? —preguntó Glokta.

—Nunca nos hemos visto —dijo Sulfur—, aunque también yo soy un gran admirador de tu trabajo en Valbeck. —Le dedicó una pequeña y elegante inclinación—. Una vez fui aprendiz del Primero de los Magos.

Vick mantuvo la cara meticulosamente neutral, pero fue todo un reto. Shenkt había dicho que la Unión era la herramienta de Bayaz, y acababa de encontrar a un agente suyo sonriente y relajado con los dos hombres más poderosos de la nación.

—¿Y ahora? —preguntó.

—Su ojo vigilante, su oído comprensivo…

—¿Su puño castigador? —preguntó Orso.

—Digamos que su palma orientadora —respondió Sulfur—. Por favor, haced como si no estuviera.

—No es tarea fácil —murmuró el rey, y tendió un papel doblado a Vick entre dos dedos—. Esta mañana he recibido otra nota reveladora. Esta podría ponernos a achicar más agua que Valbeck y Westport juntas.

Vick la cogió, la desdobló y empezó a leer.

Majestad:

Hay una conspiración contra vos.

Vuestro Consejo Abierto planea arrebataros el trono.

Tienen poderosos aliados en el Norte. Están buscando más en Estiria.

Desembarcarán sus tropas en la costa septentrional de Midderland el último día de verano, se declararán patriotas y marcharán hacia Adua.

Deberíais prepararos. Pero deberíais tener cuidado con cómo os preparáis. También hay un traidor en vuestro Consejo Cerrado.

Mis mejores deseos,

Un amigo.

Vick tragó saliva, notando un desagradable picor en la piel. Una conspiración. El Consejo Abierto. Aliados en el Norte y Estiria. Un traidor en el Consejo Cerrado.

Aquello podía ser una amenaza que dejara el levantamiento de Valbeck a la altura de un baile de pueblo.

—¿«Un amigo»? —La letra era extraña. Pulcra. Casi un poco infantil. Vick dio vueltas a la carta, estudió la tinta, el tacto del papel, hasta la olió. Pero no había ninguna pista de quién la había escrito—. ¿Tenemos alguna idea de quién podría ser ese amigo?

—Ninguna —dijo Glokta—. Pero la gente que se desvive por declararse amiga suele ser todo menos eso.

—Hasta los enemigos pueden decirte la verdad —repuso Orso—. Las relaciones entre la corona y el Consejo Abierto no han sido tan malas desde… bueno, desde la última guerra civil, supongo. Mejor no extendernos mucho en cómo terminó.

Asesinatos y destrucción generalizados que culminaron en el violento derrocamiento y ejecución de un rey. Vick dejó la carta con delicadeza en el escritorio del archilector.

—¿Quién del Consejo Abierto podría tener la audacia, el agravio y los recursos suficientes para cometer alta traición?

—Casi cualquiera de ellos. —Glokta se lamió las encías desiertas—. O casi todos ellos.

—Pero si tuviera que adivinar cuál de ellos se declararía patriota mientras lo hace, ese sería Isher. —Orso se ajustó los puños de la casaca con gesto asqueado—. Me engañó para que cometiera aquel error con Wetterlant, y estoy seguro de que manipuló a Leo dan Brock para su pequeña muestra de irritabilidad en el juicio.

El archilector estaba incluso más pálido de lo normal.

—Isher y Brock se casaron juntos.

Y uno de ellos con la hija del propio archilector, hecho del que sin duda eran todos muy conscientes.

—Tener enemigos en el Consejo Abierto es una cosa —dijo Vick—. Sus recursos militares son limitados. El lord gobernador de Angland es otra muy distinta. Comanda un ejército de miles de hombres. Bien equipados, expertos, leales. —Aquel picor se iba extendiendo—. ¿Brock podría estar metido en esto?

El rey respiró hondo por la nariz y dejó escapar el aire en un suspiro.

—«Poderosos aliados en el Norte».

—Majestad. —Glokta crispó el gesto al intentar enderezarse en su silla con ruedas—. Si las sospechas recaen en mi yerno, también deben recaer en mi propia hija.

Como vuestro archilector, debo ser irreprochable. Debería presentar mi dimisión, o como mínimo recusarme a mí mismo de este…

Orso lo desestimó con un gesto.

—De eso ni hablar, eminencia. Sois el único hombre del Consejo Cerrado en quien confío plenamente. Despertáis un odio demasiado general para ser un buen conspirador.

Glokta dio un bufido cansado.

—Sois muy amable al decir esto, majestad.

—Además, no tenemos pruebas. De lo único que sé que es culpable Leo dan Brock es de encontrarme despreciable. Si eso es un delito, tendré que ahorcar a tres cuartas partes del país. ¿Habéis visto los panfletos más recientes? ¿Sobre mí? ¿Sobre mi madre? ¿Sobre la deuda?

—Abyectas mentiras, por supuesto —intervino Sulfur.

—Y aun así, la gente pide más y más.

—Podríamos arrestar a Isher —propuso Vick—. Me atrevería a decir que podemos sonsacarle la verdad.

—Tentador. —Glokta negó con la cabeza—. Pero después del asunto de Wetterlant, nadie del Consejo Abierto confía en nosotros. No podemos permitirnos proporcionarles más mártires. Debemos andarnos con pies de plomo y llevar pruebas en abundancia allá donde vayamos.

—Mientras tanto, aceptaremos el consejo de nuestro anónimo amigo y nos prepararemos —dijo Orso—. Reclutaremos nuestras propias fuerzas y reuniremos a todos los aliados que podamos.

—Ya abarcamos más de lo que damos de sí, majestad. —Glokta abarcó el escritorio con sus delgadas manos—. La Guardia Real está desperdigada por toda la Unión conteniendo a los Rompedores.

—El coronel Forest me ayudó a reclutar varios miles de soldados para luchar en el Norte. La División del Príncipe Heredero. —Orso sonrió, como teniendo un recuerdo feliz—. Podríamos reagruparla.

—A un alto precio.

—En tiempos tan oscuros como estos —dijo Sulfur—, no me cabe duda de que la Banca Valint y Balk mostraría generosidad.

De nuevo, Vick mantuvo la cara inexpresiva, pero casi tuvo un escalofrío al recordar el gélido aliento de Shenkt en su mejilla. También le había hablado de Valint y Balk.

—Con la palabra «generosidad» —dijo Glokta, secándose una larga lágrima de la mejilla mientras se le contraía el párpado—, supongo que os referís a más préstamos con tasas de interés incluso más ingentes, ¿me equivoco?

Sulfur hizo un afable encogimiento de hombros.

—Son un banco, no la beneficencia.

—Mejor empeñar la corona que dejar que me la roben, supongo —murmuró Orso, aunque Vick se preguntó si había mucha diferencia.

—Viajaré al Norte con la siguiente marea —dijo Sulfur—. Mi maestro tiene poderosos amigos allí. Si esta rebelión es real, quizá pueda acabar con ella de raíz.

—¿Igual que acabasteis con los Quemadores en la exhibición de la máquina de Curnsbick? —preguntó Orso.

¿Entonces Sulfur era el devorador? ¿Otro como Shenkt? Por la sonrisa de dientes blancos que dirigió al rey, no costaba tanto imaginarlo.

—Espero que con más sutileza —dijo él— pero no menos decisión en defensa de los intereses de vuestra majestad.

—Siempre que mis intereses coincidan con los de vuestro maestro, imagino.

—No alcanzo a imaginar en qué podrían divergir.

Y Sulfur se marchó y cerró la puerta con aquel chasquido definitivo.

Glokta se inclinó sobre el escritorio con las manos entrelazadas.

—Inquisidora Teufel, me gustaría que observaras a los demás miembros del Consejo Cerrado. Con disimulo, claro está. Si alguno de ellos es desleal, debemos saberlo. Utiliza solo a personas en las que confíes. De fuera, a ser posible.

—Sirvo y obedezco, eminencia. Majestad.

Vick se levantó pero se quedó quieta con una mano en el respaldo de su silla, pensando.

—¿Alguna otra cosa? —preguntó el archilector.

—La nota decía que están buscando aliados en Estiria.

Orso levantó una ceja.

—¿Y?

—Quizá conozca a alguien que pueda ayudarnos con eso.

La dirección que le había dado Shylo Vitari correspondía a un sótano cerca de los muelles, con extrañas luces resplandeciendo al otro lado de los cristales tintados de las ventanas, como las que se decía que atraían a los marineros a las profundidades. Un hombre con un raído sombrero de capitán de barco y un bigote aún más raído estaba despatarrado con las manos en los bolsillos contra la reja torcida del exterior, bajo un letrero que crujía y mostraba a una mujer con una lanza y una botella, cola de pez en lugar de piernas y una sonrisa que decía que había visto cosas que no podrías ni soñar.

El lugar parecía el dibujo hecho por un niño de una madriguera de espías estirios. Vick solo pudo suponer que se trataba de un doble farol. Eso o que subestimaban tanto a la Unión que ni se molestaban en ocultarse.

Los peldaños descendían a un laberinto de sótanos tenebrosos y bóvedas bajas que recordaba demasiado a Vick a las minas de los campos de Angland. Las velas de colores eran las lámparas trémulas de cuando se internaban agachados en la oscuridad. El tintineo de los vasos era el tintineo de los picos cuando se tumbaban de costado para mordisquear la veta. Las sombras que se revolvían en las manchadas paredes de piedra eran la sombra de la propia Vick cuando empujaba el balde de carbón con la frente costrosa, reptando por galerías demasiado angostas para estar sentada siquiera, el agua gélida bañándole las rodillas peladas, sabiendo que si el techo se derrumbaba, si una llama tocaba gas, si el agua se abría paso…

Vick se sacudió, intentando desprenderse el miedo. Todo aquello estaba muy en el pasado. Aquella chica se había esfumado, no estaba atrapada en su interior chillando para poder salir.

Había un hombre meciéndose en una hamaca, con los brazos tatuados tras la cabeza y los ojos somnolientos siguiéndola túnel abajo. Una pareja oscilaba junta a la música de un quejumbroso violín. No estaba claro si bailaban o follaban o ambas cosas, pero Vick no descartaba nada. Una mujer que barajaba cartas en un diván destrozado le guiñó el ojo y señaló adelante, hacia un espacio iluminado en el que el techo era un poco más alto y Vick podía enderezarse.

Vick había visto muchos tugurios, pero ninguno tan bien aprovisionado de bebida. Los estantes estaban a rebosar de botellas de brillante cristal y apagado barro, completamente lisas y absurdamente ornamentadas. Una llena de gusanos flotando. Una con una daga por tapón. Una con forma de cara sonriente y gemas en vez de ojos.

—¡Por fin! —El acento del tabernero era un extraño cóctel: un chorro de estirio y un toque de la Unión, con algunos ingredientes más que resultaban difíciles de situar. Era un hombre alto y pálido, con el pelo rojizo en punta y la barba rojiza en punta.

Llevaba un trapo blanco encima de un hombro y un mono pequeño acuclillado encima del otro, y esbozó una amplia sonrisa llena de buenos dientes—. Victarine dan Teufel honra con su presencia mi humilde establecimiento.

—¿Nos conocemos?

—Estamos conociéndonos ahora. Mi madre me llama Cas. —Extendió los brazos para englobar el amplio despliegue de botellas—. Pero para todos los demás soy solo el tabernero. Tú no pareces mi madre.

—Creo que me acordaría. ¿Quién es ese?

—Mi mono. ¿Qué te pongo?

—¿Qué tienes?

—¿Qué no tengo?

—¿Se te ha ocurrido alguna vez que cuantas más opciones hay, más difícil se hace decidir?

—Me lo han mencionado. Pero el miedo es mal motivo para limitar tus opciones. —La miró de arriba abajo con ojos perceptivos, como un sastre adivinando las medidas de un cliente—. ¿Un día duro?

—¿Los hay de otros tipos?

—¿Has probado alguna vez el espafene? —Sacó una sencilla botella de cristal rugoso de la estantería de arriba, a su espalda—. Solo lo hacen en un pueblo cerca de Jacra. Aquí cuesta encontrarlo.

Cogió dos vasos, les pasó el trapo y sirvió dos pequeños buches de un licor denso y claro con un practicado giro de muñeca.

—¿Qué clase de tabernero se sirve una copa cada vez?

—Esta clase. Que el olor nauseabundo no te ahuyente.

—No suele hacerlo. —Vick dio un sorbito y lo movió pensativa por la boca. Allá en los campos habían destilado toda verdura podrida a la que podían echar mano, pero aun así nunca había probado nada peor. Tragarlo contradecía hasta su último instinto. Después apenas podía respirar—. ¿De qué carajo está hecho? —preguntó con voz ahogada.

—Un secreto mejor guardado que el color de la ropa interior de la reina Terez. Es un gusto adquirido.

—¿Por qué iba a querer nadie adquirir este gusto?

Vick descubrió que estaba dando otro sorbo y se estremeció mientras lo movía también por la boca.

—Es raro, ¿verdad? No puedes parar de comprobar lo asqueroso que es. Y luego, un día lo compruebas y resulta que en realidad te gusta. Al poco tiempo, ninguna otra bebida termina de rascarte ese picor. Muchas veces pienso que las personas son iguales. —El tabernero metió la punta de la lengua en su vaso e hizo chasquear los labios con aire meditabundo—. Las que te gustan desde el principio muy pocas veces acaban siendo tus preferidas. Me da la sensación de que tú podrías ser un gusto adquirido, Victarine dan Teufel.

—¿Estás halagándome?

Él levantó el índice y el pulgar y la miró por el minúsculo espacio entre ellos.

—Un poquito. Pero con una clase y una sutileza que no abundan en Adua. A Shylo Vitari no le gusta que la avergüencen, pero sí que le gusta la gente que logra hacerlo. Funciona según el principio de que son los peores enemigos quienes tienen madera de mejores amigos. ¿Has venido para aceptar su oferta de empleo?

—No —respondió Vick—. Estoy contenta donde estoy.

—¿Aunque todos los días sean días duros?

—Aceptablemente descontenta.

—Entonces, ¿qué te trae a mi pedacito de Estiria en Midderland? —Y el tabernero enarcó las cejas rojas mientras daba otro sorbo a aquel licor repugnante—. ¿O en realidad vienes solo a tomar una copa?

—Mi patrono… quiere reunirse con el tuyo.

Las cejas del tabernero ascendieron aún más.

—¿El Viejo Palos? ¿Quiere reunirse con Vitari?

—No nos andemos con intermediarios. —Vick se echó al gaznate el licor que le quedaba—. El rey Orso quiere hablar con el rey Jappo. —Incluso el mono pareció quedarse estupefacto mientras Vick hacía resbalar su vaso vacío hacia dentro de la barra—. Y echa otro más para cada uno, ¿quieres?

Llegó el mañana

Lo que menos podía creerse Broad de Valbeck era lo mucho que no había cambiado.

No hacía ni un año emanaba humo de las fábricas que ardían hasta reducirse a negros caparazones. Casi todos aquellos cascarones estaban ya demolidos y habían construido unas chimeneas más altas que las antiguas, y de ellas emanaba humo de las fábricas, ahora en pleno funcionamiento. Había la misma penumbra perpetua, el mismo humo acre, el mismo hedor del mismo sucio populacho. Las mismas lluvias de chispas y nubes de vapor y fragmentos de viejas canciones de trabajo saliendo de los portales de las fundiciones. El río de podridas orillas estaba manchado de nuevo por la tenería que había corriente arriba, saturado de barcas y batido en una espuma multicolor por unas norias más grandes que nunca.

La destrucción causada por la revuelta no había espantado a los inversores en absoluto, sino presentado nuevas oportunidades. Había andamios tambaleantes por todas partes, como si unas arañas gigantes estuvieran tejiendo sus redes sobre la ciudad. Aún había barricadas aquí y allá, pero hechas de estacas afiladas en vez de muebles rotos y defendidas no por andrajosos Rompedores sino por la Guardia Real en impecables uniformes, prestos a aplastar cualquier señal de desobediencia con toda la fuerza del desagrado erizado de armas de Su Majestad. Las colas de los hundidos y los necesitados embozaban las calles alrededor de las factorías, mojadas por una llovizna negra de hollín. La única diferencia que tenían con las penosas procesiones en las que Broad había suplicado trabajo un año antes consistía en que eran incluso más largas.

—¿Alguno de vosotros conoce a un hombre llamado Sarlby? —preguntó, levantando el puño. Ya no se molestaba en esconderlo —. Lleva un tatuaje como este.

Algunos se apartaban con miedo. Algunos negaban con la cabeza. Algunos apenas parecían oírlo, perdidos en su propia miseria.

Apenas faltaba para terminar de reconstruir el banco y limpiar las consignas de los Quemadores de sus paredes, y habían despejado la plaza del juzgado. Los tres patíbulos que había delante del edificio, sin embargo, estaban haciendo casi tan buen negocio en ahorcamientos como cuando la Jueza estaba al mando. A la vuelta de la esquina también hacían buen negocio las putas, un puñado de ellas en ropa elegante zarrapastrosa, con las faldas recogidas revelando piernas blanquecinas y el pelo recogido revelando cuellos magullados y pintura corrida por el chaparrón veraniego.

—Chicas, ¿conocéis a un tipo llamado Sarlby? —preguntó Broad, sosteniendo en alto un marco de plata.

—Si hablas con esas chicas, tendrás que pagar —dijo un chulo con cara de rata que salió merodeando de un callejón.

Broad le lanzó una mirada.

—¿Seguro?

El hombre frunció el ceño, y crispó la cara, y volvió a merodear en las sombras.

Broad giró la mano para enseñar el dorso.

—Lleva un tatuaje como este.

La chica más cercana negó con la cabeza. Broad le dio la moneda de todos modos.

—¿Qué quieres a cambio? —preguntó ella, y Broad se preguntó cuántos años tendría bajo la pintura emborronada. Sería tan joven como May. O más, casi seguro.

—Quédatela.

Recorrió abatido una calle de mala muerte no muy lejos de donde había vivido, el suelo solo tierra con baches, cenizas y basura arrojada desde las casas, oscurecida por los edificios inclinados hacia dentro y la colada que ondeaba al sucio viento. No había desagües, solo húmedas acumulaciones de porquería y larvas que la gente había cercado en algunos lugares creando rediles para los chillones cerdos, cuyos vertidos se colaban por ventanucos a los sótanos donde los más pobres subsistían, por llamarlo de algún modo, a duras penas.

Avanzaron hacia él cuatro hombres con un ataúd a hombros y una triste multitud a sus espaldas. Por delante caminaban dos mujeres con buenos vestidos negros. Allí la mejor ropa era la ropa de funeral. Se la ponían bastante a menudo, a fin de cuentas. A los enterradores se les daba de maravilla convencer a la gente de luto para que se gastara un dinero que no tenía. Así, las deudas podían seguir a uno incluso a la tierra de los muertos.

Broad se apartó para ver pasar a los dolientes. Quiso darles algo. Cuando él vivía en una calle como aquella, todos aportaban algo aunque apenas tuvieran nada a lo que renunciar. Quiso darles algo, pero apretó la mandíbula para no hacerlo. «No puedes hacer tuyos los problemas de todos», le decía siempre Liddy. Y tenía razón.

Cogió del brazo a un anciano que cojeaba al final de la procesión, vestido de harapiento negro.

—¿Conoces a un tipo llamado Sarlby?

—Ahora ya no conozco a nadie.

Y siguió cojeando.

El almacén donde se habían reunido los Rompedores era un cascarón de madera ennegrecida. Allí era donde habían escuchado a Risinau, todos apiñados en torno a sus mentiras como una familia pobre alrededor del fuego de un solo trozo de carbón, todos mirando con ojos brillantes hacia aquel mañana mejor.

Y ahí estaba. Llegó el mañana, y se parecía mucho al ayer. Solo que más todavía de lo mismo.

Había dos niños desharrapados jugando en un desagüe negro de ceniza, haciendo carreras de cochinillas o algo por el estilo. Broad se acuclilló a su lado.

—¿Conocéis a un tipo llamado Sarlby? —Los niños lo miraron con ojos grandes y redondos en sus caras flacas y sucias, tan parecidas que podrían ser gemelos. Pero los muertos de hambre parecían todos iguales—. Lleva un tatuaje como este. —Broad les tendió el puño y entonces le dio la vuelta, lo abrió y les enseñó la moneda que relucía dentro.

—Yo tengo un tatuaje como ese.

Broad sonrió, pero le costó mantener la sonrisa al girarse.

—¿Sarlby?

Apenas reconoció al hombre junto al que había luchado en Estiria, junto al que se había alzado en Valbeck. Tenía la espalda algo encorvada, y el pelo muy corto y salpicado de calvas, y la cara tan delgada que casi se veían moverse las fibras en sus mejillas.

—Gunnar Broad regresa de entre los muertos. —La voz de Sarlby tenía un crujido gutural. Parecía que había envejecido diez años en los diez meses transcurridos desde que habían hablado por última vez—. He oído que me buscabas.

—Así es. —Broad le cogió la mano y se la estrechó, pensando en lo débil que la notaba. Era como apretar un guante lleno de polvo.

—Creía que podías haber sido de los que colgaron —dijo Sarlby.

—Yo creía que tú también. Me alegro de ver que no.

Sarlby no le devolvió la amabilidad. No parecía estar muy inclinado a ella.

—Veo que has medrado —dijo en cambio, con una larga mirada a Broad de arriba abajo.

Lo triste era que Broad había elegido la ropa más raída que tenía. Quizá porque no quería destacar. Quizá porque le daba vergüenza por qué destacaba. Y aun así,

parecía todo un ricachón entre aquellos mendigos y almas en pena. Había olvidado lo fea que podía ponerse la cosa. Era curioso lo deprisa que se olvidaba.

Por muy hambriento que pareciera Sarlby, comía despacio. Como si le doliera.

Era un despojo del hombre que había sido. Un fantasma de sí mismo. No importaba lo fuerte que uno fuera, ni lo duro, ni lo valiente: esa vida tardaba poco en moler a cualquiera. El trabajo, y el humo, y el polvo, y la enfermedad, y el agua fétida y la comida podrida y la vida malsana y el no tener nunca bastante de nada.

—¿Y dónde vives ahora? —preguntó Sarlby por un lado de la boca mientras masticaba.

—En Ostenhorm.

—Angland, ¿eh? ¿Te salió trabajo allí arriba, entonces?

—Algo.

—No en una fábrica, supongo.

—No. —Broad pensó en mentir. Pero a Sarlby le debía la verdad, ¿no? Al menos eso se lo debía—. Trabajo para Savine dan Brock.

Sarlby soltó un bufido malcarado.

—Savine dan Glokta, querrás decir. ¡La Bienamada de los Barrios Pobres! ¿Has visto esos panfletos suyos? —Dio una risotada seca y ahogada que se convirtió en tos, y tuvo que pasarla con la cerveza aguada que servían allí—. ¿Qué se ha pensado, que somos unos putos idiotas?

—Por lo que yo he visto, tiene bastante buen criterio —dijo Broad—. En eso y en casi todo lo demás.

—¿Y qué hace alguien como tú para alguien como ella? ¿Te has hecho sombrerero, eh? ¿O has pasado de furtivo a guardabosques?

—He hecho lo que tenía que hacer —gruñó Broad, notando que llegaba un arrebato de furia—. Tengo una esposa y una hija de las que cuidar. Son felices por primera vez en años. ¿Crees que me voy a disculpar por eso?

Sarlby le sostuvo la mirada.

—No te he pedido que lo hagas. Solo quiero saber en qué bando estás, nada más.

Broad cayó en la cuenta de que se había levantado de la silla y estaba agachado sobre la mesa, con los puños apretados temblando contra la madera y los labios retraídos. Cayó en la cuenta de que lo miraban todos en el miserable y pequeño local.

Parpadeó, se volvió a sentar despacio e hizo que sus puños se abrieran. Le costó esfuerzo. Como si hubiera aros de barril alrededor de sus manos, manteniéndolas cerradas.

—Lo intenté a tu manera. —Se colocó bien las gafas en la nariz sudorosa y se obligó a respirar despacio—. Y mira cómo acabamos.

—Lo único que hicimos fue dar un primer paso. Habrá muchos más, en el camino a la libertad. Y se perderá mucho más en el trayecto, eso no lo dudo. Puede que yo no llegue a ver el final. —Sarlby tenía la luz de la fe en los ojos. O tal vez la luz de la locura. Quizá no hubiese diferencia—. Pero llegará el día en que los míos lo vean. Eso tenlo por seguro, Toro Broad. Se avecina un Gran Cambio.

—Entonces… ¿aún estás con los Rompedores?

Sarlby pinchó despacio el último bocado de comida, y lo masticó despacio, y miró a Broad con ojos entornados.

—¿Qué te importa a ti si estoy con ellos o no?

Broad se detuvo. Era como estar acurrucado en las trincheras de Borletta, con una mano en la escalera, esperando para correr hacia la muralla. Un paso más y no habría vuelta atrás. Lo dio con un susurro.

—Necesito hablar con el Tejedor.

Vio que se contraían los músculos en el rostro flacucho de Sarlby cuando apretó los dientes.

—Menudos cojones tienes. El chico de los recados de Savine dan Glokta vuelve aquí todo gordo y lustroso pidiendo hablar con el Tejedor.

—Nadie me ha acusado nunca de tener pocos.

Sarlby ladró una risotada sin alegría.

—No. Nadie te ha acusado de eso. —Se hizo el silencio mientras Sarlby partía despacio un trozo de pan, y mientras lo pasaba despacio por la salsa del plato hasta haber absorbido la última gota—. Pero tengo que advertirte que las cabezas frías murieron todas con Malmer. Ahora la cosa está muy caliente.

—Tengo que hablar con los Rompedores, Sarlby. Cabezas frías o no.

—Puedo llevarte a ellos. —Sarlby masticó despacio, tragó despacio, se reclinó despacio—. Pero lo que pase después no depende de mí.

Hacerse mayor

—¿Dónde está el condenado bebercio? —vociferó Jin.

Tiró su bolsa en una lujosa butaca tapizada y, mientras resbalaba hasta el suelo, abrió un cofre lo bastante grande para que Leo se hubiera tumbado estirado dentro y empezó a hurgar dentro.

—Una cosa hay que reconocerle a la señora gobernadora —murmuró Jurand. Sus tacones chasquearon contra el suelo en dirección a las resplandecientes cortinas, que acarició—. Desde luego, sabe escoger habitaciones.

Abrió hacia fuera las altas ventanas y una brisa cálida llevó al interior el chapoteo del agua y el emocionado parloteo en estirio de la multitud vespertina en Sipani.

—¿Cuántas tenemos? —preguntó Antaup, echándose hacia atrás aquel rizo de la frente mientras abría la puerta que daba a otro salón lleno de reflejada opulencia.

—Deben de ser cinco como mínimo. —Glaward miró al techo, en el que había pintados un montón de mamones presumidos comiendo uvas—. Esto es como un palacio.

—Como un palacio —refunfuñó Leo, mirando adusto dos querubines tallados en las molduras bañadas en oro.

Supuso que, en su condición de lord gobernador de Angland, debía exigir siempre lo mejor de lo mejor. Era lo que hacía su esposa. Pero la verdad era que los lujos lo ponían nervioso. No pudo evitar pensar en lo que habría dicho el Sabueso si lo hubiera visto. Habría negado con la cabeza, murmurado: «Mira cómo tienen esto» y soltado algo entre un gruñido y una risita, seguramente. Leo estaba hecho de la misma madera. Siempre se alegraba más de dormir sobre heno que sobre seda, de comer con las manos que con cubiertos, de sentarse a una hoguera de campaña que a una mesa de comedor. No dejaba de temerse que tropezaría con algo y lo rompería.

—¡Aquí está, joder! —Jin había abierto las puertas de un enorme aparador, dejando a la vista una colección de licores que habría abastecido a una taberna pequeña pero muy cara—. ¡Mirad esto!

Se frotó las manos y empezó a hurgar entre las botellas.

Antaup, mientras tanto, se había echado encima de la cama con los brazos extendidos y una enorme sonrisa en el rostro.

—Me cago en todo, Leo, te juro que te has agenciado la única mujer del mundo que podría hacerme cambiar de idea sobre el matrimonio. Vamos, es que ¿enviarte de viaje? ¿A Sipani? ¿Para divertirte? ¿Con los amigotes? —Lanzó una carcajada incrédula al techo pintado.

—Bueno, todo lo de la boda fue muy improvisado y…

—¿Una carga temeraria, podríamos decir? —preguntó Jurand, enarcando una ceja.

—Soy famoso por ellas —dijo Leo—. No hubo tiempo para haceros la despedida que os merecéis, hatajo de mamones. —Se pasó una mano nerviosa por el cuello sudado—. Y no todo va a ser diversión.

Eso provocó un silencio incómodo, aunque con el tintineo de cristal de fondo.

—¿Cuándo te reúnes con el gran rey Jappo? —preguntó Glaward.

—Al anochecer.

Antaup se incorporó.

—No acaba de hacerme gracia que intentemos llevarnos bien con uno de los peores enemigos de la Unión. —Y dio un puñetazo a una almohada como si fuese la cara del rey Jappo.

—Sabes lo que decía Stolicus de los enemigos, ¿verdad? —dijo Jurand.

—Matar a un enemigo es motivo de alivio —entonó Leo, a la manera pomposa en que Jurand repetía las citas—. Convertirlo en amigo es motivo de celebración.

—¿De verdad lo has leído?

—Ni una puta página.

—Pero ¿sabes leer? —preguntó Glaward, pasando un pesado brazo alrededor de los hombros de Leo.

—Yo no —dijo Jin, sacando un corcho que hizo fffup y olisqueando el contenido—. Y bien orgulloso que estoy, joder.

Jurand puso cara de incredulidad.

—¿Sabremos llegar siquiera al Cardotti? Esta puta ciudad es un laberinto.

—Un laberinto abrasador —matizó Glaward, oliéndose el círculo mojado que tenía bajo una axila.

—No temáis. —Antaup sacó un libro manoseado de su casaca—. Tengo la famosa guía de Sipani escrita por Glanhorm. Y yo sí que sé leer. Cuando no tengo nada mejor que hacer.

Desplegó un aparatoso plano del interior de la cubierta y lo escrutó, algo confundido.

—¿Salen los monumentos y esas cosas? —preguntó Glaward.

—¿Puntos de interés histórico? —Jurand se inclinó por encima del hombro de Antaup para dar la vuelta al mapa—. Ya que estoy aquí, quiero ver las ruinas del acueducto.

—Glanhorm no se preocupa de ninguna de esas mierdas. —Antaup se puso a hacer ondular las cejas—. Solo de los burdeles. Y la Casa del Placer de Cardotti está la primera en la lista de folleteo.

Jurand se frotó el caballete de la nariz.

—Ay, que haya tenido que vivir para oír las palabras «lista» y «folleteo» seguidas.

Fue a la ventana y salió al balcón.

—¿Aún no has servido ninguna copa? —gruñó Glaward, intentando apartar a Jin del aparador.

Se pusieron a darse empujones y entonces Jin hizo una presa a la cabeza de Glaward y empezaron a forcejear, dieron contra el aparador e hicieron temblar las botellas. Con una lamentable inevitabilidad, acabaron dando vueltas tirados en la alfombra, insultándose y gruñendo.

—¿Te rindes? —gritó Glaward.

—¡Que te follen! —gimió Jin.

Antaup pasó por encima de ellos, cogió una botella y miró la etiqueta. La pierna de Leo descartaba la lucha cuerpo a cuerpo, por desgracia. Siguió a Jurand a través de la cortina que se mecía.

El sol caía hacia el neblinoso batiburrillo de tejados, reflejándose en el agua, enviando llamaradas rosas y púrpuras y naranjas por los cielos, dando un matiz plateado a los bordes de las nubes. Abajo, fuera de un salón de té, o de vino, o de cáscaras, o de lo que tuvieran allí, un harapiento violinista serpenteaba entre las mesas, intentando sacar algo de calderilla a los juerguistas enmascarados con una triste melodía. Hacía un calor pegajoso, pero había una brisa que olía sobre todo a especias y a aventura y un poquito a la podredumbre de los canales y estaba revolviendo el pelo alrededor de la cara de Jurand. No había manera de que ese hombre dejara de ser tan guapo. Su expresión orgullosa, triste y pensativa era digna de una estatua del Viejo Imperio.

—Qué preciosidad —murmuró Leo.

—Sé que no tienes mucha estima a Estiria, pero ni tú puedes negar… —Jurand plantó las manos en la picada barandilla y miró hacia el ocaso—. Que es un escenario de lo más romántico.

—El lugar perfecto para una última juerga antes de un matrimonio.

—El matrimonio ya se celebró, ¿recuerdas?

Leo frunció el ceño mientras daba lentas vueltas a su anillo de bodas en el dedo.

—Es difícil de olvidar.

Las cosas no habían sido del todo iguales entre Jurand y él desde que Leo había vuelto de Adua. Desde que había vuelto con Savine. Faltaba algo de… chispa. Leo no había hecho nada malo, pero tenía la sensación de haber decepcionado a Jurand por algún motivo. De haber incumplido alguna promesa tácita entre ellos. Jurand estaba mirando a Leo con aquel semblante sincero y abierto que siempre parecía llegarle directo al corazón.

—¿Estás seguro de todo esto? —Jurand bajó la voz a un susurro—. ¿De lo de la rebelión?

Leo tensó la cara de fastidio.

—Ya lo hemos hablado. —Mil veces lo habían hablado. Leo estaba harto de discutir—. Sé que eres un pensador, pero tarde o temprano un hombre tiene que dejarlo estar y actuar.

—¿Podemos confiar en Isher y los demás? No son soldados. Nunca han librado una batalla.

—Por eso me nombraron líder a mí.

—Ojalá no estuviéramos ocultándoselo a tu madre. Podría ser un recurso valiosísimo.

—Llega un momento en que un hombre debe dejar a su madre en casa, Jurand. Junto con sus propios reparos.

—Supongo que sí.

Leo se acercó para apoyarse en la barandilla a su lado. Cerca, de forma que sus hombros casi se tocaban. Casi, pero con una cálida rendija de cielo estirio entre ellos.

—Mira, el rey Orso tampoco es soldado. Vamos a pillarlo por sorpresa. ¡Y para los consejos de estrategia ya te tengo a ti! —Dio un empujoncito al hombro de Jurand con el suyo y le sacó una fugaz sonrisa a la cara—. ¡No podría pedir ningún hombre mejor a mi lado! Y tenemos muchos aliados. Rikke. Stour. Quién sabe, puede que

también los estirios. —Giró la cabeza para contemplar la ciudad—. Si no la cago a base de bien esta noche, claro.

—Venga. —Fue el turno de Jurand para dar un empujoncito a Leo—. Sabes que puedes ser el encanto personificado cuando quieres. Tú ponle esa sonrisa tuya y tendrás al rey Jappo comiendo de tu mano. —Leo sonrió sin poder evitarlo y Jurand lo imitó—. A esa me refería.

Un silencio entonces, mientras el violín seguía sonando y una barcaza recreativa descendía perezosa por el canal gris verdoso que tenían debajo, sus ociosos pasajeros enmascarados abrazándose en cubierta. Era de esos momentos que uno desearía que duraran para siempre.

—Tengo… que darte las gracias —dijo Leo. Le costaba encontrar las palabras, pero tenía que intentarlo—. Por ser tan buen amigo. Tan paciente y tan leal y… Sé que puedo ser un poco… egocéntrico. —Jurand dio un irónico bufido al oírlo—. Solo espero que sepas lo mucho que te quiero. —De pronto la palabra le resultó extrañamente peligrosa. Pero no se le ocurría ninguna otra que lo describiera—. A todos vosotros —se apresuró a añadir, moviendo el brazo hacia la puerta de la que llegaban tenues los gruñidos de Jin y Glaward—. Glaward es mi conciencia, y Jin es mi valentía, y Antaup mi encanto, y tú eres mi…

—¿Torpeza?

—Iba a decir cerebro. Sé cuantos desastres me has evitado. A lo mejor crees que no me doy cuenta, o que no lo agradezco, pero, bueno… me doy, y lo hago. Es solo que… se me da mucho mejor apuntarme tantos que concederlos, supongo. Tú siempre has estado ahí cuando te he necesitado. —Hizo una mueca—. No estoy seguro… de que también haya sido al revés.

—Pues claro que sí. —Las pestañas de Jurand aletearon mientras apartaba la mirada. Como si parpadease para contener unas lágrimas—. En la vida hay líderes y seguidores, eso lo sabemos todos. Yo te seguiría hasta el infierno, Leo.

Y volvió a mirarlo, y levantó el brazo, tampoco tanto, y puso la mano en el hombro de Leo.

Se habían tocado uno al otro mil veces. Habían entrenado juntos y habían luchado cuerpo a cuerpo y se habían abrazado. Pero había algo diferente en ese contacto. Era más que un viejo amigo apoyando a otro. Mucho más. La mano de Jurand no solo se quedó quieta. Apretó, con mucha suavidad, y Leo notó una extraña necesidad de ladear la cabeza y poner la mejilla contra ella. De tomar esa mano y llevársela a la cara, al corazón, a la boca.

Jurand estaba mirándolo directo a los ojos, con los labios un poco separados.

—Quiero decirte…

De pronto Leo notó la garganta muy atenazada.

—¿Sí?

—No, *necesito* decirte…

—¡Aquí tenéis!

Antaup salió casi tropezando por la puerta acristalada y puso una copa en la mano de Leo y otra en la de Jurand, salpicando vino por la terraza y haciendo que los dos se separaran un incómodo paso.

—¡Nuestro niño se ha hecho mayor !

Y estampó un beso baboso en la mejilla de Leo, y revolvió el pelo ya revuelto de Jurand, y se agachó para regresar al interior.

El violinista los había visto y fue dando brincos hasta el puente que había debajo de su terraza, sonrió mirando hacia arriba y se arrancó con una melodía más garbosa, más marcial. En la calle de al lado de la bodega, dos tipos se pusieron a discutir a voz en grito. Típico de los estirios, todo pavoneo y nada de acción.

—Bueno —dijo Jurand, levantando su copa—. Por el recién casado, ¿eh? —Y se echó el vino al coleto, haciendo oscilar la nuez en su largo y delgado cuello—. Llega un momento en que todos tenemos que hacernos mayores. —Sonaba más bien amargado mientras se secaba la boca—. Renunciar a nuestros sueños estúpidos.

—Sí. —Leo dio un buen sorbo también—. Supongo que deberíamos ir preparándonos. Como la cague en esto, Savine va a destriparme.

El hechizo se había roto. El extraño momento había pasado. Leo tuvo que admitir que estaba aliviado.

Aliviado y destrozado, las dos cosas a la vez.

Hacerse mayor

—¡Ahí está mi hermano mayor! —Carlot extendió los brazos hacia Orso—. ¡Que ha venido a Sipani solo para visitarme!

—Carlot. Pero qué ganas tenía de verte.

Y las tenía. Era una mujer adulta, claro, con un claro parecido a su padre en la poderosa barbilla con hoyuelo, pero lo único que veía Orso era a la niña que lo había perseguido por los jardines de palacio en tiempos más felices. La abrazó con fuerza, y le retuvo la cabeza contra su hombro, y tuvo que hacer un viril esfuerzo por contener las repentinas ganas de llorar.

Ella frunció el ceño mientras él la sostenía con los brazos estirados.

—Te veo un poco… pálido.

—Tuvimos mar gruesa de camino —mintió él—. Ser rey me sienta bien.

Ella lo caló al instante, como siempre.

—A papá nunca le sentó bien. Le amargó completamente.

—Pero yo no soy él. —Aunque temía que en realidad quizá lo fuese—. En mí el cargo ha sacado al responsable siervo del pueblo.

—¿Quién iba a decir que lo tenías escondido ahí dentro? —Carlot bajó la voz—. Tienes que contarme qué asunto urgente ha traído al rey de la Unión hasta la lejana Sipani.

—Lo haría si pudiera.

—Déjame ayudarte, Orso. Aquí no hago otra cosa que elegir papel de pared.

—Y lo has hecho de maravilla —dijo él, echando un vistazo admirado por la sala—. Deberías elegirme algunos a mí.

Carlot le dio un puñetazo en el brazo.

—¡Venga! Nunca hago nada emocionante, joder.

Orso quería explicarle los graves problemas que tenía. Quejarse de que lo único que unía a sus súbditos era el desprecio por su rey. Revelarle que se estaba tramando una conspiración contra él.

Decirle lo solo que estaba.

Pero hacerlo habría sido egoísta. ¿Qué podía hacer ella al respecto de nada de aquello? Compuso una sonrisa.

—Es todo muy aburrido. Nada de lo que debas preocuparte.

—Donde las cajas no, ¡por allí! —El familiar sonido de su madre regañando a los sirvientes resonó desde el pasillo—. ¡Y por el amor de los Hados, que no se os caiga!

Carlot infló las mejillas.

—Ya me has traído mucho de lo que preocuparme.

—¿No podrías haberte quedado embarazada o algo? —murmuró Orso por la comisura de la boca—. Habría sido la distracción perfecta.

—Mi útero no existe para que tú puedas distraer a nuestra madre. Frase que había esperado no tener que pronunciar jamás. —Sonrió mientras daba a Orso un codazo en las costillas—. No es que no lo intentemos, créeme. Soti se queda bastante agotado con sus esfuerzos nocturnos. Para lo grande que es, tiene una agilidad sorprendente.

Soti era como llamaba Carlot a su marido, el canciller Sotorius, que sería como el decimoquinto gobernante de Sipani que llevaba el mismo nombre, solo unos años más joven que la madre de Orso y probablemente con el doble de su peso. Podía ser un poco aburrido, pero adoraba a Carlot y tenía una de las mejores bodegas del mundo, así que desde el punto de vista de Orso era un buen hombre. Sin embargo, Orso habría preferido que no lo acosara la imagen de los esfuerzos nocturnos del canciller con su hermana, fuesen ágiles o no.

—Eso ha sido… un poco más detallado de lo necesario.

—Tú eres quien ha sacado el tema de mi embarazo. La mojigatería no pega nada contigo, Orso, así que… ¡Madre!

Cuando la reina viuda entró en la sala, Carlot corrió hacia ella y le dio un cariñoso abrazo. La técnica de su hermana, que Orso había admirado desde siempre, era tratar a la reina como si fuese una madre tierna y atenta fuese cual fuese su comportamiento.

—¡Qué alegría que hayas venido!

—¿Tu marido no está?

—No, por desgracia. —Carlot se desinfló como una heroína trágica, sacudiéndose el desagrado de su madre con un ademán ostentoso igual que un pato se sacude la lluvia—. Soti vuelve a tener líos con la asamblea. Soti siempre está metido en líos. Suerte tenemos si podemos cenar juntos dos noches por semana. Cuando no es la

asamblea son los mercaderes, y si los mercaderes están contentos son los criminales, y si los criminales se cogen una semana libre son los proxenetas.

—Sé cómo debe de sentirse —murmuró Orso.

Su madre levantó una ceja.

—¿Sobre los proxenetas?

—Lo otro. —Orso se lo pensó—. Bueno, también, pero me refería más a las exigencias del poder.

—¿Ah, sí? —dijo su madre con fulminante sarcasmo—. Bueno, supongo que podemos cenar juntos de todos modos. Aparte de Cathil, será como volver a tener junta a la familia.

Hubo un silencio incómodo.

—Bueno, y aparte de padre —dijo Carlot.

Otro silencio incómodo.

—Y de él —dijo su madre.

Si tenía que ser sincero, las únicas veces que Orso recordaba que hubieran cenado en familia había sido en las bodas de sus dos hermanas, e incluso entonces sus padres no se habían acercado lo suficiente para llegar a tocarse, y solo cuando la estricta etiqueta lo exigía.

—Por desgracia, yo tampoco podré estar —dijo Orso—. Tengo un compromiso esta noche. Pero podemos cenar juntos mañana. Y también con Soti, si hay suerte. Luego, por desgracia, tendré que regresar a Adua. Problemas con los lores del Consejo Abierto, ya sabes. Si no es el Consejo Abierto es el Cerrado, y si el Cerrado está contento…

—¿No podemos quedarnos más? —preguntó su madre en tono imperioso—. ¡Quiero pasar tiempo con mi hija!

El silencio superó el estado de incómodo y se hizo horrible. Orso lanzó una mirada a Carlot, esperando en vano que su hermana le hiciese el trabajo duro. Ella hizo un leve y desvalido encogimiento de hombros que hizo rebotar la responsabilidad de vuelta hacia Orso.

—¿Qué estáis tramando vosotros dos? —exigió saber su madre.

Orso hizo acopio de valor, hinchó el pecho y afrontó la barbilla alzada de su madre con la suya propia.

—Madre, de momento quiero que te quedes en Sipani.

—¡De eso ni hablar! —Su tono fue tan gélido que Orso se sorprendió de que no le saliera vaho de la boca—. Mi sitio está en Adua.

—Siempre estás diciéndome lo mucho que aborreces Adua.

—Aborrezco Sipani en la misma medida.

—Te encanta Sipani.

—¿Me has traído aquí solo para librarte de mí?

—No. —Aunque en realidad, sí—. Madre, escúchame…

—¡Siempre lo hago!

—¡*Nunca* lo haces! —Orso recuperó el control de su voz—. Pero esta vez debes hacerlo. En la exhibición de la máquina de Curnsbick estuvieron a punto de matarte.

—Venga, tampoco exageres.

—El juez supremo Bruckel estaba sentado a tu lado y un pedazo de metal volador le cortó la cabeza por la mitad. ¡Cayó muerto en tu regazo!

—¿Eso es verdad? —preguntó Carlot con los ojos como platos.

—Hará falta algo más que metal volador para apartarme de mi hijo.

—Las cosas no están mejor —dijo Orso—. Si acaso, han empeorado. Tenemos enemigos por todas partes.

—Entonces me necesitas. Necesitas mi consejo. Necesitas…

—Lo que necesito es saber que estás a salvo. Y Carlot merece pasar tiempo contigo. —Por encima del hombro de su madre, Carlot levantó las cejas teatralmente. Orso no le hizo caso—. Llevo desde que nací monopolizando tu atención.

Orso se dio cuenta de que su madre tenía mechas canosas en el pelo. Arrugas alrededor de los ojos, en las comisuras de la boca. ¿Cuándo había empezado a parecer tan mayor? Pensarlo provocó en él una profunda incomodidad. Siempre había dado por hecho que su madre era indestructible.

—¿Estás seguro? —preguntó ella.

—La decisión está tomada, madre. Espero que la aceptes.

Orso había esperado una bronca feroz. Una furiosa diatriba estiria. O, peor aún, la mortífera retirada digna seguida de días de helado silencio. Pero lo único que hizo la reina viuda de la Unión fue ladear la cabeza y estudiarlo con calma.

—Te has hecho mayor, Orso. Es un momento agridulce para una madre.

—Y sin duda esperabas que llegara hace una docena de años.

—Más vale tarde que nunca. Llega un momento en que te das cuenta de que el mundo ya no te pertenece. Lo mejor que puedes hacer es cedérselo a tus hijos. —Le tocó la mejilla con mucha delicadeza—. Entiendes por qué siempre he sido tan exigente, ¿verdad? Porque sé que eres capaz de convertirte en un gran rey.

—Tu aprobación significa… todo para mí. Siempre lo ha hecho. Y hay una cosa que necesito que hagas mientras estás aquí. Algo para lo que no confío en nadie más. En mí mismo en quien menos.

—Lo que sea.

—Encuéntrame una esposa. —Empezó a contar con los dedos—. Solo pido que sea hermosa, con buen gusto, apasionada, astuta y muy bien educada. Y tú, Carlot, asegúrate de que tenga sentido del humor.

Carlot le quitó importancia con un gesto.

—Contigo sería derrocharlo.

A la cara de su madre había asomado un matiz de interés.

—¿Una esposa estiria?

—Sabes igual que yo que aquí hacen las mejores mujeres del mundo. Hablando del tema, ¿ha llegado ya nuestra invitada?

—Así es. —Y Carlot dio una sonora palmada.

Se abrió la puerta para revelar a una mujer de impresionante mediana edad. Orso llevaba diez años sin verla, pero estaba igual de elegante que el día en que se marchó de Adua. Si había alguien en el mundo que rivalizara con su madre en porte, al fin y al cabo, era su amiga más antigua, y mucho más que amiga, la condesa Shalere.

—¡Orso, preciosidad! —exclamó ella—. Hacía demasiado tiempo.

—Condesa. —Orso entrechocó los talones e hizo una extravagante inclinación—. O quizá debería llamarte hechicera, porque no has envejecido ni un día.

—¡Y luego la gente dice que no tienes talento! —Le agarró la cabeza con las dos manos y le dio sendos besos en las mejillas, con una vaharada de perfume que lo transportó directo a su infancia—. No creo que nadie mienta mejor en todo el Círculo del Mundo.

La madre de Orso no había apartado la mirada de Shalere desde que había entrado en la sala.

—Es… una sorpresa.

—Agradable, espero. —Shalere enarcó una ceja—. Llevaba mucho tiempo esperándote.

—Te… dije que no lo hicieras.

—A todo el mundo lo desobedecen de vez en cuando.

Un observador ingenuo podría haberlo considerado un reencuentro cualquiera. Pero Orso conocía a su madre de sobra para saber que no lo era. Vio cómo se le separaban un poco los labios, cómo le brillaba algo en las comisuras de los ojos, cómo se le movían un poco las clavículas con la respiración acelerada.

Tratándose de ella, eso era un torbellino de pasión.

—Bueno —dijo Carlot, dirigiéndose a la puerta y haciendo un movimiento brusco y significativo de cabeza hacia ella—. Yo tengo… cosas que hacer.

—Y yo. —Orso tuvo la repentina sensación de estar inmiscuyéndose en algo dolorosamente íntimo—. Unas… cosas importantísimas.

Nadie le hizo caso. Mientras Carlot lo sacaba tirándole del codo por la puerta, Orso echó un vistazo atrás. El tiempo suficiente para ver que Shalere había cogido las dos manos de su madre y que las dos mujeres se miraban de hito en hito. Su madre estaba sonriendo. Una sonrisa que le iluminaba toda la cara. Orso se preguntó cuánto tiempo hacía desde la última vez que la había visto sonreír así. Desde que la había visto sonreír en absoluto.

Todos los gustos, ningún juicio Si había algo que Leo valoraba, era la honestidad, y la Casa del Placer de Cardotti podría muy bien ser el lugar más deshonesto del mundo. Un lugar donde todo fingía ser otra cosa.

Estaba decorada como el palacio de algún emperador disoluto, todo falsas columnas de mármol y falso terciopelo, música arrulladora y risas forzadas, cristal tintineante y secretos susurrados. Había figuras de bronce de gente desnuda, cuadros de gente desnuda, colosales jarrones adornados con gente desnuda. Si era posible hacer la desnudez aburrida, los decoradores del Cardotti lo habían conseguido.

Las mujeres caminaban deslizándose por el pasillo con tacones altos y sonrisas hambrientas, con el pelo recogido y retorcido, con vestidos ajustados de centelleante blanco perla y reluciente negro aceitoso. Vestidos que dejaban asomar tentadores

vistazos de muslos y hombros a través de rendijas y cortes, que mostraban los encajes y hebillas de una elaborada ropa interior.

—Por los muertos —murmuró Glaward.

—Y que lo digas —graznó Antaup, mirando alrededor con los ojos muy abiertos bajo la máscara.

Todos llevaban máscaras. Era una tradición sipanesa, como la niebla, el engaño y la polla podrida. Máscaras de cristal aplastado y cordel, demonios burlones y muñecas de porcelana. La de Glaward era una ballena, bastante adecuada, y la de Jurand un pájaro, la de Jin era una garita de guardia y la de Antaup un unicornio hasta con su punta de cristal. Leo, por supuesto, tenía una de león. ¿Qué si no? Se había sentido ridículo al ponérsela, pero luego, entre tantas otras máscaras, había empezado a darle una impresión peligrosa. Nadie sabía quién era nadie. Nadie tenía que hacerse responsable de sus actos. Nadie tenía por qué obedecer las normas habituales, o ninguna norma en absoluto. La idea lo emocionaba y lo preocupaba al mismo tiempo. Notaba un picor en las manos.

Una mujer se contoneó hacia ellos cruzando el mosaico del suelo, con caderas de serpiente, plumas meciéndose sobre sus hombros y los largos brazos extendidos en una teatral floritura.

—¡Sed bienvenidos a la Casa del Placer de Cardotti, mis señores! —canturreó con una voz saturada de melodía estiria.

—¿Quién dice que seamos señores? —preguntó Glaward, sonriendo.

—Aquí tratamos a *todos* nuestros visitantes como si lo fuesen. —Le rozó por debajo de la barbilla con una yema enguantada y entonces miró a Leo—. ¿Vos sois el Joven León?

—Algunos me llaman así.

—Es todo un *honor* recibir a un héroe tan famoso.

Leo habría disfrutado más del cumplido si le hubiera parecido que la mujer era sincera. Si le hubiera parecido que era capaz de serlo.

—Bueno, gracias.

—El rey Jappo *arde* en deseos de hablar con vos, pero… está ocupado en estos momentos. Los entretenimientos del Cardotti están a vuestra *entera* disposición mientras tanto.

—Me gusta cómo suena —dijo Jin, dando a Leo un puñetazo en el brazo que le desplazó el peso al lado malo y le provocó una punzada de dolor.

Había sido un error ir andando hasta allí. El mapa de Antaup los había perdido tres veces y la dichosa pierna le dolía más que nunca.

—Aquí en el Cardotti, atendemos a *todos* los gustos y no hacemos *ningún* juicio. —La recepcionista los llevó por una puerta entreabierta tras la cual había tres figuras semioscurecidas a la tenue luz de una lámpara. Iban vestidas, o quizá desvestidas, de forma muy parecida a las mujeres, pero desde luego no eran mujeres. Mandíbulas con barba de unos días. Cuerpos esculpidos. Por los muertos, ¿Leo acababa de entrever un par de musculosas nalgas en las sombras?—. Estamos preparados para satisfacer *todos* los caprichos.

—Creo que de momento solo apostaremos —espetó Leo, asqueado. Y con un sorprendente calorcillo en las orejas.

La mujer los llevó a una sala con paneles en las paredes, llena del ruido de cartas, el chasquido de dados, el zumbido de la rueda de la suerte, que debía de ser el invento más desafortunado de la historia para sus jugadores. Una banda con máscaras de rostros lascivos acariciaba y hacía cosquillas y besaba una música que, de algún modo, se las ingeniaba para sonar sucia. Merodeaban guardias enmascarados. Los hombres enmascarados empujaban fichas de apostar con gesto cansado a través de franjas de luz manchadas por cristal tintado de Visserine. Las mujeres enmascaradas estaban muy pendientes de ellos, les reían sus comentarios rancios, se contoneaban con la música y acariciaban a viejos grotescos como si jamás hubieran visto a unos galanes tan apuestos.

Aquel lugar tenía aspecto de soborno, olía a lujuria y sonaba a chantaje.

La recepcionista hizo aparecer una caja de fichas en la mano de Leo.

—Disfrutad, mis señores.

—Este sitio es vil —murmuró Leo mientras la mujer se marchaba como deslizándose. Levantó la mano para secarse el sudor de la frente y cayó en que no podía por la máscara.

—¡Tienes que vivir un poco! —Glaward cogió dos copas de la bandeja de una camarera con máscara de pulpo dorado y empezó a beberse una mientras ofrecía la otra.

—Prefiero seguir sobrio. Tengo que hacer un trato con uno de los hombres más poderosos del mundo.

—Yo no. —Antaup cogió la bebida de la mano de Glaward, dio un sorbo y enseñó los dientes—. Un poco dulce.

—Como todo lo que hay en…

Leo se sobresaltó al notar un contacto en el hombro y se giró de golpe. A su espalda no había un asesino, sino una esbelta rubia con una máscara de mariposa.

—No quería asustaros, milord —dijo la chica haciendo un mohín.

—¡No me he asustado! —Aunque era evidente que sí.

Ella soltó una risita pícara, como si la ansiedad y el mal genio fuesen sus características favoritas en un hombre.

—Me preguntaba si podría seros de alguna…

—No —restalló él, dándole la espalda.

—Sí —dijo Jin, colándose delante de Antaup con sorprendente agilidad y metiendo el brazo por el de ella.

—Vaya, sí que sois fuerte —oyó Leo que murmuraba la chica mientras se dirigían hacia la puerta.

—Me alegro de que alguien se lo pase bien —gruñó entre dientes.

Era absurdo que un joven héroe de sangre caliente deseara que su esposa estuviera con él en un lugar como ese, pero Leo habría querido tener a Savine allí. Cada vez se apoyaba más y más en ella. Admiraba más su gusto, y su juicio, y… bueno, y todo, la verdad. Pero Savine confiaba en él para hacer aquello. No podía decepcionarla.

—Lo harás bien. —Jurand se había acercado para hablarle en voz baja. Conocía los sentimientos de Leo sin necesidad de pronunciar una sola palabra, como siempre. Llevó a Leo a la mesa de dados. Tenía la altura adecuada para apoyarse en ella, al menos, y quitar el peso de su pierna palpitante sin mostrar ninguna debilidad—. ¡Eres el Joven León! Has convencido al mismo tiempo a Rikke y a Stour para que se unan a ti. ¡Has unido a dos enemigos acérrimos bajo tu estandarte! Tú limítate a ser sincero, y fuerte, y generoso. Limítate a ser tú. —Jurand se acercó más, sonriendo—. Pero un poco más despiadado. Esto es Estiria, al fin y al cabo.

—Tienes razón.

Leo respiró hondo. El bueno de Jurand. Siempre sabía qué decir. Y era verdad que Leo había unido a Rikke y a Stour. Era el gran persuasor, y si podía añadir a Jappo a su alianza, la partida estaría ganada antes de empezarla.

Un hombre sólido, silencioso y entrecano, con una máscara que eran dos dados, dirigía la mesa. Sus ojos se posaron en Leo, tan inexpresivos como un uno doble.

—¿Os apetece tirar?

—¿Por qué no? —Leo dejó caer unas fichas en el tapete y tiró los dados.

—Dos cincos —dijo el crupier con voz monótona—. El jugador gana.

Y movió unas fichas hacia Leo. Así de fácil, era el ganador. Leo tuvo ganas de agarrar a Jurand y darle un beso en la frente, pero, dado el momento tan raro que habían tenido antes, optó por rodearlo con brusquedad con el brazo y sujetarle varonilmente la cabeza.

—¿Qué narices haría yo sin ti?

Empujó una pila más grande de fichas hacia la mesa y chasqueó los dedos en dirección a Antaup.

—¡Pásame esos dados!

La recepcionista de la Casa del Placer de Cardotti era una obra de arte en sí misma, una escultura móvil de seda negra, pintura y plumas, la personificación misma de la suculenta corrupción de Sipani. O de la corrupta suculencia. Daba más o menos igual.

—Majestad —dijo la mujer, inclinándose con una profunda y grácil reverencia. Casi tan profunda y grácil como las que solía hacer Savine, aunque las faldas de ella nunca se habían abierto hasta las caderas de una manera tan hipnótica.

—Será mejor que no me llames así —murmuró Orso, dándose unos toques con el dedo en un lado de la nariz—. Vengo de incógnito, ya sabes.

—Aquí *todos* vienen de incógnito. —Su acento recordaba a Orso al de su madre, cosa que desde luego no debería ser un pensamiento excitante pero, por algún motivo, lo era—. El Cardotti es *notorio* por su discreción. —Se inclinó hacia él. Incluso enmascarada, se las ingeniaba para parecer magníficamente taimada—. Entre otras muchas cosas.

—De hecho, creo que una vez recibisteis aquí a mi padre, ¿me equivoco?

La recepcionista puso cara de cierta incomodidad.

—La noche del gran incendio. Fue un momento triste en nuestra orgullosa historia. —Por algún motivo, Gorst soltó una especie de tos ahogada. Le recepcionista tomó a Orso por el codo, se apoyó en él con la ligereza de una piel en los hombros de una dama y le ronroneó al oído—. Pero el edificio está reconstruido por *completo* y nuestra seguridad no tiene parangón. —Señaló hacia seis guardias armados, quietos como armaduras vacías contra las paredes—. No podríais estar más seguro ni encerrado en una cámara acorazada, os lo aseguro.

—Y allí nos divertiríamos mucho menos, ¿eh, Gorst?

Gorst los siguió en taciturno silencio, mirando furioso alrededor con los puños cerrados.

—El rey Jappo *arde* en deseos de hablar con vos, pero… está ocupado en estos momentos. Los entretenimientos del Cardotti están a vuestra *entera* disposición mientras tanto.

—¿De qué entretenimientos hablamos, en concreto? —preguntó Tunny, ajustándose una máscara con forma de estrella plateada.

—De *todos* ellos.

La recepcionista los llevó a un salón con paneles oscuros donde se jugaba a juegos de habilidad, azar y ruina. Había grupos de hombres sentados charlando, riendo, fumando, bebiendo. Las chicas arrullaban y hablaban con voces cantarinas y se abanicaban unas a otras. La luz coloreada resplandecía en la fina cristalería y la suave piel, se filtraba a través de bebidas ambarinas y humo enroscado. Rara vez, si alguna, se había reunido tal retablo de libertinaje de tan alto postín en un solo lugar, y eso que Orso había organizado unos cuantos él mismo, en su disipada juventud. Y en su disipada madurez, ya puestos.

—A pesar de que siempre haya afirmado lo contrario —dijo, inhalando una bocanada de aire cargado de cáscaras, almizcle y perfume—, creo que al menos la mitad de mi corazón pertenece a Estiria.

—Yo creo que he muerto y he ido al paraíso —convino Tunny—, como dirían los gurkos.

—Al infierno —trinó Gorst, su pesada mandíbula apretada con firmeza bajo su máscara de luna creciente.

Orso había asistido a bastantes bailes de máscaras y sabía cómo navegarlos a base de placentera prueba y error. La regla principal era no dejarse llevar y quedar como un absoluto gilipollas. Era una buena regla en todas las circunstancias, de hecho, pero no todo el mundo la seguía.

Había cuatro hombres en torno a la mesa de los dados. Uno con máscara de unicornio estaba apoyado de cualquier manera en ella, con la camisa abierta enseñando una porción de pecho sudoroso, meciendo una mano blanda al compás de la banda. O en realidad, desacompasado por completo.

—Música bonita —farfullaba—, música estupenda.

—Te he dicho que no te fumaras esa pipa —le espetó uno de hombros anchos con máscara de león mientras arrojaba los dados a la mesa.

Eran de la Unión, estaba claro. ¿Acento de Angland, quizá? Cuatro amigos, pero el león parecía ser el líder. No se diferenciaban tanto del grupo del propio Orso, salvo en que Gorst no bebía nunca y Tunny bebía siempre pero nunca parecía ir bebido.

El de la máscara de ballena, que en efecto también tenía tamaño de ballena, soltó una estruendosa carcajada por algo que había dicho el de la máscara de pájaro, y luego alzó su copa pero se las apañó para derramar casi todo su contenido antes de llevárselo a la boca.

—Estás borracho —refunfuñó el león.

—Es una casa del placer —replicó la ballena, separando las manos en una disculpa bienhumorada—. ¿No deberíamos estar todos borrachos?

—Deberíamos estar todos tan borrachos como podamos siempre que podamos. —Tunny levantó una copa de una bandeja que pasaba—. ¿Sois de la Unión, señores míos?

—De Angland —dijo el pájaro—. ¿Y tú?

—De Adua —respondió Orso—. ¿Negocios?

—Más o menos —gruñó el león mientras el crupier le pasaba los dados un poco a regañadientes, como si le doliera soltarlos—. ¿Y vosotros?

—Negocios. Y mi hermana vive en la ciudad. —Orso bajó la voz—. He aprovechado la ocasión para endosarle a mi madre. Adoro a ese vejestorio, pero no deja de incordiarme para que me case.

—Deberías. —El león tiró los dados y sacó un cuatro y un seis, para falso deleite de las chicas que había por la mesa—. Yo mismo me casé hace poco. No lo tenía muy claro, pero fue la mejor decisión de mi vida. —El pájaro se encogió y apartó la mirada del león—. Desde entonces no he mirado atrás.

—¡Te ha puesto en forma a lametones! —El unicornio hinchó una burbujita de moco al reírse.

—Supongo que es cuestión de encontrar a la mujer adecuada. —Orso dio un largo suspiro—. Yo creía tenerla. Pero no sé cómo, se me escurrió entre los dedos.

—Deberías entrenar ese agarre. —El león tiró los dados de nuevo.

—Par de seises —dijo el crupier sin entonación, y envió una carretada de fichas hacia el león mientras las chicas hacían ruiditos admirados, como si sacar un número en vez de otro fuese todo un logro.

La recepcionista susurró algo al oído del león, que se apartó de la mesa y se alisó la casaca.

—Buena suerte con tus negocios. Y con tu madre. —Miró ceñudo a sus amigos—. Seguro que vosotros tres no os aburriréis hasta que vuelva.

La ballena sonrió al pájaro.

—Ya se nos ocurrirá algo que hacer.

—Adorable —murmuró Tunny por un lado de la boca, observando cómo se marchaba el hombre con paso firme pero una leve renquera.

—Un tipo encantador. —Orso recogió los dados y los envió rebotando por la mesa.

—Uno y tres. El jugador pierde —dijo el anciano crupier, con el mismo tono carente de emoción que podría haber empleado para anunciar una victoria.

Orso suspiró mientras veía desaparecer sus fichas.

—¿Por qué siempre tienen toda la suerte los más cabrones?

—Ganar no te enseña nada —dijo Tunny—. Ves cómo es un hombre de verdad cuando pierde.

Jappo mon Rogont Murcatto, gran duque de Ospria y Visserine, protector de Puranti, Nicante, Borletta y Affoia, y por si fuese poco rey de Estiria, estaba espatarrado en un diván de terciopelo ante un mural de mujeres aladas que flotaban desnudas en el cielo del anochecer y parecían muy satisfechas de hacerlo. Su batín de seda de Suljuk estaba medio abierto y mostraba su musculoso abdomen, completo con una franja de denso pelo negro.

Un joven vestido al estilo de los niños esclavos gurkos acababa de inclinarse para encender la pipa del rey. Fue hacia Leo, contoneando su cuerpo fibroso espolvoreado de purpurina.

—¿Queréis que os traiga algo? ¿Lo que sea?

—¡No! —espetó Leo.

Las preferencias del rey Jappo eran bien conocidas, pero Leo ni se habría imaginado que las exhibiera con tanto orgullo. Leo siempre había preferido la compañía de los hombres, pero no de ese modo. En absoluto de ese modo. Y desde luego, no habría presumido de ello si fuese un pervertido. Cosa que no era, por supuesto. Era solo que… le costaba excitarse a menos que su esposa le diera bofetadas.

—Gracias por recibirme —logró decir con voz rechinante.

—Yo ya estaba aquí de todas formas. —Jappo se reclinó sin cerrar las piernas y sopló anillos de humo marrón—. Tú eres quien ha cruzado un mar.

No empezaban con muy buen pie.

—Fue idea de mi esposa. Como la mayoría de mis buenas ideas.

Exacto, charla ligera. Cautivar al muy hijo de puta, como había dicho Jurand.

—No he tenido la fortuna de conocer a tu mujer, pero según se dice es muy inteligente. —Jappo sacudió el puño—. Muy dura. —Acarició su brillante batín—. Muy hermosa. A mí me encanta rodearme de cosas hermosas. Pero ¿las mujeres? —Alzó una mano para menearla e hizo un sonido parecido a «mne»—. Tengo sentimientos encontrados. Espero que estés disfrutando del Cardotti.

—Bueno…

—¡Pero seguro que prefieres el campo de batalla! —Jappo bajó los pies y se sentó hacia delante, entusiasta, segando el aire con su pipa todavía humeante—. ¡Quieres montar un caballo antes que a un amante, empuñar un hacha antes que una botella y los chillidos de los moribundos antes que la música! ¿Estoy en lo cierto, Joven León? ¿Eh? ¿Eh?

—Bueno…

—¿Chagga?

—Me gusta tener la cabeza despejada.

—A mí me gusta embutir la mía de sueños deliciosos. —Jappo volvió a colocarse la pipa entre los dientes y soltó humo—. Ven a sentarte. —Dio unas palmaditas en el diván a su lado.

Leo escogió una silla enfrente de él con toda la intención. Por los muertos, cómo lamentaba haber rechazado esas copas. No podría estar más incómodo. Pero un hombre muestra su calidad cuando tiene las circunstancias en contra, solía decir su padre. ¿Qué gloria había en una victoria fácil?

—Dime, Joven León, ¿por qué te ha enviado aquí tu esposa?

—No me ha enviado ella. —¿O sí?—. Quiero decir…

—Tu esposa contó a sus amigos, que contaron a mis amigos, que me contaron a mí, ¡que estáis construyendo una gran alianza! Que si quisiera subir a bordo, podríamos sacar de la ciénaga las relaciones entre Estiria y la Unión. Que, después de tantas guerras improductivas, podríamos forjar una paz que sería la envidia del mundo. —Jappo le sonrió—. ¿Hay algo de cierto?

—Bueno… —Leo se esforzó por devolver su mente al guion—. La única disputa real que tenemos es la reivindicación del rey Orso sobre Talins. Su falsa reivindicación, me refiero.

—Yo creo que es una reivindicación bastante fundamentada.

—¿Qué?

—Su abuelo era gran duque de Talins, y entonces mi madre los asesinó a él y a sus hijos y robó la ciudad. Mis abogados desde luego discreparían, pero, si me preguntas a mí, Orso sería un gobernante mucho más legítimo de la ciudad que yo. Pero soy yo quien la tiene, y no pienso soltarla, y cada vez que la Unión intenta arrebatármela, mi madre os da una buena paliza. Así que todo el tema de la legitimidad… —Y crispó la cara y volvió a hacer aquel «mne».

—Bueno… sí. Estoy diciendo que no volveríamos a intentarlo. Renunciaríamos a la reivindicación. No estoy interesado en Talins. Solo en la Unión.

—En efecto. —La expresión de Jappo era difícil de evaluar a causa de la máscara—. La Unión te interesa tanto que pretendes robarla.

Leo movió la boca.

—Pretendo liberarla.

—Una vez oí a un ratero usar esa defensa por unos monederos que había liberado. Le cortaron las manos de todas formas.

—Nuestra disputa no es con el rey Orso, sino con su Consejo Cerrado. Con su arrogancia. Su corrupción. ¡Están tirando la nación por la alcantarilla!

—¿Y quién está involucrado en esa noble conspiración para liberar a la Unión de los consejeros elegidos por su rey?

Leo se quedó callado un momento, con la boca entreabierta.

—Venga, venga, Joven León. No esperarás que me incorpore a una sociedad sin conocer la calidad de sus otros miembros.

Seguramente Leo debería evitar revelar demasiado su mano, pero el aire constante de leve desprecio que tenía aquel hombre estaba empezando a encresparlo.

—Yo mismo y todos los lores de Angland. Lord Isher, lord Heugen, lord Barezin y otros quince miembros del Consejo Abierto, aunque estoy seguro de que se nos unirán más, porque están todos irritados bajo el yugo del Consejo Cerrado.

—Un poco de aceite de oliva les vendría bien.

—¿Qué?

—Para la irritación.

Leo siguió al ataque.

—Y tenemos amigos entre los plebeyos, y el juramento de lealtad del rey de los norteños en persona, Stour Ocaso.

—¡Una hermandad de gran envergadura! ¿De verdad es posible que el rey Orso no sepa nada de ella?

Ya no tenía sentido contenerse. Era todo o nada. Y la audacia siempre había sido el estilo de Leo.

—No sospecha nada. —Leo estaba poniendo tanto empeño en no mirar el abdomen desnudo de Jappo que los ojos no dejaban de írsele hacia ahí—. Tenemos a un miembro de su Consejo Cerrado en el bolsillo, avisándonos de todos sus movimientos.

—Y esperando una recompensa, claro. Porque no dudo de que todos tus aliados tienen algo que ganar con esto.

Si Leo hubiera podido ver las cejas de Jappo, suponía que las habría tenido alzadas, expectantes.

—Puedo ofreceros Sipani.

Una negociación deplorable. Estaba regalando ciudades sin regatear siquiera. Savine se habría indignado.

—Cuánta generosidad.

—Soy soldado, no vendedor.

—Me refería a que no era consciente de que fuese tuya para darla. Al fin y al cabo, aquí estoy, en Sipani, disfrutando de lo mejor que ofrece esta ciudad sin tu permiso. Haciendo lo que quiero. Fumando lo que quiero. Follándome a quien quiero.

—Vuestra cama es asunto vuestro —soltó Leo, pero el proverbio estirio le salió estrangulado.

—Si te sirve de algo, no solo me follo a hombres. —Por lo que podía intuirse con la máscara puesta, el rey Jappo parecía estar divirtiéndose un poco—. A veces me follan ellos a mí. Míralo de este modo: si necesitaras consejo sobre caballos, no se lo pedirías a alguien que no hubiera cabalgado nunca.

—¿Qué?

—¿Cómo puede alguien que nunca ha tenido polla saber lo mejor que puede hacerse con una polla? Lo he debatido con eruditos de todo el mundo y ninguno ha sabido darme una respuesta satisfactoria al respecto.

—Hay quienes podrían decir que existe un orden natural de las cosas. —Leo expulsó las palabras entre dientes rechinantes.

—Si nos restringiéramos al orden natural de las cosas, aún nos arrastraríamos desnudos en la mugre.

—Algunos aún lo hacemos —dijo Leo antes de poder contenerse.

Jappo solo dio una breve carcajada.

—Entonces, ¿Sipani es tu última oferta?

Leo calló. Habían acordado entre todos ofrecer Westport si era necesario. Una pocilga supersticiosa, había dicho Savine. Un precio irrisorio que pagar a cambio de Angland, Starikland y Midderland. Leo había aceptado de mala gana entonces, pero en ese momento le dolía la pierna, y quizá fuese el humo de la chagga, pero se notaba malhumorado, le ardía la cara y estaba un poco mareado. Odiaba Estiria, odiaba Sipani, odiaba el Cardotti y sobre todo odiaba a aquel degenerado que se las daba de rey. Levantó el mentón para intentar mirarlo altivo nariz abajo, pero sus ojos no dejaban de virar hacia aquel sendero de pelo oscuro que descendía desde el ombligo de Jappo hasta las sombras de su batín que no terminaban de ocultar del todo…

—¡Es mi última oferta! —exclamó, furioso.

Jappo hizo un mohín lastimero.

—¿Tu inteligente, dura y hermosa esposa no te ha dado nada más para negociar?

—¡Estáis negociando conmigo! —rugió Leo, aún más molesto.

No pensaba ceder territorio de la Unión a un enemigo de la Unión, y mucho menos a aquel. Savine se enfadaría, pero Leo era el marido, el líder, el señor y amo. Era el Joven León. Había derrotado a Stour Ocaso. Había derrotado a Calder el Negro. Podía derrotar a los de la calaña del puto Orso sin la ayuda de ningún pervertido estirio sonriente.

—Lástima —murmuró Jappo, aunque costaba saber si se refería a la oferta o a quien la hacía—. Me has dado mucho en lo que pensar. —Se reclinó, con un brazo detrás de la cabeza, obligando a Leo a concentrarse en apartar la mirada mientras aquel puto batín se abría aún más—. Menos de lo que esperaba, pero algo es algo. Te haré llegar mi respuesta a su debido tiempo.

—Mejor pronto que tarde —dijo Leo, envarado—. Actuaremos el último día de verano.

—Quédate un tiempo, Joven León. Disfruta de la hospitalidad. Pareces tenso. ¡Y dale recuerdos míos a tu esposa!

Leo apretó los dientes mientras cerraba la puerta con decoro. Le habría gustado dar un portazo con todas sus fuerzas y rugir unos reniegos al puto armatoste, pero la recepcionista estaba en el pasillo, llevando a otra persona hacia la puerta de Jappo. Era aquel idiota creído de abajo con un sol dorado por máscara.

—¡Paso! —gritó, embistiendo.

—Adelante —dijo Orso mientras el hombre de la máscara de león pasaba empujando entre la recepcionista y él y se alejaba dando zancadas—. Qué maleducado.

—Pues sí —dijo la recepcionista.

—Pero ser un gilipollas es a la vez crimen y castigo.

—Pues sí. Lo es.

La mujer le abrió la puerta y lo invitó a entrar.

—¡Rey Orso! —Jappo Murcatto estaba reclinado en un sofá cama de terciopelo, con una máscara esculpida con forma de alas de águila y un batín gurko que no dejaba nada a la imaginación—. ¡Es todo un placer conocerte!

—El placer es mío —dijo Orso en estirio, haciendo la clase de inclinación amplia que su madre siempre le había dicho que era popular en Talins—. Al fin y al cabo, ¿con qué frecuencia pueden charlar dos reyes? Es más bien refrescante poder hablar con alguien en igualdad de condiciones.

Se quitó la máscara y la arrojó a una mesa lateral antes de dejarse caer en una butaca y servirse una copa de vino.

Jappo frunció el ceño a la máscara.

—Eso no es la manera de hacer en el Cardotti.

—Somos reyes. La manera de hacer es lo que quiera que hagamos. He venido para tener una conversación franca. Pero no te sientas obligado a quitarte la tuya, si lo prefieres.

—Hablas un estirio excelente.

—Eso tengo que agradecérselo a mi madre. Se niega a avasallarme en ningún otro idioma.

—Ambos estamos en deuda con nuestras madres, entonces. La mía me dio un reino entero.

Y Jappo se quitó la máscara y la soltó junto a la de Orso. Su cara no se parecía en nada a lo que Orso había imaginado. Era guapo, pero en plan huesos gruesos y mandíbula ancha. Y además, sorprendentemente pálido a pesar de sus rizos negros. Parecía más norteño que estirio.

—¿Chagga? —ofreció Jappo, levantando una pipa.

—¿Por qué no?

Mientras el rey de Estiria cargaba la pipa, el rey de la Unión miró interesado el altísimo mural que tenía detrás.

—¿Es una copia de los *Hados* de Aropella?

—¡Bien visto! —Jappo se volvió para mirarlo—. Tiene peores trazos que la versión del gran genio, pero mucha más carne desnuda, así que para mí es un empate. El original está en el palacio de mi madre en Fontezarmo.

—Lo sabía. Pero mi madre diría que el palacio es suyo.

—¿Ah, sí?

—Y que los *Hados* de Aropella es uno de los pocos tesoros que tu madre no destruyó al robar el palacio. Sobre todo porque, como está en el techo, quedaba fuera del alcance de la escoria criminal a la que tu madre había contratado para ayudarla.

—¿Y tú compartes la opinión de tu madre?

—Muy pocas veces —respondió Orso—. Ella tiende a lo vengativo. A veces pienso que me puso el nombre que tengo solo para fastidiar a tu madre. Mi tocayo el gran duque Orso mató a tu tío, al fin y al cabo, y le faltó un pelo para matar a tu madre. Antes de que tu madre lo matara a él. Y a mis tíos. Y a media nobleza de Estiria. ¿Fue lo que pasó?

—Más o menos.

—Es que con tantos asesinatos de parientes, me enredo con los detalles. Tenemos una situación familiar más bien… complicada.

—Como la mayoría de los reyes, supongo.

—La verdad es que preferiría dejar todo eso en el pasado. ¿Qué sentido tiene crear nuevas generaciones si lo único que hacemos es recoger las enemistades de la antigua?

—Me alegra mucho que digas eso. —Con movimientos expertos, Jappo arrugó los labios mientras quitaba la cubierta de una lámpara y la levantaba hacia su pipa, para luego liberar una nube de humo marrón—. Los enemigos son como los muebles, ¿no crees? Es mejor escogerlos uno mismo que heredarlos.

—Y tener que contemporizar con ellos.

—Mi madre estaría de acuerdo contigo en eso. Es soldado. —Jappo echó la cabeza atrás con una especie de fiero orgullo al decirlo. Quizá era lo primero con aspecto sincero que había hecho desde la llegada de Orso. Le pasó la pipa y añadió—: Una soldado formidable.

—Quizá la más formidable que sigue con vida —dijo Orso, haciendo también un poco de humo—. Solo un idiota lo negaría.

—Pero los grandes soldados se vuelven prisioneros de su propio éxito. En lo único que piensa es en su siguiente victoria. En apalear a sus enemigos. En ganar la guerra. Le da igual hacer amigos. No tiene tiempo para ganar la paz.

—¿Y eso es lo que quieres tú? ¿Ganar la paz?

Jappo se encogió de hombros.

—Aquí en Estiria tuvimos los Años de Sangre, y después los Años de Fuego. Allá en la Unión tuvisteis dos guerras con los gurkos y dos guerras contra el Norte. Y luego, para rematarlo, libramos tres guerras entre nosotros. Medio siglo de destrucción. A mí no me pregunta nadie, pero si lo hicieran, les diría que igual deberíamos tomarnos un descanso. ¡Construir algo! ¡Mejorar el mundo! —Pareció recobrar la compostura y se reclinó—. Y ya sabes, follar. Hacer música.

—Hum. —Orso hizo un par de anillos de humo deshilachados—. Eso de ir de hedonista disoluto encaja contigo, pero yo también he interpretado el papel.

—¿Ah, sí?

—Mis preferencias se decantan hacia las mujeres, pero…

—Como las de tu madre, según tengo entendido.

—Como las de mi madre, y tiene un gusto tan sublime en eso como en todo lo demás. Pero quitando ese detalle, es casi como estar mirándome al espejo. Creo que hasta tenía ese mismo batín. —Lo señaló con la caña de la pipa—. Aunque por desgracia no esa tripa. Así que soy muy consciente de que esa representación, por entretenida que sea, es solo otra clase de máscara.

Jappo enarcó las cejas.

—¿Entonces quieres que esa me la quite también?

—No voy a pedir que te desnudes más de lo que te resulte cómodo, pero considero más probable que esta conversación acabe siendo beneficiosa para ambos sin ella.

Una sonrisita combó el borde de la boca de Jappo, que cerró el batín con rapidez, bajó sus largas piernas del diván y se sentó hacia delante.

—¡Pues hablemos con franqueza!

—¿Has visto a mis amigos? —preguntó Leo—. Uno llevaba máscara de pájaro, otro de ballena…

La mujer le hizo una inconmensurable mueca de desprecio, le siseó disgustada y se volvió de nuevo hacia el agrietado espejo para retocarse la pintura de la boca con furiosa concentración.

Leo cojeó pasillo abajo, con una mano en la pared desconchada. No estaba muy seguro de cómo había terminado en la trastienda. Se habría equivocado de camino en algún momento. Cuando había dejado Angland para buscar el apoyo de Estiria, en su opinión. No había nada digno de confianza en todo el maldito país.

Detrás del revestimiento, la Casa del Placer de Cardotti era un lugar muy distinto. Una madriguera de pequeñas celdas de techo bajo, mohosas, baratas y frenéticas. A Leo le recordó a los preparativos para una batalla. El caos, el pánico apenas contenido, el ajetreo de ponerse armaduras y ajustar correas, las expresiones de adusta determinación.

Vio a dos mujeres al otro lado de una puerta, una con los dientes apretados, la barbilla alzada y la máscara colgando de una mano.

—¡Joder, me ha mordido, el muy cabrón! —bramó en la lengua común—. ¡El hijoputa me ha mordido! ¿Estoy sangrando?

—Un poco —dijo la otra mientras daba leves toques con una tela a las marcas rojas del cuello—. ¡No deberías estar aquí atrás! —gritó a Leo, y cerró la puerta de una patada.

Su reunión con Jappo había ido mal, lo sabía. Peor cuanto más lo pensaba. Se preguntó si había cometido un grave error al no ofrecerle más. Entonces se cabreó consigo mismo por haberle ofrecido tanto como había hecho, se molestó con Savine por haber hecho que lo intentara, se irritó con el mundo y todo lo que contenía. Ya se sentía sucio por haber cedido tanto como para hablar siquiera con aquel cabrón repulsivo, y para colmo no había conseguido nada. ¿De qué serviría un hombre como ese en la batalla, de todas formas? Si es que se lo podía llamar hombre. Cuando Leo se hubiera encargado del Consejo Cerrado, tendría que encabezar un ejército a Estiria para que las fuerzas de la Unión por fin pudieran borrar la sonrisita de la cara del rey Jappo.

Pensarlo le proporcionó una satisfacción transitoria, pero el dolor del muslo tardó poco en desvanecerla. Se apoyó en la pared para cogerse el muslo, amasarlo, respirando con fuerza entre dientes muy apretados. Deseó haberse traído el bastón, pero se negaba a parecer un tullido. En algún lugar afinaba una banda; una ráfaga de notas chirriantes.

Vio a una mujer tendida en un banco, apoyada en los codos mientras un anciano con anteojos agrietados escrutaba entre sus piernas.

—Has pillado la podrida —le explicó él en norteño—. Tendrás que ponerte unos polvos dos veces al día. ¡No te los comas!

—¿Por qué demonios iba a comérmelos? —restalló ella.

Leo reculó de una oleada de vapor. Media docena de cocineros de piel oscura estaban embutidos en una diminuta cocina, chorreando sudor mientras trinchaban carne y daban vueltas a espetones, uno entonando una plegaria entrecortada mientras colocaba una docena de sartenes cubiertas de grasa seca alrededor de un brasero, otro colocando unos bocados en un plato de un blanco puro, lo único que había limpio en todo el lugar.

Leo se volvió y encontró que le cortaba el camino una niñita de pelo moreno con manchas de comida alrededor de la boca.

—¿Te has hecho daño en la pierna? —le preguntó en clara lengua común.

—Me lo hice. O mejor dicho… el rey de los norteños me hizo daño. No se me ha curado. No sé si se curará algún día.

Ella lo miró con aquellos ojos tan solemnes que tenían a veces los niños.

—¿Sabes dónde está mi madre?

—Me temo… Supongo que estará trabajando. —Leo carraspeó sin saber qué leches hacer con ella, y decidió que su mejor apuesta era nada. En algún lugar una voz femenina se lió a dar furiosos chillidos en estirio, un sonsonete interminable de maldiciones—. ¿Tú sabes dónde está la sala de juegos?

La niña levantó su flaco brazo y le señaló una puerta estrecha que había al final del pasillo.

—Subiendo la escalera.

Cuando Leo por fin encontró el lugar, Antaup estaba apoyado como un pelele contra la mesa de dados y parecía incluso más borracho que antes.

—¡Has vuelto! —exclamó, intentó soltar la mesa y estuvo a punto de caerse.

Leo lo cogió por el codo.

—¿Dónde narices están todos?

—Creo que Glaward y Jurand han vuelto a las habitaciones… puede… Decían que nos quedemos. Lo pasemos bien. Jin… ¿está aún con esa mujer? ¿Echamos un trago?

—Creo que ya has bebido suficiente —dijo Leo, y sacudió a Antaup—. Jin ya volverá por su cuenta. —No soportaba pasar ni un momento más en aquel lugar. Necesitaba hablar con alguien que tuviera la cabeza despejada. Alguien listo, que

pudiera estimar la magnitud del error que había cometido. Necesitaba a Jurand—. Vámonos.

El rey Jappo llenó la copa de Orso y quitó una gota suelta de la boca de la licorera.

—¿Qué te trae al otro lado del mar Circular?

—Alta traición —dijo Orso, sin más—. Es posible que me enfrente a una rebelión muy seria, y esos rebeldes podrían buscar tu ayuda. Quiero convencerte de que no se la prestes.

—Sí que eres franco.

—Supongo que tu posición, como la mía, te deja un tiempo limitado para relajarte. No querría robarte más del necesario.

—Qué considerado.

—Los buenos modales son un regalo que no cuesta nada.

—Ojalá el Joven León viera las cosas de esa manera.

Orso se detuvo. Estaba claro que no era algo que se le hubiera escapado.

—¿Has… hablado con lord Brock, entonces?

Era un golpe duro, pero nada sorprendente. Orso se preguntó si Savine estaría al tanto. Si habría ayudado a Leo a planearlo. Incluso después de aquel tiempo, pensarlo le dio una punzada de dolor tan aguda que apenas pudo ocultarla.

—Puede que me hayan propuesto unirme a una… llamémosla confederación. La palabra conspiración suena como más fea, ¿verdad?

—Un mal gusto horrible —dijo Orso, y dio una calada pensativa a la pipa y dejó que el humo se esparciera arremolinado.

—Una confederación basada en la libertad, el patriotismo y los ideales elevados.

—Un *buen* gusto horrible.

—Con el objetivo de… digamos modificar las prioridades y el personal del gobierno de la Unión.

—¿Darle un pequeño retoque a la política?

—¡Exacto!

—Porque traición suena de lo más deshonesto —dijo Orso, devolviendo la pipa al rey Jappo, que sonrió mientras la cogía.

—Pocas cosas suenan más deshonestas.

—¿Puedo preguntarte si tienes intención de unirte a ese… grupo bienintencionado?

—Estoy planteándome mis opciones. —Jappo sacó el labio inferior, jugueteando distraído con la pipa—. Debería decir que se me ha ofrecido Sipani.

Eso pendió entre ellos durante un momento.

—Sabes que mi hermana Carlot está casada con el canciller Sotorius.

—¿Eso significa que no puedes igualar la oferta? —preguntó Jappo.

Orso dio un largo suspiro.

—Si estuviera dispuesto a apuñalar a mi hermana por la espalda, ¿cómo podrías confiar en mí? ¿Cómo podría hacerlo nadie? Podría mentir y decirte que sí, y luego no cumplir, pero creo que ya hemos tenido todos bastante de ese tipo de comportamiento. Preferiría ser sincero y decirte que lo mejor que obtendrás de mí es que las cosas sigan siendo cómodas y conocidas. Renunciaré a toda aspiración sobre Talins. Solo he llegado a ver la ciudad en cuadros. Puedes quedártela con mis bendiciones. Quizá, con el paso del tiempo, algún día hasta podamos darnos la mano de una orilla a otra del mar Circular y ganar la paz juntos. —Miró a Jappo y dejó que su sonrisa se deshiciera—. Pero si intentas conquistar Sipani, te combatiré. Es perfectamente posible que pierda. Pero te combatiré. Con todo lo que tengo.

Hubo un prolongado silencio. Entonces Jappo levantó un largo dedo índice y lo meneó delante de Orso.

—Pensaba que el Joven León iba a encantarme y a ti te encontraría detestable.

—No serías el único con esa opinión.

Jappo se dio una palmada en el muslo.

—¡A eso me refiero! ¡Tú vales mucho la pena y él es un puto idiota! Me cago en los guerreros.

—Lo sé. Son lo más ridículo que hay, y encima no tienen ningún sentido del humor.

—Que se joda. —Jappo volvió a pasarle la pipa—. Sipani no merece otra reunión con ese gilipollas arrogante. Y por lo que he oído, Stour Ocaso no vería la diferencia entre los *Hados* de Aropella y un culo azotado. Dudo mucho que fuese a llevarme bien con él.

—¿Es uno de esos patriotas, entonces?

—Además, según creo, de al menos una docena de miembros de tu Consejo Abierto y por lo menos uno del Cerrado.

—Supongo que no te apetecerá compartir algunos nombres.

—No querría echar a perder la partida. Hasta ahora has jugado muy bien.

Orso se reclinó, sonriendo. Era grave. Era tan grave como había temido. Pero había un extraño alivio en saber exactamente cómo de grave era.

—¿Sabes, rey Jappo? Creo que deberíamos convertir esto en algo más habitual.

—Me prestaría a ello, rey Orso. Cuando hayas derrotado a tus rebeldes. Si los derrotas.

—Entonces, ¿puedo confiar en que te quedarás fuera de esto?

—Mi madre querría que te prometiera que sí. —Jappo sonrió de oreja a oreja—. Y que luego te apuñalara por la espalda a las primeras de cambio.

—Creo que quizá los dos hayamos tenido ya suficiente de lo que quieren nuestras madres.

—Quizá.

—Entonces, ¿puedo confiar en que te quedarás fuera de esto?

—Supongo que lo averiguarás cuando no sientas la daga entre los omóplatos. —La sonrisa de Jappo se ensanchó aún más—. O cuando la sientas.

Orso dio otra calada a la pipa y dejó salir flotando el humo de sus labios fruncidos.

—Qué estirio por tu parte.

—¿Jurand? —llamó Leo mientras abría las puertas.

Pero la habitación estaba vacía. Sonidos de la ciudad, procedentes de fuera. Música y risas. Molduras doradas reluciendo en la oscuridad, cortinas moviéndose en la ventana abierta. Eso hizo que frunciera el ceño. ¿No la habían cerrado? ¿Podía haber entrado alguien? ¿Estar esperándolos dentro? Solo entonces se le ocurrió lo peligroso que podía ser todo aquel asunto. Cuántos enemigos se había ganado. ¡No tendrían que haberse separado! Puso una mano en el puño de su espada.

—¡Glaward! —susurró, torciendo el gesto mientras entraba en su habitación. Después del camino de vuelta, la pierna le ardía desde el pie hasta la espalda y casi no podía doblar la rodilla.

Antaup empezó otra vez con la risita, cosa que no ayudaba. Llevaba riéndose desde el puto Cardotti.

—Ponme una copa, ¿quie…?

—¡Calla!

Leo lo cogió por el codo y medio lo guio, medio lo tiró en una silla. Antaup se quedó allí sentado, sacudiéndose por una carcajada reprimida que, a los pocos segundos, se convirtió en suaves ronquidos.

—Por los muertos —murmuró Leo.

Entonces vio salir luz de la cerradura de una de las puertas que daban a las habitaciones. Las máscaras de Jurand y Glaward estaban colgadas del picaporte. Ballena y pájaro. Una oleada de alivio. Soltó la espada, fue a la puerta y la abrió de par en par.

—Aquí est…

Al principio pensó que luchaban cuerpo a cuerpo y estuvo a punto de reírse de lo injusto del combate.

Estaban arrodillados en la alfombra gurka, Glaward agarrado con los dos puños a la sábana que había medio arrastrado al suelo desde la cama, con los párpados apretados y la boca abierta. Jurand estaba abrazado a su espalda con los dientes a la vista, una mano abajo entre las piernas de Glaward, la otra enredada en su pelo y girándole la cabeza para poder morderle la oreja.

Entonces Leo se dio cuenta de que Jurand tenía los pantalones por los tobillos y Glaward no llevaba los suyos, arrojados hechos un burruño a una esquina, sus muslos peludos apretados unos contra otros, y de pronto quedó claro del todo lo que estaban haciendo, y no era luchar cuerpo a cuerpo.

—Pero… —susurró tapándose la cara con una mano, pero aun así de algún modo mirando por los huecos entre los dedos—. ¡Joder!

Se apartó tambaleándose, tropezó con la bota de Antaup, casi cayó, salió a trompicones de las habitaciones, cruzó el pasillo, la pierna ardiendo, la cara ardiendo. Estaba asqueado, avergonzado, indignado. ¿Verdad?

—¡Leo! —La voz de Jurand resonó hasta él desde detrás y Leo se encogió, siguió renqueando adelante, no miró atrás.

Por los muertos, cómo desearía no haber ido a Estiria.

Ningún filósofo Le quitaron el capuchón y Broad tuvo que cerrar un ojo y escrutar con el otro, intentando en vano que los borrones iluminados por lámparas que tenía alrededor se enfocaran.

—Vaya, vaya, vaya. Gunnar Broad, en mi salita de invitados.

Identificó la voz al instante, y lo que pensó fue: «Joder». Lo que dijo fue: —Hola, Jueza.

—Ya te dije que volvería, ¿eh, Sarlby? —Uno de esos borrones se acercó a él—. Hay hombres que no tienen remedio.

Alguien le puso sus anteojos en la nariz, los colocó en su surco de siempre y, como por arte de magia, todo se hizo claro. Quizá habría sido mejor que no lo hiciera.

La Jueza le sonreía desde arriba, y Sarlby y unos pocos más como él estaban de pie junto a las manchadas paredes de un sótano, sin un solo ojo amistoso entre ellos. El tiempo no la había mejorado. Seguía llevando aquel peto de coraza herrumbroso por encima de un vestido de noche andrajoso que parecía propiedad de una baronesa perseguida a través de las zarzas. Su pelo rojo era una maraña incluso más enloquecida, recogido por arriba como la cresta de un papagayo y rapado sin mucho arte por los lados. Seguía cargada de joyas, cadenas de cargos oficiales y sartas de perlas arrancadas a los ricos de Valbeck durante el alzamiento. Pero además, por si le hiciera falta parecerse más a la personificación de la matanza, también se había rodeado el cuerpo de cinturones y bandoleras, con cuchillos colgando, hachas sujetas dentro, los suficientes filos para ocuparse de una cadena de carnicerías.

La Jueza ya lo había puesto nervioso en cuanto la vio, y estar encadenado a una silla en su presencia no mejoraba las cosas ni un ápice. Hacía pensar a Broad en toda la gente muerta que esa mujer había dejado colgando en el patio trasero del juzgado en ruinas. Aún oía el ruido, como los aparejos de un barco crujiendo con la brisa.

Había esperado encontrar a Risinau. Eso ya habría sido bastante inquietante. La Jueza era diez veces peor. Peor porque era mucho más lista y mucho más peligrosa. Peor porque, si ella estaba al mando, la razón había salido por la ventana y huía hacia las colinas. Peor porque en el momento en que la vio, sintió aquel cosquilleo culpable muy al fondo. El mismo que le daba cuando sentía que se avecinaba violencia.

La Jueza se agachó hacia él, extendió el brazo y le alisó el pelo con una mano envuelta en anillos como podría hacer una madre con un hijo desobediente. Broad a duras penas logró no revolverse para apartarse. Para apartarse o quizá para acercarse.

—¿Sabes cuando a veces…? —ronroneó la mujer—. ¿Cuando a veces te encuentras con un antiguo amante al que llevas años sin ver… y tienes ese hormigueo en la entrepierna? —Broad conocía la sensación de un hormigueo en la entrepierna, y muy bien, porque estaba teniéndolo en ese momento—. Y piensas: ¿por qué no seguimos juntos? ¿Cómo es posible que algo tan dulce se volviera tan amargo?

—Igual es por tanto ahorcamiento —soltó Sarlby desde la esquina de la sala.

La Jueza hizo un mohín con los labios.

—La gente no me comprende. Esa es mi tragedia. —Hizo chasquear los dedos y un hombre le puso una botella de licor en la mano—. Pero tú sí, ¿verdad, Toro Broad? Lo supe cuando lanzaste a aquel hombre mío de un lado a otro de mi juzgado y lo empotraste de cabeza en un estrado de testigos. Tú sí que ves lo que debe hacerse.

Y envolvió con la lengua el cuello de la botella y bebió, su cuello manchado moviéndose con cada brusco trago. Sorprendió a Broad mirando y sonrió mientras chasqueaba los labios. Dio una sacudida a la botella y se oyó aquel adorable cascabeleo del licor revolviéndose dentro.

—¿Quieres una copa?

—No —dijo él, queriendo una más que casi cualquier cosa y no ocultándolo bien.

—¿Seguro? Porque me da la sensación de que por aquí hay algo que te gusta mirar.

Broad miró, atrapado en algún punto entre el terror y la fascinación, mientras ella bajaba un brazo, cogía el dobladillo de su falda hecha jirones y se la subía, la subía hasta enseñar la escritura que llevaba tatuada dando vueltas y vueltas al muslo, prolijas citas de algún tratado político, y pasó esa pierna por encima de la de Broad y se sentó a horcajadas sobre él, cuchillos y cadenas raspando contra su peto mientras se aposentaba en su regazo.

—Sarlby me ha contado que quieres hablar con los Rompedores —dijo.

Broad intentó convencerse de que tener a la Jueza sentada encima era lo último que quería en el mundo. Que corría más peligro allí que cuando subió por la escala de asalto a las murallas de Musselia, atestadas de enemigos. Que esa mujer le daba asco.

No estaba seguro de a quién quería engañar.

—Lo triste es que los Rompedores se derritieron como nieve en primavera —dijo la Jueza—. Los que no fueron a la horca, como tu amigo Sarlby aquí presente… —Y le tiró la botella—. Esos han visto la luz del *fuego* . Han visto la necedad de sus medias tintas. Risinau está allá abajo, en Keln o algún otro sitio elegante, predicando su

palabrería a los ojialegres y los ilusionados. Pero los que seguimos en Valbeck… —Se acercó a él y Broad notó su aliento cálido en la cara—. Ahora somos todos Quemadores.

Broad intentó no dejar de pensar en Liddy y May. Era por ellas que estaba haciendo todo aquello. Tenía que controlarse. Pero no era fácil con la entrepierna de la Jueza apretando contra su rabo medio duro y el hedor a licor tan intenso en su aliento que a Broad le daba vueltas la cabeza.

—Rompedores o Quemadores —graznó Broad—, en realidad no hay diferencia.

—Supongo que para ti no. —Sorbió aire por la nariz—. He oído que cruzaste los frentes.

—Se fue a servir a los propietarios —masculló Sarlby.

—¡Y no a cualquier propietario, sino a la abeja reina en persona! ¡Al fruto de las entrañas marchitas del Viejo Palos, Savine dan puta Glokta!

—Dan Brock —murmuró Broad.

La Jueza sonrió. O al menos, enseñó los dientes.

—No intentes embaucar a una embaucadora. O por lo menos esfuérzate un poco más. Los propietarios nos recortan la paga de todas las formas injustas que se les ocurren y lo llaman un salario honesto. El Consejo Cerrado redacta unas normas que hacen a los ricos más ricos y condenan a los pobres al hambre y lo llaman una ley de igualdad. ¿Sabes cómo llamaron al callejón de sótanos podridos más ruin, con más humo y más peste a mierda de toda Valbeck? —Se acercó un poco más para susurrarlo—. Altos de Prímula. Llamar a una cosa otra cosa no la convierte en otra cosa, ¿a que no?

—No sabría decirte —graznó Broad, que se ganaba la vida pegando a hombres y lo llamaba relaciones laborales—. No soy ningún filósofo.

—Solo un *traidor* . —La Jueza ladró la palabra, y de pronto estaba de pie ante él, los ojos negros encolerizados, agarrando la camisa de Broad con un puño tembloroso y un cuchillo de carnicero desenfundado en el otro. Apretó aquel metal frío contra su cuello, haciendo que Broad se retorciera hacia atrás en la silla, y los hombres del sótano cambiaron de postura y asintieron e hicieron iracundos sonidos guturales.

—Soy uno de vosotros —gruñó Broad, intentando raspar del fondo tanta dignidad como pudo con su vida pendiendo de un hilo, y de uno mal hilado, por cierto—. Luché para cambiar las cosas aquí. Estuve en las barricadas. Me quedé hasta el final. El azar hizo que acabáramos en sitios distintos, pero queremos lo mismo. Comida para nuestras familias. Un lugar seguro para que duerman. Un salario honrado por un trabajo honrado. —Todas las viejas consignas, vomitadas como si aún creyera en ellas—

. Malmer era mi amigo. Estaba tan indignado como el que más cuando lo colgaron. Pero el Joven León no tuvo nada que ver con eso. Quiere combatir al Consejo Cerrado como combatió a los norteños y…

Se crispó cuando la Jueza apretó aquel cuchillo más contra su cuello, justo hasta casi hacerle sangre, y las patas de la silla rechinaron cuando la mujer empezó a echarlo hacia atrás.

—¿Eso es verdad?

—Lo es. —La voz de Broad salió un poco aguda por el miedo. ¿O sería por la excitación? Tenía que controlarse—. El ejército entero de Angland. En el último día de verano, amarrarán en la costa de Midderland. Miles de guerreros de Stour Ocaso, también. Se unirán a los nobles y marcharán sobre Adua.

—Rebelión contra el Viejo Palos y su Consejo Cerrado. ¿Contra su puta majestad?

De pronto el metal se retiró con un gesto brusco y la Jueza se irguió, permitiendo que las patas delanteras de la silla de Broad volvieran a caer de sopetón contra el suelo. Se estremeció por todas partes y las cadenas y los cuchillos repiquetearon.

—Tengo escalofríos, Sarlby. ¿Tú tienes escalofríos?

—Yo tengo piojos —respondió Sarlby.

—¿Y quién no? Bueno, aparte de Savine dan puta Brock. Seguro que esa zorra caga jabón y mea perfume. —La Jueza entornó los ojos hasta convertirlos en negras rendijas, con un resplandor de llama en los rabillos. Era duro mirarlos. Era duro apartar la mirada—. Conque quiere que nos alcemos, ¿eh? Que entretengamos a los soldados del rey para que ella pueda llegar por una alfombra de flores al Agriont y colar su precioso culito en el trono del rey. ¿Me acerco a la verdad?

Broad miró a los hombres que lo rodeaban.

—Sois Quemadores, ¿no? Creía que a lo que os dedicabais era a rebelaros. No tendréis mejor oportunidad que esta.

Parecía que un par de ellos se lo estaban tragando, pero la Jueza solo hizo una mueca burlona.

—Pongamos que todo sale como queréis y el Joven León derriba al Consejo Cerrado y entierra a su suegro y los demás buitres. ¿Luego qué? —La Jueza dio un golpe en la tripa a Broad con el cuchillo que lo hizo encogerse—. Quienes lo apoyan son los nobles. Siguen siendo los propietarios. ¡No habremos hecho más que cambiar un grupo de explotadores por otro!

—Tendréis voz en la manera de hacer las cosas. Puede que no sea un Gran Cambio, pero será un cambio a mejor. Los Brock han hecho algo de bien allá arriba, en

Angland. Límites a las horas trabajadas. Normas para que los engranajes y los ejes de transmisión sean seguros. Controles sobre los pagos en especie y las penalizaciones de los supervisores. Toda clase de cosas que los Rompedores llevaban años exigiendo.

—Es verdad —dijo Sarlby—. Eso lo había oído.

Algunos de los otros murmuraron su acuerdo.

—Sí, mi primo trabaja en una mina y está haciendo tres horas menos al día.

Uno llegó al punto de mascullar: —La llaman la Bienamada de los Barrios Pobres porque…

—¡Haced el puto favor! —La Jueza se agachó de nuevo enseñando los dientes hacia Broad, y la luz de lámpara resplandeció en el filo de su cuchillo levantado—. Debes de tomarme por alguna nueva clase de necia.

—¡Nadie dice que sean vuestros amigos! —Broad intentó mantener la calma pese a que el corazón le martilleaba—. Pero son lo siguiente mejor. Los enemigos de vuestros enemigos. —Intentó sonreír. Igual que sonreía Savine, como si tuviera todas las cartas por muy mal que pintara la cosa. Lo más seguro era que no funcionara muy bien encadenado a una silla, pero él lo intentó—. Venid a los muelles. Mirad lo que traigo conmigo. Y luego puedes ser tú misma… la Jueza.

—Ah, eso me gusta. —La mujer sonrió, regresó en un instante de furia a untuoso deseo y volvió a sentarse en el regazo de Broad, más cerca que antes, haciéndolo gruñir entre dientes apretados—. De ti esperaba puñetazos, no palabras bonitas. —Broad apenas podía pensar por el horrible, espantoso hedor del licor en su aliento—. ¿Me has traído un regalo? —Tenía que controlarse. Tenía que hacerlo—. Pero qué romántico.

Se oyó un chirrido de madera protestando cuando Banderizo abrió el cajón con una palanca. Los Quemadores se apiñaron y miraron hacia abajo ansiosos como vagabundos en invierno alrededor de un brasero.

Dentro brillaban espadas. Una ordenada hilera de espadas nuevecitas, todas iguales, con hojas largas y rectas de un solo filo y empuñaduras de acero mate, recién aceitadas en la fundición.

—Dos veintenas de espadas de infantería. —Banderizo sacó una del cajón con una practicada floritura y se la enseñó a la Jueza—. Último patrón. Llegan aún calientes de la Armería de Ostenhorm. Mejores que las que lleva la Guardia Real. —Movió la cabeza hacia otros cajones—. Dos veintenas de hachas de caballería y dos docenas de alabardas también. Dos docenas de petos y dos docenas de yelmos. Todo del mejor acero de Angland.

Otro cajón chilló cuando Halder le arrancó la tapa. Sacó una ballesta, de aspecto elegante y mortífero, hasta el marco hecho de metal, con ranuras taladradas para aligerarla.

—Último diseño con el nuevo cranequín de Wearing —dijo Halder—. Puede cargarla una modista y perfora la armadura más pesada.

Arrojó la ballesta a Sarlby, que la atrapó en el aire, le dio la vuelta, probó el gatillo y pareció erguirse un poco con un arma en la mano.

—¿Buena? —preguntó la Jueza.

—Buena —respondió Sarlby. Se acercó la ballesta al ojo y miró por encima de ella, y entonces empezó a sonreír poco a poco—. Muy buena.

—Y también está esto —dijo Broad.

Arrancó la tapa del cajón más grande y sacó un puñado de serrín. Debajo había algo con un brillo metálico apagado. Un enorme y oscuro tubo que se estrechaba, de tres pasos de largo, que tenía estampadas las palabras: «Armería de Ostenhorm, 606».

—¿Qué es esto? —susurró la Jueza—. ¿Tienes un puto tubo de trueno?

—No. Tú lo tienes. De los más nuevos. Puede lanzar una bola sólida a kilómetro y medio o convertir unos puñados de ferralla en una lluvia de muerte. Ahora los están llamando cañones —dijo Broad—. Viene de una palabra en estirio, he oído. Pero lo llames como lo llames, se reduce a una misma cosa. —Se inclinó para susurrar al oído de la Jueza—: Relámpago en tu bolsillo.

—Nunca había visto nada tan bonito.

La Jueza acarició aquel metal con las yemas de los dedos, arriba y abajo con un roce continuo, y Broad sintió aquel enfermizo cosquilleo más intenso que nunca, sin saber si era la Jueza o las armas o la combinación de ambas lo que le había dejado la boca tan seca.

Hizo que se preguntara, por un momento, qué podría hacer esa mujer con tanto acero afilado a máquina. Ella, que había matado a docenas en Valbeck con solo un trozo de cuerda. Se dijo a sí mismo que lo único que estaba haciendo él era llevar una cosa de un sitio a otro cumpliendo las órdenes de su señora. No era problema suyo lo que la gente decidiera hacer luego con esa cosa. Un cuento que los mercaderes de armas llevaban contándose a sí mismos desde que existieron las primeras armas, sin duda.

Los ojos negros de la Jueza se volvieron hacia él, brillando húmedos en la resonante penumbra del almacén.

—Vaya, no creo que me hayan hecho nunca mejores regalos, Gunnar Broad. Creía que nada podría hacerme coger ningún cariño a Savine dan Brock, pero se las ha

ingeniado para encenderme un fuego en el coño aun así. A lo mejor al final sí que será la Bienamada de los Barrios Pobres.

—Y esto es solo un aperitivo —dijo Broad.

—Conque metiéndome solo la puntita, ¿eh, cabrón tentador?

—Si les digo a los Brock que tenemos un trato, hay un barco entero cargado esperando en el puerto de Ostenhorm. Lo suficiente para armar una rebelión entera. Y lo único que quieren es que hables con el Tejedor y pongáis a los Rompedores y los Quemadores a hacer lo que quieren hacer de todos modos. Alzaos, todos a la vez. En el último día de verano. Atacad las barricadas y clavad a la Guardia Real donde está. Aseguraos de que no puedan ir a ayudar a Su Majestad. El Joven León se encargará del resto.

—Je. —La Jueza lo estudió con ojos entrecerrados y la punta de la lengua asomando entre los dientes.

—¿Qué?

—¿Sabes por qué me llaman la Jueza? Porque nadie me gana juzgando el carácter. Una mirada y conozco mejor a una persona que ella misma. —Sacó un hacha con una pinta muy peligrosa de un cajón recién abierto, toda ella brillante acero sin adornos—. Dices que eres de los nuestros. El viejo compañero de Malmer. El bueno de Toro Broad, haciendo todo lo que puede por la gente sencilla. Pero yo creo que aún no hay un veredicto.

Broad se sintió como al borde de un precipicio, con un pie flotando en el aire vacío. Pero estaba rodeado de locos furiosos. A los que acababa de armar. No había vuelta atrás. Su voz le sonó ronca en los oídos.

—¿Cómo puedo convencerte?

La Jueza le dedicó una amplia sonrisa.

—Justo la pregunta que ansiaba que me hicieras. Hay tres docenas de compañeros nuestros de viaje enjaulados después de un pequeño disturbio. Van a traerlos a Valbeck y hacerles un juicio para la galería que resultará en ejecución sumaria. Mañana por la noche era, ¿verdad, Sarlby?

—Mañana por la noche —dijo Sarlby, sosteniendo a la luz una saeta de ballesta de aspecto letal.

—Vamos a liberar a esa buena gente.

—¿Y quieres que os ayude?

—*Tú* quieres ayudarnos. Reconócelo. No puedes esperar a mancharte las manos de sangre.

Broad tragó saliva. Debería haber sabido que no iba a bastarle con palabras.

—Estarán vigilados.

—Fuertemente —dijo la Jueza, y el hacha dio un tenue silbido cuando la blandió adelante y atrás.

—Y los guardias esperarán problemas.

La Jueza señaló el cañón con la barbilla.

—No tantos.

—Morirán hombres.

—No hay muchas cosas que merezcan la pena y no supongan unos pocos muertos. —Lanzó el hacha hacia Broad y él la atrapó por el astil metálico—. ¿Eso es un punto en contra del plan, para ti, o a favor?

Broad frunció el ceño mientras sopesaba el hacha. La verdad era que no estaba seguro.

Cambios en la cima

—Parece que, al final, quien nos ha enviado esas cartas puede ser un amigo —dijo Orso—. O al menos un enemigo sincero. El rey Jappo me lo confirmó todo.

Glokta lo miraba con ojos brillantes desde el otro lado de su escritorio.

—¿Confiáis en él?

—Ni una pizca. Pero sí le creo. Me dijo que lo han invitado a unirse a una conspiración que pretende derrocar el gobierno de la Unión y le han ofrecido Sipani a cambio. Hay numerosos lores del Consejo Abierto implicados y al menos un miembro del Cerrado.

—¿Algún nombre?

—Solo dos. —Orso los pronunció con intención, dejándolos caer en el silencio como enormes piedras al fondo de un pozo—. Stour Ocaso… y Leo dan Brock.

El archilector cerró los ojos. Era una noticia demoledora, sobre todo para él, pero Orso habría jurado que vio una sonrisa seca en la comisura de la boca del viejo inquisidor.

—Hallado un cadáver flotando junto a los muelles —murmuró.

—¿Disculpad?

Glokta inhaló deprisa y abrió los ojos de sopetón.

—Debo dimitir de inmediato.

—Eminencia, necesito vuestro consejo más que nunca.

—Pero los dos sabemos que no podéis tenerlo. —Glokta bajó la mirada al guante blanco que le cubría el puño, apretado sobre el escritorio—. Cuando uno se ha aferrado al poder tanto como yo, puede ser difícil soltarlo. —Extendió los dedos sobre la mesa y la gema púrpura del anillo de su cargo relució—. Pero ha llegado el momento. Mi yerno podría muy bien ser un traidor. —Frunció los labios dejando ver sus dientes arruinados—. Incluso… mi hija.

—Pero…

—¡Superior Pike! —chilló Glokta, tan penetrante que Orso tuvo que entornar los ojos mientras Pike entraba en el despacho con su chaquetón negro ondeando—. Durante veinticinco años, el superior Pike ha sido mi mano derecha. Nadie tiene más

experiencia ni mejor juicio. Nadie comprende tan bien lo que debe hacerse. Os sugiero que lidere la Inquisición hasta que nombréis a un nuevo archilector.

Orso miró la máscara fundida que Pike tenía por rostro. Le habría gustado escoger a otra persona. Alguien más suave, más tranquilo, más justo. Recordó la ejecución de los prisioneros en Valbeck. Recordó a Pike mirando sin ningún sentimiento la horca de Malmer. Había demostrado ser despiadado e implacable. Un hombre temido y odiado por todos los enemigos de la corona, y por la mayoría de sus amigos.

Las cualidades exactas que un rey necesitaba en un archilector.

—No veo motivo para que el nombramiento no sea permanente —dijo Orso.

Quizá Bayaz tuviera otras ideas en su próxima visita, pero de momento la gente pequeña tendría que cometer sus propios errores.

—Sirvo y obedezco, majestad.

A Orso nunca le había caído bien Glokta. En realidad no era un hombre que pudiera caer bien. Pero había llegado a respetarlo. A apoyarse en él, incluso. Y en esos momentos, cuando más necesitaba Orso el apoyo, se marchaba.

—¿A qué vais a dedicaros?

Glokta enarcó las cejas, como si hasta entonces no se le hubiera ocurrido la pregunta.

—¿Mudarme al campo? ¿Clavar mariposas a un tablero? ¿Discutir con mi esposa? Siempre he querido escribir un libro sobre esgrima.

—Ya… tengo ganas de leerlo. —Aunque en realidad, Orso nunca había sido muy lector—. Yo, y la Unión, os agradecemos vuestro distinguido servicio.

Glokta soltó una breve carcajada ronca.

—Solo prometedme una cosa. Si me considerarais digno de una estatua en la vía Regia… que sea de pie.

Hizo una seña al practicante que acechaba a su espalda y el hombre hizo girar su silla de ruedas hacia la puerta.

Pike agachó la cabeza.

—Eminencia.

Glokta se desenroscó el anillo del dedo, lo sopesó en la mano un momento y luego se lo tendió a Pike.

—Eminencia. —Paseó la mirada por su despacho una última vez. Las paredes desnudas. El escueto mobiliario. Las pilas de papeleo sin acabar—. Os deseo a los dos toda la suerte del mundo.

Y tan sencillo como eso, estaba hecho. Sin ceremonias, sin medallas, sin grandiosos discursos ni multitudes vitoreantes. De la cima del poder a un viejo tullido desdentado en una breve conversación. La silla salió chirriando de la estancia y las puertas se cerraron a Sand dan Glokta. La era del Viejo Palos había concluido.

El archilector Pike fue detrás del escritorio. Ya no había silla, claro, de modo que se quedó de pie, separó las manos quemadas sobre la superficie de cuero y miró ceñudo el anillo de su dedo. Parecía que Glokta había encontrado al único hombre más monstruoso que él como su reemplazo. Pero eran tiempos desesperados. Y en tiempos desesperados, uno a veces tenía que valerse de monstruos.

—¿Cómo procederemos, majestad? —preguntó Pike—. ¿Con suavidad o… de otro modo?

Orso inspiró por la nariz.

—¿Podéis hacer llamar a la inquisidora Teufel? Tengo algunas ideas.

El coronel Forest y el cabo Tunny estaban esperando fuera del Pabellón de Interrogatorios. Forest, típico de él, en posición de firmes con un modesto uniforme. Tunny, típico de él, espatarrado en un banco con un boletín de noticias encima de la cara.

—Caballeros —dijo Orso—, ¿me acompañáis?

Tenía una necesidad irreprimible de mantenerse ocupado, y los dos viejos soldados entraron en formación a sus dos lados mientras Orso echaba a andar hacia el palacio, seguidos por su traqueteante séquito de Caballeros de la Escolta.

Durante veinte años, Orso podría haber hecho todo lo que hubiera querido y no había hecho nada. Con un futuro tan brillante que cegaba, rodeado de comodidades y elevado por todos los privilegios imaginables, a veces salir de la cama se le había hecho imposible. En esos momentos, asediado por enemigos y con las perspectivas más oscuras, bullía de energía.

—¿Cuántos hombres tenemos ahora mismo?

Forest no levantó la voz.

—Más de cuatro mil, majestad. Muchos de ellos sirvieron en la División del Príncipe Heredero y están ansiosos por volver a seguiros.

—¿De verdad? —Orso lo encontraba difícil de creer.

—Nunca fingisteis ser un general, pero les disteis orgullo.

—Eso es… conmovedor. Gracias.

—Su equipo estaba cogiendo polvo en los sótanos del Agriont, de todos modos. Solo ha hecho falta repartirlo otra vez.

Ahí había una ironía. Savine había pagado las armas con las que combatirían a su marido.

—¿Donde los tenéis?

—Algunos en barracones sin usar fuera de la ciudad. Algunos acampados en bosques y valles. Algunos todavía en sus antiguos trabajos, esperando la llamada. Pero pueden reunirse deprisa.

Orso sonrió. Por fin, una franja de sol en la oscuridad.

—Sabía que no ibais a decepcionarme, general Forest.

—Soy coronel, majestad.

—Si el gran rey de la Unión dice que un hombre es general, ¿quién va a negarlo? Considérate ascendido.

—¡Pero mira eso! —Tunny hizo a Forest un desmañado saludo militar—. De soldado raso a general en solo cuarenta años. Deberías comprarte un gorro más grande.

Forest se quitó su desgastado gorro de piel, dejando a la vista su considerable calva, y lo miró frunciendo el ceño.

—¿Qué tiene de malo mi gorro?

—Es un buen gorro, resistente y varonil —dijo Orso—. No le hagas caso.

—Solo que se parece un poquito a un coño —dijo Tunny.

Orso negó con la cabeza, todo seriedad.

—Venga, venga, cabo. Otra insubordinación y te ascenderé a ti.

—Preferiría enfrentarme al verdugo.

—Ah, eso me atrevería a decir que lo haremos todos. —Y Orso descubrió que se le había escapado una risita despreocupada. Llegaron al parque y avanzaron por un crujiente camino de gravilla, sombras que se extendían sobre el césped brillante de rocío iluminado por el primer sol de la mañana. Joder, ¿había estado despierto tan pronto alguna vez? Qué fresco, limpio y precioso estaba todo a aquellas horas—. Tiene toda la pinta de que nos tocará luchar en un futuro no muy lejano. —Bajó la mano con una palmada al hombro de Forest—. ¿Puedes reunir a más hombres?

El flamante general miró con recelo a su alrededor, pero había pocos oídos fisgones. Quienes no tenían rebeliones que aplastar seguían en la cama.

—Puedo, majestad, si vos podéis reunir más dinero.

—Valint y Balk no han puesto límite a mi crédito. Recluta a todos los que podamos armar, elige a oficiales de confianza y ponlos a entrenar. Y asegura también todos los caballos a los que puedas echar mano; podríamos tener que movernos deprisa.

—Majestad. —Forest hizo ademán de ponerse el gorro, pero se detuvo—. El puto trasto sí que parece un coño. —Y se marchó dando zancadas.

—Valint y Balk. —Tunny negó despacio con la cabeza—. Tienen reputación de ser implacables.

—Un banco con reputación de benevolencia es como una puta con reputación de castidad, siempre temes que no vayan a hacer el trabajo. Pero sin duda nuestros conspiradores están vigilándome. Si hago demasiadas visitas a mis financiadores, podría levantar sospechas. Que es por lo que tú serás mi representante para hablar con el banco.

Tunny no era hombre fácil de sorprender. A Orso le resultó bastante gratificante cuando se quedó boquiabierto.

—¿Que voy a ser tu puto qué?

—La única habilidad real que necesita un rey es elegir a los mejores para que lo sirvan. A ti te gustará pintarte como el hombre menos fiable de la Unión, pero… más bien sospecho que es todo una fachada. A la hora de la verdad, no creo que haya otro hombre en el Círculo del Mundo en quien confíe más.

Tunny lo miró fijamente.

—Estamos todos condenados.

Los viejos burócratas del Consejo Cerrado estaban todos con el pelo revuelto y nerviosos, y ¿quién podía reprochárselo? Los habían sacado de sus camas para una sesión no programada, en la que había un enorme caballero de la Escolta con armadura completa de pie detrás de cada silla, hasta de la silla vacía de Bayaz, al fondo de la mesa. La Cámara Blanca daba una sensación de lo más apretada con tanto acero pulido.

Orso, con expresión sombría, juntó las yemas de los dedos y frunció el ceño a cada rostro, uno tras otro. Ninguno dio ninguna señal inmediata de ser un conspirador. Pero claro, los conspiradores rara vez lo hacían. Al menos, los buenos.

—Mis señores, lamento haberos convocado tan temprano —dijo—, pero tenemos asuntos graves que tratar.

—¿Dónde está el archilector Glokta? —preguntó Gorodets, mirando nervioso a Gorst, que se alzaba implacable detrás de Orso.

—He aceptado su dimisión poco después del alba. —Hubo un respingo colectivo. Orso tendió la mano hacia Pike, cuya ropa blanca inmaculada hacía que su cara pareciese, si acaso, más arruinada e inexpresiva que cuando llevaba la negra—. El archilector Pike se ha puesto al mando de la Inquisición.

—¿Ha dimitido? —susurró Hoff—. Pero ¿por qué?

—Porque su yerno, Leonault dan Brock, el lord gobernador de Angland, planea rebelarse contra la corona.

La traición de Brock dejó la sala incluso más estupefacta que la dimisión de Glokta. Gorodets se tiraba tan fuerte de la barba que Orso temió que se arrancara la mandíbula inferior.

—¿Podemos estar seguros?

—Recibí una información anónima. Pero en mi viaje a Sipani, me reuní con el rey Jappo de Estiria.

—¿Que os…? —Matstringer parecía a punto de tragarse la lengua de la impresión—. Esto es un incumplimiento del protocolo sin precedentes que…

—La traición tiene prioridad —intervino Pike con voz chirriante.

—Tenía que ser un encuentro informal —dijo Orso—. Sin constancia. —La mayoría de los ancianos parecían atónitos. Si era por la noticia de una inminente rebelión o por el descubrimiento de que Orso era capaz de organizar algo por sí mismo, no quedaba claro—. Jappo confirmó mis peores miedos. El Joven León ha reunido un considerable grupo de seguidores entre los nobles desafectos y pretende invadir Midderland.

—Por los Hados —graznó Hoff.

—Y la cosa empeora. Se ha procurado la ayuda del rey de los norteños, Stour Ocaso.

—¿Planea traer a esos salvajes a territorio de la Unión? —La voz del supervisor general alcanzó tal agudeza que fue un milagro que las ventanas no se resquebrajaran.

—Inconcebible —susurró Hoff, deshinchándose en su silla.

—¡Intolerable! —espumó Gorodets—. ¡Escribid al superior de Angland! ¡Que Brock sea detenido! ¡Que sea ahorcado, joder!

—Brock goza de mucho aprecio en Angland —dijo Pike con su sonsonete inexpresivo—. A nosotros nos aborrecen. Mientras no haga ningún movimiento contra nosotros, está fuera de nuestro alcance.

—Majestad. —Brint se inclinó hacia delante con su único puño apretado, la gema amarilla de su anillo destellando—. La Guardia Real está dispersa para contrarrestar la amenaza de los Rompedores. El lord mariscal Ruckšted está en Keln con casi toda la caballería. Debemos concentrar nuestras fuerzas de inmediato para enfrentarnos a cualquier desafío rebelde y aplastarlo con decisión. —Y descargó el puño en la mesa haciendo saltar a varios de los otros ancianos.

—Estoy de acuerdo —dijo Orso. La primera contribución útil—. Por favor, enviad las órdenes, mariscal Brint, a Rucksted y los demás. Mientras tanto, debemos hacer todo lo posible por neutralizar a los nobles.

—El Consejo Abierto está de receso veraniego —repuso Hoff—. Algunos miembros aún siguen en la ciudad, pero la mayoría se habrán retirado a sus haciendas.

Gorodets tragó saliva.

—Varios de ellos solicitaron dispensa para reclutar tropas adicionales, por su temor a los Rompedores. Muchas tropas adicionales… en algunos casos…

Un inquieto murmullo barrió la mesa. Brint apretó el puño con más fuerza si cabe. El cónsul general lanzó una mirada furtiva a Gorst. Hoff se secó la frente sudorosa con la manga forrada en piel de su túnica. Toda la sala sofocante y pequeña hedía a pánico y suspicacia. Por los Hados, cualquiera de aquellos viejos cabrones podría ser el traidor.

—Id a vuestros departamentos —dijo Orso— y haced los preparativos. Quiero nuestras defensas reforzadas. Quiero fuerzas en alerta máxima. Quiero que toda deslealtad sea erradicada. —Se levantó y plantó las manos en la mesa—. Vosotros sois los únicos en los que puedo confiar. Los fieles consejeros de mi padre. Mi leal Consejo Cerrado. Si permanecemos juntos, aún podremos capear esta tormenta.

Orso salió con paso firme de la cámara, y con un chirrido de patas de silla los ancianos se apresuraron con esfuerzo a seguirlo.

A la luz

—¿Los tenéis? —preguntó Vick.

—Los tenemos —dijo el practicante con voz amortiguada por la máscara.

Sus compañeros vestidos de negro cayeron en tropel sobre la casa de baños de blancos baldosines como una infestación de escarabajos, sus cuellos y sus frentes perlados de sudor, con porras en las manos u hojas que brillaban húmedas. Había hombres desnudos o envueltos en toallas encogiéndose contra las paredes. Uno yacía de costado, sollozando, cogiéndose la boca con manos ensangrentadas. Otro estaba tendido bocabajo en un charco oscuro, con una daga cerca y un charco rosado extendiéndose y cayendo al baño que tenía al lado.

Vick pasó por encima del cadáver y entró en la pequeña cámara llena de vapor que había más allá, con un mosaico de serpientes entrelazadas apenas visible en el suelo. Qué apropiado. Había dos hombres sentados en un banco, desnudos salvo por unas telas alrededor de la cintura. Uno era rubio y apuesto, con un bigote al que a todas luces había dedicado mucho esfuerzo.

—Lord Heugen —dijo Vick.

Cuando el vapor empezó a despejarse, vio al otro hombre con más claridad. Más mayor, entrecano, con toda la parte izquierda del cuerpo extrañamente marchita. Tenía el brazo izquierdo amputado por encima del codo, un muñón sanado mucho tiempo atrás.

—Y el lord mariscal Brint. —Vick se permitió una levísima sonrisa—. Ya tenemos un acertijo resuelto.

—¿Y tú quién coño eres? —espetó Heugen, desdeñoso.

—Vick dan Teufel, inquisidora exenta.

Brint dio un suspiro resignado y, con toda lentitud, se dejó caer hacia atrás. Heugen siguió erizado.

—Una compinche del Viejo Palos, ¿eh? Pues esta vez ha ido demasiado lejos…

—Se ha ido del todo —lo interrumpió Vick—. Retirado. ¿No te lo ha dicho el lord mariscal? Estoy aquí cumpliendo órdenes personales del rey. Así que olvídate de apelar a una autoridad superior. No la hay.

La voz de Heugen sonó chillona.

—¡No es ilegal visitar una casa de baños!

—No, pero los jueces no ven con buenos ojos visitarla para planear una alta traición.

—¡Cómo te atreves! El mariscal y yo somos viejos amigos. Estábamos hablando de sorprender a nuestras familias con una fiesta conjunta en el jardín.

—Ojalá reciba la invitación —replicó Vick—. Me encantan las meriendas al aire libre. —Echó una mirada a Sebo, que acechaba en un rincón neblinoso, vestido de empleado con sandalias y taparrabos, casi tan flaco como la fregona en la que se apoyaba—. ¿Y bien? ¿Estaban hablando de sorprender a sus parientes? ¿O quizá de dar un susto a otra persona?

—El lord mariscal Brint relataba una reunión del Consejo Cerrado de esta mañana —dijo Sebo, tranquilo. Empezaba a dársele bien aquello—. Ha dicho que el rey ha descubierto sus planes. Entonces lord Heugen ha hablado de enviar advertencias a sus amigos y de adelantar los plazos. También ha mencionado abandonar la ciudad de inmediato y reunir sus tropas.

Vick enarcó una ceja.

—Suena a todo un fiestón.

—¡Los has traído derechos a nosotros! —Heugen enseñó los dientes a Brint—. ¡Manco cretino!

—Ha sido idea del rey, en realidad —dijo Vick—. Ese hombre no es ni la mitad de tonto que os creéis. Sabía que alguien del Consejo Cerrado estaba traicionándolo, solo que no estaba seguro de quién, así que ha sacudido la jaula y yo he atrapado lo que ha caído. Y aquí estamos. —Menudo calor hacía allí dentro. Ya tenía la casaca húmeda por el vapor. Empezó a desabrochársela—. Así que decidme. ¿Quién más está invitado a esa fiesta en el jardín? ¿A vuestra pequeña conspiración contra la corona? —Se quitó la casaca, se la tiró a Sebo y se agachó hacia Heugen en chaleco, con las manos en las rodillas—. Quiero nombres. Ya.

—No le digas una puta mierda —dijo Brint.

—Por eso no te preocupes —respondió Heugen en tono burlón—. Mis labios están…

Vick le atizó un bofetón en toda la cara, y no de los suaves. Heugen ahogó un grito cuando la cabeza se le disparó hacia el lado, y luego la giró despacio de vuelta para mirarla con aturdida incredulidad, llevándose una mano trémula a la mejilla rosada. Vick se preguntó si sería la primera vez que alguien le pegaba fuerte. Una vida de lujo no prepara bien para las palizas. ¿Quién iba a saberlo mejor que ella, la

consentida hija del maestre de la Ceca del Rey, llevada de repente a las minas de Angland?

Quizá pensar en eso añadió algo de veneno a su siguiente bofetón, que dejó sangrando la boca de Heugen.

—No me habéis dejado tiempo para sutilezas —le siseó—, así que esto va a ponerse muy doloroso muy deprisa. —Le asestó otro bofetón, incluso más fuerte, tanto que le dolieron los dedos y la sangre salpicó la pared al lado de la cara del hombre—. Dame nombres.

Destellaron lágrimas en las comisuras de los ojos de Heugen. El súbito dolor, y la confusión, y la terrible, terrible conmoción de descubrir que el mundo no era en absoluto como había creído. Vick sabía cómo se sentía.

—Exijo…

El puño de Vick se clavó en sus costillas y dio un gruñido jadeante, con los ojos desorbitados. Sin duda, seguro en la armadura de su riqueza y su posición, siempre se había creído un hombre fuerte. En esos momentos, rodeado de practicantes y con toda su armadura retirada, estaba descubriendo lo fuerte que era en realidad. El otro puño de Vick lo golpeó en el costado y Heugen se derrumbó retorciéndose, gimiendo, y su taparrabos resbaló y lo dejó desnudo del todo e indefenso en el banco.

—¡Nombres! —Vick subió encima de él, le puso la rodilla en la espalda y los impactos de sus puñetazos llenaron el aire vaporoso.

—¡Nombres! —Él jadeó y gorgoteó, intentó acurrucarse haciéndose bola, y ella se inclinó hacia el lado, le soltó un puñetazo en el culo, le asió las pelotas y lo hizo aullar.

—¡Nombres, hijo de puta!

—¡Isher! —gimoteó él, sollozando—. ¡Fue todo idea de Isher! —Habló tan deprisa que fue casi como si vomitara los nombres apelotonados unos encima de otros—. ¡Isher y Barezin! ¡Ellos convencieron a Brock! ¡Y Brock trajo a Stour Ocaso, y a esa tal Rikke, la hija del Sabueso! Y muchos otros en el Consejo Abierto. Está lady Wetterlant y… y…

—¿Qué ha sido del mundo? —susurró Brint mientras miraba a Heugen cantar como un pajarito, con una expresión de incrédulo desdén.

—Que yo sepa, siempre ha sido así. —Vick hizo un gesto con la cabeza hacia el practicante—. Llévatelo al Pabellón de Interrogatorios. A ver qué más sabe.

—¡Espera! —babeó Heugen mientras se lo llevaban a rastras por la muñeca, intentando cubrirse la verga con la otra mano—. ¡Puedo ser útil! —Se aferró al arco de entrada—. ¡Por favor, no!

Con un gruñido molesto, el practicante lo arrancó de allí y se lo llevó.

—Debo decir que me sorprende que fueseis vos. —Vick frunció el ceño al mariscal Brint—. Siempre os tuve por un hombre honorable.

—¿Y por qué crees que lo hice? ¡Se supone que somos una Unión! —rugió la última palabra con repentina ira, crispando su único puño, y Vick dio un paso atrás, vigilante. Lo consideraba mucho más peligroso que a Heugen, por muchas extremidades que pudieran faltarle.

Pero lo único que hizo él fue dejar caer la espalda contra los azulejos.

—Combatí a los norteños en las Altiplanicies, ¿sabes? Sostuve a mi mejor amigo mientras moría. Y luego otra vez en Osrung. Allí perdí el brazo. Allí perdí a mi esposa. —Y bajó la mirada al anillo de su meñique. Un anillo de mujer con una gema amarilla—. Di mi vida entera por la Unión. Por la idea de que estamos juntos. Entonces atacaron nuestro protectorado. Una tierra que el rey había jurado defender. ¿Y qué hicimos nosotros? Nada. —Pronunció la palabra como si no pudiera creérsela—. Dejamos que lady Finree y nuestros hermanos de Angland se defendieran solos. ¿Y por qué? ¿Para poder hacer unos pagos más a la Banca Valint y Balk? El Consejo Cerrado vendió nuestros principios por unos pocos marcos. ¿Y se atreven a hablar de traición? —La miró con ojos cansados.

»Nada de esto importa. Los nobles ya están fuera de vuestro alcance, congregando sus tropas. El Joven León está de camino. Él volverá a enderezar las cosas.

Vick dio un bufido.

—Deberíais decirle a la gente que vi morir en los campos lo enderezadas que estaban las cosas antes. Vais a derramar un mar de sangre y lo más que conseguiréis es cambiar un grupo de cabrones por otro. ¿Principios? Me reiría si tuviera el estómago para hacerlo. —Frunció el ceño a la mano de Brint—. Y ahora dadme ese anillo.

—Inquisidora Teufel. —Glokta le sonrió, enseñando el amplio hueco en sus dientes delanteros—. Gracias por venir.

Solo entonces se le ocurrió a Vick que podría no haber acudido. Podría no haberle hecho caso. Pero la obediencia podía ser una costumbre difícil de romper. Que se lo preguntaran a cualquier perro.

—Por supuesto.

Se sentó envarada en el banco donde ya se habían reunido más de una vez. Le supuso un esfuerzo no añadir «eminencia» al final de la frase.

Nunca lo había visto sin sus ropajes blancos, su anillo del cargo, su séquito ataviado de negro. El imponente archilector se había convertido de la noche a la mañana en un viejo marchito, muy tapado con mantas pese al calor estival, asistido solo por el enorme practicante que acostumbraba a empujar su silla, incómodo en su sencilla ropa de lacayo y con una erupción alrededor de la boca por la máscara que ya no llevaba. Glokta había sido el salvador de Vick, su mentor, su maestro, su carcelero. Se preguntó qué eran ahora, sin el cargo y el gran escritorio y la inmensa diferencia de poder. ¿Amigos? Tuvo que contener un estallido de risa totalmente inadecuada al pensar la palabra.

—He oído que se impone darte la enhorabuena de nuevo. La deslealtad de lord Heugen dista mucho de ser sorprendente, pero me llena de estupor que el lord mariscal Brint traicionara a la corona. —Glokta negó despacio con la cabeza—. Diez años estuvimos sentados juntos en el Consejo Cerrado.

—Cuando crees que conoces a alguien… —murmuró Vick, frotándose distraída los nudillos magullados.

Miró con rostro grave la luz del sol que titilaba en el lago. Había gente montando en barca, riendo, tumbada en la orilla. Nadie diría que se avecinaba una guerra civil. Pero las mayores traiciones solían tener lugar con buen tiempo. Si había ventisca, la gente estaba demasiado ocupada haciéndose un ovillo junto a los demás.

—Me marcho de Adua hoy —dijo Glokta—. Mi esposa piensa que el aire del campo podría ser bueno para mi salud. Es… lo que me dice que piensa, por lo menos. Sospecho que no quiere que nos transformemos en tristes fantasmas merodeando por los salones donde una vez fuimos poderosos. Sospecho que es sabia al no quererlo, como en muchísimas otras cosas. —Carraspeó—. Antes de irme, quería darte las gracias.

Vick le lanzó una mirada dura. Debería haber estado complacida por el agradecimiento de un hombre al que había servido fielmente durante tantos años. Pero el placer no fue su primera sensación.

—Por todo lo que has hecho por mí —prosiguió él, sin mirarla a los ojos—. Por todo lo que has hecho por la Unión. Sobre todo teniendo en cuenta… lo que la Unión ha hecho por ti. O lo que ha dejado de hacer. A mi juicio, nuestro nuevo rey ha tenido a pocos sirvientes más valiosos. Así que… gracias. Por tu valentía. Tu diligencia. Tu… patriotismo.

—Diligencia y patriotismo. —Dio un amargo bufido por la nariz, apretando despacio el puño dolorido—. Eso, o falta de opciones. Eso, o ser demasiado cobarde para buscar otra manera. Eso, o seguir las costumbres de los campos y aprovechar la

oportunidad de estar con los ganadores y hacer la única jugada que puede ver un preso: pasar de recibir las palizas a darlas.

No sabía muy bien por qué se había enfadado de pronto. ¿Por las cosas que él la había obligado a hacer? ¿O porque ya no estaría allí para obligarla a hacer más?

—Bueno. —Glokta miró hacia las personas que pasaban un rato de ocio en verano. Estaban muy cerca, y sin embargo de algún modo en un mundo diferente—. Yo digo a menudo que la vida no es más que las miserias que hemos de soportar entre una decepción y otra. Sean cuales sean los motivos, tú no me has decepcionado ni una sola vez. Ojalá yo también hubiera sido tan fiable a cambio, pero me temo que te he decepcionado. Sé lo mucho que quieres ser… que *necesitas* ser… leal.

—Leal. —Vick pensó en toda la gente a la que había mentido, engañado, vendido a lo largo de los anteriores ocho años. Era toda una lista. Malmer colgando sobre el camino a Valbeck. Sibalt y sus tristes y pequeños sueños de las Tierras Lejanas. Páramo y Grise. Sebo y su hermana. Aún podía oler el campamento de rebeldes en Starikland, después de decir a los soldados dónde encontrarlos—. Me gano la vida traicionando a los demás.

—Sí. —Glokta le lanzó una mirada cómplice—. Quizá por eso necesitas ser leal. Siempre creí que ya habría tiempo para entregarte la recompensa que mereces, pero… en la cúspide del poder, como ves… el tiempo se agota de repente. ¿Puedo darte al menos un consejo, antes de irme?

Vick podría decirle que no. Podría darle un puñetazo en toda la cara. Pero no hizo nada. Glokta subió la mano para quitarse un poco de líquido de debajo de su lagrimeante ojo izquierdo.

—Perdónate a ti misma.

Vick se quedó allí sentada, en ese banco, con la mandíbula apretada y la respiración siseando rápida en su nariz, mientras abajo, en la orilla del lago, alguien soltaba una vociferante carcajada por alguna broma.

—No hay forma de salir de los campos sin el visto bueno de Su Majestad.

Podría meterse los dedos en las orejas. Podría levantarse y marcharse. Pero se quedó sentada allí, con la piel helada y todos los músculos rígidos.

—La pequeña revolución de presos de tu hermano estaba condenada desde el principio.

Recordó el último atisbo de su cara. La sorpresa y el dolor mientras se lo llevaban. Lo recordó como si estuviera sucediendo en ese preciso instante.

—Habría sido fácil ceder al sentimentalismo —dijo Glokta—, pero tú hiciste lo valiente. Lo correcto. Denunciarlo. Comprar tu libertad.

Cerró los ojos, pero el rostro acusador de su hermano aún estaba allí. Como si lo tuviera tallado dentro de los párpados.

—Solo te habría hundido consigo. A alguna gente… no se la puede salvar.

Vick se levantó, tambaleante, dispuesta a correr casi, pero Glokta le cogió la muñeca. La asió con una fuerza sorprendente. Cuando Vick se volvió hacia él, Glokta tenía los ojos fijos en ella, brillantes y febriles.

—Todo el mundo debería perdonarse a sí mismo, Vick. —Dio otro apretón a su muñeca, la soltó y se puso a mirar hacia el lago otra vez—. Al fin y al cabo… nadie más lo hará.

Algunos hombres no pueden evitarlo

Broad estaba allí arrodillado, en el suelo, en la oscuridad, hacha en puño, mirando con el ceño fruncido más allá del barro desnudo tachonado con tres tocones. Hacia el camino y el aserradero que había al otro lado.

Había prometido a Liddy que no más líos.

Y sin embargo allí estaba, armado hasta los dientes entre la maleza iluminada por la luna con un hatajo de mendigos amargados, esperando a emboscar a los soldados del rey para que la mujer más loca que había conocido en la vida lo ayudara a derrocar el gobierno. Si existía el concepto de no más líos, Broad se había alejado tanto de él como era posible.

Había prometido a Liddy que no más líos. Pero también le había prometido una buena vida. ¿Qué se hace cuando una promesa se da de bruces contra otra? No tenía elección. Tenía que hacer aquello. Por Savine, por su familia.

Por eso, y por otra cosa en la que en realidad no quería pensar: en lo bien que le encajaba en el hacha en el puño mientras la blandía con más fuerza que nunca.

—Llegan tarde —gruñó Sarlby.

Broad se volvió hacia él y vio brillo de la luna en las comisuras de sus ojos hundidos y en las aristas de su ballesta cargada.

—Qué desastre de mundo, ya no puedes ni fiarte de que la gente llegue puntual a su propia emboscada.

—Chist —hizo la Jueza.

Broad regresó a las sombras mientras empezaba a oír un tenue sonido de cascos, una sacudida de guarniciones, un rechinar de ruedas de carro.

El miedo se agudizó, y también la emoción por debajo de él, subiéndole por la garganta mientras la luz de lámpara brillaba en los tocones podridos, resplandecía en los charcos del camino, se reflejaba en los troncos afilados de la valla medio derrumbada y el largo cobertizo con el techo hundido.

El pulso le golpeteó en la cabeza cuando los primeros jinetes salieron al claro de entre los árboles. Solados con faroles, uniformes rojos entrevistos, yelmos y petos brillantes. Una docena, tal vez. Luego una especie de carromato. Una forma grande, negra y pesada movida por un tiro de seis.

El haz de luz de un farol perforó los árboles cuando un jinete se volvió, la silueta andrajosa de la Jueza petrificada antes de que todos se agazaparan en los arbustos. Broad oyó risas, vio un aliento iluminado por una lámpara mientras contenía el suyo. Era la misma sensación que había tenido en las trincheras de Estiria, esperando la orden de cargar, desesperado por salir.

Los jinetes siguieron adelante. El gran carromato los siguió dando tumbos por los baches del camino. Detrás llegaban más jinetes. ¿Otros seis, a lo mejor? Y eso era todo.

Broad se acercó despacio a la Jueza.

—¿Es esto? —susurró, casi incapaz de formar las palabras con la tensión de la garganta—. No caben tres docenas de prisioneros en ese carromato.

—Yo me ocupo de la planificación —dijo la Jueza, sus dientes húmedos relucientes en su sonrisa—. A ti te corresponde lo de matar.

—¡Esperad! —llegó flotando desde el camino.

La columna traqueteó hasta detenerse torpemente. El oficial que dirigía desmontó, levantó su farol y el rayo centelleó en los troncos esparcidos por el camino. Donde Broad y los demás habían destrozado la valla del aserradero unas horas antes.

El carromato aún avanzaba chirriando, aunque el cochero tirara de las riendas, mientras los jinetes se agolpaban en una masa entre gruñidos de protesta. Sarlby subió su ballesta y, con calma, se acomodó la culata contra el hombro. Alguien desenvainó una espada con un suave raspar de acero que excitó a Broad como el susurro de una amante. Tuvo el repentino impulso de arremangarse. Era importante tener una rutina. Pero ya era demasiado tarde.

—Preparados… —oyó que decía la Jueza con un gruñido que avivó el feo cosquilleo de sus entrañas a un dolor palpitante—. Preparados…

Hubo un fogonazo como de relámpago, la gran cicatriz que atravesaba el bosque se iluminó más brillante que el día, los dientes rotos de los tocones proyectaron extrañas sombras y los contornos de hombres y caballos se congelaron un instante antes de salir despedidos en una erupción de fuego. Una estruendosa explosión resonó nítida en los árboles, un zumbido como de avispas furiosas, movimientos y tintineos en la maleza. Algo se clavó en el tronco que tenían al lado y levantó una lluvia de astillas.

Sarlby se agachó.

—¡Joder! —susurró alguien.

—¡Sí! —chilló la Jueza, y se levantó y lanzó los puños al cielo.

Broad ya estaba corriendo. Hacia la luz de lámpara, los caballos caídos, la nube de humo en expansión. Pateaba el claro hacia el camino y el aserradero, el negro mundo

rebotando, la respiración acelerada siseando entre sus dientes rechinantes, en ansia hirviendo garganta arriba, encendiéndolo en llamas.

Su bota dio contra algo en la oscuridad. Un tocón o raíz o surco. Le hizo perder el equilibrio y cayó y resbaló con la cara contra el fango. Casi se cortó con el hacha. Quizá sí se cortara. Estaba ya de pie otra vez, corriendo de nuevo, hacia las manchas de luz temblorosa. Hacia el gran carromato. Uno de sus seis caballos parecía muerto, los otros lo habían sacado del camino, hundido en sus rodadas, hasta dejarlo apoyado contra un tocón con una rueda dando inútiles vueltas y el cochero desplomado en el pescante.

Broad lo rodeó a la carrera con el hacha levantada, listo para atacar, y entonces se agachó para esquivar unos cascos en el aire que esparcían barro. Un caballo estaba encabritado, chillando y mordiendo, enloquecido, los flancos mojados de sangre, un hombre muerto dando botes detrás de él con una bota enganchada en el estribo y la coraza acribillada de agujeros.

Alguien gritaba, rodando, envuelto en fuego. Su farol debía de haberse hecho añicos con la explosión, rociándolo de aceite ardiente. Un soldado se levantó con esfuerzo, su yelmo todo torcido, el crispado rostro pegajoso de rojo, intentando desenvainar. El hacha de Broad le hundió un lado de la cabeza.

—¿Qué ha pasado? —exclamó alguien que salía tambaleándose del humo. Casaca roja. Cordoncillo dorado. Un oficial—. ¡Tú! —gritó a Broad. Encolerizado. Sin comprender—. ¿Qué es todo…?

El hacha de Broad lo alcanzó justo entre los ojos, hizo saltar el sombrero y le echó la cabeza atrás, con los brazos muy abiertos como si ofreciera un abrazo. Se derrumbó en un charco mientras la sangre fluía de la raja en su frente.

—¡Emboscada! —chilló alguien—. ¡Emboscada!

Un jinete fue hacia él con la espada en alto. Broad se apartó hacia atrás y dio al caballo en la cabeza con el hacha. El animal se tambaleó hacia un lado, se derrumbó. El jinete cayó debajo, gritando algo. Broad le descargó un tajo, falló y hundió un hacha profunda en el flanco del caballo. El hombre intentó contraatacar, pero atrapado bajo el caballo no tenía impulso y su espada solo rebotó en la pierna de Broad, que pisó el brazo del soldado, levantó el hacha por encima de la cabeza y le hundió la coraza con un tañido hueco.

Oyó algo detrás. Tosió. Gimió. Le dolía la cabeza. Estaba tumbado bocabajo. ¿Le había dado alguien? Intentó espabilarse. Cerró la mano en torno al frío astil del hacha. Se levantó a trompicones.

Todo era una neblina chispeante. Sombras que se retorcían. Manchas de luz. Debía de haber perdido los anteojos. Solo entonces se dio cuenta de que los había

llevado puestos. Las sombras serpenteaban y se contorsionaban. Oyó la voz de la Jueza. Un aullido demente:

—¡Matadlos! ¡Matadlos!

Un caballo pasó atronando. Broad oyó sus cascos, sintió su viento. Atacó con el hacha, no dio a nada, dio una vuelta completa, casi cayó.

Alguien chillaba:

—¡No! ¡No! ¡Por favor!

Y luego fueron solo chillidos. ¿Era él? No. Tenía los dientes atenazados, gemía y gruñía a través de ellos, ni siquiera palabras, solo resuellos y saliva esparcida. No podía pensar. No podía ver. El sudor le picaba bajo su peto nuevo.

Le dio la impresión de que dos sombras retorcidas eran un hombre apuñalando a otro, pero no tenía ni idea de quién era quién. No había bandos. Solo estaban quienes mataban y a quienes mataban.

Vio una sombra con forma de hombre resaltada contra las llamas, fue hacia ella levantando el hacha.

—¡Eh! —Costaba distinguirlo, pero parecía como si el hombre estuviera rehuyéndolo con una mano levantada—. ¡Eh, eh, Toro!

La voz de Banderizo. Broad la identificó a duras penas a través del pitido de sus oídos. Le costó esfuerzo bajar el hacha. Mucho más que blandirla. La notaba pesada. Difícil respirar, pecho dolorido.

Escrutó la oscuridad. Empezó a buscar a tientas sus anteojos, agachado. Casi tropezó con algo. Un cadáver, tal vez. Un caballo, que aún daba débiles coces.

Oyó que alguien gimoteaba. También la voz de la Jueza, rezumando amenaza.

—¡Abre este puto carruaje o lo destrozaremos nosotros!

—Aquí tienes. —Halder puso algo en la palma de la mano de Broad.

Le dolían los dedos. Un puñado de salchichas entumecidas. Tuvo miedo de aplastar sus delicados y pequeños anteojos con las manos. Los alzó a la luz, sus ojos abiertos solo una rendija, casi con los anteojos contra la cara. Los limpió, haciendo una mueca, y por fin se los puso con torpeza en la nariz.

Hombres muertos. Caballos muertos. Barro y sangre, negros a la luz de los fuegos del aceite de lámpara derramado. Aquel olor acre del azúcar gurko y la carne achicharrada que recordaba de los asedios. Había pensado que nunca querría volver a oler aquello. En ese momento lo absorbió en sus fosas como un entendido podría oler

una copa de vino. Había Quemadores a su alrededor, con sus brillantes nuevas armas y armaduras. Sarlby, sonriente, con la ballesta vacía apoyada en el hombro.

A Broad le palpitaba la cabeza. Se tocó las sienes con los dedos y las puntas salieron rojas. «Menos mal que tienes el cráneo gordo», le habría dicho Liddy, y May se habría reído. Las tenía borrosas como si se le hubieran resbalado los anteojos de la memoria.

—¡Tus hombres están muertos! —estaba chillando la Jueza al carromato. Broad vio entonces que era más bien un carruaje blindado, con ventanucos de ranura y cubierto de planchas de hierro—. Puede que un par hayan escapado a caballo, pero no querrán más de lo que les hemos dado. Así que voy a contar hasta tres, mamón, y como este carruaje no esté abierto, traeré aquí mi cañón y lo abriré por las malas. ¡Uno!

—¡Muy bien! —llegó una voz amortiguada de dentro—. Voy a salir.

Los cerrojos rechinaron al retirarlos y la puerta de hierro del carruaje se abrió con un sonido metálico. Los hombres de la Jueza avanzaron y sacaron a alguien a rastras. Era un hombrecillo bien vestido, con el pelo ralo todo revuelto y un corte que sangraba en el cuero cabelludo, llevando una especie de maleta en la mano. Ah, no, encadenada a su muñeca con pesados grilletes.

—Creía que eran prisioneros —gruñó Broad, frunciendo el ceño hacia el hombre—. De camino a Valbeck para que los colgaran, dijiste.

La Jueza se encogió de hombros.

—Digo muchas cosas.

—¡Putos necios! —farfulló el hombre, contemplando la destrucción con los ojos como platos. Como si todo aquello fuese tan increíble como que las cosas cayeran hacia arriba o el sol no saliera por la mañana—. ¿No sabéis a quién pertenece esto? ¿No sabéis para quién trabajo?

La Jueza se limitó a sonreír.

—Eres el nuevo director de la nueva oficina en Valbeck de la Banca Valint y Balk. —El semblante del hombre se fue demudando, la ira convirtiéndose en miedo y el miedo en incrédulo horror—. Has venido a ocupar tu puesto después de que yo condenara al anterior director a la horca y quemara el último banco hasta los cimientos. Y o mucho me equivoco o traes fondos para la construcción, y mira aquí…

Dos Quemadores salieron del carruaje arrastrando un pesado cofre, y el dinero tintineó dentro cuando lo arrojaron al suelo irregular y empezaron a dar hachazos a la cerradura.

—¿Esto era por dinero? —A Broad le costaba pensar por el dolor en la sien. Quizá siempre le hubiera costado pensar. Vio que uno de los Quemadores hurgaba en los bolsillos del cadáver mutilado de un guardia. Debía de haber estado cerca del cañón cuando se disparó. Apenas le quedaba nada que pudiera llamarse cabeza—. ¿Qué tiene el banco que ver con nada?

La Jueza arrugó los labios burlonamente, como si sintiera lástima.

—Es verdad que no ves muy bien, ¿eh? ¡Valint y Balk son el puto enemigo! Tanto como el rey, o los propietarios, o el Consejo Cerrado, o el Abierto. Son los peores de todos, porque controlan los cordones de la bolsa del dinero. ¿Por qué crees que lo primero que hicimos en la rebelión fue pegar fuego al banco? —La Jueza levantó monedas del cofre y las dejó caer de nuevo tintineando—. Hasta el último de estos es un soldado de su causa, Toro Broad. Hasta el último. —Sus ojos se desviaron hacia la maleta que el director llevaba encadenada a la muñeca—. ¿Qué es eso?

—Nada que vayas a querer —respondió él, abrazándose a la maleta.

La Jueza levantó la barbilla para poder rascarse la erupción del cuello.

—Me cansé hace mucho de que los hombres me explicaran lo que quiero.

—¡No tiene ningún valor! —gimoteó él, con una voz más y más aguda que volvió el dolor de cabeza de Broad más y más atroz.

—Si no tiene valor, ¿por qué lo llevas sujeto a la muñeca en un carruaje blindado? ¿Dónde está la llave?

El hombre le sostuvo la mirada.

—La idea es precisamente que yo no la tenga.

La Jueza le dio unas palmaditas en la mejilla.

—Tranquilo, yo sí. —Y sacó su cuchillo de carnicero—. ¿Una ayudita por aquí?

Dos Quemadores asieron al director desde detrás y lo hicieron arrodillarse al lado de un tocón mientras Sarlby cogía la maleta y la muñeca a la que estaba encadenaba y empezaba a tirar de ambos hacia él.

—¡No! —gañó el hombre, forcejeando a la desesperada para mantenerla abrazada a su pecho—. ¡No sabéis lo que harán! ¡Esperad!

—¿A qué? —dijo la Jueza con risa en la voz—. ¿A que la Casa del Creador se abra y el gran Euz salga de un salto envuelto en llamas? Porque es lo que haría falta para impedir esto.

Sarlby por fin logró arrancarle la maleta de entre los brazos, apoyó los pies contra el tocón y tiró del brazo del director hasta ponerlo encima de él mientras otros dos

Quemadores lo retenían y el grillete se hundía en la muñeca dejándola blanca. Un tercer hombre levantó un farol en alto para que nadie se perdiera nada y su sonrisa anhelante se iluminó desde arriba.

—Te declaro culpable de delitos contra el pueblo —dijo la Jueza—. De usura, falso rédito y obtener ganancias de la miseria. De retrasar el Gran Cambio. Y sobre todo, de vender el culo a esas pestes gemelas de Valint y Balk.

—¡No! —gimió él con los ojos como platos—. ¡Por favor!

La Jueza sopesó el cuchillo de carnicero.

—¿Dónde crees que es el mejor punto?

Sarlby se encogió de hombros.

—¿Entre la mano y el codo?

—No te atrevas a bromear, Sarlby, que esto es un puto momento solemne.

La Jueza descargó el cuchillo, que silbó al descender. Se oyó un golpe enfermizo. El director gimió entre sollozos. Pero la hoja no había atravesado ni siquiera la manga, no digamos el brazo. Solo había rebotado.

—Mierda —dijo la Jueza.

Empuñó el cuchillo con las dos manos, arqueó la espalda hacia atrás y lo bajó con todas sus fuerzas. Otro golpe, otro aullido y el cuchillo rebotó de nuevo e hizo una muesca en el tocón. Broad se frotó el irritado caballete de la nariz. La cabeza le palpitaba.

—¿Quién se encargaba de mantener esto afilado? —La Jueza levantó el cuchillo a la oscilante luz de fuego mientras el director de la oficina en Valbeck de Valint y Balk lloriqueaba. Se veía que tenía rotos los huesos de la muñeca. Su brazo estaba torcido como una ramita vieja. Pero, desde luego, seguía sujeto—. ¿Sarlby? Mi cuchillo está romo.

Sarlby estaba contemplando todo el asunto con una expresión de cansado aburrimiento. La que habían tenido todos en Estiria hacia el final, después de presenciar una procesión de horrores.

—¿Qué soy, un afilador?

El hombre empezó a aullar otra vez.

—¡Joder! —rugió Broad, y su hacha cercenó el brazo del hombre justo por encima de la muñeca con un ruido carnoso y salpicando de sangre a todos los que estaban cerca del tocón.

Sarlby cayó hacia atrás mientras la maleta rodaba suelta y la mano amputada del hombre se desplomaba inerte en su regazo.

—¡Conseguido! —exclamó la Jueza mientras el hacha de Broad abría la maleta de par en par con otros tres golpes salvajes.

El director hizo una enorme inspiración sibilante mientras contemplaba la sangre que se acumulaba en el suelo desde el muñón de su brazo, y entonces el hacha le partió el cráneo y acabó con su chillido casi antes de que empezara. Broad arrancó el arma de la cabeza destrozada y se quedó allí con los dientes desnudos, buscando algo más que golpear.

Uno de los dos hombres que habían retenido al hombre salió por piernas. El otro se encogió con los ojos desorbitados. Broad se quedó quieto un momento más con todos los músculos del cuerpo tensos y luego, con un rugido que sobresaltó a todos otra vez, arrojó al suelo el hacha, que rebotó por el camino.

Hubo un silencio durante el que todos lo miraban. Entonces la Jueza soltó una leve risita.

—Au —dijo, con los ojos muy abiertos y la cara pálida salpicada de sangre, negra a la luz de lámpara—. Siempre he sabido que tu sitio estaba con nosotros. Conmigo. Siendo mío.

Sarlby tiró la mano por ahí y sacudió la maleta para vaciarla en el suelo polvoriento.

—Son solo papeles —gruñó, levantando un fajo de documentos.

La Jueza empezó a hojearlos a la titilante luz de uno de los fuegos.

—Escrituras y contratos y no-sé-qué-coños legales. —Se puso a soltarlos en las llamas, y el papel cubierto de arremolinada caligrafía se ennegreció y se enrolló al quemarse—. No valdrán una mierda cuando llegue el Gran Cambio, ¿eh? —Y sonrió a Broad mientras dejaba que el resto resbalara de sus dedos al fuego—. Cuando nuestros buenos amigos los Brock derroquen al rey, decidiremos desde cero quién posee qué, quién debe qué.

Broad se quedó de pie mirando el cadáver del banquero, que tenía los ojos un poco bizcos como si no aprobara del todo la herida abierta de su coronilla. Le pareció algo que había presenciado, no algo que hubiera hecho él mismo. Volvió a llevarse la mano a la cabeza. Le dolía más que nunca. Mierda, necesitaba una copa. Pero sabía que nunca ayudaban. Más bien lo contrario.

—Mírate, pobrecito. —Notó que la Jueza le cogía la cara y la movía hacia ella hasta no dejarle más remedio que mirarla a los ojos brillantes—. Estará bien, estará mal,

qué he hecho y bla, bla, puto bla. Has hecho peores cosas a mejores hombres, no me cabe duda, pero la verdad es que no hay respuestas a esas preguntas que signifiquen nada. Cuanto antes empieces a dejar de fingir y te quites esas gilipolleces de encima para siempre, mejor para ti, mejor para mí, mejor para todos.

—Tengo que irme —susurró Broad. Había jurado que no más líos—. Tengo que decir a lady Savine… que envíe más armas. —Como si eso hubiera cambiado las cosas a mejor alguna vez—. Se lo debo. —Ni siquiera tenía muy claro a quién hablaba—. Salvó a mi familia.

—Qué historia tan bonita. Que la ponga en su próximo puto panfleto. —La Jueza recogió el sombrero del oficial y sacó hacia fuera la abolladura que le había hecho Broad—. Pero no intentes embaucar a una embaucadora. No creo que te importen una mierda tus deudas. O ni siquiera tu familia. Creo que sabes que viene pelea y no soportas la idea de que te dejen fuera. Creo que eres como yo. —Se puso el sombrero en la maraña de pelo, hacia atrás, y abrió mucho los ojos—. Solo eres feliz cuando te manchas de sangre.

Broad siguió de pie mirando. La mejor jueza de carácter, había dicho. Conocía a los hombres mejor que ellos mismos.

—¿Qué hacemos con estos? —estaba preguntando Sarlby, mirando ceñudo a los muertos con los brazos en jarras.

—Somos Quemadores, ¿no? Ante la duda, quemadlo. —La Jueza indicó a Broad que se marchara con un gesto regio de la mano manchada de sangre—. Hazlo a tu manera. Dile a tu adorada Lady Savine que trato hecho. Yo hablaré con el Tejedor. Saldrán mensajeros hacia cada grupo de Rompedores de la Unión. El último día del verano, el rey se va a encontrar con una rebelión que hará que lo de Valbeck parezca una fiesta de cumpleaños. —Hizo un mohín con los labios—. Casi me da pena el pobre cabrón. No le quedarán amigos para combatir al Joven León. Venga, largo de aquí.

—¿Y ya está? —susurró Broad.

—Si me importa alguna cosa, es la libertad. ¿Para qué quieres un puto toro si no lo sueltas de sus cadenas? Los dos sabemos que volverás. —Le dio la espalda, le envió una sonrisa taimada sobre el hombro y se levantó el sombrero del muerto en saludo—. Algunos hombres no pueden evitarlo.

Un encuentro con el destino Savine había vistos varios desfiles con sus padres y nunca le habían gustado mucho. Siempre le habían

parecido una sucesión de ridiculeces pomposas, y que su padre protestara por la pérdida de tiempo y dinero tampoco los hacía más atractivos.

Pero tuvo que reconocer que estaba disfrutando de ese.

Al rayar el alba, el ejército de Angland marchó a través de Ostenhorm hacia los muelles, donde la inmensa mayoría de las embarcaciones de la provincia estaban incautadas para ser utilizadas como transportes, y el puerto era una espesura de mástiles que cabeceaban. El sonido de los tambores, el silbido de las flautas, el bramido de los sargentos, el trum, trum, trum de las botas. La brisa salada hacía ondear banderas cosidas de viejas victorias, el sol naciente resplandecía en el equipo recién fraguado en las armerías propiedad de Savine.

Y además allí estaba Leo, el glorioso plato fuerte de todo aquel boato. Estaba por completo en su elemento, imponente en su uniforme gris oscuro y su peto bañado en oro, con leones rugiendo cosidos a su capa. Como a la llama de una vela en una habitación oscura, todas las miradas se veían atraídas hacia él, todo vítor y saludo militar se enviaba en su dirección. Cabalgaba sin cesar arriba y abajo en su resoplante caballo de guerra, como si un momento quieto fuese un momento perdido, cruzando bromas con los hombres, metiéndoles prisa, levantándose en los estribos y agitando la mano para animar a cada compañía a subir a bordo.

—Qué bien se ven, ¿verdad? —preguntó, tirando de las riendas para detenerse a su lado, contemplando las columnas que pasaban como una chica a su pretendido—. Se ven de maravilla.

—Casi tanto como su general —dijo ella, lanzándole una mirada de reojo.

Él extendió el brazo y le puso una mano delicada en la barriga.

—Te amo.

Savine parpadeó. La verdad era que solo había amado a un hombre, y era contra el que iban a la guerra. El amor traía mala suerte. Era un lastre. Sonrió, apretó la mano contra la de él y sintió que el bebé de los dos se movía debajo de ella.

—Yo también te amo —dijo, y le cerró la boca con un beso.

Había mucho que apreciar en Leo, al fin y al cabo. Sobre todo encabezando un ejército. Pero había algunas tareas para las que no estaba cualificado.

—¿Dónde se habrá metido Jurand? —preguntó mientras se separaban—. Fue quien organizó casi todo esto. —Antaup estaba riendo con un grupo de oficiales y Jin

Aguablanca se había quitado la armadura para ayudar a cargar toneles en un transporte. Pero no vio a ninguno de los otros amigos de Leo. Lo normal era que requiriese un esfuerzo heroico separarlos de su lado—. ¿Y Glaward? Se suponía que…

—No van a venir —dijo Leo, y contrajo una y otra vez los músculos de la mandíbula.

Savine suspiró.

—¿Tuvisteis alguna riña en Sipani? —Podían ser como un grupo de colegialas con sus piques—. En serio, Leo, nos hace falta hasta el último hombre, y Jurand más que nadie, porque necesitas a alguien a tu lado que…

—¿Que tenga cerebro? —refunfuñó Leo entre dientes.

«Que no cague la cama en una crisis» era lo que quería decir, pero con Leo de aquel humor, se conformó con: —Que tenga la cabeza fría y un don para la organización. No puedes permitir que la primera tontería de…

Leo gruñó cada palabra con iracunda precisión.

—*No* van a venir.

—¡Leo! —Fue casi un chillido, y a Savine se le cayó el alma a los pues. Lady Finree estaba abriéndose paso entre los perplejos espectadores que se habían congregado junto al camino.

El joven teniente al que habían encargado que la vigilara corría detrás de ella, rojo de vergüenza.

—He intentado que no viniera, excelencia, pero…

—¿Qué está pasando, Leo? —La suegra de Savine parecía pálida, y asustada, y mucho más mayor que cuando se habían conocido, sobre todo con su hijo montado tan arriba en aquel caballo tan tan alto—. Esto debe de ser medio ejército de Angland.

—Entero.

—Pero… ¿adónde va?

—A la guerra, madre. ¿Dónde si no va a ir un ejército?

—Leo, me ha llegado el rumor… —Bajó la voz a un susurro horrorizado—. ¡De que pretendes luchar contra el Consejo Cerrado! —Puso una sonrisa desesperada y frágil—. ¡Dime que no es verdad!

Hubo un silencio.

—¡Han ido demasiado lejos! —exclamó Leo—. Alguien tiene que plantar cara a esos cabrones.

Lady Finree miró hacia Savine, que se cuidó de no cruzarle la mirada, sintiendo solo una mínima pizca de remordimiento por el elaborado engaño al que había sometido a la mujer.

—Leo, no puedes querer… —Tiró con debilidad de su rodilla, de su silla de montar—. Esto es una revuelta armada. ¡Esto es alta traición!

Savine sintió un escalofrío trepándole por la espalda. Como si, a pesar de sus largos preparativos, al no haber pronunciado nadie nunca las palabras, no hubiera acabado de darse cuenta de lo que estaban tramando. Y la sensación se le hizo aún más gélida cuando reconoció otro rostro familiar. Yoru Sulfur, aquel humilde representante de la Orden de los Magos, serpenteando entre la muchedumbre hacia Lady Finree.

—¡Esto es patriotismo! —restalló Leo.

—Por los Hados, ¿quieres escucharte? ¡No lo entiendes! —Finree bajó la voz y sus ojos se desviaron nerviosos hacia Sulfur y de vuelta—. Se dieron unas garantías para traernos donde estamos. Para ponerte donde estás. —Bajó más la voz—. Hice promesas a Bayaz.

—¿Bayaz? ¿Qué cojones tiene que ver él con nada?

—Todo —dijo Sulfur, mirando muy directamente a Savine.

Recordó al Primero de los Magos ofreciéndole una estatua en la vía Regia. Mencionando asociaciones provechosas y sana competencia. Diciéndole que reconocer la propia ignorancia era el primer paso hacia la iluminación. Y recordó haber prometido a su padre que no tendría nada que ver con aquel hombre.

—¡Aún no es demasiado tarde! —estaba suplicando Finree—. Puedo escribir al rey, podemos apelar a su piedad…

Leo dio un siseo asqueado y volvió su caballo, haciendo que su madre se apresurara a retroceder y casi cayera en brazos de Sulfur.

—Ya me he humillado bastante ante ese necio. Viene siendo hora de que cambiemos de puesto.

Lady Finree miró los hombres que marchaban, con una delgada mano agarrándose el pecho del vestido, y luego se acercó de nuevo, muy poco a poco, al caballo de Leo.

—Leo, por favor, escúchame. Eres un gran luchador. Eres un gran líder. Por supuesto que lo eres, pero…

—¿Pero qué, madre?

—¡No eres un general!

—¡Me parece recordar no sé qué batalla en la Colina Roja! —vociferó él, con las mejillas rojas de furia—. ¡Cambié las tornas cuando nadie más podía hacerlo!

—¡Encabezaste una carga! —Lady Finree cogió las riendas de la montura cerca del bocado—. ¡Organizar un ejército es algo muy distinto! Déjame ir contigo por lo menos. Déjame…

—¡No! —Leo le arrancó las riendas de la mano—. Ya me has retenido a tu sombra bastante tiempo. ¡Ahora es mi momento!

Y espoleó al caballo para salir como una exhalación.

—Me pregunto cuánto tiempo va a durar su momento —murmuró Sulfur, negando suavemente con la cabeza.

Finree pasó la mirada de él a Savine. Parecía tan desconsolada que resultaba difícil mirarla a los ojos.

—¿Habéis pensado en lo que estáis arriesgando? ¿Habéis pensado en lo que pasará si perdéis?

—No hay nada en lo que haya pensado más —respondió Savine. Salvo en lo que pasaría si ganaban, claro. Ya tenía planeados casi todos los detalles de su coronación.

—Habrá gente herida. —Las lágrimas en los ojos de Finree decepcionaron a Savine. De verdad que estaba dilapidando todo el respeto que pudiera haberle tenido alguien—. ¡Morirá gente!

—Y mi maestro estará muy contrariado —añadió Sulfur.

Savine lo miró altiva.

—Como dijo mi padre una vez, si quieres cambiar el mundo, a veces primero tienes que quemarlo.

—¡Pero *Bayaz* ! —suplicó Finree—. Nuestro acuerdo…

—Me cago en Bayaz. No llegué al lugar que ocupo en la vida a base de pagar los intereses de deudas ajenas. —Savine chasqueó los dedos a un ayudante de Leo—. Escolta a lady Finree y a su amigo de vuelta a la residencia del lord gobernador. Y encárgate de que no interfieran.

—Excelencia.

—¡Leo, por favor! —chilló Finree mientras se la llevaban por la fuerza—. ¡Savine!

Pero Savine ya había vuelto su caballo hacia los barcos y le chasqueó con la lengua para que echara a andar.

La chica no pasaría por mucho de los dieciséis años, pero sabía pisar el suelo, eso desde luego. Tenía unos hombros anchos y recios, unas caderas anchas y recias y una mandíbula ancha y recia que se empeñaba en apuntar hacia Escalofríos por mucha altura que le sacara, en ese caso bastante considerable porque ella no era alta. Plantó la contera de una vieja lanza en el suelo delante de él, con sus anchos y sólidos nudillos blancos aferrando el asta oscurecida por el tiempo.

Él la miró sin alterarse.

—¿Hola?

—Quiero hablar con Rikke —gruñó ella.

Escalofríos hizo una indicación con la mano.

—Ahí la tienes.

—¿A quién, a ella?

—No —dijo Isern-i-Phail—. Rikke es la otra mujer tuerta que hay con runas tatuadas en la cara. Pues claro que es ella, chica, ¿quién coño podría ser si no?

—Vaya —gruñó la chica mientras se acercaba a Rikke—. Eres más joven de lo que esperaba.

—Dame tiempo —dijo Rikke—. Ya envejeceré.

—O te matarán —apuntó Isern.

Rikke suspiró.

—Siempre está intentando animarme. Eres un pozo de alegría, Isern.

—¿Tú eres Isern-i-Phail? —preguntó la chica, con el labio aún más arrugado.

—No —respondió Rikke—. Isern es la otra montañesa mellada que hay con tatuajes en la mano y collares de huesos de dedo. Pues claro que es ella, chica, ¿quién coño podría ser si no?

—Sois las dos bastante chistosas, ¿eh?

—Si desayunas sonrisas —dijo en tono monótono Escalofríos, con el rostro pétreo—, cagarás júbilo a la hora de comer.

—Y ahora, ¿nos podrías decir quién eres tú y qué quieres? —preguntó Rikke.

—Soy Corleth. —La chica frunció el ceño a Rikke, luego a Isern y luego a Escalofríos, como retándolos a llamarla mentirosa—. Y quiero *luchar* . —Ladró la última palabra como una maldición. A Rikke le recordaba a esos perros pequeños con tanta mala leche que se enfrentan a lo que sea, da igual su tamaño.

—Pues lucharás. Necesitamos todas las lanzas que podamos reunir. ¡Dadle un escudo a esta chica! —gritó a un herrero, y Corleth se marchó pavoneándose con su ancha mandíbula surcando el aire, toda ufana de ser una guerrera.

—No me gusta la pinta que tiene esa chica —dijo Isern con los ojos entornados.

—A ti no te gusta la pinta que tiene nadie —replicó Rikke—. Lo que pasa es que le envidias su juventud y sus caderas fuertes.

Isern apoyó la mano en sus propias caderas, que no eran gran cosa.

—Soy como la luna me quiere y yo no le veo nada de malo desde aquí.

Rikke dio un bufido.

—Vas recta para abajo como una salchicha, y de las poco embutidas.

—Mira quién habla, Rikke la Flacucha. Se te cayó hasta el último pellizco de carne cuando fuiste a ver a la bruja. Ahora eres como una cabeza clavada en una lanza, pero sin las moscas. Sin la mayoría de las moscas, al menos.

Y estalló en carcajadas.

—Serás grosera —dijo Rikke, pero un golpe de mala suerte quiso que tuviera que espantar una mosca en ese preciso instante. Decidió imponerse a las adversidades como debía hacer una líder y se volvió para contemplar la congregación.

Rikke había hecho la llamada casi dando por sentado que nadie le haría caso, pero había respondido todo el mundo y más. Habían llegado primero en un goteo, luego a raudales y al final en tromba desde todos los pueblos, granjas y cabañas de leñadores del Protectorado. Los herreros y los flecheros de Uffrith se habían dejado las manos trabajando a lo largo de las últimas semanas para armar a la gente, y luego se habían encasquetado unos yelmos ellos también para unirse a la multitud. Algunas mujeres de la ciudad hasta se habían tomado un descanso de cotorrear en el pozo para coser a Rikke un estandarte propio. Un gran ojo, con runas alrededor como las que llevaba tatuadas en la cara. El ojo largo sobre campo rojo, mirando lo que estaba por venir. Ondeaba y latigueaba contra su palo detrás de Rikke, contemplando el mayor levantaarmas que había visto Uffrith jamás.

—¿Estás segura de esto? —murmuró Escalofríos—. No es demasiado tarde para recular.

Rikke lo miró adusta.

—No te tenía por un reculador.

Escalofríos se encogió de hombros sin más. Era un hombre difícil de ofender. A lo mejor, vivir con una herida como la suya hacía que las palabras duras pareciesen inofensivas.

—Soy de los que se apuntan a lo que vaya a funcionar.

—Bueno, tú eres un hombretón, así que no puedes entenderlo. Cuando eres pequeña, tienes que aceptar riesgos y saltar sobre las oportunidades. Puede que no volvamos a tener otra oportunidad como esta.

Escalofríos miró ceñudo a los guerreros congregados y asintió despacio.

—Sí, supongo.

—Eso y que… —Rikke se acercó a él y le dio un codazo en las costillas, que era como dárselo a un tronco de árbol—. Va a salir bien. —Bajó la mejilla para que su ojo izquierdo asomara hacia Escalofríos—. Lo he visto. Y ahora prepáralos, que voy a discursear.

—¿De verdad lo has visto? —le murmuró Isern al oído.

—Lo único que sabéis es lo que digo que he visto. Y digo que lo he visto.

Isern parpadeó.

—Así es el ojo largo.

—¡Escuchad! —estaba exclamando Escalofríos, pero su voz ronca no tenía mucha fuerza y nadie lo oía—. ¡Escuchad!

La segunda vez le salió incluso más baja que la primera. Volvió a coger aliento.

—¡Abrid las orejas, putos gusanos! —chilló Isern-i-Phail, tan alto que Rikke se sobresaltó al oírlo.

Pero se hizo el silencio y todos se volvieron hacia ella. Cuántas caras abarrotando la plaza y las calles de alrededor. Jamás había visto a tantos de los suyos reunidos en un solo lugar. Eran más de los que había pensado que tenía. Le alegró el corazón ver que acudían tantos obedeciendo su orden. Mientras subía al muro y se colocaba al lado de Isern, Rikke pensó en lo orgulloso que habría estado su padre y se le hizo un nudo en la garganta. Echó atrás la capucha que se había hecho con la tela roja de Savine y trató de dar un poco de vida con las uñas a su pelo aplastado.

—¡Sabéis que soy de los vuestros! —chilló, con la voz algo quebrada—. Reconozco que tengo una pinta un poco rara últimamente, y puede que sea un poco rara, pero sabéis que soy de los vuestros. Nací en Uffrith. Me crié en Uffrith. Quiero morir en Uffrith. Espero que para eso último todavía falte un poco. —Hubo unas risas,

un hurra o dos y algunos brindis. Rikke los acalló con un gesto—. ¡Mi padre hizo todo lo que pudo para que este lugar siguiera siendo libre!

—¡Sabueso! —rugió alguien, y llegaron hasta la muralla respetuosos murmullos de su nombre repetido.

—Luchó toda su vida para que pudiéramos elegir nuestro camino. Pero aquí estamos, todavía atascados entre la Unión y el Norte. Es como si tuviéramos un pie en cada barca, pero ahora la corriente se lleva a cada una en una dirección distinta y, si no saltamos a una o a la otra, igual acabamos partidos en dos. —Hizo una mueca y se agarró la entrepierna—. ¡Y por la parte más sensible! —Eso provocó más risas. Hazlos reír y ya tienes media partida ganada, le decía siempre su padre.

»¡Pero ahora tenemos la oportunidad de ganarnos la verdadera libertad! —Extendió el brazo, como si hubiera algo en el aire que casi pudiera agarrar—. ¡Está ahí! ¡Justo delante de nosotros! ¡Lo único que necesitamos son los redaños para cogerla! Y lo haremos. Sé que lo haremos. —Hizo un anillo con el índice y el pulgar, lo subió a su ojo izquierdo y los miró con intensidad a través del hueco—. ¡Lo he visto!

Arrojó los brazos hacia el cielo y toda aquella gente levantó sus lanzas al aire y rugió con una sola voz, todos unidos en aquella grandiosa aventura. Dispuestos a arriesgarlo todo para que no se escapara esa oportunidad. Seguían dando vítores cuando Rikke saltó del muro.

—Buen discurso —graznó Escalofríos, acariciándose la garganta irritada.

—Sí —murmuró Rikke—, pero nadie ha muerto nunca por hablar de una buena batalla. —Se frotó el cuello como si pudiera sacudirse los nervios que se habían acumulado allí—. Librarla es otra cosa.

La lluvia había empezado a caer poco después del alba, escupiendo a las multitudes apiñadas de guerreros. Guerreros de todos los rincones del Norte donde se llamaba rey a Stour Ocaso. Lo cual venía a significar el Norte entero.

Había siervos de aspecto duro con cuero tachonado y lanza o arco. Había carls de aspecto recio con brillante malla y hacha y escudo. Había Mejores Guerreros con yelmos y empuñaduras y sillas de montar que relucían enjoyados. Había hombres indómitos del norte más lejano con pieles y pintura de guerra. Había salvajes del otro lado del Crinna con sus estandartes combados de hueso y piel. Había miles de cabronazos.

Llevaban semanas llegando a los campos que rodeaban Carleon. Desde la azotea del baluarte, Trébol veía la mancha fangosa de sus campamentos extenderse hasta el extremo opuesto del valle. Pero el último día del verano se aproximaba deprisa y los campamentos ya estaban vaciándose, regueros de hombres que confluían formando

arroyos hacia el camino del sur, donde se convertían en un caudaloso río. El acero relucía mojado por la llovizna, y aquí y allá ondeaban sobre la masa de gente los estandartes de un jefe guerrero u otro.

Stour contemplaba aquel todopoderoso revoltijo con los brazos cruzados, asintiendo como un panadero al ver que la masa crecía exactamente como él deseaba.

—¿Habías visto alguna vez un levantaarmas como este, eh?

Trébol se encogió de hombros.

—He visto unos cuantos y, así a grandes rasgos, venían a ser como este. Montones de hombres presentándose con armas. Para eso se hace.

Stour le lanzó una mirada fulminante.

—Me refería a si habías visto alguno tan grande.

—Reconozco que este es el más grande.

Aparte de cuando Bethod fue a la guerra contra la Unión. O de cuando la Unión fue a la guerra contra Dow el Negro. Pero Trébol dudaba que Stour quisiera oír eso y, cuando uno ha visto a un hombre matar de hambre en una jaula a un pobre desgraciado tras otro, se vuelve bastante perceptivo a las cosas que ese hombre quiere oír y las que no. Lo cual Trébol supuso que era el objetivo de la práctica.

—Vamos a dar una lección a esos hijos de puta de la Unión —gruñó Stour—. Y en su propio territorio, esta vez. Nunca habías luchado en Midderland, ¿a que no?

—No.

Trébol no se molestó en decir que los hombres solían luchar con más ahínco en su propio territorio. Dudaba que Stour quisiera oír eso tampoco.

Para ser sinceros, no estaba nada seguro de por qué lo mantenía a su lado el joven rey de los norteños. A Trébol le gustaba pensar que lo veía como una especie de noble mezcla entre guardaespaldas, consejero y mentor. En realidad, lo más probable era que su papel tendiese más al de bufón. Pero ¿qué podía hacer uno sino interpretar el papel que se le asignaba?

—¿Estás decidido a hacer esto, entonces? —Calder el Negro coronó la escalera y salió a la azotea del baluarte, su pelo entrecano pegado al pálido ceño por la lluvia. Parecía más agrio a cada día que pasaba. Como leche dejada al sol.

Stour extendió los brazos para abarcar la inmensa hueste.

—¡Se decepcionarían mucho si ahora los envío a casa!

—He tenido una visita de maese Sulfur. —Calder se frotó preocupado la barba canosa de unos días. Llevaba supurando preocupación, incertidumbre y desprecio

sobre todo el asunto desde que había llegado el primer hombre—. No está nada contento con esto. Y eso significa que su maestro tampoco estará nada contento.

Stour rebufó.

—Menos mal que mi tarea no es contentar a los magos. Sería un puto empleo de lo más frustrante, ¿eh, Trébol?

—Supongo —murmuró Trébol, que ya encontraba bastante frustrante contentar a los reyes.

—Cuidarás bien de todo aquí mientras yo no esté —dijo Stour, poniendo una mano a su padre en la espalda.

—Ya me las apañaba antes de que llegaras —replicó Calder, sacudiéndose la mano—. Aunque no me has dejado mucho con qué cuidar nada. —Y miró por el mojado baluarte hacia el puñado de ancianos, chavales imberbes y tullidos heridos en batalla que defenderían el Salón de Skarling mientras su rey se marchaba a sacar brillo a su leyenda.

—Necesito a los hombres. Combatir a la Unión nunca ha sido fácil.

Eso era cierto. Bethod, Dow el Negro, Scale Mano de Hierro… todos lo habían averiguado por las malas. La Unión llevaba muchos años superando a hombres que superaban a Stour Ocaso.

Stour pareció adivinar por dónde andaban los pensamientos de Trébol y le lanzó uno de esos guiños ladinos de reojo que hacía, como si todos compartieran el mismo y divertido secreto.

—Pero nunca antes habíamos tenido a Angland en nuestro bando.

—Teníamos al Primero de los Magos en nuestro bando —refunfuñó Calder, agriándose incluso más si era posible—. Inclinando todas las balanzas. Cargando todos los dados.

—Cuando quise su ayuda, me dijiste que no merecía el precio a pagar.

—Te dije que no te endeudaras con él. No te dije que le escupieras en el ojo. —Calder negó con la cabeza, sombrío—. No comprendes lo que es él.

Comprender las cosas era problema de otra gente, por lo que respectaba al Gran Lobo. Hizo un siseo medio de aburrimiento, medio de rechazo.

—¿Cuándo te volviste un puto viejo amargado, padre? ¡Oyéndote protestar, nadie diría que conquistaste el Norte!

Calder habló en voz baja.

—Lo conquisté con la ayuda de Bayaz. Igual que Nueve el Sanguinario. Igual que mi padre. Si Bayaz empieza a ayudar a otros…

—¡Pues lucharé contra ellos y ganaré! —bramó Stour enseñando los dientes. Entonces el sol salió, asomando por un hueco en la nube, y llevó un centelleo a los hombres que marchaban—. ¡Mira eso! —Había un arcoíris en el camino del sur hacia Ollensand—. Es un buen presagio, me parece a mí. ¡Un arco que atravesaremos en nuestra marcha hacia la victoria!

Hubo hurras al oírlo por parte de los Mejores Guerreros que estaban en el baluarte, y armas agitadas al aire, y vítores al Gran Lobo. Nadie mencionó la característica de los arcoíris que vino al instante a la mente de Trébol: que puedes marchar hacia ellos todo el tiempo que quieras pero nunca llegarás a los muy hijos de puta.

Calder dio un suspiro contrariado mientras miraba al rey de los norteños dirigirse a la escalera con arrogancia.

—Que los muertos me salven de los putos jóvenes.

—No hay manera de evitarlos, por desgracia —murmuró Trébol—. Cuanto más viejo te haces, más de ellos hay.

Como de costumbre, su ingenio cayó en saco roto. Calder estaba mirándose con hosquedad los puños, apretados sobre las piedras grises del parapeto.

—Aquí fue donde Nueve el Sanguinario mató a mi padre.

—Mmm.

Trébol lo recordaba bastante bien. Había sostenido un escudo en aquel duelo, entre el Sanguinario y el Temible, antes de llamarse siquiera el Escarpado, no digamos ya Trébol, cuando era un joven capullo lleno de fuego.

—Y su sueño de un Norte unido murió con él.

—Mmm.

Trébol recordaba los crujidos mientras el cráneo de Bethod quedaba hecho papilla. El golpe de su cuerpo al caer en el círculo.

—Durante treinta años, he intentado avivar ese sueño otra vez. Lo he soplado con cada uno de mis alientos. Estamos muy cerca, Trébol. Una victoria más.

Trébol tenía sus dudas al respecto. Había visto bastantes victorias y eran como las falsas cimas de una gran montaña. Ponías todo el empeño en alcanzarlas, seguro de que por fin culminarías la escalada y, en cuanto llegabas, había otra más allá. Ninguna pelea era nunca la última. Ninguna victoria era nunca definitiva. Pero Calder el Negro

estaba haciéndose mayor. Quería asegurar su gran legado antes de volver al barro. Así podría engañarse a sí mismo diciéndose que no se vendría abajo a los pocos momentos.

Calder cogió a Trébol por el brazo. Tenía bastante fuerza, para lo flaco que estaba.

—Tienes que cuidar de él, ¿me has entendido?

—Mmm.

—Es el futuro.

—Mmm.

—Puede que no nos guste. Puede que él no lo merezca.

—Mmm.

—Pero es el futuro, y el futuro debe protegerse.

Trébol pensó en aquella jaula del Salón de Skarling.

—¿Cómo se protege a un hombre de sí mismo?

—Aprenderá, con el tiempo.

Trébol también tenía sus dudas al respecto de eso. Tarde o temprano, uno tenía que dejar de esperar que la gente se plegara a sus planes y empezar a plegar sus planes a la gente que tenía. Pero supuso que Calder había trabajado tanto tiempo en sus planes que al final se habían hecho duros, y frágiles, y quebradizos. Así que se limitó a dar otro «Mmm». Era un aporte a las conversaciones que funcionaba en cualquier circunstancia. El oyente podía escuchar lo que quisiera en él.

—Si las cosas se ponen feas por allí, haz lo que tengas que hacer, ¿me has entendido? Tráelo con vida. Hazlo y te recompensaré.

—Mmm —dijo Trébol una vez más—. Bueno, siempre me ha gustado que me recompensen.

Y echó a andar hacia los peldaños para unirse al gran ejército del Norte.

La tienda de mando de Orso era, siendo generoso, un desastre. De hecho, teniendo en cuenta que Hildi y un grupo de soldados perplejos aún no tenían claro cómo levantar la mitad de ella, y teniendo en cuenta que Orso no había sabido nada sobre mandar soldados un año antes en Valbeck y no había aprendido nada desde entonces, podría afirmarse que aquella tienda de mando no era ni tienda ni de mando.

Los mensajeros, exploradores y ayudantes de campo la cruzaban confundidos, pisoteando fango, tropezando con los vientos y rasgando lonas. Orso apenas sabía

siquiera lo que era un ayudante de campo, y tenía a una docena de aquellos mamones. El ajetreo le recordó a una boda celebrada en un salón demasiado pequeño, salvo porque los invitados estaban montando en pánico y eran casi todos hombres.

El general Forest ladraba órdenes, intentando imponer un poco de cordura. El archilector Pike se tocaba la barbilla derretida, intentando cribar la verdad de informes contradictorios. El cabo Tunny lo veía todo desde una silla plegable de campaña, con el Estandarte Firme apoyado junto a él y un aire de entendida diversión que Orso encontraba particularmente ofensivo.

—Majestad —estaba diciendo Hoff con voz aduladora, mientras hacía su característico estrujamiento de manos—, querría que os plantearais regresar al Agriont, donde podéis ser protegido y…

—Eso está descartado —lo interrumpió Orso—. Creedme, lord chambelán, preferiría con mucho estar en mi cama que en mi silla de montar, pero esta rebelión es como un fuego en una destilería. Si no se apaga a pisotones sin demora, se extenderá. Y debe vérseme a mí apagándola a pisotones.

—Entonces, ¿todo esto es por las apariencias? —preguntó Vick en voz baja.

—Para un rey todo es por las apariencias —dijo Orso—. Una interpretación interminable sin oportunidad de bises y, desde luego, sin aplausos. Hildi, tienes mi armadura, ¿verdad?

—Pues claro —masculló ella, sin apartar la mirada de la confusión de cuerdas.

—No pretenderéis… luchar, ¿verdad, majestad? —Hoff parecía haber palidecido.

—Joder, no. Pero sí que pretendo tener el aspecto de que podría hacerlo.

Hubo un estrépito cuando un mensajero tropezó, dio contra una mesa y los mapas enrollados salieron despedidos por toda la tienda.

—¡Ya basta! —gritó Orso—. Forest, Pike, Tunny, Teufel y Hoff, quedaos. Todos los demás, fuera. —No le habría importado expulsar también a un par de las personas que había nombrado, pero supuso que necesitaba toda la ayuda que pudiera procurarse—. Gorst, que nadie nos moleste.

—Edo… —farfulló Hildi alrededor de una soga que sostenía entre los dientes mientras intentaba atar otras dos.

—Tú también. ¡Fuera!

Hildi se encogió de hombros, soltó las cuerdas y, con un ligero aleteo, una pared de la tienda se hinchó y poco a poco se derrumbó al suelo. Era una metáfora adecuada para la campaña de Orso hasta el momento, en su opinión. Habló entre dientes apretados.

—Ocupémonos de una cosa detrás de otra. Eminencia, ¿hay alguna señal de los rebeldes?

—Ningún avistamiento fiable hasta ahora, majestad —respondió Pike—, pero tenemos ojos en todas las playas, bahías y embarcaderos. Si lord Heugen nos dijo la verdad, esperamos que desembarquen mañana.

—¿Los Rompedores han dado algún problema? Como decidan actuar ahora, van a pillarnos con los pantalones bajados.

Pike miró hacia Vick, que estaba de pie cruzada de brazos. La inquisidora negó con la cabeza.

—Todo tranquilo, majestad —dijo Pike—. Aún no se han recuperado del golpe que les dimos en Valbeck.

—Ojalá me lo creyera —replicó Orso—, pero me da la impresión de que ese golpe solo los cabreó más. ¿Qué hay de nuestras propias fuerzas, Forest?

—Tenemos unos nueve mil efectivos, incluyendo la resucitada División del Príncipe Heredero.

—Excelente decisión la de reclutar tropas en secreto, majestad —intervino Hoff—. ¡Podría haber salvado la Unión!

—No adelantemos acontecimientos —dijo Orso.

—¡Habrá miembros del Consejo Abierto que se hayan mantenido leales, estoy seguro! He enviado cartas exigiéndoles su apoyo.

—Dudo que vayan a darse de bofetadas por ayudar.

—Es posible que haya insinuado que las haciendas de los rebeldes se repartirán entre los leales…

Orso enarcó las cejas.

—Puede que al final sí que se den de bofetadas.

—La Guardia Real está convergiendo aquí desde todos los confines de Midderland. —Forest recogió del suelo un mapa y lo extendió sobre la mesa enderezada—. Deberíamos reunirnos con dos regimientos de infantería mañana. Y el mariscal Rucksted nos trae cuatro de caballería desde Keln, pero no hay forma de saber si llegarán a tiempo.

—Esa caballería podría decantar la guerra.

—Tenemos que prepararnos, majestad —dijo Hoff—. Pisar con cautela. Ganar tiempo. Reunir tantas tropas como podamos.

—Pero el mejor momento para atacar sería pronto —gruñó Forest, recorriendo la línea serpenteante que era la costa norte de Midderland con un grueso dedo—. Antes de que aseguren una posición. Por lo que sabemos, ellos también recibirán sus propios aliados.

—Así que tenemos que esperar —dijo Tunny—, pero también actuar de inmediato.

Hubo una pausa mientras todos meditaban sobre aquello. Orso bufó.

—¿Alguna otra cosa?

—El ex lord mariscal Brint se niega a cooperar —informó Pike sin la menor emoción en el tono.

Orso negó con la cabeza.

—Siempre es el último que te esperas. ¡Pensaba que ese hombre era una roca! Imaginativo como una roca, pero también sólido como una. Mi padre y él eran viejos amigos.

—No obstante, es un traidor. Podría convenir que demostráramos resolución y…

—Odio los putos ahorcamientos —restalló Orso—. Quizá deberíamos demostrar piedad para variar.

—Lleva meses revelando secretos a vuestro enemigo.

—Pues que siga haciéndolo —dijo Vick.

Orso la miró arrugando la frente.

—Está encerrado bajo llave en el Pabellón de Interrogatorios, ¿verdad?

—Aguardando la justicia del rey —dijo Pike con voz chirriante.

Vick levantó los hombros.

—Eso Brock no lo sabe. Podría ir yo a llevarle un mensaje.

—¿Un mensaje que diga qué? —preguntó Hoff.

—Que diga que el Consejo Cerrado se ha vuelto contra sí mismo. Que la Guardia Real está desperdigada y distraída y que no encontrará oposición. Que diga que Su Majestad ha puesto pies en polvorosa a Gurkhul acompañado solo por su portaestandarte.

—Su portaestandarte tiene más sentido común que eso — musitó Tunny.

—Que diga lo que vos queráis.

Orso dio vueltas a la idea y una singular sonrisa empezó a extenderse por su cara.

—¿Sabes, inquisidora? Estás empezando a caerme pero que muy bien.

Forest carraspeó.

—Majestad, si eso es todo, de verdad deberíamos… —Señaló con el mentón hacia la teórica entrada de la tienda, donde Gorst estaba conteniendo una sudorosa, espantada e impaciente horda de mensajeros.

Orso suspiró.

—Muy bien. Abrid las compuertas.

Cuando la quilla del barco chirrió contra la gravilla, Leo saltó al oleaje. Seguramente vadear una docena de pasos por el agua helada no sería lo mejor para su pierna, pero ardía en deseos de ser el primero en pisar la costa. Llevaba demasiado tiempo prisionero tras un escritorio, enjaulado en salones de baile y cámaras de consejos, encadenado por modales y normas. Había llegado el momento de la *acción* . ¿Y qué sentido tenía un líder, a fin de cuentas, si no lideraba? Dirigir las cosas desde una silla lejos del frente era para el rey Orso y los de su calaña, no para el Joven León. El cuartel general de Leo estaría en la silla de montar. En la punta de la lanza. ¡Donde se derramaba la sangre y se obtenía la gloria!

No era el tramo de costa más glorioso del mundo, tuvo que reconocerlo, cuando sus botas inundadas por fin llegaron crujiendo a la playa y pudo descansar su pierna dolorida. Una enorme curva gris de fría gravilla, y luego una enorme curva amarilla de hierba castigada por el viento, y luego dunas marrones y árboles enjutos y encorvados, con unas pocas aves solitarias flotando en la brisa como único rastro de vida. No había multitudes vitoreantes esperando a celebrar su liberación de la tiranía del Consejo Cerrado.

Pero Leo se dijo que eso era bueno. El plan era desembarcar en secreto. Que no hubiera nadie a la vista era un éxito.

—¡Jin! —llamó mientras el norteño llegaba trotando a la playa junto a él. Una presencia sólida, nadie más fiable que él—. Organiza unos piquetes mientras los hombres desembarcan. ¿Antaup?

—¿Excelencia? —Antaup se apartó aquel rizo de la cara y el viento lo devolvió allí al instante. Un buen amigo, del que Leo estaba absolutamente seguro de que le gustaban las mujeres.

—Envía grupos de exploradores, que se desplieguen y vean si pueden contactar con Isher y las demás tropas del Consejo Abierto. ¿Dónde tenía que desembarcar Stour?

—Si ha tenido suerte con el tiempo, creo que... como a unos kilómetros hacia ahí.

—¿Y Rikke?

Antaup infló los carrillos como si fuese imposible saberlo.

—¿En la otra dirección? ¿Puede ser?

Jurand habría sabido con toda exactitud dónde y cuándo debían llegar todos, ya habría estado dando órdenes, asegurándose de que todo se hiciera conforme al plan. Pero Jurand… Volvió a emerger aquella imagen, la de él y Glaward, agachados sobre la cama, sus caras jadeantes apretadas juntas…

Leo apretó la mandíbula.

—¡Tenemos que unirnos a los demás de inmediato! —espetó—. Si contamos con superioridad numérica, ni siquiera deberíamos tener que combatir.

—Bien —dijo Antaup. Dio un paso en una dirección, se quedó muy quieto, dio media vuelta y corrió playa arriba.

Jin estaba sonriendo a Leo de oreja a oreja, su barba rojiza estirada por el viento.

—Por los muertos, sería una pena volvernos a casa sin haber librado ni una batalla, eso sí.

Leo le devolvió la sonrisa y le dio una palmada en el hombro cubierto de malla.

—Puede que una pequeñita.

Llegaban ya las voces dando órdenes, las botas chapoteando en la orilla y rascando en la grava, un reconfortante clamor de actividad cuando los hombres de Angland empezaron a salir en tropel de los barcos a la playa.

Desplegaron el estandarte de Leo encima de él, los martillos cruzados y el león, agujereado y rasgado de sus victorias en el Norte pero jamás capturado por un enemigo. Lo miró sonriente mientras la brisa hacía que ondeara y latigueara, y eso acalló sus dudas y alegró su corazón.

—Por fin —musitó.

Sexta parte

«Ningún plan sobrevive al contacto con el enemigo.»

Helmuth von Moltke

Tormentas

Al joven teniente casi se le habían saltado las lágrimas cuando Savine rechazó el carruaje, pero ni de lejos era la primera vez que hacía llorar a un hombre. Era imposible que aquel trasto superara el caos de la playa, y mucho menos el caos de salir de la playa, y Savine estaba decidida a mantenerse cerca de Leo y asegurarse de que su marido no sufriera ningún ataque letal de temeridad en su ausencia. Había insistido en ir a caballo y no había más que hablar.

Entonces llegó la lluvia.

Primero fueron cuatro gotas que perlaron las armas de rocío mientras las primeras columnas del ejército de Angland marchaban entre las dunas. Luego un chubasco constante que convirtió los orgullosos estandartes en trapos empapados mientras se esforzaban por avanzar tierra adentro. Por último, como si el clima fuese un partidario fanático del rey Orso, un señor chaparrón que batió los estrechos caminos hasta transformarlos en un engrudo negro mientras los desventurados soldados marchaban a duras penas hacia el sur.

—¡Empujad! —rugió un oficial a un grupo de hombres que intentaban en vano sacar un carro de un lodazal, con la espada mojada en alto como si ordenara una carga, y los hombres forcejaron contra las ruedas recubiertas de inmundicia mientras los asediaba la prematura oscuridad de la tormenta.

Savine estaba tan acostumbrada a demostrar que no existía nada que no pudiera hacer que rara vez se planteaba si habría cosas que era mejor no intentar. Cabalgar con un embarazo muy avanzado en cabeza de una campaña militar con un tiempo de perros resultó pertenecer a esa categoría.

Los muslos le ardían del esfuerzo. Su ropa estaba calada por completo y le irritaba la piel. Tenía las manos tan hinchadas que había desgarrado un guante de montar y apenas notaba las riendas. Su estómago le enviaba dolorosas oleadas de ácido garganta arriba con cada sacudida del caballo. Si se encorvaba para protegerse de la lluvia, el enorme barril de cerveza que tenía por barriga amenazaba con provocar que las castigadas costillas se le abrieran de par en par. Si erguía la espalda, la tormenta le daba en la cara y cada paso del caballo era una puñalada en la columna vertebral. Y para colmo, en todas y cada una de las posiciones en las que un cuerpo humano con un embarazo tan avanzado podía colocarse, estaba el interminable y palpitante foco de suplicio que era su vejiga. Probablemente nadie lo notaría si se meaba encima, de lo

empapada que estaba. Probablemente ya estaba meándose encima, un lento y agónico escape con cada inspiración. Al principio de su embarazo, había estado patéticamente agradecida de librarse del período durante unos meses. En ese momento tenía la sensación de haber intercambiado los padecimientos mensuales por otros constantes.

Y como echando sal en la herida, su marido sonreía a los elementos, con la lluvia chorreándole por la cara, nunca más feliz que cuando tenía un simple obstáculo físico contra el que bregar con virilidad y al que imponerse con heroísmo.

—¡Que no nos detenga un poco de mal tiempo! —rugió para hacerse oír entre el viento mientras daba una palmada en la espalda a un mensajero y lo enviaba a buscar unas unidades que, por lo que ellos sabían, bien podría habérselas llevado el mar—. Estamos acostumbrados a las tormentas norteñas, ¿o no? —gritó a una columna de enlodados anglandeses, que respondieron con una floja aclamación—. ¡Podremos con esta llovizna de Midderland!

—Llovizna —rezongó Savine por encima del hombro a Zuri, deseando haber aceptado el carruaje cuando se lo ofrecieron.

—Dios castigó la arrogancia de la vieja Sippot con una inundación —respondió Zuri, también empapada hasta su perfecta piel pero afrontando el tiempo con su habitual serenidad—. Quizá pretenda hacernos lo mismo a nosotros.

Un fogonazo en el horizonte, garras hechas de árboles capturadas en negro contra el fulgor. Al momento crepitó el trueno, y un caballo se puso de manos y arrojó a un ayudante de Leo de cabeza a un seto. La montura de Savine tembló, empezó a moverse temerosa de un lado para otro y ella le chistó al oído, le dio palmaditas en el cuello y se acarició su propia barriga, intentando calmar a su asustado caballo y a su bebé, que no paraba de darle patadas, y a la enfurecida tormenta al mismo tiempo y preguntándose quién narices iba a calmarla a ella.

Se encogió cuando Antaup llegó desde atrás espoleando a su caballo y le salpicó barro.

—¿No hay señal de Rikke? —preguntó Leo imperioso.

—¡Ni rastro!

—¿Qué coño le ha pasado?

—Si sus barcos han encontrado un tiempo como este, podría estar en cualquier parte.

—En el fondo del mar, tal vez —dijo Jin entre dientes, mirando con cara larga el cielo revuelto.

—Como esta lluvia arrecie más —gruñó Savine, intentando despegarse el vestido mojado de los hombros bajo el peso de su empapada capa—, el fondo del mar vendrá a nosotros.

Esquivaron un enorme charco del camino rodeando sus enlodados márgenes. Podría haberse descrito como un lago sin contradecir la definición: en un lado había hombres en cuclillas sobre un carro volcado, como náufragos, con material militar de todo tipo flotando en el agua picada por la lluvia, mientras otros pasaban vadeando, sus armas sobre las cabezas, o intentaban abrirse paso a la fuerza entre los setos de ambos lados.

—¡Por aquí!

Los guiaron junto a un lamentable grupo de hombres bajo una lona y salieron a un campo oscurecido. Por un momento fue agradable avanzar más que a paso de tortuga, aunque Savine no tuviese ni idea de hacia dónde avanzaban. Entonces vio delante unas luces tenues y unas formas oscuras que se movían en el ocaso.

—¡Jinetes! —susurró Antaup, arrancando su lanza de la funda

El pánico se extendió entre los oficiales reunidos. El acero rechinó al desenvainarse espadas y colocarse los escudos. Otro caballo topó contra el de Savine, que a duras penas pudo mantenerse en la silla y se torció el brazo del esfuerzo. Miró con el corazón en la garganta, una mano aferrada a las riendas como si le fuera la vida en ello, la otra extendida para protegerse la barriga.

—¿Quién va? —bramó Jin a la noche, de pie en los estribos con su enorme maza lista.

—¡Lord Isher! —llegó un grito ahogado—. ¿Y vosotros?

Hubo un suspiro colectivo mientras los hombres se relajaban en sus sillas.

—¡Soy el Joven León! —exclamó Leo, con un tranquilizador matiz de risa en la voz—. ¡No hace falta que os meéis encima!

—Eso crees tú —murmuró Savine, removiéndose en la silla de montar.

—¡Gracias a los Hados! —Salieron jinetes a la trémula luz que daban las antorchas de los guardias de Leo—. Pensábamos que podíais ser hombres del rey.

—Nosotros también. —Leo sonrió de oreja a oreja mientras se inclinaba en la silla para estrechar la mano a lord Isher.

Encontrar a un aliado reconfortó a Savine mucho menos de lo que había esperado. A Isher no le quedaba nada de la autoconfianza que había irradiado al meter cizaña en el Consejo Abierto, ni debatiendo cómo se dividirían los botines en Ostenhorm. Estaba demacrado y asustadizo, su uniforme mal ajustado bajo el

empapado hule, el pelo blanco, que la lluvia había vuelto de un sucio gris, aplastado salvo por un absurdo mechón que sobresalía como la cresta de un pavo real.

—Barezin está ahí atrás. —Isher movió la mano hacia la oscuridad con una actitud que dejaba entrever claramente que no tenía ni idea de dónde—. He recibido mensajes de varios de los demás.

—Estos putos caminos son un puto desastre —dijo un lord con un peto extravagante. Savine no lo reconoció, pero nadie parecía de humor para presentaciones, y ella menos.

—Lady Wetterlant está con nosotros —dijo Isher, estrechando los ojos contra una ráfaga repentina—, pero sus tropas están dispersas en ocho kilómetros de camino pantanoso, ¡y sus suministros ocho más atrás! ¿Los norteños han desembarcado?

—La mayoría —dijo Jin levantando la voz—. Stour está hacia el este, pero la mitad de sus barcos acabaron a la deriva y vete a saber dónde harán tierra.

—Las putas playas también son un puto desastre —refunfuñó Antaup.

—¿Heugen está contigo? —preguntó Leo.

El descontento caballo de Isher se empeñaba en intentar dar la vuelta. Savine comprendía el anhelo. Isher dio un tirón malhumorado a las riendas.

—¿Tú no has tenido noticias suyas?

—No, pero no podemos esperar. Tenemos que avanzar, haga el tiempo que haga. ¡No podemos dar a Orso la oportunidad de que reúna sus fuerzas!

Cruzaron repiqueteando el portón de una granja pobre, cuchitriles de madera en un campo de fango atizado por la lluvia mientras el viento sacudía los árboles. Un perro ladraba como loco a los caballos y un soldado siseaba reniegos mientras lo ahuyentaba a patadas. Savine logró despegarse de la silla y Jin la ayudó a desmontar. Había una familia mirando desde el goteante alero de un establo, cabía suponer que los desafortunados propietarios del lugar, mientras docenas de soldados, carros y una mujer muy embarazada invadían su anegado patio. Probablemente Savine debería haber sentido lástima por ellos, pero su piedad era soluble en lluvia fuerte, por lo visto, y la poca que le quedaba la necesitaba para sí misma.

La sala de estar de la casa se atestó de hombres con uniformes diversos, todos parloteando a la vez, empañando las ventanas con su aliento. Antaup había arrastrado una mesa al centro de la baja sala, había volcado en ella una maleta llena de mapas húmedos y estaba hurgando entre ellos con la expresión de quien intenta resolver un acertijo en un idioma que no habla.

—¡Mierda! —Leo levantó uno hacia la insuficiente luz de la lámpara, que osciló cuando alguien abrió la puerta de un empujón y el viento azotó la sala—. ¿Podemos traer alguna luz decente? ¿Este mapa es preciso?

—Ninguno de ellos es preciso, joder.

—¿Sabemos dónde están las fuerzas del rey? —refunfuñó lord Mustred, de cuyas cejas desaliñadas goteaba lluvia.

—He oído que a dos días de marcha.

—¿Cómo? ¡Nos dijeron que estaba huyendo al sur!

Savine hizo una mueca. En los negocios, pocas cosas salían del todo según el plan. En la guerra, los planes y la realidad apenas se veían de pasada. Lo más que podía esperarse eran atribuladas conjeturas. Y la escala era increíble. Miles de hombres. Toneladas de suministros. Océanos de desinformación que escondían infinitesimales granos de verdad. Savine estaba acostumbrada a ponerse al mando, pero ¿cómo podía nadie ponerse al mando de aquello? Y mucho menos alguien que a duras penas estaba al mando de su propia vejiga.

No por primera vez, Savine deseó que Jurand estuviera con ellos. Era el único amigo de Leo que de verdad sabía organizar, que tenía ojo para los detalles, que pensaba menos en lo que él quería hacer y más en lo que debía hacerse. Ese hombre era como el eje de un carro. No se le prestaba mucha atención mientras estaba presente, pero si desaparecía las cosas se iban rápido a la cuneta.

La puerta se abrió de golpe y entró otra ventolera. Un hombre se puso a sacudir agua de una capa con ribete de piel, jadeando y resoplando. Era un viejo norteño canoso, con oro en la cota de malla y lluvia en la barba y varices en la nariz bulbosa.

Miró alrededor, se dio cuenta de que los soldados habían dejado lo que estaban haciendo para mirarlo y carraspeó nervioso.

—Sí que se ha quedado buena tarde.

—¡Hardbread! —exclamó Leo, cogiendo la mano del viejo guerrero y dándole una sacudida que podría haberle arrancado el brazo—. ¡Por fin! ¿Dónde está Rikke?

—Sigue en Uffrith.

—¿Qué?

—Bueno, seguía allí cuando yo zarpé. Debería haber salido ya también, a estas alturas. No tardará en llegar, supongo. Hubo tormenta. Los barcos no podían salir de puerto. Menos mal que no llegó una hora más tarde o podríamos habernos ahogado todos.

Leo se había precipitado de las cumbres del alivio a las profundidades de la decepción sin que le diera tiempo a respirar.

—¿Cuántos hombres traes?

—De momento, solo los que me han traído aquí remando. Unos treinta.

—¿Treinta?

Un murmullo conmocionado recorrió la sala. Un oficial de Angland y un sirviente de algún noble habían empezado a darse gritos. Saltó un puñetazo, se enzarzaron y dieron contra la mesa bramando insultos. Jin los cogió a los dos por el cuello y los sacó forcejeando a la noche. A Savine el clamor, el pánico y los ojos desorbitados le recordaban demasiado a Valbeck. Notó ese horrible y familiar gusto amargo en la boca, la arcada ascendiendo por su garganta, el corazón aporreando y la cabeza dando vueltas mientras retrocedía a las sombras, preguntándose si entre todas aquellas caras atisbaría las de los hombres que la habían perseguido por las calles…

—¿Estáis bien? —preguntó Zuri, cogiéndola con suavidad del codo.

—Olvídate de Rikke —se obligó a decir Savine entre dientes apretados—. Tú búscame un puto cubo.

—Por aquí —dijo Zuri, y cruzó entre la locura hacia una puerta lateral.

Savine la siguió arrastrando los pies, con una mano apretada contra los riñones y otra bajo su barriga hinchada, hasta una pequeña cocina a un lado del edificio, con un fogón ennegrecido por el tiempo y olor a mala comida. Empujó la puerta para cerrarla y apoyó la espalda en ella, intentando aislarse del demente parloteo de voces levantadas que llegaba del otro lado, concentrarse en el traqueteo de la ventana mal ajustada, en el constante plic plic del agua de una gotera.

Zuri estaba con los brazos en jarras y la mirada baja hacia dos baldes de ordeñar vacíos, con el yugo aún sujeto y apoyado encima.

—Más que adecuado —dijo Savine, acercándose con andares de pato.

Tras mucho buscar a tientas, por fin se bajó las bragas bajo las rodillas y, con Zuri medio sosteniéndola logró acuclillarse hacia uno de los baldes, con las faldas recogidas contra las caderas y el frío metal rozándole el culo. Al oír el salpique metálico, casi lloró de alivio. Se estremeció con el último chorrito e intentó agacharse para coger las bragas con dos dedos, pero no llegaba del todo.

—Demonios —jadeó, con las piernas temblando del esfuerzo.

Al final tuvo que levantarse para no caer de espaldas y dejar que Zuri le apartara las faldas empapadas y se las subiera.

Se desplomó exhausta en un taburete con un batir de tela enfangada, apoyó los hombros contra el yeso húmedo y estiró las piernas separadas por delante.

—Conque dirigir ejércitos, ¿eh? Casi no puedo ni subirme las bragas sin ayuda.

—Menos mal para vuestra reputación como general que estoy yo aquí —dijo Zuri—. Rabik y Haroon deberían llegar pronto con ropa seca y la cena.

Savine cerró los ojos, queriendo llorar de alegría.

—¿Qué narices haría yo sin tu familia? No sé cómo puedes estar tan calmada.

—No siempre fui dama de compañía. He visto mis tormentas. —Zuri dirigió su ceño fruncido a la esquina de la cocina, como si allí acecharan malos recuerdos—. Terminan pasando, con el tiempo.

—Si no te encuentra antes el relámpago —musitó Savine, dando un apretón a la mano de Zuri.

La puerta tembló con una poderosa llamada, y Savine crispó el rostro y se colocó en una postura levemente más presentable, mientras la vejiga empezaba a dolerle otra vez.

—¿Sí?

La puerta se abrió insegura y alguien asomó la cabeza por el bajo dintel.

—¡Broad! —El nombre salió casi como un suspiro de alivio. A ese hombre lo había visto ocuparse de una crisis. Era una roca a la que aferrarse en una tormenta.

—Lady Savine. —Broad la miró ceñudo, con sus anteojos salpicados de lluvia y una fea costra a un lado de la cabeza—. ¿Os encontráis…?

—Yo no debería haber cabalgado y el cielo no debería haber llovido. ¡Dime que tienes buenas noticias!

Lo cierto es que no parecía traer buenas noticias. Incluso en Valbeck, durante la sublevación, hasta cuando las cosas se pusieron feas, Broad siempre había dado la impresión al menos de tener esperanza. Ahora estaba lúgubre. Frente arrugada, puños tensos. Por un momento, al verlo con su costrosa cabeza casi tocando el bajo techo, Savine tuvo una leve punzada de miedo. Un eco del terror que había sentido al ver su enorme silueta en la barricada de Valbeck.

—Los Rompedores se unirán a nosotros —dijo él al cabo de un momento—. Y los Quemadores. Están armados, como me pedisteis. Planean levantamientos a lo largo y ancho de la Unión el último día de verano.

—Ya deberían haber empezado —murmuró Zuri.

—Eso podría ser crucial. —Savine cerró los ojos y dio un largo suspiro—. Si pueden bloquear a la Guardia Real e impedir que lleguen refuerzos, a lo mejor ni siquiera tenemos que luchar. —Deseó que no tuvieran que luchar, rezó por ello—. ¿Con quién has negociado, con Risinau?

—No. —Broad se quitó los anteojos para limpiárselos con una punta de la camisa. Savine tuvo la sensación de que en esa ocasión la noticia sería mala sin paliativos—. La Jueza.

—¿La mujer que ahorcó a toda esa gente en Valbeck?

Broad torció el gesto y abrió la boca, como preguntándose cuánto debía decir. Al final, lo único que dijo fue:

—Esa misma.

Savine tuvo otra oleada de pánico, sacó la cajita de su manga con la mano temblorosa y la abrió. Le había entrado agua y el polvo de perla era una pasta inútil.

—¡Mierda! —gritó, arrojándola contra la pared. Al instante se sintió estúpida—. Perdón. No ha sido muy elegante.

—No son tiempos muy elegantes.

—¿Se puede confiar en esa Jueza?

—Antes confiaría en un escorpión —respondió Broad, volviendo a engancharse los anteojos en las orejas.

—Tendremos que confiar en que haya suerte. —A Savine se le entrecortó un poco la respiración al moverse el bebé y se puso una mano tranquilizadora en el estómago—. ¿La guerra siempre es así?

—Cuando llega el enemigo es cuando las cosas de verdad se van a la mierda, con perdón de la expresión.

—Entonces esperemos que nunca llegue —dijo Savine.

—La esperanza no hace daño. —Pero el semblante de Broad sugería a todas luces que no creía que fuese a servir de mucho.

—¿Puedes contarle a su excelencia lo que me acabas de contar?

—Sí. Si me dejan hablar.

Savine apremió a Zuri con un gesto.

—Me temo que vuelvo a necesitar mi cubo.

Como un bellaco

—¿El cuartel general del lord gobernador Brock? —preguntó Vick, relajada en la silla de montar pero diciendo con la expresión que no tenía tiempo para idioteces.

El cabo casi ni levantó la mirada de su sartén chisporroteante, solo le indicó que siguiera adelante. Un soldado le dedicó una débil sonrisa y luego siguió raspando barro de una bota. Nadie intentó impedírselo cuando continuó con su caballo, pero tampoco era ninguna sorpresa.

Vick siempre había sido la mejor mentirosa que conocía.

Desde que le llegaba la memoria, la pequeña Victarine dan Teufel, la adorada hija menor del maestre de la Ceca del Rey, había sabido que no sentía las cosas del todo como otras personas. O por lo menos que sus sentimientos nunca le llegaban a la cara. Qué niñita más solemne. ¡Pero qué fría eres! Di algo, Victarine, que no tengo ni idea de lo que piensas.

Así que había aprendido ella sola a fingirlos. Sentada con las piernas cruzadas delante del espejito de su madre, había ensayado sonrisas tímidas y ceños ofendidos, había exprimido lágrimas, había practicado hasta poder ruborizarse a voluntad. Qué hija tan expresiva. ¡Pero qué animada es! Tiene los sentimientos escritos en la cara, pobrecita.

Entonces un día había roto un jarrón muy apreciado y había echado la culpa a su hermano, manteniendo un perfecto aire de inocencia desconcertada mientras él se ponía rojo y furioso. Su madre lo había castigado a él, y para colmo había hecho que se disculpara con ella por mentir y a ella la había recompensado con una porción de tarta de fruta. Y así, la pequeña Victarine había aprendido muy pronto el valor que tenía la verdad. Una buena mentira consistía menos en lo que se decía que en cómo se decía. Era increíble lo lejos que se podía llegar ciñéndose a una línea recta y dando la impresión de que se tenía todo el derecho del mundo a estar allí.

De modo que Vick cruzó campos embarrados llenos de rebeldes y tiendas destrozadas, no disimulando por los márgenes, sino trotando por el centro de aquel viscoso caos con los ojos al frente. Hizo unos chasquidos de reprobación a dos soldados que discutían por una cantimplora. Hizo un siseo de impaciencia a un grupo que intentaba mover un carro empantanado. Ordenó a una cola de hombres empapados que esperaban fuera de una tienda encharcada y medio hundida que la dejaran pasar y ellos se apartaron a regañadientes.

Siempre había sido la mejor mentirosa que conocía. Pero, como cualquiera que intente dominar de verdad una habilidad, la joven Victarine dan Teufel había reforzado su talento natural con esmerado entrenamiento.

Se había convertido en una estudiante del comportamiento. Reparaba en los tics traicioneros de los ojos, en los reveladores movimientos de las manos, los observaba en los demás y los reprimía en sí misma. Había practicado con los sirvientes, luego con su familia, luego con los hombres poderosos que se reunían con su padre. Había aprendido a ceñirse siempre tanto como pudiera a la verdad. A moldear las mentiras a su público como la llave a una cerradura. A moldearse a sí misma, no solo para decirles lo que querían oír, sino también para ser la persona de quien querían oírlo.

Ese día iba a tratar con la aristocracia, de modo que se convirtió en aristócrata, hombros confiados hacia atrás, mentón orgulloso levantado. Era Victarine, con ese enorme «dan» en el nombre y un desprecio desinteresado por todo aquel que no lo tuviera. Se había recogido el pelo hacia atrás. Una mujer que hablaba claro y no escondía nada. Pensándolo bien, se soltó unos pocos mechones para suavizar la impresión. Ropa sencilla pero no barata. Había considerado que una falda sería pasarse, pero llevaba abierto un botón de la blusa más que de costumbre y había dado una vuelta a las mangas para enseñar las muñecas. Desprotegida. Hasta un poco vulnerable. Por último, había hecho que Sebo le echara encima barro del camino. Había llegado tras una dura cabalgada para cumplir una misión vital, a fin de cuentas.

—¿Quién va? —soltó un sargento, apuntando un arma de asta y una expresión belicosa.

El hombre vigilaba las puertas de una elegante y antigua mansión que, a juzgar por el estandarte con el león y los martillos que adornaba los removidos jardines ornamentales, Brock había confiscado como cuartel general. Evaluó al hombre con un solo vistazo. Bigote encerado y armadura bruñida incluso en medio de aquel desastre. Un tiquismiquis vanidoso que se tomaba a sí mismo demasiado en serio.

—Me llamo Victarine dan Teufel. —Con el acento fluido y claro de alta cuna que había tenido su madre—. Tengo que hablar con el lord gobernador Brock.

Él la miró adusto, buscando algo de lo que desconfiar, pero ella no le proporcionó nada.

—Podrías ser una espía —dijo él de mala gana.

—Soy una espía.

Él se la quedó mirando, sorprendido con la guardia baja.

—De vuestro bando. —Se agachó, miró a izquierda y derecha y habló con un susurro apremiante, como si lo hubiera escogido a él y solo a él para confiarle un secreto—. Y traigo un mensaje del lord mariscal Brint que podría cambiarlo todo.

Noticias importantes para el hombre importante. El sargento se irguió cuan alto era y se volvió ceñudo hacia el patio ajetreado.

—¡Abrid camino! ¡Esta mujer tiene que hablar con el lord gobernador!

Siempre había sido la mejor mentirosa que conocía. Entonces los practicantes se la habían llevado de su cama en plena noche, y habían enviado a toda su familia a los campos de prisioneros de Angland. La joven Victarine van Teufel había enterrado su elevado nombre en una tumba poco profunda y había pasado a ser solo Vick, mientras las mentiras pasaban de ser un juego a un medio para la supervivencia. Durante los años que había pasado en aquel infierno congelado, mientras su familia moría miembro a miembro, solo había dicho toda la verdad en una ocasión, y eso fue el día en que salió de allí. Había martilleado su cara hasta volverla una visera de inexpresiva indiferencia en la que ninguna conmoción, ningún dolor, ningún terror podía hacer mella.

Lo cual le resultó muy útil cuando la llevaron al comedor del que Leo dan Brock se había apropiado provisionalmente. Por lo que había oído, era de esos hombres de acción vanidosos y ansiosos por creer lo que querían creer. Pero no estaba desayunando solo. De pie cerca, con sus grandes manos cogidas entre sí y una cara de gran sorpresa al verla entrar en la turbia mañana, estaba su antiguo camarada de los Rompedores, Gunnar Broad. Y lo peor de todo, sentada al otro lado de la mesa estaba la embarazadísima hija del exjefe de Vick, Savine dan Brock.

Lo que pensó Vick fue: «Mierda». Lo que su cara dijo fue: «Bien, estáis todos aquí».

—Victarine dan Teufel. —La cara de Savine estaría suavizada por su estado, pero su sonrisa tenía un filo más duro y hambriento que nunca—. A no ser que ande muy errada.

Las pesadas cejas de Broad se arrugaron de suspicacia.

—¿Vosotras dos os conocéis?

Mientras Vick trataba de trazar un camino seguro entre los pantanos de verdades y falsedades que aquellos tres conocían sobre ella, afrontó una pregunta con otra.

—¿*Vosotros* dos os conocéis?

—Maese Broad me salvó la vida durante la revuelta de Valbeck —dijo Savine—. Y compartí carruaje con la inquisidora Teufel.

—¿Inquisidora? —Los ojos muy abiertos de Broad parecían extrañamente pequeños a través de las lentes—. ¿No te habías criado en los campos?

—Así es. Pero el archilector Glokta me ofreció una salida. —Vick miró a Broad a los ojos y dijo toda la verdad que podía—. Llevar a los Rompedores ante la justicia.

—¿Trabajabas para el Viejo Palos todo el tiempo?

—Mi padre me describió una vez a la inquisidora Teufel como su más leal sirviente. —Savine dio un delicado sorbito a una taza de té, pero la mirada que lanzó a Vick sobre el borde era de piedra—. Así que debo decir que me sorprende verte llegar dándote aires a mi sala de estar con un mensaje de un rebelde a otro.

Hubo un denso silencio mientras todos miraban hoscos a Vick, y entonces Broad se soltó despacio una gran mano de la otra y aquel tatuaje de escalador de asalto se retorció al cerrarlas en puños. Vick sabía que era uno de esos momentos en los que su vida pendía de un hilo. Pero ni por asomo era el primero.

—Las lealtades de todo el mundo están un poco enredadas en estos tiempos. —Sacó la silla de la cabecera de la mesa con el pie, se dejó caer en ella y miró a Savine a los ojos—. Me gusta pensar que nunca decepcioné a vuestro padre. Él me sacó de los campos. Se lo debía. Pero ahora ya no está.

Un destello de duda cruzó la cara bien empolvada de Savine.

—¿No está?

No lo sabía. Eso era útil. Una sorpresa podría desequilibrarla.

—Vuestro padre tuvo que dimitir. Cuando se conoció la noticia de esta pequeña… correría. Se ha retirado a sus fincas en el campo para escribir un libro de esgrima. Vuestra madre pensaba que le iría bien para la salud. O eso es lo que decía que pensaba. —Sonaba a verdad porque era verdad, y Vick cogió un tenedor y se agachó sobre la mesa para pinchar una salchicha de un plato—. Ahora el archilector es Pike.

Vio los músculos culebrear en la mandíbula de Broad. Vio que sus grandes puños se apretaban más. Eso también era útil. Su ira y el remordimiento de Savine podrían mantenerlos distraídos mientras Vick pasaba tranquilamente a plena vista.

—Estaba en deuda con vuestro padre —dijo—, pero a Pike no le debo nada. El lord mariscal Brint necesitaba que alguien trajera un mensaje. Alguien que pudiera colarse tras las líneas. Alguien cómoda con una mentira o dos. —Señaló hacia la ventana con el tenedor—. A juzgar por la cantidad de hombres que he visto al llegar, puede que pronto tengamos un cambio de gobierno. —Dio un mordisco a la salchicha y sonrió mientras masticaba—. Si una cosa aprendí en los campos es que siempre hay que

comer cuando hay comida. Pero si aprendí otra cosa, es que hay que estar con los ganadores.

Estaba convenciéndolos, lo sentía. Y cuando se conseguía que alguien creyera, hacía falta una buena sacudida para que cambiara de opinión. Aceptar haberse tragado una mentira significaba aceptar que se era un necio, a fin de cuentas. ¿Y quién quería creer eso?

—Pero tenéis motivos para sospechar, claro —dijo—. Hay muchísimo en juego. Por eso me dio esto el lord mariscal.

Se quitó el anillo de Brint del dedo y lo tiró al plato de las salchichas.

Savine lo levantó a la luz frunciendo el ceño, con el aire de una mujer que ha tasado muchas joyas.

—Es un anillo de mujer.

—Me dijo que pertenecía a su esposa. La que perdió en la Batalla de Osrung.

No había nada como la utilería para apuntalar una mentira. Algo tangible. Algo con historia. Incluso si, parándose a pensarlo, podría habérselo mangado a un manco en una casa de baños.

—Aliz dan Brint… ¡A mi madre la tomaron de rehén con ella! —Brock se adelantó en la silla, anhelante—. ¿Cuál es el mensaje?

Y había llegado el momento de olvidarse por completo de la verdad y enterrar a aquellos cabrones en un buen cargamento de mentiras. Mentiras sobre las que pudieran construir sus planes. Mentiras que se vendrían abajo cuando les apoyaran el menor peso.

—Orso marcha contra vosotros con todos los hombres que puede encontrar, pero no encuentra a muchos. Ha convocado a la Guardia Real, pero están desperdigados por toda la Unión, y además Brint ha impedido que salga buena parte de las órdenes. Al Consejo Cerrado esto le ha pillado por sorpresa, y están con el pie cambiado y cada uno intentando salvarse a sí mismo. No llegará ayuda para el rey. No llegarán amigos ni refuerzos. —Mientras hablaba, vio que la sonrisa se ensanchaba en la cara de Brock y supo que lo tenía en el bolsillo—. ¿De cuántas tropas disponéis?

—Serán unas veinte mil —dijo él en voz baja—. Aún siguen llegando hombres.

Era peor de lo que había temido. Los rebeldes podrían duplicar en número a los leales. Vick sonrió como si fuese mejor de lo que había esperado.

—Es posible que lo superéis en número por cuatro a uno.

Leo dan Brock apretó el puño, entusiasmado.

—Ya es nuestro.

—No des nada por hecho —dijo Savine, pero Vick captó el alivio en su voz, el rubor de triunfo en su mejilla. La expresión de una jugadora que lo ha apostado todo y acaban de repartirle la última carta de una mano ganadora. Lady Brock también era una mentirosa formidable, por supuesto. Estaba acostumbrada a hacer bailar a los inversores sobre sus nudillos como un mago una moneda. Pero no era ni de lejos tan buena como se creía.

Vick llevaba años apostando su vida a sus mentiras. Había engañado a Risinau y los suyos, había engañado a Sibalt y los suyos, había engañado a Solumeo Shudra en Westport, hasta había engañado a la mismísima ministra de los Susurros, durante unos días, y todo con el aliento de la muerte en la nuca. Se echó el último trozo de salchicha a la boca.

—El mariscal Brint me pidió que le llevara la respuesta. Necesita saber qué planeáis. —Y tendió la mano para que le devolvieran el anillo—. ¿Qué debo decirle?

Querías asesinos

—Vaya, qué desastre —dijo Trébol, inflando cansado los carrillos.

—Ha salido mal, nada más.

Danzarín estaba arrodillado en el patio fangoso con las muñecas atadas por detrás a los tobillos. No era la postura más cómoda del mundo, pero se la había ganado él solo. Su amigo gordo estaba atado de manera similar, pero un bofetón de Contratiempo lo había tirado al suelo y no encontraba la forma de volver a ponerse de rodillas, o quizá había preferido no intentarlo. Estaba sollozando bajito de costado, con una mejilla rosada cubierta de mugre y la otra surcada de lágrimas. Zas, mientras tanto, estaba devolviendo detrás del cobertizo. Ese chico nunca tenía bastante para comer, pero por algún motivo tampoco se le terminaba nunca el vómito.

—Ha salido mal.

—¿Mal? —ladró Contratiempo, dando furiosas punzadas con el dedo al cadáver de la mujer y haciendo que Danzarín y todos los demás se encogieran. Para ser un hombre que había creado tantos cadáveres, podía enfadarse bastante por los que creaba otra gente—. ¿Es todo lo que tienes que decir? ¿Mal?

—¡Solo queríamos las ovejas! —baló uno de ellos desde el redil, como para cimentar al menos aquella parte de la historia de Danzarín—. Hasta se las hemos pedido con educación.

Trébol se frotó las sienes. Le dolía un poco la cabeza. O pensándolo bien, llevaba semanas doliéndole.

—Si esas ovejas fueran todo lo que tienes en el mundo, ¿se las darías al primero que te lo pidiera con educación?

—Yo sí, si la alternativa fuese esta —dijo Sholla en voz baja, acuclillada al lado del hombre, sentado contra la pared medio desmoronada como si durmiera. Excepto por la flecha en las costillas y que por debajo de ella su camisa estaba empapada de sangre negra, claro.

—Se las hemos pedido de buenas maneras —gimoteó Danzarín—. Y luego se las hemos pedido con maneras menos buenas. O eso creo, vamos, porque el lenguaje no es mi punto fuerte.

—¿Me recuerdas otra vez cuál es tu punto fuerte, por favor? —preguntó Trébol.

—Y entonces el viejo va y sale con un hacha, así que el Guapo le ha disparado.

Al Guapo debía de haberle puesto el nombre un bromista, porque se mirara como se mirase era un hombre feo de la cabeza a los pies.

—Solo le estaba apuntando con el arco —dijo, removiéndose incómodo sobre las rodillas. Todo era incómodo si se tenían las manos atadas a los tobillos, eso había que reconocerlo. El arco en cuestión estaba en el barro no muy lejos, y el Guapo lo fulminó con la mirada como si tuviese la culpa de todo el asunto—. Pero se me ha escapado la cuerda, ya sabes, y le he disparado.

—Y entonces la mujer se ha puesto a chillar y, bueno… —Danzarín torció el gesto hacia el barro—. Ha salido mal, nada más. ¿A ti nunca te ha salido algo mal, Trébol?

Trébol volvió a inflar cansado los carrillos.

—Apenas me ha salido nada bien. —Una escena como la que tenía delante ya no le revolvía el estómago, ni lo enfadaba, ni lo entristecía siquiera. Solo lo cansaba. Quizá fuese así como se sabía que llevabas demasiado tiempo en el negocio sangriento, cuando las tragedias empezaban a resultarte tareas tediosas. Cuando el final de todo para un pobre desgraciado se convertía en un grano poco doloroso en el culo—. ¿Quieres parar? —dijo al gordo, y el hombre redujo su llanto de nuevo a gimoteo, que si acaso era peor.

Trébol pronunció cada palabra con meticulosidad.

—Es porque todo puede salir mal tan deprisa que haces todo lo posible para asegurarte de que las cosas salgan bien. Como no venir borracho. O no tensar el puto arco hasta que quieres disparar. O saber con quién vas a tratar y cuál es su situación, para que un viejo con un hacha no te suponga una sorpresa. ¡Esa clase de cosas! —Había acabado gritando, y se crispó y se frotó la cabeza y se obligó a controlar la voz—. Viniendo así de cualquier manera, lo que me extraña es que no os matarais entre vosotros ya de paso.

—Lástima —gruñó Contratiempo—. Nos habrían ahorrado el puto esfuerzo.

Trébol no tuvo más remedio que coincidir. Ni siquiera Danzarín podía opinar otra cosa.

—Sí, tienes razón —dijo—. Sé que tienes razón, Trébol. Pero si traes guerreros a un sitio como este, pasan estas cosas.

—Si traes guerreros de mierda, puede —dijo Sholla, hurgándose la nariz.

Danzarín se acercó arrodillado. No danzaba mucho con las manos atadas a los pies, claro. Miró arriba, ojos grandes, voz pequeña, súplica, súplica.

—¿No podríamos dejarlo correr?

Si había existido algún momento en que a Trébol lo impresionaran las súplicas, quedaba muy atrás en el pasado.

—No depende de mí, ya lo sabes. Si Stour lo deja correr, supongo que eso es lo que vale.

La sonrisa de Danzarín se marchitó como las flores a final del verano, y dio tal trago de saliva que hizo glug, y el gordo dejó caer la cara al fango y se echó a llorar otra vez. A aquellas alturas ya lo sabía todo el mundo. La piedad de Stour Ocaso era un hilo muy fino para que pendieran de él todas sus esperanzas.

—Ha salido mal, nada más —musitó Danzarín, y el Guapo trató en vano de rascarse la oreja con el hombro.

Ya se oían cascos de caballos, y el rey de los norteños giró bruscamente el cuello a su caballo para doblar la esquina del cobertizo, seguido a empellones por Sendaverde y una docena de sus hijos de puta. Stour dio un tirón brutal a las riendas, claro, porque no hay mejor práctica que maltratar al animal que te lleva. Apoyó las manos cruzadas en el arzón de la silla de montar de manera que su gran cadena con sus grandes diamantes le rozó las muñecas, y miró furioso la casa incendiada, y el patio lleno de basura, y los cadáveres, y a los prisioneros con muñecas y tobillos atados en corto, y a Trébol y los suyos de pie alrededor, con las armas en las manos. Se lamió despacio el interior de la boca hasta reunir lo que quería y lo escupió al barro.

—Vaya, qué desastre.

Danzarín no levantó la mirada del suelo.

—Ha salido mal.

—¿Tú crees, joder? —bramó el Gran Lobo mientras Sendaverde y el resto de sus hombres se desplegaban, contemplando altivos la escena con diversas medidas de desprecio—. ¿Está llorando? ¿Es que es tonto del culo o algo? Despeja esto, Trébol, antes de que… Vaya, ahora sí que es perfecto.

¿Y quién iba a emerger de entre los árboles sino el Joven León y un grupo de sus propios hijos de puta? Frenaron a sus monturas de forma que Stour y los suyos se quedaron exudando hostil desdén desde un lado del patio mientras que Brock y los suyos los fulminaban con recta indignación desde el otro. Parecía que el Joven León no había llegado al punto en que las tragedias se tornaban tareas. Si acaso, tendía hacia demasiado sentimiento.

—¿Qué leches ha pasado aquí? —gruñó.

Hubo un silencio incómodo, que Trébol por algún motivo sintió que tenía que llenar. Lo que de verdad quería decir era que quien no quisiera gente muerta no debería empezar guerras, pero lo mejor que se le ocurrió fue:

—Por lo que me cuentan, ha salido mal.

Cuando lo había dicho Danzarín, Trébol había pensado que nada podría haber sonado peor, pero de algún modo él lo había logrado.

—¡Eso ya lo veo! —El Joven León azuzó a su inquieto caballo de guerra por el patio de la granja hasta alzarse sobre Trébol y sus prisioneros arrodillados—. ¿Esto es lo que interpretas como buen comportamiento? —espetó a Stour, señalando el cadáver tendido bocabajo con el enorme tajo de espada en la espalda.

El Gran Lobo no era hombre que se dejara superar en erizamiento, amenaza o rencor.

—¡Me hablas con superioridad, Joven León! —Espoleó a su caballo hasta que Trébol tuvo que entornar los ojos para verlo—. Querías asesinos. Tantos como pudiera conseguirte. Querías perros sin correa en tu patio trasero. Ya te advertí que podrían correr tras los conejos.

—Los conejos son una cosa. —Brock llevó su caballo incluso más cerca de Stour y Trébol tuvo a apartarse para no quedar aplastado entre los dos héroes—. ¡El asesinato flagrante de ciudadanos de la Unión es otra! ¿Estos cabrones son los que lo han hecho?

Enseñó los dientes a los hombres atados, que se encogieron, o se retorcieron, y el gordo lloriqueó en el barro, y el Guapo movió los labios como dirigiendo alguna plegaria a los muertos que Trébol dudó mucho que fuese a servirle de algo.

—Que yo sepa, sigo siendo el rey de los norteños. —Stour se adelantó hacia Brock con aquel brillo demencial en sus ojos húmedos, asió su cadena y la sacudió para hacer bailar el diamante que había arrancado del cuello apuñalado de su tío—. Estos capullos son norteños. Así que *yo* diré qué se hace con ellos.

Por un momento pareció que el Joven León podría agarrar al Gran Lobo y forcejarían hasta caer de las sillas y repetir una fea versión de su duelo allí mismo, en el patio sembrado de cadáveres. Entonces, con aspecto de estar costándole mucho, Brock se controló. Inspiró a través de unos viriles dientes apretados y echó la espalda hacia atrás.

—Eres el rey de los norteños. —Con un tirón a las riendas apartó su caballo del de Stour—. Pero esto es la Unión. Espero ver que se hace justicia.

—Créeme, Joven León —gruñó Stour, con la actitud menos creíble de la historia—. Soy un fanático de la justicia.

Brock hizo girar a su montura y abrió la marcha de sus malcarados hijos de puta de vuelta hacia los árboles a un trote brioso. Trébol dejó escapar el aire despacio. Sholla, que había tenido una mano cauta envolviendo el puño de un cuchillo que llevaba a la espalda en el cinto, se inclinó hacia su oído para susurrarle:

—Parece que el león y el lobo no se llevan muy bien.

—Era un romance condenado desde el principio —dijo Trébol en voz muy baja—. Perros y gatos, ya sabes.

—Gracias, mi rey —graznó Danzarín—. Nos has salvado el…

Stour le lanzó una sonrisita.

—Estarás de puta broma, ¿verdad? He venido aquí a luchar, no a hacer de juez sobre tu necedad. Quiero a estos idiotas muertos, Trébol.

—¿Yo?

—Estoy dando órdenes. Es lo que hacen los reyes.

Fue su turno de girar el caballo y marcharse al galope, llenando a todo el mundo de barro. Danzarín miraba el suelo. El Guapo fulminaba con la mirada su arco. El gordo se había puesto a llorar otra vez. Los cadáveres, por supuesto, estaban impasibles.

—Han sido muchas fanfarronadas —gruñó Contratiempo— solo para acabar igual que estábamos.

—Ya, bueno, así es la vida —dijo Trébol—. Del barro procedemos y al barro regresaremos. Todos y cada uno de nosotros.

Sholla enarcó una ceja.

—¿Y cuál es el mensaje de esperanza?

—Los mensajes de esperanza serían inapropiados en una ejecución. Contratiempo, quiero a estos idiotas muertos.

—¿Yo? —respondió Contratiempo, pareciendo ofenderse un poco.

—Estoy dando órdenes —dijo Trébol, dando media vuelta—. Que Zas te ayude a enterrarlos. Y será mejor que nos llevemos esas ovejas, Sholla. La gente tiene que comer.

Danzarín seguía mirando al barro mientras Contratiempo sacaba su hacha.

—Ha salido mal —dijo, negando con la cabeza—. Nada más.

Buen terreno

—Buen terreno —dijo Forest con expresión aprobadora mientras descendían a caballo por la suave pendiente.

Stoffenbeck reposaba en un valle junto a un río centelleante, un pueblecito antiguo y sólido de envejecida y reconfortante piedra de Midderland. Las ovejas mordisqueaban perezosas la hierba en los pastos, la noria de un viejo molino giraba suave, un relajante humo salía de las chimeneas ornamentales tan propias de la arquitectura local. Habría sido un estupendo estudio para los pintores nostálgicos que aparecían en bandadas en los buenos y viejos tiempos.

—El mejor terreno. —Orso hizo una satisfecha inspiración del dulce aire campestre—. Absolutamente encantador.

—Quería decir… para una batalla, majestad.

—Ah. —La idea de que la guerra de dientes rojos descendiera sobre aquella escena somnolienta distaba mucho de ser agradable. Pero la guerra jamás era agradable de considerar, cuando se aplicaba a hogares concretos derruidos, a personas concretas masacradas. Por no mencionar a reyes concretos derrocados—. Sí, por supuesto. Buen terreno.

Una suave colina verde con unos pocos árboles en la cima dominaba el pueblo por la derecha. Quizá habría sido más militar decir el este. ¿O era el oeste? Por algún motivo el norte y el sur eran instintivos, pero a Orso los otros puntos de la brújula siempre le costaba un momento distinguirlos. A la izquierda del pueblo, al otro lado del río, había una colina más escarpada y tachonada de salientes rocosos. ¿Un risco, la habría llamado un agrimensor?

—Buen terreno —repitió Forest, y su cicatriz se plegó al permitirse una levísima sonrisa. Como si las sonrisas estuvieran en estricto racionamiento y no pudiera permitirse más.

—Colinas. —Orso hizo lo posible por emular la expresión entendida de Forest—. Las colinas son buenas.

—Las colinas son una puta maravilla, majestad. Si subes a ellas el primero. Claro que, para defenderlas, nos vendrían bien más hombres.

—Los refuerzos vienen de camino. —Orso intentó que su voz no delatara ningún temblor de duda.

—La cuestión —murmuró Tunny desde atrás— es si llegarán antes de que nos maten a todos.

En la plaza del centro de Stoffenbeck había una pequeña y ordenada multitud con ropa de día festivo. Ondeaban banderines en un edificio antiguo particularmente feo, que tenía una torre de reloj con una altura absurda y cabía suponer que la casa consistorial.

—¡Adelante! —exclamó un hombre corpulento que lucía una cadena de algún cargo, y un niño levantó una bruñida trompeta y tocó a saludo, escaso de afinamiento pero compensándolo con puro volumen.

—Ay, madre —murmuró Orso—. No se habrán reunido por mí, ¿verdad?

Tunny levantó una ceja.

—Bueno, digo yo que no se habrán reunido por mí.

—¡Vuestra augusta majestad! —exclamó entusiasmado el alcalde cuando llegó el grupo de Orso, y se hundió en una reverencia tan profunda que su cadena acarició los adoquines—. ¡No tengo palabras para describir el privilegio de acogeros! ¡El honor representa para mí y para el pueblo entero de Stoffenbeck es de lo más indescriptible!

—En absoluto, mi apreciado señor, gobernáis un burgo encantador. —Orso hizo un gesto hacia los edificios que rodeaban la casa. Varias edificaciones elegantes y antiguas, una cámara de comercio con fachada de mármol, una taberna con entramado de madera en el piso superior, un mercado cubierto cuyo techo combado sostenían unas columnas bajas y robustas. A grandes rasgos el progreso había pasado por alto aquel rincón de la Unión, que no debía de haber cambiado mucho en los últimos dos siglos—. ¡La quintaesencia misma de la Midderland rural! En tiempos más felices, me habría encantado visitarlo, pero confío en que me disculparéis. —Orso se levantó la diadema hacia las damas y los caballeros y mantuvo su caballo al paso hacia el norte. Si se detenía un solo instante, lo atraparían—. ¡Las rebeliones no se aplastan solas, ya sabéis!

—¡Cómo no, majestad! —El alcalde dio unos pasos apresurados tras él—. Si necesitáis cualquier cosa, solo tenéis que pedirla. ¡Lo que sea!

—¿Diez mil soldados y una previsión del tiempo fiable? —murmuró Orso entre dientes.

—¡El honor es de lo más indescriptible! —Tunny imitó la forma de hablar del alcalde con una precisión asombrosa.

—Lo creas o no, aún queda gente en el mundo a la que no repugna verme.

—Ya veremos si lo sigue considerando un privilegio cuando su pueblo albergue una de las mayores batallas jamás libradas en territorio de la Unión.

—Mi querido cabo Tunny, subestimas el servilismo del recio burgués de Midderland. Yo creo que seguirá igual de predispuesto a la genuflexión cuando las flechas oscurezcan el cielo.

Las bromas hacían que se sintiera un poco mejor, sobre todo si eran de mal gusto, pero empezaron a resultarle bastante necias a la luz del espectáculo que encontraron al salir del pueblo. Debía de haber millares de hombres trabajando a destajo en los campos del norte. Eran hombres de la División del Príncipe Heredero que fortificaban una inmensa medialuna entre la colina suave y el risco escarpado, afilando estacas, apuntalando muros, levantando barricadas, excavando trincheras y hoyos.

Supervisando el trabajo con la misma ausencia total de emoción con la que una vez había supervisado el ahorcamiento de doscientos Rompedores, con su ropa blanca inmaculada bajo el sol de principio de tarde, estaba el archilector Pike.

Orso detuvo su montura junto a él y contempló el enorme solar de construcción.

—¿Trabajando duro, eminencia?

—En efecto, majestad. Los hombres rara vez trabajan con la misma dedicación incansable que cuando sus vidas dependen de ello.

A su izquierda, el río desaguaba en unos bajíos pantanosos y se reunía con otro arroyo en cuyas riberas había huertos de frutales. A la derecha, unos campos repletos de maduro trigo de primavera ascendían en suave pendiente hacia el bosque. En el centro, justo por delante, el grano estaba recién cosechado en una cuadrícula de campos con rastrojos cuya tierra tenía un fértil color marrón por las lluvias recientes. Una enorme bandada de estorninos viró en el cielo y descendió a los árboles cerca de una granja que había a pocos kilómetros de distancia, y luego se elevó de nuevo en la neblina.

Orso tragó saliva. Parecía tener una especie de nudo en la garganta.

—Así que este será nuestro campo de batalla.

—Dudo que encontremos otro mejor —dijo Forest.

Orso se hizo visera y miró hacia el norte, hacia una colina solitaria que se alzaba al otro lado de los campos con un edificio sobresaliendo en la cima.

—¿Qué es esa torre de ahí?

—Una antigua mansión fortificada —respondió Pike—. Pertenece a un tal lord Steebling. Aristocracia inferior.

—Mala suerte para él —murmuró Orso. Le pareció captar el centelleo del acero—. ¿Tenemos hombres allí? Vigilando por si aparece el enemigo, supongo.

—Esos hombres son el enemigo, majestad.

—¿Qué?

—Sus primeros exploradores. —Forest se rascó la barba de unos días en la mandíbula—. Incluso con los caminos como están, su cuerpo principal debería llegar antes del anochecer.

—Me cago en la puta —suspiró Orso. Eso lo puso todo en cierta perspectiva. Allí estaban los rebeldes decididos a destruirlo, con solo unos kilómetros de plana tierra midderlandesa entre ellos—. ¿Cuándo esperamos que lleguen refuerzos?

—Acaba de presentarse un destacamento de la Academia de Asedios de Ratshoff —dijo Tunny—. Traen veinticuatro cañones.

—¿Esos trastos no tienen la fea costumbre de explotar? —El fogonazo del estallido de la máquina de Curnsbick todavía estaba desagradablemente fresco en la mente de Orso.

—Me han asegurado que estos nuevos son más fiables —dijo Forest, aunque no parecía muy convencido. No habían encontrado muchas cosas fiables en los últimos tiempos.

—Tres miembros leales del Consejo Abierto están a unos kilómetros hacia el oeste. —Pike señaló más allá de los huertos—. Los lores Stenner, Crant e Ingenbeck, que suman unos mil hombres entre los tres.

—Y esperamos dos regimientos de la Guardia Real desde el este. —Forest se levantó en los estribos y miró adusto la larga hierba que se mecía al viento en las laderas de la colina suave—. Podrían llegar durante la noche, o quizá en la mañana. El lord mariscal Ruckested trae a otros cuatro desde el sur, sobre todo caballería. Vienen a marchas forzadas desde Keln y tienen mucho terreno que cubrir. Si tenemos suerte y el tiempo aguanta, podrían llegar mañana a última hora, pero… en fin…

—¿No querrías apostar un reino a ello? —aventuró Orso, y se volvió hacia el sonido de cascos que llegaba desde atrás—. ¡Ah, inquisidora Teufel! Me alegro mucho de que hayas venido. —Ella no parecía alegrarse tanto de haber llegado, pero Orso tampoco la había visto nunca alegrarse de nada. Hasta lo encontró tranquilizador. Esa mujer afrontaba un acuerdo, una planificación o el colapso de un reino con la misma resolución pétrea—. ¿Hablaste con el Joven León?

—Así es —respondió ella—. Y con su esposa, lady Savine.

—¿Está con él? —Orso tuvo que toser para ahogar un ridículo deseo de preguntar si la había visto con buen aspecto.

—Con el embarazo muy avanzado, pero aun así afilada como una daga.

—¿Cómo vamos a llamarla? —preguntó Pike, con un retorcimiento de sus rasgos quemados que podría haber sido una sonrisa—. ¿La Joven Leona?

Orso dio un gruñido de descontento. Sí que sería un mote adecuado, sí. Por lo que tenía entendido de la especie, los machos gozaban de la reputación, pero eran las hembras quienes se ocupaban de toda la matanza.

—Les he contado un cuento —dijo Vick—. Que estáis desorganizado y falto de hombres. Que Brint ha impedido que os lleguen refuerzos. La Leona tenía sus reparos, pero su marido se lo ha tragado entero, me parece.

—¡Excelente trabajo! —exclamó Orso. Si hubieran contado con otra docena de mujeres como Vick dan Teufel, quizá podrían haber evitado la lucha—. Pero… no pareces muy entusiasmada.

—Los rebeldes han llegado a un acuerdo con los Rompedores. Planean levantamientos a lo largo y ancho de Midderland.

Una pausa incómoda. Orso se lo tomó con notable fortaleza, en su propia opinión. O quizá era que ya no le quedaba espacio para más malas noticias. Era como servir vino en una copa que ya estaba llena: solo se conseguía que se derramara por los lados.

—¿Hemos sabido de alguna revuelta? Alguna revuelta *más* , quiero decir.

—De ninguna —dijo Pike—, pero…

Le correspondió a Tunny decir lo que sin duda todos estaban pensando.

—El primer aviso sería que nuestros refuerzos no lleguen.

Orso no pudo evitarlo. Estalló en una risita despreocupada.

—Bueno, solo podemos librar una guerra cada vez, amigos míos. Los Rompedores serán un problema para mañana. Ahora mismo, varios millares de nobles rebeldes, anglandeses contrariados y norteños coléricos exigen toda mi atención.

—Veinte mil, según las estimaciones del propio Brock —matizó Vick.

Otra pausa incómoda. Por las expresiones preocupadas de los rostros que lo rodeaban, Orso dedujo que eran más de los que habían esperado.

—¿Cuántos somos nosotros? —preguntó, incapaz de contener un tono suplicante en la voz.

—Tal y como estamos —dijo Forest con gravedad—, no más de doce mil. Pero el terreno nos favorece.

Era depositar mucha fe en la tierra. Orso suspiró mientras estudiaba la colina herbosa y los ondulados campos de trigo que dominaba.

—Lord mariscal Forest, quiero que asumas el mando del ala derecha.

Forest levantó sus pobladas cejas.

—Soy general, majestad.

—Si el gran rey de la Unión dice que un hombre es lord mariscal, ¿quién va a negarlo? El retiro anticipado de Brint ha dejado un asiento vacío en el Consejo Cerrado, y no se me ocurre un hombre mejor para ocuparlo. Considérate ascendido.

Forest lo miró con la boca un poco abierta.

—El Consejo Cerrado…

—Enhorabuena —dijo Tunny, dando un puñetazo a Forest en el brazo—. Tendrás que buscarte un bastón o algo.

—Acababa de hacerme con una casaca de general.

—Bueno, en eso tendrás que arreglártelas solo —dijo Orso—. Puedo crear lores mariscales nuevos de la nada, pero las casacas cuestan dinero. —Miró ceñudo la colina rocosa de la izquierda, con otros pocos riscos más escarpados por detrás. El terreno que había delante de ellos era más dificultoso, sembrado de frondosos frutales y partido en dos por aquel pantanoso afluente del río—. El flanco izquierdo puede ocuparlo una fuerza más pequeña, me parece.

—Sobre todo si colocamos nuestros cañones ahí —llegó la voz aflautada de Gorst. Se sonrojó un poco cuando todos se volvieron hacia él—. Vi… cómo los usaban en Osrung.

—Para eso necesitarás a un comandante despiadado —dijo Tunny, estudiando las colinas—. Alguien que asuste a nuestras tropas más que al enemigo.

Por suerte, el hombre perfecto parecía estar al alcance de la mano.

—¿Archilector Pike? —dijo Orso—. Teníais experiencia en el campo de batalla, ¿me equivoco?

—De joven, en Gurkhul y en el Norte —respondió Pike—. También supervisé los primeros experimentos con cañones en las Tierras Lejanas.

—En ese caso, no se me ocurre nadie más cualificado para estar al mando de mi ala izquierda. ¿Os aseguraréis de mantener alta la moral? —O por lo menos de que las tropas desmoralizadas tuvieran demasiado miedo para huir.

Pike agachó la cabeza.

—La moral es una de mis especialidades, majestad. Con vuestro permiso, empezaré a fortificar la posición.

—Cuanto antes, mejor —dijo Orso.

Forest hizo un brioso saludo militar y espoleó a su caballo hacia la colina suave. Pike volvió su montura hacia los riscos más empinados. Vick cruzó la mirada con Orso, le hizo un asentimiento firme y comprometido que él agradeció bastante y siguió a su eminencia.

Se levantó un vientecillo que hizo ondear y aletear el caballo blanco sobre sol dorado del Estandarte Firme. La misma bandera bajo la que Casamir había conquistado Angland. Testigo de una ingente cantidad de glorias militares a lo largo de los siglos. Orso se preguntó si había la menor posibilidad de que presidiera otra de ellas.

—Tú has visto bastante acción, Tunny.

—Siempre he tendido más a la inacción, majestad. Pero sí.

—¿Cómo de mal está la cosa? Y ten presente que soy rey. Debes ser sincero.

—Me disculparás, pero procuro no ser sincero nunca con un superior, y cuanto más alto está en la cadena de mando, menos sincero procuro ser. Y sería difícil estar más alto que un rey. A no ser que tengas al gran Euz escondido por ahí.

—Ojalá —respondió Orso—. Un semidiós todopoderoso sería justo lo que necesitamos para equilibrar las fuerzas. ¿Cómo de mal está la cosa?

Tunny se pasó la lengua por el interior de la boca, miró hacia las colinas, y hacia los campos, y hacia los hombres que excavaban.

—Mal.

—Pero ¿tenemos alguna oportunidad?

—Si Rucksted llega a tiempo, y si el enemigo no puede mantener un frente unido, y si hay suerte con el tiempo… —Tunny puso aquella sonrisa radiante que tenía, la que le arrugaba las comisuras de los ojos—. Siempre hay una oportunidad. Pero cualquier retraso nos beneficiaría.

—Mmm. —Orso entornó la mirada hacia aquella torre de la colina, preguntándose si el Joven León estaría considerando esa misma posición en ese mismo instante con su catalejo—. ¿Coronel Gorst?

—¿Majestad?

—Quiero que te lleves al cabo Tunny y su Estandarte Firme por esos campos. ¡Salid en busca del intrépido lord gobernador de Angland! Pedidle parlamentar con toda la pompa, ceremonia y bravatas militares que podáis. Tunny, quiero que tu puto saludo marcial dure como mínimo una hora.

—¿Y cuando haya hecho el saludo?

—Entonces invita al Joven León a cenar. No seré su igual con una espada, pero me echaré flores aventurando que lo supero con creces con un tenedor. Mi padre solía decir que un buen rey debe atender a las opiniones de sus súbditos. Mi madre siempre añadía que luego debería hacerles caso omiso. Escuchemos lo que tenga que decir ese hijoputa. —Y Orso guiñó un ojo—. Largo y tendido.

Los hombres siguieron cavando. Lejos, en los campos, los estorninos volvieron a levantar el vuelo hacia el cielo vespertino.

Mal terreno —Mal terreno —dijo Antaup preocupado, descargando un puño en el antiguo almenar.

Desde la torre, Leo podía divisar el valle entero. Stoffenbeck estaba enclavado entre dos colinas, un risco rocoso que dominaba el río al oeste, una cresta más suave sobre trigales maduros al este.

—Terreno que debemos cruzar para llegar a Adua —dijo Jin.

Lo cual habría resultado fácil en tiempos de paz. Dos caminos pavimentados convergían en el pueblo desde ambos lados de la colina sobre la que se alzaba la torre, se unían en la bonita plaza del mercado de Stoffenbeck y se convertían en uno solo, que salía en dirección sur hacia la capital. El problema era que el terreno que había que superar estaba atestado de las fuerzas del rey Orso. Habían fortificado una amplia medialuna en los campos recién cosechados al norte del pueblo, erizada de estacas y brillantes puntas de lanza. Había más metal, acompañado de unos pocos estandartes ondeantes, desplegado a lo largo de la cima de la colina herbosa. Mirando por su catalejo, Leo vio a más hombres también coronando el risco. Carros también, quizá. Pasó el anteojo a Antaup.

—¿Cuántos hombres calculas tú?

—Es difícil saberlo. En el centro están bien atrincherados, pero las colinas están peor defendidas. Veo algunos estandartes de la Guardia Real. Y otros que no identifico.

—Son más de los que esperábamos —murmuró Leo. Y muchos más de los que habían deseado. Parecía que al final quizá sí que habría pelea.

—Seguimos teniendo superioridad numérica —afirmó Jin, todo bravuconería norteña—. Dos a uno, tal vez.

—Puede.

Leo no confiaba en una buena porción de ellos. Los hombres de Isher estaban bien entrenados, pero la mayoría de las fuerzas del Consejo Abierto tenían uniformes preciosos y ninguna disciplina. Barezin había reunido lo que él llamaba con orgullo la Legión Gurka, pero había sido a base de reclutar a cualquiera que tuviera aspecto exótico sin tener en cuenta siquiera si podían entenderse entre ellos, no digamos ya si se habían puesto armadura alguna vez. Gran parte de las miserables tropas de lady Wetterlant parecía haberse alistado a cambio de una muda de ropa y luego se había escabullido durante la tormenta, llevándose sus suministros con ellos. Y luego estaba el Gran Lobo, que a cada día que pasaba parecía más dispuesto a combatir contra Leo que por él.

—A lo mejor deberíamos atacar ya —propuso Jin, entrecerrando los ojos hacia el sol—. Aún quedan unas horas de luz.

Antaup pasó el catalejo a Leo.

—Nuestros hombres están preparados.

—Los buenos anglandeses —dijo Leo, contemplando sus ordenadas columnas marchar desde el camino y formar pulcras líneas de batalla en la base de la colina, con las banderas bajo las que habían combatido por todo el Norte desplegadas sobre sus cabezas.

Se enorgulleció al verlos. Lo enorgulleció liderarlos. Escrutó los campos por los que pronto avanzarían y distinguió otra bandera, que se acercaba rauda hacia ellos. Un caballo blanco sobre un sol dorado, que relucía y centelleaba a la cabeza de dos docenas de hombres con armaduras.

—El Estandarte Firme —murmuró Leo.

Antaup enarcó las cejas.

—Parece que su majestad quiere hablar.

Leo no podría haber pedido rodearse de un grupo más espléndido: lord Isher, lord Barezin y otra veintena larga de miembros del Consejo Abierto, lord Mustred y otra docena de nobles anglandeses, además del hombre de Stour, Sendaverde, y el de Rikke, Hardbread. Y aun así, se sintió muy solo mientras el portaestandarte del rey refrenó su resoplante montura en la ladera de la colina, con el Estandarte Firme aleteando majestuoso al viento y dos docenas de Caballeros de la Escolta en armadura completa de combate se detenían con estruendo tras él. El portaestandarte era un veterano canoso con brillo en los ojos y aire relajado en la silla, pero le dedicó el saludo marcial más impecable que Leo había visto en su vida. Limpio, elegante, sin florituras

que atrajeran una atención indebida sobre sí mismo. Los lores del Consejo Abierto, engalanados con cuerda suficiente para aparejar una flota, podrían aprender un par de cosas sobre el aspecto que debía tener un verdadero soldado.

—¡Excelencia! ¡Mis señores del Consejo Abierto! ¡Representantes del Norte! Soy el cabo Tunny, portaestandarte del gran rey de la Unión, Su Augusta Majestad el Rey Orso Primero. Al coronel Gorst, comandante de los Caballeros de la Escolta, creo que ya lo conocéis todos.

Que su héroe de la infancia hubiera sacado a Leo a rastras de la Rotonda de los Lores no había socavado en absoluto la admiración que sentía por aquel hombre. La había incrementado, si acaso. Le dolió un poco que Gorst se quedara en la distancia con rostro grave, sin mirar siquiera en su dirección.

—¿El... *cabo* Tunny? —Los carrillos colgantes de Barezin temblaron cuando alzó desdeñoso el mentón—. ¡Nos hacen perder el tiempo!

—Es el mensaje lo que importa —gruñó Mustred—, no su graduación.

Leo, por su parte, habría estado encantado de intercambiar a un par de generales de butaca por cabos experimentados.

—He probado los ascensos, mis señores —dijo Tunny, sonriendo—, pero nunca me sentaron bien. Portar el estandarte de Su Majestad es todo el honor que sé manejar.

—El Estandarte Firme —se encontró murmurando Leo, con no poco sobrecogimiento.

Tunny sonrió con cariño a la bandera.

—El mismo bajo el que cabalgó el rey Casamir cuando arrebató Angland a los salvajes. Hace pensar en la orgullosa historia de la Unión. En todo lo que las provincias deben a la corona.

Leo torció el gesto.

—Si la corona aún la llevaran hombres como Casamir, me atrevo a decir que no habría disputas.

—Qué cosas. Que no haya disputas es precisamente lo que desea Su Majestad. Con la esperanza de llegar a eso, os invita a cenar. —Tunny paseó una mirada algo divertida por la extensa colección de aliados de Leo—. Pero solo vos y él; no quiere que la conversación se aparte mucho del asunto que os ocupa.

—¿Y cuál sería ese asunto? —preguntó Isher.

—Vuestras exigencias y sus posibles concesiones a dichas exigencias. El rey sabe que unos hombres de vuestra grandeza no levantarían tropas contra él sin tener unos

agravios legítimos. Su majestad está más que dispuesto a combatir, pero desea evitar a toda costa el derramamiento de sangre de la Unión en territorio de la Unión.

—Intenta ganar tiempo —estalló Barezin—. ¡Estoy tentado de ordenar a mis hombres que crucen esos putos campos y me preparen la cena en el puto Stoffenbeck sin su puta invitación!

Steebling, el anciano lord que poseía la ruinosa torre, sentado cerca con una pierna en un taburete por la gota, aportó un poco constructivo bufido de desprecio.

—Las órdenes las doy yo —gruñó Leo, y Barezin se sumergió hosco en la grasa de su papada—. Por favor, transmite mi agradecimiento a su majestad. Tendrá mi respuesta antes de una hora.

Tunny se irguió en la silla para dar de nuevo aquel saludo de exhibición y luego hizo dar la vuelta a su caballo con maestría y se llevó el radiante estandarte del rey de vuelta a Stoffenbeck. No se podía negar que era una bandera de primera categoría. Quizá cuando todo aquello acabara tendría que regresar a Angland, donde pertenecía.

—Deberíamos atacar de inmediato —masculló Barezin, haciendo un belicoso ademán con el puño—. ¿Eh, Isher? ¡Deberíamos atacar!

Algunos de los lores más agresivos gruñeron su varonil asentimiento. Era fácil decirlo para quienes no habían atacado nada más peligroso que un filete de cerdo en todas sus vidas.

Isher jugueteó con sus guantes pero no dijo nada. Por lo visto, tenía mucho menos que decir en un campo de batalla que en un salón.

—¿Los hombres de Stour están preparados? —preguntó Leo en norteño.

La sonrisa de Sendaverde casi parecía burlona.

—Ah, siempre estamos listos para pelear.

Jin frunció el ceño mirándolo de soslayo.

—No te ha pedido que te midas la polla. Te ha preguntado si los hombres de Stour están preparados.

—Están cruzando el bosque. Dentro de una hora estarán en el borde. Dos como mucho.

Leo hizo una mueca de disgusto. «Dos como mucho» podía muy bien significar tres. Y no le bastaba con hacer retroceder a Orso, tenía que machacarlo. ¿Podían hacerlo en lo que quedaba de tarde? Se hizo visera e intentó calcular las distancias, los tiempos, pero había mucho que tener en cuenta y le bailaba la vista y le zumbaba la cabeza. Se volvió para pedir su opinión a Jurand y entonces se acordó, y sintió de nuevo la

punzada del desengaño y la traición. Era el único de sus amigos cuya opinión había merecido la pena escuchar jamás. Sabía pensar con claridad. Mantenía la cabeza fría en las crisis. ¿Por qué tenía que ser un pervertido el mejor hombre que conocía? Leo apretó el puño.

—Isher, Barezin, ¿qué decís?

—Mis hombres están listos —dijo Isher inquieto, al parecer nada encantado con la idea—. Ya están desplegándose por la derecha.

—¡Y los míos están a punto de estarlo! —vociferó Barezin. No parecía capaz de pronunciar una palabra sin intentar convertirla en amenaza—. ¡Mi Legión Gurka estará preparada para avanzar en menos de una hora!

Steebling soltó otra carcajada sardónica. Leo apretó los dientes y se esforzó en no hacerle caso.

—¿Qué hay del resto del Consejo Abierto?

Barezin estrelló su gordo puño contra su gorda palma.

—¡Listos en su mayoría!

—Listos en parte —dijo Isher—. Algunos siguen atascados en los caminos malos.

Los caminos ya se habían secado. Eran las órdenes pantanosas y la disciplina que hacía aguas lo que estaba retrasando a las tropas. Necesitaban más tiempo para desplegarse, sobre todo con aquellos huertos de frutales y el río de delante. Pero el risco que había más allá parecía estar escasamente defendido. Quizá fuese mejor intentar tomarlo ya que esperar.

—Mierda —murmuró Leo.

Un capitán nunca tenía dudas sobre lo que debía hacer. Cumplir las órdenes. Cuidar de sus hombres. Liderar con el ejemplo. Pero, para un general, lo que debía hacer siempre era un asunto neblinoso. Todo eran suposiciones mejor o peor informadas, juicios que pendían de los detalles, apuestas a ganador y colocado con miles de vidas en juego. Las decisiones que Leo había tomado en el pasado siempre habían sido en caliente. Nunca había tenido tiempo para sopesar las consecuencias.

¿Habría estado en lo cierto su madre? ¿Era posible que no fuese buen general? Se descubrió deseando tenerla allí con él y se obligó a apartar el pensamiento. ¡Por los muertos, era el Joven León! Pero el coraje y un rugido no iban a ser suficientes. Antaup tenía razón: era mal terreno. Morirían hombres tomando esas posiciones. Buenos hombres. Amigos como Ritter y Barniva, caídos por su imprudencia.

—Tenemos superioridad numérica —musitó para sus adentros, frotándose la pierna dolorida—. Ellos no van a recibir ayuda.

—Putos traidores —dijo Steebling en voz más que lo bastante alta para que lo oyeran, y dio un trago a una botella mirándolos con desdén por encima de ella.

A Leo le habría encantado tirarlo de su silla y enviarlo colina abajo a patadas, pero estaban allí para liberar al pueblo de la Unión de la tiranía del Consejo Cerrado, no para tirarlo de sus sillas, por mucho que lo merecieran.

Mustred le hizo un asentimiento de ánimo.

—Los hombres de Angland están con vos, excelencia, decidáis lo que decidáis.

Eso debería haberlo reconfortado. Pero solo sirvió para que Leo fuese plenamente consciente de que la decisión era suya y de nadie más. Siempre se había enorgullecido de ser la pura definición de un hombre de acción. En esos momentos, al mando, en el campo de batalla con el enemigo ante él, donde siempre había soñado que estaría, se sintió paralizado.

Se sorprendió deseando que Rikke estuviera allí. Amaba a Savine, pero su esposa tenía costumbre de imponer sus opiniones a los demás. Era una imposición sutil, aterciopelada, pero seguían siendo sus propias opiniones. Rikke tenía un don para abrirse paso a machetazos entre la maraña hasta el sencillo corazón de las cosas. Ella podría haberlo ayudado a ver lo que *él* quería.

Se volvió furioso hacia Hardbread.

—¿Dónde cojones está Rikke?

El viejo guerrero tragó saliva y alzó los hombros desvalido.

Terreno elevado

Rikke estaba acuclillada en el bosque húmedo, jugueteando con el viejo tarugo que llevaba al cuello, recorriendo una y otra vez las marcas de sus propios dientes con la yema del pulgar.

Su padre se había pasado media vida acuclillado en bosques húmedos y era bonito pensar que estaba siguiendo sus pasos, pero desde luego no compensaba el frío pegajoso que se le extendía por la espalda mientras los pinos goteaban y goteaban sin cesar, plic, plic, plic, encima de ella.

—Los techos son un gran invento —murmuró entre dientes.

Miró a la derecha. Había hombres armados entre los árboles, arrodillados y ocultos. Los mejores hombres de que disponía Uffrith, llenos de cicatrices y experiencia bélica, con las armas listas y los rostros tensos. Isern-i-Phail estaba sentada con la espalda contra un árbol y la lanza en sus rodillas, masticando despacio. Se inclinó a un lado, escupió y enarcó las cejas a Rikke como diciendo: «¿Qué?».

Rikke miró a la izquierda. Más hombres. El Clavo y el resto de la considerable familia de Gregun Cabezahueca por delante, con los dientes desnudos como lobos que acabaran de ver un cordero. Y centenares más por detrás de ellos en el bosque, Rikke lo sabía. Todos tensos como puños apretados, esperando a que ella diera la orden. Escalofríos tenía una rodilla hincada en el suelo y el pelo entrecano pegado a la cara por el rocío de la mañana, dando vueltas en el meñique una y otra vez a aquel anillo suyo de la piedra roja. Enarcó la única ceja que tenía a Rikke como diciendo: «¿Qué?».

Rikke entrecerró los ojos. Tampoco era que entornar el derecho supusiera mucha diferencia. Una noche de niebla se había transformado en un día de niebla, lo cual había sido útil para que no los vieran pero nada útil para ver hacia dónde iban a ir ellos. El camino se distinguía bastante claro, justo al terminar los árboles. El puente aún lo veía bien. Pero los portones eran solo un tenebroso rumor.

Jugueteó con su tarugo, jugueteó, jugueteó. La verdad era que hacía meses que no lo necesitaba. No había sufrido ataques, ni siquiera un solo temblor, desde su regreso del lago prohibido con las runas en la cara. Siempre había odiado tener que llevar aquel trasto encima, pero allí estaba, aferrándose a él. Un último jirón de su infancia. Un recuerdo de un pasado en el que no tenía que tomar ella las decisiones difíciles.

Se tensó al oír un ruido hueco, estiró el cuello hacia un crujido que se impuso al arrullo del río y forzó la mirada hacia el arco, donde había una luz que fluctuaba. Un

vientecillo sacudió las ramas y la niebla se removió y Rikke vio a dos hombres. Uno llevaba un bonito yelmo con cresta y cota de malla que relucía bajo una larga capa. El otro era calvo y sostenía un farol en alto mientras empujaba la puerta.

Y los portones de Carleon quedaron abiertos, acogedores.

Rikke arrancó el cordel con un giro brusco de muñeca y arrojó el tarugo a los arbustos.

—Adelante —susurró.

Escalofríos se puso en pie de un salto, rápido y silencioso, con el Clavo pisándole los talones. Con un siseo metálico, la primera docena se levantó y fue tras ellos, y luego la siguiente docena, y luego la siguiente.

—Vamos —susurró Rikke, clavándose las uñas en las palmas de lo fuerte que apretaba los puños—. Vamos…

Contrajo el rostro al oír las fuertes pisadas de Escalofríos y los demás en el puente de madera. Era un momento que ya había visto antes, estaba segura. Lo había visto con el ojo largo. El hombre de la capa en el portón buscó a tientas su espada.

Su grito se convirtió en gorgoteo cuando el calvo lo apuñaló en el cuello y lo empujó de vuelta a las sombras del túnel. Una prueba más de que un poco de oro puede triunfar allí donde mucho acero podría fracasar. El calvo levantó su lámpara y se apartó con educación para dejar pasar a toda prisa a Escalofríos, que encabezaba un flujo constante de hombres armados hacia el interior de Carleon.

Rikke se levantó despacio, doliéndose de las rodillas por tanto estar agachada, y dejó escapar el aliento con un suspiro.

—¿Ya está, entonces?

—Como mínimo es un buen primer paso. —Isern plantó una bota en una roca, sonriendo mientras a su alrededor una marea de guerreros inundaba el bosque neblinoso en dirección a la ciudad, sigilosos como fantasmas.

—¡No matéis a nadie que no sea necesario! —les gritó Rikke mientras echaba a andar también hacia las puertas.

No era la única en el Norte a quien le gustaba la venganza, al fin y al cabo.

Las cosas estaban sorprendentemente tranquilas dentro de las murallas, para ser una ciudad recién conquistada.

Había grupos de carls de Uffrith en las esquinas, con las armas desenvainadas y los escudos prestos, algunos de ellos pintados con el motivo del ojo largo. Había

prisioneros sentados aquí y allá, con las armas en el suelo y las manos atadas. Unos pocos lugareños miraban asustados desde las ventanas y puertas mientras Rikke pasaba caminando.

—¡No os preocupéis! —Compuso lo que esperaba que fuese una sonrisa tranquilizadora, aunque la visión de su cara no tranquilizaba mucho a nadie últimamente—. ¡Nadie saldrá herido! —Vio que un par de carls se llevaban un cadáver a rastras, dejando una mancha sangrienta en los adoquines—. ¡Nadie más saldrá herido! —se corrigió—. Siempre que seáis… ya sabéis, educados.

No estaba muy segura de que sus palabras ayudaran mucho. Pero al menos lo intentaba. Lo intentaba mucho más que Calder el Negro cuando había tomado Uffrith, supuso.

El Clavo estaba apoyado en una pared, usando una daga con toda meticulosidad para taladrar un agujero en el lado puntiagudo de un huevo. Tenía una manera peculiar de quedarse muy quieto, sin mover nada a menos que fuese necesario.

—Ha funcionado, entonces —dijo mientras ella se acercaba.

—Ya te dije que lo haría.

—Creo que no tenemos ni un muerto.

—Bien está. ¿Y en su bando?

—Unos pocos. No había ni la décima parte de hombres protegiendo el lugar de los que suele haber.

—Ya —dijo Rikke—. Están todos en Midderland, luchando contra el rey Orso.

—Donde les dijiste que también estarías tú.

—Para eso se lo dije. Pensé que íbamos a divertirnos mucho más aquí.

El Clavo negó con la cabeza y la hoja destelló mientras hacía girar la daga una y otra vez.

—Sabía que es peligroso tenerte como enemiga. —Levantó la mirada hacia ella desde debajo de sus pálidas cejas, sus pálidas pestañas. Una mirada larga y lenta que lo absorbía todo—. Ahora estoy preguntándome si no será peligroso también tenerte como amiga.

—Soy una amiga a la que es peligroso traicionar, eso sí que te lo digo. Savine dan Brock no habría tardado mucho en venderme. —Rikke fue consciente de haber puesto la mano en la cadena de esmeraldas que llevaba y la apartó—. Es una mujer que lo vende todo. —Las dos sonriendo juntas en el banco del jardín de su padre. Su mano en la barriga de Savine. El bebé moviéndose bajo sus dedos—. Y en cuanto a su marido…

—Pensó en la sonrisa infantil de Leo, todo confianza, todo corazón, pensó en él riéndose con su padre, pensó en el chico que había sido, jugando en el granero. Sé preguntó qué sería de él en Midderland, sin la ayuda que le había prometido. Tuvo un repentino remordimiento y se enfadó consigo misma por tenerlo. Debía hacer de su corazón piedra—. ¿He hecho lo que te dije que haría? —preguntó.

—Lo has hecho —dijo el Clavo.

—¿Ha salido como dije que saldría?

—Hasta ahora.

—Entonces, ¿cuál es tu queja?

—No he dicho que tenga ninguna queja.

—¿Y qué estás diciendo?

El Clavo sopló para quitar un poco de polvo de su huevo y sus ojos pálidos se clavaron en los de Rikke.

—Estoy diciendo que no me des motivos para tenerla.

—Lo tendré en cuenta. —Movió la cabeza hacia la gran muralla que se alzaba más adelante. La que Bethod había construido en el terreno elevado alrededor del Salón de Skarling. Quizá fuese la muralla más fuerte de todo el Norte. Había unos hombres avanzando muy poco a poco hacia la puerta con los escudos alzados, y cayeron un par de flechas de arriba que rebotaron en los adoquines, haciendo que retrocedieran—. Mientras tanto, aún nos queda trabajo.

—Siempre queda trabajo. —El Clavo siguió perforando aquel huevo con su daga, paciente como las raíces de los árboles—. Las puertas estaban cerradas cuando hemos llegado. Quienquiera que haya dentro no tiene muchas ganas de abrirlas. No para de dispararnos flechas.

—Qué mal vecino.

—Pues sí. Cuando caiga la noche, estaba pensando en trepar ahí arriba y enseñarles modales.

Rikke contempló la muralla. Era alta, la condenada, y lisa, y gris.

—Dejémosles un rato para que mediten sobre su situación. Entretanto, estate tranquilo, ¿quieres? Que no se derrame más sangre en la ciudad.

—Tienes el perdón fácil.

—Hace un minuto, era demasiado implacable para ti. ¿Y ahora el perdón es algo malo?

—Depende de a quién perdones. —El Clavo escrutó el adarve de la muralla—. En la guerra, el terreno elevado te da la superioridad. —Levantó hacia sus labios el huevo, que parecía diminuto entre sus enormes índice y pulgar—. Excepto la superioridad moral. —Y sorbió el contenido por el agujero—. Esa no vale una mierda.

Isern-i-Phail estaba en una plaza no muy lejos, con una hilera de guerreros desarmados de rodillas delante de ella. Corleth estaba cerca, sosteniendo orgullosa el estandarte del ojo largo. Rikke fue hasta allí y se plantó las manos en las caderas.

—Supongo que acabar arrodillados en la calle no era lo que esperabais cuando os habéis levantado esta mañana —dijo—. A eso solo puedo deciros que lo lamento.

—Pero ¿lo lamentas? —preguntó Isern—. ¿De verdad?

Rikke sonrió con toda la cara.

—Ni un poquito. Pensar en la cara que podrá Stour Ocaso cuando se entere de que le hemos robado su ciudad es lo que me ha animado estas últimas semanas.

—Supongo que se cagará en las calzas y llamará a su mamaíta llorando.

—No me sorprendería —dijo Rikke.

—Pero su mamaíta no vendrá —dijo Isern, desternillándose para sus adentros—, dado que, verás, lleva largos años muerta, así que a él le tocará rechinar los dientes y patearse a sí mismo, y pondrá la boca haciendo un mohín como un ano pequeñito y…

—Te estás yendo por las ramas, Isern.

Isern carraspeó.

—Es un defecto común en mi familia. Devuélveme al tema.

—No es la madre de Stour a por quien voy, sino a por su padre. —Rikke se volvió de nuevo hacia los hombres arrodillados—. Si me ayudáis, descubriréis que soy una persona razonable. Más razonable que el puto Stour Ojete, por lo menos.

—Ojete —rio Isern, meneando la cabeza.

—A ver, ¿dónde está Calder el Negro?

El hombre de más a la izquierda, un viejo cabronazo con cara de amargado y una cicatriz que le atravesaba el pelo corto entrecano, levantó la cabeza para mirarla despectivo.

—Ya os podéis ir jodiendo, brujas locas.

Rikke levantó las cejas mirando a Corleth. Corleth levantó las suyas en respuesta.

—Dice que os vayáis jodiendo.

—Ya lo he oído —dijo Rikke—. Supongo que luego habrá tiempo para eso. Un dedo o dos, para celebrarlo. Pero ahora mismo, estoy un poco ocupada robando tu ciudad. ¿Dónde está Calder el Negro?

—¿No me has oído, zorra? —El hombre desnudó los dientes—. He dicho…

Isern lo cogió del pelo y le apuñaló el lado del cuello, le rajó hacia fuera la garganta con un cómodo giro de muñeca que hizo saltar sangre negra por los aires y lo tiró al suelo con una bota en la espalda.

Era bueno tener el perdón fácil, pero aquello no dejaba de ser el Norte. Al padre de Rikke nunca le había gustado matar. Eso no había impedido que lo hiciera cuando era necesario. Ni tampoco se lo impediría a ella.

—Puede que hubiera mucho de admirable en él, una vez se arrancaba esa costra dura. —Rikke suspiró mientras veía al hombre retorcerse bajo la bota de Isern—. A lo mejor tenía una colección interesante de cráneos de pájaros, o muy buena voz para cantar, o un gran cariño por su hermana tristemente fallecida, que lo hacía sollozar en los momentos tranquilos. —Rikke miró a los demás hombres, que contemplaban a su compañero con los ojos como platos—. Pero hay muchas cosas por las que sentir lástima en el mundo. No puede desperdiciarse demasiada en los que se comportan como unos capullos.

El cabronazo con cara de amargado se había quedado quieto e Isern se agachó, limpió su daga en el culo de los pantalones del muerto, se distrajo con su reflejo en la brillante hoja y se frotó una mancha de algo en la mejilla con cara de gran concentración.

Rikke dio un paso al lado antes de que el charco de sangre en expansión le llegara a los pies y se colocó ante el siguiente hombre. Siempre se había considerado una persona divertida. Rikke la Risitas, fuente de júbilo. Aún le resultaba raro que la gente pudiera tenerle miedo. Pero tuvo que reconocer que había algo satisfactorio en ver el pavor en los ojos del hombre. Era mejor que el desprecio, por lo menos.

—Tú tienes mejor actitud —dijo, moviendo el dedo delante de su cara.

—Parece un personaje agradable, sí que es verdad —dijo Isern, dándole unos golpecitos en el hombro con la daga—. ¿A que acierto si digo que tienes familia?

—Dos hijas —graznó él.

—Oooh —dijo Rikke—. ¿De cuántos inviernos?

—Seis y dos.

—Oooh —dijo Corleth.

—Esas niñas necesitan a su papaíto —dijo Rikke—. Cuento con que cuenten contigo.

—Cuento con que cuenten. —Isern soltó una leve risita—. Eso te ha quedado bien.

—Siempre he buscado la poesía en el lenguaje —respondió Rikke—. Y ahora, ¿dónde está Calder el Negro?

Los ojos del padre de dos hijas se desviaron hacia el lado, buscando la daga de Isern, que le quedaba justo fuera de vista.

—Aquí no —graznó.

—Bueno, tranquilo, vamos haciendo progresos. ¿Dónde está?

—Se fue al norte, a los Valles Altos. Algunos jefes de allá arriba están preocupados por cómo lleva las cosas Stour.

—¿No lo estamos todos? —dijo Isern—. O sea, yo soy una gilipollas que viene de una familia de gilipollas, pero ¿ese Stour? Lo suyo son nuevas cotas.

Rikke señaló con la cabeza las puertas de la muralla interior. Las puertas tras las que estaba el Salón de Skarling, todavía cerradas a cal y canto.

—¿Y quién está al mando ahí dentro?

—Brodd el Silencioso.

El nombre no le sonaba a Rikke. Levantó los hombros mirando a Isern y la montañesa levantó los suyos en respuesta.

—Imagino que será que no habla mucho —dijo Corleth, lo cual parecía una suposición razonable.

—Pero no tiene muchos hombres —añadió el padre de dos hijas—. No más de un par de docenas.

—Puede que tres docenas —aportó otro prisionero, adelantándose un poco sobre las rodillas.

Allí había una triste lección. Una podía hablar con amabilidad hasta que le sangrara la lengua y nadie le haría un favor jamás. Pero bastaba con rajar una garganta para que todo el mundo se desviviera por ayudar.

—Tres docenas no son muchos —dijo Isern.

—No. —Rikke se rascó la cabeza mientras fruncía el ceño hacia las negras almenas recortadas contra el cielo blanco—. Pero tampoco necesita muchos para defender eso.

Terreno común —No sabes cuánto lamento llegar tarde —dijo Orso, entrando a zancadas en el comedor. La mesa estaba puesta para una cena real, con relucientes cubiertos—. Hay mucho que hacer, ya sabes cómo es esto. Bueno, claro que lo sabes, porque tú mismo tienes un ejército que dirigir. ¡Y hasta más grande que el mío! ¡No te levantes!

Hildi raspó una cerilla y empezó a encender las largas velas mientras Orso llegaba al trote y tendía la mano, con una sonrisa enorme. Su madre siempre le había dicho que era importante sonreír. Sobre todo a los enemigos.

Brock no había cambiado mucho. Era de la cabeza a los pies el robusto y guapo héroe de libro de cuentos que Orso recordaba. Se había dejado algo de barba, pero lo más seguro era que le creciera entre el desayuno y el almuerzo, hasta esas partes a los lados de la boca que Orso no conseguía nunca que le salieran. Petrificado en una posición incómoda entre levantado y sentado, Brock miró la mano que le ofrecía Orso con un aire de perplejo rechazo. Como si se hubiera dado la vuelta en la cama y hubiera encontrado una boñiga. Entonces levantó su propio brazo de mala gana.

—¡No muy fuerte! —exclamó Orso—. ¡Recuerda que no soy un guerrero!

Cuando la mano de Brock cogió la suya con reparo, él le dio el apretón más fuerte que pudo y se llevó una leve satisfacción al ver que le provocaba una mueca. Sería una victoria pequeña, pero el padre de Orso siempre había dicho que debían aceptarse todas las victorias que se presentaran.

Brock señaló hacia los dos hombres que había llevado con él, de pie con gesto severo contra la pared.

—Estos son mis ayudantes, Antaup… —Delgado y apuesto, con aquel pelo negro embadurnado hacia atrás que de algún modo siempre dejaba caer un rizo rebelde o dos sobre la frente—. Y Jin Aguablanca. —Un norteño de rasgos duros y barba roja que parecía haber pasado casi toda su vida abriendo puertas con la cara.

Orso les sonrió también. Las sonrisas no costaban dinero, a fin de cuentas.

—¿Existen los norteños pequeños? ¡Nunca he visto a ninguno!

—Los tenemos atrás —gruñó Jin.

—¡Qué afortunados! Yo también estaré atrás si al final hay pelea, eso os lo prometo, ¿eh, Tunny?

Tunny hizo un asentimiento aprobador.

—Bien en la retaguardia, majestad.

—¿Y qué hay de ti, Joven León? Me atrevería a decir que dirigirás con el ejemplo, ¿verdad?

—Me atrevería a decir —repuso Brock, envarado.

—Al cabo Tunny y al coronel Gorst ya los conoces, claro, y esta es Hildi, mi… —Orso frunció el ceño—. ¿Qué narices eres tú, Hildi? ¿Mi mayordoma? ¿Mi bufona?

—Tu parásita —dijo ella mientras encendía la última vela y sacudía la cerilla para apagarla—. Solo me quedaré hasta que me pagues lo que me debes.

—Por el amor de los Hados, sabes que soy solvente. —Orso dio un suspiro de agotamiento mientras se dejaba caer en la silla—. Pero así es ser rey. Todo el mundo quiere un pedacito de ti. Ya lo descubrirás. Si ganas.

Brock se quedó con la réplica en la garganta e hizo una especie de rictus, como si acabara de caer en la cuenta de que la única forma de sacar aquella boñiga de la cama era con los dedos.

—No queremos derrocaros, majestad…

—Por favor, dejémonos de majestades. Ya es un poco ridículo en los mejores tiempos, pero es que con ejércitos desplegados se vuelve absurdo. Hablemos como iguales. Como amigos. Solo esta noche. Supongo que los acontecimientos de mañana nos impondrán una relación muy distinta, de todos modos.

Brock hizo otro rictus cuando pronunció el nombre de pila.

—Orso, pues.

—¿Vino? —preguntó Orso, y Hildi fue sigilosa con una servilleta encima del brazo e inclinó la botella hacia la copa de Brock.

—No, gracias.

—Espero que no te importe que beba yo; es un ospriano muy bueno. Quizá tus amigos sí que…

Jin Aguablanca parecía al borde de aceptar, pero Brock lo interrumpió.

—Mis amigos quieren lo mismo que yo. Evitar una batalla, si podemos. Para eso estoy aquí.

—¿Estáis invadiendo Midderland… para *evitar* una batalla? ¿Y no podríais haberos limitado a… manteneros leales? —Y Orso dio un sonoro sorbo de su copa, contemplando al lord gobernador de Angland por encima del borde.

—¿Leales? —Orso clavó la mirada en él, palideciendo solo un ápice—. No había hombre más leal que yo cuando Scale Mano de Hierro atacó el Protectorado. Saltamos en defensa del Sabueso. Ni se nos ocurrió hacer otra cosa. Estábamos superados en número, pero combatimos aun así. Sabíamos que la Unión nos respaldaba. Sabíamos que llegaría ayuda. Mañana, si no hoy. —Miró hacia el Estandarte Firme y el pecho se le infló de orgullo, como si el dichoso trapo estuviera hecho de oro y no solo de hilo dorado—. ¡En aquellos tiempos, habría seguido esa bandera hasta el infierno!

Orso tragó incómodo. Esa historia estaba amargándole un poco el vino.

—Pero lo único que llegó desde Midderland fueron buenos deseos —dijo Brock, noblemente decepcionado—, y promesas vacías, e interminables exigencias de impuestos. ¿Y te preguntas por qué no hay ni un solo hombre en Angland que no quisiera seguirme hasta aquí? —Su voz era cada vez más alta. La superioridad moral le quedaba bien—. Libramos vuestra guerra. Murieron hombres. Murieron amigos míos. Yo estuve a punto de morir. La pierna me mata a cada paso que doy, y apesta como el suelo de un cagadero, y nunca sanará. —Brock descargó el puño en la mesa e hizo saltar la cubertería—. ¡Y todo porque vosotros estabais aquí sentados sobre vuestros gordos culos mientras nosotros luchábamos por nuestras vidas!

Orso notó que Gorst se movía mientras remitían los ecos y levantó una mano para tranquilizarlo. El comedor estaba muy quieto. Tuvo que reconocer que jamás había sentido más respeto por Leo dan Brock que en ese momento. Era un hombre digno de envidia. Un hombre para el que todo era sencillo. Y tenía buenos motivos para considerarse la parte perjudicada. Era una lástima que hubieran llegado a aquello.

—Tienes toda la razón —dijo Orso—. Seguro que ya no te servirá de nada, pero me cuesta describir la vergüenza y la repugnancia absolutas que sentí cuando no os enviaron ayuda. Lo intenté, a mi manera más bien inútil. Es bastante irónico que la mayoría de los hombres que tengo desplegados contra ti fueron los que recluté para ayudarte entonces. Pero entonces los Rompedores se levantaron en Valbeck y tuve que ir a apagar antes ese incendio. Y luego… en fin. Tú sabes mejor que nadie lo que pasó en la Colina Roja y después. Baste con decir que os las apañasteis sin nosotros. El Consejo Cerrado os falló. Mi padre os falló. —Respiró hondo—. Yo os fallé. Pero… ¿de verdad que la solución es esto? ¿Insurrección? ¿Traición? ¿Guerra civil?

Brock lo fulminó con la mirada desde el otro lado de la mesa.

—No nos dejasteis elección.

—¿De verdad? Porque no recuerdo que nadie haya intentado hablar conmigo de esto. Sé que tenemos nuestras diferencias, pero diría que los dos creemos en la Unión, ¿me equivoco? Mientras aún estemos a tiempo, ¿no podemos buscar la forma de resolverlo sin que mueran tantos compatriotas nuestros? ¿No podemos buscar algún terreno común?

—Quizá —dijo Brock con voz fría—, si aceptas retirar a todo tu Consejo Cerrado y reemplazarlo por hombres escogidos por nosotros.

—Y déjame que adivine a lo loco: ¿os escogeríais a vosotros mismos?

—¡Escogeríamos a *patriotas* ! —gritó Brock, y dio otro golpe en la mesa, aunque con menos convicción—. A hombres de calidad. —Cuando abandonaba las soleadas tierras altas de la ira por los sombríos matorrales de la política, era bastante menos impresionante—. A hombres que puedan… bueno, devolver la Unión a sus principios fundacionales.

—Pero que un hombre sea patriota, o de calidad, ya puestos, depende de a quién preguntes, ¿no es verdad? Nuestro actual dilema sirve para iluminar precisamente eso, aunque pueda ser su única utilidad. Y en cuanto a los principios, fue Bayaz quien fundó la Unión, y aún está en el Consejo Cerrado cuando le apetece, a pesar de mis esfuerzos. Deberías pasar algún tiempo ahí dentro. Encontrarías que tus principios más orgullosos y rígidos se vuelven sorprendentemente flácidos. El Primero de los Magos puede estirarlos hasta hacerlos encajar con cualquier salvajada que se te ocurra, créeme.

Los impresionantes músculos de la mandíbula de Brock se pusieron a trabajar, pero en vano. Saltaba a la vista que no era ningún filósofo.

—Tenemos superioridad numérica —refunfuñó—. Debéis rendiros.

—Bueno, yo no soy general, pero tengo entendido que… al menos en teoría… podría luchar y perder, ¿no? Ponte en mi lugar. ¿Tú te rendirías?

Orso casi pudo ver los engranajes girando detrás de los ojos de Brock. Era evidente que ponerse en el lugar de otra persona no era algo que hiciera a menudo. No era algo para lo que estuviera equipado. Quizá fuese una suerte que Hildi irrumpiera en ese momento con una bandeja dorada en las manos, cargada con dos cuencos humeantes de porcelana de Suljuk.

—¡Ajá! —Orso cogió la cuchara—. Mi cocinera se llama Bernille, y ya sé que dicen que nunca sale nada bueno de Talins, pero ya verás cómo su sopa te hace cambiar de opinión.

Brock miró ceñudo su cuenco, y luego a su amigo Antaup.

—Venga, hombre, no voy a envenenarte. —Orso estiró el brazo, metió su cuchara en la sopa de Brock y la vació—. Y ahora, a comer como un buen chico. Habrá excusas para cometer alta traición, pero dejar que se enfríe la sopa de Bernille es un puto crimen imperdonable.

Seguro que la sopa estaría muy buena. Si los reyes no tomaban buena sopa, ¿quién iba a hacerlo, al fin y al cabo? Pero Leo no estaba de humor para disfrutarla. Estaba enfadado y preocupado, y el cielo casi oscuro al otro lado de las estrechas ventanas le hacía sentir que había perdido su oportunidad. Había confiado en que Orso sería como un pez fuera del agua entre soldados desplegados. Que lo encontraría débil, y cobarde, y desesperado por concederle todo lo que pidiera. Pero ese hombre no podía parecer más relajado. Había que admirar su atrevimiento. Cualquiera habría dicho que era él quien tenía la superioridad numérica.

—Entonces… —Orso dejó caer la cuchara en su cuenco vacío—. A ver, si reemplazo mi Consejo Cerrado con esos hombres de tu elección, ¿puedo seguir siendo rey? Para ser sincero, no me gusta, pero toda mi vajilla tiene coronitas pintadas y esas cosas. Cambiarlo todo sería… —Miró a su extraña y pequeña camarera.

Ella infló los carrillos mientras volvía a llenar la copa del rey.

—Una puta pesadilla.

—No somos usurpadores —dijo Leo con brusquedad—, sino…

—Patriotas, ya, claro —lo interrumpió Orso—, pero no creo que hayáis meditado esto a fondo. Cuando las tropas vuelvan a casa, ¿qué me impide cambiar de opinión?

Leo se había acostumbrado a dejar la meditación profunda a Jurand, a Savine y a su madre, y ninguno de ellos estaba presente. Frunció el ceño y no dijo nada.

—Estoy seguro de que tu amigo lord Isher sí que lo ha meditado a fondo. No es de los que se quedan cortos a la hora de maquinar, ¿verdad que no? Los dos sabemos que todo aquel disparate de Wetterlant fue obra suya de principio a fin.

—¿A qué te refieres? —murmuró Leo, con la sensación de estar cayendo en una trampa pero incapaz de detenerse.

—Acudió a mí. Isher. Se ofreció a cerrar las heridas entre el Consejo Cerrado y el Abierto. A orquestar un acuerdo por el que Wetterlant iría a prisión, los plebeyos estarían satisfechos, los nobles apaciguados y yo quedaría como un diestro hombre de estado. —Orso dio un bufido—. Debería haberlo sabido. Cualquier plan que pretenda hacerme quedar bien está condenado desde el principio. ¡Ah! ¡El pescado!

La chica rubia de Orso salió de la nada y colocó un plato humeante delante de Leo.

—De verdad que Bernille hace magia con los frutos del mar. —Orso hizo rodar un tenedor entre los dedos—. Es más hechicera que cocinera, hasta en una cocina de granja. No, no, se usan los cubiertos pequeños, Leo. ¿Qué estaba diciendo?

—Isher y Wetterlant —apuntó el cabo Tunny.

—Ah, sí. Ese día fui a la Rotonda de los Lores esperando salir de allí justo pero piadoso. Imagínate mi desaliento cuando terminé siendo el paradigma de tirano idiota. Pero pensemos un momento en Wetterlant. —Orso pinchó un trozo de pescado y masticó con gran deleite—. Lo dejaron colgado. Literalmente. Y ni siquiera ahí pude hacer un trabajo limpio, por cierto. Fue una escena espantosa. Odio los putos ahorcamientos. Pero aun así, te confieso sin reparos que no echaré de menos a ese tipo. Era un espécimen absolutamente aborrecible, y culpable como la peste. Qué bien caerle en gracia a lord Isher, ¿eh? Le encanta hacerse el pacificador, pero lleva todo este tiempo sembrando la discordia. Me atrevería a aventurar que fue él quien te vendió este paquetito al principio, ¿verdad? ¿Te dijo que se estaba cometiendo una injusticia con Wetterlant y que yo era un monstruo? Hombres de *calidad* . —Y negó con la cabeza y soltó una risita.

Leo arrugó la frente, con el tenedor paralizado a medio camino de su boca. Estaba bastante satisfecho con cómo le había salido la furia justificada, pero ya no estaba pasándolo nada bien. Hablar con Orso era como hablar con Jappo Murcatto, pero con las apuestas más altas y menor probabilidad de ganarle. Todas sus firmes razones, sus nobles certezas, sus inquebrantables alianzas, parecían estar viniéndose abajo como castillos de arena.

—No sé qué historia te habrán contado sobre hacer reformas y liberarme de mis cadenas y bla, bla, bla, pero estoy bastante seguro de que Isher pretende reemplazarme. Lo más probable es que por ti. Él no es lo bastante glorioso para servir de títere por sí mismo, ¿verdad? Pero digo yo que se imaginará capaz de mover los hilos con bastante habilidad. Y luego, claro… está tu esposa.

Leo tuvo que forzar las palabras hacia fuera, de tan apretados que tenía los dientes.

—A ella no la metas en esto.

—Por favor, nadie tiene mejor opinión de Savine que yo. —Orso dio un pequeño y triste suspiro, con la mirada fija en la media distancia—. Llevo años enamorado de esa mujer, por mucho que haya intentado evitarlo. Pero no creo que sea injusto afirmar que es… —Levantó el índice y el pulgar manteniéndolos a una distancia mínima—. Un poquitín ambiciosa. No apostaría por el gran Juvens si se interpusiera entre ella y lo que

quiere. Nunca pensé que podría resistirse a ser reina. Por eso me sorprendió tanto que me rechazara.

—¿Que te qué?

—Cuando le pedí matrimonio.

Leo consiguió muy a duras penas reprimir un gemido ahogado. Si antes ya vadeaba en la conversación, había empezado a ahogarse en ella. Era evidente que su esposa no le había contado toda la verdad en lo referente a su relación con el rey. ¿Qué más podría haberle ocultado?

—Ni un relámpago podría haberme aniquilado más que cuando me dijo que no —musitó Orso, dando tajos al pescado con el lado del tenedor—. Pero… ¿puede que haya encontrado otra manera de hacerse reina? He oído que está contigo de campaña. Siempre le ha gustado controlar de cerca sus inversiones.

—¡No tienes ni la menor idea! —restalló Leo, preguntándose si en realidad tendría una idea bastante acertada. Su silla chirrió contra las losas del suelo cuando se levantó, y tuvo que sofocar un respingo por el repentino dolor en la pierna—. ¡No tenemos nada más de qué hablar!

—¡Pero si aún falta el plato principal!

—Es hígado —dijo Hildi.

—¡Ah! Bernille lo prepara así como que… —Orso cerró los ojos, se tocó los labios y dejó que sus dedos se apartaran aleteando poco a poco—. Como que se deshace en la boca. Ya sabes. — Abrió los ojos y sonrió—. Igual que las excusas para la rebelión.

—¿Os importa si…? —Hildi ya estaba preparada sobre el pescado a medio comer de Leo con un tenedor en la mano.

—Todo tuyo —rugió mientras se volvía hacia la puerta—. Nos veremos en el campo de batalla.

Orso casi se atragantó con el vino.

—Joder, espero que no.

Dudas y deseos —¿Estás despierta? —susurró Leo.

Pues claro que lo estaba. ¿Cómo iba a dormir con el interminable pataleo del bebé, el interminable ruido de los soldados patrullando al otro lado de la ventana, las interminables dudas, los miedos y las esperanzas persiguiéndose en su mente como perros callejeros al carro del carnicero?

Savine tuvo que pasarse la mano por debajo de la barriga y medio levantarla para poder girarse de cara a él. Fuera estaba llegando al cielo la primera luz, un tenue brillo en el borde de los ojos de Leo, un resplandor en su mejilla que cambiaba con las repetidas contracciones de su mandíbula.

—Deberías volver a Ostenhorm —dijo Leo—. Esto no es seguro.

—Estamos juntos en esto, Leo. —Savine intentó que su voz transmitiera la esencia de la calma. Como una madre apaciguando a su hijo. Como una domadora de leones intentando mantener a su bestia en el taburete—. Tenemos que estar juntos en esto. —Le cogió la mano y se la puso en la barriga. No estuvo muy segura de quién de ellos estaba temblando—. Todos nuestros futuros están en juego.

—Por los muertos, Savine. —La voz de Leo transmitía la esencia del pánico—. ¿He cometido un error terrible?

Entonces sintió una punzada de rabia. Todo el mundo tenía dudas. Los Hados sabían que ella las tenía. Pero los líderes estaban obligados a aplastar esas dudas muy al fondo, donde no pudieran gotear y manchar el proyecto entero. Era demasiado tarde para cambiar de parecer. Los dados ya habían salido de sus manos y estaban rodando.

Sintió una punzada de rabia, pero perder los estribos era un lujo que no podía permitirse.

—Has hecho lo correcto. —Se obligó a mirarlo a los ojos, se obligó a sonar segura—. Has hecho lo que debías.

—¿Puedo confiar en Isher?

Savine no habría confiado en él ni para que le trajera el orinal.

—Pues claro que puedes. Está comprometido con nosotros, Leo, no tiene…

—¿Puedo confiar en Stour?

Decir que Stour era un perro salvaje sería injusto. Los perros salvajes al menos eran capaces de ser leales.

—Te respeta. Y ya es un poco tarde para…

—¿Puedo confiar en ti?

Silencio. Tenues gritos y ajetreo fuera, mientras desplazaban equipo a la luz de las antorchas.

—¿Cómo puedes preguntarme algo así? —exclamó ella. Quería darle una bofetada—. ¡Tú eres quien eligió esto! ¡Lo único que he hecho yo es todo lo que puedo para asegurarme de que funcione! —Y prometer Uffrith a Stour, y prometer el Consejo Cerrado a Isher, y prometerse el trono a sí misma—. Orso te ha llenado la cabeza de incertidumbres, ¿verdad? ¡Maldición, te dije que no lo subestimaras!

Otro silencio. Savine oía la respiración rápida de Leo. Oía la suya propia.

—Tienes razón —dijo él a regañadientes—. Siempre tienes toda la puta razón. —Consiguió que hasta eso sonara acusador—. Es que no sé ni dónde están la mitad de mis amigos, no digamos ya mis enemigos. Rikke, y Jurand…

—Leo…

—¿Y si mi madre tenía razón? ¿Y si soy un guerrero pero no un general? ¿Y si…?

Savine deseó no tener que ser siempre ella la fuerte. Los Hados sabían que le vendría bien que la reconfortaran. Pero a alguna gente había que sostenerla. Lo cual implicaba que alguna otra gente tenía que ocuparse del sostenimiento.

Le palmeó la cara con la mano, dobló los dedos en su pelo y tiró de su cara hacia ella.

—*Para* . No eres solo un guerrero, ni un líder, ni un general: eres un héroe. —Los héroes no se definían por lo que hacían, a fin de cuentas, sino por lo que la gente creía que habían hecho—. La causa es justa. —Ella sería una reina maravillosa—. Tenemos aliados poderosos a nuestro lado. —Un círculo de serpientes egoístas—. Vamos a ganar. —Más les valía, joder—. Y el pueblo de la Unión ganará con nosotros. Nos necesitan. Te necesitan. —No importaba si Savine lo creía o no, solo que se lo hiciera creer a él. Tenía que inflarlo de aire caliente hasta que se elevara sobre el campo de batalla—. Yo te necesito.

Y lo atrajo hacia ella y lo besó con toda la suavidad posible.

El objetivo había sido solo que no hablara, pero duró más de lo que había esperado. Cuando Savine se apartó, se miraron en la oscuridad, sus rápidas respiraciones siseando entre ellos.

Le lamió los labios y fue a por otro beso. Más hambriento, y más profundo, mientras se colocaba medio encima de él. El dolor constante entre sus piernas se había agudizado ya a una agradable palpitación. No eran solo sus manos las que estaban siempre hinchadas. Pasó una pierna por encima de la de él y empezó a frotarse contra ella. Con sutileza al principio. Luego con lo contrario de la sutileza. Empujando como un cachorro demasiado entusiasta.

—¿Estás segura? —susurró él.

—Ahora ya estamos todos despiertos.

Le cogió la cabeza y le metió la lengua en la boca. Era una cosa que no había esperado de estar embarazada. Nunca se había sentido menos capaz de copular. Nunca le había apetecido más. Incluso en ese momento, con todo lo que había en juego. Sobre todo en ese momento, quizá.

Leo ya estaba medio empalmado cuando Savine se subió el camisón. Siguió besándolo, con una mano entre sus propias piernas y la otra entre las de él. Alguien tenía que hacer el trabajo, al fin y al cabo.

Cuando diera a luz a aquel puto crío, sería heredero al trono de la Unión. Esa decisión ya estaba tomada. Nunca volvería a dejarse sorprender indefensa como había ocurrido en Valbeck. Nunca estaría asustada, nunca sería vulnerable. Si para eso tenían que perder Orso, y su padre, y Rikke, que así fuera. Ella estaría a salvo. Ella sería poderosa. Si el mundo tenía que perder para que ella ganara, que así fuera. Los dados ya estaban rodando.

Gruñó al izarse a cuatro patas, se retorció al subirse el camisón con manos torpes por encima de las caderas. Él se quedó allí arrodillado, mirándole el culo desnudo, con el camisón colgando de la polla como un telón de teatro enganchado en una pieza suelta del escenario.

Ridículo. Pero allí estaban.

Savine hizo resbalar los codos hacia delante para que el colchón diera algo de apoyo a su pecho demasiado pesado y apretó un lado de la cara contra la almohada.

—Hazlo de una vez —susurró.

Sebo estaba de pie con las manos metidas en los sobacos, tiritando mientras el viento combaba la hierba alta. Nunca parecía llevar la ropa adecuada para el tiempo que hacía. En eso era igualito que el hermano de Vick. El pensamiento la hizo sentirse muy incómoda, y se arrebujó en su capa. Una capa negra de inquisidora. No era algo que acostumbrara a ponerse. Pasaba la mayor parte del tiempo intentando parecer lo menos posible un miembro de la Inquisición. Pero si no se ponía el uniforme para una batalla, ¿cuándo iba a hacerlo?

Desde allí arriba, en el risco, el valle oscuro estaba espolvoreado de miles de lucecitas. Fogatas de campamento, faroles de carros, antorchas de centinelas. A partir de ellas se distinguían los caminos, el grupo de ventanas de Stoffenbeck, los largos frentes de batalla recorriendo serpenteantes las colinas y los campos con puntos de fuego, y la extensión de oscuridad que separaba los dos bandos.

—No es muy frecuente conseguir asientos como estos en el espectáculo del que habla todo el mundo —murmuró Vick—. Imagínate lo mucho que ha costado organizarlo.

—Piensa en lo que se podría comprar con ese dinero —dijo Sebo, con la luz de los fuegos reflejada en sus ojos grandes y tristes—. La gente a la que se podría alimentar, y vestir, y alojar. Bien gastado, podría haberse evitado la guerra desde un principio.

—El mundo está fatal, ya lo creo —dijo Vick, observando cómo el archilector Pike se acercaba al cañón mas cercano y miraba a lo largo de su caña hacia el valle oscurecido.

Había situado los cañones con la minuciosidad del mayordomo de un emperador poniendo la mesa para una cena de estado. Dieciocho tubos estrechados, oscuros y relucientes, montados sobre caballetes en una larga fila justo por debajo de la cima de la colina. Unos ingenieros con mandiles de cuero de la Academia de Asedios seguían a su eminencia hilera abajo, moviendo manivelas, haciendo ajustes, comprobando instrumentos, señalando emocionados hacia el río donde el agua titilaba en la noche.

—Este un poco más a la izquierda, en mi opinión —dijo Pike, y acto seguido fue a la cumbre de la colina para situarse junto a Vick, que miraba hacia el valle—. Llevamos varios años ya experimentando en las Tierras Lejanas. —El archilector observó a los operarios arrastrar matorrales hasta las fauces de los enormes tubos de hierro para ocultarlos—. Y hemos descubierto que los cañones son como los regalos de cumpleaños. Es mejor que sean una sorpresa.

—Nunca me han gustado las sorpresas —repuso Vick.

—Sospecho que el enemigo opinará lo mismo.

—¡Eminencia!

Llegaron dos siluetas oscuras por la ladera. Una llevaba antorcha y máscara. La otra era un chico, que avanzaba a trompicones con las manos atadas a la espalda. Un practicante y un prisionero.

—Lo he pillado intentando huir.

El practicante arrojó al chaval de rodillas delante de Pike y el viento le revolvió el pelo rizado. No tendría más de catorce años. Aparentaba menos. Sebo tragó saliva y, muy despacio, se hundió hacia atrás en la oscuridad.

—Ay, ay, ay. —Pike respiró hondo, se acuclilló al lado del chico y la luz de la antorcha se reflejó en la brillante piel quemada del lado de su cara—. ¿Sabes quién soy?

El chico asintió, con la boca abierta como un tonto. Alzó la mirada hacia Vick, y se sorbió la nariz, y entonces miró al suelo entre sus rodillas. Debía de saber lo que le esperaba. Y aun así, se quedó allí sin moverse.

—¿En qué unidad estás?

—El regimiento de lord Crant —gimió el chaval—. Soy cargador. Cargo ballestas. Bueno, yo solo las tenso. —Después de haber empezado a hablar, no parecía capaz de detenerse—. Mi amigo Gert les pone las saetas y luego se las devuelve a…

—Chist —hizo Pike, con suavidad.

Se hizo el silencio, y el viento removió la hierba, y Vick descubrió que estaba crispada. El chico serviría para dar ejemplo, para que los demás se quedaran en sus puestos. Había un árbol cerca de la cima con una rama baja que sería perfecto. Si ahorcaban a un chico por desertar, ¿a quién no ahorcarían?

—Gert se ha quedado —susurró el chico—, pero yo… no quiero morir.

Pike giró la cabeza hacia aquellos miles de puntitos de luz que parpadeaban en el valle.

—Al afrontar algo de esta magnitud, no puede haber reacción más natural que intentar escapar. Pero a veces… debemos hacer cosas que no son racionales. A veces debemos actuar guiándonos en la fe. —Pike miró al chaval y él le devolvió la mirada, con el practicante alzándose oscuro sobre los dos—. A veces, incluso mientras el mundo enloquece… debemos agacharnos al lado de Gert y cargar ballestas.

Otro silencio. Entonces la nudosa garganta del chico se movió al tragar saliva.

—Me gustaría hacer eso.

—Bien. —Pike puso la mano en el hombro del chico—. Entonces vuelve con el regimiento de lord Crant. —Hizo un gesto al practicante, que cortó las cuerdas de las muñecas del chico.

—¿Qué les digo?

—Que te habías perdido, pero yo te he devuelto al camino correcto. ¿Acaso no es la verdad?

El chaval se secó las lágrimas con la manga.

—Es la verdad.

—Y esta vez, por el bien de los dos, deberías quedarte en tu puesto.

El chico se levantó como un cachorrillo ansioso.

—¡Me quedaré allí, aunque mañana suba el infierno por la colina!

—Supongo que bien podría ocurrir —murmuró Pike mientras lo veía marcharse correteando—. Pareces sorprendida, inquisidora.

—Esperaba algo… más severo —dijo Vick—. Por vuestra reputación.

—Considero que las reputaciones rara vez encajan muy bien con la gente. ¿Qué son, a fin de cuentas, sino disfraces que nos ponemos para aparentar? —La piel moteada sobre sus cejas peladas se tensó al lanzar una mirada al uniforme de Vick—. Disfraces que nos obligan a ponernos. Para que los hombres sean productivos, deben tener algo que temer. Ese es el motivo de que exista la Inquisición. A mí me gusta pensar que cada vida que he tomado salvó otras cinco. Otras cincuenta, a lo mejor. No todo el mundo tiene el estómago para hacer ese tipo de aritmética. —Sus ojos resplandecieron con la antorcha del practicante—. Es una cosa que admiro de ti, inquisidora Teufel. No se puede superar los campos de trabajo sin desarrollar un estómago muy fuerte.

Vick calló mientras el chico desaparecía por la cima de la colina, una figura negra contra un cielo oscuro.

—A los cobardes los entiendo —dijo Pike en voz baja—. Yo antes lo era. En fin, ¿quién de entre nosotros no ha tenido un momento de flaqueza? No todo puede ser oscuridad. Debemos tener un poco de piedad. —Y se inclinó de lado para susurrar—: Siempre que no lo vea nadie.

Broad estaba sentado bruñendo su armadura. No necesitaba ningún bruñido. Estaba recién salida de la armería de Ostenhorm. Pero venía bien tener una rutina. Era lo que había hecho siempre en Estiria, durante las largas noches antes de los largos amaneceres. Lo tranquilizaba. Eso y la bebida, claro. ¿Y quién iba a dormir aquella noche?

Dispersas en todas las direcciones había otras hogueras, otros grupos de hombres insomnes, dejando pasar el tiempo mientras la luz empezaba a filtrarse en el cielo. Hablando con voces solemnes sobre el terreno, o con voces impetuosas sobre las gestas que lograrían el día siguiente, o con tristeza sobre las familias que los esperaban en casa.

Quizá Broad debería estar pensando en su familia. En las miradas rápidas que lanzaba a los lados May mientras hablaba. En las arrugas de los ojos de Liddy cuando sonreía. Pero sabía lo que llegaría al alba y no quería que eso entrara en contacto con ellas. Ni siquiera en su recuerdo.

—¿Esa es toda la armadura que vas a llevar? —le preguntó Banderizo, mientras la luz bailaba sobre esa sonrisilla que le gustaba poner.

—Sí —dijo Broad. Peto y casco de acero. Nada elaborado.

—Los escaladores de asalto preferimos ir ligeros. —Halder se rascó el tatuaje del dorso de la mano. Era como el de Broad, pero con solo una estrella. Habría quienes dirían que una ya era demasiado—. Cuanto antes llegues arriba, más posibilidades tienes.

—La mejor armadura son unos pies rápidos y muchas esperanzas —murmuró Broad. Era lo que se decían siempre entre ellos, mientras esperaban el asalto. En general, poniéndose borrachos como cubas.

—La defensa no te salva en las aglomeraciones que hay encima de esas murallas —dijo Halder—. Solo el ataque. Solo la furia. —Broad no apartó la mirada del acero, pero el corazón le aporreaba—. No hay tiempo para pensar. —Recordó lo que pasaba al llegar a la cima de la escala—. No hay espacio para respirar. —El caldero de violencia. Hombres convertidos en animales. Hombres convertidos en carne—. Todos tan apretados que es imposible llegar a un arma que lleves en la cadera, y más imposible usarla. —Halder había bajado la voz a un susurro—. Necesitas algo que sirva para matar a un hombre al que podrías dar un beso.

Por eso Broad llevaba un puñal cruzado en el pecho. Era más un punzón largo que un cuchillo, y sus tres aristas apenas estaban afiladas siquiera. Lo que hacía el trabajo era la punta, bajo mano, clavada hacia arriba al interior de un yelmo o entre las juntas de la armadura, o el pomo, o la pesada nudillera en un apuro. Broad hizo una mueca al obligar a su dolorido puño a abrirse. Se preguntó si la Jueza habría tenido razón, si solo era feliz cuando se manchaba de sangre.

—Bueno, aquí no tenemos muros que escalar —dijo Banderizo—, así que yo llevaré espada, si no os importa. —Y desenfundó unos centímetros de su propia hoja antes de devolverla de golpe a la vaina.

—La espada está muy bien para derribar a arqueros yendo a caballo. Si vas a luchar cara a cara contra hombres con armadura, hay cosas mejores. —Halder señaló con la barbilla el martillo de armas de Broad, tendido sobre un hule, esperando su turno para ser bruñido—. Si das fuerte a un yelmo con eso, puedes partir el cráneo de dentro sin romper el acero.

Era cierto. Pero Broad encontraba más uso al pico afilado del otro extremo. Iba bien para enganchar a un hombre que se asomara por el parapeto y tirarlo hacia abajo. Iba bien para enganchar un escudo y llegar a la carne de detrás con una daga. Y si encontrabas espacio para descargarlo bien, no había mucho que no pudiera atravesar, si no te importaba que se quedara atascado. En una batalla no se podía tener apego al armamento, igual que no se podía tener apego a los hombres.

A veces había que dejarlos en el suelo.

Orso se miró al espejo.

Había llegado solo a ponerse los pantalones antes de reparar en su reflejo y desde entonces, incluso afrontando una inminente destrucción, no podía apartar la vista. Sin duda cualquier observador lo consideraría presa de una vanidad inmensa, pero lo cierto era que Orso nunca veía buenos rasgos en un espejo, solo defectos y fracasos.

—Más refuerzos.

Hildi estaba junto a una de las ventanas de la grandiosa alcoba donde el alcalde había insistido en que durmiera Orso, viendo a los soldados marchar al frente con paso firme por delante de la casa consistorial de Stoffenbeck. Donde no tardarían en combatir. Donde no tardarían en morir. Esa era la temática del reinado de Orso. La transformación de hombres valientes en cadáveres.

—Anoche llegaron tres regimientos —dijo—, además de un grupo de granjeros muy entusiastas del valle de al lado, exigiendo luchar por su rey.

—Qué inspirador.

—Si encuentras inspiradora la estupidez. —Orso la encontraba inspiradora, de hecho. Pero les había ordenado volver a sus casas de todos modos.

—Nuestra posición es mejor, ¿verdad? —preguntó Hildi, esperanzada.

—Mejor que antes. El mariscal Forest aún nos considera muy superados en número.

—Pero las batallas no siempre las ganan los ejércitos más numerosos.

—No —respondió Orso—. Solo es lo normal.

Se puso una torpe mano en la barriga e hizo lo posible por meterla hacia dentro. Pero no se podían meter hacia dentro las caderas. Orso había llegado al punto de empezar a plantearse algún tipo de corsé. Savine siempre estaba espectacular en ellos, a fin de cuentas, y hacer ejercicio no era una puta opción. Dejó que todo se relajara de nuevo con horripilante resultado.

—Seguro que Leo dan Brock nunca tiene que meter barriga —masculló.

—Yo diría que no. Debe de tenerla toda firme y con surcos como una calle empedrada, diría yo. —Hildi tenía la mirada perdida en la esquina de la alcoba y la expresión ensoñada—. Combinando lo mejor de un bailarín y un estibador.

—¿Mientras que yo combino lo mejor de un haragán y un tabernero? —Orso se puso la camisa de mala gana—. A lo mejor consigues trabajo aceitando la tripa del Joven León cuando haya ocupado mi puesto.

—Siempre se puede soñar.

—Un hombre es más que su panza.

—Ya lo creo. Tú también has ganado peso bajo la barbilla.

Orso suspiró.

—Muchísimas gracias por decirlo, Hildi. Contigo cerca, nunca corro el riesgo de volverme demasiado autocomplaciente.

Apartó una cortina para mirar a aquellos hombres que marchaban. Probablemente debería haberse conmovido por su lealtad. Su padre habría meneado un puño a medio cerrar y soltado algún cliché patriótico. Pero Orso se descubrió preguntándose qué extraña combinación de dudas y deseos impelía a cada individuo a someterse a aquella masa de metal y caminar con paso pesado a su propia destrucción, en vez de optar por lo eminentemente sabio y correr como alma que lleva el diablo en dirección opuesta.

Entonces se descubrió preguntándose qué hacía él todavía allí, y se dio una impaciente palmada en el lado de la cabeza.

—Mierda, Hildi, pienso demasiado para ser buen general.

—Eso y que no tienes entrenamiento, talento ni experiencia militar.

—El entrenamiento, el talento y la experiencia serían solo estorbos para un monarca. Esas nimias consideraciones son para la gente pequeña, querida mía. —Por la ventana se veía la cumbre baja que había al este del pueblo, los delgados árboles de la cima, un tenue atisbo de amanecer delatándose en las nubes—. No creo que pueda posponerlo más. Cuando salga el sol… voy a tener que pelear, me cago en todo.

—¿Traigo tu armadura?

—Más vale, creo. Y dile a Bernille que me sirva el desayuno.

—La dieta, para mañana, ¿eh?

Orso se dio una palmadita en el estómago.

—Si sigo con vida.

Stour Ocaso guardaba un silencio hostil.

Zas había preparado una buena hoguera para el desayuno, cerca del final del bosque, donde pudieran llegarles las noticias si pasaba algo en las colinas de delante. A Zas no se le daba nada mal hacer hogueras, y esa mañana le había salido una particularmente agradable.

Pero a medida que el humor de Stour se iba ennegreciendo, todo el mundo había ido retrocediendo poco a poco, rodeando árboles y atravesando arbustos con disimulo para salir de su línea visual, merodeando al límite de la luz del fuego y dejando un círculo vacío cada vez más amplio alrededor del rey de los norteños.

Parecía que el único hombre que osaba seguir cerca era Trébol, y eso sobre todo porque le gustaba tener los pies calentitos. Se suponía que la Unión era un sitio civilizado de cojones, pero de momento aquello era un mar de fango. El día anterior se le habían empapado las botas y el frío le había calado en los pies. Estar de campaña distaba mucho de ser cómodo en el mejor de los casos. Trébol no iba a permitir que la hostilidad de Stour le causase todavía más incomodidad. Eso y que le parecía más arriesgado apartarse de un lobo hambriento que mantenerse firme y tranquilo. Así que se había quedado sentado y había ido mordisqueando despacio una pata de cordero fría hasta dejar solo el hueso.

—¡Podríamos haber ido anoche! —gruñó Stour, y dio un puntapié a una rama al rojo vivo de la hoguera que la lanzó dando vueltas, salpicando chispas—. ¿Por qué no fuimos anoche?

—No sabría deciros, mi rey —respondió Trébol—. Hay que manejar un ejército muy grande, supongo.

—¿Un ejército muy grande? —se burló el rey, y dio una patada a una cacerola que la lanzó entre los árboles hasta dar a un carl en el lado de la rodilla y provocarle un gañido de dolor, aunque no dejó de sonreír en ningún momento, lo cual fue toda una proeza.

Si Stour hubiera tenido ocho años, su madre le habría dado una bofetada. Pero en vez de eso, tenía a todos los hijos de puta inclinándose ante él y sonriendo y consintiéndolo, hasta la gente a la que tiraba cacerolas. Y eso, por supuesto, solo hacía que su furia empeorara.

—¡Nos hemos unido a un puñado de idiotas! —Stour se había unido. Los demás no habían tenido más remedio que seguirlo—. ¿Ves a ese gordo imbécil de Barezin? Ha venido con ropa de juglar en día de fiesta, ¿verdad? ¿Y ves a ese flaco imbécil de Isher? Parece una puta polla flácida. Y en cuanto al montón de bufones a los que dan órdenes… —Dio un resoplido que le sacó mocos disparados de la nariz y se la limpió furibundo—. ¡Putos sureños! ¿En qué estaba pensando?

Sobre todo en que se aburría y quería pelear con alguien, imaginaba Trébol, y no tenía a nadie lo bastante grande a mano.

—¡Esa zorra de Rikke sí que lo ha hecho bien! Dice que sí y luego se queda tranquila en Uffrith haciéndose dedos. ¿Es que cree que puede reírse de mí, eh?

Trébol mordisqueó unos pocos jirones de carne más del hueso.

—No sabría deciros.

—¿Mi rey? —Un carl temeroso se acercaba poco a poco, tendiendo un catalejo a Stour como si metiera el brazo en el fuego.

—¿Qué pasa ahora?

—Creo… que deberíais ver esto.

Stour asió el catalejo, fue dando zancadas a los últimos árboles y apuntó hacia la colina baja al otro lado de aquella larga pendiente de trigal oscurecido, su forma ya clara contra el cielo cada vez más brillante.

—Pero ¿qué coño? —susurró.

—Han recibido refuerzos durante la noche —dijo Jin—. Dos regimientos de la Guardia Real. Puede que tres.

El sol ya asomaba sobre el valle y las largas sombras se extendían sobre los campos. A través de la ventana redonda de su catalejo, Leo veía los estandartes, las lanzas, las hileras de hombres encima de las dos colinas. El agreste risco bullía de actividad, como un hormiguero a lo lejos. En la colina alargada y baja había al menos el doble de soldados que la noche anterior. Una bandera en concreto, negra con un sol dorado, ondeaba más alta que el resto. El estandarte personal de un lord mariscal.

—Me ha tomado por un puto zopenco —susurró Leo—. Quería ganar tiempo, sabiendo que tenía hombres de camino.

Sintió un repentino escalofrío. ¿Aquella tal Teufel los habría engañado? ¿Habría sido leal al rey todo el tiempo, mintiendo sobre sus fuerzas para luego contarle a él los secretos que con tanta alegría le habían dejado caer en el regazo? ¿Habría sido Orso consciente de todo eso mientras sonreía al otro lado de la mesa e intentaba abrir brecha entre Leo y sus aliados? ¿Entre Leo y su propia esposa?

—*¡Joder!*

Arrojó a un lado el catalejo, que rebotó una vez y se estrelló contra un carro con un tintineo de cristal roto.

La conmoción se transformó en una ira reconfortante que hizo arder todas las dudas de la noche anterior. ¡Él era el Joven León, maldita sea! No iba a titubear teniendo a un enemigo delante.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Isher, tirando de un hilo suelto en su puño bordado mientras miraba aquellas colinas de pronto bien defendidas.

—¡Atacar! —rugió Leo—. ¡Ya!

—¡Por fin! —Barezin se dio un puñetazo en la palma—. ¡Mi Legión Gurka habrá llegado a ese risco antes de la hora de comer! ¡Podéis contar con ello!

—Ya estoy contando con ello, joder. —Leo tuvo que empujar las palabras para que superaran los dientes.

Barezin hizo un displicente saludo, tuvo que agarrarse al arzón de la silla, hizo un par de intentos y por fin, ayudado por los sutiles empujones de un ayudante, se izó de nuevo y volvió su montura hacia el oeste.

Leo cogió a Isher por el hombro.

—Me da igual que sea una legión de gurkos o una falange de busconas sipanenses —siseó a su cara pálida—. Necesito a hombres sobre ese risco formando y preparados para atacar Stoffenbeck desde el oeste lo antes posible. ¿Lo has entendido?

Isher se secó el sudor de la frente e hizo un agarrotado saludo.

—Entendido.

Y fue con paso no muy firme hacia su caballo.

Leo tiró de Antaup para acercárselo, señaló por encima de los huertos a la colina rocosa, con una ladera brillante por el amanecer y la otra sumida en la sombra.

—Primero el Consejo Abierto los hará retroceder por la derecha y tomará ese risco. —Empujó hacia delante como el puño, desde las ordenadas líneas de batalla anglandesas pasando por los campos abiertos hacia Stoffenbeck—. Cuando nosotros ataquemos a Orso por el centro, estarán en posición de flanquearlo. —Clavó el dedo hacia los trigales y la suave colina verde del otro lado, con aquellos nuevos estandartes en la cima—. Antes de que afiancen el centro, Stour los atacará por la izquierda.

Antaup sonrió de oreja a oreja mientras se quitaba aquel rizo suelto de la cara y volvía a caer al instante.

—¡Sí, excelencia!

—¡Díselo a los anglandeses! —Y Leo envió a Antaup corriendo colina abajo con una palmada en la espalda—. ¿Sendaverde?

El hombre se acercó encorvado y le dedicó una burla del saludo de la Unión.

—Joven León.

—Dile a Stour que atacaremos desde la derecha hacia la izquierda. Él va el último.

—¿El último? —dijo Sendaverde con desdén.

—Es un plan de batalla, no una carrera.

—No creo que a Stour le guste ser…

Leo asió un puñado de la capa de Sendaverde y le gritó las palabras a la cara.

—No tiene que gustarle. Solo tiene que hacerlo.

Apartó de un empujón al hombre, que resbaló en la hierba húmeda. Logró enderezarse por los pelos antes de caer y se marchó con aire agraviado.

—Quizá no sea prudente tratarlo con tan poco respeto —musitó Jin.

—Ya probé a ser prudente —espetó Leo—. No me pega una mierda.

Jin se echó a reír y le dio un puñetazo en el hombro.

—¡Así me gusta!

Leo miró hacia la cresta baja, el alto risco, el pueblo con la media luna de tierra removida delante, con una feroz sonrisa en la cara. Le gustaba aquel plan. Sencillo. Agresivo. Aprovechaba los puntos fuertes de Leo. Deseó haberlo puesto en práctica la noche anterior, pero la noche anterior no iba a regresar. Estaban preparados en ese momento y tenían todo el día por delante. Se sentía un hombre nuevo.

—Podríamos haberlo derrotado anoche. —Cerró los dedos en un puño que tembló—. Pero en vez de eso, hoy lo aplastaremos. ¡Que alguien traiga mi caballo!

Tareas de necios

Orso estaba junto al parapeto de la torre del reloj, intentando mantener un resuelto ceño fruncido hacia el norte mientras se sentía un absoluto impostor en su armadura dorada.

La niebla estaba despejándose en los campos, el sol se alzaba brillante en un cielo que solo tenía unas pocas nubecillas solitarias. El día habría apuntado buenas maneras. De no ser por los miles de hombres armados hasta los dientes y dispuestos a matarse entre sí durante las próximas horas, por supuesto.

Las fuerzas del Consejo Abierto estaban congregadas a la izquierda. Bloques amarillos, manchas rojas, cuñas azules, brillantes banderas ondeando en lo alto. Su extraordinaria variedad sugería falta de coordinación, pero también revelaba mucho sobre lo amplia que era la coalición en su contra.

El ejército de Angland estaba desplegado bajo la colina en la que se alzaba la torre de Steebling. Bloques oscuros y formales, tan ominosamente pulcros que podrían haber sido trazados con regla. Hombres que el año anterior habían sido héroes, resistiendo contra los enemigos de la Unión. Hombres a los que Orso había hecho todo lo posible por ayudar. Hombres a los que no había conseguido ayudar, llevados tras eso a la rebelión abierta contra él.

De los norteños de Stour Ocaso no había ni rastro. Estarían acechando en los bosques, seguro, esperando a saltar de repente, como tanto les gustaba hacer a los norteños. El Joven León y el Gran Lobo habían sido enemigos acérrimos, habían luchado entre ellos a muerte hacía solo unos pocos meses. Pero Orso había logrado lo que en apariencia era imposible y los había unido en su odio común hacia él.

Por los Hados, ¿cuándo se había buscado tantos enemigos?

—Intenté hacer lo correcto —murmuró, esforzándose por encontrarle sentido—. Más o menos. Lo mejor que pude, dadas las circunstancias. Intenté encontrar… no sé, ¿arreglos razonables? —Habría sido un grito de batalla bastante flojo. «¡Al ataque, mis valientes, por los arreglos razonables!». Lo intentó otra vez—. Me refiero a que… sé que soy indeciso, a veces distraído, tirando a gordo y desde luego no el rey más modélico que pudiera pedir un súbdito, pero… tampoco soy aborrecible, ¿verdad? No soy un Glustrod. Ni un Morlic el Loco.

Sonidos guturales y refunfuños de firme negación cuando miró por la azotea. Pero ¿qué podía esperar un rey de sus cortesanos salvo anodinos asentimientos a todo lo que decía. Reparó en que Tunny se había quedado callado.

—¿Me permitís, majestad? —intervino lord Hoff, frotándose las manos como un tratante de caballos al ver un simplón a quien encasquetar su jaco más derrengado—. Las raíces de esta rebelión en concreto se hunden en la historia. En la época de vuestro padre. En la época del padre de él. —Murmullos de acuerdo—. Vos, me temo, habéis tenido la desgracia de recoger la cosecha. El descontento llevaba ya muchos años creciendo. —Cabezas subiendo y bajando—. Las semillas se plantaron en la guerra contra Dow el Negro. En las guerras contra la Serpiente de Talins. Hasta en la guerra contra Uthman-ul-Dosht.

—Eso sí que fue una guerra —dijo una voz.

—Maese Sulfur. —Orso estaba menos que encantado de ver al mago salir a la azotea de la torre del reloj—. Parece que siempre llegáis en los momentos más dramáticos.

—Ni un solo momento de paz, majestad. He estado en el Norte, haciendo todo lo posible para acabar con esta rebelión antes de que empezara.

Orso levantó una ceja mirando a los miles de hombres armados que se enfrentaban a ellos.

—No con gran éxito, por lo visto.

—Por desgracia, la generación más joven se niega a saldar las deudas de la anterior. Las deudas que los situaron donde están. Mi maestro se asegurará de ajustar cuentas, podéis contar con ello.

—Me quedo mucho más tranquilo —dijo Orso. Cuando eso ocurriera, lo más probable era que todos hubieran muerto—. Supongo que no podríais hacer al ejército de Leo dan Brock lo que hicisteis a los Quemadores en la exhibición de la máquina de Curnsbick, ¿verdad?

Sulfur volvió hacia él aquellos extraños ojos vacíos de distintos colores.

—La magia se desvanece del mundo, majestad, y existen límites a lo que incluso yo puedo lograr. Un ejército supera con mucho mis poderes.

—¿Y solo al Joven León en persona?

—Un gran riesgo con resultado impreciso. Mi maestro prefiere las apuestas seguras.

Orso infló los carrillos.

—Por eso se dedicó a la banca, sin duda.

—Por eso y para poder proveeros de los medios para resolver vuestros problemas empleando… métodos más tradicionales.

—Por lo que le estoy inmensamente agradecido, por supuesto.

Orso había visto a Sulfur destrozar a un hombre con los dientes. Sabía que Bayaz había destruido medio Agriont y matado a miles. Estaba seguro de que Valint y Balk habían hecho incluso más daño en los años transcurridos desde entonces, dando mucho menos espectáculo. En verdad había hecho un pacto con demonios. Pero un hombre perdido en el desierto, como decían los gurkos, debía aceptar toda el agua que se le ofreciera.

Sulfur estaba estudiando el campo de batalla.

—Esperamos refuerzos, deduzco.

—Inminentes —dijo Orso, preguntándose si el mariscal Rucksted llegaría a la contienda antes de que los desbordaran por completo.

Por suerte, o quizá por desgracia, lo salvó de tener que estimar la veracidad de su afirmación un desafinado batiburrillo de cornetas, cuernos y órdenes a voz en grito que llegaron flotando en el frío amanecer.

—Avanzan por la izquierda —dijo Tunny.

Desde aquella distancia, las variopintas formaciones del Consejo Abierto parecían moverse con una lentitud ensoñada, inexorables hacia el sur, a través de la cuadrícula de campos hacia los irregulares huertos de frutales que rodeaban el río. Costaba creer que todos aquellos minúsculos puntitos coloreados fuesen hombres. Parecían extenderse como un fluido. Chillones tonos de pintura, tal vez, entremezclándose en la paleta de un artista descuidado.

—Están atacando —dijo Hoff.

Orso le lanzó una penetrante mirada de soslayo.

—Ah, no sabría deciros, lord chambelán. Quizá avancen a marchas forzadas para rendirse.

Nadie se rio, por supuesto, ni siquiera Orso. No parecía que fuese a ser un día de muchas risas.

—¿Majestad? —Había aparecido un lacayo en galas púrpuras con una bandeja equilibrada en los dedos extendidos y una selección de copas de cristal de Visserine relucientes al sol matutino—. ¿Una copa?

Había algo un tanto horripilante en ponerse a empinar el codo mientras los hombres marchaban a sus muertes. Un desastre épico convertido en entretenimiento ligero.

—¿En un momento como este? —preguntó Orso.

Los oficiales se miraron entre ellos, levantaron las cejas, se encogieron de hombros como diciendo: «¿Qué mejor momento puede haber?». Orso suspiró.

—Tomaré un jerez. ¿Jerez, maese Sulfur?

—No, gracias, majestad.

—Claro, me olvidaba. Tenéis una dieta muy específica…

Y Orso se encogió mientras se volvía de nuevo hacia el campo de batalla.

Varias de las formaciones más disciplinadas habían llegado a los huertos y parecían haberse esfumado. Otras apenas se habían movido en absoluto, o estaban atascadas en algún seto, alguna casa, alguna arboleda. Y otras más parecían haber girado cuando no debían, se habían separado y estaban enredándose entre ellas. Orso y su séquito real observaron en silencio, dando sorbos a sus copas, mientras el movimiento del enorme reloj marcaba el paso del tiempo con su constante tic, tac, tic, tac bajo sus pies.

—Las fuerzas del Consejo Abierto parecen haber sido presa de cierta confusión —dijo alguien.

Orso se rio tan fuerte que le salió jerez por la nariz y tuvo que someterse a los empeños de su lacayo con una servilleta mientras seguía desternillándose sin poder parar.

Hoff lo miró como si hubiera perdido el juicio. Quizá fuese cierto.

—¿Majestad?

—Ah, ya sabéis. El viejo Consejo Abierto, siempre igual. Siempre puede contarse con ellos para que actúen con total desunión, lealtad e incompetencia.

—¿Qué están haciendo? —murmuró Savine, apretando tanto los puños hinchados que le temblaron—. ¿Qué narices están haciendo?

Ella no era soldado, pero no hacía falta ser Stolicus para saber que la cosa no había empezado con buen pie. Por el caos que se veía, cualquiera habría creído que el Consejo Abierto ya había trabado combate con el enemigo en vez de con unos huertos y un lento afluente del río.

—Parece que vuestra rebelión ya se cae a trozos. —Lord Steebling levantó su pierna aquejada de gota a un taburete y se reclinó, sonriendo a Savine con engreída satisfacción.

—Yo no nos daría por perdidos aún —replicó ella antes de darle la espalda y marcharse.

Ese hombre era un mierda de mucho cuidado, pero Leo se había empecinado en que se lo tratara con toda cortesía. Estaban allí para defender los derechos de los ciudadanos de la Unión, al fin y al cabo, y era la tierra de Steebling sobre la que luchaban, la casa de Steebling la que usaban como cuartel general, la cama de Steebling en la que se habían apareado con torpeza la noche anterior. Recordarlo le provocó una leve y muy inapropiada excitación. Levemente excitada y muy necesitada de mear al mismo tiempo.

Los grandes carros que transportaban los cañones se habían retrasado en los caminos congestionados y estaban llegando en esos momentos. Había equipos de hombres y caballos bregando para colocarlos en sus caballetes y apuntarlos más o menos hacia el enemigo. Savine hizo un lúgubre gesto de negación al pensar en lo que había costado fabricar cada uno de ellos. Y a ese ritmo, los tendrían preparados justo a tiempo para disparar una salva en honor a la victoria del rey Orso.

Leo estaba cerca de allí, llevando a su caballo adelante y atrás con impaciencia, acosado por una multitud en constante movimiento de oficiales, mensajeros y parásitos presa del pánico. Savine deseaba con todas sus fuerzas estar allí abajo con él. Ser una observadora impotente no iba con ella en absoluto. Pero sabía que nadie iba a hacerle caso. Nadie estaba haciendo caso a nadie. Leo atrapó a un hombre con el uniforme azul oscuro de los soldados de Isher y casi lo derribó de la silla de montar.

—¿Qué leches está pasando ahí?

—Excelencia, parece que alguien ha saboteado los puentes.

—¿Saboteado?

—Cuando las primeras unidades han intentado cruzar el río, se han derrumbado.

—¿No se le ha ocurrido a nadie comprobarlos? —Leo cogió a Antaup del hombro y clavó un dedo en el aire en dirección a los huertos—. ¡Vete ahí! Me da igual que tengan que llevar a los hombres con balsas. ¡Me da igual si tienen que construir unos putos puentes nuevos! ¡Vete ahí y haz que esos hijos de puta se muevan!

—Mejor quedaos atrás, lady Savine.

Broad se situó delante de ella mientras Antaup pasaba como una exhalación, apretando los dientes. Zuri le pasó una mano por dentro del codo y la apartó con toda la delicadeza del mundo del ajetreo de caballos hacia un lugar despejado de la ladera.

—¿Queréis que Haroon os traiga una silla? —preguntó Zuri.

—¿Cómo voy a estar sentada mientras ocurre esto? —espetó Savine, de pie con la mandíbula, los puños y la vejiga atenazadas en una parálisis de furia impotente.

Isher, Barezin y los demás estaban cagándola a lo grande. Savine había estado tan preocupada por su lealtad que no había prestado ni de lejos la atención suficiente a su competencia. Se abrió el botón del cuello con un zarpazo. No podía ni respirar bien.

—Cálmate —susurró—. Cálmate, cálmate…

Saltó al producirse un estrepitoso golpetazo. Alguien se tiró al suelo cerca con un grito desesperado porque un cañón había resbalado de su carro y caído a la hierba para rodar colina abajo dejando un rastro de destrucción, arrastrando tras de sí un embrollo de cuerdas y poleas a través de una hoguera de campamento.

En algún lugar a su espalda, imponiéndose a los sonidos de la locura, Savine oyó la risa de lord Steebling.

—¿Ahora, archilector? —preguntó el ingeniero jefe, sin aliento.

Pike bajó la mirada hacia los huertos. No podría haber estado más tranquilo si midiera el tiempo de hervor de un huevo.

—Un poco más. —Se inclinó hacia Vick para murmurar—: Anoche envié a unos hombres al río para sacar las dovelas de los puentes. Un mampostero habilidoso es digno de admiración, ¿no te parece?

Vick no tenía nada que decir. Su apreciación por la cantería no parecía tener mucha relevancia.

—Me extrañaría que soportaran el peso de más de unos pocos hombres —siguió diciendo Pike—. Cualquier compañía de soldados que intente cruzar tardará poco en verse nadando. Fui intendente en mi ignominiosa juventud y puedo afirmar sin temor a equivocarme que los ejércitos funcionan por los detalles. Sin las dovelas del centro, esos puentes se derrumban. Sin los puentes, todo su plan se derrumba. Una gran parte del fracaso es el fracaso a la hora de considerar los detalles.

El coro de ruidos militares llegaba extrañamente distorsionado por la distancia, sonando un momento cerca y al siguiente lejos. Cornetas que parecían pedorretas y tambores que sonaban arrítmicos. Voces que a veces se oían tan claras que Vick

entendía las palabras y enseguida se reducían a un borboteo inarticulado cuando cambiaba el viento.

El ingeniero jefe lanzó una mirada suplicante a Vick, con la frente bañada en brillante sudor.

—¿Ahora, archilector?

Pike entrecerró los ojos, pensativo. El viento arreció, haciendo salir volutas de humo de las mechas de combustión lenta que tenían en las manos los nerviosos jóvenes apostados al lado de cada cañón.

—Casi, pero aún no.

—¿Cuánto más va a esperar? —musitó Sebo, con la voz chillona de miedo.

Vick negó con la cabeza en silencio. Desde donde estaban, alcanzaba a verse la punta de la torre del reloj. Costaba creer el poco tiempo que había pasado desde que las tropas del Consejo Abierto empezaron a avanzar. Las arboledas de la ribera opuesta estaban abarrotadas de soldados, sin atisbo alguno de orden, columnas que se amontonaban de cualquier manera al llegar desde atrás añadiendo su peso a la confusión. Pero la orilla más cercana aún estaba igual de pacífica que al alba.

—¿Ahora, archilector? —suplicó el ingeniero. No era tanto porque quisiera hacerlo como porque no soportaba la tensión de la espera.

Pike se detuvo un momento, estudiando el caos en torno al río con las manos a la espalda.

—Ahora —dijo.

El hombre pareció quedarse atónito, como si acabara de darse cuenta en ese instante de lo que llevaba media hora pidiendo. Se lamió los labios y se volvió tambaleante hacia el norte.

—¡Los cañones dispararán en orden a partir de mi derecha! —rugió levantando el puño—. ¡Y seguirán disparando hasta que reciban la orden de alto el fuego!

Los ingenieros con mandiles, los hombres fornidos que manejaban la munición y la pólvora, los chicos que sostenían las varas y las esponjas, todos empezaron a embutirse bolas de trapo en las orejas. Pike estaba haciendo lo mismo.

Con rigidez, con cautela, el ingeniero del primer cañón cogió la mecha al chico de la pólvora y llevó la llama muy despacio a la cazoleta. Todos dieron la espalda al armatoste, se agacharon, se taparon la cabeza. Vick contrajo el gesto. Hubo un ridículo chisporroteo y una nubecilla de chispas.

—¿Y ya está? —preguntó Sebo, levantando la mirada.

El cañón se sacudió en su caballete al escupir fuego por la boca. Hubo una explosión atronadora, rugiente, más dolorosamente ruidosa que nada que Vick hubiera oído en la vida. Un momento después disparó el siguiente cañón, y el siguiente.

Vick se hundió contra la ladera, con las manos apretadas a los lados de la cabeza, y sintió que el cráneo le zumbaba, que las palmas le temblaban, que el suelo mismo se agitaba.

Sintió como si hubiera llegado el fin del mundo.

—Quiere que esperéis —gruñó el norteño que el Joven León tenía por mascota, Comosellamara Aguablanca— hasta que él dé la…

Y todos se volvieron hacia un enorme y grave estruendo. Hubo aleteos de pájaros alzándose de los árboles, y luego otro estruendo, y otro, como si tuvieran encima una tronada, tan ruidosa que Trébol sintió la tierra temblar a través de las suelas de sus botas. Pero en fin, la verdad era que estaban un poco desgastadas.

—¿Qué es esto? —rugió Stour.

Fue dando zancadas a los últimos árboles y miró hacia los trigales. Muy lejos, en el gran risco que se alzaba al otro lado del pueblo, ascendían nubes de humo que flotaban sobre el valle.

—Máquinas de fuego, supongo —murmuró Trébol. Algunos de los presentes más entrados en años parecían igual de desazonados que él. Las habrían visto funcionar en Osrung, tal vez, y no habrían disfrutado mucho de la experiencia.

Pero Stour se había pasado Osrung durmiendo en la barriga de su madre. Le brillaron los ojos mientras veía dispersarse el humo.

—Ahora los llaman cañones —musitó, y dio media vuelta—. Prepara a los hombres.

—¿Cómo? —dijo Sendaverde.

—Ya me has oído. —Stour sonrió mirando más allá de aquel mar de trigo barrido por el viento, hacia la suave elevación verde con los estandartes en la cima—. Quiero esa colina.

Trébol hizo una mueca. Vete a saber qué planeaba hacer Stour con una colina en medio de Midderland. ¿Criar ovejas? Pero el Gran Lobo la quería. Y no había más que hablar.

Aguablanca estaba mirándolos como si todos hubieran perdido el juicio. Lo cual probablemente había ocurrido, solo que unos meses antes, cuando habían consentido que Stour fuese rey.

—¿No me habéis oído? El Joven León quiere que…

—Ya te he oído, chico. —Los ojos de Stour se deslizaron hacia él—. Pero ya estoy harto de complacer al puto Joven León. —Fue casi sorprendente que no le cayera baba amenazadora de entre los dientes—. Si quiere detenerme, que venga aquí y me detenga en persona. ¿No? Ya me parecía a mí, joder. —Se volvió para rugir hacia los árboles—. ¡Armas, chicos! ¡Gritos de guerra, cabrones! ¡Es hora de que luchéis, hijos de puta!

Y hubo un gran estrépito y siseos al desenvainarse espadas y alzarse escudos y empuñarse lanzas. Un gran murmullo de maldiciones belicosas y plegarias a los muertos, de órdenes gritadas que resonaron desde más lejos a medida que la llamada a las armas se extendía por la larga línea. Un gran roce tintineante cuando los guerreros con cota de malla pasaron haciendo crujir la maleza hasta el mismo límite de los árboles. Stour apartó al hombre de Brock de su camino y se adelantó también con paso firme hacia el dorado trigo, desenfundando su espada, y sus mamones cubiertos de oro se apelotonaron tras él, todos ansiosos por demostrar la sed de sangre que tenían.

—Por todos los putos muertos —susurró Aguablanca, mirando atónito a Stour y tirándose tan fuerte de la barba roja que amenazaba con arrancarse la mandíbula.

—Mira la parte positiva. —Trébol le apoyó una mano comprensiva en el hombro—. Después de hoy, salga como salga esto, dudo que tengas que volver a tratar con ese idiota. —Infló los carrillos y sacó su espada—. Otros estamos presos en esta locura. ¡Contratiempo! ¡Prepara a los demás para cargar!

El repentino trueno de cañones había convertido el cuartel general en un revoltijo de caballos desplomados en el suelo. Un guardia de Leo había salido despedido de la silla y se lo llevaron atrás con un brazo roto. La primera baja del día. Pero no sería la última.

Una piedra pasó zumbando sobre los huertos y dio contra el suelo, levantando una fuente de barro. Otra impactó en un árbol y Leo se encogió ante la enorme nube de madera astillada que llovió sobre los hombres acobardados, atrapados con menos esperanza que nunca. Un momento después, el gran chasquido del impacto resonó a lo largo y ancho de los campos.

—Mierda —susurró Leo. Si esperaban a que el Consejo Abierto cruzara ese río, se les haría de noche.

—¿Qué leches pasa? —oyó preguntar a Mustred, vuelto hacia su izquierda. Leo siguió su mirada.

Una inmensa masa de norteños había emergido de los árboles y vadeaba a buen ritmo por el trigo maduro hacia la colina baja. Carls, con sus escudos redondos y su brillante malla y la luz del sol reflejándose en las hojas de hachas y espadas y lanzas.

Leo los contempló con mudo asombro. Ni siquiera encontraba las palabras para maldecir.

El plan era lo más sencillo del mundo. ¿Cómo podía haberse torcido tanto? Una cosa era la confusión en pleno combate, pero él había perdido el control de su ejército antes de que establecieran el menor contacto con el enemigo. Dirigió los ojos al caos autoinfligido del Consejo Abierto a la derecha, luego al caos autoinfligido de Stour a la izquierda, luego a las trincheras que tenía justo delante. Respiró hondo.

—¡Escuchadme! —Su voz sonó sorprendentemente tranquila. Siempre daba lo mejor de sí mismo cuando solo había una cosa que hacer—. ¡Tocad a avance!

Mustred se acercó a él, señalando inseguro hacia Stoffenbeck.

—Están bien atrincherados, excelencia. Están preparados para nosotros. Sin el Consejo Abierto flanqueándolos…

Leo dio una palmada al viejo lord en el hombro.

—Tendremos que derrotar a esos mamones. —Se volvió en la silla para vociferar a los hombres que lo rodeaban—. ¡Alzad el estandarte, chicos! ¡Que suenen los tambores! ¡Ha llegado la hora!

Vio a Savine de pie en la ladera. Sonrió, alzó el brazo y le hizo un último saludo.

Entonces hizo girar a su caballo hacia el enemigo.

Sonaron cornetas y, con poderosas pisadas que sacudían el atribulado terreno, el ejército de Angland empezó a avanzar hacia el sur.

Incluso allí atrás, el sonido ya no cesaba nunca. Carros saltando en baches, órdenes bramadas, cascos hollando el suelo, la palpitante furia de los cañones. Alguien no paraba de gritar, alto y agudo y roto. Detrás de ellos, lejos de la contienda. Algún accidente con el material, quizá.

Allá a la izquierda, la enorme masa de norteños embestía a través del trigo dorado, dejándolo marrón y aplanado a su espalda. Allá a la derecha, ardían fuegos en los huertos, y el humo negro de los árboles se mezclaba con el humo blanco de los cañones y extendía una mortaja gris sobre todo el campo de batalla.

—¿Qué está pasando? —susurró Savine.

—He combatido en cinco asedios y tres batallas campales —dijo Broad—. Aún no he visto ninguna en la que tuviera la más mínima idea de lo que estaba ocurriendo.

El aire tenía un olor penetrante. Un hedor a fuego gurko, y metal, y miedo, y mierda. Alguien había excavado una letrina demasiado cerca del campamento y las pantallas de zarzo no hacían mucho para ocultar la visión de los excrementos de los hombres, no digamos ya su olor.

—¡Putos traidores! —voceó aquel viejo hijo de puta de la pierna con gota—. ¡La Guardia Real os hará pedazos!

Broad frunció el ceño colina arriba.

—Menudo encanto.

—Lord Steebling es el dueño de casi toda esta tierra —dijo Savine a través de dientes apretados—. Leo dice que estamos aquí para defender sus derechos, no para arrebatárselos.

—Yo no estoy aquí por eso.

—¿Y por qué estás aquí? —preguntó Zuri.

Broad se había hecho la misma pregunta cada vez que trepaba por la escala, todas las veces, y los hombres lo miraban como si estuviera loco. Había renunciado a las causas en Estiria. Había dado a Savine todo lo que poseía y más al arriesgar su vida hablando con la Jueza. No había prometido luchar. Había prometido no hacerlo, de hecho. Y sin embargo, allí estaba.

—Gunnar —dijo Savine—, ¿podrías hacer una cosa por mí?

—Puedo intentarlo.

—Sigue a mi marido. —Su mirada se perdió hacia el sur. Hacia donde el combate sería más enconado, mientras se pasaba las manos alrededor de la barriga. Parecía extrañamente desesperada, de pronto, en medio de todo aquello—. Intenta… asegurarte…

—Entiendo. —Tratar de mantener a un hombre con vida era la misma definición de una tarea de necios, pero no iba a ser la primera que intentara Broad—. Pero antes tengo que hacer una cosa. ¿Puedes guardármelos?

Se quitó los anteojos de las orejas, los plegó con delicadeza y se los entregó a Zuri. Siempre le había parecido una mujer a la que podía confiarse algo frágil. Entonces subió a zancadas la emborronada ladera hacia la oscura mancha de la torre, arremangándose con detenimiento. Venía bien tener una rutina.

Steebling bizqueó cuando la sombra de Broad lo sumió en la penumbra.

—Los Steebling no somos fáciles de intimidad, condenado… ¡Ah! —chilló cuando Broad lo cogió por la oreja y lo levantó de su silla.

Broad llevó al viejo aristócrata colina abajo, dando saltitos y resbalones, gimoteando cada vez que apoyaba peso en la pierna mala. Llegaron a aquellas pantallas de zarzo y Broad apartó una de un puntapié. Por una vez se alegró de no ver bien, para no tener que contemplar el rebosante agujero de la letrina en todo su esplendor. Pero desde luego, olerlo sí podía.

Para Steebling sin duda era una nueva experiencia. Intentó escabullirse, tapándose la cara con un brazo.

—¿Qué estás…?

Broad lo tiró dentro.

El noble desapareció bajo la superficie un momento y luego emergió, su sombrero de terciopelo perdido por allí abajo y su pelo entrecano aplastado contra la cara con la mierda de los hombres de los que había estado riéndose un momento antes.

—¡Serás hijo de puta! —exclamó iracundo, presa de una arcada tras otra mientras intentaba izarse.

Broad ya se había marchado, en dirección a Stoffenbeck, convertida en un emborronado fantasma tras el polvo que levantaban las tropas al moverse.

—¿Qué hacemos nosotros? —oyó que preguntaba Banderizo a su espalda.

—Lo que os dé la gana —respondió él, sin aflojar el paso siquiera.

Se dijo a sí mismo que era lealtad. Se dijo que un buen hombre debía pelear. Las mismas cosas que se había dicho al marcharse a Estiria. Pero sabía que una batalla no era lugar para hombres buenos.

Respiró hondo por la nariz y soltó el aire de golpe con un gruñido. Rebufó como un toro.

Cuando sollozó en la puerta de su casa, al volver al amoroso abrazo de su familia, pensaba que la sangre se había acabado para él. Que nada podría hacer que volviera a un campo de batalla. Pero, al parecer, la Jueza lo conocía mejor que él mismo. Los líos eran como el hambre para él. Atiborrarse hasta reventar un día no significaba que no quisiera comer al siguiente. Para lo único que servía era para despertar el apetito. Y allí estaba, a pesar de todas sus promesas vacías, sentado a la mesa de nuevo con los cubiertos preparados, pidiendo a voz en grito que le sirvieran de una vez.

Sacó el martillo de armas del cinturón y sintió el mango de acero apretado entre sus dedos. Encajaba allí, como llave en cerradura. Desnudó los dientes y apretó el paso.

La gente pequeña Peck notó una mano en el hombro y procuró abrir los ojos, se despegó las manos de las orejas y, después de discernir hacia dónde era arriba, que costaba más de lo que cabría pensar, miró arriba.

El sargento Meyer le devolvió la mirada, con líneas blancas en el negro hollín alrededor de sus ojos de cuando los había cerrado con fuerza y la barba un poco chamuscada, moviendo la boca como si estuviera desgañitándose. A través de las bolas de trapo en las orejas, de los golpetazos y siseos de los otros cañones, de su propia respiración rasposa, del martilleo de su corazón y el constante pitido agudo que parecía estar por todas partes, Peck entreoyó a duras penas la voz de Meyer.

—¡Límpiala, Peck!

—Ah. —Se levantó con torpeza, casi cayó y solo pudo mantener el equilibrio agarrándose a un caballete—. Sí. —¿Dónde había puesto la esponja? La recogió del suelo, junto con un poco de hierba arrancada—. Señor. —¿Dónde había puesto el cubo? Tropezó con él al darse la vuelta buscándolo. ¿Por qué estaba diciendo que sí? No se oía ni él mismo. ¿Cómo iba a oírlo nadie más?

El aire estaba denso con la peste a fuego gurko, su boca pegajosa con el sabor de la pólvora, su garganta en carne viva y sus ojos llorosos. A veces casi ni siquiera distinguía el siguiente cañón de la hilera. Sus equipos eran fantasmas que se arremolinaban en torno a sus piezas, mojándolas, secándolas, cargándolas, dándoles de comer pólvora, atendiendo a todos sus caprichos chillones como un puñado de niñeras mugrientas en una sala infantil llena de bebés metálicos gigantescos. Bebés que escupían muerte.

Pasó a trompicones junto a un ingeniero que trasteaba con algún instrumento roto, evitando tocar su cañón porque ya se había quemado tres veces de lo caliente que estaba. Un espeso humo salía rizado de su boca y Peck le echó agua del cubo, limpió la costra de pólvora encendida de sus fauces, recogió su vara del suelo y se encogió cuando otro cañón disparó dos más abajo en la fila, arrojando llama, haciendo temblar el suelo.

En la Academia de Asedios todo era diversión. Peck había tenido suerte de acabar allí. Era mejor que trabajar en una factoría. Y mucho más seguro, ya puestos. Sobraba decir que en esos momentos ya no parecía más seguro.

Mejor no pensar en ello.

—¡Que la limpies, Peck!

No le gustaba que llamaran a los cañones en femenino. Como si fuesen mujeres. Añadía un matiz repulsivo a lo que ya era desagradable. Aquellos putos trastos no tenían nada de maternal que él alcanzara a ver. Dar muerte tendía a ser sobre todo cosa de hombres, al fin y al cabo.

La esponja chorreó agua negra mientras la metía en la humeante caña del cañón y la empujaba con la vara, salpicándose con cada empellón. Estaba empapado de agua de la esponja y enhollinado de la cabeza a los pies y tenía las mangas de la camisa hechas trizas y latigueando mojadas a sus irritadas muñecas, pero como dejara aunque fuese una pizca de pólvora ardiendo y metiesen la carga nueva, saldrían todos disparados por los aires al infierno.

Otra cosa en la que mejor no pensar.

Veía a soldados por debajo de ellos, entre el humo que flotaba. Los hombres de lord Crant, supuso. Un regimiento andrajoso, extendido en una línea torcida por la ladera. Habían intentado cavar trincheras, pero tenían unas tres palas decentes entre todos y el terreno rocoso tampoco ayudaba mucho. Nadie lo hacía. Estaban aovillados de miedo, al trueno de los cañones tras ellos y a las masas de enemigos en algún lugar por delante. Atrapados entre infierno e infarto, como solía decir la abuela de Peck. Habían soltado las armas para taparse las orejas, sus rostros retorcidos de dolor y terror. Peck había visto a un par intentando huir y cómo los arrastraban de vuelta a sus puestos. Parecían una defensa bastante enclenque, si aquellos rebeldes conseguían cruzar el río y subían por la pendiente rocosa.

Otra cosa más en la que mejor no pensar. Había un buen montón de esas en batalla.

Como el archilector, de pie con su ropa de puro blanco en la cima de la colina. Y aquella mujer de rasgos duros, también. Eran la pareja de cabrones más aterradores que Peck hubiera visto en la vida. Parecía que entre los dos nunca habían tenido ni un sentimiento humano. Peck tragó saliva y apartó la mirada, empapó bien el cañón y lo dejó soltando vapor.

El chico que sostenía la humeante mecha estaba llorando. Franjas en el hollín de su cara. No quedaba claro si era por el humo en los ojos o porque se había hecho daño o si lloraba porque aquello era horrible. Peck le puso la mano en el hombro, derramando

agua sucia del cubo. No tenía sentido decir nada. El chaval puso una sonrisita desvalida, y entonces Meyer le arrebató la mecha de las manos y gritó algo.

—Oh, no.

Peck volvió a dejarse caer de rodillas en la sacudida ladera y se tapó las orejas con las manos, convirtiendo el borboteo en un resonante siseo, como el sonido de una caracola de mar contra el oído.

Lo único que podía decirse a favor de todo aquello era que mejor disparar que recibir los disparos. Pero los pobres mamones a los que apuntaban sus armatostes eran otra de aquellas cosas en las que mejor no pensar.

En momentos como ese, lo mejor era no pensar en absoluto.

Apretó los párpados.

Llegó un sonido como de látigo restallando al oído de Suval, hubo una profusa lluvia de puntiagudas astillas y se encogió cuando algo le rebotó en la espalda. Una rama cayó de un árbol cercano y se estrelló entre los escombros.

—Que Dios nos asista —susurró, levantando la cabeza.

Había alguien llorando. Había alguien gritando. Había alguien ardiendo. Lo vio tambalearse retorciéndose hacia el borde del agua y arrojarse a ella. Alguien intentaba arrastrar a un hombre exánime por las axilas. Suval lo vio caer con el herido encima, y levantarse con esfuerzo, y seguir con esfuerzo. Desesperado por salvar la vida de su amigo. O desesperado por tener una excusa para salvar la propia.

Suval recogió su casco abollado con manos temblorosas, se lo puso volcando tierra en su cabeza y apenas se dio cuenta. Pasó un momento intentando cerrar la hebilla del barboquejo antes de darse cuenta de que se había roto. Miró alrededor, sin tener ni idea de dónde había caído su lanza. Pero había una espada cerca, así que la recogió. No sabía manejar la espada. Ni siquiera había empuñado nunca una.

Murezin les había dicho que no tendrían que pelear, solo disfrazarse para un hombre vanidoso que quería darse aires diciendo que tenía una Legión Gurka, y todos se habían reído mientras bebían té malo juntos. Era imposible encontrar buen té en aquel condenado país. Murezin se había equivocado en lo de pelear. Pero Murezin también había caído al río cuando el puente se había venido abajo, junto a varios otros. Un par de ellos habían aparecido ahogados orilla abajo, pero de Murezin no había ni rastro.

Suval había dicho que menos mal que la Legión Gurka no tendría que luchar, porque ni había luchado en la vida ni era gurko y, de hecho, apenas hablaba su idioma.

Pero aquello no podía ser peor que vivir en los suburbios de Adua, donde nadie quería contratarte si tenías la cara oscura. Había sido escriba en Tazlik, donde la brisa marina refrescaba su pequeño y pulcro despacho. Se dedicaba sobre todo a copiar textos religiosos, además de hacer un poco de contabilidad, lo cual era todo muy aburrido pero se pagaba bien. Con cuántas ganas estaba rezando para sobrevivir y poder aburrirse de nuevo. Se agachó cuando sonó otro crujido atronador en algún lugar a su izquierda. Dios, aquella había sido una vida distinta que le había sucedido a un hombre distinto en un mundo distinto de aquel. Un mundo que no explotaba ni se incendiaba. Un mundo que olía a sal del mar y a flores, y no a humo y terror.

—Que Dios nos asista —susurró de nuevo.

Había muchos hombres orando. Muchos hombres llorando. Muchos hombres chillando. Uno estaba sentado en silencio, a la moteada sombra de los árboles, con una cara de absoluta sorpresa por la que caía la sangre. Suval lo conocía un poco. Había sido sastre en Ul-Khatif. No tenía sentido del humor. Pero por allí no abundaba el sentido del humor.

Se volvió y pasó arrastrando los pies por un lodo de fruta caída hasta un tronco nudoso donde se habían refugiado otros kánticos, además de un hombre de la Unión con un uniforme rarísimo, medio verde y medio marrón. Al acercarse cayó en la cuenta de que el hombre estaba muerto y la mitad marrón era sangre de su brazo, que estaba absolutamente hecho trizas. Apartó el cadáver con el zapato y se deslizó en el lugar que había ocupado, y ni siquiera se avergonzó de estar tratando así de mal a los muertos.

Ya pediría perdón a Dios más tarde.

Alguien le ofreció una cantimplora y Suval bebió agradecido y la devolvió. Pasaba humo flotando de orilla a orilla del río. Algunos hombres habían cruzado en balsa y estaban acurrucados temblando en la otra ribera, con una lanza entre todos, uno pálido y sangrando, la balsa deshecha y su madera a la deriva. De vez en cuando pasaba flotando un cuerpo, bocarriba o bocabajo, girando despacio en la corriente.

Gritos furiosos detrás de él, y el sonido de caballos aterrorizados. Estaban moviendo carros a través de la matanza. Ya habían metido uno en el río. Intentaban hacer un puente para poder cruzar. ¿Y luego qué? ¿Luchar? Qué locura. Era todo una locura. Un hombre al que todos creían muerto dio un chillido gorgoteante cuando la rueda de un carro le aplastó la pierna.

—Que Dios nos asista —susurró Suval, pero Dios no estaba escuchando. No más de lo que había escuchado cuando empezaron las revueltas en Tazlik y robaron y pegaron fuego a su despacho y él y su familia gastaron todo lo que tenían en un pasaje a la Unión.

Otro estallido y Suval se arrastró de espaldas contra el árbol mientras caían trocitos de hoja y rama.

Algo le salpicó la cara. ¿Era sangre? ¿Estaba herido? Ay, Dios, ¿había llegado el final? Levantó los dedos temblorosos delante de los ojos.

Era solo pulpa de ciruela. Solo fruta podrida. Tuvo ganas de reír. Pero también tuvo ganas de llorar. El casco se le cayó y volvió a encasquetárselo, del revés.

Había un hombre grande y gordo con un uniforme grande y rojo cargado de cordeles dorados. El que había sonreído a caballo cuando partieron una semana antes. Otro hombre flaco con el pelo negro repeinado hacia atrás estaba gritándole algo, señalando con el dedo el puente roto, los carros. Quería que cruzaran. Pero ¿cómo iban a cruzar con el mundo en llamas? ¿Cómo podían pensar siquiera en moverse? Era como exigirles que volaran a la luna.

Suval no era soldado. Él copiaba textos. Tenía una letra encantadora, lo decía todo el mundo. Había puesto mucho mimo en sus manuscritos.

—No estoy seguro… es decir… no sé cómo… —Barezin contempló las ruinas de la legión de la que tan orgulloso había estado, abriendo y cerrando la boca sin pensamiento consciente, como un pez arrancado del río—. Mi Legión Gurka… —Y se volvió de golpe cuando otra piedra de cañón se estrelló contra los árboles a menos de treinta pasos de distancia, haciendo bambolear sus gordos carrillos.

A Antaup nunca le había caído bien. Nunca le había caído bien ninguno de aquellos hijos de puta del Consejo Abierto. No confiaba en ellos. Aduladores y fanfarrones. Pero por algún motivo, se había tragado las palabras rimbombantes. Y ya era demasiado tarde. No había más remedio que trabajar con lo que tenían.

Agarró a Barezin por un puñado de galones y siseó las palabras de una en una.

—¡Tú… haz… que… *crucen* ! —Hizo dar media vuelta a su caballo—. ¡Ya!

Tenía que volver con Leo. Decirle que no podía contar con esos idiotas.

Apartó una rama baja y salió de entre los árboles. La situación no era menos confusa en campo abierto. Muertos y heridos por todas partes. Una unidad se disolvía avanzando mitad hacia delante, mitad hacia atrás, abriéndose por el centro y derramando hombres de casacas amarillas en todas las direcciones. Un caballo sin jinete brincaba enloquecido entre el caos, sus estribos vacíos rebotando en sus flancos.

Antaup vio un destelló por el rabillo del ojo y acto seguido el suelo se levantó en el centro de una columna. Una nube de tierra y armas y pedazos de personas que se

expandió hacia todas partes. Cayeron hombres derribados como peleles, o se tiraron al suelo ellos mismos cubriéndose las cabezas.

Antaup se las vio y se las deseó para no caer al suelo mientras su caballo rodeaba la destrozada columna, bajo una lluvia de tierra que tintineaba contra su silla y los gritos de los hombres heridos iban desvaneciéndose bajo el tamborileo de cascos.

Ese había caído cerca.

A lo lejos al oeste, a través de la neblina de humo, atisbó unas líneas más organizadas. Tropas uniformadas de azul. Los regimientos de Isher, quizá, que habían evitado lo peor del fuego de cañón y aún mantenían cierta forma. Pero mientras galopaba cruzando los campos, Antaup no vio más que una exhibición de cobardía. Debajo de cada árbol había un grupito de hombres acurrucados, peleándose por conseguir más cobertura. Hombres sin armas. Hombres sin propósitos. Heridos que reptaban hacia la retaguardia.

Una nerviosa compañía se había reunido al lado de una granja. Se les notaba el terror, mirando por los campos salpicados de sangre hacia los huertos que ardían y la colina que humeaba más allá. Un oficial cabalgaba de un lado a otro ante ellos, chillando hasta desgañitarse.

—¡Avanzad! ¡Por lo que más queráis, avanzad!

Pero como un tozudo rebaño de cabras rechazando las órdenes del pastor, no había forma de moverlos.

Antaup apretó los dientes y espoleó a su caballo. Eran todos unos putos aficionados. Y serían los buenos hombres quienes lo pagarían.

Saltó un seto, tomó tierra con una sacudida y sorprendió a unos hombres escondidos al otro lado que estaban quitándose las vistosas casacas. Desertando incluso antes de llegar al enemigo. Antaup estuvo tentado de dar la vuelta y pisotear a aquellos cabrones. Pero no eran los únicos. Vio a otros dispersándose hacia el norte por los campos, echando atrás alguna mirada con ojos aterrorizados.

—¡Hijos de puta cobardes! —siseó al viento.

Deseó que Jurand y Glaward estuvieran allí. Él siempre había sabido lo que eran. Nada de lo que enorgullecerse, pero aun así eran buenos hombres. Leo podía ser un puto tozudo. Cuando se le metía una idea en la cabeza, no había forma de sacársela.

—¡Apartaos! —vociferó, y los hombres se pegaron a las barandillas del puente de madera mientras él lo cruzaba al galope. Un mensajero apenas se arrojó a un lado a tiempo, un atisbo de sus ojos muy abiertos, un fragmento de su grito sorprendido mientras Antaup pasaba junto a él como una exhalación hacia la torre de Steebling.

Estaba preparando una historia nueva. Algo que de verdad le dorase la reputación. Esa vez sería la esposa de un noble. Lady Comosellamara. Lo mejor sería no ponerle nombre, no fuera a meterlo en líos más adelante. Me lo llevaré a la tumba y todo eso. Una mujer mayor y misteriosa. Rica hasta decir basta. Un cosquilleo de peligro. Al marido ya no se le ponía dura. Se tragarían el cuento entero. ¡Antaup, qué perro eres! ¿Cómo lo haces? Era fácil si se lo inventaba. Y mucho más divertido que tener que persuadir de verdad a las mujeres para que se lo llevaran a la cama. No tenía ninguna paciencia con las mujeres.

La colina sobre la que se alzaba la torre hervía de actividad, pero las pulcras líneas grises del ejército de Angland ya no estaban esperando al pie. Alcanzó a ver el polvo que levantaban las formaciones al cruzar los campos de rastrojos hacia el sur.

—Mierda —susurró, dejando que su caballo descansara un momento y echándose el yelmo hacia atrás para limpiarse el sudor de la frente.

¿Se habría impacientado Leo? No sería la primera vez. ¿O algo lo habría obligado a actuar? Sintió una culpable punzada de nostalgia por los días en que lady Finree había estado al mando. Aquella sensación de calmado control mientras estudiaba los mapas, los hombres, el terreno. Aquel no sería lugar para una mujer, tal vez, pero nadie había dudado jamás que lady Finree sabía exactamente lo que hacía. Que sabía exactamente lo que debían hacer todos los demás. Allí nadie parecía tener ni la menor idea.

Sofocó una inaudita sensación de pánico. Llegar hasta Leo. Decirle lo que estaba pasando. Cumplir con su deber. Como habían hecho Ritter y el bueno de Barniva, si era necesario. Cabalgó al sur, hacia las nubes de polvo, las hileras de acero destellante. Los edificios de Stoffenbeck fueron creciendo en la penumbra. La alta torre del reloj. Dejó atrás grupos de hombres heridos, camilleros, carros cargados de suministros.

Reparó en que había saetas clavadas entre los rastrojos a ambos lados. Todas en el mismo ángulo. Estaban dentro del alcance de ballestas, por lo tanto. Leo estaría allí donde hubiera peligro, por supuesto. Era una de las cosas que había que admirar del muy…

Hubo un pequeño y extraño chasquido, Antaup ahogó un grito cuando su caballo viró de sopetón y de pronto estaba volando por los aires. Inhaló una sibilante bocanada de aire, aferrándose a la nada, que perdió de golpe con un gran gemido al dar contra el suelo. El mundo giró y se sacudió mientras Antaup rodaba, rebotaba, se arrastraba y resbalaba hasta detenerse.

Se quedó un momento allí tendido, mirando al cielo.

El sol era una brillante mancha en las nubes. Cuánta paz.

Recobró la compostura con una sacudida. Movió los brazos y las piernas, cerró los dedos. Quizá un par de magulladuras, pero por lo demás estaba ileso. Las damas de la Unión y, de hecho, el mundo entero, podían dejar de contener el aliento. Esta vez le había faltado muy poco.

Su caballo yacía de costado, coceando débilmente, con un proyectil de ballesta hundido en el flanco.

—¡Sois unos cabrones de mierda! —rugió a nadie en particular.

Canlan apretó el gatillo y envió otro proyectil hacia los ordenados bloques de anglandeses.

No esperó a ver dónde caía. No era asunto suyo.

—¡Cargad! —gritó el gilipollas que tenían por teniente, apenas lo bastante mayor para tener barba.

—Gilipollas —vocalizó Canlan mientras bajaba su ballesta y empezaba a tensarla.

Tambor soltó una risita, pero el pobre se divertía con nada.

—¡Traed más saetas por aquí! —rugió por encima del hombro.

—Llegarán cuando las necesitemos.

Canlan sabía por experiencia que no servía de mucho pensar en el origen de las flechas que disparaban, y desde luego tampoco en su destino. Y Canlan tenía mucha experiencia. Había sido soldado toda la vida, más o menos. Había disparado ballestas en todas las guerras importantes que había librado la Unión. Las había disparado a gurkos y norteños y estirios y stariklandeses. Las había disparado a fantasmas en los llanos áridos, a piratas en el mar revuelto y hasta a imperiales, una vez, en esporádicos intercambios de flechas fuera de alcance cerca de la frontera de las Tierras Cercanas. Y estaba disparándolas a anglandeses, que por lo que a él respectaba deberían haber estado en su mismo bando.

Ya tenía la cuerda tensa del todo, así que levantó la ballesta, cogió una saeta y la metió en la ranura, todo con movimientos fluidos y practicados. Se detuvo un momento, preguntándose cuántos proyectiles habría disparado en la vida. Pero su trabajo no era contarlos, solo enviarlos al aire, con tanta calma, meticulosidad y rapidez como pudiera.

Se llevó el arma al hombro, quitó el pasador del gatillo y apuntó a las hileras de piqueros que marchaban, sus armaduras brillando tenues al sol mientras se aproximaban. Por un momento, se preocupó al verlos así. Aún no estaban lo bastante cerca para distinguirles las caras. No estaban lo bastante cerca para saber quiénes eran.

Pero tardarían poco en estarlo. Frunció el ceño mientras ajustaba el ángulo para adecuarlo a la distancia. Aún miraba hacia el cielo y no hacia los hombres. Así era mejor. Quiénes fuesen no era asunto de Canlan.

—¡Disparad! —gritó el gilipollas que tenían por teniente, y Canlan pulsó el gatillo, y lanzó su saeta al aire, y al instante se puso de nuevo a dar vueltas a la manivela de su ballesta.

Estornino ahogó un grito cuando algo rebotó en su hombrera, le rozó el yelmo y cayó rebotando por atrás.

—¿Eso era una saeta de ballesta?

—¡Seguid firmes! —ordenó el capitán Longridge—. ¡Marchad!

Estornino tragó saliva. La armadura era buen invento. La armadura era muy buen invento.

—Vamos —gruñía alguien justo a su lado—. Vamos.

La leche, qué cerca estaban ya. Por encima de los hombros de las tres filas delanteras entrevió el frente enemigo. Un muro de piedra seca, le pareció. Troncos con estacas amartilladas que asomaban en todas las direcciones. Serían trincheras, quizá. Relució acero cuando pasó por encima un hueco entre las nubes.

Un hombre se derrumbó chillando. Al mirar hacia allí, Estornino vio que el hombre tenía una saeta clavada en la cara. Un espantoso estallido rojo antes de que cayera entre los hombres que avanzaban a trompicones, y alguien se trabó con su pica caída, y todos se tambalearon y toparon unos contra otros.

—¡Cerrad! —rugió Longridge—. ¡Cerrad filas ahí!

Estornino se dio cuenta de que estaba avanzando con los ojos un poco entornados. Un escudo también le habría venido bien, pero, joder, la pica ya pesaba tanto que no habría podido con las dos cosas ni de milagro.

—¡Adelante, mis hombres!

Estornino miró hacia atrás. ¡Era el Joven León en persona! En su enorme corcel de guerra, rodeado de sus oficiales y con la espada desenfundada. Un puto héroe, como los de los libros de cuentos. Estornino se había alistado por lo que ese hombre había hecho en la Colina Roja. Y por derrotar a Stour Ocaso en el círculo y demás. Había visto cómo contenían la respiración las chicas cuando escuchaban la historia y había pensado: «La leche, ese es el trabajo que quiero yo».

Estornino infló el pecho y levantó la pica un poco más mientras el Joven León pasaba cabalgando, pero no tardó en desaparecer entre el polvo y la pica de Estornino

flaqueó de nuevo. Mierda, cómo pesaba ese trasto. Al principio sorprendía lo ligera que era, pero después de llevarla un rato la muy condenada pesaba más a cada paso. Tosió. Cuánto polvo. Escupió y se dio a sí mismo sin querer, se escupió en todo el peto, pero ¿qué más daba? Tampoco podía parar a limpiárselo. Y llevaba guanteletes. Y ya no estaban en un desfile.

—Vamos, vamos, vamos —llegó aquella voz. Estornino no sabía quién era, pero ojalá se callara.

La leche, qué cerca estaban ya. Por los gritos que oía a su izquierda, supuso que allí ya había empezado la pelea. Se estremeció cuanto tintinearon otras dos saetas, rebotando en yelmos. Estornino nunca había luchado en una batalla. Decía a todo el mundo que había estado en Estiria, pero no era verdad. Había tenido un par de peleas, una en la que había tirado al hijo de la viuda Smiler a la represa del molino, pero habían sido cosas muy rápidas. Cuatro palabras malsonantes, cuatro empujones y había terminado al cabo de un momento estúpido y furioso. Aquello no se le parecía en nada. Era tan inmenso que te arrastraba sin poder evitarlo, como un río a una ramita. Y todo era muy lento. Muy gradual. Muy impersonal. Demasiado tiempo para pensar en ello. Era más como un baile formal que como una pelea. Dadas las circunstancias, Estornino habría preferido con mucho estar en un baile. No sabía bailar, pero tampoco sabía hacer aquello.

Deseó estar en primera fila, para poder ver hacia dónde iba. Entonces empezó a vislumbrar hacia dónde iban. Hacia aquel muro de piedra seca, hacia hombres que aprestaban sus propias picas, y joder si se alegró de no estar en primera fila. Iban todos muy apretados. No había espacio, no había nada de espacio. Eso lo reconfortaba un poco, lo atemorizaba un poco. Hombres protegiéndolo, hermanos codo con codo, pero ¿cómo iba a poder salir? No podría. Esa era justo la intención.

—¡Bajad las picas! —voceó Longridge—. ¡Preparados!

Gruñidos y rasponazos mientras los hombres de las primeras líneas nivelaban sus armas en un destellante bosque de puntas.

La leche, qué cerca estaban ya. Estornino pudo echar un vistazo al enemigo. Picas y armadura completa. Yelmos abiertos, con lo que les veía las caras. Caras jóvenes y viejas. Caras con cicatrices y con los dientes a la vista. Un tipo con un enorme bigote. Otro sonriendo, sonriendo en un momento como ese. Otro con lágrimas en la cara. Lo cierto era que se parecían mucho a su propia unidad. Como si estuvieran avanzando contra un puto espejo. Era de locos, ¿no? Era de locos. Estornino no tenía nada contra aquellos idiotas para intentar matarlos, y desde luego él tampoco les había hecho nada para que quisieran matarlo. A menos que el hijo de la viuda Smiler estuviera por casualidad entre ellos.

—¡Vamos! ¡Vamos! —exclamó el cabrón que tenía al lado.

Todos habían empezado a gruñir, poner muecas belicosas, rugir, haciendo acopio de valor para el lento contacto, y las puntas de sus picas chasquearon contras las del enemigo, y las astas chocaron, y rozaron, y resbalaron, cada vez más cerca. Había un matorral de ellas, escurriéndose y golpeando entre ellas, todas con mortífero metal en el extremo.

Alguien chilló en el otro bando. Alguien aulló en el suyo. Habían dejado de andar. Las botas aplastaban el barro. Estornino se apretó contra el espaldar del hombre que tenía delante, y notó que alguien se apretaba contra él desde atrás. Su pica dio con algo, le pareció, pero no sabía con qué. Ni idea de contra qué estaba empujando. Intentó mirar por encima de los hombros de la fila delantera. Intentó alzar su pica en alto y hundirla hacia abajo, pero joder, cómo pesaba, le ardían los hombros y el asta chocaba contra todas las demás.

—¡Apretad! —rugió el capitán Longridge—. ¡Apretad! ¡Matad a esos hijos de puta!

La leche, cuánto ruido. Los gruñidos y los escupitajos y los reniegos, el chirrido y el raspar del metal y la madera torturados, y de vez en cuando un chillido o un gemido o un gorgoteo suplicante.

—¡No! —gritó alguien—. ¡No! ¡No! ¡No! ¡No! —Cada vez más agudo hasta que se convirtió en un aullido inarticulado.

La leche, qué esfuerzo, más esfuerzo que ninguna otra cosa que hubiera hecho jamás, y sin más recompensa que hombres muertos. Gritó y empujó y se tensó y notó que le afloraba sudor en la frente.

—¡Empujad! —rugió Longridge—. ¡Empujad, maldita sea!

Estornino vio venir la hoja. El hombre de delante apartó la cabeza para esquivar la punta de la lanza, que pasó junto a su cara mientras la miraba bizqueando. Estornino intentó combarse, pero estaba atascado. Apretado, como un haz de leña. Si hubiera levandado los pies del suelo, se habría quedado en el sitio por la presión de los hombres que lo rodeaban por completo. La punta seguía viniendo, o quizá lo empujaban a él hacia ella, y lo alcanzó en el peto y apretó contra él. Hubo un chirrido y el arma dejó un largo y zigzagueante raspón en el metal, justo sobre los martillos de Angland que tenía repujados.

—¡Vamos! ¡Vamos!

Contrajo todos los músculos y forcejeó y acometió desesperado con su propia pica, pero ni siquiera podía ver a quién pertenecía la otra. Casi no podía mover la cabeza, no digamos todo lo demás. Estaban muy apelotonados.

—¡Joder! —gritó—. ¡Mierda! ¡Joder!

Se retorció y pateó con más desespero si cabe, y la brillante punta de aquella pica se deslizó por su peto hasta bloquearse con el reborde metálico cerca de su sobaco. Estornino la miró, casi sin atreverse a respirar, rogándole que de algún modo se quedara allí. Soltó su propia arma, intentó girarse de lado con todas sus fuerzas, pero ni siquiera pudo liberar la mano derecha, solo consiguió agarrar al asta con el índice y el pulgar de la izquierda.

—¡Vamos!

Entonces, con un gemido, el hombre que tenía al lado se movió y la punta se liberó de golpe, y se metió bajo la hombrera de Estornino y, muy poco a poco, perforó la chaqueta acolchada que llevaba debajo.

—¡Apretad! —gritó Longridge, y los hombres de detrás empujaron a Estornino, y lo empujaron más, y lo empujaron contra la punta afilada.

Gruñó con los dientes apretados cuando la punta lo pinchó. Fue solo un frío pellizco, y luego un mordisco, y peor, y su gruñido fue volviéndose más y más agudo hasta transformarse en un chillido babeante y desesperado cuando un dolor imposible, insoportable, le atravesó el pecho.

Lake solo empujaba. No sabía contra qué estaba empujando, él solo empujaba. ¿Cómo podía nadie saber nada?

«Sé un hombre», le había dicho su padre al despedirse de él.

Mierda, tenía la pica atascada. Ni siquiera habría sabido decir con qué. Estaría hundida en algún anglandés, o trabada en el barro, o enganchada en el muro. Apretó los dientes e hizo fuerza y la giró, pero no se soltaba.

—¡Vamos! —estaba chillando alguien—. ¡Vamos! —Pero Lake ni siquiera sabía de qué bando llegaba la voz.

«Sé un hombre», le había dicho, con su enorme mano encallecida apoyada en el hombro de Lake y el labio inferior sobresaliendo como si le revelara algo muy profundo.

Los hombres estaban siendo hombres por todas partes a su alrededor, muy apretados, apestando a sudor y sangre y humo y miedo, hombros blindados chocando entre ellos, un ruido como de granizo cayendo sobre metal, tañido, rascada, chirrido, y los interminables gritos y las órdenes que resonaban desde atrás y nadie entendía. Empujó su pica otra vez, la empujó fuerte, pero la pica también lo empujaba a él. Por lo que podía ver, al otro lado de las filas delanteras el enemigo estaba apiñándose contra

ellas. No se terminaban nunca. Las nubes habían tapado el sol y sus armaduras daban un brillo apagado en vez de resplandecer. No había nada en todo aquel asunto que resplandeciera.

—¡Aparta!

El hombre de su derecha no paraba de empujarlo con el hombro. Lake sacó el codo, hizo toda la fuerza que pudo, intentó mirar hacia allí y cayó en la cuenta de que el tipo estaba muerto. O tan cerca de la muerte que daba lo mismo, la cabeza caída de lado con el yelmo torcido en la cara y los ojos en blanco y la lengua colgando y una enorme y carmesí baba de sangre cayéndole por la barbilla.

«Sé un hombre.»

Entonces todo saltó. Lake no llegó a ver por qué. Tenía un dolor terrible a un lado de la cara. Tan terrible y tan repentino que vomitó. Escupió lo que quedaba. Tenía algo en el ojo. Tosió y gorgoteó y gimió. Se le había caído el yelmo. Estaba en el suelo. ¿Cómo había pasado eso? El dolor de la cara. Botas pateándolo.

Empezó a arrastrarse por un bosque de piernas que se movían y pisoteaban, luz intermitente, sonido amortiguado. Se arrancó el guante con los dientes, se palpó la cara con dedos temblorosos. Algo pegajoso. ¿Estaba herido? Gritos y rugidos y voces. Agarró una pierna. Había muertos allí abajo. Qué dolor. ¿Estaba herido? ¿Era grave? No podía ver. Probó a abrir el ojo pero no veía.

—Socorro —gimió. Nadie lo oía. «Sé un hombre.»

Cogiendo puñados de barro, siguió arrastrándose. Entre las botas, entre las piernas. Algo le golpeó las costillas, le dio la vuelta, una bota impactó en un lado de su cara al bajar y Lake la empujó, le dio un puñetazo, continuó arrastrándose entre los pies y el barro y los cadáveres.

«Sé un hombre.» ¿Podía saberse qué significaba eso?

—¡Socorro! —gimoteó, agarrándose la cara ensangrentada con las manos, y notó que lo cogían por las muñecas y lo sacaban a rastras.

Ariss necesitó toda su fuerza para sacarlo de allí. Los hombres adultos eran pesados, y más si llevaban armadura. Ella apretó los dientes y tiró de aquellas muñecas tan fuerte como pudo. No era momento para ser delicada. Entonces le resbaló un pie y cayó al barro con él medio encima. No importaba, ya iba tiznada como un minero, tenía el delantal manchado de barro, salpicado de sangre.

—Venga, arriba —masculló Scalla mientras le quitaba de encima al herido y lo lanzaba a una camilla.

Ariss casi había protestado la primera vez que vio lo brusco que era Scalla con ellos. Como si levantara sacos de carbón. Pero no había tardado en aprender que la delicadeza no servía de nada a nadie. Fue a trompicones hasta el pie de la camilla y asió las manijas. Scalla, que había abierto la hebilla del yelmo del herido y lo había tirado por ahí rebotando, se volvió para coger también sus manijas y giró la cabeza para mirarla.

—Una, dos…

Ariss gruñó mientras levantaba la parte de los pies y se marcharon, huesos sacudidos, dientes castañeando, hombros ardiendo por el esfuerzo mientras trotaban hacia las afueras del pueblo. Allí había un caos de mensajeros corriendo, otros camilleros tambaleándose de un lado para otro, chicos tropezando con los brazos llenos de saetas de ballesta.

Ariss había querido hacer algo antes de casarse. Algo que fuese *real* . Algo de lo que enorgullecerse. Su tío había combatido en Gurkhul, hacía mucho tiempo. Había intentado advertírselo.

«¿Así que una batalla no es lugar para una mujer?», le había espetado ella.

«Una batalla no es lugar para nadie», había dicho él, y Ariss se había marchado.

Se obligó a mirar al hombre de la camilla. Tenía un tajo grande y largo que le bajaba por la cara hasta el cuello. Ariss no podía ver lo grave que era con tanta sangre. En realidad no quería ver lo grave que era. Pero la sangre no era buena señal. Seguía brotando de él. Se acumulaba en la camilla alrededor de su cabeza. Se filtraba a través de la lona. Caía goteando y sus pies la mezclaban con el barro. Cuánta sangre. Era increíble la cantidad que tenía un hombre.

El herido daba un gemido largo y apagado con cada exhalación. Ni siquiera le dolía. Estaba medio atontado. No se enteraba.

—Chist, chist, chist —intentó arrullarlo, pero le salió temeroso y entrecortado con cada pisaba que daba.

Le había gustado pensar que una voz de mujer podría tranquilizarlos, como en el libro de Spillion Sworbreck sobre aquella audaz chica de la frontera que tan inspirador había encontrado Ariss. Pero no había nada que los tranquilizara. Nada salvo la muerte, claro. Se había imaginado a sí misma secando frentes sudorosas, y repartiendo agua entre muestras de agradecimiento, y vendando alguna herida que otra. Heridas discretas. Heridas limpias. Cortes y rasguños. Pero lo que veía eran cuerpos abiertos en canal, hendidos por armas, doblados hacia atrás, derramando sus contenidos. Cuerpos que quizá nunca sanaran. Cuerpos que casi ya no parecían cuerpos.

Su tío había tenido razón. Ariss había cometido un error tremendo.

Llegaron al jardín donde estaban colocando a los heridos, que componían un horrible coro de dolor y desesperación. Pero seguía siendo mejor que los húmedos chillidos que provenían de la tienda donde hacían la cirugía, eso sí.

Dejó la camilla y se hundió de rodillas a su lado, absolutamente derrengada. Le temblaban las piernas. Le temblaban los brazos. Le aleteaban los párpados. Se quedó arrodillada en el barro, solo respirando.

El herido había dejado de gemir, por lo menos. El asistente del cirujano se agachó para apretarle los dedos contra el cuello y se quedó quieto un momento mientras la batalla rugía en la distancia como un mar tormentoso. Como una irresistible marea aproximándose.

—Está muerto.

Ariss se frotó la frente con el dorso de la muñeca y reparó en que se había manchado toda la cara de sangre.

Scalla sacó el cadáver de la camilla ensangrentada.

—Vamos a por otro.

Ariss asintió cansada.

—Supongo que sí.

Se levantó con esfuerzo y trastabilló cuando alguien se estrelló contra ella. Un chico, que acabó despatarrado al lado de los cadáveres y cuyo gorro cayó revelando una mata de rizos rubios.

—¡Perdón! ¡Lo siento!

Una chica, pues, que recogió su gorro y, tras una última mirada atrás, echó a correr de nuevo.

Hildi cojeó durante unas zancadas, frotándose la pierna magullada hasta que remitió el dolor, y luego apretó el paso por un callejón donde había un par de hombres a los que vendaban heridas unas enfermeras. Volcó una cesta llena de vendajes al pasar, pero no podía pararse, apartó de delante unas prendas tendidas y las dejó ondeando a su espalda.

Estaba fuera de la ciudad y corrió más deprisa, la respiración raspándole dolorosa el pecho mientras llegaba a la herbosa pendiente de la ladera de la colina. Mantuvo la mirada fija en los pies. Mantuvo la mente fija unos pocos pasos por delante. Orso confiaba en ella. Apretó más el puño alrededor del mensaje. Se había presentado voluntaria a llevarlo, ¿verdad? Más o menos se había empeñado en llevarlo ella.

Quería demostrar que era útil. Quería demostrar que era valiente. Era la que siempre llevaba los mensajes de Orso, así que también llevaría ese. Había comprendido su error en el momento en que salió corriendo de la casa consistorial a la locura de la calle. Cómo había odiado llevar los mensajes de Orso a aquella zorra de Savine dan Glokta. Su elegancia afectada y su gusto por llamar la atención y sus sonrisitas de superioridad. Pero al menos, la probabilidad de que la mataran por llevar cartas de amor había sido muy baja.

—Hildi, qué idiota eres —susurró.

La triste verdad, siendo sincera consigo misma… era que quería a Orso. No en plan querer, *querer* . No en plan amor. Lo quería como a un hermano mayor. Como a un desamparado, desesperado y titubeante hermano mayor que daba la casualidad de que también era el rey de la Unión. Orso era bueno con ella. Nadie más lo había sido nunca. Nadie más había pensado que ella mereciera que fuesen buenos con ella. Orso estaba por encima de todo el mundo, pero por algún motivo la trataba a ella, que no podía ser de más baja cuna, como a una igual. Lo raro habría sido que Hildi no lo quisiera.

Pero podría haber dejado que el puto mensaje lo llevara otra persona.

Paró un momento en la ladera para recobrar el aliento. Paró y arrancó su mirada de la hierba. Se forzó a volverse para contemplar el valle.

—Ay, joder —susurró.

Desde allí se divisaba todo el campo de batalla. Toda su grandiosa demencia. Al otro lado del pueblo, el risco escarpado estaba amortajado en humo, del que iban asomando pequeñas volutas y nubecillas. Había fuego en los huertos de debajo, columnas oscuras que se perdían en el cielo cargado. También había fuego en Stoffenbeck. El aire estaba acre por el humo.

Alejándose en curva de ella, la enorme medialuna de las líneas del rey. Metal brillando allí donde había pelea. Estandartes lacios sobre la muchedumbre. Espesura de picas. Bloques de anglandeses de ropa oscura que seguían avanzando por los campos abiertos. Jinetes que se movían y rodeaban por detrás.

Los frentes se habían desplazado, hasta ella se daba cuenta, combados por el centro donde el combate era más intenso, donde la masa de anglandeses se abría paso muy poco a poco hacia Stoffenbeck, empezando a delatar su superioridad numérica. Se les acababa el tiempo.

Se volvió de nuevo hacia la colina y obligó a sus piernas cansadas a seguir. Corrió dejando atrás un caballo muerto con dos flechas clavadas en el costado y las moscas atareadas ya con la sangre en la hierba. Flechas de norteño, largas y finas, sus plumas moviéndose con el viento.

Dejó atrás a un hombre que exclamaba: «¡Mierda!», una y otra vez, mientras forcejeaba con la manivela atascada de su ballesta, trasteaba con la saeta, intentaba girar la manivela, trasteaba con la saeta, intentaba girar la manivela, trasteaba con la saeta, y seguía y seguía.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda!

Alguien le intentó agarrar el tobillo y estuvo a punto de tirarla al suelo.

—Socorro…

Un hombre en una camilla, de pelo rubio que se había vuelto marrón y tenía pegado a la cara pálida empapada.

—Socorro…

Sacudió el pie para soltarse y siguió adelante, medio corriendo, medio agarrándose a la hierba con una mano mientras la otra seguía apretada con los nudillos blancos alrededor del mensaje de Orso.

Corrió. Llegó a la cima de la colina. Resollaba. Le dolían las piernas. Un cabo grandote se interpuso en su camino y la empujó hacia atrás tan fuerte que se mordió la lengua y casi se fue al suelo.

—¿Dónde crees que vas?

—¡Tengo que hablar con el lord mariscal Forest! —jadeó—. Mensaje… de Su Majestad.

—¡Es la chica del rey! —gritó alguien—. ¡Dejadla pasar!

Dio al cabo un empujón casi tan fuerte como el que había recibido y luego casi tropezó con un cadáver que había justo detrás de él. Un cadáver de norteño, con la piel alrededor de los hombros empapada de sangre. No estaba solo. Había muchos cuerpos, dejados allí donde habían caído.

Saltaba a la vista que las cosas estaban igual de revueltas allí que abajo en Stoffenbeck. Los oficiales de Forest también habían luchado. Uno de ellos tenía el brazo en cabestrillo. Otro estaba muy quieto con la espada desenvainada, mirándole el filo como si no se creyese que hubiera sangre en él. El propio lord mariscal estaba con los puños apretados, mirando ceñudo hacia el valle, un oasis de calma afable, repartiendo órdenes, dando palmadas en las espaldas de los hombres. Solo verlo ya tranquilizaba. Por fin, alguien que estaba al mando. Alguien que podía ayudar.

Llegó con paso inestable, le tendió el mensaje y se dio cuenta de que lo había arrugado hasta convertirlo en un amasijo emborronado dentro de su puño sudoroso.

—Los anglandeses… nos obligan a replegarnos… hacia Stoffenbeck. —Jadeaba tanto que casi vomitó—. Su Majestad… necesita refuerzos.

Forest sonrió y las arrugas se extendieron por su cara correosa.

—Me temo que acabo de enviar un mensajero para pedirle refuerzos a él.

—¿Qué? —dijo ella.

—¡Vienen otra vez, lord mariscal! —vociferó alguien.

—¡Pues claro que vienen otra vez, cojones! —vociferó también Forest en respuesta—. ¡Es una batalla! —Cogió a Hildi por el hombro y se agachó para susurrar—: Yo en tu lugar correría.

Y se volvió, dejándola allí mirando.

Forest fue dando zancadas hacia el frente y envió a un oficial con un golpecito del puño en el hombro.

—¡No podemos fallar, capitán! ¡No podemos fallar!

El primer ataque de los norteños los había destrozado. Apenas habían podido repelerlos. Tenían heridos por todas partes. La moral estaba hecha añicos. Necesitaban algo en lo que creer. Alguien que les insuflara coraje. Forest no tenía ni idea de cómo había ocurrido, pero por lo visto ese alguien tendría que ser él.

—¡El rey cuenta con nosotros, muchachos!

Hacía años, cuando lo ascendieron a sargento, había pensado que los oficiales tendrían todas las respuestas. Cuando le asignaron un mando, había pensado que los generales tendrían todas las respuestas. Cuando el rey Orso lo había hecho general, había imaginado que el Consejo Cerrado tendría todas las respuestas. Pero ya como lord mariscal, por fin lo sabía a ciencia cierta. Nadie tenía las respuestas.

Peor aún. No las había.

Lo mejor que se podía hacer era mantener el engaño y actuar como si uno las tuviera. Nunca mostrar miedo. Nunca mostrar vacilación. El mando era un truco. Había que difundir la ilusión de que uno sabía lo que hacía para que calara al máximo posible entre el mayor número de hombres. Difundir la ilusión y confiar en que todo saliera bien.

—¡Firmes, muchachos! —rugió.

Pues claro que estaba asustado. Cualquier hombre cuerdo lo estaría. Pero había que contener el miedo. Había que ser como una roca. El rey contaba con él. ¡El rey! ¡Contando con él! No podía fallar.

—¡Necesitamos las reservas! —gimió un comandante presa del pánico.

—No hay reservas —respondió Forest con calma, aunque su estómago estuviera intentando salírsele por la boca y correr hacia la retaguardia—. Todo el mundo está luchando. Te sugiero que hagas lo mismo.

Y desenfundó su espada. Parecía el momento adecuado para hacerlo. La tenía desde hacía cuarenta años. Desde que lo habían nombrado sargento. Nunca la había blandido con intención de matar a otro hombre. Nunca había tenido que hacerlo. Un buen soldado debe marchar. Debe mantener la disciplina. Debe mantenerse animado. Debe, a veces, resistir donde está. El combate en sí estaba en algún lugar cerca del final de la lista.

Pero en unos pocos casos, en casos muy contados, debía hacerse.

—¡El rey cuenta con nosotros! —bramó—. ¡No podemos fallar!

Un teniente joven pasó trastabillando y Forest lo asió por el cuello de la casaca con la mano libre y casi lo levantó del suelo.

—¡Lord mariscal! —El teniente lo miró con los ojos muy abiertos y húmedos—. Estaba… estaba…

Ahuecando el ala, evidentemente. Forest casi ni se lo podía reprochar. Pero tenía que detenerlo.

—La valentía no consiste en no tener miedo —dijo, dando media vuelta al hombre con firmeza—. La valentía consiste en resistir de todos modos. El rey cuenta con nosotros, ¿entiendes? ¿Vas a dejar que esos hijos de puta norteños nos intimiden? ¿En nuestro territorio? Vuelve ahí ahora mismo. —Aferró al joven teniente por el hombro y lo llevó hacia el frente—. Y *resiste* .

—¡Sí, señor! —dijo Stillman con un hilo de voz, cojeando de vuelta al frente sobre unas piernas que le flaqueaban—. Claro, señor, resistir.

Stillman había pretendido resistir. Y había resistido, de hecho, pero luego, por alguna razón, sus piernas se lo habían llevado colina arriba. Putas piernas.

Había soltado la espada, así que la recogió, y recogió también un puñado de cagarrutas de oveja con ella. Siempre se había esmerado mucho con su aspecto. Y allí estaba, todo pringado de barro y manchado de polvo y con un puñado de mierda en la mano.

Siempre había creído que sería de los valientes. Se había felicitado por ello mientras se abotonaba la casaca esa mañana. ¡Eres de los valientes, Stillman!

Y entonces habían llegado los norteños, con aquellos horribles gritos de guerra, y habían matado al cabo Bland. Lo habían enviado derecho al infierno y… ¿eso que Stillman tenía en el peto eran los sesos del pobre desgraciado? ¿Eran sesos? Le dieron ganas de vomitar. Vomitó un poco. Solo el chorrito ardiente que tenía al fondo de la garganta.

Miró alrededor a los hombres que en teoría estaban bajo su mando. Todo se había vuelto un follón. Stillman no sabía dónde terminaba su compañía y empezaba la siguiente. No conocía ni la mitad de las caras. O quizá fuesen las expresiones enloquecidas lo que los convertía a todos en desconocidos. La mugre y la sangre y los dientes a la vista. Animales. Salvajes.

Entonces empezaron otra vez los gritos de guerra. Aquel agudo aullido de lobo, algo salido de la oscuridad donde terminaban los mapas. Stillman se quedó helado por completo. Dio un vacilante medio paso atrás.

—Eh… —murmuró—. Eh…

¿Estaba llorando? Tenía los ojos mojados. Lo veía todo borroso. Mierda, ¿era un cobarde?

Cayó en la cuenta de que estaba meándose encima. Notó la calidez propagándose por sus pantalones. Puta vejiga. No podía confiar en ella más que en sus putas piernas.

Sabía que su padre, y sus tíos, y su abuelo, soldados todos ellos, estarían asqueados hasta la médula si lo vieran en esos momentos, como un cobarde.

¿Qué pensaría Aliz, su prometida, cuyos ojos habían brillado tan cautivadores al verlo de uniforme, si lo tuviera delante con la mano de la espada llena de mierda y aquella mancha oscura extendiéndose por los pantalones?

La verdad era que le traía sin cuidado, siempre que no tuviera que luchar.

Un hombre resistía, con los dientes apretados, una mano apretada contra el costado sanguinolento mientras empuñaba su lanza con la otra. Eso era valentía.

Otro resistía bramando insultos a pleno pulmón: «¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! ¡Venga, hijos de puta!». Eso era valentía.

Otro yacía temblando, con la mirada fija, blanco como una sábana excepto por la sangre que le salía de la comisura de la boca, con una mano aferrada débilmente al estandarte de su compañía. Eso era valentía.

Pero a Stillman le traía sin cuidado.

Oyó a más oficiales a su alrededor dando gritos de ánimo.

—¡Aguantad! ¡Firmes! ¡Ahí vienen! ¡No cedáis terreno! ¡Por la Unión! ¡Por el rey!

Eran como frases en un idioma extranjero. ¿Cómo podía nadie mantenerse firme cuando la roja muerte corría colina arriba hacia ellos? ¿Cómo podía nadie mantenerse firme con los horribles gritos de los norteños, con los chillidos de sus camaradas moribundos, con el inacabable estruendo del metal, con el trueno de los lejanos cañones resonando estridente en los oídos?

Solo los locos podían mantenerse firmes allí. Los que ya estuvieran locos y los que se hubieran vuelto locos.

Llovieron flechas. Casi con suavidad. Una se clavó en el suelo cerca de él. Otra rebotó en la hombrera de un soldado y salió dando vueltas.

—¡Socorro! —lloriqueaba alguien. Mierda, ¿era él? No. No. Él tenía la boca cerrada.

Oyó cómo venían. El ululante y prolongado grito de guerra y el fragor del acero. Había empezado a llover y el agua golpeteaba contra el metal. Stillman notó que le flaqueaban las piernas, notó que le temblaba el labio inferior, como si quisiera dar alguna orden, como si quisiera dar alguna voz de ánimo.

—¿Resistid? —graznó.

Vio que los hombres que estaban delante de él retrocedían, que sus botas resbalaban en la hierba mojada, que sus lanzas vacilaban. Oyó agresivos gritos en norteño, voces apenas humanas. Ya llegaban. Ya llegaban.

Vio un destello de acero y sangre que saltaba en un negro chorretón. Un soldado de la Unión cayó con los brazos muy abiertos. Se hizo un hueco en la línea y por el salieron norteños en tropel.

Norteños, con sus brillantes mallas y sus brillantes hojas y la brillante pintura de sus escudos y sus brillantes ojos llenos de la locura de la batalla, del hambre de la batalla. Hombres decididos a darle muerte. Hombres hechos de asesinato. Animales. Salvajes.

No era un juego. No era una historia. Querían matarlo. Querían rajarlo de arriba abajo y verter sus entrañas por la ladera. Querían saltarle los sesos como habían saltado los sesos al cabo Bland, y eso que era un hombre muy agradable con una hermana en Holsthorm que acababa de tener una niña.

Stillman no tomó ninguna decisión.

Fueron solo otra vez esas putas piernas que tenía. Se volvió para huir, tropezó con una lanza en el suelo y cayó despatarrado de cara. Sintió un dolor agónico y comprendió que había caído encima de su espada y la punta le había atravesado la mejilla.

Gimoteó, temblando mientras intentaba levantarse. Entonces algo se empotró contra su espalda y el suelo le golpeó en la cara otra vez y todo se hizo frío. Tenía la boca llena de sangre, y de hierba, y tosió y gorgoteó y reptó, arrastrándose, arrastrándose.

Contratiempo gritó mientras descargaba otro tajo al hombre de la casaca roja, le hacía una buena abolladura en la parte de atrás del yelmo y lo dejaba inmóvil. Estaba gritando algo. Ni él sabía qué. No eran ni palabras, en realidad.

—Muere, cabrón, muere, joder, cabrón. —Cada exhalación era un flujo de exabruptos, y Contratiempo dio un tajo a un escudo y le hizo una gran cicatriz que cruzó todo el sol que lo adornaba. Le dio otro tajo y derribó de espaldas al hombre que lo sostenía, dio un tajo a su pierna y le dejó el pie colgando de una tira de ternilla.

Algo se estrelló contra su hombro, lo envió de lado y resbaló por la hierba húmeda, cayó, rodó para levantarse, casi abrió la cabeza a un hombre antes de darse cuenta de que era norteño, dio media vuelta, chilló, embistió, se empotró contra alguien y lo derribó. El hombre gimoteó algo antes de que Contratiempo le hundiera el brocal del escudo en la garganta una y otra vez.

Una espada rechinó contra la malla de su hombro. Contratiempo se volvió, dio un hachazo en la cadera del hombre que la había blandido, lo dobló hacia el lado, levantó su escudo y descargó el brocal contra la parte de atrás de su yelmo, alzó la otra mano y dio en el mismo sitio un hachazo que hundió el metal del todo.

La pelea era un caos. Los frentes habían desaparecido hacía tiempo. Se habían fundido en marañas de muerte. Pisó a un hombre que reptaba. Sangre volando y tierra volando y metal volando. Lo pisó otra vez. Hombres matándose entre ellos. Un oficial de la Unión con los dientes desnudos estaba usando su espada como una pala, acuclillado en el pecho de un norteño y cavando en su cabeza hundida. Contratiempo rugió mientras llegaba y le hacía un profundo tajo en la espalda que hizo saltar una fuente de sangre. El escudo se le había enredado con la capa de un norteño muerto, así que Contratiempo intentó arrancarlo de allí, no pudo, se soltó de las embrazaduras y lo dejó atrás.

Alguien fue a por él con una lanza y Contratiempo dio un paso a un lado, la aferró por debajo de la punta, tiró de ella con una mano y se vio arrastrado él también en círculo cuando el hombre que la empuñaba intentó soltarse agitándola. Atacó con su hacha y le dio en un hombro, abrió en canal al hombre, que soltó un extraño ululato, su boca una redonda O de sorpresa, y de pronto Contratiempo se vio trastabillando por ahí con la lanza en la mano. Estuvo a punto de clavársela. Se la clavó a otra persona y la

sangre lo salpicó, le empapó los ojos, le empapó la boca, tiró la lanza e intentó limpiarse la cara.

Alguien se arrojó contra él y rodaron por el suelo. Había perdido el hacha. O la tenía colgando del aro que le rodeaba la muñeca, golpeándole el costado. Contratiempo terminó encima y dio puñetazos, rodillazos, rugió al hombre que también le rugía a él, forcejeando, apretando. Contratiempo le dio otro puñetazo, y otro, le machacó la nariz hasta dejar solo una pulpa roja, encontró el astil de su hacha a tientas, la empuñó y empezó a cortar. Cortó una melladura en el peto del hombre, cortó una gran herida en su cara. Descargó su hacha, descargó su hacha, descargó su hacha, bufando y escupiendo, el aliento raspándole el pecho, los músculos en llamas, la sangre fluyendo tan fuerte a su cabeza que creyó que le sacaría los ojos.

—¡Muere! ¡Muere! ¿Uh?

Parpadeó como un idiota al darse cuenta de que tenía la mano vacía. El aro debía de haberse roto y el hacha había salido volando a saber dónde. Palpó con dedos entumecidos hasta sacar una daga del cinto y al instante la soltó cuando un hombre tropezó contra él, lo atrapó, forcejeó con él, ninguno de los dos con los pies firmes, resbalando en la hierba mojada, en los cadáveres mojados, en las armas caídas, los escudos caídos, los pedazos de hombres.

Contratiempo gruñó y rugió y se escupió en la barba mientras asía la cabeza del hombre y la retorcía, la sujetaba con el interior del codo, la retorcía más, y él daba manotazos a los dedos de Contratiempo pero no podía detenerlo, hasta proferir un enorme gemido agudo que se interrumpió al separársele los huesos del cuello con un crujido.

Algo impactó contra el lado de la cara de Contratiempo y el mundo cabeceó. Rodó por el suelo, se levantó como pudo, volvió a caer a cuatro patas. ¿Dónde estaba? Aferró a alguien y lo bajó al suelo de un tirón, subió encima de él, puñetazo, dentellada, puñetazo, empezó a estrangularlo y la cara del hombre se retorció y los ojos se le desorbitaron mirando a Contratiempo, intentando meterle un dedo por la nariz. Contratiempo apartó la cara y soltó un aullido quebrado como el de un perro loco sacrificado y tiró del hombre hacia arriba y lo empotró hacia abajo, ahogándolo, estrangulándolo, aplastándole la garganta con las manos.

Aplastarlo hasta que no quedara nada.

Aplastarlos a todos.

Sangre fría

Se oyó un crujido atronador y varias toneladas de mampostería se precipitaron a la plaza del pueblo, haciendo saltar enormes pedazos de tallas ornamentales y una nubarrada de asfixiante polvo. Un guardia de Orso se arrojó al suelo. Lord Hoff se hundió contra una esquina. Habría cabido esperar que el cabo Tunny corriera a ponerse a cubierto o, en realidad, que nunca hubiera dejado de estarlo, pero en vez de eso hacía todo lo posible por escudar el Estandarte Firme con su propio cuerpo. Hasta Gorst se encogió. Pero Orso se descubrió absolutamente impasible.

—Una piedra de cañón debe de haberse llevado un trozo de alguna de esas encantadoras chimeneas. Qué gran pérdida para la posteridad.

Se quitó unas motas de yeso de un lado del peto. ¿Ristre, se llamaba esa parte, o escarcela? Siempre las confundía.

—¡Majestad! —trinó Gorst—. ¡Deberíais retiraros!

—Paparruchas, coronel, esto está poniéndose interesante.

Era una afectación ridícula, por supuesto, ya que las cosas habían pasado de horripilantes hacía algún tiempo y no tenían aspecto de mejorar. Pero ¿para qué asistir a una batalla si uno no iba a decir al menos una frase heroica imperturbable?

Apartó a lord Hoff para dejar pasar una camilla que llevaban un hombre corpulento con un mandil manchado de sangre y una mujer jadeante con el pelo pegado al rostro por el sudor.

—¡Así me gusta! —les gritó—. ¡Muy bien hecho!

Contra toda lógica, Orso no sentía ningún miedo. Mucho menos que el habitual, como mínimo. A veces apenas podía afrontar el desayuno y se alarmaba ante la idea de escoger camisa, pero este desastre de proporciones épicas parecía haber sacado por fin lo mejor de él.

Incluso mientras los norteños llegaban en multitud por los trigales del este y luego el Consejo Abierto por los huertos del oeste. Incluso mientras el ejército de Angland avanzaba por los campos y trababa con la División del Príncipe Heredero un feroz combate y luego la hacía retroceder. Incluso mientras los cañones de los rebeldes empezaban a disparar contra Stoffenbeck. Incluso mientras los heridos regresaban arrastrándose por las calles, y estallaban incendios por todo el pueblo, y el humo se arremolinaba alrededor de la torre del reloj, el humor de Orso no dejaba de mejorar. Era

como si estuviera equilibrado en una balanza contra todos los demás y, a medida que las dudas y el terror de ellos crecían, su propio ánimo alzara el vuelo.

Confió en que los demás lo vieran como una valentía tremenda, pero no le daba la impresión de que debiera enorgullecerse. Era una estupidez tremenda, tal vez. Una arrogancia tremenda. Quizá eso fuese todo lo que en realidad era el coraje. Estar tan convencido de la importancia de uno que se llegaba a creer que la muerte era algo de lo que solo debían preocuparse los demás.

—¡Majestad! —gimió Hoff, ya en tono más agudo hasta que el de Gorst—. ¡De verdad debéis retiraros!

—No dejéis de hacerlo vos, si queréis —replicó Orso—. Ya os alcanzaré.

Se acuclilló junto a un chico acobardado, lo cual no era tarea fácil con armadura completa.

—Venga, arriba. —Los ojos del chico pasaron de estar muy abiertos de miedo a dilatarse más de asombro al caer en la cuenta de quién estaba ayudándolo a levantarse—. Tienes mi permiso para ir a la retaguardia. —Revolvió el pelo del chico, haciendo llover yeso roto—. ¡Considéralo un decreto real!

Muy posiblemente el último, tal y como iban las cosas. Pensarlo casi le provocó una carcajada nasal. Que los Hados lo asistieran, estaba pasándolo bien. ¿Se había vuelto loco?

—Por lo menos poneos el yelmo, majestad —le rogó un oficial, tendiéndole el emplumado tocado real.

Orso lo rechazó con un gesto.

—Un rey debe dejarse ver. Y dejar ver que se deja ver.

Había una mujer acurrucada en un portal con el pelo rubio enmarañado y lleno de polvo, aferrando una tablilla de dibujar con un puño mientras bosquejaba frenética la matanza que tenía ante ella con la otra mano.

—¡Que salga mi lado bueno! —le exclamó Orso—. Aunque no recuerdo bien cuál es, la verdad.

Su padre le había dicho que el trabajo de un rey consistía a grandes rasgos en estar presente y punto, pero aun así era un trabajo que podía hacerse mal. En esos momentos, Orso tenía la impresión de estar haciéndolo de maravilla. Hizo su mejor saludo marcial cuando una columna de lanceros pasó traqueteando en dirección, para deleite de Orso, a la batalla y no en la contraria.

—¡Héroes! —les gritó—. ¡Sois todos héroes!

Parecieron extrañados de verlo, pero también complacidos. Incluso orgullosos. Pasaron trotando algo más rápido y pronto se perdieron en el ondulante humo. Parecía que los rebeldes estaban usando algún nuevo tipo de piedra de cañón que no solo hacía pedazos los edificios, sino que también incendiaba esos pedazos. Así era el progreso.

—¡Enemigos! —gritó alguien.

—¡Proteged al rey! —chilló Gorst, y se situó delante de Orso con el escudo alzado.

Orso se quedó estupefacto al ver que Tunny saltaba hacia el peligro a su otro lado, con el Estandarte Firme en una mano y una espada en la otra. Era cierto que llegaban jinetes atravesando el polvo y el humo. Orso infló el pecho indignado, a la manera exacta en que podría haberlo hecho su madre ante una doncella insolente.

—¡Amistosos! —trinó Gorst.

Eran varios oficiales de un regimiento del Príncipe Heredero, de hecho, pero con las casacas rojas tan llenas de hollín que costaba distinguirlas de los oscuros uniformes anglandeses.

—¡Majestad! Nos están ganando terreno por el centro. ¡No dejan de llegar anglandeses!

—Muy bien, comandante. Ceded terreno. Replegaos a Stoffenbeck y estableced otro perímetro. Combatidlos en las calles si es necesario. ¿Puede llegarnos ayuda del mariscal Forest? —preguntó mientras los oficiales se marchaban con el ruido de cascos a sus probables perdiciones.

—Ha enviado un mensajero pidiéndonos ayuda a nosotros —respondió Tunny mientras envainaba su espada.

—Mierda. —Orso no se lo perdonaría nunca si le pasaba algo a Hildi—. ¿Y qué hay del mariscal Rucksted? ¿Sabemos algo de él?

Gorst negó la cabeza con aire sombrío. Quizá Vick dan Teufel había estado en lo cierto, los Rompedores se habían alzado en Keln y su última esperanza ni siquiera había podido salir de allí.

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna!

Estaban llevando a un hombre con los brazos alrededor de los hombros de otros dos, su pierna a todas luces ausente por debajo de la rodilla. Una piedra de cañón impactó contra un edificio del otro lado de la plaza e hizo caer una avalancha de tejas rotas mientras la gente corría a resguardarse en todas las direcciones.

Un leve toque en el brazo de Orso, una voz suave en su oído.

—Majestad. —Era Sulfur, acercándole la cabeza—. De veras debéis retiraros.

—¿Qué, protegiendo la inversión de vuestro maestro? —le preguntó Orso.

—No haría ningún bien a nadie que al rey lo matara un pedazo de mampostería derribada.

Orso respiró y asintió.

—A mí a quien menos. —Y tenía que reconocer que las cosas empezaban a adoptar un sutil pero distintivo regusto a derrota—. ¡Nos replegaremos unos centenares de pasos! No más.

—Muy bien, majestad —dijo Tunny, apoyándose el Estandarte Firme en el hombro.

—Un momento.

Orso miró la bandera. El caballo blanco de Casamir seguía rampante y tan orgulloso como siempre, y el sol dorado de la Unión brillaba igual de radiante. Más si acaso, en medio de tanta sangre, porquería y caos. Leo dan Brock se había quedado embelesado con él cuando habían encabezado aquel desfile juntos en Adua, y lo había contemplado con ojos de admiración durante la cena. Era un hombre que ponía mucha fe en las banderas, para bien o para mal. Orso empezó a sonreír despacio.

—Creo que mi estandarte debería quedarse aquí.

—Pero majestad… —Un capitán carraspeó, como a punto de explicar lo evidente a un simplón—. Debe estar dondequiera que estéis vos. ¿Cómo si no se os puede localizar en el campo de batalla?

—Bueno, exacto —dijo Orso—. Nos quedan todavía unos pocos cañones, ¿verdad?

Aquel lacayo aún estaba siguiéndolo, su librea púrpura completamente mugrienta, torciendo el gesto con los ocasionales impactos, protegiendo la bandeja bajo un brazo en vez de equilibrada sobre los dedos.

—¿Otro jerez… majestad? —logró gemir.

Orso sonrió a todo su séquito.

—En mi opinión, ha llegado el momento de algo más potente.

Vick tenía poca experiencia militar, pero en lo relativo a la supervivencia era toda una autoridad y, con los datos de los que disponía, estaban bien jodidos.

Se sacó con dedos torpes las bolas de trapo de las orejas irritadas. Incluso sin ellos, lo oía todo amortiguado. Un cañón había estallado, matando a la mitad de los artilleros que lo manejaban. Otros tres estaban partidos e inutilizados. Tres más se habían deformado tanto que ya no podían dispararse. Otro había saltado de su caballete y rodado colina abajo, aplastando a dos hombres que no se habían apartado a tiempo. A los demás se les habían terminado las piedras y la pólvora, y sus enhollinados artilleros estaban despatarrados exhaustos en la ladera, como fugados del infierno.

El fuego gurko había dejado una hedionda cicatriz negra en la hierba y había envuelto la cima en humo que aún seguía allí cuando empezó a llover. Más abajo, Vick veía las tropas del Consejo Abierto ascender por la colina, esforzadas pero constantes, bajo estandartes marchitos. Estaban maltrechas por el fuego de cañón, empapadas por el río, exhaustas por el ascenso. Pero llegaban, y llegaban en cantidad.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Vick.

Pike contempló la escena con la expresión decepcionada de un cocinero al volver a casa y encontrar su cocina patas arriba.

—Preparaos para replegaros.

Vick bajó la mirada hacia Stoffenbeck, a los incendios en las calles sembradas de cascotes, a los heridos que goteaban hacia la retaguardia.

—El rey se quedará con el culo al aire.

—¿Prefieres pelear?

Para ella, pelear era una rodilla en las pelotas, un pulgar en el ojo, un puño en la garganta. Era un clavo oculto en un currusco de pan, nudilleras y puñados de arena, un calcetín con una piedra dentro. Era hacer daño a alguien, tan deprisa y tanto como se pudiese usando lo que estuviera a mano. Nada de eso servía en una batalla, contra hombres recubiertos de hierro y formaciones de piqueros. Contra descargas de ballestas y piedras de cañón.

¿Y para qué estaría luchando, aunque lo hiciera? Ya apenas lo sabía. Quizá nunca lo hubiera sabido. Quizá buscara desesperada algo a lo que ser leal, como Glokta le había dicho una vez.

—¡Eminencia! —Un practicante llegaba trastabillando por la hierba, señalando con brío hacia atrás.

Un jinete estaba coronando la colina. Era un hombre corpulento con el uniforme manchado de barro y una enorme cuña de barba castaña, y tras él ascendían muchos otros jinetes. El enemigo, supuso Vick. Algún lord del Consejo Abierto había rodeado su flanco y subido por detrás de la colina, dispuesto a acabar con ellos.

—¡Llegáis en buen momento, lord mariscal Rucksted! —saludó Pike. Vick no solía ser lenta de mollera, pero le costó un poco encontrar sentido a la situación.

—Me alegro de que no nos perdamos la fiesta, eminencia. —Rucksted refrenó su montura junto a ellos y frunció el ceño a través del humo que empezaba a despejarse y la llovizna hacia las tropas del Consejo Abierto que se aproximaban. Meneó un dedo para llamar a un ayudante—. Organiza una carga y líbrate de esa chusma, ¿quieres? Así me gusta.

Y Vick reparó en que lo que había tomado por un eco de su oído destrozado era el estruendo muy real de cascos en la cercanía. Un número muy elevado de cascos. Parecía que al final sí que habían llegado los refuerzos.

Fue a un caballete roto con paso torpe y la cadera agarrotada doliéndole.

Tuvo que sentarse encima de las manos para que le dejaran de temblar.

Savine se quedó mirando con la boca abierta de incredulidad mientras, con una espantosa y enervante lentitud, todas sus ambiciones se desmadejaban.

Parecía que las tropas del Consejo Abierto, machacadas a cañonazos, habían tardado días enteros en salir de los incendiados huertos, y luego más días en avanzar centímetro a centímetro en sus harapos multicolores por el terreno quebrado hacia el risco. Las líneas azules de Isher habían flaqueado al llegar a la colina, habían titubeado, vuelto a cobrar forma y, muy poco a poco, habían empezado a ascender.

Los cañones enemigos habían quedado en silencio, mientras los de los rebeldes por fin estaban montados en la colina por debajo de Savine y habían empezado a machacar sin tregua Stoffenbeck, donde las nubes de polvo entre los tejados señalaban los impactos de sus piedras y las columnas de humo señalaban los incendios que habían desatado. Los frentes de Orso se combaban hacia atrás por el centro y los norteños de Stour atacaban con furia por la izquierda.

La sonrisa feroz se había ensanchado por su cara. Con aquel risco en manos de los atacantes, era imposible defender el pueblo. El centro cedería, Stour irrumpiría por la izquierda y la victoria sería para ellos.

Y el trono para ella.

Entonces, cuando los velos de humo de los cañones se dispersaron, Savine reparó en algo. Un centelleo de acero en la depresión entre el risco rocoso y el que estaba frente a él. Había empezado a lloviznar y el campo de batalla se había difuminado, pero cuando se adelantó y escrutó a través del catalejo, ya no hubo lugar a dudas.

Más acero, y más. Una inundación de él, derramándose desde el terreno elevado. Jinetes. Una inmensa oleada de jinetes de brillo apagado.

—No —susurró. Arremetieron contra el flanco de las agotadas unidades de Isher, los cogieron por sorpresa, los hicieron polvo azul y siguieron adelante hacia los huertos. El pegote rojo que era la recompuesta legión de Barezin se desbandó antes de que llegaran a atacar y se dispersó hacia el río.

—No —susurró Savine de nuevo. Como si la palabra fuese una plegaria. Pero ¿cuántas veces se había vanagloriado ante Zuri de no creer en nada que no pudiera tocarse, y contarse, y totalizarse en un libro de cuentas? Habían estado seguros de que Orso no recibiría refuerzos. Habían contado con ello. Y sin embargo ahí los tenían, armados y ansiosos, haciendo trizas todos sus planes.

—No —susurró Savine. Un momento antes había saboreado la victoria. Pero ya nada era seguro. Quería caer de rodillas. Quería acostarse en la hierba. Pero alguien tenía que hacer algo.

Un ingeniero estaba en el cañón más cercano, tocando con la humeante mecha de encender la cazoleta de la pólvora mientras los demás artilleros se agachaban de espaldas y se tapaban las orejas. Savine echó a andar hacia ellos, con una mano bajo la barriga.

—Tenemos que…

Hubo un estallido cegador. Savine estaba girando la cara, levantando una mano, empezando a dar un respingo, cuando salió despedida hacia atrás contra el suelo.

Heroicidades

—¡Los cabrones están huyendo! —exclamó Antaup.

—Me he dado cuenta —dijo Leo, mirando con impotente furia mientras las fuerzas del Consejo Abierto se desmoronaban y escapaban hacia el río.

Un momento antes habían estado cerca de flanquear al enemigo por la derecha. Y de repente corrían el peligro de que los flanquearan a ellos.

—Por los muertos —refunfuñó.

El ejército de Angland había cumplido con su parte. Habían combatido por cada centímetro de terreno, habían hecho retroceder a los hombres de Orso de sus posiciones, habían combado su medialuna por el centro hasta las afueras de Stoffenbeck. Aún luchaban, entre el humo y la llovizna, un enfrentamiento dividido en una docena de pequeñas y feas refriegas entre los edificios.

—¡Mierda!

Se dio un golpetazo en la pierna blindada con el puño blindado. Una hora más y la victoria habría sido suya. Pero no tenían otra hora. No tenían ni otro momento.

—¡Aún podemos retirarnos! —rugió Antaup para hacerse oír sobre el ruido.

—¿Adónde? —replicó Leo—. ¿A qué?

Dejarían a Orso el terreno, la iniciativa y todas las oportunidades de recibir refuerzos mientras su propia alianza se desmoronaba. Leo pasaría de liberador a hazmerreír. La historia lo recordaría como un traidor derrotado.

—¿Sabes qué? —Jin se acercó con aquella sonrisa enorme que tenía—. ¡Para mí que con otro golpecito igual se hacen añicos, los muy cabrones!

—¡La caballería está fresca! —Como si la sonrisa de Jin fuese contagiosa, Antaup también tenía una—. ¿Una última tirada de dados?

Leo ya estaba sonriendo. ¿Cómo evitarlo, si sus amigos estaban riéndose de la muerte? Tuvo que hacer un esfuerzo para no volverse a preguntar a Jurand qué opinaba. Deseó que él y Glaward estuvieran allí con ellos. Levantó la mirada hacia el estandarte del rey. El Estandarte Firme, ondeando libre por encima del humo y las ruinas en la alta torre del reloj, con su brillante sol dorado mientras el verdadero se colaba entre las nubes de lluvia.

Aún quedaba tiempo. Si Leo podía romper el centro de Orso… conquistar aquella bandera… tomar prisionero al mismísimo rey… ningún error que hubieran cometido importaría. La victoria lava todos los delitos, había dicho Verturio. ¿O era Bialoveld? ¿Qué importaba? El triunfo no lo traerían las palabras, sino las espadas. Ese era el momento que había estado esperando. No llegaría uno mejor. Era un momento de héroes.

«En la batalla —había dicho siempre el padre de Leo—, un hombre descubre quién es de verdad.» Él era el Joven León. Y un león no se escabullía con el rabo entre las piernas. Un león luchaba hasta el final.

Pasó el brazo por las correas del escudo.

—¡Decid a la caballería que cargamos! —bramó.

—¡Ja! —Antaup hizo dar la vuelta a su caballo prestado y galopó a dar las órdenes.

Leo veía a hombres exhaustos saliendo a trompicones del río por la orilla más cercana. Al otro lado del agua, la caballería de la Guardia Real se alzaba y revoloteaba como los estorninos sobre el campo el día anterior, hostigando a los temerosos remanentes de las fuerzas del Consejo Abierto. Flotaban cadáveres río abajo, que se atascaban en una oscilante maraña en los bajíos pantanosos.

Pero sin cadáveres, no había gloria. Leo desenvainó su espada con aquel tenue siseo de acero que siempre le cosquilleaba la piel y volvió su montura hacia la gran cuña de caballería que se estaba formando a marchas forzadas. Eran los hombres que habían cabalgado junto a él en el Norte y nunca lo habían decepcionado. Los mejores de los mejores. Ordenados, disciplinados, intrépidos, sus armaduras se fueron perlando a medida que arreciaba la lluvia.

—¡Hombres de Angland! —rugió, alzando su espada bien alta—. ¿Estáis conmigo?

Pocos de ellos podían haber oído las palabras, pero captaron el sentido general y clavaron sus lanzas en el cielo lluvioso mientras proferían una conmovedora aclamación.

—¡Por Leo dan Brock! —bramó Antaup.

—¡Por el Joven León! —vociferó Jin.

Leo ocupó su lugar entre ellos en el extremo de la cuña. Donde había anhelado estar desde que Isher mencionó por primera vez la rebelión. Desde que Savine la hizo realidad. Desde la última vez que ocupó el mismo puesto. El que le correspondía. En la punta misma de la lanza.

Levantó el brocal de su escudo y lo usó para bajar la celada del yelmo.

—¡Adelante! —rugió, aunque no podía haber sonado nada más que un galimatías metálico fuera de su yelmo, y espoleó al caballo.

Avanzó al paso, descendiendo por el irregular camino hacia Stoffenbeck, la superficie pegajosa por la lluvia, batida por los cascos de su caballo mientras Leo lo azuzaba hacia la batalla.

Miró a su izquierda. Jin nunca llevaba celada. Leo vio sus dientes en la barba roja, sus ojos furiosamente entrecerrados, su pesada maza en alto. Miró a su derecha. Antaup, lanza en ristre, con una sonrisa que le cruzaba el apuesto rostro e hizo que Leo también sonriera.

Avanzó al trote, los edificios cada vez más claros entre la lluvia y el humo, cuerpos desperdigados donde habían caído a medida que la lucha avanzaba hacia Stoffenbeck, el remolino de armas y estandartes flácidos allí donde la batalla seguía candente, todo saltando con el movimiento del caballo de Leo.

No era la primera carga que encabezaba, pero la emoción era siempre nueva cada vez. La boca seca, los músculos doloridos, la respiración entrecortada. El suelo pasaba raudo por debajo, como si volara. La deliciosa vibración, de la tierra a los cascos y a la silla y hasta a sus mismas entrañas. El miedo y el entusiasmo creciendo hasta un gozo que le daba ganas de chillar. Hizo una floritura con la espada y la alzó.

Las tropas de Angland les abrieron paso, los oficiales dieron voces ordenando a los hombres que maniobraran, las líneas se separaron para que los caballos fluyeran entre ellas.

Avanzó al galope, el estruendo de cascos de la caballería del Joven León cargando hacia la batalla una vez más. Una batalla poco adecuada para los jinetes, eso sí, se vio obligado a admitir. Leo parecía no aprender nunca esa lección.

Había imponentes barricadas cruzadas en los callejones más estrechos: troncos de árbol con estacas atravesadas, puertas amontonadas y escombros, todo erizado de picas. Pero por la calle más ancha, la que tenían justo delante, las barricadas eran débiles, poco más que cuatro muebles aquí y allá y unas pocas lanzas.

Leo apuntó su espada hacia ellas e intentó rugir una orden que resultó en nada más que resonante aliento tras su celada.

Todo era cascos atronadores, fango por los aires y nubes de humo, el fragor del ruido y el fragor del viento, martilleando el suelo al ritmo del golpeteo sus propios latidos, dientes castañeando, el retumbar de la respiración, el mundo visto a través de una rendija por la que apenas cabría una carta.

El enemigo se derritió ante su avance, se dispersó, huyó entre los edificios. Leo gritó de alegría, atacó a un hombre que estaba girándose para correr y su espada repicó contra la espaldera del enemigo y lo derribó bajo el torrente de cascos.

¡Habían entrado! Habían llegado a la plaza central de Stoffenbeck. ¡Habían partido en dos las líneas de rey! Un edificio ardía a un lado y su humo era un velo sobre los escombros dispersos, la mampostería rota, los cadáveres retorcidos, una fuente en ruinas que se inclinaba en ángulo, derramando agua fuera. Vio la casa consistorial con su alta torre del reloj, que tenía la esfera hecha añicos y las manecillas combadas detenidas en el instante en que lo había destripado una piedra perdida de cañón.

—¡Adelante! —rugió Leo, urgiendo con el brazo a que sus hombres avanzaran, aunque al mismo tiempo él estaba viéndose obligado a tirar de las riendas. No había nada contra lo que cargar.

Atisbó el Estandarte Firme en lo alto de la torre del reloj. Pero no había ni rastro de la Guardia Real, ni tampoco de los Caballeros de la Escolta. El lugar estaba extrañamente desierto. Los caballos se fueron deteniendo a su alrededor, todo el impulso perdido, inquietos, encabritándose, haciendo repiquetear las armaduras al topar entre ellos como ovejas en un redil.

Oyó un grito procedente del otro extremo de la plaza.

—¡Preparados!

Una ráfaga de viento llevó de repente la lluvia a las caras de los jinetes y echó a un lado la cortina de humo. Duró el tiempo suficiente para que Leo viese barricadas taponando las calles que salían de la plaza. Y aquellas no eran de las débiles. Estaban encrespadas de afiladas estacas, de lanzas sujetas con firmeza en rutilante maraña. Las lanzas de unos hombres que estaban listos y esperando.

Y unos anillos de metal apagado, que contenían la oscuridad. Fauces de cañones, comprendió Leo, apuntadas hacia ellos.

Intentó dar la vuelta a su caballo, se arrancó la celada para avisar a sus hombres, pero ya era demasiado tarde.

—¡Fuego!

Broad oyó el estruendo de la descarga. Tan tremendo que sintió vibrar los dientes.

Se quedó muy quieto, agachado en un pisoteado parterre junto a los restos de una valla. Cualquier hombre con la mitad de su sentido común habría corrido en sentido opuesto. Pero Broad había demostrado una decena de veces que se quedaba sin

el menor sentido común en cuanto empezaba la pelea y se encontraba en el fragor de la contienda. La cabeza le palpitaba con su estrépito, con su olor. No podía resistir su influjo más de lo que un corcho flotando puede resistir una ola.

Fue dejando atrás el desastre emborronado por la polvareda, afilado bajo sus pies, para que se fundiera con las manchas a su espalda. Armas rotas, armaduras rotas, cuerpos rotos. Hasta la tierra estaba herida. Un terreno fangoso tan desgarrado y hendido que parecía recién labrado. Hombres maltrechos se apartaban la ropa para comprobar cuán graves eran sus heridas. Se arrastraban por el suelo. Se arrastraban hacia la retaguardia. Uno estaba tan cubierto de mugre que ni al acercarse pudo Broad determinar a qué bando pertenecía. Sin sus anteojos apenas había bandos.

La caballería había cruzado arrolladora y desgarrado las líneas. Las había destrozado en jirones de implacable combate, en raídos forcejeos a muerte, en figuras contorsionándose en el humo. Broad vio las siluetas borrosas de tres hombres abandonando la contienda. Hombres del rey, pensó. Desertores, tal vez. Era hasta donde podía suponer. En una batalla, las suposiciones eran todo lo que uno podía permitirse. Había llegado el momento de soltarse, por fin, y Broad sintió que la sonrisa le crispaba la cara.

El primer hombre no lo vio venir. El martillo de armas de Broad le hundió el yelmo desde el lado.

El segundo se volvió para mirar. Un leve vistazo a los ojos temerosos en su cara borrosa antes de que la daga de Broad se clavara de lado en su cuello.

El tercero se volvió para correr y dio una zancada antes de que Broad le barriera las piernas del suelo con el pico del martillo y lo derribara. El hombre rodó y levantó los brazos temblando. Antes de que pudiera decir palabra, Broad lo machacó tres veces con el martillo, le rompió el brazo, le partió las costillas y le dio en un lado de la cara haciendo que saltaran dientes, la mandíbula medio arrancada de la cabeza.

Reptó por el suelo con la espalda arqueada, y Broad se alzó sobre él buscando más, resoplando un aliento caliente como el vapor, los dientes atenazados como un tornillo de banco, los músculos contraídos como un muelle.

Desde la penumbra llegaron hacia él unas formas veloces y Broad alzó el martillo. Caballos que pasaron estruendosos junto a él. Sin jinetes, enloquecidos, las riendas latigueando, los ojos en blanco. Uno chorreando sangre en los flancos, otro con una bota suelta aún enganchada rebotando en un estribo.

Una barricada endeble cruzada en la calle. Dejada endeble a propósito. Una invitación. Una que Brock no había podido rechazar. Broad no fue más listo. La cruzó a hurtadillas, manteniéndose agachado, con los labios retraídos y el ronco gruñido serrándole la garganta.

Un soldado se arrodilló y apuntó una lanza rota.

—¡Atrás! —gritó.

Broad dio un paso adelante y le abrió la cabeza de un martillazo. Había visto a hombres que seguían luchando con unas heridas increíbles en el cuerpo. Deformar mucho el cráneo era la mejor manera de asegurarse. Aplanarlo, hacerlo añicos, taladrarle agujeros de un lado al otro.

Una ventana estalló y las llamas lamieron la fachada de un edificio. Broad tosió por el humo, con un sudor picajoso. Tenía las cejas empapadas. Por delante acechaban unas formas confusas. Columnas. Estaba en lo que había sido un mercado cubierto, su techumbre arrancada, tejas y maderas calcinadas y trozos de mampostería desperdigados.

Había hombres muertos por todas partes. Broad apenas podía moverse sin pisarlos. Hombres muertos y caballos muertos, enmarañados y descuartizados. Hasta la piedra estaba hendida y acribillada. Obra de cañones, imaginó. Cañones cargados con restos de la herrería. Una tormenta de metal ardiente que ninguna armadura, ningún escudo y desde luego ninguna valentía sería capaz de detener. El lugar apestaba a humo y sangre, a hombres rotos y a caballos destripados y a todo lo que habían contenido.

La lucha era frenética. Vio a un hombre atacar a diestro y siniestro desde la silla de montar. Vio a otro derribado de su montura y acuchillado en el suelo. Dos hombres forcejeaban por hacerse con un cuchillo. Figuras negras recortadas contra los fuegos. Demonios en el infierno.

Broad embistió hacia el centro mismo de aquella confusión. Se estrelló contra el costado de un soldado con el hombro y lo hizo volar como a un muñeco mientras su espada le caía de la mano. Topó con otro hombre cuya lanza rebotó en el espaldar de Broad mientras él descargaba un golpe, demasiado cerca para el martillo, así que atacó con el cuchillo, bajo mano. El arma resbaló por un peto, empezó a bajar raspando por un guardabrazo, halló la junta entre ambos y se hundió profundo en la carne. El hombre intentó zafarse y agarró con torpeza el hombro de Broad, que le hincó la daga a través de la rendija del yelmo y la dejó allí clavada mientras el hombre se derrumbaba hacia atrás.

El primer soldado buscaba a tientas su espada caída y Broad le aplastó la mano con un arco del martillo. La convirtió en un guante rojo e informe. El hombre cogió aliento para chillar, se dobló y Broad le dio tal puntapié bajo la mandíbula que el yelmo salió disparado y resbaló por los castigados adoquines. Le dio otra patada, y otra. No podía parar de patearlo.

Llegó un atronador crujido desde arriba. Una gran masa de piedra se desmoronó y estalló en mil pedazos envuelta en llamas. Un hombre quedó aplastado debajo, otros se arrojaron al suelo, huyeron ardiendo, intentando quitarse las ascuas encendidas a manotazos. Broad asestó a uno un martillazo tan potente que dio la vuelta en el aire y su cadáver rebotó bocabajo contra una pared.

Captó un atisbo de movimiento y se echó atrás mientras una hoja pasaba silbando ante su nariz. Volvió a echarse atrás cuando la espada regresó desde otro ángulo y la atrapó desmañado con el mango de acero de su martillo.

Toparon uno contra otro, lucharon, un fugaz rostro barbudo, dientes trabados en un grito inarticulado. El hombre dio un cabezazo a Broad que le hizo morderse la lengua y le llenó la boca de sangre, pero Broad tenía aferrado su brazo de la espada, asentó el peso y llevó al cabrón barbudo de espaldas contra una pared, volvió a estamparlo, le aplastó la mano contra la mampostería quebrada hasta que la espalda rebotó con estruendo en el suelo.

Broad liberó su martillo y gritó mientras lo descargaba hacia la cara del hombre, pero su enemigo se zafó en el último momento y la parte plana dio en la pared y arrancó el mango del puño vibrante de Broad. Brillo metálico cuando el barbudo sacó un cuchillo y Broad le asió la mano y tropezó con un cadáver. Cayeron los dos al suelo y rodaron entre los ardientes escombros.

Broad terminó encima, los cuatro puños de los dos combatientes cerrados con fuerza en torno a la empuñadura del cuchillo, la hoja resplandeciente de llamas temblando con sus forcejeos. Broad la retorció, apretando, apretando, tensó la mandíbula y aplicó todo su peso en ella. El hombre trató de darle un rodillazo, bufó intentando hacerlo rodar, pero Broad era demasiado fuerte. El barbudo quitó una mano del cuchillo para arañar la cara de Broad, giró la cabeza para intentar un mordisco desesperado a su mano, pero era demasiado tarde.

Broad gruñó mientras forzaba la punta ascendente del cuchillo por debajo de la oreja del hombre. La clavó y la sangre le puso el puño pegajoso, y liberó la otra mano para quitarse la zarpa del hombre de la cara, y luego cerró un torpe puño y aporreó el pomo como si martilleara un clavo, y hundió por fin la hoja en la cabeza de aquel hijo de puta hasta que la guarnición se detuvo contra su mandíbula.

Broad se levantó tambaleándose, escupiendo, dando grandes bocanadas de aire. La batalla había terminado de momento, pero volvería, como las olas a una playa. Olas de sangre que dejaban cuerpos como madera de deriva. Ya la oía llegar. Gritos y topetazos. Demenciales gruñidos y gemidos guturales, como de cerdos hocicando.

Vio un estandarte raído que sobresalía de una pila de muertos. Al acercarse distinguió el león, distinguió los martillos de Angland. Aún lo estaba sosteniendo un

hombre de Brock. Sentado con la espalda contra un caballo muerto. Era el guapo. ¿Antaup? Resollaba, con un par de agujeros pequeños en el peto de la coraza y sangre que le iba empapando los pantalones.

Resistir hasta el final no era una frase hecha que nadie quisiera aplicar jamás a su propio bando, pero esa era la pinta que tenía. Hombres heridos. Rostros crispados. Gritos de desesperación. Alguien tosió apoyado en una lanza rota, y escupió sangre, y babeó sangre, y tosió otra vez. El norteño, Jin, tenía una saeta de ballesta en el muslo. Aun así, había aferrado a Brock por las axilas y renegaba en norteño mientras se afanaba en sacarlo de debajo de su montura muerta.

—Espera —farfulló Broad. Su boca no lograba articular palabras humanas. Solo quería rugir y morder como un animal.

Broad metió los brazos por debajo del costado del caballo y, con un grito de esfuerzo, logró desplazar su peso muerto hacia arriba lo suficiente para que Jin tirara hasta liberar al Joven León y cayera hacia atrás, agotado.

—Maese Broad —graznó Brock. Parecía atónito. Como si todo aquello lo hubiera sorprendido bastante.

—Me envía vuestra esposa.

Broad frunció el ceño al tenebroso mundo. Todo lo que no alcanzara con el brazo estaba emborronado. Todo a lo que no llegara dando unos pocos pasos era solo manchas serpenteantes. Crepitar de llamas a un lado. El aire lleno de humo y polvo asentándose, y gemidos de moribundos. La pierna de Brock era un revoltijo atroz, la armadura aplastada y embadurnada de su sangre, de la sangre de su caballo, la rodillera doblada hasta quedar casi plana.

—Gracias por… haber venido. —Brock levantó el brazo izquierdo y desnudó unos dientes rosados mientras lo sacaba de los restos maltrechos del escudo—. Pero ya ves… —Un enorme clavo se había hundido a través del guardabrazo, cerca del codo, y goteaba sangre por la punta—. Que aquí no hay… nada que hacer.

Broad lo veía. Eso lo veía con toda claridad. Alzó los ojos hacia Jin, y el norteño lo miró a él, y ninguna palabra servía de nada.

—Vuelve… con Savine. —Brock jadeaba entre golpes de voz—. Asegúrate de que sale de aquí. —Como si cada palabra fuese un esfuerzo digno de héroes—. Asegúrate de que mi hijo… sale de aquí.

Broad se levantó. Había siluetas en el humo. Los hombres del rey, supuso, avanzando para terminar el trabajo.

Cogió una espada caída y puso la empuñadura en la mano de Leo dan Brock. El Joven León le hizo un asentimiento y Broad se lo devolvió.

Allí no podía hacer ningún bien. Pero tampoco había ido para hacer el bien. Dio la espalda a la matanza. Se escabulló por un callejón en ruinas.

—Mierda —gruñó Trébol, bajando su catalejo y frunciendo el ceño hacia la ruina humeante que había sido un pueblo.

—¿Qué pasa? —preguntó Zas por encima del interminable jaleo de la lucha.

—Por lo que parece, la gloriosa carga del Joven León ha acabado en lágrimas. Que eso te sirva de lección sobre el valor de las cargas gloriosas.

—¿Y qué significa?

—Que no queda nada por lo que luchar. Tenemos que salvar lo que podamos mientras aún haya algo que salvar. Mantente cerca y agachado.

Trébol guardó el catalejo y desenfundó la espada. No fue tanto que tuviera ningún deseo de blandirla como que tenerla desenvainada era lo que se hacía en una batalla. Entonces tensó la mandíbula, cuadró los hombros y echó a andar justo en la dirección opuesta a la correcta. Es decir, hacia la refriega.

La cosa se había puesto fea. Siempre había estado fea, sí, pero se había puesto feísima. En el camino erizado de flechas, manchado de sangre, revuelto de barro, todo el mundo estaba herido. Un carl se escupía sangre y pedazos de dientes en las manos. Otro miraba embobado, con el pelo coagulado de sangre. Un siervo se aferraba los chorreantes muñones de dos dedos, profiriendo maldiciones. Un Mejor Guerrero estaba sentado, blanco como la leche, mirándose las manos mientras intentaba meterse otra vez las tripas por una enorme herida en el costado. Trébol trabó la mirada con él y le hizo un asentimiento. El hombre había vuelto al barro y los dos lo sabían. Un asentimiento era lo único que Trébol podía hacer por él.

—Por los muertos —dijo Zas con voz ahogada, encogido como si caminara contra el viento mientras el terrible y absurdo estruendo se volvía cada vez más intenso.

Trébol negó con la cabeza. Empuñó con fuerza su espada. ¿Cómo era posible que en otro tiempo disfrutara de aquello? ¿Que lo anhelara? ¿Que dedicara todos sus esfuerzos a volver a ello lo antes posible?

—Debía de estar loco —susurró.

Llovieron unas flechas y Trébol se agachó y encorvó los hombros. Como si encorvar los hombros fuese a servir de algo. ¿Quién disparaba, de todas formas? En aquella confusión, era igual de fácil matar a tu propio bando que al enemigo. Quizá

llegaba un momento en el que ya te daba igual. En el que cualquier muerte parecía una idea razonable. Todos los demás estaban haciéndolo, así que ¿por qué ser el único imbécil que se quedaba fuera?

Hacía mucho tiempo desde que Trébol se había sentido así. El frío abrazo del barro esperaba a todo el mundo. Enviar allí primero a algún pobre mamón solo porque estaba encarado en sentido opuesto no se le antojaba algo por lo que mereciera la pena arriesgar la vida. En una inundación, ¿se perdía el tiempo enfureciéndose con el agua? Por los muertos, no, uno intentaba no ahogarse y punto. Pues una batalla era lo mismo. Un desastre natural.

—Joder —estaba rezongando alguien, con una rodilla en el suelo, mirando el astil de flecha que le sobresalía del hombro—. ¡Joder! —Como si nunca hubiera visto nada tan increíble, tan injusto. Debería haberlo pensado un poco. En una batalla no había nada más natural que recibir un flechazo.

Por lo menos, Trébol había podido mantener alejada a Sholla en esa ocasión. Le había dicho que necesitaba a alguien para llevar un barco río arriba, por si las cosas se torcían. Al final tampoco había tenido que insistirle mucho. Esa chica tenía buena cabeza. Trébol habría querido alejar también a Zas, pero había una lección valiosa allí para que la aprendiera un chico. En pocas palabras, que las espadas no hacían ningún bien a nadie por ninguno de sus extremos.

—Jefe —dijo Zas, tirándole de la manga.

Contratiempo estaba allí arrodillado en la colina, rodeado de cadáveres, con una mano en un hacha enorme que debía de haber arrancado de los dedos de algún muerto, como si estuviera a punto de apoyarse en ella para levantarse pero no hallara las fuerzas.

Había ido a la batalla con la misma actitud que podría haber tenido Trébol cuando aún se llamaba el Escarpado, es decir, correr hacia donde hubiera más pelea, rabiando y dando tajos y derramando hasta la última gota de sangre que pudiera sin pensar ni un momento en escudos ni yelmos ni consecuencias. Estaba tan salpicado de rojo que era como si se hubiera ido a nadar en un mar de cadáveres, haciendo su mejor imitación de Nueve el Sanguinario, el puto loco.

Pero ningún hombre podía rabiar para siempre y Contratiempo había desfallecido, con el pelo ensangrentado y lacio, la malla desgarrada y la tela de debajo rasgada, la mandíbula caída y los nudillos pelados, y con dos dedos de la mano libre partidos y torcidos en direcciones opuestas.

—¿Qué, te has dado un buen atracón? —preguntó Trébol.

Los ojos de Contratiempo rodaron despacio hacia arriba, como si incluso aquello fuese demasiado esfuerzo, uno de un rojo brillante por un golpe en la cara y la mejilla cortada y la frente en carne viva y la ceja abierta sollozando una franja oscura.

—Sí —dijo él con la voz cascada de tanto chillar maldiciones—. Eso y más.

—Los anglandeses están acabados. Supongo que por hoy hemos terminado.

—Sí —graznó Contratiempo, inflando una burbuja de sangre en la nariz, y tendió aquella mano rota a Zas para que el chico lo ayudara a levantarse—. Por hoy hemos terminado.

—¿Dónde está Stour?

Contratiempo movió una mano perezosa hacia la cima de la colina.

Trébol vio el estandarte del lobo negro del rey de los norteños meciéndose sobre la multitud, bailando en el enloquecido batiburrillo de lanzas y armas de filo y astas rotas, en el tormentoso mar de cabezas y yelmos. Stour se había arrojado al centro mismo, cómo no. De cabeza hacia donde se componían las canciones del mañana, labrándose una leyenda. El Gran Lobo era valiente, sin duda. Pero entre la valentía y la necedad nunca había una distancia demasiado amplia.

Trébol se agachó hacia un cadáver, un hombre de la Unión acurrucado de lado como un niño en una noche fría. Echó un rápido vistazo alrededor, pero todo el mundo estaba distraído con sus propias tragedias, así que metió la mano en la casaca desgarrada del hombre y se salpicó sangre en la cara, se la embadurnó en la cota de malla, pasó la espada por el costado del cadáver para mancharla un poco de rojo.

Se dio cuenta de que el hombre estaba mirándolo. La mejilla se le contrajo un poco. Así que no estaba muerto. Trébol le dedicó una pequeña sonrisa triste, un pequeño encogimiento de hombros triste.

—Gracias por el pringue.

Y entonces se levantó y apretó el paso hacia la locura.

La suerte quiso que no tuviera que llegar muy lejos. Encontró a Stour sentado en una roca, con aspecto de estar muy contrariado. Una mujer intentaba vendarle una pierna que sangraba, pero el Gran Lobo no dejaba de levantarse de un salto para gritar órdenes, o por lo menos insultos, y cada vez le arrancaba las vendas de las manos.

—¡Trébol! —exclamó, con sangre en los dientes—. ¿Dónde coño estabas?

—Intentando evitar que Contratiempo se matara. —Era bastante cierto, a su manera—. El Joven León está acabado. Tenemos que retirarnos antes de que nos rodeen.

—¿Qué leches dices?

Stour miró alrededor hacia sus jóvenes hijos de puta, pero ninguno ponía cara de apetecerle otro plato de lo que les había servido la Unión. Habían estado mucho más belicosos en los preliminares que en plena batalla, la verdad. Sendaverde aferraba el estandarte de Stour igual que un hombre que no supiera nadar aferraría la regala de un barco que se hundía, estremeciéndose con ojos de animal salvaje a cada ruido. Una tarea trabajosa, ya que el ruido era constante.

—Aquí arriba no hay nada más que demostrar, mi rey —gritó Trébol para hacerse oír sobre el estruendo—. Es hora de combarse con el viento. Salvar lo que podamos.

Salvar cosas no formaba parte de ningún plan por lo que respectaba a Stour. Era un hombre a quien le gustaba destrozar cosas a cualquier precio.

—El Gran Lobo no huye —escupió, y dejó escapar un gruñido de dolor cuando la mujer le apretó el vendaje.

—Claro que no —dijo Trébol—. Pero podría apartarse cuando le conviene, sobre todo de la pelea de otro hombre. La victoria no habría sido nuestra. La derrota tampoco lo será. —Se acercó a él—. El Joven León se cavó su propia puta tumba. Que lo entierren a él en ella.

—Los barcos están allá en la costa —murmuró Sendaverde, con los ojos muy abiertos.

—Pedí a esa chica que va conmigo, Sholla, que trajera el nuestro río arriba. Debería estar a unos quince kilómetros. Tengo caballos esperando. Bastará para devolvernos a unos pocos a casa sanos y salvos.

Stour entornó los ojos.

—Siempre pensando, ¿eh, Trébol?

—La verdad es que vuestro padre me dijo que me ocupara de que salíais entero de esta. No sois un hombre cualquiera, sois el futuro del Norte. —Trébol se acercó incluso más a Stour y habló en voz baja y apremiante—. ¿Por qué estamos luchando? ¿Por la gloria? Siempre habrá más que alcanzar. ¿Uffrith? ¡Sin Brock para defenderla, podemos hacernos con ella a la antigua usanza!

Stour movió la boca roja un momento, mirando ceñudo hacia la cima de la colina. Entonces enseñó los dientes, y escupió rojo, y apartó la mirada.

—Nos retiramos, joder.

—Ya vienen —dijo Leo entre jadeos. Cada respiración era un gemido a través de dientes apretados por el dolor.

Fantasmas en el humo. Sombras en el polvo. Entre los cadáveres de hombres y caballos, los montones de cascotes y las lanzas rotas.

—Tienes que irte —susurró a Jin.

Aguablanca intentó sonreír. Tenía una herida enorme en la cabeza, un trozo de cuero cabelludo suelto.

—Hemos llegado juntos hasta aquí. Me parece que terminaré el viaje contigo. —Gruñó al partir la saeta de ballesta que tenía clavada en la pierna—. Y de todas formas, tampoco es que pueda ir corriendo a ninguna parte.

Jin se echó hacia delante y plantó una rodilla en el suelo para levantarse, encarado hacia las figuras que llegaban, alzando su escudo roto, con la maza preparada en el puño.

No había nada que Leo pudiera hacer. No era capaz ni de levantarse. Rodó cara al suelo, se arrastró empujándose con el único brazo bueno, tirando de la pierna destrozada tras él, el puño aún aferrado a su espada. Aquella espada conmemorativa con el pomo de cabeza de león. La que le había entregado el rey Jezal. El día más orgulloso de su vida.

—¡Antaup! —graznó.

El estandarte había quedado erguido, de alguna manera, en el recodo de su brazo flácido. Pero Antaup miraba a la nada mientras manaba sangre de los agujeros de su peto, con aquel mechón suelto de pelo todavía pegado a su pálida frente.

Leo se incorporó para sentarse a su lado, resollando, babeando sangre.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento.

—¡Vamos, hijos de puta! —rugió Jin en norteño.

Leo oyó los chasquidos de ballestas y Jin trastabilló hacia atrás y se derrumbó sobre una rodilla.

—No —susurró Leo.

Trabajosamente metió la única pierna que aún le funcionaba debajo de él y rodeó con el codo el fuste de la silla de un caballo muerto para izarse encorvado, tambaleante.

Jin cayó con tres saetas clavadas en el cuerpo.

Unas botas pesadas crujieron a través de la plaza. Un hombretón en armadura completa, con el sol dorado de la Unión en el peto, pesados aceros de batalla en las

manos. Se subió la celada con el dorso de un guantelete. Bremer dan Gorst, con la gigantesca mandíbula muy tensa.

Jin levantó un brazo para darle débiles zarpazos en el tobillo. Gorst frunció el ceño y apartó la mano de un puntapié.

Leo usó su espada como muleta y apoyó todo el peso en la pierna buena, que una hora antes había sido su pierna mala. Esa ya no parecía dolerle en absoluto. No en comparación con la otra, aplastada por su caballo. No en comparación con el brazo que le colgaba del hombro, acribillado de fragmentos de acero de un cañón.

—Acábalo.

La palabra le supo a sangre. ¿Era posible que hubiera captado un destello burlón de oro, muy arriba, al dispersarse el humo? ¿El Estandarte Firme? ¿Un último atisbo de gloria?

Gorst pasó la mirada de Leo a Jin, a Antaup, a los demás cadáveres.

—Ya se ha acabado —dijo con aquella voz suya de niñita—. No podría estar más acabado.

Algo en su carencia absoluta de sentimiento enfureció por completo a Leo. Chilló mientras se arrojaba hacia delante, alzando su hoja para una torpe estocada.

Gorst salió de su alcance dando un paso atrás, y la pierna destrozada de Leo cedió y lo hizo caer de costado en la plaza manchada de sangre, herida por los cañones, llena de escombros.

Gimió al deslizar su brazo bueno por debajo de él, estiró la mano en busca del puño de su espada caída.

Sus dedos reptaron por los adoquines, intentando llegar al pomo de cabeza de león, del que se había descascarillado la mitad del baño de oro.

Gorst dio un paso adelante y la apartó a un lado con el escarpe de su bota.

Se había acabado.

Solo hablar

—¡Un paso más y os cosemos a flechazos a los cuatro!

Rikke se detuvo donde estaba y enseñó a la vez las dos manos abiertas y todos los dientes.

Su padre siempre le decía que su mejor escudo era una sonrisa. Rikke se lo había tomado con escepticismo. Y mirando las negras almenas, sobre todo al entrever algún arco o alguna flecha aquí y allá, se reafirmó en ese escepticismo.

Nadie más estaba sonriendo. Escalofríos era un hombre que suscribía la idea de que el mejor escudo era un escudo. El Clavo era un hombre que despreciaba la idea en sí de los escudos, y si le ofrecían uno escogería sin duda empuñar una segunda hacha. Corleth, mientras tanto, seguía ensayando su personaje de pequeña perra furiosa, con los puños muy apretados en torno al asta de la bandera con el ojo largo cosido.

Aun así, los buenos dientes eran una de las pocas bendiciones naturales de Rikke que no estaban cubiertas de tatuajes ni cegadas con una aguja, de modo que hizo buen uso de ellos y compuso una sonrisa lo bastante amplia para compensar todas las caras largas.

—¡No querría que me cosieran a flechazos! —exclamó—. En fin, ¿quién querría? ¿Sabéis quién soy?

Una pausa y luego, con voz muy amarga:

—Rikke. La del ojo largo.

—Eso dice la bandera, ¿eh? —Rikke hizo un gesto con la cabeza hacia ella—. Por no mencionar mi cara. No os preocupéis, solo vengo a hablar. Supongo que eres Brodd el Silencioso.

—Lo soy.

—Bien, bien. He oído que Calder el Negro se ha largado a chupar unas cuantas pollas en los Valles Altos y te ha dejado a ti cuidando al bebé. ¿Es verdad?

Silencio. Pero claro, ¿qué podría esperarse de un hombre llamado el Silencioso?

—Me lo tomo como un sí. —Rikke hizo un gesto con la cabeza al Clavo, que levantó el cofre de su hombro y lo soltó en los adoquines con un golpetazo y un tintineo—. Bueno, pues tengo… ¿Cuánto tengo? ¿Lo habéis contado?

Escalofríos se encogió de hombros.

—¿Te parezco un banquero?

El Clavo también se encogió de hombros.

—Yo cuando paso de quince ya me hago un lío.

—Bueno, a ver… —Rikke se acuclilló al lado del cofre y lo abrió para que todos los de arriba pudieran echar un buen vistazo al contenido. La suerte quiso que el sol asomara justo entonces y le diera un bonito brillo—. Tengo… un buen montón de plata. ¿Dos mil piezas, a lo mejor? —Hurgó en ellas haciendo ese alegre tintineo que por algún motivo solo producía el dinero—. Hay monedas de Carleon, y algunas de la Unión, y también escamas estirias y… ¿de dónde es esta?

Sacó una moneda grande a la luz. Tenía una cabeza en cada cara.

—Gurka —gruñó Escalofríos—. El emperador en una cara, el profeta en la otra.

—Una moneda gurka, ¿qué os parece? ¡Traída desde el soleado Sur! —Se levantó y se sacudió el polvo de las rodillas—. Bueno, el caso es que todo esto es para quien abra las puertas. La forma de repartirlo es cosa vuestra. Si maese Silencioso quiere abrirlas, podría compartirlo, supongo. —Dejó caer un breve silencio significativo—. O podríais hacerlo los demás. Hacer una competición de lucha para ver quién se queda la moneda gurka. Eso es asunto vuestro. Siempre que alguien nos deje pasar.

—¡No vas a comprarnos para entrar! —gritó Silencioso desde el adarve de la muralla, pero su negativa sonó un tanto estridente.

—Bueno —dijo ella, toda inocencia—, también hay otra opción…

El Clavo hizo ese truco de torcer el labio y silbar usando solo los dientes, tan fuerte que casi dolió, y aparecieron hombres armados junto a cada edificio, en cada puerta y ventana de las que rodeaban la muralla. Hombres de Uffrith y los Valles Occidentales endurecidos en batalla y bien armados. Docenas de ellos, que no añadieron ni una sola sonrisa a la cuenta.

—Consiste en dar a estos cabrones de aquí el dinero para que suban por la muralla y quiten las trancas desde ese lado. —Rikke se apretó una mano contra el pecho—. La cosa es que no siento más que orgullo por lo pacíficos que hemos sido hasta ahora, y en lo que respecta a la sangre prefiero un chorrito que una riada. Pero me he visto a mí misma sentada en la Silla de Skarling, con este estandarte detrás. —Volvió su ojo izquierdo hacia ellos y se dio unos golpecitos en la mejilla tatuada—. Lo he *visto* , con el ojo largo, ¿entendéis? Así que va a pasar. Es cosa hecha. Que vosotros, mamones, terminéis ricos o muertos en el proceso, a mí viene a costarme más o menos lo…

Hubo un sonoro grito y algo salió volando del almenar.

—Oh —murmuró Rikke antes de que Escalofríos tirara de ella hacia atrás y abajo y le plantara su escudo delante.

El Clavo no movió ni un pelo. Era de esos hombres tan poco frecuentes que superaban la valentía hacia una especie de locura en la que no contemplaban el peligro en absoluto. Se limitó a mirar lo que fuese que estaba cayendo, con los brazos en jarras, y ni se inmutó cuando se estrelló en los adoquines un par de pasos por delante de él, salpicándolo de sangre.

Estudió el montón de carne con la frente un poco arrugada.

—¿Y quién era ese?

Escalofríos se levantó despacio y soltó a Rikke con suavidad.

—Brodd el Silencioso, supongo.

—¡Esperad! —exclamó alguien desde las almenas—. ¡Vamos a bajar!

—No se lo han pensado mucho —dijo el Clavo, limpiándose la sangre de la mejilla.

Rikke se puso en pie y miró ceñuda el cadáver del Silencioso, el lado de cuya cara que no estaba reventado contra los adoquines miraba con el ojo muy abierto por la sorpresa.

Pensó en la primera vez que había visto matar a un hombre. Aquellos tres que Isern y ella habían encontrado en el bosque el día que ardió Uffrith. ¿Era posible que solo hubiera transcurrido un año o dos? La fría conmoción cuando dejó ir la cuerda del arco. La mirada ofendida en los ojos de aquel chico. Aún la hacía estremecerse. Entonces pensó en toda la muerte que había visto desde entonces. Los asesinatos y las batallas y los duelos. Las últimas expresiones, las últimas palabras, los últimos alientos, todo confundido en una sola cosa. Ya hacía un tiempo que la sangre le resbalaba, como leche de una sartén engrasada. Isern siempre decía que debía hacer de su corazón piedra.

Respiró hondo y cerró el cofre con el pie.

El padre de Rikke no había sido demasiado elogioso en lo relativo al Gran Salón de Skarling. Una estancia fría, dura y tallada en roca para unos hombres fríos, duros y tallados en roca. Era el lugar donde Bethod se había apoderado del Norte. El lugar donde Dow el Negro había traicionado a Nueve el Sanguinario. El lugar donde Calder el Negro había ordenado un centenar de matanzas y robos y miserables puñaladas por la espalda.

Pero Rikke era una firme creyente en que los pasados oscuros no tenían por qué significar futuros oscuros, y la sorprendió para bien la atmósfera que encontró en su interior. Percibió honestidad en la luz que entraba por las altas ventanas. Vio fuerza en sus paredes de piedra desnuda. Oyó verdad en el fragor del río muy abajo. El frío, en cambio, no pudo negarlo. El verano había pasado del todo.

—Que alguien encienda un fuego, ¿queréis? —dijo en voz alta mientras los Mejores Guerreros entraban con andares pesados en el salón—. Antes de que me salgan volando las tetas de un tembleque.

—Si se pueden llamar así —repuso Isern, y miró hacia abajo muy seria—. Un suelo limpio es algo despreciado por la luna. Un suelo limpio denota una mente pequeña.

—Mejor que uno sucio, ¿no? Ese denotará una mente ordenada, supongo.

—Es lo mismo. —Isern retrajo el labio, escupió una larga mancha de chagga en las piedras y sonrió satisfecha, como si hubiera mejorado un poco el mundo—. ¿Quién sabe? Podría ser justo ahí donde mi padre casi mató al Sanguinario por haber matado a mi hermano.

Escalofríos bufó.

—No está lejos del sitio donde yo casi maté al Sanguinario por haber matado a mi hermano.

—A lo mejor deberías haberlo hecho —dijo Isern.

—A lo mejor es un juego sin ganadores. —Escalofríos dio unas vueltas pensativas a aquel anillo de su meñique—. Yo me liberé de mis arrepentimientos. Se nada mejor sin su peso.

Llegó un estrépito desde la esquina del salón. El Clavo había llegado a la jaula de hierro que colgaba al fondo y tenía los nudillos blancos sobre los barrotes como si quisiera destrozarla con sus enormes manos desnudas.

—No creo que vayas a bajarla sin unas tenazas o algo —dijo Rikke mientras llegaba junto a él.

—La bajaré de una manera u otra —gruñó el Clavo mientras seguía forcejeando y las cadenas tintineaban.

—Yo digo que la dejes donde está.

El Clavo se volvió hacia ella y levantó un puño hasta su nariz, tan cerca que Rikke tuvo que mirarlo bizqueando un poco.

—¡Mi padre murió en esta puta jaula!

—Sí. —Rikke absorbió la ira del Clavo con una sonrisa, como un fardo de lana recién esquilada podría absorber puñetazos—. Y podríamos necesitarla para meter a la gente que lo mató.

Puso el dedo índice en aquel inmenso puño lleno de cicatrices y lo bajó con delicadeza. El Clavo parpadeó, como si estuviera meditándolo. Luego empezó a sonreír.

—Podrías llegar a gustarme.

—Soy gustable. Muy conocida por ello. Rikke la Gustable, me llaman.

—¿Quiénes?

—No sé, ya sabes, la gente.

—¿Tendría Mi Señora del Ojo Largo la amabilidad de que su visión se produjera? —Isern estaba quitando el polvo al asiento de la silla de Skarling, elevada en su tarima a la luz de las grandes ventanas, pulida por los culos de los grandes hombres de antaño.

—Supongo que alguien tendrá que sentarse en ella —dijo Rikke—. Y es verdad que he venido hasta aquí, y a ratos con bastante mal tiempo.

Y dio media vuelta y se dejó caer en la silla. Se colocó de una manera. Se colocó de otra.

—¿Y bien? —preguntó Escalofríos.

—Un poco dura en el culo.

—¿Había algún cojín en tu visión? —preguntó Isern—. Podrías pensar en buscarte uno si planeas quedarte tiempo ahí.

El Clavo sacó mucho el mentón hacia delante para rascarse el cuello.

—¿Y planeas quedarte mucho tiempo ahí?

Rikke miró hacia Escalofríos, que arqueó las cejas. Miró hacia Isern, que arqueó las suyas.

—Bueno —dijo Isern, y lanzó otro ruidoso escupitajo—. Me atrevo a decir que ningún hijo de Crummock-i-Phail estaría en desacuerdo con mi ponderada opinión de que… —Dejó extenderse una pausa de longitud muy poco natural antes de concluir—: No es lo peor que podríamos hacer.

—Muchísimas gracias por ese apoyo incondicional —repuso Rikke.

—Sabéis que volverán —dijo el Clavo—. Stour y todos sus guerreros.

Y señaló con el pulgar hacia la puerta como si esperara que en cualquier momento entrasen en tromba.

—Algunos sí —dijo Rikke—. Pero si el rey Orso hizo algún caso a la carta que le envié, habrán tenido una batalla mucho más difícil de lo que esperaban. Así que Stour volverá con muchos menos guerreros de los que tú esperabas. Si es que vuelve.

El Clavo se la quedó mirando con la boca un poco abierta.

—Pasé un año en Ostenhorm —explicó Rikke—, con lo que llaman una institutriz.

—¿Qué es eso? ¿Algún tipo de bruja?

—Un tipo particularmente aburrido. Pero siendo justos, resulta que aprender a escribir tiene su utilidad.

—Entonces… —El Clavo entrecerró los ojos y fue contando con los dedos—. Prometiste al Joven León que irías con él, y luego no solo no fuiste, sino que robaste el territorio de su aliado mientras no estaba, y además avisaste a sus enemigos de que iba para allá.

Rikke sacó mucho el mentón hacia delante para rascarse el cuello, como había hecho él un momento antes.

—Dicho así, suena un poco deshonesto. Pero si ya has apuñalado a un hombre por la espalda, lo mejor es apuñalarlo unas pocas veces más, ¿no te parece? Acabar bien el trabajo.

—Esa es mi chica —gruñó Escalofríos.

—Resulta que sí que nos escuchaba —añadió Isern, desperezándose de puntillas.

El Clavo soltó una pequeña risita incrédula, mirándola con algo parecido a la admiración.

—De verdad podrías llegar a gustarme —dijo, y se quitó con un movimiento rápido la piel de pelo negro que llevaba en los hombros—. ¿Decías algo de un cojín?

—Qué educación más exquisita —dijo Rikke.

Se apartó de la silla apoyándose en los brazos el tiempo suficiente para que el Clavo le pusiera la piel por detrás y entonces se acomodó en ella moviendo las caderas.

—Más vale que no te dejes llevar mucho —dijo Escalofríos, dándose con un nudillo en el parpado caído de su ojo metálico—. Calder el Negro sigue por ahí fuera.

Isern asintió con la cabeza.

—Verás, puso mucho esfuerzo en colocar a su hijo en esa silla. No va a llevarse un alegrón cuando se entere de que has metido tu flaco culo en su sitio.

—Estará preparado cuando des el primer traspié.

—Y tiene amigos por todas partes —dijo el Clavo—, y deudas que cobrarse, y favores que pedir que le devuelvan. El rey Orso no va a librarnos de él, por muchas cartas que le escribas.

—No —respondió Rikke—. De Calder el Negro vamos a tener que ocuparnos nosotros. Y, al contrario que su hijo, él sí que se ganó su nombre.

—Se lo ganó con inteligencia y perfidia y crueldad —dijo Isern —. Todas ellas cualidades muy apreciadas por la luna.

Escalofríos tenía el ojo puesto en la Silla de Skarling.

—El problema de ser un hombre fuerte o un hombre listo con un nombre grande y peligroso... —dijo, y él debía de saberlo bien, a fin de cuentas—. Es que la gente siempre está en guardia contra ti.

El Clavo asintió en solidaridad.

—A veces desearía que la gente no hubiera oído hablar de mí. Si pareces pequeño, si pareces tonto, si no tienes un nombre… bueno, ahí es cuando te dan oportunidades.

—Mmm. —Rikke dio unos golpecitos en el brazo de la Silla de Skarling con la uña. Rascó las arañadas y descoloridas capas de pintura que siglos de gobernantes habían rascado antes que ella. Que el propio Skarling el Desencapuchado había rascado, cabía suponer—. No hay fuerza como la de parecer débil, ¿eh?

—¿Qué estás pensando? —preguntó Escalofríos.

—Lo que habría dicho mi padre, después de superar la sorpresa de verme aquí. —Rikke alzó la mirada—. Que sentarte en la silla no tiene nada de especial. Lo complicado es quedarte en ella.

La nueva cosecha

Era sorprendente, en cierto modo, oír que los pájaros aún piaban.

Ver que el sol aún se alzaba y que el viento aún soplaba. Pero las cosas seguían adelante. Orso inhaló una larga bocanada de aire que aún tenía un leve y nauseabundo regusto a batalla.

—Las cosas siempre siguen adelante —murmuró.

Pero no para todo el mundo, ojo. Había muertos por todas partes. Punteando un poco el terreno lejos al norte, y luego espolvoreados con más generosidad allí donde la batalla había sido más feroz, acumulados en grupos. En montones, casi. Quizá los hombres habían sentido la necesidad de reptar hacia otros hombres mientras aún les quedara aliento. Quizá hasta los muertos buscaran compañía.

Los recolectores de cadáveres llevaban trabajando desde antes del alba. Compañías enteras que arrastraban cuerpos a mano, en camillas y en carros para componer pilas ordenadas en las esquinas de los campos. Allí los prisioneros convertidos en reacios sepultureros bregaban con pico y pala para excavar unos agujeros lo bastante grandes para que cupieran todos. Mientras tanto, de la nada habían aparecido moscas, cuervos y carroñeros humanos que revoloteaban atareados entre la extraordinaria cosecha de cadáveres mientras aún quedara algo que obtener de ellos.

La eliminación de hombres constituía una industria, en la escala impersonal de la nueva era.

—Tanto trabajo —dijo Orso—. Tanto esfuerzo. Tanto ingenio, y coraje, y sacrificio, ¿y para hacer qué? Cadáveres.

—En efecto, pocas cosas parecen tener tanto atractivo antes, y tan poco después, como una batalla —caviló Pike.

Los incendios de Stoffenbeck se habían extinguido, pero el humo aún ascendía desde las ascuas y manchaba el cielo blanquecino. La pintoresca plaza del pueblo estaba en ruinas, varias de sus elegantes casas antiguas convertidas en cascarones ennegrecidos, su mercado abierto en canal al cielo, la torre del reloj machacada sin reparación posible por las piedras de cañón. Ya no había banderines en honor de la visita de Orso.

Rucksted miró ceñudo hacia el risco escarpado, donde los cañones del día anterior aún asomaban de la colina como los rayos de una corona de hierro.

—El mundo está cambiando, ya lo creo que sí. Ahora un hombre puede dar chispa a un poco de pólvora y a mil pasos de distancia otro hombre explota descuartizado. Hubo una época en que tenías que mirarlo a los ojos, por lo menos.

—¿Y eso era mejor? —preguntó Vick.

—Las victorias siempre acarrean un coste —dijo Sulfur con tranquilidad—. Cuando mi maestro regrese de sus asuntos en el Oeste, no dudo que estará satisfecho con el resultado.

—Maravilloso —murmuró Orso—. He propiciado una cantidad de muertes que satisfará incluso al Primero de los Magos. —Sus ojos no alcanzaban a asimilar la masacre. Llevaba un rato mirando a un lado y luego pasando los ojos hacia el otro para intentar abarcarlo todo—. ¿Cuánta gente creéis que ha muerto aquí?

—Centenares —musitó Hoff con los ojos como platos.

—Quizá miles —dijo Pike, indiferente—. Pero sobre todo en el bando rebelde.

Saberlo suponía escaso consuelo para Orso. La mayoría del bando rebelde habían sido también ciudadanos de la Unión. Súbditos suyos. Habían combatido con valentía, con lealtad, con buenos motivos. Pero tener razón servía de poco en la guerra. Muchísimo menos que tener suerte, eso desde luego. Si la caballería no hubiera llegado cuando lo hizo, podría haber sido Leo dan Brock quien estuvieran meneando la cabeza ante tanta carnicería. Solo que Orso dudaba que al Joven León se le hubiese ocurrido hacerlo.

—¿De verdad puede haber merecido la pena? —descubrió que había preguntado.

—¿El qué, majestad? —preguntó Pike.

—Lo que sea. —Orso movió una mano sin fuerza hacia el espectáculo—. ¿Puede haber algo por lo que esto merezca la pena?

—No nos dieron opción —gruñó Rucksted—. Vos no habéis sido el agresor, majestad.

—He tenido mi papel —murmuró Orso, lúgubre—. Si tanto querían la corona, joder, podría habérmela quitado. Tampoco es que me guste llevar el dichoso trasto. —Pasó la mirada por los rostros descontentos de su séquito. Supuso que no estaba dando el discurso victorioso que esperaban. Sulfur en particular fruncía el ceño, pensativo—. Pero supongo que vuestro maestro no ve con buenos ojos las abdicaciones no autorizadas.

El mago inclinó la cabeza.

—Si perdiera a vuestra majestad, no puedo ni imaginarme su pesar.

Tendría que imaginárselo, porque Orso dudaba que Bayaz fuese capaz de mostrar pesar alguno.

—Nos quedan muchas consideraciones prácticas —dijo Hoff, apresurándose a cambiar de tema—. Un gran número de prisioneros con los que decidir qué hacemos.

—Muchos son de las fuerzas del Consejo Abierto. —Rucksted dio un bufido de desdén—. Me niego a llamarlos soldados. Y también hay anglandeses.

—Para la tropa rasa, me decanto por la piedad —dijo Orso—. Ya tenemos a bastantes hombres de la Unión que enterrar.

Pike inclinó la cabeza.

—Las sanciones monetarias, la libertad bajo palabra y los trabajos forzados pueden resultar más valiosos que las ejecuciones en masa.

—Siempre que esa piedad no se extienda a los cabecillas —dijo Sulfur—. La justicia debe caer sobre los culpables como el relámpago. Igual que hizo en Valbeck.

Orso torció el gesto al recordarlo, pero no puso objeciones.

—¿Qué hay de los norteños?

—Se retiran hacia sus barcos sin orden ni concierto —dijo Rucksted—, hostigados por nuestra caballería.

—Dejadlos marchar. No quiero desperdiciar ni una sola vida más de la Unión con esos hijos de puta.

En realidad Orso no tenía ganas de desperdiciar ni una sola vida más en general, ya fuese de la Unión, norteña, de un perro o de una pulga.

—Nos ocuparemos de que todos esos cerdos abandonen nuestra tierra o acaben enterrados en ella.

— No conocemos el paradero de Stour Ocaso —dijo Pike—. Me temo que aún no hemos oído su nombre por última vez.

—Ya sacrificaremos al Gran Lobo otro día. —Orso calló un momento, pensativo—. ¿Los Rompedores no han dado ningún problema en Keln?

Rucksted se rascó la barba.

—No se ha oído ni una mosca. Si hay Rompedores allí abajo, no han movido ni un dedo mientras mis hombres estaban en la ciudad.

—No deberíamos arriesgarnos —dijo Pike—. La inquisidora Teufel y yo partiremos hacia Valbeck esta misma tarde. Para asegurarnos de que la ciudad es… pura.

En otro tiempo la palabra quizá hubiera dado un escalofrío a Orso, pero era posible que la batalla se hubiera llevado por delante toda la indecisión bienintencionada de su padre y revelado un duro núcleo del desdén y la sangre fría de su madre. Era necesario aglutinar la Unión. Costase lo que costase.

—Muy bien.

Orso se arrebujó en su capa ribeteada en piel para protegerse del frío viento otoñal y siguió viendo trabajar a los recolectores de cadáveres.

La puerta chirrió al abrirse y reveló una cámara poco iluminada de paredes brillantes por la humedad, partida en dos por una reja herrumbrosa. Al otro lado, los desdichados ocupantes de las celdas a rebosar se protegieron los ojos de la luz, la rehuyeron apartándose hacia las sombras o se apretaron contra los barrotes.

—Exmiembros del Consejo Abierto —dijo el archilector, quizá con una levísima satisfacción en la voz, ya que no en la cara—. A la espera de la justicia del rey.

Allí estaban, pues. Algunos de los orgullosos pavos reales responsables de aquel desastre mayúsculo. Pero en esos momentos había poco orgullo a la vista. Un joven apático tenía una venda ensangrentada cubriéndole un ojo. Otro tenía las manos en la cara y sus hombros temblaban con silenciosos sollozos. Los extravagantes uniformes estaban rasgados y raídos, los galones de oro, convertidos en cordeles embarrados, las brillantes insignias de legiones que ya no existían, reducidas a una cantidad equivalente de basura.

—Debo disculparme por estos alojamientos —dijo Orso, cruzando el umbral y arrugando la nariz por el hedor—. Sé que no son del todo a lo que estáis acostumbrados.

—¡Todo esto es un malentendido, majestad! —farfulló un joven lord de poca monta, con la cara tan apretada contra los barrotes que le dejaban marcas pálidas en la carne a ambos lados—. ¡Es todo un terrible malentendido!

—Chitón —espetó un guardia, y dio un golpetazo a los barrotes con su porra que lo hizo recular.

Orso había esperado obtener alguna satisfacción de ver malogrados a sus desdeñosos adversarios del Consejo Abierto. Pero sobre todo se sentía vacío, irritable y algo decepcionado por no sentir nada más. Era como si toda la emoción significativa asignada a aquel año la hubiera derrochado de golpe durante la batalla.

—La mayoría de los lores que se rebelaron están muertos o cautivos. —El labio quemado de Pike se arrugó—. Lord Isher ha escapado, pero le daremos caza, como a todos los demás. —Señaló a un hombre gordo cuyo pelo rubio salía hacia todos los

ángulos y cuyo uniforme estaba tan desgarrado que rayaba la indecencia, mostrando grandes superficies de piel arañada y peluda—. Lord Barezin apareció atrapado en un zarzal. Había caído de su caballo mientras intentaba huir.

Incluso después de que se lo identificaran, Orso apenas lo reconocía. Barezin se irguió con toda la dignidad de la que podía hacer acopio un hombre desprovisto de toda dignidad.

—Majestad, confiaba en poder tratar con vos sobre…

Orso no tenía ganas de aguantar sus excusas, y mucho menos sus intentos de negociación.

—Creo que todo lo digno de mención ya se dijo ayer, en el campo de batalla.

Lady Wetterlant lo miraba furibunda tras los barrotes de la siguiente celda. Tenía un rasguño inflamado en un lado de la cara, pero ella no suplicó.

—Puede que hayáis ganado —espetó—, ¡pero no me arrepiento de nada!

Orso hizo un cansado encogimiento de hombros.

—¿Qué importa? —dijo.

—Majestad. —Pike se inclinó hacia él para murmurar—: Recomiendo que los ahorquemos a todos tan pronto como sea practicable.

Mierda, Orso odiaba los ahorcamientos. Pero hacer que tuvieran lugar las cosas que uno odiaba parecía ser la principal tarea de un rey.

—Ocupaos de ello. —Negó con la cabeza—. Qué puto desperdicio.

Había sido una mañana llena de impresiones desagradables, pero por algún motivo ver a Leo dan Brock fue la peor de todas.

Estaba cubierto con una sábana hasta la cintura, pero la forma que tenía dejaba horriblemente claro que los cirujanos le habían amputado la pierna izquierda por encima de la rodilla. Su brazo izquierdo no tenía mucho mejor aspecto, envuelto en vendajes hasta el hombro y con los dedos colgando abotargados como salchichas de color púrpura. Su pecho, su cara y su brazo derecho estaban salpicados de cien cortes y costras, manchados de magulladuras azules. Tenía la boca hinchada por un lado y la curva del labio dejaba ver el hueco de dientes perdidos. Parecía haber envejecido veinte años. Toda aquella indestructible bravuconería hecha añicos, dejando solo un cascarón marchito.

El gran rival de Orso, en más de un sentido, yacía desesperado y humillado a su merced. Debería haber sido un momento de orgullo. Pero lo único que sentía Orso era

tristeza. Tristeza al ver a un hombre de tan envidiable belleza tan arruinado. Al ver a un hombre tan representativo de las virtudes del guerrero tan machacado. Al ver a un hombre que se había alzado con tanto orgullo que ninguna sala parecía lo bastante grande para él caer tan horriblemente bajo.

Había sido un héroe para muchos. ¡El Joven León!

Por los Hados, en qué había quedado.

—Majestad —graznó Brock, en evidente agonía, su brazo izquierdo inútil en su intento de culebrear almohada arriba para adoptar una postura más digna. Como si alguna postura fuese digna para alguien que acababa de perder la mitad de sus extremidades en una de las derrotas más infames de toda la historia de la Unión.

—Excelencia. —Probablemente el tratamiento ya no era el apropiado, pero a Orso no se le ocurría otra cosa que decir. Alzó la mirada hacia Gorst, que vigilaba junto a la puerta—. Déjanos solos, coronel.

—¿Majestad?

—¿Qué va a hacer? —replicó Orso con brusquedad—. ¿Saltar de la cama y matarme a mordiscos?

Gorst bajó la mirada y salió de la habitación con paso fatigoso antes de cerrar la puerta. Cuando Orso se volvió hacia Brock, vio que tenía un mohín de incomodidad en la cara.

—¡No te atrevas a reprocharme el puto tono! —le gritó Orso—. Entre todo este sufrimiento, tú eres de los pocos que de verdad pueden decir que se lo han buscado.

Brock agachó la mirada, pellizcó con debilidad la sábana junto al muñón de su pierna y no dijo nada.

Orso se desplomó en la única silla, dura, que había en la pequeña estancia.

—¿Por qué coño lo hiciste? Lo tenías todo. Riqueza, posición y admiración. ¡Caías bien hasta a tus putos enemigos! ¿De verdad creías que tus amigotes iban a hacer un trabajo mucho mejor que los míos?

Brock abrió la boca. Entonces intentó levantar los hombros, dio un gruñido de dolor y sus hombros se hundieron.

—¿Tiene alguna importancia ya?

Hubo un silencio y Orso se desplomó incluso más abajo en la silla.

—Muy poca.

—Mi esposa…

Orso sintió que un espasmo horrible le recorría la cara. Solo pensar en el nombre de Savine aún le dolía. Era una astilla que no lograba sacarse de la piel.

—Desaparecida —masculló—. Pero el archilector Pike tiene a hombres buscándola. No llegará lejos.

—No tuvo nada que ver con…

Orso ladró una risotada seca.

—Venga, por favor. Como si alguna vez se metiera en algo sin tener los ojos muy abiertos. No me cabe la menor duda de que es igual de culpable que tú, si no más. Ella ni siquiera tiene como excusas la juventud, la estupidez y una percepción inflada hasta extremos inenarrables de su propia importancia.

Ser cruel con un hombre tan completamente destruido en cuerpo y en espíritu no ayudó a Orso en los más mínimo. Solo hizo que se sintiera cruel. Podía ser generoso en la victoria, ¿verdad? Había ganado, ¿verdad?

Entonces, ¿por qué tenía la impresión de haber perdido?

—Mis amigos… —empezó Brock con voz ahogada. Tenía los ojos un poco húmedos. Pero quizá fuese por el dolor atroz.

—Muertos —dijo Orso.

Brock desnudó los dientes al intentar cambiar de postura otra vez en la cama. Aún los tenía rosados de sangre.

—¿Puedo preguntar… si tendrán un entierro decente, al menos?

—En una fosa con los demás. Tengo a centenares de hombres leales que enterrar. No puedo desperdiciar esfuerzos con traidores.

Joder, cómo odiaba aquello. Se levantó empujando la silla hacia atrás y se volvió hacia la puerta.

—Eran hombres buenos —oyó a Brock susurrar. Por algún motivo, hizo que Orso cogiera un cabreo excepcional.

—Ahora todos esos hombres son carne, fuesen buenos o malos. Si te sirve de consuelo, no tendrás que preocuparte por eso mucho tiempo. Tu ahorcamiento será antes de una semana.

Y fue a zancadas hacia la puerta con los puños atenazados.

La verdad —¡Ah!

—Mi maestro de escritura solía decirme —murmuró Zuri, con los ojos entrecerrados de concentración mientras cosía— que el dolor es una bendición.

—Cada vez me cae peor ese hombre. —Savine logró componer una sonrisa triste—. No es la primera vez que tu aguja acude en mi rescate. Pero solía ser para colocarme un botón suelto… no para coserme la cabeza.

Reparó en que el vestido de Zuri tenía un desgarrón que bajaba por un lado, y por debajo se veía un vendaje apretado, y la tierra marrón que manchaba los bordes de la tela no era tierra en absoluto, sino sangre seca.

—Zuri…

—No os preocupéis por mí. —Zuri no apartó los ojos de su trabajo—. La sangre no es mía.

Savine bajó más los ojos para mirarse su propio vestido. Tenía una costra de la misma tierra por toda la parte delantera.

—¿Es mía?

—Mi maestro de escritura también me decía —respondió Zuri, cosiendo con la misma meticulosidad y precisión de siempre— que las heridas en el cuero cabelludo sangran muchísimo.

—Un hombre de intereses diversos.

—No os hacéis una idea.

Intercambiaban ocurrencias como si estuvieran hablando de negocios un día cualquiera y no escondidas en un hueco fangoso bajo las raíces de un árbol caído, con su mundo en ruinas. Savine se rodeó a sí misma con los brazos, rodeó a su bebé y lo notó moverse, gracias a los Hados. Su hombro, su costado y su cuello eran una gran masa agarrotada y palpitante por donde supuso que había dado contra el suelo. Podría haber muerto perfectamente.

Había explotado un cañón, le había dicho Zuri. Una esquirla de metal le había rozado la cabeza, le había arrancado la peluca y la había tirado al suelo. Unos centímetros más abajo y habría esparcido sus sesos por toda la ladera de la colina. Se había perdido la confusión de la retirada, mientras rebotaba inconsciente en la cama de un carro. Una dama con buen gusto debía dar la impresión de que no hacía el menor esfuerzo. A su alrededor sucedía lo que debía suceder, sin más. Había despertado allí, en el bosque, con el peor dolor de cabeza de toda su vida.

Podría haber muerto perfectamente.

Pero una sabía que la cosa estaba mal cuando hallaba consuelo en eso.

—¡Ah! —protestó cuando la aguja de Zuri volvió a pincharla.

—Es mejor que no hagáis ruido —murmuró Broad, agachado junto a la podrida carcasa del tronco, y la luz destellaba en sus anteojos mientras escrutaba el bosque. Su voz tenía una cualidad dura, vacía—. Estarán persiguiéndonos.

Es decir, estarían persiguiéndola a ella.

—Claro. Perdón. —Savine cerró los ojos. ¿Con qué frecuencia había pedido perdón antes? No mucha. Y nunca había sido con gran sinceridad. Pero estaba en un mundo distinto—. ¿Es muy grave? —Le salió solo un hilito de voz. Como si no quisiera saber la respuesta.

—Solo un rasguño. —No había nada en la cara de Zuri que delatara que mentía. Fue el rostro de Broad el que se lo reveló.

—Llevas mucho rato cosiendo para ser un rasguño —graznó.

—Ya me conocéis, no soporto las chapuzas con la aguja. —Zuri se inclinó hacia ella para cortar el hilo con los dientes y luego se reclinó, frunciendo el ceño—. Podría quedaros una pequeña cicatriz. Os dará una pizca de peligro.

Como si necesitaran más peligro. Una cicatriz era lo último que preocupaba a Savine.

—¿Ya está? —preguntó Broad, levantándose. Ofreció a Savine una mano enorme. La del tatuaje en el dorso. Savine se fijó en que tenía los nudillos todos arañados y costrosos—. ¿Lady Savine?

Ella se quedó sentada. Vio las cochinillas reptando por las raíces podridas. La verdad era que no estaba segura de poder levantarse.

—¿Mi marido está vivo?

—La última vez que lo vi, sí.

Tuvo la sensación de que había más en esa historia, pero casi no se atrevió a preguntar.

—¿Estaba herido?

Broad no lo endulzó.

—Grave.

—Entiendo —dijo Savine, con todo el cuerpo helado. Broad daba la impresión de reconocer una herida grave a simple vista.

El hombretón se acuclilló despacio delante de ella, crispando el rostro como si moverse le doliera.

—Tenemos que irnos. No podemos permitirnos esperar a que oscurezca. Tenemos que evitar los caminos, llegar a la costa y de ahí a Angland. Tenemos que irnos ya.

—Sí. —Savine respiró hondo—. Pero no a Angland. Voy a volver a Stoffenbeck.

—¿Qué? —dijo Zuri.

—Tengo que rendirme. Es mi mejor baza para salvar a Leo.

Los músculos se revolvieron en el lado de la cabeza de Broad.

—Lady Savine, por lo que vi, puede que ya no sea posible salvarlo.

—Es mi única posibilidad de salvarme a mí misma. No tenemos provisiones. Las fuerzas del rey están por todas partes. Mi séquito se reduce a dos personas y son dos más de las que merezco. No podremos llegar a la costa. No conmigo del tamaño de una casa.

—Podríais recurrir a vuestro padre —murmuró Zuri.

—No podría hacer nada. Dimitió. Es difícil proteger al rey de la traición si tienes una traidora por hija. Esto me lo he hecho yo a mí misma. —Lo dijo con cierta amargura, para ser alguien que no tenía a nadie más a quien culpar—. Nadie puede deshacerlo. Aunque pudiera regresar a Angland, ¿de verdad creemos que la Inquisición no me alcanzará allí?

—Podemos intentarlo —dijo Broad.

—Tú puedes. —Savine le cogió la mano y le dio una incómoda palmadita—. Tú deberías. Vuelve con May y Liddy. —Entonces sonrió a Zuri. Una sonrisa descompuesta, desesperada, porque en realidad no tenía ni idea de cómo llegar al final del bosque sola, no digamos ya al campo de batalla—. Tu también, Zuri. Piensa en tus hermanos. Ha llegado el momento de que nos…

—Os acompañaré.

Savine se la quedó mirando. Siempre le había gustado considerar a Zuri una amiga, pero sabía que era una amiga pagada. Sabía que una mujer con su buen gusto y sus talentos debía de haber tenido en otro tiempo ambiciones mucho más elevadas que ser una doncella venida a más. Unas ambiciones que habían quedado destruidas por los horrores de los que hubiera huido en Gurkhul. Siempre le había gustado considerar a Zuri una amiga, pero nunca habría creído que seguiría siéndolo si no podía obtener nada a cambio. Cuando se había convertido en un riesgo terrible, de hecho.

Se sentía como si pudiera haber resistido cualquier cantidad de traiciones, peligros, decepciones. Pero la lealtad, por algún motivo, fue más de lo que podía soportar. No hubo manera de evitarlo. Savine se tapó la cara con las manos y se echó a llorar.

Oyó que Broad daba un pesado suspiro.

—Supongo que nos volvemos todos.

Nadie los detuvo de camino a Stoffenbeck.

Quizá las partidas enviadas en su búsqueda estuvieran muy al norte, vigilando la costa para cuando intentara escapar por ella. Quizá buscaban a alguien que huyera de sus crímenes, no que renqueara resignada de vuelta a su mismo escenario. Quizá calva, ensangrentada y zarrapastrosa tenía muy poco parecido con la idea que se hacía nadie de la renombrada belleza Savine dan Glokta, su propia idea la que menos.

Mientras recorría agotada los campos, con el sudor haciéndole cosquillas en la encendida cicatriz de la frente, descubrió que necesitaba tres manos. Una para sujetar la hinchada barriga, otra para sujetar la espalda dolorida y otra para sujetar la cabeza palpitante. No le quedó más remedio que ir alternando, su hombro en llamas con cada paso, su respiración ronca entre dientes apretados, mientras su bebé literalmente le sacaba el meado a patadas.

Se envolvió en un capullo de su propia desgracia para no tener que mirar a derecha ni a izquierda. Para no tener que ver los huertos de frutales chamuscados, los trigales pisoteados, el humo que seguía trepando al cielo desde Stoffenbeck, reducida a ruinas por los cañones que con tanta meticulosidad había moldeado su propia fundición.

Y durante todo el tiempo, se dijo a sí misma que no era culpa suya.

No había querido que ocurriera nada de aquello, al fin y al cabo. Había querido casarse con Orso. Más que nada en el mundo. Pero lo había perdido porque su madre una vez se folló a un rey. Curnsbick había estado en lo cierto: desde Valbeck, su juicio no había sido nada bueno. Cuando le sirvieron en bandeja a Leo, tan guapo y tan celebrado y tan repleto de potencial, justo el delicioso hojaldre que necesitaba su saciado paladar, ¿qué opción le había quedado aparte de sacar cuchillo y tenedor? Y luego, embarazada y vomitando y con incluso peor juicio, ¿qué opción le había quedado aparte de casarse con él? Y luego, al descubrir que estaba hundido hasta las pelotas en una conspiración con Isher, ¿qué opción le había quedado aparte de unirse a ellos y hacer todo lo posible para convertir en un éxito su ridícula maquinación?

Convertir en éxito las ridículas argucias de hombres era a lo que se dedicaba, a fin de cuentas.

Si se paraba a pensarlo, era terriblemente injusto que lo hubiera perdido todo por culpa de a quién se hubiera follado su madre, por definición un tiempo antes de que ella naciera.

Y entonces pensó en su padre. No el rey Jezal, el otro. El de verdad, con o sin lazos de sangre. Sentado en su silla de ruedas, pasándose la lengua por las encías vacías y enarcando una ceja crítica. Quizá después de uno de sus arrogantes tajos demasiado largos en el círculo de prácticas. «¿En serio, Savine?».

—¿Qué he hecho? —susurró, y cayó con una rodilla en el camino.

Si de verdad se lo hubiera propuesto, si de verdad hubiera querido, podría haber encontrado una forma de impedir aquello. Había tenido mil momentos en los que podría haber encontrado una forma de impedirlo.

En lugar de eso, había avivado las llamas. En lugar de eso, había lanzado los dados. ¿Y por qué? Por ambición. Por aquella serpiente que tenía enroscada en las entrañas, cuya hambre crecía cuanto más la alimentaba. Cuya hambre nunca podía satisfacerse.

La verdad era que, como todos los apostadores que de pronto pierden a lo grande, no había pensado más que en lo que podía ganar. Solo después había visto la magnitud de su pérdida, y era nada menos que todo. Y no solo había perdido jugando por sí misma, sino por miles de otras personas. ¿Qué supondría para Zuri? ¿Qué supondría para Broad? ¿Para Haroon y Rabik? ¿Para Liddy y May? Por los Hados, ¿qué supondría para su hijo nonato?

—¿Qué he hecho?

Notó la mano ligera de Zuri en un hombro.

—Mi maestro de escritura sin duda habría dicho… —Estaba frunciendo un ceño dudoso hacia el devastado campo de batalla—. Habría dicho que el arrepentimiento es la puerta de entrada a la salvación.

Savine soltó un bufido incrédulo.

—¿De verdad aún puedes creer en Dios? ¿Que todo esto forma parte de algún grandioso plan? ¿Que significa algo?

—¿Cuál es la alternativa? —Zuri la miró ensanchando los ojos—. ¿Creer que no significa nada?

Savine notó la pesada mano de Broad en el otro hombro.

—Nadie puede hacer por su cuenta que pase algo como esto. Todos participamos en ello.

Ella asintió despacio. Habría sido de una arrogancia aún más terrible suponer que todo era culpa suya. Hizo una mueca al levantarse con esfuerzo, respiró hondo y, con una mano bajo la barriga y la otra apretada en la espalda, siguió recorriendo despacio los campos heridos en dirección a Stoffenbeck.

Había tomado parte en el asunto.

Solo le quedaba pagar por ello.

No sabía muy bien cuánto tiempo llevaba allí sentada, esperando, en un suplicio de culpabilidad, temor y… bueno, y suplicio.

El dolor de cabeza no estaba mejorando. El dolor de vejiga desde luego estaba empeorando. Su bebé no dejaba de moverse. Quizá estuviera maldecido con la impaciencia de Leo. Quizá se hubiera infectado de su propio pánico. Quizá, como una rata huyendo de un barco que se va a pique, sintiera que Savine iba a caer y forcejeara con desespero para escabullirse de ella.

Debía de tener el instinto de autoconservación de su madre. Savine se habría escabullido de su propia piel si pudiera.

De vez en cuando oía a guardias fuera de la puerta. Voces amortiguadas. Incluso risas. Era prisionera, por tanto. Más le valía ir acostumbrándose, supuso. A eso y a ser universalmente denigrada, a que todo lo que había construido estuviera en ruinas, a que su nombre se utilizara como chiste zafio o como discurso de advertencia, a que…

La puerta se abrió con un golpetazo y Savine se incorporó tan de repente que tuvo un espasmo en la espalda, estuvo a punto de vomitar y se quedó trabada a medio levantar, apoyada en la silla con un brazo tembloroso.

Orso estaba mirándola, petrificado. Era como si hubiera preparado una expresión de furia justiciera pero, al verla, no hubiera podido disimular del todo la impresión. Supuso que costaba un poco adaptarse a su barriga, y a la herida de su cabeza, y a la ropa desgarrada y sanguinolenta. Pero la furia justiciera tardó poco en regresar.

—No te levantes —espetó Orso, aunque era evidente que Savine no podría haberlo hecho sin un aparejo de poleas. Volvió a caer a la silla con toda la elegancia de un barril de cerveza con brazos. Llegada a ese punto, todo resto de dignidad que le quedara lo consideró una de sus pérdidas menos dolorosas.

Él cerró la puerta, poniendo todo el cuidado en no mirarla. También había cambiado. Más duro. Más decidido. No había ni rastro de su antigua gesticulación lánguida cuando cruzó la habitación con los puños apretados.

—Me ha sorprendido enterarme de que te entregabas. Estaba seguro de que estarías reptando a alguna parte para urdir alguna otra conspiración.

La habitación estaba templada, pero la voz de Orso llegó tan fría que le erizó los pelillos de los brazos.

—Sabía que rendirme… —La voz de Savine sonaba penosamente débil—. Rendirme era lo mejor que podía hacer. —Estaba acostumbrada a tener todos los ases en la manga. Incluso con Orso, estaba acostumbrada a tener alguno. En esos momentos él tenía la baraja entera—. Por mi hijo…

—Es un poco tarde —ladró él— para pensar en eso, ¿no te parece? ¿Ahora que los muertos están apilados a cinco alturas en los campos?

Savine no había pensado que fuesen a intercambiar frases ingeniosas como solían. Pero nunca antes lo había visto enfadado de verdad. Empezó a preguntarse si había cometido un error terrible. Si debería haber escapado cuando tenía ocasión y no parar nunca de correr.

—¿Estabas involucrada en esto?

Orso seguía negándose a mirarla, contraía una y otra vez los músculos de la mandíbula. Le vino a la mente con toda contundencia que, con una palabra, Orso podría hacer que la ahorcaran junto a todos los demás. Nunca habría imaginado que pudiera hacerlo hasta ese momento. Pero ya no estaba tan segura.

Las mentiras no le servirían de nada. Tenía que ir con la verdad por delante.

—Sí —susurró—. Estaba involucrada del todo.

—Lo contrario me habría asombrado. Pero no sé por qué, mantenía la esperanza. —Orso enseñó los dientes—. Recibí una carta hace un tiempo, advirtiéndome de una conspiración para robarme el trono. Un complot de miembros del Consejo Abierto. Con amigos en el Norte.

Savine cerró los ojos. Rikke. Solo había podido ser Rikke. No solo los había abandonado, sino también traicionado. Quizá de verdad hubiera visto el futuro. Savine casi podría haber admirado su táctica, de quedarle alguna emoción que derrochar. Se parecía mucho a la clase de cosa que podría haber hecho ella misma. Tampoco era que importara ya. Cuando abrió los ojos, Orso estaba mirándola con una expresión muy extraña.

—¿Por qué? —preguntó.

Savine tragó saliva. Había planeado la mejor forma de presentarlo, de desviar la culpa con sutileza, escogiendo cada palabra con el mismo cuidado que un conjunto para el teatro, pero las excusas le salieron a borbotones en una estampida medio preparada —Ya lo estaban planeando. Isher y los demás. No tuve elección. Solo podía…

—No. —Orso dejó salir las palabras a mordiscos—. Me refiero… a por qué lo escogiste a él… y no a mí.

Debería haber sabido que se lo iba a preguntar. Pero se había convencido a sí misma de que a Orso ya no le importaba. Que aquello estaba enterrado y nunca tendría que desenterrarse. Comprendió su error y bajó la mirada a la alfombra, con el rostro ardiendo, con la respiración atascada en la garganta.

—¿Qué hice? ¿Para que me dejaras? —Se acercó, replegando los labios de los dientes—. ¿Tienes corazón siquiera?

Lo tenía, y estaba atronando. Savine sintió que su maltratado cráneo se le iba a partir. Se agarró a los brazos de la butaca con nudillos blancos y se hundió hacia atrás, apartando la cara mientras él se agachaba sobre ella, rugiendo, escupiendo, clavándole un dedo en el pecho.

—Te amaba. ¡Aún te amo, joder! ¿Tú sabes la pena que da eso? ¡Después de lo que has hecho!

—Lo siento —susurró ella—. Lo siento muchísimo.

—¡No quiero que lo sientas, quiero saber *por qué* ! —Bramó la palabra una y otra vez—: ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por...?

—¡Porque soy tu hermana! —le chilló ella a la cara. Estaba revuelta. Estaba avergonzada. Estaba aterrorizada.

Estaba aliviada.

Solo entonces se dio cuenta de cómo la había reconcomido el secreto. Lo miró a los ojos y levantó los hombros con impotencia.

—Soy tu hermana.

Savine nunca había visto el rostro de un hombre contorsionarse tanto con extremos distintos de emoción en tan poco tiempo. De la furia al desconcierto y a la repugnancia y a la incredulidad.

—¿A qué te refieres? —Reculó encogido. Arrancó la mano del brazo de la silla y la levantó como para parar un golpe—. ¿A qué te *refieres* ?

—¡Quería decirte que sí! —La confesión brotó, nauseabunda como mierda fluyendo de una cloaca rota—. Después de Valbeck. Es la verdad. Quería decirte que sí.

Era lo único que quería. Tú eras lo único bueno que… lo único bueno… Hablé con mi madre. —Cerró los ojos y sintió arder lágrimas en los párpados. Un poco de tristeza. Mucho miedo—. Me dijo… que no podía casarme contigo. Me dijo… que ella y tu padre… —Apretó con más fuerza los párpados y tuvo que obligarse a pronunciar las palabras—. ¡Eran amantes! Andes de que a él lo coronaran. Y yo fui el resultado. ¡Soy tu hermana! Medio. Hermana. Es la verdad. No lo…

—Es mentira. —La cara de Orso se crispó de incredulidad—. No puede ser verdad.

—Sabes que lo es. Yo sé que lo es. Mi padre… —Savine dio una especie de tos—. El archilector Glokta, quiero decir, se ofreció a casarse con mi madre. Para que estuviera a salvo. Me crió como si fuese suya. Yo no lo sabía. Hasta que ella me lo dijo. Es la verdad. Y entonces… ¡no sabía qué hacer! No podía casarme contigo. No podía explicarte por qué. Ver cómo me odiabas por ello… ¡fue una tortura! —Descubrió que estaba inclinándose hacia él, extendiendo los brazos hacia él—. Sigue siendo una tortura.

Él trastabilló hacia atrás, topó con una silla y la tiró al suelo.

—¡Después de eso perdí el rumbo! —Consiguió levantarse de algún modo y dio un paso tambaleante hacia él—. Perdí todo el juicio. Solo… fingía… ser yo. ¡Era como si aún estuviera atrapada en Valbeck! No veía… más allá de mis propias ambiciones… ¡No tenía nada más! —Excusas lamentables, destrozadas en su boca seca—. Leo… es un buen hombre. Podría serlo… pero es muy fácil de convencer. Isher y los demás lo llevaron a esto. —Cerró los ojos y las lágrimas le surcaron las mejillas—. Yo lo llevé a esto. Cúlpame a mí. Quería… ¡Ya no sé ni lo que quería!

No pudo mantenerse en pie. Se hundió de rodillas.

—Te suplico piedad. Para mi marido. Para mí misma. Para nuestro hijo. —Manos entrelazadas, cara mojada de lágrimas, nariz chasqueando de moco. Qué puto cliché—. Sé que no la merezco, pero ya es lo único que puedo hacer. Por favor. Orso.

Él la miró desde arriba, con aquella mano aún levantada como para apartarla. Para apartar lo que le estaba diciendo.

—¡Gorst! —chilló.

—No. Orso, por favor. —Casi intentó agarrarle los tobillos—. No lo sabía. Es la verdad…

La puerta se abrió de sopetón y Bremer dan Gorst entró. Gigantesco. Despiadado.

—¡Sácala de aquí!

Gorst la cogió por debajo de un brazo. Extrañamente gentil. Pero absolutamente irresistible.

—¡Por favor! —sollozó Savine mientras el coronel medio la empujaba, medio la llevaba hacia fuera—. ¡Orso! —Se aferró a una mesa con desespero y la arrastró por el suelo, derribando una pila de libros—. ¡Por favor!

La puerta se cerró de golpe.

Esos nombres —¡Ahí está la almenara! —chilló Sendaverde, señalando a través de la niebla—. ¡Es Ollensand!

—¡Por fin! —Stour fue rápido a proa y apartó a Sendaverde con el hombro para ver mejor.

No había forma de confundir el titilante puntito de luz, y hubo sonrisas por todas partes ante la idea de llegar a tierra, y a la comida, y al calor, y la sonrisa de Trébol fue tan amplia como la de cualquiera. Había sido una travesía agotadora.

Habían reunido una tripulación a medias entre sus hombres y los jóvenes hijos de puta de Stour que habían sobrevivido a la batalla. Uno tenía una herida en la espalda y había muerto después de una noche entera gimiendo en cubierta. Lo habían echado por la borda, sin más ceremonia que la observación de Trébol de que resultaba que no todo el mundo volvía al barro. Algunos daban el gran sorbo en vez de eso. Sendaverde había estado verde todo el trayecto, y más verde al ver aquello, sin duda teniendo muy presente la predicción de Rikke de que moriría en el agua.

—Hemos vuelto a casa. —Trébol sacudió un poco de rocío salado de la vieja manta que llevaba a los hombros. Lanzó una mirada a Sholla, sentada a su lado con el brazo sobre el timón—. Toda una gesta de la navegación.

—Nada digno de mencionar —respondió ella con modestia, pero Trébol sabía que se había pasado despierta casi todas las noches, mirando las estrellas con la frente arrugada e inquietándose por el rumbo. Lo último que querían era desembarcar donde no era, al fin y al cabo, y cada pedazo de mar se parece mucho a los demás.

Durante todo el recorrido, Stour había echado dentelladas y gemidos como un verdadero lobo herido. Si alguien esperaba que entrever el Norte en la lejanía iba a mejorarle el humor, se llevó una inmensa decepción. Lo único que hizo fue recordarle

que había partido con grandes ambiciones y unos pocos millares de hombres y estaba regresando sin ninguna de las dos cosas.

—¡Sacad los remos y acercadnos, cabrones! —rugió, y aquella magnífica capa de piel de lobo que tenía latigueó al pasar hosco entre los bancos. Se apoyó contra el mástil para frotarse la herida de la pierna—. ¡Me cago en la puta! ¡Está justo encima de la que me hizo el Joven León!

—A mí me parece una ventaja —murmuró Sholla casi sin mover la boca—. Acabas con una herida en vez de dos.

—Por mi experiencia con el Gran Lobo —musitó Trébol—, y últimamente tengo más que casi cualquier otro hombre vivo, no tiende a ver el lado positivo de las cosas. Mejor que vaya a ver si tranquilizo al muy capullo, ¿eh? —Dio un fuerte suspiro al levantarse—. Dudo que nadie más vaya a hacerlo. —Y se quitó la manta mojada de los hombros y la arrojó por encima de la cabeza de Sholla.

Los hombres se afanaron por el barco mientras aquella luz lejana iba ganando brillo y se le sumaba a ambos lados el rumor gris de la costa. Hubo golpes de la madera, la fricción de los cabos y rociadas de agua salada mientras arriaban la vela y se agachaban sobre los remos.

—¿Preparado para la costa? —preguntó Trébol a Contratiempo cuando se cruzó con él, y el hombretón le guiñó aquel ojo inyectado en sangre, rojo por un golpe en la cabeza en la batalla.

Stour seguía rabiando, cómo no, cuando llegó Trébol. ¿Qué otra cosa iba a hacer?

—¡Ya era hora de que llegáramos, joder! Puta Unión. Puto desastre. —Como si el fracaso hubiera caído del cielo y él mismo no hubiera intervenido en él.

Trébol se cruzó de brazos y miró hacia la costa.

—Si nadie perdiera, mi rey, ¿qué placer habría en ganar?

Stour lo miró furibundo. Al parecer había encontrado el comentario demasiado filosófico mientras aún se lamía las heridas a la sombra de la decepción.

Trébol lo intentó otra vez.

—Sí, el Joven León está acabado y teníais mucho en común los dos, un oído amistoso en Angland y todo eso. Sin duda, su pérdida es una lástima terrible, pero… ¿de verdad os caía tan tan bien?

Stour frunció el ceño mientras Sholla pasaba muy pegada a él.

—Perdón, mi rey, tengo que ir a proa.

Ella asintió a Trébol, que recuperó la atención de Stour acercándose a él y hablando bajo, amigo de toda la vida.

—Quizá él ya no pueda ayudaros a conquistar Uffrith, pero en fin… tampoco podrá impedirlo. —Trébol se acercó todavía más, mucho más de lo que los hombres solían atreverse con el Gran Lobo—. Sí, ahí atrás perdimos a muchos buenos hombres. Pero ya habíamos perdido a buenos hombres antes. En las guerras de vuestro padre, y en las de vuestro abuelo. Habrá más hombres. Habrá más guerras. Tenéis que considerar toda batalla de la que salís vivo como una victoria y mirar hacia lo que viene por delante.

Stour contempló a Trébol, pensativo. Un viento salado barrió gélido la cubierta y le removió el pelo, onduló la buena piel de lobo que llevaba a los hombros. Ollensand iba asomando entre el gris, fantasmas de altos mástiles en el puerto y de casas bajas en la ladera, y la atalaya ardiendo más brillante y acompañada ya por los puntitos de luciérnaga de las antorchas que sostenía un pequeño grupo de bienvenida en el muelle más largo.

Los remos crujieron y repiquetearon, en algún lugar del cielo una gaviota dio un solitario graznido, y Trébol tragó saliva cuando el rey de los norteños volvió aquella mirada de ojos húmedos hacia él. Siempre era un momento incómodo.

Entonces, rápido como cambia el tiempo en otoño, Stour sonrió de oreja a oreja.

—Me has sido leal, Trébol. Sé que no siempre soy fácil. No, no, no lo niegues. —Nadie había pensado en negarlo—. Pero si hay un hombre que pueda convencerme para que vea el lado bueno de las cosas, ese eres tú. —Extendió el brazo y dio a Trébol una palmada en el hombro—. Tendrás tu recompensa, no te preocupes por eso.

Trébol igualó su sonrisa con una propia.

—Sé que la tendré. Antes de lo que crees.

Y Sholla llegó sigilosa detrás de Stour, cogió la empuñadura de su espada y se la sacó de la vaina.

Al instante, Trébol lo tenía aferrado por el cuello y le dio un gran cabezazo en toda la boca que le echó la cabeza hacia atrás. Rugió asestándole otro cabezazo y notó el pómulo de Stour crujir bajo su frente. Stour hizo un pequeño ululato sorprendido cuando recibió un tercer cabezazo. Trébol había tenido pocas sensaciones más dulces en su vida que cuando vio al rey de los norteños caer despatarrado de espaldas junto al mástil.

Sendaverde se había quedado boquiabierto.

—¿Qué…?

Y el hacha de Contratiempo le partió la cabeza por la mitad e hizo saltar una lluvia de sangre. Parecía que Rikke había estado en lo cierto sobre que moriría en el agua, y no solo él. Por todo el barco, los chicos de Trébol apuñalaron a los hombres que tenían al lado, rajaron cuellos, aplastaron cráneos, clavaron hojas en espaldas y pechos y costados. Todo demasiado de cerca y con demasiado sigilo y demasiado de repente para las espadas. Tal y como Trébol siempre había dicho que debía hacerse. Mucho más rápido que cuando Stour había matado a Scale y sus hombres. Mucho más limpio.

Para cuando el Gran Lobo sacudió la cabeza, escupiendo sangre, los chicos de Trébol ya estaban registrando los cadáveres de sus hijos de puta en busca de cualquier cosa que mereciera la pena quedarse. Stour parpadeó, como si aún no se hubiera puesto al día, y encontró a Sendaverde devolviéndole la mirada. Bueno, o a un lado de su cabeza mirándolo; el otro era difícil saber qué hacía. El labio ensangrentado de Stour se retorció cuando intentó incorporarse, pero Trébol le puso una bota en el pecho y lo envió de nuevo hacia abajo.

—Mejor quédate ahí, creo yo.

—¡Edez un uzo zraidor! —Farfulló rojo por la boca rota, con la cadena que una vez había llevado Bethod toda enredada alrededor del cuello.

—¿Traidor, ha dicho? —Trébol levantó una ceja mirando a Contratiempo. Contratiempo levantó los hombros y se puso a limpiar cerebro de Sendaverde de su hacha—. ¿Traidor, has dicho?

Trébol empujó a Stour contra la cubierta otra vez y sonrió. Después de pasar tanto tiempo bajo la bota de aquel mierdecilla, sentaba de maravilla que cambiaran las tornas.

—Menudos redaños tienes para llamarme traidor —dijo—. Tú, que asesinaste a tu propio tío. Lo único que he hecho es lo que siempre te he dicho que hagas. Escoger tu momento. Y entonces ir hasta el final. —Se agachó más—. Lo que pasa es que no te daba la puta gana escuchar.

Había voces levantadas cerca de la proa. Habían dejado vivo a un hombre de Stour. Un par de los de Trébol estaban discutiendo porque por lo visto era el primo de alguien y muy buen tipo según decía todo el mundo y dejarlo vivir sería muy bueno para su anciana madre.

Trébol hizo a Contratiempo una impaciente sacudida de cabeza y Contratiempo fue hasta allí y cortó la discusión con su hacha más o menos igual que había cortado a Sendaverde. Una vez se había escogido el momento, contenerse era de necios. Contenerse era de cobardes.

Stour abrió la boca otra vez pero Sholla lo silenció raspándole la mejilla con la punta de su propia espada, y Trébol se agachó, abrió la hebilla de su capa, se la sacó de debajo y la pasó alrededor de sus propios hombros.

—Siempre me ha gustado —dijo, frotando la mejilla contra aquel pelo tan mullido.

—Te queda bien —dijo Sholla.

Los hombres terminaron de robar a los muertos y se pusieron a los remos. Tal vez era una tripulación muy escasa, pero bastó para llevar el barco a puerto. Una ciudad gris norteña en la costa gris norteña se parecía mucho a cualquier otra, pero con cada brazada iba haciéndose más evidente que lo que asomaba de la niebla no era Ollensand, sino Uffrith. La luz que habían visto no era una atalaya en una colina, sino una hoguera en una jaula izada sobre un alto poste junto al muelle.

—Toda una proeza de la navegación, ya lo creo —dijo Trébol.

Sholla se permitió una sonrisa tan infrecuente como el sol norteño.

—Nada digno de mencionar.

Había hombres aguardando a la luz de la falsa atalaya, tal y como habían acordado. Hombres curtidos con armas, cicatrices y malas caras en abundancia. Trébol conocía algunos rostros. Mejores Guerreros de Uffrith y los Valles Occidentales, entre ellos el Clavo, con aquel encorvamiento que tenía y los pulgares metidos en el cinto. Al frente de todos ellos, cruzado de brazos, con el ojo metálico destellando a través de su largo pelo, estaba Caul Escalofríos.

—Sí que lo has traído —dijo mientras Trébol desembarcaba con poca maña, la madera del muelle inestable bajo sus pies acostumbrados al mar.

—Ya te lo dije. ¿Pensabas que no lo haría?

—Te daba como una posibilidad entre tres. ¿Conoces al Clavo?

—Por su reputación —respondió Trébol.

El Clavo sonrió, todo dientes y amenaza.

—Es de las buenas, ¿verdad?

—Una preciosidad. Debo decir que siento lo de tu padre.

—No tanto como lo va a sentir él. —La sonrisa del Clavo se ensanchó aún más cuando Contratiempo empujó a Stour por la pasarela, con las manos bien atadas a la espalda—. ¡Vaya, vaya, vaya! —E hizo una reverencia tan ostentosa como la que podría haber hecho cualquier cortesano de la Unión—. ¡El rey de los norteños vuelve a casa!

—Rikke la del Ojo Largo te envía recuerdos —dijo Escalofríos.

—¡Que la jodan! —rugió Stour—. ¡Y que te jodan a ti también, Caul Escalofríos!

Las amenazas de Stour habían perdido mucha credibilidad en los últimos momentos, sin embargo, y la mayoría de los hombres se echó a reír, si es que hizo algo.

—Estaba destrozada por no poder recibirte en persona. —El Clavo se inclinó hacia delante para clavar en el pecho de Stour un enorme dedo—. *Destrozada* .

—Pero ha organizado un recibimiento que te lo compensará todo —dijo Escalofríos.

—Tiene esa jaula preparada para ti. ¿Te acuerdas? ¿La del Salón de Skarling? ¿Esa en la que tenías a mi padre?

—Sí, me acuerdo —escupió Stour—. Recuerdo que se meó encima y lloró como…

Era un cabronazo de lo más raro, el Clavo, todo fibroso y suelto, todo hombros y codos. Pero Trébol nunca había visto a un hombre pegar tan rápido. Salido de la nada, su puño se estampó en las costillas de Stour y el rey de los norteños se dobló por la cintura, resolló un largo hilo de baba y el diamante de la cadena se balanceó.

—Au —dijo Sholla, inexpresiva.

—Es curioso —dijo el Clavo, que ya había vuelto a encorvarse con su aire desgarbado—. Las pullas no pican tanto viniendo de un hombre al que puedes abofetear siempre que quieras.

Parecía que aquel puñetazo había sacudido de encima a Stour toda su bravuconería. Pasaba a veces, con los hombres que siempre estaban dando golpes pero nunca les correspondía encajarlos.

—Mirad… —dijo, tragando y gorgoteando para recobrar el aliento—. Os daré… el doble… ¡de lo que os da ella!

Trébol sonrió.

—Lo único que saco yo es la oportunidad de darte un cabezazo en la cara. Bueno, eso y la capa.

—¡Luchad conmigo, hijos de puta! —Stour intentó soltarse de las cuerdas que rodeaban sus muñecas, sin lograr más que otra ronda de risitas.

—Ya hemos luchado —dijo Trébol—. Y tú has perdido. Lo has perdido todo.

—¡Soy el mejor espadachín del Círculo del Mundo!

El Clavo soltó una risita aguda.

—No acabo de verlo. Para ser espadachín tienes que poder tenerte en pie.

Se agachó, agarró las perneras de Stour y tiró hacia abajo con fuerza. Le dejó los pantalones a la altura de los tobillos.

—¿Qué haces? —chilló él, retorciéndose y forcejeando, pero Contratiempo lo tenía ya sujeto por un brazo y el Clavo por el otro, y Stour no iba a ir muy lejos con aquellos dos agarrándolo.

Escalofríos sacó un cuchillo. Era un cuchillo pequeño, con una hoja pequeña y brillante. Pero los cuchillos no tenían por qué ser grandes para cambiar las cosas. Stour fijó la vista en él, por encima del hombro, sus ojos ya bien húmedos, desde luego que sí, pero de miedo más que de amenaza.

—¿Qué estáis haciendo?

Trébol le cogió la mandíbula y le siseó las palabras a la cara.

—Darte tu última lección. Sobre esos grandes nombres del pasado con los que siempre estás pajeándote. Shama el Cruel. Dow el Negro. Nueve el Sanguinario. Los muertos saben que eran unos cabronazos, pero ellos *se ganaron* esos nombres. Se los arrancaron al mundo con sus manos y su voluntad. ¿Ocaso? —Trébol giró la cabeza y escupió al mar—. ¿Qué coño es eso? Ya naciste con él. Todo lo que tienes te lo han dado. Pues el caso, chaval, es que… —Y cogió aquel gran diamante y sacó la gran cadena que una vez había llevado Bethod por encima de la cabeza de Stour—. Lo que se da fácilmente… se quita fácilmente.

Escalofríos bajó el brazo y con un pequeño movimiento tranquilo, como pelando una manzana, cortó los tendones detrás de la rodilla del Gran Lobo.

Hubo una pausa silenciosa, como si a Stour le costara un momento darse cuenta de lo que había pasado, y entonces se le desorbitaron los ojos y dio un enorme chillido sollozante, se removió y se retorció mientras la sangre le caía a chorro por el gemelo. Sholla contrajo el gesto y miró hacia otro lado. Contratiempo frunció el ceño y siguió reteniendo a Stour con fuerza, indiferente como un pastor sosteniendo a una oveja para esquilarla. El Clavo sonrió como si nunca hubiera oído un chiste tan bueno.

—Venga, venga —voceó para hacerse oír entre los chillidos de Stour—. ¡No es justo dejar a un hombre ladeado!

Escalofríos levantó los hombros, sin mostrar más sentimiento con su ojo bueno que con el metálico, e hizo lo mismo a la otra rodilla de Stour.

Trébol guardó la cadena del rey en un bolsillo de su capa nueva y siguió mirando, cruzado de brazos. No era muy dado a la venganza, en general, y ya hacía mucho tiempo que no disfrutaba demasiado del dolor de otros hombres, pero tuvo que admitir que aquello sentaba bien. No tan bien como le habría sentado tener todavía a Wonderful por allí. Pero algo era algo.

—Será mejor que lo vendéis. —Escalofríos estaba aplicándose en limpiar su cuchillito con un trapo—. No queremos que se desangre. —Miró de soslayo a Trébol y le hizo un asentimiento—. Me alegro de que hayas acabado viendo las cosas a nuestra manera.

—Siempre ha sido así. —Trébol miró mientras el Clavo se llevaba al rey de los norteños, chillando y llorando, arrastrando las piernas desnudas y sanguinolentas, seguido del traqueteo de la hebilla enjoyada del cinturón al rebotar contra el suelo—. Solo esperaba mi momento.

Una nota al pie en la historia

Subir los peldaños de la tarima podía muy bien ser lo más arduo que Leo había hecho jamás, pero estaba decidido a llegar por sí mismo. Decidido a rescatar esa pizca de orgullo, aunque los muertos sabían que el orgullo no le había hecho ningún favor. El orgullo lo había llevado hasta allí, para empezar.

Solía reírse de escalar montañas. Y allí estaba, teniendo que hacer acopio de fuerzas para subir cada escalón, sudando a chorro por la frente. La vieja herida de su pierna derecha aún le dolía. Le dolía más que nunca desde que tenía que soportar la mayor parte de su peso. Pero no era nada en comparación con el suplicio de la otra pierna. Una palpitación interminable, demoledora, enfermiza. Y la ironía era que la pierna ni siquiera estaba allí.

Seguía intentando mover los escocidos dedos de los pies, girar el atormentado tobillo, pisar con el dolorido pie para equilibrarse. Y entonces recordaba que ya no estaban. Su pierna se había quedado triturada, los restos aserrados y quemados, y todo lo que antes era Leo se había esfumado con ella. Ya no era guerrero. Ya no era líder. Ya no era lord gobernador. Sería una nota al pie en la historia. Un hombre que se había transformado a sí mismo de héroe a villano por su propia arrogancia, y su temeridad, y su…

Se le escapó un chillido cuando la muleta resbaló en el último peldaño y escapó de su mano. Aferró la nada y entonces el lado de su cara impactó con fuerza contra la plataforma. Oyó unos respingos, un gemido en alguna parte. Quizá fuese suyo.

Su brazo izquierdo era casi inútil. Con un esfuerzo agónico podía levantar la mano y hacer una levísima contracción trémula del índice, pero lo demás colgaba inerte. Casi ni lo notaba cuando le clavaban un alfiler. El cirujano había dicho que el metal disparado por un cañón, junto con trozos de su escudo, le había acribillado el brazo y destrozado los nervios. Le habían dado puntos en las heridas, pero no había nada más que hacer. Y lo irónico era que estaban curando a un hombre al que iban a ahorcar.

Logró separarse del suelo con el brazo bueno, apretando los dientes, y consiguió liberar la pierna derecha de debajo del cuerpo, gimiendo cuando su peso pasó al muñón de la izquierda. Pero cuando estuvo a cuatro patas —o, hablando con propiedad, a dos—, ¿cómo iba a avanzar? No podía recuperar la muleta sin caer y, aunque pudiera, ¿cómo se levantaría? Hubo un tiempo en que para Leo dan Brock conseguir lo imposible había significado derrotar al mejor espadachín de su era, o romper una línea

enemiga atacando en solitario, o remontar la guerra contra todo pronóstico. Ahora conseguir lo imposible significaba ponerse de pie.

Notó una mano firme bajo el codo y lo levantaron para dejarlo con los pies en el suelo. O el pie.

—Ya está.

Le colocaron la muleta en el sobaco otra vez. Miró a un lado y vio a uno de los verdugos. Unos amables ojos castaños a través de los agujeros de la máscara mientras ayudaba a Leo a avanzar.

—Estoy bien —dijo Leo, y se quitó de encima al hombre con un gesto blando.

Bien. Hundido, derrotado, en constante agonía, con un brazo inútil y una pierna amputada, condenado por traición y ya en el cadalso. Bien.

Parpadeó mirando a su alrededor la ruinosa plaza mayor de Stoffenbeck. El escenario de su crimen, que también lo iba a ser de su castigo. Se habían llevado los cadáveres pero aún quedaban montones de escombros en todas las esquinas, y solo las columnas ennegrecidas del destruido mercado donde había fracasado su última carga. En las alturas se cernía la destrozada torre del reloj, y la única esfera que le quedaba tenía las manecillas congeladas en el momento de la perdición de Leo. El lugar aún olía un poco a quemado.

Había once de sus cómplices en la conspiración formando una hilera en el patíbulo, todos con las manos atadas a la espalda, todos observándolo. A algunos ni siquiera los reconocía. Lord Mustred estaba en un extremo, con vendas ensangrentadas en un ojo. Lady Wetterlant, que incluso entonces mantenía erguido el puntiagudo mentón. Lord Barezin, el más cercano a Leo, parpadeando sin cesar como si no acabara de creerse lo que había pasado. Lo que estaba pasando. A los pies de cada uno de ellos había una trampilla. Al lado de cada uno de ellos había una palanca. Encima de cada uno de ellos había un nudo corredizo.

Todo parecía extrañamente insulso. Extrañamente banal. Leo no sabía muy bien qué había esperado. Otra ironía más. El primer ahorcamiento al que iba a asistir en la vida sería el suyo.

Con la mandíbula tensa, fue a la pata coja hasta la trampilla y se detuvo tambaleándose, cada aliento un gemido contenido. Notó un sabor en la boca. Sangre de la caída, quizá. O un dulzor residual del desayuno. Se lamió las ranuras entre los dientes, intentando dar con más. Los placeres diminutos parecen gigantescos cuando uno sabe que no le queda tiempo. Todas las cosas maravillosas que antes tenía, que antes hacía, de las que apenas se daba ni cuenta, no digamos ya apreciarlas. Y de

repente un sabor dulce en las encías era toda una abundancia por la que estar agradecido.

Alzó la vista. El sol brillante en el cielo. La larga viga negra sobre su cabeza. Los nudos corredizos colgando de ella. Su nudo corredizo, justo encima de él. Se preguntó cuántos cuellos habría estirado ya aquella cuerda. Después de sus actos, había muchos traidores a los que ahorcar. Ese día podían haber hecho ya diez tandas. Desde los sótanos en los que tenían a los prisioneros se podría oir el traqueteo de las trampillas al caer. El golpe seco de las cuerdas al tensarse. El tenue grito ahogado de los espectadores, todas y cada una de las veces.

¿Había sangre seca en la cuerda? Se ofendió un poco al verla. Tratándose de algo tan íntimo, sin duda cada persona debería tener su propia cuerda. Era como morir en la ropa interior de otro hombre. Aunque la ropa interior de los que habían ido antes que él tenía que estar en mucho peor estado. La gente se meaba y se cagaba y liberaba todos los fluidos cuando la ahorcaban, Leo lo sabía. Se habían echado unas buenas risas cuando Antaup se lo había contado con pelos y señales tomando unas copas. Ya no le hacía tanta gracia, sobraba decir.

—¡Havel dan Mustred!

Leo miró hacia abajo, parpadeando. Solo entonces reparó en el público. No muy numeroso, y la mayoría eran desconocidos, sentados en un surtido de sillas maltrechas sacadas de los edificios en ruinas de la plaza. Quien hablaba era el lord chambelán Hoff, recitando el nombre de una lista con manchas de tinta.

—Habéis sido declarado culpable de alta traición y rebelión abierta contra la corona y condenado a muerte. —El rey Orso estaba sentado en la silla contigua y apenas miraba, como si no estuviera disfrutando de aquello más que los condenados—. ¿Tenéis algo que decir?

—No luché contra mi rey —repuso Mustred con voz grave—. Luché por Angland. Eso es todo.

Al otro lado del rey, el lord mariscal Rucksted dio un gran bufido desdeñoso. Los gusanos del Consejo Cerrado. Pero Leo no podía invocar ningún odio. Había comprendido que su tiranía había sido solo una excusa, y bastante endeble. Lo único que él había querido era un enemigo contra el que luchar. Jurand había tenido razón en eso. Jurand había tenido razón en todo. El único consuelo era que su mejor amigo podría recordarlo como había sido. Nunca tendría que verlo… así.

Era mejor decirse a sí mismo que Leo dan Brock había muerto en el campo de batalla. Era cierto, en todos los sentidos que importaban. Había sido un poderoso fuego, que ardía fulgurante. ¿Por qué llorar al apagarse la enclenque ascua que quedaba?

Un verdugo ofreció un capuchón a Mustred. Él negó con la cabeza. Lo llevaron sobre su trampilla y, mientras le ceñían el nudo corredizo, Hoff ya estaba nombrando al siguiente en la hilera de los destinados a morir.

Los ojos empañados de Leo recorrieron las caras del público. No muy lejos del rey estaba sentada una mujer muy flaca con el pelo rapado y la frente vendada. Se preguntó por un momento por qué estaría mirándolo con una intensidad tan desesperada. Entonces sofocó un grito y la única rodilla que aún tenía empezó a temblar tanto que estuvo a punto de caer otra vez.

Era su esposa.

Nunca la había visto antes desprovista de todo artificio. Sin su pintura, su peluca, sus joyas, su docena de asistentes, su centenar de sonrisas calibradas hasta el último detalle. Comprendió en ese instante que incluso su aspecto en el desayuno estaba preparado meticulosamente. Incluso su aspecto en la cama. Sobre todo ese, tal vez. Al parecer, había salido de la Batalla de Stoffenbeck casi tan maltrecha como él.

Pero era ella.

¿Qué debería haber sentido Leo al verla entre el público de su ejecución? ¿Una culpabilidad inútil, por lo que había sido de ella? ¿Una ira impotente, porque lo hubiera animado a hacerlo? ¿Una pena sensiblera, porque no vería nacer a su hijo? Habría cabido pensar que un hombre al que solo quedaban unos pocos alientos no tendría tiempo que desperdiciar en la vergüenza, pero la vergüenza fue lo que se impuso. Una vergüenza aplastante. Por lo deplorable que debía de ser su aspecto. Por lo mucho que la había decepcionado. Por lo poco que quedaba del hombre con quien se había casado.

Casi no soportaba mirarla. Aunque la suya fuese la única cara compasiva de toda la plaza destrozada. O más bien, porque la suya era la única cara compasiva. Al verla, Leo podría ser consciente de lo mucho que estaba a punto de perder.

Hoff seguía nombrando a los condenados. Cada cual afrontaba la muerte a su manera. Algunos estallaban de rabia contra el mundo. Algunos pedían perdón entre lágrimas. Lady Wetterlant ladró insultos a todos los testigos hasta que el rey ordenó que la amordazaran. Un joven con anteojos rojos empezó a dar un discurso sobre las deficiencias de la monarquía, quizá confiando en obtener un indulto por aburrimiento del rey. Orso lo interrumpió al cabo de un par de minutos con un seco:

—Si querías cambiar el mundo, haber ganado.

Había incluso distintos tipos de silencio. Una obstinada negativa a hablar. Una perpleja incapacidad para comprender lo que ocurría. Un tartamudeante y agitado miedo de labios temblorosos.

—Stevan dan Barezin, habéis sido declarado culpable de alta traición y rebelión abierta contra la corona y condenado a muerte. ¿Tenéis algo que decir?

—¡Sí! —graznó Barezin, y sus carrillos caídos se bambolearon al girarse hacia Leo—. ¡Fue Leo dan Brock quien nos llevó a esto! ¡Él fue el instigador! ¡Él fue el culpable! ¡Fuiste tú quien nos llevaste a esto, puto necio de los cojones!

Había otra docena de personas que los habían llevado a aquello. Un centenar. Isher, que no estaba presente, había plantado la simiente. Heugen y el propio Barezin se habían apresurado a regar los brotes. Savine y Stour estaban entre quienes habían cuidado del cultivo. Incluso Rikke y los Rompedores, al incumplir sus respectivas palabras, habían ayudado a que se recolectara aquella cosecha de ahorcamientos.

Pero Leo no tenía fuerzas para defenderse. Apenas tenía fuerzas para levantar la mirada. Sin él, nada de aquello podría haber ocurrido. ¿Por qué no cargar con la culpa? No tendría que hacerlo durante mucho tiempo.

—¡Me arrojo a vuestra compasión, majestad! —Barezin casi estaba sollozando—. ¡Fue todo culpa de Brock!

—¡Maldito cobarde! —rugió Mustred desde el final de la hilera.

De todos modos, el llanto no provocó más que desprecio en su majestad.

—Ponedle un capuchón —espetó, y Barezin gañó mientras le encasquetaban la capucha en la cabeza y ajustaban el nudo corredizo.

Leo comprendió en ese momento que su padre estaba equivocado. Era después de la batalla. Era entonces cuando un hombre descubría quién era de verdad.

Leo no era ningún héroe. Nunca lo había sido. Era un idiota. Una enorme e inflada torre de vanidad. Eso había hecho que mataran a sus amigos, a sus aliados y a los cientos de hombres que lo habían seguido. Y también iba a hacer que lo mataran a él. Se preguntó por un instante si podría haberse transformado en un hombre mejor por las lecciones que había aprendido allí. Bajó los ojos a aquella pierna siempre palpitante que no estaba. Ya no tenía mucha importancia, ¿verdad? Volvería al barro, como decían los norteños, y se llevaría con él todas esas lecciones aprendidas por las malas.

—Leonault dan Brock, habéis sido declarado culpable de alta traición y rebelión abierta contra la corona y condenado a muerte. ¿Tenéis algo que decir?

Durante todo el rato, mientras escuchaba a los demás rabiar, espetar, sollozar, razonar, todo en vano, había estado pensando qué diría él. Pero llegado el momento, el último momento, descubrió que no tenía nada.

Alzó la mirada hacia Orso y se encogió de hombros.

—Lo siento. —Casi ya no reconocía ni su propia voz, ronca y débil. Miró a Savine—. Lo siento, eso es todo. —Si estaba mucho más tiempo de pie, se caería. Si estaba mucho más tiempo mirándola, sollozaría. Negó con la cabeza cuando le ofrecieron el capuchón—. Hagámoslo ya.

Y levantó la barbilla todo lo que pudo para facilitar que le ciñeran la cuerda al cuello.

—Muy amable —murmuró el verdugo.

Hoff enrolló su lista de nombres y se la guardó en el bolsillo de la túnica. Rucksted se quitó polvo del hombro. Un tipo de aspecto ordinario con el pelo rizado se echó hacia delante para murmurar algo al oído del rey. Tenía algo que le resultaba conocido. ¿Podía ser el hombre que había ido a los muelles con su madre, para suplicarle que no se marchara? Por los muertos, su madre. ¿Por qué no le había hecho caso? El rey Orso hizo un breve asentimiento a los verdugos y tiraron de la primera palanca.

Leo se crispó mientras Mustred caía con un traqueteo y un golpe seco, y un grupo de cuervos que se habían congregado en las vigas desnudas de un techo caído aletearon indignados hacia el cielo.

Una vez hubieron empezado, fue sorprendentemente rápido. Pam, y el segundo hombre desapareció dejando una cuerda temblorosa. Pam, y el tercero se esfumó. El siguiente era el joven conferenciante en teoría gubernamental. Tensó mucho la cara antes de caer, como un niño saltando a una fría represa de molino. Por alguna improbable casualidad, sus anteojos debieron de rebotar al fondo, rodaron de vuelta hacia arriba por la trampilla y acabaron en la plataforma. Un verdugo se agachó y se los guardó en el bolsillo.

La vida de Leo ya se medía en momentos. En respiraciones. En latidos. No quería mirar, no podía apartar la mirada, hizo una mueca cuando el verdugo tiró de la palanca de Lady Wetterlant.

No cayó.

El verdugo accionó la palanca otra vez, y otra. La trampilla se negaba a abrirse.

—Mierda —llegó amortiguado desde detrás de su máscara. Orso se removió en su silla. Hoff se frotó las sienes.

Otro ejecutor se adelantó para murmurar algo al primero, señalando furioso la trampilla. Lady Wetterlant gruñó amordazada. Cuatro cuerdas tirantes. Siete prisioneros aún de pie, esperando desvalidos el final.

Un verdugo empezó a dar puntapiés a la trampilla mientras otro volvía a tirar en vano de la palanca. Un tercero se había metido debajo del cadalso y se lo oía forcejear con el mecanismo.

Leo desnudó los dientes. Un suplicio de espera. Cada momento un horror, pero aun así un momento que agradecía. Los espectadores tosieron y entornaron los ojos cuando una ráfaga de viento hizo volar arenilla por toda la plaza en ruinas. Unos nudos más allá de Leo, un conspirador sollozaba dentro de su capuchón.

—¡Que os jodan a todos, hijos de puta! —Lady Wetterlant se había liberado de la mordaza y había empezado a chillar insultos de nuevo—. ¡Malditos seáis, buitres! ¡Gusanos!

El rey Orso se levantó de un salto.

—Por lo que más queráis, hacedlo de…

La trampilla de Lady Wetterlant se abrió de repente. La mujer había estado girando sobre sí misma y cayó en mala postura, con un chillido que se interrumpió al engancharse el brazo con el borde de la plataforma antes de resbalar del todo. Tardó poco en ser evidente que la caída no la había matado. La cuerda se sacudía a lo loco. Llegó una especie de gemido borboteante desde abajo. Todos miraban fijamente mientras se convertía en un gorgoteo baboso.

Leo vio pis caer de la pernera del hombre que había estado llorando y hacer un charco en el cadalso alrededor de su bota.

—Proceded —ordenó Hoff, furioso.

El siguiente hombre se desmayó, le flaquearon las rodillas y cayó al suelo. Un verdugo lo levantó, le abofeteó la cara encapuchada y lo colocó derecho en su trampilla. Traqueteo y golpe seco al caer.

Como para compensar el tiempo perdido, pasaron a toda prisa de una palanca a la siguiente. Golpe, golpe, golpe, cada uno enviando una tenue vibración a través de la cuerda del propio Leo.

La lona que cubría la cara de Barezin aleteó cada vez más deprisa con su respiración desesperada. El verdugo asió su palanca.

—¡Esperad! —llegó amortiguado de debajo del capuchón—. No…

Se desplomó bajo la plataforma y, con un chasquido, su cuerda se tensó de sopetón. Por lo visto, a los grandes lores del Consejo Abierto la larga caída los recibía igual que a cualquier otro.

Leo miró a Savine. Ella le dedicó una sonrisa desesperada, con lágrimas en los ojos. Pretendería darle fuerzas, tal vez. Nunca la había amado como la amó en ese

instante. Quizá nunca la hubiera amado de verdad hasta ese momento. Intentó devolverle la sonrisa. Dejarla con algo bueno. Con un recuerdo, por fugaz que fuese, de quién había sido.

Notó que el verdugo se adelantaba a su lado. Lo oyó asir la palanca que accionaría la trampilla bajo sus pies. Bajo su pie. Aún no estaba acostumbrado a tener solo uno. Cerró los ojos.

El tiempo se estiró. Llegó un vientecillo que le besó el rostro sudado. Soltó un largo aliento y aguantó. Había sido su último aliento, comprendió. Esperó a que llegara el final.

—Alto.

Le pareció que era la voz de Orso.

No estaba seguro.

Volvió a abrir los ojos. Tuvo que entornarlos, por algún motivo, como si le diera el viento.

El rey no lo estaba mirando a él. Estaba mirando hacia el lado. A Savine. Y ella lo miraba a él. Todo estaba quieto, el tiempo desmenuzado en momentos estirados por el martilleo del corazón de Leo. Alguien carraspeó. Uno de los cuervos, que habían vuelto a congregarse en las vigas desnudas, aleteó. La cuerda tirante de Barezin seguía zumbando un poco. La mano del verdugo se movió en la palanca.

Entonces Orso se dejó caer de nuevo en su silla e hizo un gesto brusco con la mano.

—Leo dan Brock, os conmuto la sentencia por encarcelamiento de por vida.

Hubo un grito ahogado colectivo. Savine cerró los ojos, con la cara surcada de lágrimas.

—Majestad —estaba diciendo el hombre de los rizos, con un matiz de advertencia en la voz—, mi maestro no va a…

—¡Mi decisión está tomada! —Orso hizo un gesto con la cabeza hacia el patíbulo—. Quitadle la soga.

Leo sintió que se aflojaba el nudo corredizo y luego se lo sacaban por la cabeza. Y como si eso hubiera sido lo único que lo sostenía de pie, se derrumbó y la muleta cayó con estrépito. El verdugo estaba preparado, lo atrapó y lo bajó al suelo del cadalso.

Entonces sí lloró. No pudo evitarlo. Se abrazó a su única rodilla, le temblaron los hombros con los sollozos y las lágrimas gotearon de la punta de su nariz a los bastos tablones. No podía ni levantar la inútil mano izquierda para secárselas.

Oyó el ruido de la silla del rey al levantarse su ocupante.

—¡Lady Brock! —espetó—. Por lo que más queráis, bajad de ahí a vuestro marido antes de que nos avergüence más a todos.

Lealtades y simpatías

Era un día claro de otoño cuando Vick regresó cabalgando a Valbeck. El lugar no se parecía en nada a la última vez que había estado allí, en los caóticos días de la revuelta. No había basura taponando las calles, ni cascarones calcinados de edificios, ni sonidos de violencia lejana, ni cadáveres abandonados. Solo unas pocas manchas rosadas asomando entre la cal aplicada a toda prisa, que recordaban al observador atento que esos edificios habían estado embadurnados de consignas de los Quemadores. Hasta hacía un viento agradable, que se llevaba el humo de las factorías reconstruidas tierra adentro y dejaba el aire medio limpio.

Todo tranquilo y ordenado. Casi demasiado tranquilo, y la poca gente que había en las calles se escabullía para mirar desde callejones y portales. Pero claro, una multitud vitoreante quizá habría sido demasiado pedir para la llegada a su ciudad del archilector de la Inquisición con treinta practicantes armados. La última visita de Pike, al fin y al cabo, había dejado el camino decorado con hombres colgados.

—No hay señales de revolución —murmuró Vick.

—No —dijo Pike—. Suenas… casi decepcionada.

Lanzó una mirada alerta de soslayo. Su eminencia se la sostuvo, con ojos brillantes en la quemada máscara que era su cara. No había forma de saber qué estaba pensando. Nunca la había. Pero Vick vio el peligro oculto en la observación que había hecho. Como una tarta llena de clavos.

—Nadie ha luchado más para detener a los Rompedores que yo —dijo.

—¡Lo sé muy bien! Frustraste sus maquinaciones en Adua con una inclemencia impresionante. Y aquí no podríamos haber sofocado con tanta facilidad del levantamiento sin tus esfuerzos. Nadie pone en duda tu lealtad.

—Bien —dijo Vick. De repente era muy consciente de cuántos practicantes la rodeaban.

—Al archilector Glokta. —Y Vick sintió que se le erizaban los pelos de la nuca—. Fue quien te ayudó a escapar de los campos de prisioneros, claro. Quien te dio una nueva vida. Quien te moldeó para convertirte en una espía tan formidable. Pero Glokta ya no está. —Pike soltó el suspiro de un doliente en un funeral, ya que no las lágrimas—. Y tu lealtad a mí es una cuestión muy distinta. Yo, a fin de cuentas, no he hecho nada para ganármela. Contar con ella a la ligera sería horriblemente pretencioso por mi parte.

—Los Rompedores son traidores —dijo Vick. Tenía que ceñirse a la posición oficial. Pike solo podía juzgarla a partir de lo que decía, no de lo que pensaba—. Enemigos del rey. No hay nada con lo que simpatizar.

—¿Nada? —Cabalgaban por debajo de una altísima grúa al borde de un solar desierto, y los ojos de Pike se ocultaron en la repentina oscuridad de su sombra—. ¿De veras lo crees? ¿De veras puedes creerlo? Un buen soldado lucha en un mundo de blanco y negro. Debe hacer monstruos de sus enemigos. El taimado sureño, el degenerado estirio, el bárbaro norteño, el traicionero rompedor. Pero un buen espía debe nadar en un océano de gris, movido por corrientes impredecibles, muy lejos para poder ver la tierra. Aquellos de nosotros que andamos, hablamos, dormimos con el enemigo, bueno… vemos que son personas. Escuchamos sus motivos, sus esperanzas, sus justificaciones. A pesar de tu empeño en demostrar lo contrario, no estás hecha de piedra, inquisidora. Como ninguno de nosotros. Hombres orgullosos como Sibalt. Hombres nobles como Malmer. ¿Cómo podrías no simpatizar con ellos, dado el lugar del que procedes?

—¿Adua?

Vick mantuvo la expresión neutra, pero tras la máscara su mente trabajaba a marchas forzadas. ¿Estaba intentando atraparla? Si decía que no tenía ninguna simpatía por los Rompedores, la llamaría mentirosa. Si decía que sí, la llamaría traidora.

—Me refiero a los campos de prisioneros de Angland. Con el tiempo, me he convencido de que… el corazón de una sociedad… se revela en sus prisiones. —Pike se mecía suavemente con el movimiento de su caballo, sus ojos fijos en la calle vacía que tenían por delante—. Yo no estuve allí tanto tiempo como tú, ni mucho menos, pero sí el suficiente para perder la cara. Si te soy sincero, nunca fui un hombre guapo. Me atrevería a decir que ahora hago volverse más cabezas. Tus cicatrices quizá no estén tan a la vista, pero nunca he dudado que las tienes. Así que creo que te comprendo.

—¿De verdad? —Pese a todos sus esfuerzos, la voz le sonó estrangulada.

—Desde luego. Creo que te comprendo mejor que te comprendes tú misma.

La preocupaba que Pike estuviera tan hablador de repente. La hacía pensar que pretendía llegar a algo, y que a ella no le iba a gustar nada cuando ocurriera. Tuvo la sensación, una vez más, de que era uno de esos momentos en que su vida pendía de un hilo. Pero cuando se había enfrentado a Sibalt, a Risinau, a Vitari, a Savine dan Brock, había ido con los ojos bien abiertos, había sabido a qué línea debía ajustarse. Lo que quería Pike era un misterio.

—Fue el coronel West quien me sacó a mí de los campos —recordó Pike—, sin tener la menor idea de que ya nos conocíamos de años antes. En su compañía, hasta sostuve un escudo en un duelo, si te lo puedes creer. ¡Cuando el Sanguinario derrotó al

Temible y se proclamó rey de los norteños! La vida es… toda una telaraña de coincidencias, ¿verdad? West era un hombre al que se podía admirar. —Dio un triste suspiro—. Pero los hombres buenos de verdad nunca parecen durar. West murió, y yo empecé a trabajar con el archilector Glokta. Aunque sabía que distaba mucho de ser un gran hombre. Aunque era el mismo hombre que me había enviado a los campos. ¿Te va sonando algo de esto?

Así era. No la parte de sostener un escudo en un duelo, pero por lo demás la historia estaba incomodándola bastante.

Pike observó a un grupo de trabajadores que parecían nerviosos apartarse de su camino y apretarse contra las casas mientras ellos pasaban.

—En nombre de la justicia, torturé a disidentes en Adua. En nombre de la libertad, encarcelé a rebeldes en Starikland. En nombre del orden, sembré el caos por las Tierras Lejanas. Fui el sirviente más leal que la corona ha tenido jamás.

Vick no pudo evitar fruncir el ceño ante la elección de esa palabra.

—¿«Fui»?

—Entonces empezaron a brotar las factorías, y la agitación empezó con los hilanderos, y me enviaron aquí, a Valbeck, como superior de la Inquisición.

—¿Fuisteis superior de Valbeck?

Pike tenía aquella pequeña curva en la comisura de la boca que era lo más que se aproximaba a una sonrisa.

—¿No lo sabías?

La calle se abrió y llegaron cabalgando a la plaza que debería haber sido el ajetreado corazón de Valbeck. Estaba desierta, salvo por guardias bien armados apostados en las esquinas y agrupados en los peldaños del juzgado donde la Jueza había repartido condenas a muerte. Hombres con buenos petos nuevos, buenas alabardas nuevas, buenas espadas nuevas, todo centelleante al sol otoñal.

Había una hilera doble de ellos desplegada ante la reconstruida oficina en Valbeck de Valint y Balk, un templo a la deuda más majestuoso que nunca, con andamios aferrados a las columnas de su atrio para que los escultores pudieran completar un friso de los mercaderes más ricos de la historia en su gigantesco tímpano.

—¿Quiénes son? —murmuró Vick.

¿Alguna milicia privada, contratada para mantener la paz al marcharse los soldados del rey? Pero había algo que no encajaba. Eran hombres de aspecto rudo, cada cual de pie a su manera. Armadura limpia, tal vez, pero rostros sin afeitar.

Pike no parecía preocupado. Casi podría decirse que parecía desenvuelto mientras dirigía a su séquito por la plaza vacía al trote, pasando junto a los pedestales vacantes de las estatuas derruidas durante la revuelta hasta la escalinata del banco. La hilera doble de hombres armados se separó y por el centro llegaron dos figuras. Dos figuras espantosamente familiares. Una era la de un hombre gordo con un traje de buen corte, la otra una mujer alta y esbelta con un vestido hecho de harapos multicolores, un herrumbroso peto de armadura encima y el pelo rojizo sujeto en una hoguera enmarañada.

—Joder —susurró Vick. No solía ocurrir que se quedara sin palabras, pero justo entonces no se le ocurría ninguna mejor.

—¡Victarine dan Teufel! —saludó Risinau, la luz de la devota fe ardiendo tan brillante en sus ojos como siempre.

—O eso o mucho me equivoco —dijo burlona la Jueza, la luz de la iracunda locura ardiendo incluso más brillante en los suyos—, cosa que no suele pasar.

Lo primero que pensó Vick fue que habían caído en una trampa. Entonces Pike extendió los brazos a los lados.

—¡Amigos míos! —exclamó mientras bajaba de la silla para reunirse con ellos—. ¡Hijos míos!

Y besó a Risinau en la frente, e hizo lo mismo con la Jueza, todos sonriendo como si aquello fuese una reunión familiar muy pospuesta, mientras los hombres armados empezaban a golpear los escalones con las conteras de sus alabardas en un aprobador tabaleo.

Como en todos los acertijos, en el momento en que Vick supo la respuesta, ya no podía comprender cómo no lo había visto desde el principio. Era ella quien había caído en la trampa. Ella sola.

—Vos sois el Tejedor —dijo.

—Es un nombre que he usado en ocasiones. —Pike abarcó con un gesto los antiguos edificios manchados de hollín que rodeaban la plaza, las nuevas chimeneas que se alzaban tras sus tejados—. Mucho ha cambiado desde que yo era el superior aquí. Los ricos se han hecho aún más ricos, pero los pobres… en fin. Ya lo has visto. Ya lo has vivido. Si el corazón de una nación se revela en sus prisiones, entonces tú y yo hemos visto el corazón de la Unión, y sabemos que está podrido. Supe estando en los campos que esa podredumbre había que quemarla. Pero no fue hasta que vine a Valbeck cuando empecé a soñar… —Cerró los ojos e hizo una larga inspiración por la nariz—. Que sería yo quien lo haría.

La Jueza arrebató una antorcha encendida a un guardia y sus llamas danzaron en los bordes de sus ojos negros.

—¿Podemos empezar?

—No digo que podamos. —Pike se inclinó hacia ella—. Digo que debemos.

—¡Ja! —La Jueza soltó una risita encantada mientras danzaba escalera arriba hacia las puertas abiertas del banco.

—Seguro que has cabalgado mucho, hermana Victarine. —Risinau le puso su mano blanda en la rodilla—. ¿No deberías desmontar?

Vick estudió su entorno con atención, más por costumbre que otra cosa, pero no iba a salir de aquella con una huida precipitada a caballo. Pasó la pierna sobre la silla y bajó a la plaza.

—A la gente con ideas similares que fui reuniendo la llamé los Rompedores —dijo Pike, mirando cómo la Jueza aplicaba su antorcha a la madera empapada de aceite colocada a las puertas del banco—. No porque fuéramos a romper máquinas, aunque lo hemos hecho, sino porque íbamos a romper la Unión. Romperla y reconstruirla de una manera nueva. De una manera mejor. —Pike contempló las llamas que ya acariciaban la nueva y lujosa mampostería de Valint y Balk y los Rompedores armados congregados en la plaza prorrumpieron en una gran aclamación—. Los bancos han crecido retorciéndose alrededor de la nación como la hiedra en un árbol, asfixiándolo hasta dejarlo sin vida, corrompiéndolo todo. Y así, es adecuado que la destrucción comience por este monumento a la explotación. Pero no se detendrá aquí. —Se volvió hacia Vick—. La revuelta que tanto temía el Consejo Cerrado… ya ha tenido lugar.

—Hace tres días —añadió Risinau, frotándose las manos con deleite—, mientras el rey Orso obtenía su gran victoria contra los rebeldes. Ellos querían que distrajéramos a los hombres del rey en su beneficio. En vez de eso, ¡ellos distrajeron a los hombres del rey en el nuestro!

—Y no solo aquí, en Valbeck —dijo Pike—. A estas alturas, Keln, Holsthorm y muchas ciudades menores de la Unión también estarán ya en manos de los Rompedores.

—¡En manos de su *pueblo* ! —espumó Risinau, meneando un gordo dedo—. Y Adua será la siguiente. ¡Nuestro día por fin ha llegado!

Y los hombres vitorearon más fuerte que antes.

Vick había tenido el engreimiento de creer que sabía cómo eran las cosas en realidad. Y con un chasquear de dedos, todo se había vuelto del revés.

—¿Se puede saber qué queréis de mí? —preguntó.

—Serviste a Glokta fielmente —dijo Pike—. Admirablemente, incluso. Porque era el único hombre que alguna vez te había dado algo. Aunque fuese solo la oportunidad de llevar la bota en vez de tenerla pisoteándote la cara. —Sí que la comprendía, maldita sea. Quizá no mejor que ella misma, pero bastante bien—. Yo querría ofrecerte algo más.

El silencio se prolongó, interrumpido solo por la risa y los hurras de los Rompedores armados, el crepitar de las llamas, el crujido de cristal roto.

—Bueno, tampoco hace falta tenerme en ascuas —dijo Vick. Le daba la impresión de que la mansedumbre no le serviría de nada. Nunca le había servido—. ¿Qué me vais a ofrecer?

—Unirte a nosotros —dijo Pike—. Hacerte rompedora. Devolver la Unión a su pueblo y moldear el futuro. Comprometerte con una causa merecedora de tu lealtad.

—Renuncié a las causas cuando salí de los campos.

—Mucho mejor. —Pike echó una mirada a la Jueza, que arrojó su antorcha por las puertas del banco y volvió escalera abajo, una silueta delgada y negra resaltada contra las llamas que se alzaban, con los puños levantados en señal de triunfo—. Todo movimiento necesita creyentes apasionados. Pero también necesita escépticos calculadores.

Vick recorrió con la mirada las sonrisas de los hombres con armadura de los peldaños, iluminadas por los fuegos titilantes. Allí la creencia no escaseaba.

—¿Y mi otra opción?

—Vete. Vuelve con el rey Orso. Sirve a su régimen corrupto en su declive. O huye al lejano Thond, si quieres, donde adoran al sol. Márchate con nuestra bendición.

Vick pensó en la larga línea de hombres ahorcados que Pike había dejado fuera de la ciudad, unos meses antes. Ya lo había considerado despiadado entonces. Y resultaba que habían sido su propia gente. Un hombre que no se lo pensaba dos veces antes de colgar a doscientos amigos suyos… ¿qué podría hacer a sus enemigos? Ya salía humo por las ventanas del banco, confiriendo a cada bocanada de aire la familiar peste a chamusquina y furia de Valbeck que tan bien recordaba Vick.

Quizá Pike estuviera diciendo la verdad y, si Vick decidía seguir con Orso, la dejarían marcharse tan tranquila de la ciudad adonde le diera la gana. Pero no pensaba apostar su vida a ello.

Si algo había aprendido en los campos, era que había que estar con los ganadores.

—Estoy con vosotros —se limitó a decir. ¿Para qué decir más?

Pike extendió una mano quemada hacia ella mientras, a su espalda, la oficina de Valbeck de Valint y Balk ardía hasta los cimientos por segunda vez.

—¡En ese caso, ven, hermana Teufel! Queda mucho por hacer para dar al pueblo lo que necesita.

—¿Es decir?

—Cambio. —Pike le puso aquella mano en el hombro y se la llevó cruzando la plaza—. Un Gran Cambio.

La gente importante

Personas notables de la Unión

Su augusta majestad el rey Orso I: Reticente gran rey de la Unión, infame holgazán en sus tiempos de príncipe heredero.

Su augusta majestad Terez: Reina viuda y madre del rey de la Unión

Hildi: Ayuda de cámara y chica de los recados del rey, anteriormente lavandera en un burdel.

Tunny: Antes conocido como cabo Tunny, proxeneta y compañero de juergas de Orso cuando aún era príncipe heredero.

Yema: El secuaz idiota de Tunny.

Bremer dan Gorst: Maestro espadachín de voz atiplada que fue primer guardia del rey Jezal y luego del rey Orso.

Archilector Sand dan Glokta: El «Viejo Palos», el hombre más temido de la Unión, líder del Consejo Cerrado y de la Inquisición de su majestad.

Superior Pike: Mano derecha del archilector Glokta, con un semblante horrorosamente quemado.

Lord chambelán Hoff: Vanidoso cortesano en jefe, hijo del anterior lord Hoff.

Lord canciller Gorodets: Sufrido titular del cordel que cierra el monedero de la Unión.

Juez supremo Bruckel: Lord mayor de la justicia de la Unión, con cierto parecido a un pájaro carpintero.

Cónsul general Matstringer: Ansioso supervisor de la política exterior de la Unión.

Lord mariscal Brint: Soldado veterano y viejo amigo manco del padre de Orso.

Lord mariscal Rucksted: Soldado veterano con afición a las barbas y a contar historias, casado con Tilde dan Rucksted.

Coronel Forest: Oficial esforzado de origen humilde e impresionantes cicatrices, que estuvo al mando de la División del Príncipe Heredero en nombre de Orso.

Lord Isher: Un elegante y triunfador prohombre del Consejo Abierto.

Lady Isold dan Kaspa: Una insípida joven heredera, prometida con lord Isher.

Lord Barezin: Un bufonesco prohombre del Consejo Abierto.

Lord Heugen: Un pedante prohombre del Consejo Abierto.

Lord Wetterlant: Un apuesto prohombre del Consejo Abierto con algo ausente en los ojos.

Lady Wetterlant: La temible arpía que lord Wetterlant tiene por madre.

Lord Steebling: Un miembro de la aristocracia inferior que padece de gota y mal genio.

En el círculo de Savine dan Glokta

Savine dan Glokta: Hija del archilector Sand dan Glokta y Ardee dan Glokta, inversora, miembro de la alta sociedad, celebrada belleza y cofundadora de la Sociedad Solar con Honrig Curnsbick.

Zuri: Dama de compañía sin parangón de Savine, refugiada sureña.

Freid: Una de las muchas doncellas de guardarropa de Savine.

Metello: La experta en pelucas de Savine, una estiria de rasgos afilados como un hacha.

Ardee dan Glokta: Madre de Savine, famosa por su lengua viperina.

Haroon: Hermano corpulento de Zuri.

Rabik: Hermano delgado y guapo de Zuri.

Gunnar «Toro» Broad: Exsoldado escalador de asalto que combate sus tendencias violentas, en otro tiempo miembro de los Rompedores y encargado de «relaciones laborales» para Savine.

Liddy Broad: Sufrida esposa de Gunnar Broad y madre de May Broad.

May Broad: Terca hija de Gunnar y Liddy Broad.

Banderizo: Un altanero exsoldado que trabaja con Broad.

Halder: Un taciturno exsoldado que trabaja con Broad.

Hornig Curnsbick: «El Gran Maquinista», famoso inventor y empresario industrial, cofundador de la Sociedad Solar con Savine dan Glokta.

Dietam dan Kort: Notable ingeniero y constructor de puentes, socio de Savine en un canal.

Selest dan Heugen: Acérrima rival de Savine.

Kaspar dan Arinhorm: Áspero experto en bombear agua de las minas.

Tilde dan Rucksted: La chismosa esposa del lord mariscal Rucksted.

Spillion Sworbreck: Escritor de fantasía barata y procaces panfletos.

Carmee Groom: Una ilustradora con talento.

En Westport y Sipani, ciudades de Estiria

Victarine (Vick) dan Teufel: Expresidiaria, hija de un maestre de la Ceca del Rey caído en desgracia y ahora inquisidora que trabaja como espía para el archilector.

Sebo: Un flacucho joven miembro de los Rompedores, chantajeado para ayudar a Vick.

Rey Jappo mon Rogont Murcatto: Rey de Estiria.

Gran duquesa Monzcarro Murcatto: Apodada la Serpiente de Talins, es la madre del rey Jappo, una temida general e implacable política, responsable de la unificación de Estiria.

Shylo Vitari: Ministra de los Susurros, antaño compañera de Sand dan Glokta, jefa de los espías de la Serpiente de Talins.

Casamir dan Shenkt: Infame asesino del que se rumorea que posee poderes de hechicería.

Princesa Carlot: Amable hermana del rey Orso, esposa del canciller Sotorius.

Canciller Sotorius: Actual gobernante de Sipani.

Condesa Shalere: Amiga de la infancia (y hay quien dice que algo más) exiliada de la reina Terez.

Superior Lorsen: Soso superior de la Inquisición en Westport.

Filio: Veterano regidor de Westport y entusiasta de la esgrima.

Sanders Rosimiche: Inexperto regidor de Westport y bocazas engreído.

Dayep Mozolia: Una mercader de tejidos, influyente en la política de Westport.

Con los Rompedores y los Quemadores

Risinau: En otro tiempo superior de Valbeck, responsable de la violenta revuelta en esa ciudad, revelado como un líder de los Rompedores.

La Jueza: Una lunática asesina en masa o una intrépida campeona del pueblo llano, según a quién se pregunte; líder de los Quemadores.

Sarlby: Antiguo compañero de armas de Gunnar Broad, ahora convertido en quemador.

En el Norte

Stour Ocaso: «El Gran Lobo», rey de los norteños, renombrado guerrero y gilipollas.

Calder el Negro: En otro tiempo verdadero poder en el Norte, astuto padre de Stour Ocaso.

Sendaverde: Uno de los Mejores Guerreros de Stour Ocaso, experto en muecas desdeñosas.

Danzarín: Uno de los Mejores Guerreros de Stour Ocaso, de pies ligeros.

Brodd el Silencioso: Uno de los Mejores Guerreros de Calder el Negro. Cabe suponer que hombre de pocas palabras.

Jonas Trébol: Antes conocido como Jonas el Escarpado y considerado un famoso guerrero, ahora goza de gran renombre como vago desleal.

Contratiempo: Un guerrero de Trébol, con la mala costumbre de matar a hombres de su propio bando.

Sholla: Exploradora de Trébol, una mujer capaz de cortar el queso muy fino.

Zas: Un chaval en apariencia inútil entre los hombres de Trébol.

Gregun Cabezahueca: Un jefe de los Valles Occidentales, padre del Clavo.

El Clavo: Hijo de Gregun Cabezahueca y temible y famoso guerrero.

En el Protectorado

El Sabueso: Jefe de Uffrith y famoso líder guerrero, padre de Rikke.

Rikke: Hija del Sabueso, propensa a los ataques, bendecida o maldecida con el ojo largo. Rima con pique.

Isern-i-Phail: Una montañesa medio loca, de la que dicen que se conoce todos los caminos.

Scenn-i-Phail: Uno de los muchos hermanos de Isern, apenas más cuerdo que ella.

Caul Escalofríos: Un muy temido Mejor Guerrero con un ojo de metal.

Sombrero Rojo: Uno de los jefes guerreros del Sabueso, conocido por su capucha roja.

Oxel: Uno de los jefes guerreros del Sabueso, conocido por su mala educación.

Hardbread: Uno de los jefes guerreros del Sabueso, conocido por su indecisión.

Corleth: Una chica de caderas recias, con muchas ganas de luchar por Rikke.

De Angland

Leo dan Brock: «El Joven León», lord gobernador de Angland, guerrero audaz y héroe famoso, vencedor de un duelo contra Stour Ocaso.

Finree dan Brock: Madre de Leo dan Brock y magnífica estratega y organizadora.

Jurand: El mejor amigo de Leo dan Brock, sensible y calculador.

Glaward: Amigo de Leo dan Brock, excepcionalmente corpulento.

Antaup: Amigo de Leo dan Brock, renombrado mujeriego.

Jin Aguablanca: Amigo de Leo dan Brock, jovial norteño.

Lord Mustred: Noble anciano de Angland, con barba pero sin bigote.

Lord Clensher: Noble anciano de Angland, con bigote pero sin barba.

La Orden de los Magos

Bayaz: Primero de los magos, hechicero legendario, salvador de la Unión y miembro fundador del Consejo Cerrado.

Yoru Sulfur: Antiguo aprendiz de Bayaz, sin rasgos notables a excepción de sus ojos de colores distintos.

El profeta Khalul: Antiguo Segundo de los Magos, ahora archienemigo de Bayaz. Se rumorea que murió a manos de un demonio, sumiendo al Sur en el caos.

Cawneil: Tercera de los Magos, ocupada en sus propios asuntos inescrutables.

Zacharus: Cuarto de los Magos, que guía el destino del Viejo Imperio.